Historia antigua de México

Volumen I

El México antiguo, sus áreas culturales, los orígenes y el horizonte Preclásico

Linda Manzanilla
Leonardo López Luján
Coordinadores

UNAM IIA
CONACULTA 75 INAH
MAPorrúa Historia

Historia Antigua de México

Volumen I: El México antiguo, sus áreas culturales, los orígenes y el horizonte Preclásico

Coordinadores: Linda Manzanilla
Leonardo López Luján

México 2000 | INAH
Coordinación de Humanidades
Instituto de Investigaciones Antropológicas

Los contenidos de este libro pueden ser
reproducidos, en todo o en parte, siempre
y cuando se cite la fuente y se haga con
fines académicos, y no comerciales

Primera edición, noviembre de 1994
Segunda edición, julio del año 2000

Consejo Nacional para la Cultura y las Artes
a través del
Instituto Nacional de Antropología e Historia

Universidad Nacional Autónoma de México
a través de la
Coordinación de Humanidades
y el
Instituto de Investigaciones Antropológicas

© 1994-2000, por características tipográficas
Miguel Ángel Porrúa, librero-editor
ISBN: 970-701-036-3 Obra completa
ISBN: 970-701-037-1 Tomo I
ISBN: 970-701-038-X Tomo II
ISBN: 970-701-039-8 Tomo III
ISBN: 970-701-040-1 Tomo IV
Derechos reservados conforme a la ley

© 1994-2000, por coordinación académica
Linda Manzanilla
Leonardo López Luján

Proceso de edición
Talleres de impresión del editor
Chihuahua 23, Col. Progreso Tizapán
01090 México, D.F.

Los textos contenidos en esta obra son responsabilidad de sus autores

IMPRESO EN MÉXICO • *PRINTED IN MEXICO*

Presentación a la primera edición

María Teresa Franco y González Salas*

APASIONANTE *e ineludible es la reflexión sobre el pasado. Entrar de lleno en el análisis de los procesos de fundación y cambio de las diversas culturas antiguas de México, así como identificar los contenidos variados de nuestra herencia prehispánica, proporciona un marco de referencia milenaria para situarnos ante otras civilizaciones y reinterpretar nuestro presente.*

Esta Historia Antigua de México, *en tres volúmenes, nos presenta la evolución de los pueblos prehispánicos en Mesoamérica. El volumen primero trata del poblamiento en el continente, del surgimiento de los pueblos sedentarios y hace un acercamiento a las diversas regiones culturales del Preclásico; ofrece así una caracterización de Mesoamérica como área cultural y define sus fronteras. El segundo volumen aborda los principales focos de desarrollo que dan identidad al horizonte Clásico y plantea interesantes contrastes entre éstos. El tercero está dedicado al horizonte Posclásico, desde el establecimiento del Estado tolteca hasta el surgimiento de la Triple Alianza y se refiere, además, a*

*Directora general del Instituto Nacional de Antropología e Historia.

algunos aspectos esenciales del desarrollo cultural mesoamericano en su conjunto.

El loable esfuerzo de varios especialistas, coordinados por Linda Manzanilla y Leonardo López Luján, por producir una obra actualizada y sintética sobre el pasado de los antiguos pueblos mesoamericanos, es el que ahora presentamos en coedición con la Universidad Nacional Autónoma de México y el Grupo Editorial Miguel Ángel Porrúa. Indudablemente el texto será de utilidad para las tareas docentes, y deja abiertas líneas de investigación que serán vigentes en el ya próximo tercer milenio.

[Octubre de 1994]

Prefacio a la segunda edición

Linda Manzanilla*
y Leonardo López Luján**

La primera edición de la *Historia Antigua de México* ha sido, afortunadamente, muy bien recibida entre los estudiantes universitarios y los interesados en el pasado indígena de nuestro país. La obra, más allá de nuestras expectativas, se agotó rápidamente. Frente a la disyuntiva de hacer una reimpresión o una segunda edición corregida y aumentada, optamos por esta última opción, pese a que representaría un esfuerzo mucho mayor.

Esta segunda edición, ahora en cuatro volúmenes, nos ha dado la oportunidad de corregir y actualizar cada uno de los capítulos de los cuales constaba en principio esta *Historia*. Los autores revisaron cuidadosa y amablemente sus contribuciones, y la mayor parte de ellos hicieron modificaciones, poniéndolas al día. Además, tuvimos la fortuna de recibir numerosas sugerencias por parte de los lectores, entre los cuales debemos mencionar a Margarita Guerrero Alonso, Andrés Medina y Eric Taladoire, quienes publicaron reseñas críticas muy constructivas. Por último, en tanto que coordinadores de la obra, hicimos una relectura de los tres volúmenes de la primera edición con el ánimo de sistematizar el formato de los textos.

Por otra parte, vale la pena mencionar que, por diversas circunstancias, en la primera edición no pudieron reunirse todos los capítulos pre-

*Arqueóloga, directora del Instituto de Investigaciones Antropológicas de la UNAM, México.
**Arqueólogo, investigador del Museo del Templo Mayor del INAH, México.

vistos en el proyecto original. Por lo tanto, en la presente edición añadimos doce nuevas contribuciones que complementan y amplían la visión unitaria y global de la obra. Queremos agradecer la participación de Rocío Arrellín Rosas, John E. Clark, David C. Grove, Richard D. Hansen, Kenneth G. Hirth, Miguel León-Portilla, Leonardo Manrique Castañeda, Joyce Marcus, Federico Navarrete Linares, Tomás Pérez Suárez, Teresa Rojas Rabiela, Juan Antonio Siller, Ivan Sprajc, Yoko Sugiura Yamamoto y Raúl Valadez.

Al mismo tiempo, debemos hacer mención especial de la excelente labor editorial del señor Humberto Díaz, quien pacientemente ha tenido bajo su responsabilidad la realización técnica de ambas ediciones.

Por último, damos las gracias a los promotores de la *Historia Antigua de México*: la licenciada María Teresa Franco y González Salas, el maestro Sergio Raúl Arroyo, el doctor Luis Alberto Vargas Guadarrama, el licenciado Mario Melgar, el doctor Humberto Muñoz, la doctora Olga Elizabeth Hansberg y el señor Miguel Ángel Porrúa.

[*Ciudad de México, junio de 1999*]

Introducción

Leonardo López Luján*
y Linda Manzanilla**

AL DECIR HOY DÍA que la ciencia avanza a ritmos cada vez más acelerados, se insiste en una idea demasiado trillada, y no por ello menos cierta y trascendente en nuestro quehacer cotidiano. Vivimos, en efecto, un periodo marcado por los signos de la multiplicación y la pluralización de los esfuerzos científicos. Imperan de igual forma los vientos de la competencia individualizada y un furor productivo que, en ocasiones, sustituye los criterios de calidad por aquellos que obedecen a la supervivencia en medios académicos a todas luces agresivos.

El resultado más tangible de dichos fenómenos es la proliferación de conferencias, congresos, publicaciones periódicas y monografías; es decir, de todos los productos que potencian la retroalimentación entre los especialistas. Las nuevas dinámicas y políticas mundiales de investigación generan obras cuya vida útil, salvo contadas excepciones, se torna paulatinamente más efímera. Basta cotejar las bibliografías contenidas en una revista especializada para constatar que son pocos los trabajos que resisten el devenir de un decenio.

El estudio de la historia antigua de México, claro está, no ha permanecido al margen de esta corriente. Las investigaciones sobre las sociedades que poblaron nuestro país nos muestran, en las postrimerías de este siglo, un rostro cualitativamente renovado. Por un lado, nuestra capacidad de comprensión de los procesos pretéritos se ha revolucionado

*Arqueólogo, investigador del Museo del Templo Mayor del INAH, México.
**Arqueóloga, directora del Instituto de Investigaciones Antropológicas de la UNAM, México.

en una forma inusitada: a los viejos cuestionamientos caracterizados por la obsesiva búsqueda de quién, dónde y cuándo, se han añadido preguntas en las que se hace mayor énfasis en el cómo y el porqué. Un cúmulo fáctico nada despreciable, un verdadero ejército de investigadores del pasado, una tecnología siempre en avance, así como el continuo mejoramiento metodológico y el refinamiento de las perspectivas teóricas, han propiciado que, día a día, nuestro conocimiento se amplíe a la par de que se profundice.

Podemos afirmar que, en comparación con nuestros colegas de hace medio siglo (y también gracias a ellos), tenemos una idea bastante acabada –aunque nunca satisfactoria– de la vida de los pueblos que moraron antes de 1521 el territorio que actualmente ocupa México.

Desde un punto de vista cuantitativo, nuestra capacidad productiva, en tanto arqueólogos o historiadores, ha sobrepasado sustantivamente nuestro propio consumo. La velocidad en que se gesta una propuesta ha llegado al extremo de impedirnos analizarla y evaluarla con detenimiento, antes de que surja otra. No hay que insistir demasiado en lo vano que resulta cualquier intento de estar al corriente de todos y cada uno de los avances que acontecen en este campo. De frente a esta problemática se ha intentado reducir –hasta donde ha sido posible– el incremento de las publicaciones por medio de criterios más selectivos; paralelamente se ha acelerado el consumo gracias al desarrollo de una infinidad de técnicas, entre las que se encuentran los bancos de datos computarizados.

Otra respuesta lógica ha sido la superespecialización que, no obstante sus múltiples aspectos benéficos, ha contribuido al abandono de las visiones de conjunto, únicas vías de comprensión de un objeto de estudio tan complejo y multiforme como lo es el pasado. Un claro ejemplo de lo anterior es el paulatino alejamiento entre los estudiosos del mundo maya y los del resto de Mesoamérica.

De todo lo anterior se desprende la necesidad de detenernos periódicamente para reflexionar sobre los alcances colectivos. Entonces conviene preguntarse cuáles son los hallazgos recientes más significativos y cómo inciden en nuestros esquemas conceptuales. Estos remansos fugaces permiten no sólo asimilar críticamente los datos sino también

modificar o elaborar modelos generales de comprensión, así como difundirlos. Precisamente en dicho contexto se inscribe un afán tan caro para cada generación como lo es la reescritura de su propia historia a la luz de los datos, las técnicas, las metodologías y las teorías disponibles, y, por qué no decirlo, de los prejuicios en boga y de las necesidades históricas imperantes. Cada ejercicio de retrospección cristaliza en el papel los logros, las equivocaciones, las circunstancias y las aspiraciones de su tiempo.

En el caso específico de la historia antigua de México, abundan las obras generales que intentan ofrecer al lector panoramas coherentes del devenir social. Contamos con ricas informaciones que atestiguan que esta tradición de corte historiográfico hunde sus raíces en el mundo posclásico mesoamericano. Sin embargo, tuvo que transcurrir mucho tiempo para que se alcanzara la madurez plena. El hito lo marca en el siglo pasado la aparición de la obra monumental *México a través de los siglos*. Siguiendo su ejemplo y a partir de entonces, han sido publicados numerosos y profusos trabajos colectivos, entre los que recordamos el *Esplendor del México antiguo*, organizado por Carmen Cook de Leonard, el *Handbook of Middle American Indians*, coordinado por Robert Wauchope, la *Historia de México* dirigida por Miguel León-Portilla, la *Historia general de México* editada por Daniel Cosío Villegas, así como *México: panorama histórico y cultural*, coordinado por Ignacio Bernal, y *México: un pueblo en la historia*, dirigido por Enrique Semo.

Aquí debemos mencionar también otro tipo de obras que, aunque de mucho menor formato, han jugado un papel muy importante en el avance de nuestras concepciones de conjunto. Entre ellas se encuentran, por citar unas cuantas: *Una visión del México prehispánico*, de Román Piña Chan; *Pueblos y culturas de Mesoamérica*, de Eric Wolf; *Mesoamerica: The Evolution of a Civilization*, de William T. Sanders y Barbara J. Price; *Culturas de la América indígena: Mesoamérica y América Central*, de Wolfgang Haberland; *Ancient Mesoamerica. A Comparison of Change in Three Regions*, de Richard E. Blanton, Stephen A. Kowalewski, Gary Feinman y Jill Appel, y *The Aztec, Maya and their Predecessors*, de Muriel Porter Weaver.

Hace unos cuantos años se gestó un nuevo esfuerzo colectivo de síntesis histórica, cuyo fruto tiene el lector en sus manos. En los pasillos de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, durante la gestión del doctor Arturo Azuela, varios profesores coincidieron en la carencia de textos en español sobre las sociedades prehispánicas que fueran al mismo tiempo completos, sintéticos, actualizados y asequibles. Se concibió entonces un volumen dirigido, en primera instancia, a los estudiantes universitarios que siguen cursos de historia antigua de México y a los maestros de educación media-superior y universitaria. Sin embargo, también se tomó en cuenta que la obra debería ser útil a un público más amplio e inclusive no universitario.

Con el paso del tiempo, el proyecto sufrió varias modificaciones y traspiés. En ciertos momentos se atravesaron situaciones que nos hicieron pensar en suspender la empresa. En algunas ocasiones, por ejemplo, nos fue muy difícil o prácticamente imposible encontrar investigadores que quisieran hacerse cargo de algún tema específico. En otras, tuvimos problemas para hacer coincidir intereses y ritmos de trabajo de un equipo tan grande. Igualmente, varias veces nos vimos forzados a recorrer sin éxito los caminos laberínticos de algunas instituciones y casas editoriales. Pero finalmente llegamos a nuestra meta.

En esta obra colaboran 51 especialistas en la materia, profesionales de renombradas instituciones de investigación y enseñanza nacionales y extranjeras. La mayoría de ellos están adscritos a un total de 16 centros del Instituto Nacional de Antropología e Historia[1] y cuatro dependencias de la Universidad Nacional Autónoma de México,[2] si bien es cierto que también están representados el Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, el Centro Nacional de la Investigación Científica de Francia, El Colegio Mexiquense, el Gobierno del Estado de

[1] Centro de Estudios Antropológicos del Occidente del INAH-Universidad de Colima, Centro INAH-Campeche, Centro INAH-Chihuahua, Centro INAH-Jalisco, Centro INAH-Morelos, Centro INAH-Oaxaca, Centro INAH-Tabasco, Centro INAH-Veracruz, Dirección de Etnohistoria, Dirección de Etnología y Antropología Social, Dirección de Investigación y Conservación del Patrimonio Arqueológico, Dirección de Lingüística, Dirección de Registro Público de Monumentos y Zonas Arqueológicas, Escuela Nacional de Antropología e Historia, Museo del Templo Mayor y Museo Nacional de Antropología.

[2] Centro de Estudios Mayas del Instituto de Investigaciones Filológicas, Instituto de Investigaciones Antropológicas, Instituto de Investigaciones Estéticas e Instituto de Investigaciones Históricas.

Hidalgo, el Instituto Escuela, la Universidad Brigham Young, la Universidad Complutense de Madrid, la Universidad de California en Los Angeles, la Universidad de Columbia, la Universidad Estatal de Illinois en Urbana-Champaign, la Universidad de Michigan y la Universidad Estatal de Pennsylvania.

El carácter colectivo de estos volúmenes los convierte en algo a la vez rico y diverso. El lector advertirá la pluralidad en los estilos de redacción, en los tratamientos de un mismo tipo de problema y en la utilización de las pruebas fácticas. En ciertas ocasiones hay traslapes e, inclusive, enfoques contradictorios. Sin embargo, tales diferencias se conservaron en señal de respeto a las perspectivas de cada autor. En algunas secciones es evidente el desigual conocimiento de las áreas y periodos de esta larga historia. No obstante, las 44 colaboraciones siguen lineamientos generales: buscan la síntesis actualizada del tema, la presentación de las polémicas vigentes a propósito de él y las referencias fundamentales para una profundización posterior. Además, están redactadas en un lenguaje sencillo en el que se evita el uso excesivo del aparato instrumental que exige la presentación de los resultados de investigación en medios académicos. Asimismo se prescinde de conceptos notablemente especializados, pero cuando hay la necesidad de incluirlos, se definen convenientemente.

Los capítulos se dividen en cuatro volúmenes temáticos: el primero cuenta con una sección introductoria y otra referente al lapso comprendido entre la llegada de los primeros grupos humanos al actual territorio mexicano y el final del horizonte Preclásico; el segundo está consagrado exclusivamente al horizonte Clásico; el tercero se ocupa del horizonte Posclásico, y el cuarto aborda los aspectos fundamentales de la tradición cultural mesoamericana.

Debemos advertir que seguimos esta manera de parcelar la historia antigua de México más por costumbre que por convicción, más como llave bibliográfica que como parte de una concepción que privilegia los "avances" estéticos o la sucesión de horizontes homogéneos. En consecuencia, se retienen los términos de los tres grandes horizontes (Preclásico, Clásico y Posclásico), pero sin atribuirles un sentido evolutivo

unilineal, ni caracteres compartidos en un mismo momento por todas las sociedades de Mesoamérica.

En calidad de coordinadores de la obra, agradecemos la colaboración de todos aquellos que participaron de una u otra manera en esta empresa. En primer término hacemos patente nuestro reconocimiento a Alfredo López Austin y a Pablo Escalante Gonzalbo; ambos dieron el primer impulso al proyecto tanto en su concepción como durante la puesta en marcha de los trabajos. Apartado especial merecen los autores de cada uno de los capítulos, quienes mostraron su entusiasmo en todo momento e hicieron derroche de paciencia durante los procesos de edición. Gracias a las gestiones de Enrique Florescano, ex titular de la Dirección de Proyectos Históricos Especiales del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, pudimos obtener –en el momento oportuno– un aporte económico para financiar la primera parte de la edición: coordinación, traducción, captura y dibujo. También queremos dar crédito a la excelente labor gráfica de Fernando Botas, César Fernández y Rubén Gómez Jaimes. Igualmente importante fue para nosotros el apoyo de Teresa Marín y Margarita Gil debido a que tuvieron bajo su responsabilidad la dura tarea de capturar en la computadora la totalidad de los textos; además introdujeron una y otra vez las correcciones editoriales y unificaron los formatos. Juan Tovar y Emily Carreón tradujeron del inglés al español los capítulos de nuestros colegas norteamericanos.

El proceso de edición estuvo a cargo del Grupo Editorial Miguel Ángel Porrúa y fue supervisado por los coordinadores de esta obra.

[*Ciudad de México, junio de 1999*]

Sumario general de la obra

Presentación a la primera edición
María Teresa Franco y González Salas

Prefacio a la segunda edición
Linda Manzanilla y Leonardo López Luján

Introducción
Leonardo López Luján y Linda Manzanilla

Volumen I
El México antiguo, sus áreas culturales, los orígenes y el horizonte Preclásico

Mesoamérica, Oasisamérica y Aridamérica

Antropología biológica de las sociedades prehispánicas
Johanna Faulhaber

Lingüística histórica
Leonardo Manrique Castañeda

Mesoamérica
Eduardo Matos Moctezuma

Aridamérica y Oasisamérica
Jesús Nárez

La frontera septentrional de Mesoamérica
Beatriz Braniff Cornejo

La frontera meridional de Mesoamérica
Ernesto Vargas Pacheco

De las primeras sociedades al Preclásico

Los primeros pobladores del actual territorio mexicano
Lorena Mirambell Silva

Las primeras sociedades sedentarias
Emily McClung de Tapia y Judith Zurita Noguera

La domesticación de animales
Raúl Valadez Azúa y Rocío Arrellín Rosas

La creación de los primeros centros de poder
Griselda Sarmiento

La zona del Golfo en el Preclásico: la etapa olmeca
Rebecca B. González Lauck

La zona oaxaqueña en el Preclásico
Walburga Wiesheu

La zona maya en el Preclásico
John E. Clark, Richard D. Hansen y Tomás Pérez Suárez

La zona del Altiplano central en el Preclásico
David C. Grove

Volumen II
El horizonte Clásico

La zona del Golfo en el Clásico
Jürgen Brüggemann

La zona oaxaqueña en el Clásico
Marcus Winter

El sur y el centro de la zona maya en el Clásico
Antonio Benavides

El norte de la zona maya en el Clásico
Antonio Benavides

La zona occidental en el Clásico
Rodolfo Fernández y Daria Deraga

La zona del Altiplano central en el Clásico
Linda Manzanilla

La zona nororiental en el Clásico
Dominique Michelet

La zona noroccidental en el Clásico
Marie-Areti Hers

La zona maya en el Clásico terminal
Joyce Marcus

La zona del Altiplano central en el Epiclásico
Yoko Sugiura Yamamoto

Volumen III
El horizonte Posclásico

La zona del Golfo en el Posclásico
Lorenzo Ochoa Salas

La zona oaxaqueña en el Posclásico
Ernesto González Licón y Lourdes Márquez Morfín

Las tierras altas de la zona maya en el Posclásico
Ma. Josefa Iglesias Ponce de León y Andrés Ciudad Ruiz

Las tierras bajas de la zona maya en el Posclásico

Miguel Rivera Dorado

La zona occidental en el Posclásico

Dominique Michelet

La zona del Altiplano central en el Posclásico: la etapa tolteca

Xavier Noguez

La zona del Altiplano central en el Posclásico: la etapa chichimeca

Luis Reyes García y Lina Odena Güemes

La zona del Altiplano central en el Posclásico: la etapa de la Triple Alianza

Concepción Obregón Rodríguez

La zona septentrional en el Posclásico

Rosa Brambila Paz

Oasisamérica en el Posclásico: la zona de Chihuahua

Arturo Guevara

La Conquista

Federico Navarrete Linares

Volumen IV
Aspectos fundamentales de la tradición cultural mesoamericana

La tecnología agrícola

Teresa Rojas Rabiela

La circulación

Carmen Lorenzo

El intercambio

Kenneth G. Hirth

La arquitectura y el urbanismo

Juan Antonio Siller

La escritura, el calendario y la numeración

Maricela Ayala Falcón

La literatura

Miguel León-Portilla

La religión, la magia y la cosmovisión

Adolfo López Austin

La astronomía

Ivan Sprajc

El arte

Esther Pasztory

Mesoamérica, Oasisamérica y Aridamérica

Antropología biológica de las sociedades prehispánicas

Johanna Faulhaber*

Introducción

Todas las poblaciones humanas se caracterizan por su historia biológica-cultural, relacionada íntimamente con el medio ambiente natural. En consecuencia, se han establecido dos grandes campos de estudio del hombre que necesariamente se complementan: la antropología biológica o física y la antropología cultural.

En esta interacción existe una diferencia fundamental que se refiere al modo de transmisión de una generación a otra tanto del patrimonio cultural como del biológico. Este último, por ser relativamente fijo, pasa de padres a hijos por medio de la herencia codificada en los genes y, salvo algunas mutaciones, éstos se combinan como unidades relativamente estables. Las poblaciones puestas en contacto por las migraciones se mezclan y el mestizaje favorece una nueva recombinación de los genes ya existentes, aumentando así la variabilidad fenotípica; es decir, apareciendo nuevas características en el aspecto externo de los individuos. En otras palabras, dichas características biológicas se fijan desde el momento de la fecundación del óvulo, aun cuando la magnitud de su desarrollo posterior dependerá en cierto grado de las condiciones favorables o desfavorables existentes durante todo el periodo de crecimiento.

No ocurre lo mismo en la transmisión de los hábitos culturales o lingüísticos. Muchas veces se dice que la cultura se "hereda"; sin embargo no es así. No existe en esta transmisión una predisposición como la biológica o genética. La cultura, incluyendo al idioma, no se hereda, sino que se aprende y ello

*Antropóloga física, investigadora del Instituto de Investigaciones Antropológicas de la UNAM, México.

depende exclusivamente del medio ambiente social que rodea al individuo desde su nacimiento.

Conviene tener claros estos hechos inherentes a la vida humana, antes de pretender conocer la biología o la cultura de poblaciones prehistóricas de las cuales sólo contamos con sus restos materiales. El arqueólogo, como historiador de culturas del pasado, cuenta para su trabajo con los materiales que han perdurado de ellas hasta nuestros días, los cuales debe encontrar, estudiar e interpretar. El antropólogo físico o biólogo humano cuenta asimismo para el conocimiento de esas poblaciones con restos materiales; en nuestro caso, sólo restos óseos que deben ser estudiados para poder caracterizar biológicamente a los individuos, a los protagonistas de las culturas que nos antecedieron.

El hombre precolombino

Al descubrirse el continente americano, hace cinco siglos, se presentó al mundo occidental el dilema de si los hombres que habitaban el Nuevo Mundo eran o no seres humanos, de acuerdo con el criterio imperante en aquel entonces entre los europeos. Este problema se resolvió, en parte, al decretar el papa Julio II, en 1512, que los amerindios descendían de Adán y Eva, hecho que descartaba su posible origen autóctono en América. Sin embargo, siguió en pie la incógnita de cómo y cuándo entraron a estas tierras y se recurrió a la discusión de una supuesta llegada de fenicios, hebreos, etruscos, egipcios, sumerios y arios, al igual que de la mítica Atlántida, sin que se pudiera comprobar ninguna de estas hipótesis.

El enfoque al problema cambió en la Europa del siglo XIX con el descubrimiento de los primeros fósiles humanos (de Neandertal, de Cromagnon y de Chancelade), junto con restos prehistóricos culturales, lo cual sentó las bases para el concepto de la evolución humana tanto biológica como cultural. La anatomía comparada mostró además que en el Nuevo Mundo no existe la premisa biológica para poder sustentar una teoría científica acerca del autoctonismo del hombre de América: los monos catarrinos. Así, los intentos al respecto han sido descartados.

Consecuentemente, el hombre migró a América; aunque se han propuesto varias rutas de migración, hay un acuerdo generalizado de que la población principal llegó de Asia vía el Estrecho de Beringia, extendiéndose rápidamente hacia el sur por todo el continente americano. Sin embargo, no

hay acuerdo todavía en cuanto a la época de su penetración. Para una minoría de investigadores y con base en hallazgos culturales, los primeros hombres llegaron durante la glaciación Wisconsin, entre 40,000 y 75,000 años antes del presente; en cambio, para la mayoría, el hombre llegó durante el Pleistoceno: hace unos 20,000 a 25,000 años. Aumentan cada día más los hallazgos culturales por todo el continente, pero sólo se cuenta con relativamente pocos restos humanos fosilizados. Por desgracia, muchos fueron encontrados accidentalmente, están fragmentados, carecen de datos geológicos y fechamientos radiométricos, además de no haberse localizado asociados a restos culturales. No obstante, no queda duda alguna de que el hombre que migró a América pertenecía ya a la misma especie a la que pertenece toda la humanidad actual: *Homo sapiens sapiens*.

El hombre de las culturas precerámicas

En México, la época precerámica se ha dividido en tres horizontes: Arqueolítico, Cenolítico y Protoneolítico.[1] Durante el Arqueolítico (? a 14,000 años aP) el hombre era nómada, vivía predominantemente de la recolección de plantas, en grado menor de la caza y habitaba en cuevas. Su presencia en México está atestiguada por burdos implementos de piedra encontrados en lugares muy distantes entre sí. No contamos con restos esqueléticos humanos para este horizonte.

Durante el Cenolítico (14,000 a 7000 aP), el hombre seguía alimentándose de la recolección de vegetales, pero la caza de grandes animales asumió una mayor importancia que en el horizonte anterior. Con las mejoras en la obtención de medios de subsistencia, la población se volvió más densa, hecho que se refleja en un mayor número de sitios arqueológicos conocidos para esta etapa. Para muchos investigadores, ésta ha sido la época de los "cazadores de mamutes", aunque la caza de un animal de 8 a 10 toneladas seguramente era poco frecuente y ayudada por otros incidentes.

En lo que se refiere a las características biológicas del hombre precerámico, se reunieron los datos de los restos adultos en el cuadro 1 según su cronología. Hay que hacer la advertencia de que el fechamiento de muchos restos abarca un periodo, lo cual hace imposible situarlos con certeza en los límites establecidos para los horizontes culturales señalados. En este cuadro

[1] Lorenzo, "La etapa lítica en México", p. 16.

Cuadro 1. Restos adultos humanos del **horizonte precerámico***

Horizonte	*Lugar del hallazgo*	*Antigüedad*	*Sexo*
Arqueolítico	No hay restos óseos		
Cenolítico	Metro, México, D.F.		
	Tlapacoya, Edo. de Méx.	[illegible] aP	Masc.
	[illegible]	[illegible] aP	Masc.
	[illegible]	[illegible] aP	Masc.
	Cueva de Coxcatlán, Tehuacán, Pue.		
	Ent. Tc. 50-4, Fase El Riego	8,500 – 7,000 aP	Fem.
	Ent. Tc. 50-5, Fase El Riego	8,500 – 7,000 aP	Masc.
	Cueva Purrón, Tehuacán, Pue.		
	Ent. 272-4, Fase El Riego	8,000 aP	Fem.
Protoneolítico	Cueva Purrón, Tehuacán, Pue.		
	Ent. 272-2, Fase Coxcatlán	7000 – 5,500 aP	Masc.
	Peñón III		
	Peñón de los Baños, D.F.	7000 – 5,500 aP	Fem.
	Cueva del Texcal, Pue.		
	Ent. [illegible]	7000 – 4,500 aP	Masc.
	Ent. [illegible]	7000 – 4,500 aP	Fem.
	San Vicente Chicoloapan		
	Edo. de México	5,500 aP	Masc.
	Tepexpan, Edo. de México	5,000 aP	Fem.
	Sta. Ma. Astahuacán		
	Edo. de México Ent. 2	5,000 aP	Masc.

* Salas *et al.*, "Estudio comparativo de los restos fósiles humanos localizados en México", p. 130, modificado.

no se incluyeron los adultos de cronología indeterminada (Peñón I y II, y los restos del descubrimiento reciente de Chimalhuacán, Estado de México), así como los restos infantiles y las piezas dentarias aisladas.

Para los restos de Tepexpan no se consideró la cronología dada originalmente por De Terra, su descubridor, de 11,000 a 12,000 años aP, sino la determinada por Libby de 5000 años aP.

No obstante,[2] Tom Stafford Jr. de la Universidad de Albuquerque, Nuevo México, acaba de realizar un nuevo fechamiento empleando las técnicas más modernas, llegando a la conclusión de que los restos de Tepexpan tienen una cronología de aproximadamente 2000 años aP, y aceptó su designación

[2] Lorenzo, "Fechamiento de la mujer de Tepexpan", p. 13.

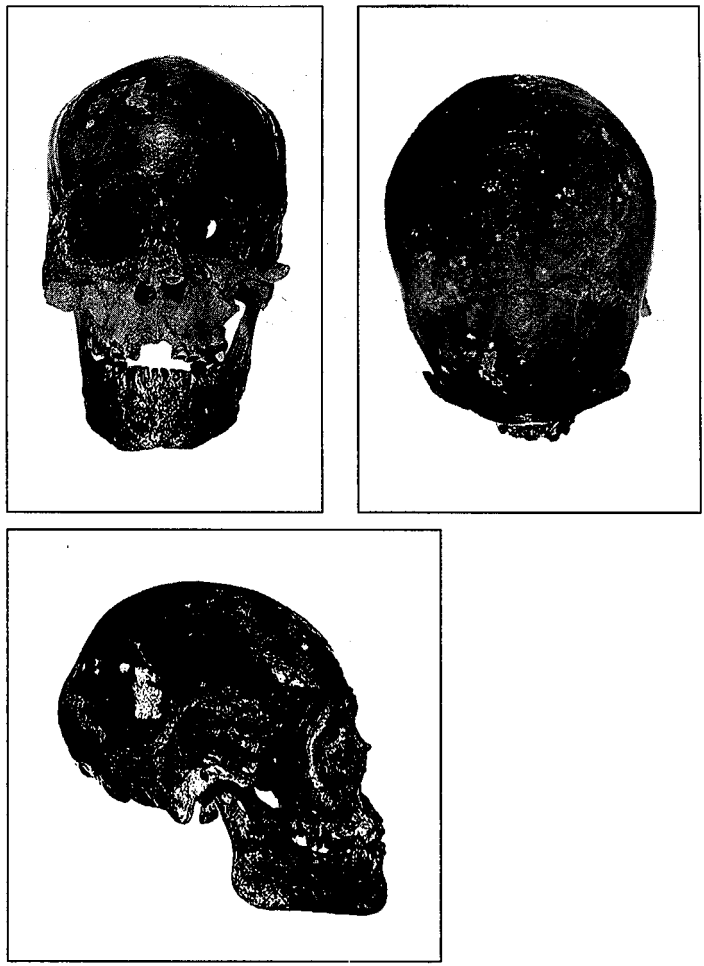
como femenino.[3] Otro desacuerdo se refiere a los entierros de Santa María Astahuacán, a los cuales se asignó una antigüedad de 9000 aP,[4] pero según Lorenzo el Entierro 2 estaba asociado a restos de cerámica, lo cual lo hace mucho más reciente. Por último, el cráneo del Entierro 3 de Texcal muestra indicios de una deformación intencional durante la vida del individuo, con el consecuente aumento en la anchura relativa del mismo.

Como resalta en esta concentración de los restos humanos precerámicos, contamos con poco material para un periodo tan grande, y seguramente el desarrollo cultural y genético no se efectuó en todas partes a la misma velocidad y de la misma manera, debido al grado de aislamiento geográfico. Sin embargo, con base en este material se pueden apreciar algunos caracteres generales, a pesar de su gran variabilidad. El cráneo más antiguo es el encontrado en 1968-1969 en la construcción del "Metro" en la calle de Balderas, México, Distrito Federal, con una cronología de 11,000 aP (véanse figuras 1, 2 y 3).

Existen varios estudios descriptivos de los diversos hallazgos.[5] Con base en el estudio de 36 medidas absolutas y 21 índices craneanos obtenidos de 14 cráneos incompletos, 11 con mandíbula, se llegó a las conclusiones[6] de que el diámetro anteroposterior máximo y el diámetro transverso máximo, además del índice craneal horizontal, son las características que nos dan una mayor información acerca de las semejanzas y divergencias morfológicas. A este respecto se observa que los cráneos masculinos que tienen por lo menos 9000 años de antigüedad se asemejan entre sí, siendo muy largos y estrechos (dolicocráneos). Entre los cráneos masculinos de menor antigüedad, sigue existiendo esta forma en el cráneo 272-2 de Tehuacán que cuenta con una edad de 7000 a 5000 años. Sin embargo, también se hallaron otros ejemplares de anchura media en relación con su longitud (mesocráneos), como los del Entierro 2 de Astahuacán, de Tepexpan y del Entierro 1 de Texcal, al igual que braquicráneos de anchura proporcional mayor (Entierro 3 del Texcal, con la deformación intencional mencionada, y Tehuacán 272-4 y 50-5). Los cráneos femeninos, con una tendencia a ser mesocráneos, no permiten apreciar un patrón cronológico en sus características.

En lo que se refiere al esqueleto poscraneal, la mayoría de los individuos son muy robustos y pueden haber presentado un promedio mayor de estatu-

[3]Genovés, "Revaluation of Age, Stature, and Sex of the Tepexpan Remains, Mexico", p. 216.
[4]Romano, "Restos óseos humanos precerámicos de México", p. 80.
[5]Romano, "Preceramic Human Remains", pp. 22-34; "Restos óseos humanos...", pp. 29-81; Genovés, Pijoan y Salas, "El hombre temprano en México. Panorama general", pp. 370-399.
[6]Salas, Pijoan y García Moll, "Estudio comparativo de los restos fósiles humanos localizados en México", pp. 138-142.



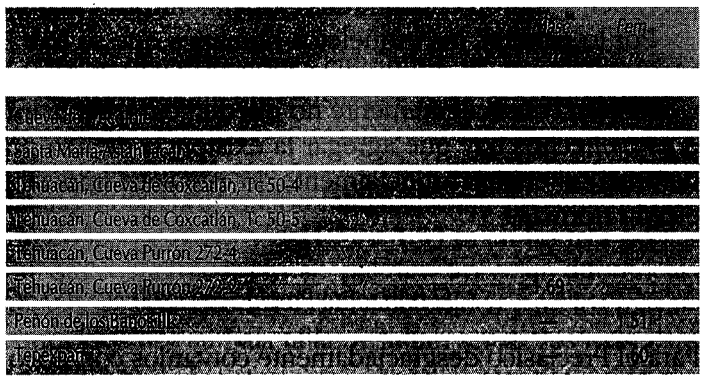
Figuras 1, 2 y 3. Cráneo del "Metro"
con una antigüedad de 11,000 años antes del presente.

ra que el de las poblaciones más recientes. La talla[7] determinada con base en algunos huesos largos, dio los resultados anotados en el cuadro 2.

Otra característica que resalta es el fuerte desgaste dentario, sobre todo de los molares, el cual pudo ser causado por la presencia de abundante

[7]Romano, "Restos óseos humanos...", p. 80; Pompa, "Nueva evidencia en México: datos preliminares del hombre de Chimalhuacán", p. 189.

Cuadro 2. Estatura calculada para restos precerámicos



material abrasivo en los alimentos que se consumían en los tiempos precerámicos.

Como se ha visto, los resultados que se refieren a las características morfológicas antiguas son extremadamente escasos. Hay que tomar en cuenta el hecho de que sólo a partir del hallazgo de Tepexpan, en 1947, se empezó a prestar atención a los estudios de tiempos precerámicos, frente a las exploraciones monumentales de la alta cultura mesoamericana que llamaba más la atención. Desde entonces se conocen 24 sitios con restos óseos precerámicos, pero aún falta descubrir al testigo humano del poblamiento de Mesoamérica durante el Pleistoceno.

Las culturas mesoamericanas

Para conocer las características físico-biológicas propias de las poblaciones integrantes de estas culturas[8] sólo contamos con los restos esqueléticos descubiertos en los monumentos de los centros ceremoniales, ya que a éstos se ha dedicado la mayoría de las excavaciones arqueológicas. Hasta hace poco se prestaba escasa atención a los sitios habitacionales que rodean a los centros ceremoniales; al no haber cementerios en el sentido estricto de la palabra, existía la costumbre de sepultar a los muertos debajo de los pisos de las construcciones donde la gente vivía y sólo ocasionalmente en los centros ceremoniales. El resultado de esta situación es que, para nuestro estudio de los

[8]Genovés, "Anthropometry of Late Prehistoric Remains", pp. 35-49; Jaén y López, "Algunas características físicas de la población prehispánica de México", pp. 113-135; Faulhaber y Schwidetzky, "México", pp. 81-151.

tipos físicos humanos, la mayoría de los restos óseos con que contamos proceden y fueron encontrados casualmente en estos últimos.

Por lo general, los esqueletos humanos que se han hallado están incompletos y en mal estado de conservación, debido a las condiciones climáticas y edáficas; consecuentemente no pueden dar toda la información requerida. A estos hechos hay que agregar la existencia de una práctica intencional de deformar al cráneo artificialmente, lo que hace imposible su observación en estado normal.

El horizonte Preclásico (1200 aC-200 dC)

Para el Preclásico desgraciadamente contamos con poco material óseo y sólo hay cráneos normales no deformados de dos sitios: Montenegro, Oaxaca y Tlatilco, Estado de México. Los primeros presentan un índice craneal horizontal que indica que son relativamente largos y angostos (dolicocráneos), mientras que los de Tlatilco tienen una relación media entre ambas dimensiones (mesocráneos). En cuanto a la cara y la nariz, sólo hay datos para Tlatilco que indican formas medias, según las clasificaciones internacionales. Aunque no podemos comprobarlo, creemos, de acuerdo con los estudios glotocronológicos, que durante el Preclásico las migraciones en dirección septentrional de algunos grupos mayenses, tales como los totonacos y huastecos, hacia el norte del estado de Veracruz, contribuyeron a la extensión de los braquicraneanos (es decir, de la población de cabeza ancha) a lo largo de la parte sur del Golfo. Esta suposición está de acuerdo con las conclusiones a las que se llegó en la *Mesa Redonda sobre Mayas y Olmecas* en 1942. Los cráneos olmecas encontrados estaban deformados artificialmente, pero en lo que se refiere a las representaciones humanas de piedra, jade y cerámica, se observó:

> Dos tipos físicos parecen estar representados en las figuras humanas. Uno de nariz chata y labios gruesos y otro de nariz fina y labios delgados[...] Aparentemente se trata de individuos gordos, de aquí ciertas características constantes como: cabeza redonda o en forma de pera o aguacate; tipos mofletudos, nuca abultada; ojos abotagados y oblicuos; comisuras hundidas; barbilla saliente; cuerpo rechoncho.
>
> Hay dos tipos físicos representados en las figurillas, que se podrían designar como braquitipo y longitipo. El primero es para aquellas representa-

ciones que muestran un cuerpo rechoncho. El segundo es para las que representan individuos con brazos y piernas largas.[9]

Sin embargo, por tratarse de expresiones culturales, no se puede determinar si se trata aquí de tipos realmente existentes o de representaciones estereotipadas.

En cuanto a la estatura calculada con base en los huesos largos de 10 poblaciones, es media según la clasificación internacional, presentando un rango de 1.62 a 1.67 m en los hombres y de 1.51 a 1.53 m en las tres poblaciones femeninas con que contamos. No se pueden apreciar diferencias regionales, pero es de interés notar que los valores obtenidos para los mayas, que hoy en día son conocidos por su baja talla, resultan ser de los más altos del Preclásico (véase cuadro 3).

El horizonte Clásico (200 dC-600/800 dC)

Al terminar el Preclásico se habían desarrollado centros ceremoniales no sólo en la región olmeca de Veracruz y Tabasco, sino también en los valles de México, Morelos, Puebla y Oaxaca, así como en la región maya. Fue durante el horizonte Clásico cuando las civilizaciones mesoamericanas alcanzaron su mayor esplendor. Aparecen las ciudades y una agricultura intensiva, ayudada por sistemas de irrigación y otros tipos de control de agua. Se desarrollaron altas culturas locales con sus propias artes, cerámica, calendarios elaborados y escritura jeroglífica.

Durante el Clásico, el centro más importante fue Teotihuacan, con una población estimada entre 50,000 y 120,000 habitantes; la segunda ciudad en importancia fue Cholula. Según investigaciones recientes,[10] fue durante el Clásico que la cultura mesoamericana se extendió hasta las regiones norteñas de los cazadores y recolectores.

Las costumbres funerarias indican, al igual que otros hechos culturales, la existencia de una estratificación social bien marcada. Contamos, por un lado, con entierros simples y, por el otro, con tumbas monumentales, misma variación que se encuentra en las ofrendas.

En lo que se refiere a las características antropofísicas de la población, se cuenta con poco material óseo y la persistencia de la deformación craneana intencional. En cuanto a los cráneos de La Quemada, Zacatecas, el índice es

[9] Sociedad Mexicana de Antropología, *Mayas y Olmecas*, pp. 77 y 79.
[10] Hers, *Los toltecas en tierras chichimecas*, p. 60.

Cuadro 3. Estatura durante el horizonte Preclásico*

Población	Masc. (m)	Fem. (m)	Autor	Sitio
Chupícuaro, Gto.	1.64	1.52	Faulhaber, 1974	
Cuicuilco, D.F.	1.643	1.51	Faulhaber, 1971	
Ticomán, D.F.	1.62	—	Romero, 1949	
Tlatilco, D.F.	1.63	1.53	Faulhaber, 1965	
Tehuacán, Pue.	1.66	—	Anderson, 1967	
Montenegro, Oax.	1.64	—	Romero, 1951	
Chiapa de Corzo, Chis.	1.62	—	Jaén, 1968	
Región maya (Komchén, Dzibilchén, Altar de Sacrificios)	1.64	—	Márquez, 1982 y 1984	
Tikal, Guatemala	1.643	—	Haviland, 1967	
Altar de Sacrificios, Guatemala	1.67	—	Smith, 1972	

*Faulhaber y Schwidetzki, "México", p. 93, modificado.

medio en los hombres, mientras que en las mujeres la anchura es mayor, dando origen a braquicráneos. En el centro de la República, los datos de las mujeres del Epiclásico de Xochicalco también las señalan como de proporciones medias (mesocraneanas). Por el contrario, a lo largo de la Costa del Golfo y en la región maya, los cráneos son anchos y cortos (braquicráneos). La cara, en los pocos datos disponibles, es de proporción media en cuanto a su altura superior y su anchura, siendo un poco más angosta en Teteles de Ocotitla, Tlaxcala.

La estatura calculada con base en huesos largos se concentró en el cuadro 4, donde se puede apreciar una variación de 1.55 a 1.67 m en los hombres y de 1.44 a 1.59 m en las mujeres, habiendo en los primeros, tres poblaciones y en las mujeres, seis que presentan una talla pequeña, según la clasificación internacional, siendo las demás poblaciones de talla media.

A diferencia del horizonte anterior, en el Clásico se pueden apreciar pequeñas diferencias regionales en el sentido de que los habitantes de La Quemada, Zacatecas, y los de San Luis Potosí eran de talla más elevada que los del centro de México. La estatura de los pobladores de Monte Albán, Oaxaca, es aún menor; en Chiapas aumenta de nuevo. En la región maya, de la zona del Golfo hasta Yucatán y Guatemala, ésta oscila entre 1.59 y 1.61 m en los hombres, y entre 1.44 y 1.52 m en las mujeres. La heterogeneidad de la talla resalta, sin embargo, al observarse por un lado, una estatura muy baja en una de las series de Chichén Itzá (1.55 m en hombres) y, por el otro, la

Cuadro 4. La estatura durante el horizonte Clásico*

Poblaciones	Masc. m	Fem. m	Autor
La Quemada, Zac.	1.67	1.51	Faulhaber, 1960
Cerro de Silva, S.L.P.	1.67	1.59	Serrano y Ramos, 1971
Villa de Reyes, S.L.P.	1.66	—	Jaén, 1975
La Ventilla, Teotihuacan, Edo. de Méx.	1.61	1.46	Serrano, Lagunas, 1975
Teotihuacan Oeste	1.586	1.532	Torres, 1995
Tlajinga 33, Teotihuacan	1.65	1.59	Storey, 1984
Teteles de Ocotitla, Tlax.	1.64	1.53	Peña Gómez, 1982
Xochicalco, Mor.		1.53	Stewart, 1956
Monte Albán, Oax.	1.59	1.47	Romero, en Jaén y López, 1976
Chinkultic, Chis.	1.64	1.48	Jaén y López, 1974
Chiapa de Corzo, Chis.	1.63	1.49	Jaén, 1968
Jaina, Camp.	1.61	1.51	Jaén y López, 1974
Jaina, Camp.	1.61	1.50	Piojan y Salas, 1984
Chichén Itzá, Yuc.	1.62	1.49	Jaén y López, 1974
Chichén Itzá, Yuc.	1.55	1.44	Márquez, 1984
Región maya (Chichén Itzá, Xcán, Palenque, Akil, Komchén, Cozumel, Jaina, Río Bec)	1.61	1.52	Márquez, 1982 y 1984
Xcán (cueva), Yuc.	1.67	1.50	Márquez et al., 1982
Altar de Sacrificios, Guatemala	1.61	—	Saul, 1972
Zaculeu, Guatemala**	1.59	1.48	Stewart, 1953
San Agustín, Kaminaljuyú, Zaculeu, Guatemala	1.61	1.47	Stewart, 1949
Tikal, Guatemala	1.62	—	Haviland, 1967

*Faulhaber y Schwidetzki, "México", p. 101, modificado.
**Clásico y Posclásico.

estatura alta registrada en los hombres de la cueva de Xcán (1.67 m), la que iguala a la de las poblaciones del Clásico citadas para el norte de México. Es difícil explicar esta variabilidad entre los mayas. Stewart[11] llamó la atención al hecho de que hubo una reducción en la talla existente en tiempos prehispánicos y en el presente, debido a condiciones climáticas desfavorables; Haviland[12] ha sugerido una disminución en la estatura en Tikal entre el Clásico inferior y superior a causa de una estratificación social y a un menor potencial agrícola; Saul[13] y Márquez[14] estiman que esta reducción, en Altar de Sacri-

[11] Stewart, "Skeletal Remains from Zaculeu, Guatemala", p. 300.
[12] Haviland, "Stature at Tikal, Guatemala...", p. 319.
[13] Saul, *The Human Skeletal Remains of Altar de Sacrificios, an Osteobiographic Analysis*, p. 74.
[14] Márquez Morfín, "Distribución de la estatura en colecciones óseas mayas prehispánicas", pp. 258-259

ficios y la zona maya en general, tomó lugar al pasar del Preclásico al Clásico. Puesto que los datos culturales no indican una invasión por otras poblaciones, ellos atribuyen esta reducción a cierto grado de desnutrición y a un consecuente retraso en el crecimiento, situación que ha continuado hasta nuestros días.

El horizonte Posclásico (800-1519 dC)

Después de la desintegración de Teotihuacan, algunos centros tales como Xochicalco y El Tajín se fortificaron y trataron de conservar su hegemonía cultural sobre el norte, y al no lograrlo, se inició la invasión de grupos septentrionales a las zonas de las altas culturas, causando intensos movimientos demográficos. Una vez aculturados, grupos invasores, llamados toltecas, chichimecas o tolteca-chichimecas, establecieron en el límite septentrional de Mesoamérica un nuevo centro de alta cultura en Tula, renombrado por su riqueza y sus artes.

El primer gran desplazamiento de poblaciones bajo la presión demográfica de estos invasores del norte, fue de un grupo aparentemente de filiación teotihuacana que abandonó Cholula, alrededor de 800 dC. Este grupo emigró hacia Veracruz donde se unió a otro de habla náhuatl, para continuar su tránsito a través del Istmo de Tehuantepec, el Soconusco, hasta Centroamérica; así los pipiles, de habla náhuatl, llegaron hasta Nicaragua.

Un segundo gran movimiento de poblaciones tuvo lugar en el siglo x. Parece haber sido un grupo que apareció bajo el mando de Mixcóatl en Morelos, posiblemente en Xochicalco. Según la tradición, una parte de este grupo se fue hacia el norte y llegó a Tula, Hidalgo, donde se asoció con los tolteca-chichimecas, mientras que otro conquistó la región mixteca de Oaxaca.

La tercera migración grande, mencionada por las tradiciones escritas, partió de Tula y parece haber estado constituida por la casta sacerdotal y sus seguidores, bajo el mando de Topiltzin Quetzalcóatl, quien abandonó Tula y la dejó en manos de un grupo de militares en 978 dC. La ruta seguida en su desplazamiento fue a lo largo de la costa de Veracruz hasta Yucatán.

La importancia de Tula como gran centro cultural terminó hacia 1170 con la llegada y la presión de nuevos grupos invasores de habla otomí y náhuatl. Entonces se inició una fragmentación de pequeños grupos culturales, que en la Cuenca de México duró hasta que los mexicas la llegaron a dominar y de allí, conquistar grandes regiones de Mesoamérica.

La existencia de puestos militares mexicas pudo haber originado que su idioma se haya convertido, en aquel entonces, en lengua franca, como sucedió con el español después de la Conquista, y que algunos idiomas indígenas diferentes se hayan sustituido por la adopción del náhuatl. Este hecho también explicaría, en parte, las grandes diferencias antropofísicas existentes aún hoy en día, entre los diversos grupos de habla náhuatl y la mayor semejanza somática de algunos de ellos con sus vecinos regionales que hablan un idioma distinto.

Los intensos desplazamientos de las poblaciones durante la mayor parte del Posclásico deben haber afectado también el aspecto antropofísico de los diversos grupos integrantes de la cultura mesoamericana, causando un gran mestizaje entre ellos.

En cuanto a los restos óseos a nuestra disposición, contamos con datos provenientes del extremo norte de la actual República Mexicana. Aunque el material esquelético es de nuevo escaso y la deformación craneana intencional se practicó con una frecuencia aún mayor, se pueden observar diferencias regionales en la forma normal de la cabeza.

El cráneo es muy largo y estrecho (hiperdolicoide) entre los pericúes de Baja California, entre los pailas de Coahuila y en Huamango, Estado de México. Sigue siendo largo y angosto, aunque en menor grado (dolicoides), en la Cueva de la Candelaria, Coahuila; en el Ejido de Torrecilla, Tamaulipas; en Cerro de Silva y en Guadalcázar, San Luis Potosí; en Tuxcacuesco, Jalisco y en Teotenango, Estado de México. Una proporción media entre longitud y anchura (mesocráneos) se aprecia entre los seris y los pimas bajos de Sonora y entre los cora-huicholes de Nayarit. En la Huasteca de la costa del Golfo de Veracruz y en la región maya sigue persistiendo una población de cráneo ancho y corto (braquicraneana) que se extendió también hasta Coixtlahuaca en Oaxaca. En otras palabras, los invasores del norte eran de cabeza alargada y angosta, y los habitantes originales en el extremo sur, la presentan corta y ancha; parece que en la zona central se estableció una forma intermedia, mesocraneana, posiblemente en parte debido a la mezcla entre los diversos grupos que se ponían en contacto durante las migraciones.

En cuanto a la cara, ésta es de proporción media (mesena) en algunas poblaciones del norte, habiendo, sin embargo, otras de cara ancha en la misma región. Hacia el sur, la cara se alarga de nuevo un poco más. La forma de la nariz es de anchura media o es ancha, sin que se pueda apreciar una diferencia regional.

Cuadro 5. Estatura durante el periodo Posclásico*

Poblaciones	*Masc m*	*Fem m*	*Autor*
Pericúes, B.C.	1.64	1.56	Rivet, 1909
Pericúes, B.C.	1.65	1.54	Jaén y López, 1974
Seris, Son.	1.70	1.55	Genna, 1933-1934
Pimas Bajos, Son.	1.61	1.50	Jaén y López, 1974
La Candelaria, Coah.	1.64	1.56	Romano, 1956
La Candelaria, Coah.	1.65	1.56	Jaén, 1968
La Paila, Coah.	1.65	1.56	Jaén, 1968
Tancol, Tamps.	1.68	1.55	Faulhaber, 1948-1949
Río Verde, S.L.P.	1.65	1.54	Serrano y Ramos, 1984
Guadalcázar, S.L.P.	1.67	1.61	Serrano y Ramos, 1984
Cerro de Silva, S.L.P.	1.69	1.61	Serrano y Ramos, 1984
Culiacán, Sin.	1.65	1.62	Pijoan, 1948
Tecualilla, Nay.	1.64	1.50	Pompa, 1975
Tuscacuesco, Jal.	1.61	1.51	Gavan, 1949
Cuenca de México	1.61	1.48	Comas, 1952
Tlatelolco, D.F.	1.62	1.48	Jaén y López, 1974
"Metro", D.F.	1.60	1.50	Salas, 1977
Culhuacan, D.F.	1.65	1.49	López y Sánchez en Jaén y López, 1974
Huamanga, Edo. de Méx.	1.62	1.48	Lagunas, 1981
Teotihuacan, Edo. de Méx. (Plaza de la Luna)	1.61	1.50	Lagunas y Serrano, 1983
Teopantlango, Edo. de Méx.	1.59	1.48	Romano, 1975
Cholula, Pue.	1.64	1.54	Romero, 1985
Cholula, Pue.	1.60	1.50	López et al, 1970
Venta Salada, Tehuacán, Pue.	1.65	1.59	Anderson, 1967
Monte Albán, Oax.	1.59	1.47	Romero en Jaén y López, 1974
Coixtlahuaca, Oax.	1.59	1.47	Cenoves, 1958
Yagul, Oax.	1.60	1.50	Estrada, 1972
Cerro Guacamaya, Oax.	1.57	1.46	Jiménez en Jaén y López, 1974
Región maya (Playa del Carmen, Cozumel, El Meco, Cenote Sagrado y Cancún)	1.62	1.49	Márquez, 1982 y 1984
Cancún, Q.R.	1.63	1.46	Ramos, 1978
Playa del Carmen, Q.R.	1.63	1.50	Márquez, 1982
Altar de Sacrificios, Guatemala	1.59	—	Saul, 1972
Zaculeu, Guatemala**	1.59	1.48	Stewart, 1953

*Faulhaber y Schwidetzki, "México", pp. 106-107, modificado.
**Clásico y Posclásico.

Los datos referentes a la estatura calculada, reunidos en el cuadro 5, indican que hay una variación de 1.57 a 1.70 m entre los hombres y de 1.46 a 1.61 m en las mujeres. Según la clasificación internacional, la mayor parte de las poblaciones eran de talla media y sólo algunas de estatura pequeña, al presentar valores inferiores a 1.60 m en varones y 1.49 m en mujeres. Al mismo tiempo se pueden apreciar diferencias regionales en el sentido de que la talla es más alta en el norte de México, de magnitud algo menor en el centro, para llegar a una talla aún más baja en el extremo sur. Parece, por lo tanto, que los invasores de Mesoamérica durante el Posclásico eran más altos y posiblemente afectaron la talla de algunos pueblos, aunque los pocos datos disponibles de un mismo lugar hacen sospechar que en el centro, la talla del Posclásico era más alta y posiblemente afectó la talla de algunos pueblos. Sin embargo, los pocos datos disponibles de un mismo lugar, hacen sospechar que en el centro, la talla del Posclásico no varió mucho de la del Clásico. También la estatura encontrada en Oaxaca es un poco menor en ambos horizontes que la de las regiones vecinas y, tanto aquí como en algunas poblaciones de la zona maya, al igual que en Teotenango, Estado de México, se encuentran las poblaciones de talla más pequeña de toda Mesoamérica.

Consideraciones morfológicas generales

Para caracterizar a la población prehispánica, solamente se cuenta para el horizonte Preclásico con restos fósiles provenientes del centro de México, con una antigüedad de 11,000 años antes del presente o menos. Sus características craneales indican tipos físicos que difieren en el transcurso del tiempo, mientras la estatura calculada para estos restos es media y bastante parecida entre sí.

Con el invento del cultivo y el inicio de las altas culturas mesoamericanas, los pocos datos disponibles indican cierta divergencia en los caracteres morfométricos de las poblaciones, aunque la estatura obtenida para 10 de ellas son medias y no presentan grandes variaciones regionales.

Con el Clásico, época de mayor esplendor, el tipo antropofísico indica una mayor variabilidad entre los diversos grupos en cuanto a la forma del cráneo y también se pueden apreciar diferencias regionales en la estatura de las poblaciones. Sin embargo, ella es de magnitud media en la mayoría, aunque las diferencias se han querido interpretar en la zona maya como el resultado de una estratificación social y de la implantación de condiciones nutricionales más precarias en algunos grupos humanos.

Con la caída de Teotihuacan se inicia la invasión de grupos del norte y para el Posclásico los datos recabados por la arqueología se refuerzan por las tradiciones orales conservadas en el momento de la Conquista. En lo que se refiere al aspecto somático de los diversos pueblos afectados por estas grandes presiones demográficas y por las consecuentes migraciones, existen claras diferencias entre los grupos humanos del norte, de cabeza alargada y angosta, que aparecen también en algunos sitios del centro de México, mientras que los de la región del Golfo y de la zona maya se caracterizan por un cráneo ancho y corto. También en cuanto a la estatura, la de las poblaciones septentrionales es mayor, la del centro es media, y la de Oaxaca y algunos grupos mayas es la más pequeña.

Como se ha visto, los estudios osteométricos, debido a la escasez del material, no nos permiten más que llegar a apreciaciones generales de carácter regional. Sin embargo, hace relativamente poco tiempo se inició el estudio de 30 caracteres no métricos, es decir, antroposcópicos, llamados también epigenéticos, del cráneo. Ellos permiten la inclusión de aquéllos deformados artificialmente.[15] Con base en los resultados de estudios de esta índole, se ha calculado la distancia biológica que separa a los mexicas de Tenochtitlan de los tlatelolcas vecinos, ambos del Posclásico.[16] Se llegó a la conclusión de que se trata de variantes de un solo grupo. Este conjunto se separa en sus caracteres claramente, por un lado, de la población Preclásica de Tlatilco, también situada en la Cuenca de México y, por el otro, de la maya de Jaina, Campeche, perteneciente al Clásico.[17]

Estos resultados antropométricos y antroposcópicos, aún escasos, indican que de ninguna manera se puede afirmar que la población prehispánica era biológicamente homogénea, sino que las presiones demográficas ejercidas por las migraciones deben haber originado un intenso mestizaje que, junto con los cambios habidos en el medio ambiente natural, dieron como resultado grupos humanos morfológicamente heterogéneos.

Algunos aspectos demográficos

Con base en los entierros hallados en las exploraciones arqueológicas, se pueden empezar a conocer algunos aspectos de la paleodemografía de las poblaciones prehispánicas, teniendo en cuenta, sin embargo, que son pocas

[15] Vargas, *Estudio de los caracteres craneanos discontinuos en la población de Tlatilco.*
[16] Salas y Pijoan, "Variantes no métricas en cráneos de la población mexicana", p. 135.
[17] Pijoan y Salas, "La población prehispánica de Jaina, análisis osteológico", p. 476.

las que presentan restos óseos de un número suficiente de individuos y donde los hay, posiblemente no se trate de una muestra obtenida al azar, ya que pueden haber intervenido factores culturales que originaron una selección de los individuos encontrados.

En cuanto a la distribución de los esqueletos según su edad (véase cuadro 6), se puede apreciar que en Tlajinga 33, Teotihuacan (48.1 por ciento), Cholula (42.5 por ciento) y Teotenango (48.9 por ciento), un poco menos de la mitad de los individuos no alcanzó la edad adulta y falleció antes de los 21 años. En otras poblaciones como la de Cuicuilco (83.3 por ciento) y de Tikal (73.1 por ciento) predomina el número de individuos adultos.

Si se consideran más en detalle las edades en que fallecieron los menores de 21 años, predominan los infantiles menores de 12 años (64 a 89 por ciento) sobre los adolescentes (3 a 18 por ciento) y los subadultos (6 a 23 por ciento). Entre los infantiles son más frecuentes los restos óseos de niños entre el nacimiento y los 3 años de edad (53 a 67 por ciento). Hay un solo sitio, el de Tlatilco, en el cual la mayoría de los niños falleció entre los 4 y los 6 años. La alta mortandad infantil antes de los 3 años encuentra su explicación en la ablactación y la introducción de nuevos alimentos en la dieta del niño, con el consecuente aumento de padecimientos infecciosos, característicos de condiciones higiénicas desfavorables. No así el alto número de niños muertos entre los 4 y los 6 años que ha sido explicado[18] por la posible intervención de un factor cultural, como podría ser el sacrificio con fines ceremoniales, ya que en 11 de los 15 entierros múltiples de Tlatilco, había restos infantiles, probablemente en forma de ofrenda. Cuando se pudo determinar su edad, correspondían al grupo de 4 a 6 años.

En cuanto a la población adulta, se observó que en la mayoría de las poblaciones estudiadas predominan ligeramente las mujeres (52 a 59 por ciento). En Cholula se encontró la misma frecuencia de mujeres y hombres, mientras que la población masculina es mayor en una serie de Teotihuacan (65 por ciento), en Mexico-Tenochtitlan (56 por ciento) y en Tikal (73 por ciento). Para varios sitios de la región maya, Ruz[19] indica en general un número mayor de esqueletos masculinos. Sin embargo, debido a las condiciones en las cuales se hallaron los esqueletos, hay que tomar con cautela los datos en relación con la frecuencia de los sexos, para deducir la composición real de las poblaciones.

[18] Faulhaber, "La población de Tlatilco, México, caracterizada por sus entierros", p. 87.
[19] Ruz, *Costumbres funerarias de los antiguos mayas*, p. 173.

Cuadro 6. Distribución de los individuos no adultos y adultos

Población	n Total	No adultos 0 a 20 años n	%	Adultos n	%	Autor
Cuicuilco	150	25	16.7	125	83.3	Sánchez, 1971
Tlatilco	222	67	30.2	155	69.8	Faulhaber, 1965
Clásico						
La Ventilla B Teotihuacan	172	66	38.4	106	61.6	Serrano-Lagunas, 1974
Tlajinga 33 Teotihuacan	106	51	48.1	55	51.9	Storey, 1987
Teotihuacan	194	71	36.6	123	63.4	González, 1989
Tikal	134	36	26.9	98	73.1	Pijoan y Salas, 1984
Posclásico						
Cholula	494	210	42.5	284	57.5	Serrano, 1973
Teotenango	577	282	48.9	295	51.1	Zacarías, 1975
Mexico-Tenochtitlan	372	142	38.2	230	61.8	Salas, 1982

Al combinar la mortandad adulta por sexo y por edad, se obtuvieron los datos reunidos en el cuadro 7.

Se aprecia en todas las poblaciones, para las cuales existen datos numerosos, que las personas adultas, en su mayoría, fallecieron entre los 21 y 35 años de edad, es decir, tenían una longevidad sumamente corta. Sin embargo, si se analizan estos datos según el sexo, se aprecia cierta diferencia sexual: el predominio de fallecimientos a esta edad en mujeres es absoluto y relacionado posiblemente con las edades de mayor procreación. Las condiciones insalubres en las cuales se verificaba el parto seguramente contribuyeron. La presencia de 34 restos fetales en La Ventilla (Teotihuacan), de 19 en Teotenango, de 20 en Cholula y de 3 en Tlatilco, también puede ser indicio de estas condiciones.

En el sexo masculino, por el contrario, el porcentaje de individuos que vivieron hasta alcanzar una edad superior a los 36 años es elevado en Cuicuilco (63 por ciento), en Cholula (56 por ciento) y en Mexico-Tenochtitlan (43 por ciento). En términos demográficos, esta situación es contraria a

Cuadro 7. Mortandad según el sexo y la edad en años

Poblaciones	Hombres					Mujeres				
	núm. de casos	21-35 %	36-55 %	56-75 %		núm. de casos	21-35 %	36-55 %	56-75 %	
Cuicuilco	43	37.2	41.9	20.9		62	54.8	41.9	3.2	
Tlatilco	87	88.8	13.5	2.7		62	64.5	30.6	4.8	
Teotihuacan	40	77.5	22.5	—		26	73.1	26.9	—	
Tikal	48	75.0	22.9	2.1		9	88.1	11.1	—	
Cholula	102	44.1	54.9	1.0		99	58.6	35.3	6.1	
Teotenango	25	76.0	24.0	—		74	74.3	25.7	—	
Mexico-Tenochtitlan	53	56.6	41.5	1.9		36	63.9	27.8	8.3	

la actual, ya que ahora el número de hombres que sobreviven hasta edades avanzadas es menor que el de las mujeres.

Con la alta mortandad antes de llegar a la edad adulta y con la reducida longevidad señalada, las poblaciones prehispánicas seguramente no tuvieron un alto crecimiento demográfico, hecho que tiene importancia a la luz del desarrollo cultural que se verificó en Mesoamérica.

Patología

Es difícil determinar el estado de salud de una población para la cual se cuenta sólo con restos óseos, ya que se excluyen todos aquellos padecimientos que no dejan huella en ellos. En lo que se refiere a la osteopatología,[20] en la población prehispánica de todas las épocas son frecuentes las lesiones artríticas degenerativas que afectan a las grandes articulaciones de las extremidades, pero sobre todo a las intervertebrales. Parecen estar ligadas al avance de la edad y pudieron llegar al grado de impedir la movilidad del individuo.

También se conocen los resultados de procesos inflamatorios infecciosos como la osteomielitis en los huesos largos y la frecuente periostitis, tanto en éstos como en el cráneo. Además se han mencionado escasos vestigios interpretados como una posible sífilis, tuberculosis o *yaws*.

Las lesiones traumáticas provocadas por golpes y sobre todo fracturas, sanaron en muchos casos sin dejar vestigios de procesos inflamatorios y la

[20] Jaén y Serrano, "Osteopatología", pp. 155-178.

reducción de las fracturas indica que existía una práctica curativa bien desarrollada.

En cuanto a los padecimientos bucales, se conocen las caries, las infecciones de la arcada alveolar y los abscesos periapicales. También hay casos en los cuales el individuo perdió algún diente durante su vida y el alveolo del mismo fue reabsorbido, pero no hay manera de saber si la pérdida fue natural o por extracción.

Existen igualmente indicios de afecciones carenciales tales como la osteoporosis que forma cribas en la lámina externa de la bóveda craneana, en el techo de las órbitas (véase figura 4) y a veces en otros huesos. Dentro de esta categoría hay que mencionar también las líneas de Harris, que aparecen en las tibias, debidas a un detenimiento temporal del crecimiento. En una población de 192 individuos de Cholula, un alto porcentaje presentó estas líneas, siendo más frecuentes en la segunda y tercera infancia, es decir, entre los 4 y 12 años de edad.[21] Estas afecciones se han interpretado como el resultado de raquitismo o escorbuto, relacionado con una dieta deficiente en vitaminas D y C, por una alimentación basada principalmente en el maíz. Sin embargo, estos casos patológicos no parecen ser tan frecuentes como para poder caracterizar a la población prehispánica como subalimentada. Esta apreciación es reforzada por los estudios etnohistóricos acerca de la alimentación seguida, sobre todo entre los mexicas,[22] los cuales indican que consumían una gran variedad de productos, además del maíz.

Intervenciones culturales que se aprecian en los restos óseos

La trepanación prehispánica

Existen en Mesoamérica cráneos que presentan perforaciones que se han interpretado como trepanaciones.[23] El cráneo trepanado más antiguo proviene de Montenegro, cerca de Tilantongo, Oaxaca, y corresponde al periodo Monte Albán I del Preclásico medio, con una antigüedad de aproximadamente 900 aC. Este ejemplar es de importancia, puesto que la trepanación, hecha por raspado, indica principios de una regeneración ósea, es decir, el individuo sobrevivió un corto tiempo después de la intervención.

[21] Mansilla, *Las condiciones biológicas de la población prehispánica de Cholula, Puebla*, p. 65.

[22] Dávalos, "La alimentación entre los mexicas", pp. 201-216; López y Serrano, "La alimentación en el México prehispánico", pp. 139-152; Casillas y Vargas, "La alimentación entre los mexicas", pp. 133-158.

[23] Romero, "La trepanación prehispánica", pp. 181-194; Winter, "La trepanación en Oaxaca", pp. 59-64.

Figura 4. Criba orbitaria. Cráneo infantil
del Preclásico de Cholula, Puebla (Jaén y Serrano, 1974, p. 166).

Del Preclásico superior se hallaron en Tlatilco, Estado de México, tres cráneos con perforaciones circulares hechas con taladro, y del Cerro del Tepalcate, próximo a Tlatilco, un cráneo con una perforación por raspado sobre la escama del temporal, pero ninguno de los individuos sobrevivió a la operación. El lugar del cual proviene el mayor número de ejemplares es Monte Albán, Oaxaca, donde se encontraron 13 cráneos trepanados, pertenecientes a la época III B del Clásico superior, de aproximadamente 500 a 750 dC.

Hay además informes sobre dos cráneos trepanados del Posclásico, hallados a fines del siglo pasado por Lumholz, en Chihuahua.

Para practicar esta operación, se usaron dos técnicas de igual antigüedad. La primera consistió en el raspado del hueso hasta lograr su perforación, cuyo borde era en bisel (véase figura 5). En la segunda técnica se empleó un taladro hueco de piedra, lográndose una perforación circular de borde perpendicular a la superficie del hueso. En la figura 6 se aprecia en el fragmento del cráneo del Entierro III-19 de Monte Albán, una trepanación circular (en parte destruida) y al lado, el intento de una segunda operación con taladro hueco, está inconclusa, posiblemente por la muerte del individuo.

De hecho, pocos son los individuos que sobrevivían por un tiempo prolongado a esta intervención. Hay casos en los cuales existen evidencias de

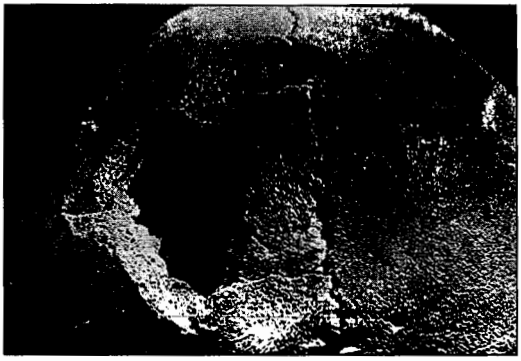


Figura 5. Trepanación hecha por raspado. Proceso infeccioso producido por la herida.
Entierro IX-11 de Monte Albán, Oaxaca.

Figura 6. Trepanación hecha con taladro y otra iniciada.
Al lado amplia zona de raspado.

haberlo logrado, pero al practicarles una segunda operación, fallecieron. Se trepanaban los cráneos de hombres y mujeres, afectando sobre todo a los parietales y raras veces al frontal.

Es difícil determinar la causa o la finalidad de esta práctica. No parece haber sido para lograr el alivio de algún traumatismo craneal, ya que de nueve cráneos conocidos, sólo cuatro presentan huellas de lesiones. Se ha pensado que se trataba de reducir altas presiones intercraneanas o de mejorar estados de demencia, pero no se ha podido llegar a conclusión alguna. Fuera de los lugares citados no se ha reportado la trepanación en otro lugar de Mesoamérica, pero se practicaba con mucha frecuencia en Sudamérica, especialmente en Perú.

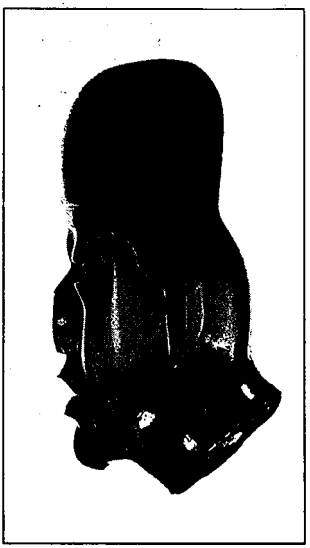


Figura 7. Escultura olmeca del Preclásico de Tenango del Valle, Estado de México, Colección del Museo Nacional de Antropología.

Deformación cefálica intencional

Como deformación cefálica intencional se designa a la modificación causada en la forma del cráneo cerebral. Las más comunes en Mesoamérica[24] son las tabulares, las cuales se obtenían aplicando en el recién nacido tablas en la parte frontal y en la occipital, o sólo en una de éstas, manteniéndolas en su posición con bandas fuertemente anudadas. Esta compresión provocaba en el niño un crecimiento mayor del cráneo cerebral en altura y anchura, disminuyendo la longitud del mismo en sentido antero-posterior. De acuerdo con la dirección del eje de la altura aumentada en relación con la base craneal, se distinguen la deformación tabular erecta, cuando el ángulo formado entre ambos planos se acerca a los 90° (véase figura 7) y la deformación tabular oblicua, cuando el desarrollo de la altura presenta una inclinación hacia atrás (véase figura 8).

Parece que la deformación cefálica tiene una gran antigüedad en Mesoamérica, ya que se encuentra en el Cráneo 3 de la Cueva de Texcal de Valsequillo, Puebla, con una edad de 7000 a 4500 años aP. Con posterioridad se

[24] Romero, "Deformación cefálica intencional", pp. 197-226.

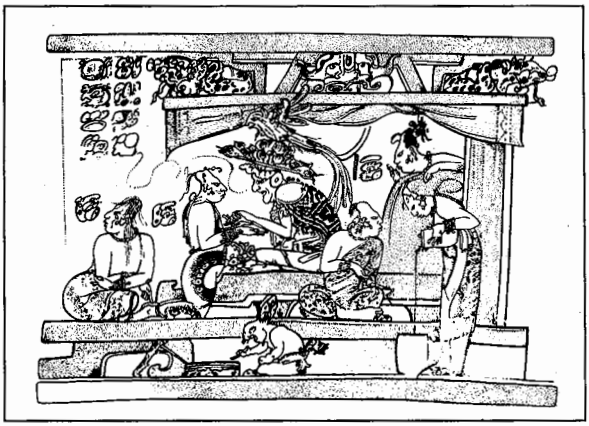


Figura 8. Deformación tabular oblicua. Vaso maya pintado del sur de Campeche o norte del Petén (Coe: *The Maya*..., p. 92).

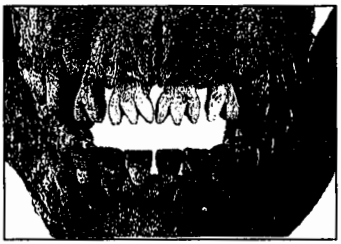


Figura 9. Mutilación dentaria por limado. Procedencia: Jaina, Campeche.

Figura 10. Mutilación dentaria con incrustaciones y con limado. Procedencia: Jaina, Campeche.

conocen abundantes ejemplares de todos los horizontes culturales, siendo la deformación tabular erecta mucho más frecuente que la oblicua. Al ser una práctica tan común, la deformación cefálica reduce, en mucho, el número de cráneos a nuestra disposición para el estudio de los caracteres morfológicos normales de las poblaciones prehispánicas.

Mutilación dentaria

Otra práctica muy extendida en las altas culturas de Mesoamérica es la mutilación de los dientes frontales. Ésta consiste, por un lado, en el limado del borde de los dientes anteriores, para darles la forma de ondulaciones o picos (véase figura 9). Por el otro, se hacían limaduras o incrustaciones en la cara

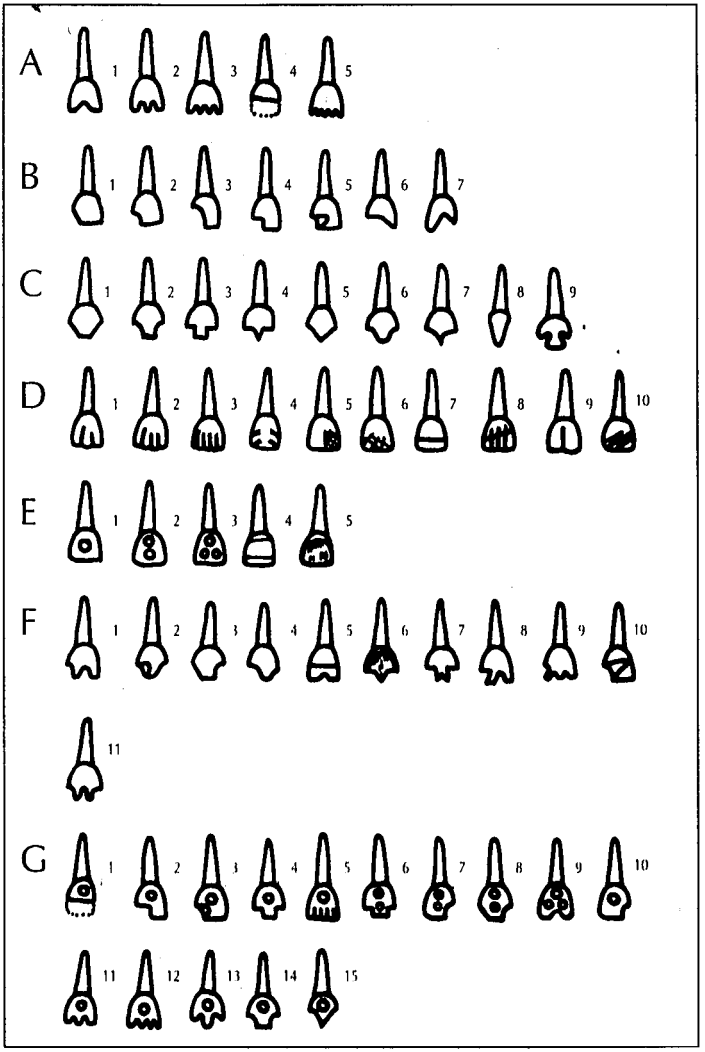


Figura 11. Tabla de clasificación de los tipos y formas de mutilación dentaria conocidos hasta 1986 (Romero, *Catálogo...*, p. 11).

más visible de los dientes anteriores. Para las incrustaciones, se practicaban, por medio de un taladro hueco, pequeñas cavidades en la cara anterior de las piezas dentarias y luego se ajustaban pequeños discos de piedra verde o café rojiza, así como de hueso (véase figura 10).

Las diversas formas de mutilaciones dentarias fueron estudiadas y clasificadas por Romero[25] (véase figura 11), quien mostró que dicha práctica se conocía en los horizontes Preclásico, Clásico y Posclásico, y que las mutilaciones se hacían tanto en hombres como en mujeres adultos vivos, como lo evidencian los casos en los cuales una perforación demasiado profunda afectó a la pulpa, provocando grandes abscesos en el vértice de la raíz de la pieza. Es imposible determinar la razón de esta práctica, pero puede haber sido de índole mágico-religiosa o de adorno.

Bibliografía

ANDERSEN, J.E., "The human skeletons", en R. MacNeish *et al.*, *The Prehistory of the Tehuacan Valley I,* Austin-Londres, 1967, pp. 91-113.

CASILLAS, Leticia y Luis Alberto Vargas, "La alimentación entre los mexicas", en *Historia general de la medicina en México,* t. 1, México, UNAM, Facultad de Medicina, Academia Nacional de Medicina, 1984, pp. 133-156.

COE, Michael D., *The Maya Scribe and his World,* Nueva York, The Grolier Club, 1973.

COMAS, Juan, "Cálculo de la talla de mexicanos del Valle de México a base de la longitud del fémur", en *Indian Tribes of Aboriginal America,* Proceedings 29th Congress of Americanists, 3, Chicago, 1952, pp. 247-250.

DÁVALOS, Eusebio, "La alimentación entre los mexicas", en *Temas de Antropología Física,* México, INAH, 1965, pp. 201-216.

ESTRADA, Alejandro, "Antropología física de los restos óseos de las Tumbas 25, 26 y 27 de Yagul, estado de Oaxaca, México", en *Actas del 39o. Congreso Internacional de Americanistas,* 1, México, 1972, pp. 151-154.

FAULHABER, Johanna, "Restos óseos de la Huasteca", en *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos,* 10, 1948-49, pp. 77-78.

_____, "Breve análisis de los restos humanos de La Quemada, Zac.", en *Anales del Instituto Nacional de Antropología e Historia,* 12, 1960, pp. 131-149.

_____, "La población de Tlatilco, México, caracterizada por sus entierros", en *Homenaje a Juan Comas,* vol. 2, México, Libros de México, 1965, pp. 83-121.

_____ e Ilse Schwidetzky, "México", en *Rassengeschichte der Menschheit,* Amerika I, Munich, R. Oldenburg, 1986, pp. 81-151.

GAVAN, J.A., "The Skeletal Material from Tuxcacuesco", en I. Kelley (ed.), *The Archaeology of the Autlan-Tuxcacuesco Area of Jalisco,* Berkeley y Los Angeles, 1949, pp. 213-224. Ibero-Americana 27.

GENNA, G.E., "Missione per lo studio delle popolazioni indigeni del Messico", en *Rivista Antropologica,* vol. 30, 1933-34, pp. 489-492.

[25] Romero, "Mutilación dentaria", pp. 229-250; "Incrustaciones y mutilación dentaria", pp. 323-331; *Catálogo de la colección de dientes mutilados,* p. 11.

GENOVÉS, Santiago, "Estudio de los restos óseos de Coixtlahuaca, estado de Oaxaca", en *Miscelánea Paul Rivet, Octogenario Dicata,* 1, México, UNAM, 1958, pp. 455-484.

_____, "Revaluation of Age, Stature, and Sex of the Tepexpan Remains, Mexico", en *American Journal of Physical Anthropology,* vol. 18, núm. 2, 1960, pp. 205-217.

_____, "Anthropometry of Late Prehistoric Remains", en *Handbook of Middle American Indians, Physical Anthropology,* Austin, University of Texas Press, vol. 9, 1970, pp. 35-49.

_____, Carmen Ma. Pijoan y Ma. Elena Salas, "El hombre temprano en México. Panorama general", en *Unión Internacional de Ciencias Prehistóricas y Protohistóricas,* Actas del X Congreso, México, UISPP, 1982, pp. 370-399.

GONZÁLEZ, Luis Alfonso, *La población de Teotihuacan: Un análisis biocultural,* tesis profesional, México, ENAH, 1989.

HAVILAND, W.A., "Stature at Tikal, Guatemala. Implications for Ancient Maya Demography and Social Organization", en *American Antiquity,* vol. 32, núm. 3, 1967, pp. 316-325.

HERS, Marie Areti, *Los toltecas en tierras chichimecas,* México, UNAM, 1989. Cuadernos de Historia del Arte 35.

HULSE, E.S., "Skeletal Material", *en* I. Kelly (ed.), *Excavations at Culiacan, Sinaloa,* Appendix III, Berkeley y Los Angeles, 1945, pp. 187-198. Ibero-Americana 25.

JAÉN, Ma. Teresa, "Cálculo de la estatura e índices cnémico, mérico y lénico en restos óseos de dos cuevas de Coahuila", en *Anales del Instituto Nacional de Antropología e Historia,* vol. 19, pp. 67-77.

_____, "El material osteológico de Chiapa de Corzo, Chis.", en *Anales del Instituto Nacional de Antropología e Historia,* vol. 19, 1968, pp. 65-78.

_____, "Observaciones sobre el material osteológico procedente de la zona arqueológica de Electra, S.L.P.", en B. Braniff (ed.), en *La estratigrafía arqueológica de Villa de Reyes, S.L.P.,* INAH, México, 1975, pp. 115-116. Cuadernos de los centros 17.

_____ y Sergio López, "Algunas carecterísticas físicas de la población prehispánica de México", en *Antropología Física,* México, INAH, 1974, pp. 113-135. México, Panorama histórico y cultural, vol. 3.

_____ y Carlos Serrano, "Osteopatología", en *Antropología Física,* México, INAH, 1974, pp. 153-178. México, Panorama histórico y cultural, vol. 3.

LAGUNAS R., Z., "Entierros humanos precerámicos y recientes de Huamango, Acambay, Estado de México", en R. Piña Chan (ed.), *Investigaciones sobre Huamango y región vecina,* Toluca, Gobierno del Estado de México, Dirección de Turismo, 1981, pp. 131-203.

_____ y Carlos Serrano, "Los restos óseos humanos excavados en la Plaza de la Luna y zona de las cuevas, Teotihuacan, México", en *Notas Antropológicas,* vol. II, núm. 5, México, UNAM, IIA, 1983, pp. 28-60.

LÓPEZ, Sergio y Carlos Serrano, "La alimentación en el México prehispánico", en *Antropología Física,* México, INAH, 1974, pp. 139-151. México, Panorama histórico y cultural, vol. 3.

LORENZO, José Luis, "Fechamiento de la mujer de Tepexpan", en *Boletín del INAH*, núm. 28, 1989, pp. 2-15.

_____, *La etapa lítica en México,* México, INAH, 1987, pp. 16-20. Boletín núm. 12.

MANSILLA, Josefina L., *Las condiciones biológicas de la población prehispánica de Cholula, Puebla,* México, INAH, 1980. Colección Científica núm. 82.

MÁRQUEZ MORFÍN, L., *Dos tumbas de Chichén-Itzá: estudio osteológico,* manuscrito inédito, 1981.

_____, *Descenso en la estatura de los mayas prehispánicos y su relación con problemas de malnutrición,* manuscrito inédito, 1982.

_____, *Playa del Carmen, una población de la costa oriental en el Posclásico (un estudio osteológico),* INAH, 1982. Colección Científica núm. 119.

_____, "Distribución de la estatura en colecciones óseas mayas prehispánicas", en *Estudios de Antropología Biológica,* II Coloquio "Juan Comas", México, UNAM, 1984, pp. 253-273.

MÁRQUEZ DE GONZÁLEZ, L., A.B. Castillo y P.J. Schmidt, *Exploración de la gruta de Xcán, Yucatán,* Mérida, INAH, Centro Regional del Sureste, 1982.

PEÑA GÓMEZ, R.M., "Restos óseos humanos en una tumba de la fase Tenanyécac, en Tlaxcala", en *Estudios de Antropología Biológica,* I Coloquio "Juan Comas", México, UNAM, 1982, pp. 337-362.

PIJOAN, Carmen Ma. y Ma. Elena Salas, "La población prehispánica de Jaina, análisis osteológico", en *Investigaciones recientes en el área maya,* XVII Mesa Redonda, vol. 2, México, Sociedad Mexicana de Antropología, 1984, pp. 471-480.

POMPA, José A., "Algunas características morfométricas del material óseo prehispánico de Tecualilla, Nayarit", en *XIII Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología,* Xalapa, México, 1973, pp. 89-96.

_____, "Nueva evidencia en México: datos preliminares del hombre de Chimalhuacán", en *Orígenes del hombre americano,* México, SEP, 1987, pp. 177-207.

RAMOS RODRÍGUEZ, R.M., "Algunas observaciones sobre los enterramientos humanos en el sitio «El Rey» (Can Cun)", en *Anales de Antropología,* vol. 15, México, UNAM, IIA, 1978, pp. 251-265.

RIVET, P., "Recherches anthropologiques sur la Basse Californie", en *Journal de la Société des Américanistes* 6, París, 1909, pp. 147-253.

ROMANO, Arturo, *Los restos humanos de la Cueva de la Candelaria, Coah.*, tesis, México, ENAH, 1956.

_____, "Preceramic Human Remains", en *Handbook of Middle American Indians,* vol. 9, Austin, University of Texas Press, 1970, pp. 22-34.

_____, "Restos óseos humanos precerámicos de México", en *Antropología Física,* México, INAH, 1974, pp. 29-81. México, Panorama histórico y cultural, vol. 6.

_____, "Deformación craneana intencional", en *Antropología Física,* México, INAH, 1974, pp. 195-227. México, Panorama histórico y cultural, vol. 3.

_____, "Dolicocráneos prehispánicos en Teotenango, en México", en R. Piña Chan (ed.), *Teotenango, el antiguo lugar de la muralla,* 2, Toluca, Gobierno del Estado de México, Dirección de Turismo, 1975, pp. 417-467.

ROMERO, Javier, "The Physical Aspects of Tepexpan Man", en H.D. de Terra, J. Romero, T.D. Stewart (eds.), *Tepexpan Man,* Viking Fund , 1949, pp. 87-121. Publications in Anthropology 2.

_____, "Monte Negro, centro de interés antropológico", en *Homenaje a Alfonso Caso,* México, Patronato para el Fomento de Actividades Culturales de Asistencia Social a las Comunidades Indígenas, 1996, pp. 317-329.

_____, "Mutilación dentaria", en *Antropología Física,* México, INAH, 1975, pp. 179-194. México: Panorama histórico y cultural, vol. 3.

_____, "La trepanación prehispánica", en *Antropología Física,* México, INAH, 1975, pp. 179-194. México: Panorama histórico y cultural, vol. 3.

_____, "Incrustaciones y mutilación dentaria", en *História general de la medicina en México,* t. 1, México, Facultad de Medicina, UNAM, Academia Nacional de Medicina, 1984, pp. 323-331.

_____, *Catálogo de la colección de dientes mutilados prehispánicos, IV parte,* México, INAH, 1986. Colección Fuentes.

RUZ, Alberto, *Costumbres funerarias de los antiguos mayas,* México, Seminario de Culturas Mayas, UNAM, 1968.

SALAS, Ma. Elena, *Estudio antropofísico de los restos óseos procedentes del sistema de transporte colectivo (Metro) de la ciudad de México,* tesis, México, ENAH, 1977.

_____, *La población de Mexico-Tenochtitlan. Estudio de osteología antropológica,* México, INAH, 1982. Colección Científica núm. 126.

_____ y Carmen Ma. Pijoan, "Variantes no métricas epigenéticas en cráneos de la población mexicana", en *Avances en Antropología,* México, INAH, 1985, pp. 131-142. Cuaderno 2.

_____, Carmen Ma. Pijoan y Roberto García Moll, "Estudio comparativo de los restos fósiles humanos localizados en México", en *Orígenes del hombre americano,* México, SEP, Edit. Alba González Jácome, 1987, pp. 127-143.

SÁNCHEZ, Patricia, *Cuicuilco, estudio osteológico de la población prehispánica,* tesis profesional, México, INAH, ENAH, inédita, 1971.

SAUL, Frank D., *The Human Skeletal Remains of Altar de Sacrificios, an Osteobiographic Analysis,* Cambridge, Harvard University, 1972. Papers of the Peabody Museum of Archaeology and Ethnology, vol. 63, núm. 2.

SERRANO, Carlos, "La población prehispánica de Cholula: tipo físico y aspectos paleodemográficos", en *Comunicaciones,* núm. 8, México, Fundación Alemana para la Investigación Científica, 1973, pp. 53-55. Proyecto Puebla Tlaxcala, núm. 8.

_____ y Zaíd Lagunas, "Sistema de enterramiento y notas sobre el material osteológico de La Ventilla, Teotihuacan, México", en *Anales,* t. IV (1972-1973), México, INAH, 1975, pp. 105-144.

_____ y R.M. Ramos, *Perfil bioantropológico de la población prehispánica de San Luis Potosí,* México, UNAM, IIA, 1984. Serie Antropológica, 48.

SOCIEDAD MEXICANA DE ANTROPOLOGÍA, *Mayas y Olmecas,* Segunda Reunión de Mesa Redonda, Tuxtla Gutiérrez, SMA, 1942.

STEWART, T.D., "Notas sobre esqueletos humanos prehistóricos hallados en Guatemala", en *Antropología e Historia de Guatemala* 1, Guatemala, 1949, pp. 23-34.

_____, "Skeletal Remains from Zaculeu, Guatemala", en R.B. Woodbury y A.S. Trik (eds.), *The Ruins of Zaculeu, Guatemala,* vol. 1, Richmond, United Fruit Company, 1953, pp. 295-311.

_____, "Skeletal Remains from Xochicalco, Morelos, México", en *Estudios antropológicos, Homenaje al Doctor Manuel Gamio,* México, UNAM y SMA, 1956, pp. 131-156.

STOREY, Rebeca, "A first look at the paleodemography of the ancient city of Teotihuacan", en E. McClung de Tapia y E.C. Rattray (eds.), *Teotihuacan, nuevos datos, nuevas síntesis, nuevos problemas,* México, UNAM, 1987, pp. 91-114. Serie Antropológica, 72.

_____, *Life and Death in the Ancient City of Teotihuacan,* Tuscaloosa, University of Alabama Press, 1992.

TORRES SANDERS, Liliana, *La población teotihuacana del Sector Oeste,* tesis de licenciatura, México, ENAH, 1995.

VARGAS, Luis Alberto, *Estudio de los caracteres craneanos discontinuos en la población de Tlatilco,* tesis profesional, México, ENAH, 1973.

WINTER, Marcus C., "La trepanación en Oaxaca", en *Historia general de la medicina en México,* t. 1, México, UNAM, Facultad de Medicina y Academia Nacional de Medicina, 1984, pp. 59-64.

ZACARÍAS, Ma. Patricia, "Los enterramientos", en R. Piña Chan (ed.), *Teotenango: el antiguo lugar de la muralla,* t. II, México, Gobierno del Estado de México, Dirección de Turismo, 1975, pp. 365-409.

Lingüística histórica

Leonardo Manrique Castañeda*

Introducción

Cuando no hay documentos escritos o éstos son insuficientes, la historia –dar cuenta sistemáticamente de los sucesos y evolución de las sociedades del pasado– se basa sobre todo en los estudios arqueológicos,[1] como lo muestra claramente la estructura y contenido de esta *Historia Antigua de México.*

Si la utilidad de la arqueología para hacer la historia es innegable, no cabe duda de que otras disciplinas antropológicas tienen también manera de construir la historia de sociedades pretéritas. Aunque sería interesante referir la contribución de todas ellas, no me compete hablar más que de lo que la lingüística es capaz de hacer en este sentido.

Como es natural, ya que cada especialista tiende a ver su disciplina como central (según el dicho popular "cada viejito alaba su bordoncito"), considera a las otras ciencias como "auxiliares" de la propia. Así, los arqueólogos consideran a la lingüística, a la antropología física, a la geología, a la biología, etcétera, como ciencias auxiliares de la arqueología; para los historiadores son auxiliares la arqueología, la lingüística y muchas más. Los lingüistas, por nuestra parte, vemos a la arqueología, la historia, la etnología como complementarias de lo que hacemos. En realidad el conocimiento generado por todas las ciencias contribuye en mayor o menor grado al saber, las teorías y las prácticas de otras ramas de la ciencia, pero no hay por qué entrar en tales discusiones.

*Lingüista, investigador de la Dirección de Lingüística del INAH, México.

[1] No es la arqueología solamente una ciencia histórica; los arqueólogos se consideran a sí mismos antropólogos más bien que historiadores. Por otra parte, sus fundamentos teóricos y sus técnicas han mostrado ser también útiles para el estudio de sociedades con abundante documentación escrita.

En las páginas siguientes referiré la versión de la lingüística sobre la historia antigua de las sociedades asentadas en el territorio que hoy ocupa nuestro país, poniéndola en paralelo con la historia arqueológica.[2] Ya lo he hecho en otras ocasiones.[3] Los coordinadores de esta obra han considerado que tiene cabida en ella y con gusto he accedido a su invitación. Sin embargo, me ha parecido que narrar la historia social que puede darnos la lingüística sin referir siquiera brevemente cómo lo hace, dejaría en el lector un mar de interrogantes o aun de dudas, por lo que destinaré cierto espacio a explicar algunos conceptos, técnicas y métodos de la lingüística histórica.

Historia de las lenguas e historia social

Ahora sabemos que todas las lenguas van cambiando con el tiempo. Aunque quienes la hablan sientan que sus hijos o sus nietos siguen hablando la misma lengua, y que ellos hablan lo mismo que hablaban sus padres o sus abuelos, el idioma es un poco distinto en cada generación.[4] Si el tiempo transcurrido es suficientemente largo, las diferencias entre dos estados de lengua –como se llama a la forma de hablar en dos momentos históricos, sin que haya habido una ruptura en la continuidad del habla– pueden ser lo bastante grandes como para que si se encontraran dos personas que hablaran cada una uno de esos estados no podrían entenderse, es decir, se trataría de dos lenguas diferentes, porque se llama *lengua o idioma* a cualquier forma de habla que no permite a sus hablantes entenderse con quienes hablan otra lengua.

[2]Puesto que en los demás capítulos de los otros tres volúmenes de esta *Historia Antigua de México* se dan con suficiente detalle los datos sobre la historia social y cultural revelada por la arqueología, no documentaré las afirmaciones que haga sobre ella. Las referencias que haga a esos capítulos irán seguidas de la indicación "en esta *Historia*" y sus títulos no se incluyen en la bibliografía.

[3]En los artículos que se citan en seguida he tratado con mayor o menor extensión no sólo la historia antigua de las lenguas indígenas sino también la colonial y la moderna:

a) "El futuro de las lenguas indígenas frente al español de México" (1982).
b) *Atlas de Lingüística* (1988).
c) "Lenguas indígenas", en *Enciclopedia de México* (1988).
d) "Pasado y presente de las lenguas indígenas de México" (1990).
e) "Las lenguas prehispánicas en el México actual" (1994).
f) "Historia de las lenguas indígenas" (1996).

Ajustándolos al espacio que me fue asignado en esta obra, he tomado muchos párrafos del último de los escritos arriba mencionados.

[4]Las diferencias entre tres generaciones no pueden ser muy grandes puesto que la lengua es el vehículo de comunicación entre ellas; a veces los abuelos –sea cual fuere el idioma que hablen– se quejan de que sus nietos hablan descuidadamente (en tanto los nietos sienten anticuada la forma de hablar de sus abuelos), pero se tiene la sensación de que no hay realmente cambios. La diferencia generacional se ha documentado abundantemente. Por comunicación personal de las investigadoras sé que entre las lenguas de México se ha estudiado por lo menos en el trique (Amy Baurneschmidt) y en el ocuilteco (Martha C. Muntzel).

Cuando un idioma se ha extendido sobre un territorio más o menos amplio, los cambios que se dan en diferentes regiones pueden ser distintos. La comunicación entre la gente que vive en zonas contiguas o cercanas hace que los cambios que surgieron en una tiendan a difundirse a las otras, de manera que las diferencias no se hagan muy acusadas, pero como es natural esto no sucede si las regiones están alejadas o si por cualquier otra causa (políticas, administrativas, militares, accidentes geográficos difíciles de salvar, etcétera) la comunicación entre dos regiones es escasa o nula, de manera que tienden a acumularse en cada una de ellas cambios distintos y así se diversifican las formas regionales de esa lengua. Puede decirse, simplificando grandemente, que la diversificación lingüística está en función directa del tiempo transcurrido e inversa del grado de comunicación efectiva que haya habido entre las varias poblaciones que hablaban una lengua.

La figura 1 presenta el proceso de diversificación de una lengua. Es un caso más o menos típico: en cerca de 500 años un idioma relativamente uniforme se convierte en una lengua claramente diversificada en variantes regionales cuyos hablantes todavía pueden entenderse entre sí; estas variantes regionales son lo que se llama propiamente *dialectos*.[5] En unos 1000 años (esto es, transcurridos aproximadamente otros quinientos años), los cambios divergentes hacen que se pierda la posibilidad de que, usando sus propias variedades de habla, algunas personas de distintas comunidades se entiendan, ya que hablarán *lenguas* distintas en las cuales se habrá iniciado el proceso de diversificación que da origen a nuevos dialectos. En quinientos años más (1500 años en total) las lenguas distintas serán todavía más diferentes y es además muy posible que unas tengan dialectos menos marcados que los de otras.[6]

El cambio lingüístico y la diferenciación que acarrea siguen operando: surgen nuevos dialectos y algunos de los dialectos que hay se diferencian lo suficiente como para convertirse en lenguas diferentes; las que ya eran lenguas distintas se separan más todavía, manteniendo sin embargo muchas semejanzas. Y

[5]Éste es el significado que dieron al término los antiguos griegos y con el mismo sentido lo adoptó la lingüística desde el siglo pasado. Es, desde luego, un disparate pensar que un dialecto es algo "incompleto" (vulgar y erróneamente se dice que los dialectos carecen de gramática, que no tienen literatura, que no pueden escribirse, que tienen pocos hablantes, que no permiten expresar ideas abstractas, etcétera). Nada de eso es cierto, pero más disparatado todavía es llamar "dialectos" a las lenguas indígenas simple y llanamente porque en ellas se expresan los indios. Esa designación revela una actitud de desprecio hacia los aborígenes.

[6]Debe insistirse en que los lapsos no son de 500 años precisos, sino que giran en torno a esta cifra. Por otra parte, dado que el tiempo actúa en favor de la diferenciación y el grado de comunicación obra en contra de ella, dos variedades que muestren la misma diferenciación pueden haberla alcanzado en tiempos distintos si la comunicación era "nula" en un caso y relativamente común en el otro.

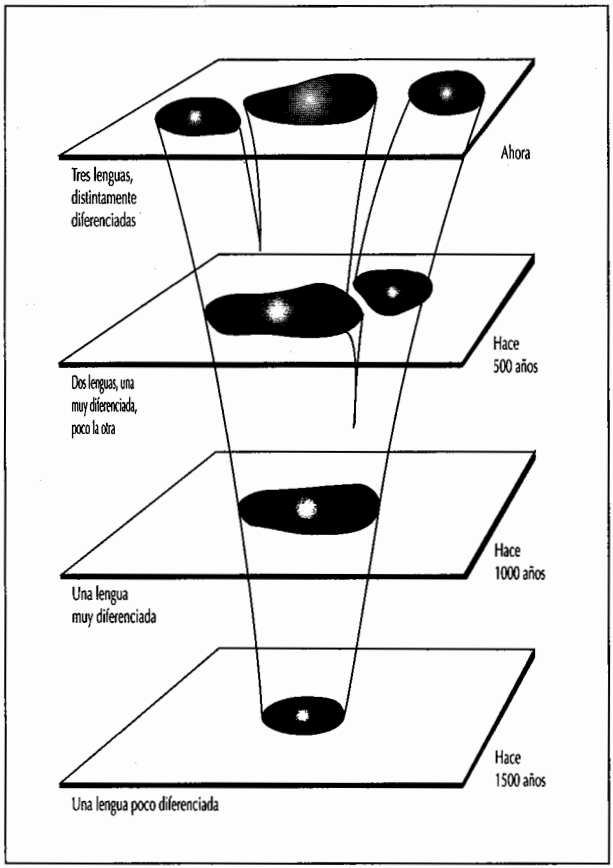


Figura 1. Esquema del proceso de la diversificación lingüística.

puesto que este proceso ha ocurrido antes una y otra vez, es común encontrar lenguas y grupos de lenguas que se asemejan entre sí cada vez menos sin dejar de mostrar ciertos rasgos comunes. Cuando se puede reconocer que ciertos rasgos comunes de un grupo de lenguas son heredados de la lengua antigua, o bien que son innovaciones o cambios compatidos (es decir, que cuando eran una sola variante de una lengua sufrieron el mismo cambio),[7] es costumbre llamar a ese grupo "familia lingüística". Es lástima que no

[7]Los rasgos heredados o las innovaciones compartidas son reveladores de una historia común al menos durante cierto tiempo. Hay otros rasgos que pueden encontrarse en lenguas que no tienen una historia común, son los que llamamos rasgos tipológicos; por ejemplo, el maya y el español tienen las mismas cinco vocales digamos que "por accidente".

haya acuerdo sobre los términos usados para designar los niveles de las clasificaciones lingüísticas,[8] por eso debo señalar las etiquetas que uso y el valor que les doy:

Familia es el conjunto de lenguas que derivan de una sola lengua antigua cuya diversificación se inició entre hace 5000 y 4000 años (es decir, entre 3000 y 2000 aC).[9]
Subfamilia es aquella porción de una familia que comenzó a diversificarse hace aproximadamente entre 4000 y 3000 años (lo que corresponde al periodo entre 2000 y 1000 aC).
Grupo es la división de una subfamilia cuya diversificación se inició más o menos entre 1000 aC y el principio de nuestra era (hace, por lo tanto, entre 2000 y 3000 años).
Subgrupo llamaremos al conjunto de lenguas cuya diversificación debe datar de algún momento entre los inicios de nuestra era y el posterior siglo X; es decir, el proceso tiene aproximadamente entre 1000 y 2000 años.
Lengua (o *idioma*) es el habla o conjunto de hablas cuya diferenciación se inició hace aproximadamente 1000 años; en algunos casos hay considerable variedad dialectal, en otros hay pocos dialectos o los dialectos están poco diferenciados (o ambas cosas a la vez); también existen lenguas prácticamente sin dialectos.

La estructura misma de cualquier clasificación puesta sobre papel, lo mismo si es de lenguas que zoológica o la que sea, sugiere que –en caso de que el tiempo sea un factor relevante– el estado final resulta de sucesivas ramificaciones de un "árbol genealógico" y que la distancia entre cualquier par de elementos en el mismo nivel puede medirse directamente con una regla; sin embargo, basta pensar en un árbol de verdad para darnos cuenta de que no es así. Parece mucho más apropiado el modelo de una red en la cual los puntos próximos son mucho más similares entre sí en cualquier porción de

[8] Muestra de esta inconsistencia terminológica es que se llama igualmente *familia* tanto a la *indoeuropea* cuanto a la *romance* (que es parte de la primera) o bien, es usual hablar de la *familia otomangue*, un conjunto mucho más antiguo que, digamos, la *familia yutoazteca* o la *mayance*, tanto el indoeuropeo cuanto el otomangue deberían llamarse *filumes* (véase la nota 10).

[9] Con cierta frecuencia puede reconocerse que varias familias derivan de una lengua todavía más antigua. La importancia de los agrupamientos que se hacen con esta base es innegable para la historia de las lenguas y para los estudios prehistóricos, pero no parece muy útil para el conocimiento de las culturas mesoamericanas ya que el inicio de éstas se fija cerca de 2000 aC o poco después.

la red que se examine, mientras la diferencia tiende a ser mayor mientras más alejados se encuentran dos puntos cualesquiera, con una salvedad: puesto que los cambios lingüísticos tienden a difundirse entre puntos vecinos, hay siempre algunos rasgos que se conservan en puntos diametralmente opuestos, porque no alcanza a éstos la difusión homogeneizadora, aunque la suma de todas las diferencias sí sea mayor. Tampoco es de esperar una correspondencia exacta entre la distancia geográfica medida sobre un mapa y la diferencia o distancia lingüística, y estos dos aspectos se dan en todos los niveles de la clasificación.

Una ojeada al apéndice mostrará que no siempre las familias tienen subfamilias, o que no se encuentran grupos en éstas, o bien que faltan otras categorías taxonómicas de orden intermedio.[10] Estas diferencias obedecen a que la historia lingüística ha sido desigual y accidentada, y son reveladoras por sí mismas de ciertos acontecimientos del pasado: es evidente que cada diferencia entre formas de habla actuales, así como la dimensión de las diferencias y su suma, indica cierta ruptura en la relación entre diferentes porciones de una antigua comunidad de habla, por alguna de varias causas posibles (migración, intrusión de un grupo ajeno, asentamiento, etcétera); por el contrario, las semejanzas señalan una historia compartida. El dilucidar la historia lingüística así como la historia social que revela son tareas de la lingüística histórica y comparada.

Las bases de la lingüística comparativa e histórica

Hace dos siglos, aproximadamente, el reconocimiento de las semejanzas entre los idiomas que ahora llamamos lenguas indoeuropeas dio la base para desarrollar las técnicas de la lingüística histórica y de la reconstrucción de lenguas antiguas, técnicas que se han perfeccionado constantemente. En este tiempo ha surgido una enorme cantidad de obras sobre teoría y ha habido

[10]Tal vez en lugar de nombres tan poco elegantes como *subfamilia* y *subgrupo* hubiera sido preferible emplear *rama*, *división* u otro de los términos que se han usado, pero tienen el defecto de que se han aplicado tan anárquicamente como el de *familia*, con éstos por lo menos quienes no estén familiarizados con las clasificaciones de lenguas recordarán más fácilmente las tres etiquetas básicas: *lengua*, *grupo*, *familia*. Siguiendo los mismos principios, al conjunto de familias que tiene entre 5000 y 6000 años puede llamársele *subfilum*, y al de 6000 a 7000 *filum*.

Debo señalar que si se compara con otras clasificaciones se notarán algunas diferencias que en parte se deben a que las taxonomías anteriores –meritorias sin duda– tenían menos elementos de juicio y empleaban criterios menos rigurosos; a pesar de que las clasificaciones recientes están bien fundadas y documentadas, subsisten algunas dudas y ciertas diferencias de opinión.

todavía más aplicaciones concretas; sin referirme a ellas sólo daré en seguida los principios más generales de esta disciplina, para mejor comprensión de la historia que referiré más adelante.

Para comenzar, el lingüista debe establecer si las "semejanzas" que se observan entre un grupo de lenguas son fortuitas o sistemáticas.[11] Si son sistemáticas, puede determinar qué fonemas (o grupos de fonemas) de cada lengua corresponden a los fonemas de las otras de manera regular,[12] y entonces –según una serie de normas precisas y complejas– reconstruir cuáles fueron los fonemas de la antigua "lengua madre"[13] que dieron origen a los de las lenguas que compara.

La reconstrucción fonológica da casi de manera automática la forma de palabras de la protolengua y puesto que el vocabulario de una lengua es el catálogo del mundo (mundo natural, cultural y social) en que viven los hablantes de esa lengua, el vocabulario reconstruido será el catálogo del mundo de quienes hablaron esa lengua. Este método (llamado de *Wörter und Sachen,* "palabras y cosas") se usó ya desde el siglo pasado y tiene en cuenta muchos otros aspectos, como el cambio semántico, la sustitución léxica, la existencia de préstamos, etcétera para determinar con buena probabilidad de acierto la forma de vida (incluidos nombres de objetos que a veces se reconocen en el material arqueológico) y el ambiente geográfico donde se ubicaban esa lengua madre y sus hablantes.

De más está decir que mientras más antigua es la lengua madre que se considera, más dificultades se encuentran para la aplicación de éstas y otras téc-

[11] Por supuesto, la similitud entre lenguas que tienen poco de haberse separado es tan grande que su sistematicidad salta a la vista aun para los profanos, por ejemplo entre español e italiano, entre tzeltal y tzotzil, entre otomí y mazahua. En cambio no son sistemáticas las semejanzas del español *mano* y el náhuatl *maitl*, o *teo-* (en teología) y *téotl*, de forma parecida y con el mismo significado.

[12] Semejanzas grandes que quedan fuera de la correspondencia regular indican que una lengua tomó de la otra la palabra –lo que se acostumbra llamar préstamo– como por ejemplo en el español de México *coyote, metate, chile*, etcétera, que, como todos sabemos, provienen del náhuatl *cóyotl, métlatl, chilli*...; en sentido contrario el náhuatl *tumin* "dinero" es préstamo del español *tomín*.

[13] Son términos consagrados por el uso "lengua madre" para designar a la lengua antigua que dio origen a lenguas posteriores y llamar a éstas "lenguas hijas", a pesar de que entre una y las otras no hubo discontinuidades. Se dice también que estas lenguas están emparentadas o genéticamente relacionadas. Es cada vez más frecuente usar el término técnico *protolengua* en vez de "lengua madre". Puesto que para cada nivel de clasificación puede reconstruirse una protolengua, usamos el prefijo *proto-* con el nombre de la unidad taxonómica correspondiente. Por ejemplo, la lengua antecesora de los varios idiomas mixtecos se puede designar "protomixteco", y puesto que estos idiomas forman con el cuicateco, el trique y el amuzgo la familia mixtecana, llamaremos "protomixtecano" al idioma del que todos ellos son descendientes; del mismo modo podremos llamar "protooaxaqueño" al antecesor común del protomixtecano y de las otras lenguas que con él constituyen la familia oaxaqueña, consiguiendo así una correspondencia entre los grupos actuales y los distintos estados de lengua que los precedieron.

nicas que se complementan entre sí, y menos seguras son las conclusiones a las que se llega.

La cuestión del tiempo

Lo que hemos visto en el apartado anterior sugiere que los métodos de la comparación y reconstrucción lingüísticas nos dan la historia de un grupo de lenguas nada más como sucesión de hechos, sin que se pueda precisar cuándo acontecieron. Incluso algunos especialistas consideran que sólo se puede asignar fecha a un fenómeno cuando se cuenta con documentos que atestigüen su existencia, lo que por supuesto es inaplicable para épocas muy tempranas, cuando no había escritura, ni sirve tampoco para los grupos de idiomas que nunca la conocieron, como sucede con la mayor parte de las lenguas nativas de lo que ahora es nuestro país.[14] Muchos historiadores de las lenguas emplean su intuición informada (genial con frecuencia, hay que reconocerlo) para dar fecha a sucesos no atestiguados por documentos o que no puedan inferirse indirectamente de datos históricos, arqueológicos o de otra índole.

Pensando en cómo resolver los problemas de fechamiento de la historia lingüística para el continente americano, prácticamente sin documentación escrita, Sapir proponía ya en 1916 el uso de información ajena a las lenguas así como una serie de recursos propiamente lingüísticos.[15] Swadesh buscaba –mucho después– sistematizar algunas de las sugerencias de su maestro Sapir, y para ello hizo estudios sobre el ritmo de sustitución del vocabulario en una amplia muestra de lenguas y encontró que para cierta porción del léxico, el ritmo de sustitución era suficientemente uniforme como para introducirlo en una fórmula matemática con la cual se podría medir el tiempo de separación de dos lenguas derivadas de una protolengua.[16] Así nació la gloto-

[14] Aun para lenguas que se escriben desde hace mucho, hay dificultades adicionales: como las escrituras son por lo común conservadoras, no reflejan los fenómenos de la lengua hablada sino tardíamente; cuando un idioma ha adoptado el sistema de escritura desarrollado para otro, es posible que el sistema no dé cuenta de ciertos fenómenos del idioma adoptante, etcétera.

[15] Sapir, "Time Perspective in Aboriginal American Culture: A Study in Method".

[16] Claro que todo es un poco más complejo, pero no es éste el lugar adecuado para discutir el asunto. Baste con señalar que se usa un vocabulario diagnóstico de 100 palabras, que se comparan las de una lengua con las de otra y se señala cuáles provienen de la protolengua y cuáles no (para esto hay una serie de principios, consideraciones y procedimientos que deben seguirse rigurosamente) y con los conteos de ellas se sustituyen las variables en una fórmula matemática. El lector interesado en el tema puede comenzar por Swadesh, "¿Qué es la glotocronología?" y otros artículos suyos reunidos en *Estudios sobre lengua y cultura*; Gudschinsky, "The ABC's of Lexicostatistics (Glottochronology)", y Hymes, "Lexicostatistics so Far", que dan referencias adicionales.

cronología, que es un método *exclusivamente lingüístico* para fechar fenómenos lingüísticos sin tener que recurrir a informaciones de otro tipo, lo que tiene la gran ventaja de que entonces las fechas lingüísticas son independientes y pueden compararse con las dataciones de otro carácter; las fechas glotocronológicas que se dan para las lenguas aborígenes mesoamericanas corresponden con las obtenidas por otros medios (^{14}C, secuencias cerámicas, fechas en monumentos o códices, etcétera), con contadas excepciones.[17]

Mi primera versión de los mapas de distribución antigua de las lenguas de México[18] tenía el propósito expreso de investigar el grado de correspondencia entre la historia que podría construir la lingüística con sus propios medios (muy especialmente la glotocronología) y la que construiría la arqueología. También elaboré los mapas arqueológicos para diferentes etapas, pues los especialistas no los habían hecho (ni, que yo sepa, los han hecho todavía), aunque saben muy bien que no hubo siempre las mismas regiones.

El aporte de los lingüistas

Actualmente hay trabajos comparativos sobre prácticamente todas las familias de lenguas aborígenes, por lo que su prehistoria e historia lingüísticas se conocen razonablemente bien. Naturalmente, se ha avanzado paso a paso, y nuestro conocimiento se ha afinado y se sigue precisando constantemente. Sería imprudente hablar aquí de todas; bastará como ejemplo un vistazo resumido de cómo se ha desarrollado nuestro conocimiento sobre la familia oaxaqueña. Habiéndose notado ciertas "semejanzas" entre numerosas lenguas de México y Centroamérica, se propuso la existencia de una familia otomangue. Hubo intentos, como el de Lawrence Ecker (1939),[19] para encontrar más precisamente cómo era la relación entre estas lenguas, pero fueron poco concluyentes por la distancia de las unidades comparadas y lo reducido del material. Era necesario empezar con metas menos ambiciosas; María Teresa Fernández reconstruyó en 1951 el protopopoloca[20] cuyos resultados pudieron unirse a la reconstrucción que Sarah Gudschinsky había hecho del protoma-

[17] En algunos de los pocos casos de discrepancia se ha advertido que se debieron a errores de procedimiento de una parte o de la otra, y entonces se han corregido. Todavía subsisten una que otra, las que reclaman estudiar cuál es la explicación que tienen.

[18] Manrique, "Relación entre áreas lingüísticas y áreas culturales".

[19] Ecker, "Relationship of Mixtecan to the Otomian Languages".

[20] Fernández de Miranda, "Reconstrucción del proto-popoloca".

zateco. En 1957 Robert Longacre reconstruyó el grupo mixteco,[21] y Gudschinsky (1959) tomó los resultados de las investigaciones anteriores para reconstruir una lengua más temprana a la que llamó protopopoteca.[22] Al mismo tiempo se avanzaba en el estudio de las otras subfamilias de la familia oaxaqueña,[23] y de otras lenguas[24] del otomangue. Debo agregar que de acuerdo con los criterios aquí seguidos para designar las unidades taxonómicas no hay una familia otomangue, sino un fílum que comprende a las familias otopame, oaxaqueña y mangueña, por lo menos, y tal vez otras, como la tlapaneca, que no se acostumbra considerar otomangues.

Habiendo visto –por necesidad muy someramente– en qué consiste la diversificación lingüística y las técnicas que los lingüistas emplean para reconstruirla, así como los estudios en los que me apoyo, podremos revisar brevemente la historia de las lenguas nativas y, a grandes rasgos, su correlación con la historia arqueológica.

Los orígenes y la prehistoria

Hace ya medio siglo poco más o menos quedó fuera de duda que el hombre americano, y por lo tanto el que pobló lo que ahora es nuestro país, proviene del Viejo Mundo. Por algún tiempo se discutieron las posibles rutas de acceso, cuestión no zanjada por completo todavía, y menos se ha resuelto definitivamente la antigüedad del hombre en el continente y la de su presencia en cada lugar. Aquí seguiremos la información que tiene más visos de verosimilitud.

Parece que la más antigua penetración se hizo entre 45,000 y 40,000[25] aC, por la región alaskina y que, en consecuencia, el sentido general del poblamiento del resto del continente fue de norte a sur, en un avance sumamente lento. Al territorio actualmente mexicano habría llegado hace por lo menos 25,000 años (edad estimada del esqueleto de Chimalhuacán, todavía no com-

[21] Longacre, *Protomixtecan.*

[22] Gudschinsky, *Proto-Popotecan, a Comparative Study of Popolocan and Mixtecan.*

[23] Por ejemplo Swadesh, "The Phonemic Structure of Proto-Zapotec" (1947), Fernández de Miranda, *El proto-zapoteco* (trabajo iniciado en la década de 1960 aunque se publicó sólo en 1995) y varios más.

[24] Entre otros Bartholomew, *The Reconstruction of Otopamean (Mexico).*

[25] En los capítulos de esta *Historia* escritos por Faulhaber ("Antropología biológica de las sociedades prehispánicas") y por Mirambell ("Los primeros pobladores del actual territorio mexicano"), se dan respectivamente 75,000 y 70,000-60,000 años antes del presente como la fecha más antigua en que pudo ingresar el hombre al continente, cuando un máximo de la glaciación Altoniense dejó en seco el puente de Beringia (hoy estrecho de Bering). No creo prudente introducir como elemento distractor –que requeriría discutirlo con amplitud– la razón para preferir las fechas que propongo. Hubo también ingresos posteriores.

probada pero compatible con los 22,000 que se otorgan a los restos de Tlapacoya) y de seguro ya vivía aquí hace 10,000 años como cazador de grandes animales (venados, berrendos, caballos, elefantes incluso) como lo atestiguan los restos arqueológicos.

Tal antigüedad fácilmente dobla la de las familias lingüísticas (según he definido este término) y no es tan pertinente para nuestro asunto, además de que es muy difícil estimar la ubicación de las protolenguas de ese entonces. Hay un remoto parentesco (más lejano que el de familia) entre el tarasco y las lenguas quechuanas, como lo hay entre idiomas de Florida y de Sudamérica, lo que permite suponer que en el actual territorio mexicano se encontraban varias de las antiguas lenguas antecesoras de las que hoy se hablan en Sudamérica y que los protoidiomas antepasados de varias de las familias lingüísticas del México actual estarían en territorio de lo que hoy son Canadá y los Estados Unidos.[26] En lo que ahora es nuestro país se encontrarían solamente los antepasados de alguna de las familias típicamente mexicanas: la otopame,[27] la oaxaqueña, la chinanteca y la mangueña, actualmente desaparecida.[28]

Los grupos prehistóricos siguieron su avance paulatino hacia el sur, muy posiblemente sin darse cuenta de que lo hacían aprovechando lo que el ambiente les ofrecía y procurando no entrar en conflicto con los otros pobladores. Entre 8000 y 2000 aC hubo cambios climáticos que modificaron la cubierta vegetal y, por consiguiente, la composición de la fauna, así que el hombre se dedicó cada vez más a la caza de animales pequeños (ratas, tuzas, liebres, tortugas y similares) y a la recolección de semillas y de partes suculentas de las plantas.[29] Los estudios de lingüística histórica permiten asegurar

[26] Hice un mapa de las lenguas americanas en el que hay para todo el continente 56 familias (definidas de la misma manera que aquí) que pueden formar tan solo 9 filumes (no he estimado cuántos subfilumes); es evidente la relación entre algunas familias norteamericanas y sudamericanas, si bien es remota.

[27] Puesto que los nombres pueden resultar a veces extraños conviene decir que hay varias formas de designar a las unidades genéticamente relacionadas (en seguida los ejemplos de lenguas mexicanas van en *cursivas*). Pueden combinarse los nombres de las lenguas que se encuentran en los extremos de sus áreas de dispersión: *yutoazteca*, *otopame*, turcotártaro, finougrio, etcétera. También se recurre a nombres geográficos: *oaxaqueña*, nilosahariano, del Golfo [de México] o a términos en los que se confunden los nombres geográficos con los de las lenguas: malayopolinesio, indoeuropeo, sinotibetano. Son comunes también los nombres formados sobre el de una lengua del grupo especialmente destacada o conocida: *mixtecano*, *zoqueano*, *mayance*, germánico, samoyédico, etcétera.

[28] En tiempos de la Conquista esta familia comprendía nada más el mangue (hablado en Centroamérica) y el chiapaneca. Su última hablante murió en la década de 1940. Hoy sobreviven pocos localismos, ciertos topónimos (Najamutumba, Guajonguti, Nuyi) y algún apellido (por ejemplo, el del famoso grupo de marimba Nandayapa que quiere decir "Río verde").

[29] McClung y Zurita, "Las primeras sociedades sedentarias" en esta *Historia*. Véase también Byers, *The Prehistory of Tehuacan Valley*; García Moll, *Análisis de los materiales arqueológicos de la cueva del Texcal*.

que varias de las protolenguas de las que derivan las familias actuales se encontraban ya en lo que después sería el área mesoamericana y que se había iniciado su diversificación en los idiomas que darían origen a las subfamilias actuales; la posibilidad de reconstruir nombres para varias plantas que después son típicamente cultivadas sugiere que los hablantes de proto-oaxaqueño tuvieron un papel importante en el largo camino que lleva de la utilización de plantas recolectadas a su cuidado y selección cada vez más constantes, hasta desembocar en su cultivo, posiblemente en la región de Tehuacán o ya en Oaxaca.

El proto-oaxaqueño tenía palabras para "maíz", "frijol", "calabaza" y "chile", así como para "espiga" (que parece haber designado en especial al "huautli") y para "sembrar", "plantar" y otras fases del cultivo y del desarrollo de las plantas. El nombre del "maguey" y su utilización deben ser más antiguos, pues sus reflejos[30] no se limitan a la familia oaxaqueña, sino que se encuentran también en la otopame y tal vez en la mangueña (es decir, del fílum otomangue). Por el contrario, las voces para otras plantas tienen una distribución más limitada, por ejemplo, las subfamilias mixtecana y mazatecana comparten una misma raíz para "aguacate", pero la subfamilia zapotecana tiene otra; el nombre en la familia chinanteca –en la que se encuentra también otro, derivado de una raíz diferente– puede ser préstamo popolocano (más difícilmente sería mixtecano), pero el préstamo puede haber sido en el otro sentido, o puede tratarse de una herencia común, en cuyo caso sería mucho más antigua.

Protomesoamérica

La lingüística tiene ya más elementos de juicio para el tiempo en el que se domesticaron las plantas; la dependencia de éstas se hizo mayor y, por consiguiente, comenzó en algunos casos la vida sedentaria. Estos elementos no son suficientes para la forma de vida del área (o superárea, si se prefiere) cultural mesoamericana, pero sí son indispensables y gracias a ellos pudo desarrollarse más tarde Mesoamérica; por eso me he permitido hablar de "Protomesoamérica", de modo semejante al que se denomina a las protolenguas (véase figura 2).

Un lingüista se encuentra tentado de explicar detenidamente cómo se va desarrollando la historia lingüística, para ponerla en paralelo con la historia

[30] Se llama *reflejos* a las formas modernas derivadas de una raíz antigua.

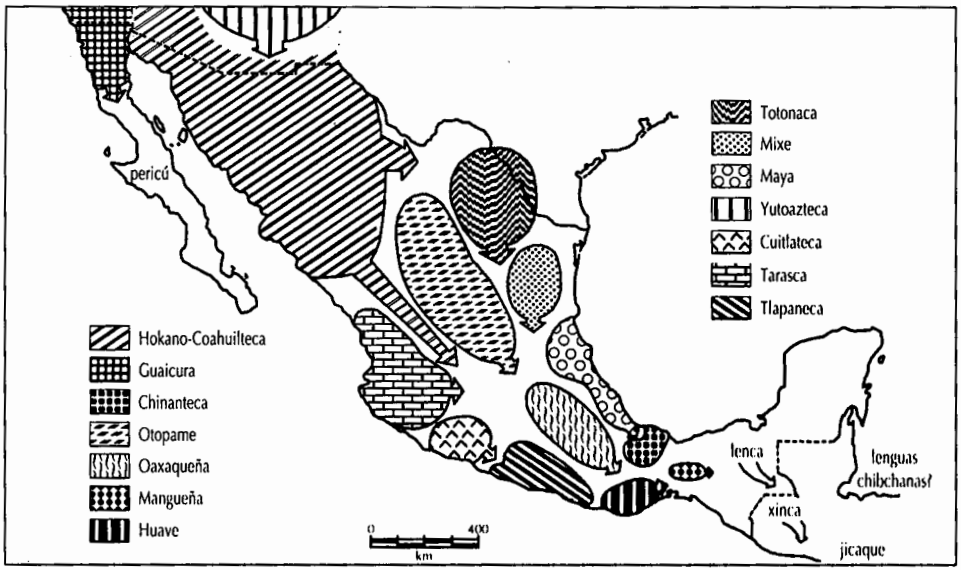


Figura 2. Mapa de ubicación probable de las familias lingüísticas hacia 2500 aC.

arqueológica, pero el espacio no lo permite y, por añadidura, sería necesario adentrarse en ciertos aspectos técnicos que es preferible eludir; creo que el lector aceptará que hay fundamento bastante para mis afirmaciones.[31]

Fue muy prolongado el proceso de domesticación de las plantas que las volvió suficientemente productivas como para que constituyeran una parte sustancial de la alimentación. Todavía hacia 2500 aC seguía siendo muy importante la caza, la recolección y la pesca, aunque el cultivo ya permitía (y tal vez requería) la existencia de campamentos de larga estancia o aun permanentes que favorecieron la diversificación dialectal. Para entonces el antiguo proto-

[31] Suponiendo que algunos lectores de este capítulo pudieran desear más amplitud, les ofrezco como ejemplo resumido lo que sucede con la familia otopame. Las lenguas actuales presentan raíces alternantes y a primera vista muy diferentes de una lengua a otra, lo que dificulta enormemente reconstruir el cuadro de fonemas para la protolengua, pero Bartholomew lo ha hecho (véase la bibliografía) y encuentra que ya en una etapa antigua (tal vez no la más remota) del proto-otopame había alternancias similares que pueden explicarse por una serie de condiciones fonotácticas y morfofonémicas. Cada una de las primeras lenguas derivadas (un otopame septentrional y otro meridional) siguió un camino diferente y no pocas veces construyó sus nuevos paradigmas sobre diferentes alternantes de las raíces o aun sobre raíces distintas con sus respectivas formas alternas. El fenómeno se repite más tarde, por lo que hay que poner gran atención para entender los nuevos desarrollos: cómo se diferenciaron el protopameano y el protochichimeca y, simultáneamente, el protomatlatzincano y el proto-otomiano, y éstos en las lenguas que ahora reconocemos.

oaxaqueño ya se había convertido en tres lenguas: protozapotecano, protopopolocano y protomixtecano, y este último tenía ya dialectos muy diferenciados, como corresponde a un pueblo que con toda probabilidad fue uno de los iniciadores del cultivo y tuvo parte en el desarrollo de algunas de las ideas y concepciones características de lo que más tarde sería Mesoamérica;[32] menos seguros podemos estar de las otras dos protolenguas emparentadas, pues si parecen haber iniciado su diferenciación más tarde, esta apariencia puede deberse a que sus dialectos mantuvieron contacto por mucho tiempo, influyéndose mutuamente.

Similar antigüedad tiene la diferenciación de la familia otopame. Es posible que los otopames meridionales (véase la nota 31) se hayan separado de los septentrionales precisamente por haber adoptado el cultivo, pero la diferenciación también puede haberse dado fuera de la futura Mesoamérica, como más adelante veremos que sucedió con otras familias. Es más probable, dada su actual ubicación, que los protochinantecos y los protomangueños (cuya diferenciación conocida es mucho más tardía) se encontraran ya en territorio que habría de convertirse en Mesoamérica.

Problema especial muestran cuatro lenguas –huave, tequistlateca, cuitlateca y tarasco– cuyos parientes están muy alejados geográfica y genéticamente, de modo que las cuatro quedan aisladas. Pueden aventurarse algunas hipótesis sobre cómo llegaron a esta situación. El huave y el tequistlateca se encuentran actualmente sobre la costa del Pacífico; el primero parece tener relaciones mucho muy lejanas con las familias mangueña y mixeana de Mesoamérica, así como con las familias algonquina-ritwan y del Golfo, del actual territorio estadounidense, pero ahora es un solo idioma cuyos dialectos no habrán tomado mucho más de 400 años para diferenciarse[33] –si acaso hubo otras lenguas emparentadas, desaparecieron sin dejar el más mínimo rastro– posiblemente sus hablantes eran empujados por quienes hablaban las otras protolenguas mencionadas en los dos párrafos anteriores y quedaron desde entonces arrinconados en el istmo de Tehuantepec o sus cercanías. El tequistlateca o chontal de Oaxaca[34] es igualmente una única lengua cuyos parientes

[32] Los datos arqueológicos de la zona casan bien con la información lingüística. Longacre y Millon, "Proto-Mixtecan and Proto-Macro-Mixtecan Vocabularies".

[33] Suárez, *Estudios huaves*.

[34] Llevan el nombre *chontal* dos lenguas por completo diferentes, una es de la que estamos hablando y la otra es parte de la familia mayance; para distinguirlas se les dice *de Oaxaca* y *de Tabasco*. El nombre, de origen náhuatl, significa "enemigo".

lejanos son las lenguas yumanas, el seri y el coahuilteco, todas de las regiones desérticas del norte del país; posiblemente avanzó por la región próxima a la costa al mismo tiempo que los antepasados de la familia oaxaqueña lo hacían por el altiplano y puede suponerse que por ese entonces se ubicaban poco más al occidente de su localización actual, pero su aislamiento impide precisar nada.

El cuitlateca, única lengua conocida de su familia, desapareció recientemente (con la última hablante, de Totolapan, Guerrero, trabajó Roberto Escalante poco antes de 1960). Se ignora si alguna vez hubo idiomas emparentados, aunque es posible que alguna de las lenguas de Guerrero de las que no se conoce más que el nombre perteneciera a la misma familia.[35] Suponiendo que hubiera penetrado desde muy temprano a la región que después ocupó, tal vez pudiera acreditarse a sus hablantes la domesticación del frijol y del algodón.

También el tarasco tiene parientes lejanos en Norteamérica (el zuñi) y en Sudamérica (la familia quechuana). Ahora hay una sola lengua en la familia, pero es posible –y aun parece probable– que hayan sido sus parientes varias de las "lenguas particulares" que fray Antonio de Ciudad Real dice que había en el reino de Michoacán en el siglo XVI, si bien estaban subordinadas al tarasco (más tarde al náhuatl) impuesto como lengua hegemónica.[36]

Las lenguas durante el Preclásico mesoamericano

Mesoamérica, área cultural rica y compleja, de características muy propias, claramente distinta a los cacicazgos centroamericanos o a la región de los pequeños grupos nómadas que vivían en los desiertos que quedaban al norte, fue definida formalmente por Paul Kirchhoff[37] para los inicios del siglo XVI de

[35] El cuyuteca, el tlaltempaneca y algún otro parecen estar en este caso, pero no es seguro, porque sabemos que a veces se daban nombres distintos a un solo idioma (el *cohuixca* era náhuatl, por ejemplo) o el mismo nombre a lenguas diferentes (recuérdese el *chontal*). El cuitlateca parece estar remotamente emparentado con las familias yutoazteca y chibchana, así que aquel idioma aislado podría resultar un eslabón prehistórico entre Norteamérica y América del Sur.

[36] Ciudad Real, *Tratado curioso y docto de las grandezas de la Nueva España. Relación breve y verdadera de algunas cosas de las muchas que sucedieron a... fray Alonso Ponce.*

[37] Kirchhoff, "Mesoamérica, sus límites geográficos, composición étnica y caracteres culturales". Como etnólogo que era, Kirchhoff puso cierto énfasis en algunos detalles culturales significativos pero poco brillantes, mientras que omitió aspectos tan llamativos para el lego como son las pirámides. Véase también Matos, "Mesoamérica" en esta *Historia*.

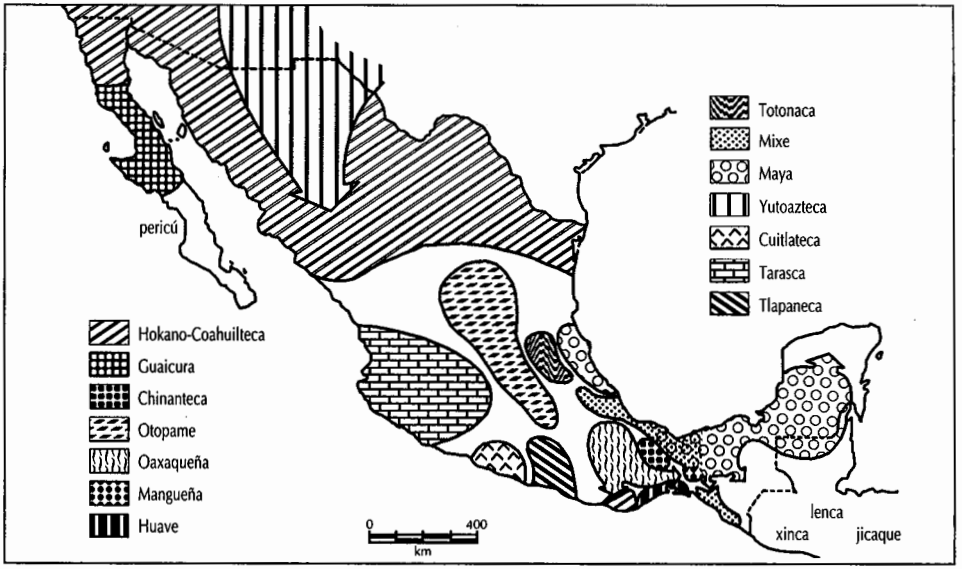


Figura 3. Mapa de ubicación probable de las familias lingüísticas hacia 1500 aC.

nuestra era, cuando la conocieron los europeos. Naturalmente, esta notable civilización –algunos teóricos le regatearán tal calidad, no sin buenas razones– no surgió en un momento ya totalmente hecha, sino que se fue construyendo poco a poco, y es seguro que sus constructores eran hablantes de las lenguas y protolenguas que aquí nos ocupan (véanse las figuras 3 y 4). Fuera de la Mesoamérica primitiva quedaban idiomas de los que sabemos menos, pero si la subfamilia coahuilteca se extiende hasta la región que le da nombre (Coahuila), y forman parte de ella lenguas (tonkawa, karankawa) que hasta hace poco se hablaban en el sur del actual estado de Texas, parece muy probable que desde ese tiempo se hubiera extendido hacia el oriente, ocupando gran parte de las tierras áridas del norte de nuestro país; cabe suponer que habría muchos dialectos con diferencias mínimas entre cada uno y sus vecinos, situación semejante a la que se presentaba en Australia o en Sudáfrica, con un territorio también semidesértico a desértico donde las bandas nómadas tienen que ser pequeñas y muy movibles.

El proceso de sedentarización y la dependencia cada vez mayor de los productos del cultivo, base y cimiento de lo que sería Mesoamérica, son ahora

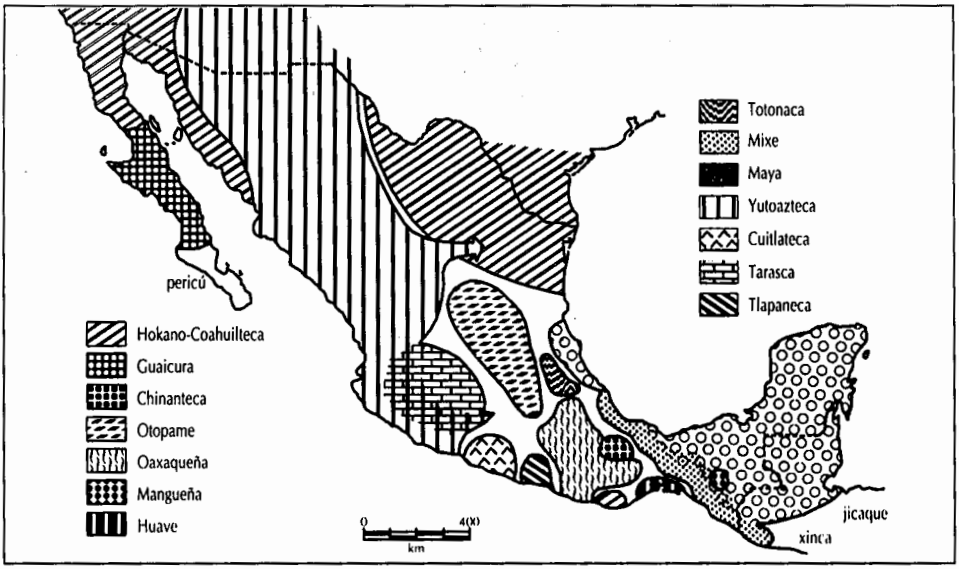


Figura 4. Mapa de ubicación probable de las familias lingüísticas hacia 600 aC.

bastante bien conocidos. Los arqueólogos consideran que ya se puede hablar del horizonte Formativo mesoamericano –es decir, ya existe Mesoamérica, en cierto modo rudimentaria– hacia 2000 aC, cuando hay aldeas permanentes, una alfarería desarrollada, otras artesanías, así como elementos que señalan la presencia de shamanes-sacerdotes y de algunas de las ideas religiosas características de Mesoamérica.[38] Al correr el tiempo, varias aldeas crecen y toman influencia sobre sus vecinas, hasta que cerca de 1500 aC surge en La Venta, Tabasco, el primero de los grandes centros ceremoniales, cuyo influjo –proporcionado a su magnitud– se deja sentir en buena parte de Mesoamérica.[39]

[38] Por supuesto, no todos estos elementos se originaron simultáneamente (McNeish cree haber identificado algunos entre los productos de sus excavaciones en Coxcatlán); otros pueden haberse inventado independientemente más de una vez (si la cerámica más antigua de Tehuacán, Pue., se asemeja mucho a la de Puerto Marqués, Gro., ambas pueden tener el mismo origen; es en cambio muy diferente la de Ocós, Chiapas) y otros más existieron separados en una o en otra región. Su presencia conjunta y articulada es lo que caracteriza a Mesoamérica. Por las mismas razones, la extensión geográfica de Mesoamérica no fue siempre la misma.

[39] Sarmiento, "La creación de los primeros centros de poder"; González Lauck, "La zona del Golfo en el Preclásico: la etapa olmeca" y Wiesheu, "La zona oaxaqueña en el Preclásico" de esta *Historia*. Debo decir que a mi manera de ver, si Mesoamérica no tuvo siempre la misma extensión, a lo largo del tiempo sus subdivisiones no fueron tampoco las mismas en número ni en la superficie que cada una cubría, como lo muestran los mapas que hice para "Relación entre áreas...".

Siendo La Venta un sitio tan significativo, es natural preguntarse qué idioma hablarían sus constructores; la respuesta no es segura, pero puede intentarse. En opinión de algunos arqueólogos y lingüistas[40] deben haber sido protomixe-zoques, pues en términos generales coinciden la región olmeca (aquélla donde los restos arqueológicos son "como" los de La Venta) y la zona de lenguas mixe-zoques. Creo que la realidad era más compleja, pues en ese tiempo el grupo uinic de la familia maya –que había comenzado a diferenciarse del inic unos 500 años antes– debe haberse extendido sobre parte de la llanura costera del Golfo y las tierras bajas del Petén y el sur de la península de Yucatán, sin alcanzar todavía las tierras altas de Chiapas y Guatemala; compartiría con hablantes de lenguas de la familia mixe-zoque lo que es ahora el sur de Veracruz y el oriente de Tabasco, la llamada "zona olmeca", por lo que La Venta sería la obra de una sociedad bilingüe en la que había hablantes de un dialecto uinic –el de los protoyaxché– y alguno de los dialectos del protomixe-zoque.[41]

En las tierras bajas del Petén y el sur de la península de Yucatán estaban ya quienes hablaban el dialecto antecesor del maya yucateco y el lacandón, y al occidente de ellos, en el curso bajo y en la desembocadura del Grijalva y el Usumacinta, vivían los antepasados de lo que llegaría a ser lenguas mayas de las tierras altas. Los miembros del grupo inic permanecían en el norte y centro del actual estado de Veracruz y zonas aledañas manteniendo su unidad (si acaso había iniciado su diferenciación, los antiguos dialectos no dejaron descendientes que llegaran hasta nosotros) y separados de sus parientes por una cuña protomixe-zoque.[42]

De las lenguas de otras familias ya hemos dado razón hasta donde tal cosa es posible. Si el huave, el tarasco, etcétera, son ahora lenguas aisladas, no podemos documentar su historia remota y ya hemos arriesgado decir lo que puede suponerse de ellas. Dado que se encontraban aproximadamente en las mismas regiones donde hoy están sus descendientes o donde estaban

[40] Lowe, "Los olmecas, mayas y mixe-zoques", es arqueólogo; Campbell y Kauffmann, "A linguistic look at the Olmecs", son lingüistas.

[41] Manrique, "Conclusiones", coteja cuidadosamente los datos arqueológicos y lingüísticos y refuta la interpretación de otros autores; tal vez exagere un poco el papel de los mayances al hacer su defensa.

[42] En "La posición de la lengua huasteca" doy más detalles sobre el proceso de diversificación de las lenguas de la familia maya, así como las razones que tengo para situar su centro de dispersión en la Huasteca, en vez de hacerlo en los altos Cuchumatanes de Guatemala, como otros lingüistas han propuesto. Hace mucho Jiménez Moreno ("El enigma de los olmecas") señaló el papel de los mixe-zoques en la separación de los dos grandes grupos mayances.

antes de desaparecer, no tiene caso volver a referirse a éstos y otros grupos mientras no haya información nueva o interesante que ofrecer.

Si el protomixtecano, como hemos dicho, puede acreditarse una larga tradición de cultivo –de la que no podemos excluir a otros miembros de la familia oaxaqueña– es de esperar que la vida en aldeas haya favorecido la diversificación y que por este tiempo, alrededor de 1500 aC, fueran ya lenguas claramente distintas el amuzgo antiguo (lo llamo así porque tiene una sola lengua descendiente y de este modo evito abusar del prefijo *proto*), el protomixteco-cuicateco, el protozapotecano y el protopopolocano, suposición que se ve confirmada por la glotocronología. No es fácil averiguar sus ubicaciones respectivas; apoyado en sus mutuas relaciones, en su situación actual y en indicios arqueológicos sugiero que el protozapotecano había casi llegado a la región donde ahora se encuentran sus descendientes, que el amuzgo antiguo posiblemente ocupaba buena parte de La Mixteca, tal vez al lado de los protopopolocas, y que el protomixteco muy posiblemente se encontraba ya en una parte de Oaxaca pero se extendía sobre todo por el actual estado de Puebla hasta las inmediaciones de Tlaxcala.

Probablemente los totonacos antiguos (el término apropiado es protototonacano, pero es horrible; todavía no se habían diferenciado totonaco y tepehua) vivían en parte de la Sierra Madre Oriental, más o menos de San Luis Potosí hasta Puebla e Hidalgo, en la incipiente Mesoamérica de entonces, ya cerca de sus límites o incluso fuera de ellos.

Lo más notable del panorama lingüístico del Preclásico es la total ausencia de territorio mesoamericano de cualquiera de las lenguas de la familia yutoazteca, cuyos descendientes son mucho más tarde tan conspicuos. La primera diferenciación de la familia yutoazteca se inició allá por 2,700 aC, pues ésta es la divergencia máxima entre dos lenguas de la familia, el yute y un dialecto náhuatl; nótese que están en los extremos septentrional y meridional respectivamente del área de dispersión de la familia, también puede observarse que todos los grupos muestran mayor semejanza con sus vecinos inmediatos que con cualquier otro, lo que se acostumbra llamar "distribución en cadena". Este tipo de distribución se produce por lo regular cuando los hablantes de una lengua antigua van extendiéndose en un solo sentido sin abandonar su ubicación original; las divergencias van produciéndose cuando el alejamiento entre la avanzada y quienes quedan en el "hogar primitivo" es suficiente como para no ser compensado por las hablas intermedias. Hay,

naturalmente, otros factores, así como episodios menores, flujos y reflujos, y rupturas que hay que tener en cuenta, pero hay lo bastante como para asegurar que los protoyutoaztecas poblaban una región más o menos donde ahora están los estados de Nevada, Colorado y Utah –menos desérticas entonces– y que una parte de ellos fue avanzando hacia el sur, especialmente por las sierras (en las que recolectaban piñones y bellotas) y las llanuras próximas (de las que aprovechaban, entre otras cosas, tunas y conejos); entre 2500 y 2000 aC ya podían distinguirse una lengua septentrional –cuya historia posterior no nos ocupará, pues sus descendientes quedan fuera de nuestras fronteras– y una lengua meridional que hacia 1500 aC apenas llegaría a las sierras de Sonora y Chihuahua y su vecindad, formando una cuña entre hablas hokano-coahuiltecas al este y al oeste (causando así la separación de la subfamilia coahuilteca); por lo tanto, quedaba por completo fuera de Mesoamérica.

El Clásico y sus lenguas

Si el periodo Preclásico se define por la afirmación progresiva de los patrones culturales mesoamericanos, el Clásico se caracteriza justamente por la plena vigencia de estos patrones (véase figura 5). El arte, las ciudades, los grandes edificios, el calendario y la profundidad de los conocimientos astronómicos, etcétera; se tratan en otros capítulos de esta *Historia...*, por lo que podemos tranquilamente dejarlos a un lado y ocuparnos sólo de los factores que, hasta donde sabemos o podemos inferir con buenas bases, influyeron en la historia de las lenguas de nuestro país.

Durante el Clásico la gente se sustenta sobre todo de los productos del cultivo que se practica en poblados sedentarios (no desaparecen recolección, caza y pesca, pero su papel es mucho menor); también del trabajo campesino se mantienen quienes viven en las ciudades, los grupos dominantes y tal vez cierto tipo de artesanos; puesto que con la fuerza de los brazos de los habitantes de las aldeas se construían los grandes edificios, sus señores debían saber de dónde traer trabajadores para las obras. Todo esto sugiere un fuerte arraigo a la tierra, lo que implica que la ubicación de las familias de lenguas no se modifica; en cambio, la misma vida aldeana tiende a producir una fragmentación dialectal que debe haber sido semejante a lo que ahora puede verse en varias regiones de Oaxaca: cada pequeño pueblo tiene un

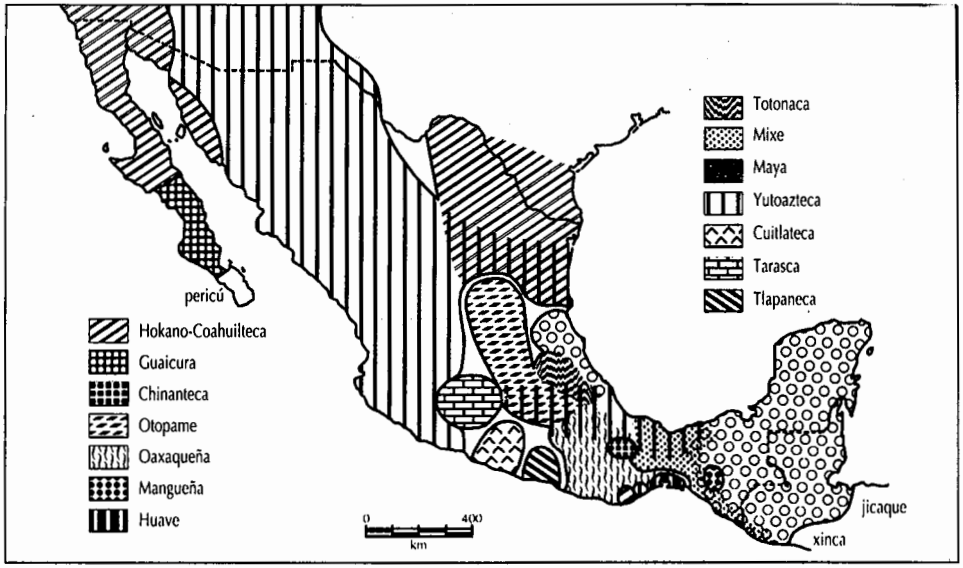


Figura 5. Mapa de ubicación probable de las familias lingüísticas hacia 400 dC.

dialecto propio claramente distinguible aunque, por supuesto, se entienda sin dificultad con sus vecinos.[43]

Durante la fase temprana del periodo Clásico (desde su inicio hasta 300 de nuestra era) se establecieron vastos señoríos centrados en ciudades que eran la sede de la hegemonía de un poder religioso-político. El de Teotihuacan ha sido llamado "imperio" y su gran influencia llegaba hasta la zona maya y a Monte Albán, como lo indican restos teotihuacanos en esos lugares (como en muchísimos más de Mesoamérica) así como unidades típicamente zapotecas y mayas en la propia urbe teotihuacana, que debe haber sido una comunidad plurilingüe o por lo menos bilingüe, como antes lo fue La Venta y como en ese tiempo pueden haber sido otros centros importantes. Difícilmente puede caber duda de que las lenguas hegemónicas de los señoríos se extendieron a costa de las hablas locales haciendo desaparecer muchas y marcando más las diferencias entre los idiomas subsistentes; es muy probable que a este fenó-

[43] Egland, Bartholomew y Cruz Ramos, *La inteligibilidad interdialectal en México: resultados de algunos sondeos* documenta adecuadamente este fenómeno, que en nuestro trabajo de campo hemos notado todos los lingüistas. Este estudio demuestra que en algunos casos ciertas hablas contiguas que se conocen con el mismo nombre no son dialectos sino lenguas.

meno se deba que ahora se encuentren lado a lado lenguas cuya diferenciación, datada por la glotocronología, se inició en los últimos quinientos años del Preclásico, pues difícilmente hubieran llegado a ser lenguas diferentes los dialectos que estaban constantemente en contacto. Así parece haber sucedido con las dos únicas de la familia totonacana que conocemos, y también con lenguas popolocanas, mixtecanas, zapotecanas y mixe-zoques, lo que contrasta con el yucateco-lacandón, que parece haber iniciado al mismo tiempo que las anteriores una diferenciación nunca acabada porque el permanente contacto mantiene un solo idioma.

En el centro de México, la zona directamente bajo la influencia teotihuacana, a los pueblos de habla proto-otomiana vinieron a sumarse otros de habla protonahua (o nahua antiguo si se prefiere), cuyo avance no había cesado, pues así lo muestran algunas fechas: la separación del tarahumara-cahita debe haber sido poco anterior al principio del Clásico, quedando ellos aproximadamente en la región extramesoamericana que ahora ocupan, mientras los antiguos nahuas y los cora-huicholes seguían adelante; es posible que estos últimos penetraran ya a Mesoamérica (una Mesoamérica marginal en todo caso, es cierto), pero los nahuas iban delante de ellos, por lo que muy probablemente ya habían llegado a zonas de Jalisco y Michoacán, y también a Teotihuacan y su entorno, con una avanzada en Pochutla, Oaxaca.[44] Más difícil es saber qué sucedía con las lenguas yutoaztecas de los pueblos nómadas de las llanuras desérticas y el pie de monte de la Sierra Madre Occidental, porque muchas desaparecieron sin dejar huella y de otras hay información que va de pobre a paupérrima; podemos sin embargo suponer que avanzaban no sólo hacia el sur, sino también hacia el oriente. Unos de ellos, ya bastante diferenciados, deben haber sido los antepasados de los maratines de Tamaulipas, mientras otros tal vez se entremezclarían con hokano coahuiltecos pero, gracias a su movilidad, sin perder contacto (y por ende diferenciándose poco) de sus parientes de la Mesoamérica marginal o netamente mesoamericanos.

Si durante la fase temprana del periodo Clásico se establecieron los señoríos, en la fase tardía (de 300 a 700 dC) alcanzan su pleno florecimiento, ejercieron un dominio más claro sobre las poblaciones por ellos dominadas y lograron una mayor estabilidad, favorable al intercambio de productos.[45] Es

[44] Manrique, "La lengua de los nahuas y sus congéneres"; Lastra, *Las áreas dialectales del náhuatl moderno*.

[45] Queda por determinar las formas que adoptaba este intercambio; podían ser mercantiles, tributarias o de otra clase; el caso es que en muchos sitios se encuentran objetos procedentes de otras partes, a veces muy lejanas, y que hay también representaciones de plantas y animales de otros ambientes (por ejemplo en Teotihuacan, seres marinos y de la selva tropical).

ésta la fase en la que la actividad constructiva –apoyada en el trabajo de ingente número de trabajadores– da a la mayoría de los sitios arqueológicos el aspecto con el que los conocemos ahora. Tal situación era propicia a que los idiomas de los dominadores se usaran como lenguas francas, esto es, sin que desaparecieran las diversas lenguas regionales, por lo que era relativamente común que en vastas zonas coexistieran dos idiomas o más, a veces sin claro predominio de uno de ellos.

Los nahuas que se superpusieron a los antiguos habitantes proto-otomianos en el centro de México eran un pueblo expansivo pues, como veremos en seguida, aparecen en varias otras regiones entremezclados con hablantes de otros idiomas, por lo que puede razonablemente suponerse que ellos tenían el poder en Teotihuacan; probablemente a esto (y a sucesos posteriores) obedezca la uniformidad del náhuatl de esta región, mientras que la posición subordinada de los otomianos produjo hacia 400 dC la divergencia de los otomíes y mazahuas.

En vista de las semejanzas entre la arquitectura de Teotihuacan y la de El Tajín, Jiménez Moreno sugirió que en la primera se hablaba totonaco (y otras lenguas). Mi trabajo con las lenguas mayances indica que los constructores de El Tajín no fueron totonacanos, sino "huastecanos" (esto es, del grupo inic);[46] sin embargo, los totonacanos no deben haber sido por completo ajenos a la innegable relación que hay entre ambos sitios (y otros intermedios como Yohualichan), pues la familia totonacana –ya separada en totonaco y tepehua– ocupaba la Sierra Madre Oriental entre lo que hoy son el norte de Puebla y Veracruz, posiblemente extendiéndose por los llanos interiores, donde coexistiría con hablantes de nahua y mezclándose hacia el oriente con los inic.

Creo que se debe al "imperio" teotihuacano la presencia original del náhuatl en muchas de las regiones donde ahora se le encuentra: en la región poblana parece haberse intercalado con las lenguas de la familia oaxaqueña cuya presencia en esa zona hemos señalado. Por el centro de Veracruz puede haber desplazado a otros idiomas, pero en el sur (en la vertiente que el istmo de Tehuantepec tiene sobre el Golfo de México) se hablaba al lado de dialec-

[46] Manrique, "La posición ...". Actualmente también algunos arqueólogos sostienen que ésta es una ciudad "huasteca": Wilkerson, "Man's eighty centuries in Veracruz"; *El Tajín, una guía para visitantes*, y Ochoa, "La zona del Golfo en el Posclásico" en esta *Historia*.

tos mixes y zoques,[47] y posiblemente llegaba ya al occidente de Tabasco, donde estaría en contacto con lenguas mayances.

La historia de algunos pueblos mayances y sus lenguas durante el horizonte Clásico tiene aspectos muy interesantes. Debemos recordar que en la configuración de la cultura olmeca, durante el Preclásico, tuvieron parte los hablantes de un antiguo dialecto uinic, el protoyaxché (antepasado del protocholano y el prototzeltalano); ahora podemos agregar que los sistemas de registro olmeca son la raíz de las escrituras mesoamericanas,[48] entre las cuales está la maya que en el Clásico se extendió por todas las tierras bajas. Sin embargo, puesto que buena parte de las tierras bajas no estaba poblada por gente del idioma protoyaxché de los olmecas, sino por hablantes del yaxqué[49] que no tienen ningún parentesco especialmente cercano con ninguna de las demás lenguas del grupo uinic, de inmediato surge la pregunta de cómo pudieron éstos adoptar la escritura desarrollada por protocholanos-tzeltalanos.[50] La respuesta está en que ambas protolenguas comparten muchos rasgos estructurales,[51] posiblemente por la influencia mutua que muchos siglos de contacto constante produjeron; cada uno de los grupos tuvo cambios propios –que incluso produjeron la separación del cholano y el tzeltalano ya avanzado el Clásico–, cambios que saltan a la vista porque no exhiben la correspondencia fonológica regular que deberían tener y que en ciertos casos pueden documentarse con ejemplares de la escritura maya.[52]

[47] Hay algunos problemas de clasificación de la familia mixe-zoque. Tradicionalmente se dice que la componen tres lenguas: el mixe, el zoque y el popoluca. Las tres están muy diversificadas y no he podido determinar cuántos idiomas distintos deben reconocerse; unas lenguas "popolocas" se acercan más a las mixes y otras a las zoques, de modo que tal vez debieran reconocerse dos grupos, cada uno con varias lenguas: "popolucas" y mixes en uno, "poplucas" y zoques en el otro.

[48] Investigaciones recientes tienden a señalar que las escrituras mesoamericanas pueden haberse originado en Monte Albán, pero su precedencia temporal no es de ningún modo evidente y estas inscripciones tienen un estilo manifiestamente "olmeca" u "olmecoide" que no excluye, sino más bien ratifica, el papel de los olmecas en la invención de la "escritura" en Mesoamérica.

A partir de la base olmeca se desarrollaron dos grandes grupos de sistemas de registro. El de Oaxaca y el centro de México, y el de la zona maya. El primero no es de verdaderas escrituras, mientras que el segundo comprende al menos una escritura, si bien puede haber en él semiescrituras. Véanse Manrique, "Ubicación de los documentos pictográficos de tradición náhuatl en una tipología de sistemas de registro y escritura", y los artículos sobre las escrituras mesoamericanas en el *Atlas de Lingüística*.

[49] No comprende más que una lengua cuyos dialectos se conocen con nombres distintos: maya y lacandón (que comenzaron a diferenciarse hace mucho pero han divergido poco, hablados en México), itzá y mopán (de Belize y Guatemala, dialectos muy próximos del maya).

[50] Ya en 1963 propuse en el *Boletín INAH* que en vez del maya yucateco (como se venía haciendo) se usara sistemáticamente el chol en los trabajos para el descifre de la escritura maya, pues mis investigaciones sobre la diversificación de las lenguas mayances indicaban que era ésta y no aquélla la lengua de los primeros textos mayas.

[51] Bricker, *A Grammar of Maya Hieroglyphs*.

[52] Justeson, Norman, Campbell y Kauffmann, *The Foreign Impact on Lowland Mayan Language and Script*, muestran algunos rasgos estructurales comunes a protoyaxché y protoyaxqué, así como numerosos elementos de vocabulario que comparten ambas protolenguas en exclusividad (es decir, no se encuentran en el resto de

La invención de la escritura es una hazaña que contribuye de manera destacada al esplendor del periodo prehispánico clásico caracterizado por su solidez y estabilidad que habrían de perderse a partir de 700 de nuestra era.

El Epiclásico, tránsito del Clásico al Posclásico

A finales del periodo Clásico hubo un aumento de temperatura que provocó cambios climáticos; uno de los efectos más notables de estos cambios consistió en que grandes extensiones que habían sido cultivables dejaron de serlo y tuvieron que ser cedidas a los nómadas o, al menos, sus habitantes se vieron forzados a trocar sus medios de subsistencia.[53]

La retracción de la frontera norte de Mesoamérica hizo que se volcaran sobre esta área quienes antes habían podido subsistir del cultivo en zonas que ya no lo permitían, mayormente grupos yutonahuas y otopames. Pero ahí estaban los señoríos, ocupando todo el espacio –incluso arrebatándose ocasional y mutuamente algunos trozos– y firmemente establecidos, al menos en apariencia, pues hay indicios de que las invasiones propiciaron revueltas internas de quienes habían dado lustre a las urbes con su trabajo en acatamiento a la voluntad de los dioses todopoderosos, cuya capacidad para mantener el orden del universo se había perdido, según lo demostraban los acontecimientos. Los señoríos cercanos a la frontera septentrional fueron los primeramente afectados (Teotihuacan fue incendiada cerca del año 650) y su caída repercutió poco después sobre los reinos contiguos que a su vez, un poco más tarde, afectaron a sus vecinos hacia el sur, y éstos a los de más adelante, y así sucesivamente a lo largo de 300 años, aproximadamente hasta 1000 de nuestra era.[54]

---

la familia), fenómeno frecuente cuando dos grupos han tenido una larga historia como vecinos; también demuestran préstamos de una de las dos protolenguas a la otra –en su mayoría del cholano al yucateco, como cabe esperar si los antiguos choles fueron (junto con protomixe-zoques) el prestigioso pueblo olmeca, el creador de la escritura– así como palabras provenientes de la familia mixe-zoque, de los protozapotecos, y de nahuas y totonacanos antiguos.

[53] Crespo Oviedo, *Villa de Reyes, San Luis Potosí: un núcleo agrícola en la frontera de Mesoamérica*, es un ejemplo que podría multiplicarse.

[54] En esta *Historia*, Yoko Sugiura Yamamoto y Joyce Marcus abordan el tema del Epiclásico. Se le menciona en otros capítulos y en otros más sólo se le implica; Iglesias y Ciudad, en la nota 12 a "Las tierras altas de la zona maya en el Posclásico", dicen que el término ha dejado de usarse pero señalan autores que lo reivindican. Soy consciente de que mi descripción en el texto es demasiado tosca, pero creo que engloba todas las causas y características que se han esgrimido.

Con situación tan poco estable en la "firme" Mesoamérica es fácil imaginar que algo semejante, si no es que peor, sucedía entre los nómadas del norte, por lo que sería demasiado atrevimiento aventurar algo acerca de su situación lingüística en este momento. Lo dejaremos mejor para el próximo apartado. Debemos entender que el derrumbe de las elites sacerdotales[55] no implica necesariamente el desplazamiento de los campesinos y artesanos más humildes, quienes siguen en sus tierras haciendo su vida cotidiana, si acaso bajo nuevos dirigentes; por ello la mayoría de los nuevos reacomodos fue poco importante.[56] Hay también, sin embargo, desplazamientos notables: la presencia en Centroamérica del pipil[57] procede de ese tiempo, y antigüedad similar tiene en Costa Rica el mangue, separado del chiapaneco.[58] La divergencia de las dos lenguas inic (el huasteco y el cotoque o chicomucelteco) tiene unos mil años, por lo que ocurrió a fines de los tres siglos de transición; es de suponerse que ya existían diferencias dialectales, poco acusadas por efectos de su contacto, y que éstas fueron en parte responsables del desplazamiento de los cotoques desde su patria de origen en el centro de Veracruz hasta Chicomucelo, donde entonces vivían los motocintlecos quienes se vieron así forzados a mudarse a Motocintla.

El periodo Posclásico o Histórico

Es frecuente que se caracterice al Posclásico como un periodo militarista durante el cual, por todo el ámbito mesoamericano, la casta guerrera desplaza del poder a la sacerdotal y se enfrasca en un sinfín de batallas y conquistas. Se

[55] Parece no haber duda, por ejemplo, de que ciertos dirigentes teotihuacanos abandonaron la ciudad para radicarse algunos en Azcapotzalco, otros en Cholula, tal vez acompañados de seguidores.

[56] Por ejemplo, el ixcateco (que solamente se habla en Santa María Ixcatlán) tiene como vecinos a pueblos de lengua chocha de los que divergieron cerca del año 800 según la glotocronología. Es poco probable que se hayan separado entonces y vuelto a aproximar más tarde; parece más bien que los trastornos del Epiclásico hicieron desaparecer formas dialectales intermedias y pusieron en contacto hablas que ya no eran mutuamente inteligibles; dada la relativa uniformidad cultural de la región no hay huellas arqueológicas de este proceso.

[57] El pipil es una variante del náhuatl. Su asentamiento separando a dos grupos de pocomes en Guatemala produjo la divergencia de los idiomas pocomam y pocomchí. El pipil se relaciona con el nahua de la periferia oriental (véanse las obras citadas en nota 44 y García de León, *Pajapan, un dialecto mexicano del Golfo*), y Jiménez Moreno ("Síntesis...") lo asocia a la presencia de "yugos" y "palmas" en ciertos islotes centroamericanos hasta Nicaragua, a partir de la caída de Teotihuacan.

[58] Hasta ahora he supuesto que la familia mangueña estaba radicada desde muy antiguo en la zona chiapaneca, o muy cerca, y que el mangue partió de ahí. Es posible también que los hablantes del protoidioma hubieran radicado en otra región y se hubieran movido conjuntamente cerca de 700 dC, quedándose los antepasados de los chiapanecos en su ubicación históricamente conocida y siguiendo adelante los antiguos mangues.

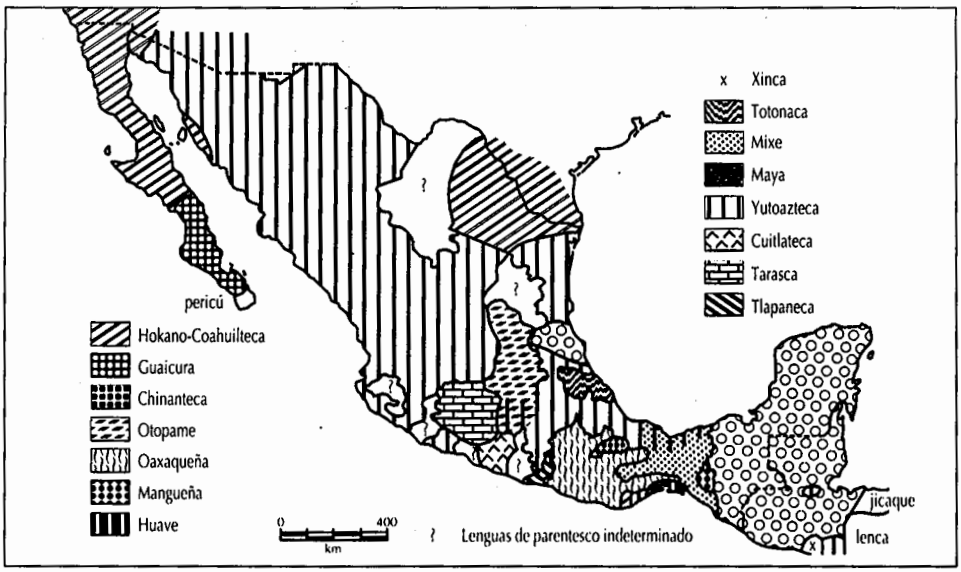


Figura 6. Mapa de ubicación de las familias lingüísticas en tiempo del contacto (1500-1700).

exagera, pues soldados y sacerdotes están inextricablemente enlazados sin que unos desplacen a los otros,[59] y el empleo de la fuerza armada no es nuevo sino que tiene una larga historia.[60] Es verdad, sin embargo, que proliferan los asentamientos en sitios defendibles y fortificados, que se hacen más numerosas las representaciones de guerreros y que hay claras noticias de conquistas. Estas noticias han llegado a nosotros porque los registros indígenas (que conocemos como códices, mapas y lienzos) conservaron la memoria de estos sucesos y permitieron que después de la Conquista se transladaran a caracteres latinos; por ello el periodo Posclásico recibe también el nombre de Histórico.

[59] No cabe duda de que entre los aztecas ciertos individuos del grupo gobernante tenían a la vez funciones sacerdotales y guerreras; lo mismo sucedía con los "señores" mayas de cuyas historias da cuenta la epigrafía. Sostengo que ésa era la pauta general en Mesoamérica desde el Clásico, aunque debe haber habido variantes regionales y temporales.

[60] Cuando se le conoció en 1946, la batalla representada en los murales Bonampak resultó sorprendente justo por la supuesta paz del Clásico teocrático; también se quería creer que las escenas de captura de muchas estelas eran metáforas de sucesos astronómicos, no hechos históricos.

Desafortunadamente para nuestro propósito estas historias prehispánicas (como suele suceder en todo el mundo en sociedades de este tipo) centran todo su interés en las hazañas de los señores,[61] de manera que sólo en algunos casos podemos inferir de ellas algo de lo que sucedía con las lenguas; otra información debe obtenerse de los estudios propiamente lingüísticos –toponimia, lingüística comparada, rastreo de préstamos entre lenguas o interdialectales, etcétera– que no han podido por lo general hacerse con el detalle que requieren, dado que era más urgente atender a los problemas y panoramas globales (véase figura 6).

La diversificación del matlatzinca (ahora dos lenguas, el matlatzinca y el ocuilteca, de la familia otopame) se fecha hacia el año 1000; puesto que la historia conocida de los matlatzincas es la de la reducción progresiva del área que ocupaban en el valle de Toluca, parece que los matlatzincas mismos no se movieron sino que perdieron contacto con los ocuiltecos al entrometerse en la zona otros pueblos, los nuevos dominadores. Uno de éstos era náhuatl –como dije, tal vez componente mayoritario, junto con los otomís de la sociedad teotihuacana– que al fijar de nueva cuenta a los otomíes pudo haber producido su diversificación interna, que tiene unos 800 años.

Bastante bien documentadas están las luchas de algunas unidades políticas desde que su expansión las puso frente a frente, lo que produjo también choques de lenguas cuando tenían diferente idioma. Así sabemos que los cuitlatecas fueron avasallados y desplazados por los tarascos –quienes probablemente habían hecho lo mismo con otras lenguas que suponemos tarasqueñas– los que a la postre se enfrentaron a los aztecas de habla náhuatl y llamaron en su auxilio a unos matlatzincas a los que recompensaron permitiéndoles establecerse en Charo, Michoacán, donde se les llamó "pirindas". Igualmente es sabido que los tepanecas, cuyo reino de Azcapotzalco dominó desde Pachuca hasta Iguala, eran mazahuas al menos en parte, así es que su guerra con los aztecas (que fueron sus súbditos antes de arrebatarles la hegemonía) fue también la lucha entre una lengua otopame y el náhuatl. Que no siempre era

[61] En varios códices se narran las proezas de señores de los reinos mixtecos. Alfonso Caso (que en *Reyes y reinos de la Mixteca* recoge y resume otras obras suyas) hizo notables estudios de ellos y ha podido entregarnos las genealogías de los reyes mixtecos y las relaciones de sus conquistas, pero no en todos los casos ha podido identificar los lugares a los que se refieren; sabemos, por ejemplo, que *8-Venado "Garra de Tigre"* era rey de Tututepec, en la costa de Oaxaca, pero ignoramos dónde estuvieron "Montaña que escupe", "Cerro que se Abre-Abeja", etcétera, y, por lo tanto, no podemos siquiera suponer qué lengua se hablaba ahí.

así queda demostrado por la guerra entre tenochcas y tlaxcaltecas, pues ambos estados eran de habla náhuatl.[62]

No siempre se ha conservado memoria de acontecimientos similares a los referidos en los párrafos precedentes. Entonces puede echarse mano de los recursos de la lingüística aunque en general falta mucho por hacer. Sabemos, por ejemplo, que en tiempos posclásicos las lenguas tzeltalanas (tzeltal, tzotzil y tojolabal) se han movido un poco unas respecto a las otras en el sentido de las manecillas del reloj; así lo indican las distancias glotocronológicas de cada una ellas respecto a los demás idiomas de la familia, así como en la cuidadosa fonología histórica de cada lengua.

Agregar otros casos particulares nos haría nada más perder el panorama: después de algunos reacomodos de importancia ocurridos durante los tres siglos del Epiclásico (la mayoría fue poco relevante), las lenguas –y por consiguiente las familias de las que éstas son parte– fueron de nuevo arraigadas en sus sitios por el poder de los señoríos históricos, lo que produjo una fragmentación dialectal tardía. Las divergencias entre los dialectos y aun entre las lenguas sobrevivientes se marcaron más por la desaparición de las hablas intermedias que se vieron desplazadas por la presencia de las lenguas de los conquistadores, lenguas hegemónicas que se convirtieron en lenguas francas incluso para regiones que no fueron dominadas por los ejércitos de los estados pluriétnicos del Posclásico.[63]

Al norte de Mesoamérica se extendían, como siempre, las tierras que van de semiáridas a completamente desérticas, sólo que ahora se iniciaban más cerca de la actual ciudad de México (bástenos recordar el paisaje cercano al pueblo de San Juan Teotihuacan; antes debe haber sido semejante el de Villa de Reyes, S.L.P., que hoy es un acre desierto pero que a finales del Clásico sostuvo una población de cultivadores mesoamericanos). Los grupos nómadas o seminómadas más próximos a los señoríos de Mesoamérica eran sobre todo otopames –chichimecas jonaces, pames del sur, tal vez los conocidos como samúes, coyotes y algún otro– y yutonahuas (guamares, guachichiles,

[62] Si bien incorporaban pueblos de otra lengua, por ejemplo los otomíes que defendían para los tlaxcaltecas su frontera oriental.

[63] Ciudad Real, *Tratado curioso y docto...* registra con gran cuidado la lengua o lenguas que se hablaban en los lugares que visitó como secretario de fray Alonso Ponce. Afirma que el náhuatl era la lengua franca de toda la Nueva España, que en el reino de Michoacán tenía ese papel el tarasco y en la zona maya privaban el chontal o el maya. Subordinadas a éstas sobrevivían otras, como en Autlán –del reino de Michoacán– donde "los de aquel pueblo y de otros de aquella guardianía hablan una lengua particular llamada auteca y en muchos otros hay una lengua diferente".

etcétera). Con ellos comerciaban regularmente, según la zona, ciertos otomíes, nahuas, huastecos y totonacos, pero los nómadas hacían grandes recorridos según las estaciones del año; unos de ellos se movían desde la frontera que los tarascos habían fijado en el río Santiago (continuación del Lerma) hasta la Sierra Gorda de Guanajuato. Hay noticia segura de que eran en buena parte bilingües,[64] seguramente para su trato con los mesoamericanos. Sabemos que en tierras más inhóspitas y también más septentrionales vagaban otros yutoaztecas (zacatecas, cazcanes, suma-jumanos, etcétera, así como los ya mencionados maratines y tamaulipecos), así como los comecrudos y cotonames –coahuiltecas– y algún grupo otopame (pame del norte), pero ignoramos el parentesco de otros más, por ejemplo irritilas y laguneros (de la actual Coahuila), pisones y janambres (en Tamaulipas), y varios otros cuyo género de vida era típico de loas cazadores y recolectores nómadas.

Epílogo y conclusiones

La historia antigua o prehispánica de lo que ahora es México concluye con la conquista española, pero la historia de los pueblos indígenas y de sus lenguas sigue hasta nuestros días. No es esta obra el lugar apropiado para referirla. Digamos solamente que las tierras de los salvajes chichimecas, que escapaban a la tecnología de cultivo de los mesoamericanos, se abrieron a la agricultura de arado de los europeos quienes, ávidos de metales preciosos, las fueron conquistando y contribuyeron así a la expansión de las lenguas mesoamericanas en boca de los aliados nativos que los acompañaban u obraron por sí mismos, pues hubo caudillos indígenas, en especial otomíes, que se declararon súbditos de la corona y emprendieron conquistas en su nombre y beneficio.[65]

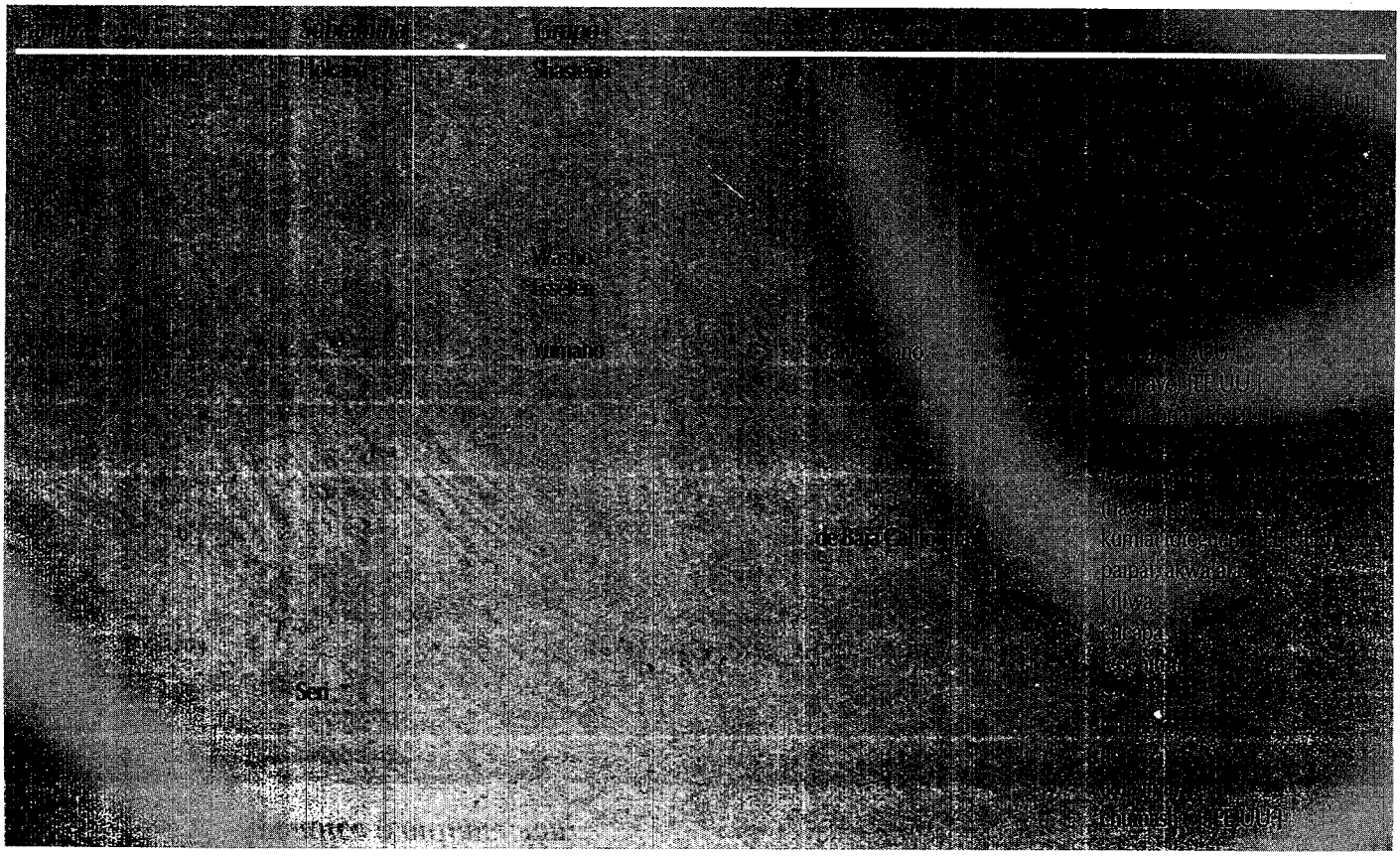
En lo que antecede he procurado mostrar cómo puede contribuir la lingüística al conocimiento de la rica y compleja historia prehispánica de México. He puesto cierto énfasis en la historia de las lenguas porque al fin y al cabo soy lingüista. Espero haber satisfecho el propósito de los coordinadores de esta obra.

[64] Sahagún, Libro Décimo, fol. 124 recto.

[65] Muy conocido es Hernando de Tapia (que en otomí fue Conin), quien comerciaba con los chichimecas de Querétaro y los mexicas, y se refugió entre los primeros cuando cayó Tenochtitlan; también Don Nicolás de San Luis Montañés, nativo de Jilotepec, conquistador por su cuenta de Apaseo, fundador de San Luis de la Paz, etcétera. Pero hubo otros, como D. Pedro del Toro.

Apéndice

Lista clasificatoria de las lenguas nativas conocidas en el momento del contacto (ca. 1500-1700)



etcétera). Con ellos comerciaban regularmente, según la zona, ciertos otomíes, nahuas, huastecos y totonacos, pero los nómadas hacían grandes recorridos según las estaciones del año; unos de ellos se movían desde la frontera que los tarascos habían fijado en el río Santiago (continuación del Lerma) hasta la Sierra Gorda de Guanajuato. Hay noticia segura de que eran en buena parte bilingües,[64] seguramente para su trato con los mesoamericanos. Sabemos que en tierras más inhóspitas y también más septentrionales vagaban otros yutoaztecas (zacatecas, cazcanes, suma-jumanos, etcétera, así como los ya mencionados maratines y tamaulipecos), así como los comecrudos y cotonames –coahuiltecas– y algún grupo otopame (pame del norte), pero ignoramos el parentesco de otros más, por ejemplo irritilas y laguneros (de la actual Coahuila), pisones y janambres (en Tamaulipas), y varios otros cuyo género de vida era típico de loas cazadores y recolectores nómadas.

Epílogo y conclusiones

La historia antigua o prehispánica de lo que ahora es México concluye con la conquista española, pero la historia de los pueblos indígenas y de sus lenguas sigue hasta nuestros días. No es esta obra el lugar apropiado para referirla. Digamos solamente que las tierras de los salvajes chichimecas, que escapaban a la tecnología de cultivo de los mesoamericanos, se abrieron a la agricultura de arado de los europeos quienes, ávidos de metales preciosos, las fueron conquistando y contribuyeron así a la expansión de las lenguas mesoamericanas en boca de los aliados nativos que los acompañaban u obraron por sí mismos, pues hubo caudillos indígenas, en especial otomíes, que se declararon súbditos de la corona y emprendieron conquistas en su nombre y beneficio.[65]

En lo que antecede he procurado mostrar cómo puede contribuir la lingüística al conocimiento de la rica y compleja historia prehispánica de México. He puesto cierto énfasis en la historia de las lenguas porque al fin y al cabo soy lingüista. Espero haber satisfecho el propósito de los coordinadores de esta obra.

[64] Sahagún, Libro Décimo, fol. 124 recto.

[65] Muy conocido es Hernando de Tapia (que en otomí fue Conin), quien comerciaba con los chichimecas de Querétaro y los mexicas, y se refugió entre los primeros cuando cayó Tenochtitlan; también Don Nicolás de San Luis Montañés, nativo de Jilotepec, conquistador por su cuenta de Apaseo, fundador de San Luis de la Paz, etcétera. Pero hubo otros, como D. Pedro del Toro.

Apéndice

Lista clasificatoria de las lenguas nativas conocidas en el momento del contacto (ca. 1500-1700)

Familia	*Subfamilia*	*Grupo*	*Subgrupo*	*Lengua*
Hokano-coahuilteca	Hokana	Shasteño		(shasta) [EE.UU.]
				(achomawi, atsugewi) [EE.UU.]
				(karok) [EE.UU.]
				(chimariko) [EE.UU.]
				(yana) [EE.UU.]
				(pomo) [EE.UU.]
		Washo		(washo) [EE.UU.]
		Esselen		(esselen) [EE.UU.]
				(salinan) [EE.UU.]
		Yumano	Californiano	(yuma) [EE.UU.]
				(mohave) [EE.UU.]
				(maricopa) [EE.UU.]
				(walapai) [EE.UU.]
				(yavapai) [EE.UU.]
				(havasupai) [EE.UU.]
			de Baja California	kumiai (diegueño [EE.UU.])
				paipai, akwa'ala
				kiliwa
				cucapá
				(cochimí)
	Seri			seri
				(salinero)
				(tepoca)
				(guayma)
				chumash (?) [EE.UU.]

Apéndice (continuación)

Familia	*Subfamilia*	*Grupo*	*Subgrupo*	*Lengua*
	Coahuilteca	Tonkawa		(tonkawa) [EE.UU.]
		Karankawa		(karankawa) [EE.UU.]
		Coahuilteca-comecrudo	Coahuilteca	(coahuilteca)
			Quinigua	(quinigua)
				(alazapa)
				(cotoname)
			Comecrudo	(comecrudo)
	Tequistlateca			tequistlateca, chontal de Oaxaca
Guaycura				(guaycura)
				(laymón)
Pericú				(pericú)
Chinanteca				(guatinicaname)
		del Ojiteco		chinanteco de Ojitlán
				chinanteco de Usila
		de Quiotepec		chinanteco de Quiotepec
				chinanteco de Yólox
		de Palantla		chinanteco de Palantla
				chinanteco de Valle Nacional
		de Lalana		chinanteco de Lalana
				chinanteco de Latani
				chinanteco de Petlapa
Otopame	Pameana	Pame		pame del norte
				pame central
				(pame del sur)

		Chichimeca		chichimeca jonaz
				(¿ximpez?)
	Otomiana			otomí
				mazahua
	Matlatzincana			matlatzinca
				ocuilteco
				(matlame)
Oaxaqueña	Zapotecana	Serrano del norte		zapoteco de Villalta
				zapoteco vijano
				zapoteco del Rincón
		de los valles y el istmo		zapoteco de los valles centrales
				zapoteco istmeño, tehuano
		de las sierras del sur		zapoteco de Cuixtla
				zapoteco solteco
		Chatino y papabuco		chatino
				papabuco
	Mixtecana	Mixteco	Mixteco	de la costa
				de la Mixteca Alta
				de la Mixteca Baja y la zona mazateca
				de Puebla
			Cuicateco	cuicateco
			Trique	trique
		Amuzgo		amuzgo
	Popolocana			mazateco
				chocho, popoloca
				ixcateco

Apéndice (continuación)

Familia	*Subfamilia*	*Grupo*	*Subgrupo*	*Lengua*
Mangueña				(chiapaneco) (mangue) [Nicar.]
Huave				huave
Tlapaneca				tlapaneco (subtiaba) [Nicar.]
Totonaca				totonaco tepehua
Mixe-zoque				mixe zoque popoluca de la Sierra popoluca de Sayula
Maya		Inic		huasteco cotoque, chicomucelteco
		Uinic	Yaxqué o peninsular	maya [Méx.], itzá [Guat.], mopán [Bel.] lacandón
			Yaxché o chol-tzeltalano	chol chontal de Tabasco (chortí, choltí) [Guat.] tzeltal tzotzil (coxoh) tojolabal, chañabal chuj

			Mam o raxché	mam
				(teco)
				aguacateco [Guat.]
				ixil [Guat.]
			Kanjobaleño o chaxqué	(motocintleco)
				(acateco) [Guat.]
				jacalteco [Guat.]
				kanjobal [Guat.]
			Kekchí	kekchí [Guat.]
			Quicheano	quiché [Guat.]
				cakchiquel [Guat.]
				tzutujil [Guat.]
				uspanteco [Guat.]
				rabinal [Guat.]
				pocomchí [Guat.]
				pocomam [Guat.]
Yutoazteca	Númica	Occidental		monachi [EE.UU.]
				paviotso [EE.UU.]
		Central		panamint [EE.UU.]
				shoshoni [EE.UU.]
				comanche [EE.UU.]
		Meridional		kawaiisu [EE.UU.]
				yute, ute [EE.UU.]
	Tubatulabal			tubatulabal [EE.UU.]
	Tákika	Serrano-gabrielino	Serrano	serrano [EE.UU.]
				kitanamuk [EE.UU.]
			Gabrielino	gabrielino [EE.UU.]

Apéndice (continuación)

Familia	*Subfamilia*	*Grupo*	*Subgrupo*	*Lengua*
		Cupeño	Cupeño	cupeño [EE.UU.]
				cahuilla [EE.UU.]
			Luiseño	luiseño [EE.UU.]
	Hopi			hopi [EE.UU.]
	Yutoazteca meridional	Sonoreña	Pimano	(pápago)
				(pima alto, piato, himeri)
				pima bajo, nébome
				tepehuán (del norte y del sur), tepecano
				(colotlán)
				(vigitega)
			Tarahumara-cahita	ópata
				(eudeve)
				tarahumara
				varohío
				(jova)
				(suma-jumano)
				(concho)
				(guazápar)
				(acaxée)
				(xixime)
				(tepahue)
				(conicare)
				(macoyahui)
				cahita, yaqui, mayo

			(ocoroni)
			(nío)
			(mocorito)
			(guasave)
			(tahúe)
		Túbar	túbar
		Cora-huichol	cora
			huichol
			(tecual)
			(huaynamota)
			(teúl)
	Nahuatlana	Nahua	náhuatl, azteca, mexicanero, (pipil [Guat. Salv.])
			(zacateca)
			(cazcán)
		Pochuteco	pochuteco
	Tamaulipeco		(tamaulipeco)
			(maratino)
	lenguas yutonahuas de clasificación incierta		(guamar)
			(guachichil)
			(tecuexe)
			(totorame)
			(teco-tecoxquin)
			(coca)
			(sayulteco)

Apéndice (continuación)

Familia	*Subfamilia*	*Grupo*	*Subgrupo*	*Lengua*
Cuitlateca				(cuitlateca) (¿cuyuteca?) (¿tlaltempaneca?)
Tarasca				tarasco, purhépecha

Nombres de lenguas (o dialectos) sin clasificar, porque se extinguieron sin registro: apaneca, cacoma, cochín, cuauhcomeca, cuchárete, cuyumateca, chamelteca, chontal (de Guerrero), chumbia, irritila, itzuco, janambre, lagunero, mazateca (de Guerrero), mazateca (de Jalisco), mazateca (de Tabasco), pampuchín, panteca, pisón, tacacho, tene, tepetixteca, tepocanteca, texome, tezcateca, tiam, tlacotepehua-tepuzteco, tlatzihuizteca, tolimeca, tomateca, tuxteca, xilotlatzinca-tamazulteco, zapoteca (de Jalisco), zapotlaneca, zoyateca, etcétera.

La clasificación incluye, hasta el nivel de familia, las lenguas emparentadas con las que se hablaban en el actual territorio mexicano pues –como se explica en el texto– son indispensables para conocer adecuadamente la historia de los idiomas de nuestro país. Cuando se hablan o se hablaron en otras regiones, con una abreviatura entre corchetes se indica el país actual donde se encuentran o se encontraban: [EE.UU.], [Guat.], [Bel.], [Hond.], [Salv.], [Nicar]. En esta clasificación se emplean las unidades taxonómicas que se definen en el cuerpo del artículo. Los nombres de las lenguas extintas se escriben entre paréntesis. Cuando una lengua se conoce por varios nombres, éstos se escriben separados por comas. Esta clasificación difiere de otras en ciertos detalles. Algunas difierencias con respecto a trabajos previos obedecen a que nuevas investigaciones han permitido perfeccionar la clasificación, otras se deben al empleo de criterios distintos. Las clasificaciones están todavía sujetas a revisión.

Bibliografía

Atlas de Lingüística, México, SEP-INAH-Planeta, 1988. Colección Atlas Cultural de México.

BARTHOLOMEW, Doris A., *The Reconstruction of Otopamean (Mexico)*, tesis de doctorado presentada al Departamento de Lingüística de la Universidad de Chicago, 1965 (mimeo.).

BRICKER, Victoria R., *A Grammar of Maya Hieroglyphs*, Nueva Orleans, Tulane University, Middle-American Research Institute Publications, 1986.

BYERS, C., *The Prehistory of Tehuacan Valley*, Austin, University of Texas Press, 1967.

CAMPBELL, Lyle y Terrence Kauffmann, "A linguistic look at the Olmecs", en *American Antiquity*, vol. 41, Washington, D.C., 1976, pp. 80-89.

CASO, Alfonso, *Reyes y reinos de la Mixteca*, México, Fondo de Cultura Económica, 1977.

CIUDAD REAL, Antonio de, *Tratado curioso y docto de las grandezas de la Nueva España. Relación breve y verdadera de algunas cosas de las muchas que sucedieron a ... fray Alonso Ponce...*, México, UNAM, 1976.

COOK DE LEONARD, Carmen (coord.), Raúl Noriega y Julio Rodolfo Moctezuma, *Esplendor del México Antiguo*, 2 vols., México, Centro de Investigaciones Antropológicas de México, 1959.

CRESPO OVIEDO, Ana María, *Villa de Reyes, San Luis Potosí: un núcleo agrícola en la frontera de Mesoamérica*, México, INAH, 1976. Colección Científica 42.

ECKER, Lawrence, "Relationship of Mixtecan to the Otomian Languages", en *El México Antiguo*, vol. 4, 1939 pp. 209-240.

EGLAND Steven, Doris Bartholomew y Saúl Cruz Ramos, *La inteligibilidad interdialectal en México: resultados de algunos sondeos*, México, Instituto Lingüístico de Verano, 1983.

FERNÁNDEZ DE MIRANDA, María Teresa, "Reconstrucción del proto-popoloca", en *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos* vol. 12, 1951, pp. 61-93.

———, *El protozapoteco*, México, El Colegio de México-Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1995.

GARCÍA DE LEÓN, Antonio, *Pajapan, un dialecto mexicano del Golfo*, México, INAH, 1976. Colección Científica 43.

GARCÍA MOLL, Roberto, *Análisis de los materiales arqueológicos de la cueva del Texcal*, México, INAH, 1977. Colección Científica 56.

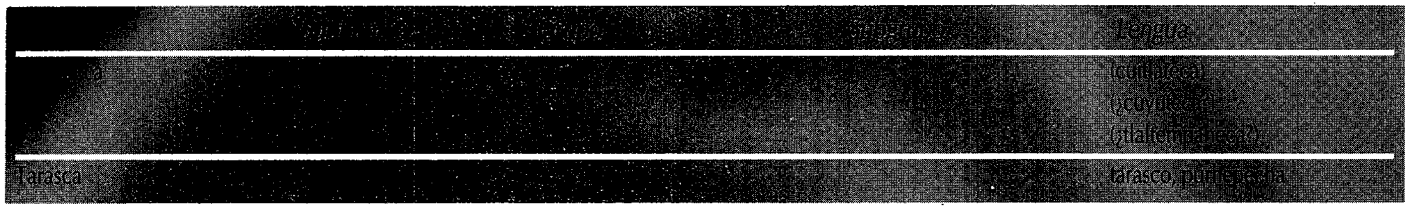
GUDSCHINSKY, Sarah C., *Proto-Popotecan, a Comparative Study of Popolocan and Mixtecan*, Indiana University Publ. in Anthropology & Linguistics, 1959.

———, "The ABC's of Lexicostatistics (Glottochronology)", en *Word*, vol. 12, pp. 175-210 (reimpreso en Hymes: *Language in Culture and Society*, pp. 612-623).

HYMES, Dell H., "Lexicostatistics so Far", en *Current Anthropology*, 1,1960, pp. 3-44.

——— (ed.), *Language in Culture and Society. A Reader in Linguistics and Anthropology*, Harper & Row, Nueva York, 1966.

Apéndice (continuación)



Nombres de lenguas (o dialectos) sin clasificar, porque se extinguieron sin registro: apaneca, cacoma, cochín, cuauhcomeca, cuchárete, cuyumateca, chamelteca, chontal (de Guerrero), chumbia, irritila, itzuco, janambre, lagunero, mazateca (de Guerrero), mazateca (de Jalisco), mazateca (de Tabasco), pampuchín, panteca, pisón, tacacho, tene, tepetixteca, tepocanteca, texome, tezcateca, tiam, tlacotepehua-tepuzteco, tlatzihuizteca, tolimeca, tomateca, tuxteca, xilotlatzinca-tamazulteco, zapoteca (de Jalisco), zapotlaneca, zoyateca, etcétera.

La clasificación incluye, hasta el nivel de familia, las lenguas emparentadas con las que se hablaban en el actual territorio mexicano pues –como se explica en el texto– son indispensables para conocer adecuadamente la historia de los idiomas de nuestro país. Cuando se hablan o se hablaron en otras regiones, con una abreviatura entre corchetes se indica el país actual donde se encuentran o se encontraban: [EE.UU.], [Guat.], [Bel.], [Hond.], [Salv.], [Nicar]. En esta clasificación se emplean las unidades taxonómicas que se definen en el cuerpo del artículo. Los nombres de las lenguas extintas se escriben entre paréntesis. Cuando una lengua se conoce por varios nombres, éstos se escriben separados por comas. Esta clasificación difiere de otras en ciertos detalles. Algunas difierencias con respecto a trabajos previos obedecen a que nuevas investigaciones han permitido perfeccionar la clasificación, otras se deben al empleo de criterios distintos. Las clasificaciones están todavía sujetas a revisión.

Bibliografía

Atlas de Lingüística, México, SEP-INAH-Planeta, 1988. Colección Atlas Cultural de México.

BARTHOLOMEW, Doris A., *The Reconstruction of Otopamean (Mexico)*, tesis de doctorado presentada al Departamento de Lingüística de la Universidad de Chicago, 1965 (mimeo.).

BRICKER, Victoria R., *A Grammar of Maya Hieroglyphs*, Nueva Orleans, Tulane University, Middle-American Research Institute Publications, 1986.

BYERS, C., *The Prehistory of Tehuacan Valley*, Austin, University of Texas Press, 1967.

CAMPBELL, Lyle y Terrence Kauffmann, "A linguistic look at the Olmecs", en *American Antiquity*, vol. 41, Washington, D.C., 1976, pp. 80-89.

CASO, Alfonso, *Reyes y reinos de la Mixteca*, México, Fondo de Cultura Económica, 1977.

CIUDAD REAL, Antonio de, *Tratado curioso y docto de las grandezas de la Nueva España. Relación breve y verdadera de algunas cosas de las muchas que sucedieron a ... fray Alonso Ponce...*, México, UNAM, 1976.

COOK DE LEONARD, Carmen (coord.), Raúl Noriega y Julio Rodolfo Moctezuma, *Esplendor del México Antiguo*, 2 vols., México, Centro de Investigaciones Antropológicas de México, 1959.

CRESPO OVIEDO, Ana María, *Villa de Reyes, San Luis Potosí: un núcleo agrícola en la frontera de Mesoamérica*, México, INAH, 1976. Colección Científica 42.

ECKER, Lawrence, "Relationship of Mixtecan to the Otomian Languages", en *El México Antiguo*, vol. 4, 1939 pp. 209-240.

EGLAND Steven, Doris Bartholomew y Saúl Cruz Ramos, *La inteligibilidad interdialectal en México: resultados de algunos sondeos*, México, Instituto Lingüístico de Verano, 1983.

FERNÁNDEZ DE MIRANDA, María Teresa, "Reconstrucción del proto-popoloca", en *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos* vol. 12, 1951, pp. 61-93.

———, *El protozapoteco*, México, El Colegio de México-Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1995.

GARCÍA DE LEÓN, Antonio, *Pajapan, un dialecto mexicano del Golfo*, México, INAH, 1976. Colección Científica 43.

GARCÍA MOLL, Roberto, *Análisis de los materiales arqueológicos de la cueva del Texcal*, México, INAH, 1977. Colección Científica 56.

GUDSCHINSKY, Sarah C., *Proto-Popotecan, a Comparative Study of Popolocan and Mixtecan*, Indiana University Publ. in Anthropology & Linguistics, 1959.

———, "The ABC's of Lexicostatistics (Glottochronology)", en *Word*, vol. 12, pp. 175-210 (reimpreso en Hymes: *Language in Culture and Society*, pp. 612-623).

HYMES, Dell H., "Lexicostatistics so Far", en *Current Anthropology*, 1,1960, pp. 3-44.

——— (ed.), *Language in Culture and Society. A Reader in Linguistics and Anthropology*, Harper & Row, Nueva York, 1966.

JIMÉNEZ MORENO, Wigberto, "El enigma de los olmecas", en *Cuadernos Americanos*, año 1, núm. 5, México, 1942, pp. 113-145.

———, "Síntesis de la historia pretolteca de Mesoamérica", en Cook de Leonard *et al.*, *Esplendor del México Antiguo*, vol. 2, México, 1959, pp. 1019-1108.

JUSTESON, John S., William M. Norman, Lyle Campbell y Terrence Kauffmann, *The Foreign Impact on Lowland Mayan Language and Script*, Nueva Orleans, Tulane University, 1985. Middle-American Research Institute Publication 53.

KIRCHHOFF, Paul, "Mesoamérica, sus límites geográficos, composición étnica y caracteres culturales", en *Acta Americana,* t. 1, México, 1943, pp. 92-107.

LASTRA DE SUÁREZ, Yolanda, *Las áreas dialectales del náhuatl moderno*, México, UNAM, 1986.

LONGACRE, Robert, *Protomixtecan*, Bloomington, Indiana University Research Center in Anthropology, Folklore & Linguistics, 1957.

LONGACRE, Robert E. y René Millon, "Proto-Mixtecan and Proto-Macro-Mixtecan Vocabularies", en *Anthropological Linguistics* vol. 3, núm. 4, 1961, pp. 1-44.

LOWE, Gareth W., "Los olmecas, mayas y mixe-zoques", en *Antropología e historia de los mixe-zoques y mayas. Homenaje a Franz Blom*, México, UNAM-BYU, 1983, pp. 125-130.

MANRIQUE CASTAÑEDA, Leonardo, "Relación entre áreas lingüísticas y áreas culturales", en [*Actas de la*] *XIII Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología* [*en Xalapa, 1973*]. México, Sociedad Mexicana de Antropología, 1975, t. 4, pp. 137-160.

———, "La posición de la lengua huasteca", en *Actes du Congrès International des Americanistes,* París, 1976, vol. IX-B, pp. 87-102.

———, "El futuro de las lenguas indígenas frente al español de México", en *El español actual. Contribuciones a su estudio. Necesidad de una defensa*, Comisión para la defensa del idioma español , México, 1982, pp. 81-95. Colección Nuestro Idioma, 7.

———, "Conclusiones", en *Antropología e historia de los mixe-zoques y mayas. Homenaje a Franz Blom*, México, UNAM-BYU, 1983, pp. 461-481.

——— (coord.), *Atlas de Lingüística*, México, SEP-INAH-Planeta, 1988. Colección Atlas Cultural.

———, "La historia de las familias lingüísticas en la época prehispánica", en *Atlas de Lingüística*, México, SEP-INAH-Planeta, 1988, pp. 83-87. Colección Atlas Cultural.

———, "Las lenguas en la reconstrucción histórica", en *Atlas de Lingüística*, México, SEP-INAH-Planeta, 1988, pp. 91-94. Colección Atlas Cultural.

———, "Lenguas indígenas", en *Enciclopedia de México*, México, Secretaría de Educación Pública, 1988.

———, "La lengua de los nahuas y sus congéneres", en *Primer encuentro nahua: los nahuas de hoy*, México, Museo Nacional de Antropología, Subdirección de Etnografía, 1989. pp. 13-26. Cuadernos de Trabajo de la Subdirección de Etnografía, 7.

———, "Ubicación de los documentos pictográficos de tradición náhuatl en una tipología de sistemas de registro y escritura", en *Memorias del Primer Coloquio de*

Documentos Pictográficos de Tradición Náhuatl, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1989, pp. 159-170. (Serie de Cultura Náhuatl, Monografías, 3).

———, "Pasado y presente de las lenguas indígenas de México", en *Estudios de Lingüística de España y México*, México, El Colegio de México-Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM, 1990, pp. 387-420.

———, "Las lenguas prehispánicas en el México actual", en *Arqueología Mexicana*, vol. I, núm. 5, diciembre de 1993-enero de 1994, pp. 6-13.

———, "Hay que andarse por los cerros. (Comentarios en torno al grafema N15)", en Monjarás-Ruiz *et al.*, *Segundo y Tercer Coloquios de Documentos...*, 1996.

———, "Historia de las lenguas indígenas", en Beatriz Garza Cuarón y Georges Baudot, (coords.), *Historia de la literatura mexicana. Desde sus orígenes hasta nuestros días*, México, Siglo XXI Editores, 1996, pp. 51-83.

MONJARÁS-RUIZ, Jesús, Emma Pérez-Rocha y Perla Valle Pérez (comps.), *Segundo y Tercer Coloquios de Documentos Pictográficos de Tradición Náhuatl*, México, INAH, 1996. Colección Científica 249.

OCHOA, Lorenzo y Thomas A. Lee, *Antropología e historia de los mixe-zoques y mayas. Homenaje a Franz Blom*, México, UNAM-BYU, 1983.

SAHAGÚN, Bernardino de, *Códice Florentino*, edición facsimilar encargada a la casa editorial Giunti Barbieri por la Secretaría de Gobernación de México, 1979.

SAPIR, Edward, "Time Perspective in Aboriginal American Culture: A Study in Method", publicado originalmente por el Departamento de Minas de Canadá en 1916, reeditado en *Selected Writings of Edward Sapir...* por David G. Mandelbaum, University of California Press, 1963.

SUÁREZ, Jorge A., *Estudios huaves*, México, Departamento de Lingüística del INAH, 1975. Colección Científica 22.

SWADESH, Morris, "The Phonemic Structure of Proto-Zapotec", en *International Journal of American Linguistics*, vol. 13, 1947, pp. 220-230.

———, "¿Qué es la glotocronología?", en *Estudios sobre lengua y cultura*, Acta Anthropologica, segunda época, vol. II, núm. 2, ENAH, 1960, pp. 129-143.

WILKERSON, Jeffrey K., *El Tajín*, Gainsville, University of Florida Gallery, 1976.

———, "Man's eighty centuries in Veracruz", en *National Geographic Magazine*, agosto de 1980.

———, *El Tajín, una guía para visitantes*, edición patrocinada por el Museo de Jalapa y el Ayuntamiento de Papantla, 1987.

Mesoamérica

Eduardo Matos Moctezuma*

Introducción

Una de las categorías más utilizadas dentro de nuestra arqueología es, sin lugar a dudas, la de Mesoamérica. El contenido que la misma encierra debe ser analizado a la luz del desarrollo que la arqueología de esta parte del continente ha tenido a lo largo de casi 50 años, desde el momento en que Paul Kirchhoff le dio vida, aplicándola a un área específica y a un momento determinado: el siglo XVI.

Mucho es lo que se ha avanzado desde entonces, y la realidad es que continúa en uso, dándole una profundidad cronológica (véase figura 1), muchas veces sin un análisis crítico del contenido de la misma. Algunos intentos se han hecho, como es el caso más reciente de la Sociedad Mexicana de Antropología, que en 1985 se abocó, dentro del marco de su *XIX Mesa Redonda* celebrada en Querétaro, a discutir la validez del concepto Mesoamérica. Sin embargo, pensamos que no se agotó el tema y que, por el contrario, mucho es lo que resta por discutir y analizar de esta categoría cuya importancia no está en duda y que aún es usada por los especialistas de las distintas ramas antropológicas, sea cual fuere su posición teórica dentro de la disciplina.

En las páginas que siguen daremos un panorama de los antecedentes históricos que existían antes de que se concretara la categoría de Mesoamérica; de cómo, finalmente, cobró forma y contenido en su concepción original. A continuación haremos una crítica de la misma, para dar paso a algunas de las ideas que hemos desarrollado a partir del análisis de la categoría, y trata-

*Arqueólogo, director del Museo del Templo Mayor del INAH, México.

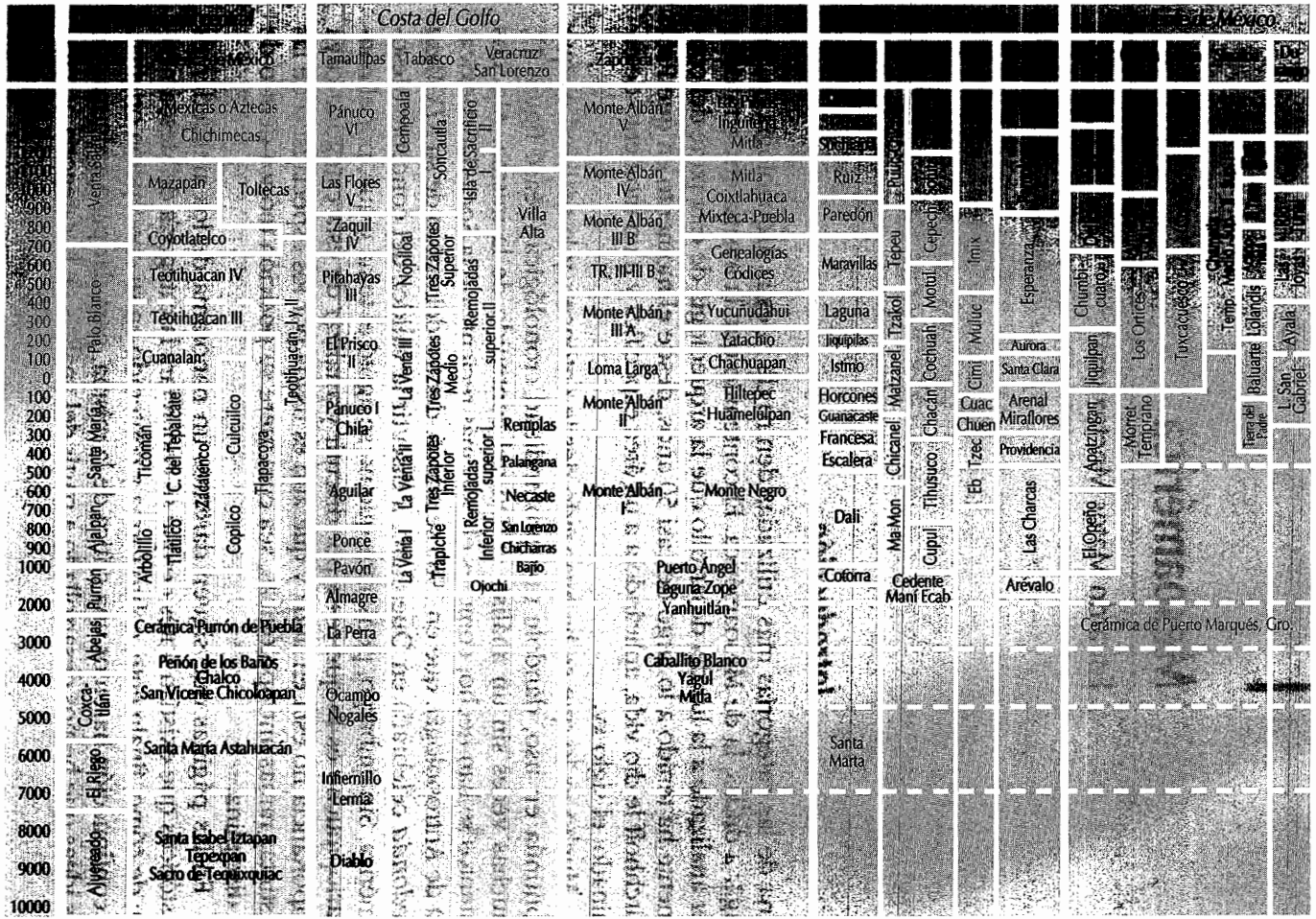


Figura 1. Cuadro cronológico cultural de Mesoamérica.

remos de darle un nuevo contenido donde es preciso establecer con claridad la relación que existe entre tiempo, espacio y cultura, las tres categorías fundamentales de la arqueología.

Antecedentes

La historia de la arqueología nos muestra cómo, a lo largo de casi dos siglos, han habido intentos por parte de diferentes estudiosos no sólo por conocer el pasado de determinada región, sino en ocasiones se trataba de explicar las características generales de toda un área en la que se veían aspectos similares entre una y otra cultura. Ya Désiré Charnay, a mediados del siglo pasado, veía cierta homogeneidad cultural entre el norte y el sur de México, entre la meseta central y la tierra caliente. Decía que estábamos ante una misma civilización, una misma religión, y símbolos y dioses similares.[1]

A principios del siglo XX corresponde a Spinden acuñar un concepto que va a tener aceptación en un momento dado dentro de la arqueología mesoamericana: el concepto de "horizonte cultural".[2] Hacia las décadas de los veinte y treinta de este siglo, vemos cómo se va perfilando la idea de un área común y de las relaciones que existen con culturas de estadios diferentes a los de la llamada "alta cultura". Olivé, en su ponencia en la *XIX Mesa Redonda* mencionada, hace un análisis de las ideas que sobre el particular prevalecían en la primera mitad de este siglo, por lo que no vamos a referirnos a ellas. Sin embargo, pensamos que siempre se ha omitido a estudiosos mexicanos que sin lugar a dudas jugaron un importante papel en estos antecedentes.

El caso de Miguel Othón de Mendizábal es significativo. Este autor nos da ya diversos elementos que van a caracterizar lo que posteriormente se denominará Mesoamérica, tomando en consideración aspectos que Kirchhoff tomara para su clasificación, como son los aspectos lingüísticos, de subsistencia y otros. En el capítulo "La evolución de las culturas" de su trabajo *De la prehistoria a la Conquista,* nos dice:

> A pesar de las múltiples diferencias de detalle que presentan estas culturas en su peculiar desarrollo, a las que contribuyeron en forma poderosa las posibilidades geográficas y los recursos materiales de cada región,

[1] El investigador francés Désiré Charnay fue uno de los primeros en señalar lo anterior en su artículo, "Les explorations de Teobert Maler".

[2] Véase el trabajo de Spinden, "Origin of Civilizations in Central America and Mexico".

ofrece analogías fundamentales, como son el uso de la pirámide como elemento importantísimo de su arquitectura, el plan general de sus grandes ciudades sagradas, la orientación esencial de sus religiones politeístas, panteístas, con reminiscencias frecuentes del totemismo ancestral, pero con una común superestructura astronómica, que se tradujo en las brillantes concepciones de sus calendarios, basados en un profundo conocimiento de los fenómenos celestes, producto de una mentalidad fuertemente lógica.[3]

Como podemos ver, Mendizábal toma en consideración el medio geográfico y los recursos con que se cuenta, además de darnos los rasgos culturales que considera importantes. En otro trabajo nos habla del panorama que se presentaba a la llegada de los españoles en el siglo XVI. Empieza a mencionar cómo en la región septentrional de la altiplanicie mexicana, al norte del río Lerma y en la vertiente del Golfo de México en Tamaulipas, habitaban bandas nomádicas en un medio semidesértico, que hablaban diversas lenguas como las de la familia atapascana, hokana y otomiana, y que dependían de la caza y de la recolección de raíces y frutos silvestres. En pocas palabras, nos está señalando la existencia allende la frontera norte de Mesoamérica, de culturas a las que caracteriza a partir del medio en que viven, la lengua que hablan y el tipo de subsistencia. Vale la pena que transcribamos a continuación la diferencia que establece entre esta región y aquella en que se encuentran los estados y naciones, como él les llama:

> Más al meridión, en los actuales territorios de Jalisco y Colima, por el occidente, y al sur del curso superior del río Pánuco por el oriente, los pequeños estados políticos propiamente dichos luchaban por acrecentar sus territorios a costa de sus vecinos o por defenderlos de las acechanzas de las grandes naciones en formación, particularmente de la alianza azteca-acolhua-tepaneca (Tenochtitlan, Texcoco y Tacuba), que aceleraba, tenaz e implacablemente, el proceso de concentración de poder y de la unificación cultural en el centro y sur de México.
>
> Cada una de estas regiones, más aún, cada uno de los pequeños grupos locales, presentaba modalidades importantes en su desarrollo cultural, incluso los pertenecientes a una misma filiación étnica situados en estadios diversos de la evolución de una misma cultura. Tanto en los pequeños estados, como en las grandes naciones, salvo circunstancias geográficas

[3] Mendizábal, "De la prehistoria a la Conquista".

> desfavorables, el sostenimiento económico estaba basado principalmente en la agricultura; y el cultivo del maíz, del frijol, de la calabaza, del chile, del algodón y del cacao constituía la actividad económica preferente, cuando no única, de los individuos. En algunas regiones donde lo impusieron las condiciones del clima y del suelo, el cultivo del maguey llegó a ser importantísimo. Estos grupos agrícolas y sedentarios, con gran desarrollo en sus industrias cerámicas y textiles, principalmente, habían proporcionado la base económica necesaria para el desarrollo de las altas culturas y el elemento humano tecnológicamente apto para ser utilizado en sus magnas realizaciones arquitectónicas, escultóricas y pictóricas.[4]

Es importante constatar varias cosas: por un lado, los límites que establece el autor de estos grupos agrícolas con las bandas cazadoras-recolectoras; la preponderancia de la agricultura como base económica fundamental y el desarrollo que alcanzan derivado de todo ello, sin olvidar que lo anterior lo ubica hacia el siglo XVI. No queremos con esto hacer menos el aporte que poco después dará Kirchhoff con su concepción de Mesoamérica, sino hacer ver que, como ocurre frecuentemente, la investigación por aquellos años había llegado prácticamente a diferenciar estas presencias y que faltaba solamente un último empuje para establecerlas con un concepto generalizador, como lo hizo Kirchhoff.

No me extrañaría que el enfoque materialista histórico de Mendizábal tuviese buena acogida por parte del investigador alemán que, recién llegado a nuestro país, traía una concepción más o menos similar a la de aquél. Sea como fuere, la realidad es que ya estaba madura la idea y que en Mendizábal se presentaba no sólo el caracterizar un área determinada, sino que analiza las características de otras áreas y para ello parte del medio geográfico, los recursos con que se cuenta, el tipo de sociedad de que se trata, los medios de subsistencia, el lenguaje y el desarrollo tecnológico.

Surgimiento de la categoría Mesoamérica

Y así llegamos al año de 1943. Paul Kirchhoff había llegado a nuestro país pocos años antes, y como derivado del *XXVII Congreso Internacional de Americanistas,* se creó el Comité Internacional para el Estudio de Distribuciones Culturales en América, para lo cual prepara un trabajo en que presen-

[4] Mendizábal, "La evolución de las culturas indígenas de México y la división del trabajo".

tó los lineamientos generales de lo que denominó Mesoamérica, con los límites, composición étnica y rasgos culturales de una superárea que hacia el siglo XVI podía diferenciarse de otras regiones de América. Kirchhoff partió de cinco divisiones lingüísticas existentes en la superárea, lo que nos recuerda el planteamiento de Mendizábal sobre el particular. Con base en lo anterior, afirma algo que es fundamental para establecer la superárea: que los habitantes de ella, tanto los inmigrantes como los más recientes, estuvieron unidos por una historia común.

Para tratar de definir los rasgos que identificarán a Mesoamérica, divide en tres grupos los rasgos culturales que encuentran los españoles a su llegada a América. Éstos son:

a) Elementos exclusiva o al menos típicamente mesoamericanos.
b) Elementos comunes a Mesoamérica y otras superáreas culturales de América.
c) Elementos significativos por su ausencia en Mesoamérica.

No vamos a mencionar los rasgos característicos de los tres grupos, pero sí aquellos que Kirchhoff propone dentro del primer grupo, es decir, los que considera como típicamente mesoamericanos. Éstos son, conforme los presenta el autor:

1. Bastón plantador de cierta forma (*coa*).
2. Construcción de huertas ganando terreno al lago (chinampas).
3. Cultivo de chía; su uso para bebida y para aceite con el fin de dar lustre a pinturas.
4. Cultivo de maguey para aguamiel, arrope, pulque y papel.
5. Cultivo de cacao.
6. Molienda del maíz cocida con ceniza o cal.
7. Bolas de barro para cerbatanas, bezotes y otras chucherías de barro.
8. Pulimento de la obsidiana.
9. Espejos de pirita.
10. Tubos de cobre para oradar piedras.
11. Uso de pelo de conejo para adornar tejidos.
12. Espadas de palo con hojas de pedernal u obsidiana en los bordes (*macuáhuitl*).
13. Corseletes estofados de algodón (*ichcahuipilli*).
14. Escudos con dos manijas.
15. Turbantes.

16. Sandalias con talones.
17. Vestidos completos de una pieza para guerreros.
18. Pirámides escalonadas.
19. Pisos de estuco.
20. Patios con anillos para el juego de pelota.
21. Escritura jeroglífica.
22. Signos para números y valor relativo de éstos según la posición.
23. Libros plegados estilo biombo.
24. Anales históricos y mapas.
25. Año de 18 meses de 20 días, más 5 días adicionales.
26. Combinación de 20 signos y 13 números para formar un periodo de 260 días.
27. Combinación de los dos periodos anteriores para formar un ciclo de 52 años.
28. Fiestas al final de ciertos periodos.
29. Días de buen y mal agüero.
30. Personas llamadas según el día de su nacimiento.
31. Uso ritual del papel y del hule.
32. Sacrificio de codornices.
33. Ciertas formas de sacrificio humano (quemar hombres vivos, bailar usando como vestido la piel de la víctima).
34. Ciertas formas de autosacrificio (sacarse sangre de la lengua, orejas, piernas, órganos sexuales).
35. Juego del volador.
36. 13 como número ritual.
37. Una serie de deidades (Tláloc, por ejemplo).
38. Concepto de varios ultramundos y de un viaje difícil a ellos.
39. Beber el agua en que se lavó al pariente muerto.
40. Mercados especializados o subdivididos según especialidades.
41. Mercaderes que son a la vez espías.
42. Órdenes militares (caballeros águilas y tigres).
43. Guerras para conseguir víctimas que sacrificar.

Cabe señalar que los seis primeros rasgos del listado están relacionados con la agricultura, lo que no es de extrañar, ya que el autor toma como base el que son pueblos agrícolas. Sin embargo, lo que nos interesa resaltar es que no hay una jerarquización de los rasgos, como lo habíamos hecho

notar en nuestro trabajo "El proceso de desarrollo en Mesoamérica", en donde anotamos:

> De los elementos mencionados podemos observar que no están agrupados de manera sistemática, sino que se mencionan elementos fundamentales para la economía, como podrían ser las chinampas dentro del proceso de producción agrícola, además de ser características de una determinada zona de Mesoamérica, junto con rasgos como las bolas de barro o las sandalias con talones. No hay una jerarquización de los mismos.[5]

Lo anterior, expresado en 1982, lo consideramos importante por lo que veremos a continuación. Por cierto que este aspecto de la jerarquización de rasgos será mencionado posteriormente por Nalda, en su ponencia a la *XIX Mesa Redonda de Querétaro*.[6]

Un aspecto negativo de la utilización de rasgos culturales se menciona en la cita anterior: el incluir elementos que solamente aparecen en una determinada zona de la superárea y que no son comunes a toda ella. El problema es mayor cuando ese rasgo se encuentra posteriormente en otras regiones de América. Tal es el caso, precisamente, de las chinampas, pues hace pocos años investigadores de la Universidad de Chicago encontraron que en el lago Titicaca del altiplano de Bolivia también se utilizaron sistemas agrícolas con los que se gana terreno al lago para el cultivo de determinadas plantas.

A lo anterior tenemos que unir el problema que, a nuestro juicio, es el más importante: muchos de los rasgos mencionados son en realidad derivados de un determinado tipo de sociedad que no se especifica. Estamos de acuerdo en hablar de Estado, clases sociales, explotación, etcétera. Puede resultar un tanto difícil y se ha prestado a no pocas discusiones entre especialistas, pero la realidad es que muchos de los "rasgos" mencionados por Kirchhoff se presentan en sociedades complejas, profundamente estratificadas y en las que el Estado juega un papel importante. Por eso consideramos como fundamental establecer que la diferencia esencial con otras regiones de América es, precisamente, que se llegó –dentro del proceso de desarrollo– a sociedades en que están presentes éstas y otras características, y que solamente en el área andina las vemos también con sus propias particularidades. En nuestro artículo antes mencionado decimos:

> ...Mesoamérica, concepto que es sinónimo de la presencia de un nuevo modo de producción, en el que la agricultura y el tributo son básicos,

[5] Matos Moctezuma, "El proceso de desarrollo en Mesoamérica".
[6] Nalda, "¿Qué es lo que define Mesoamérica?".

> sobre relaciones de producción en que se establece una doble explotación: de una clase con otra de la misma sociedad, y de la clase dirigente de una sociedad con pueblos conquistados que le son tributarios, apropiándose así de parte de la producción y del trabajo ajeno. Es así como consideramos Mesoamérica, con lo que implica (un nuevo modo de producción basado en la agricultura y en el tributo...) que estará presente a partir de los olmecas y se irá extendiendo, tanto en tiempo como en espacio, hasta llegar a los límites que Kirchhoff marca para el siglo XVI, con sus diversas fases de desarrollo interno...[7]

Estas ideas partirían desde algunos años antes cuando nos referimos al proceso de desarrollo para el centro de México.[8] Anne Chapman, en su interesante participación en la tantas veces citada *XIX Mesa Redonda de Querétaro,* hace referencia, precisamente, a estos aspectos. Propone que en lugar del concepto Mesoamérica considerado como área cultural de alta cultura o civilización, se le debe ver en función de un determinado tipo de sociedad y sus manifestaciones culturales variables. Al plantear su modelo, lo basa en dos niveles: sociedad y cultura, y a continuación propone que se utilice el concepto de sociedad estratificada o jerárquica, la que define, entre otras cosas, como sistemas estratificados en las instancias económicas, sociales y políticas basadas en el control, por sectores de la población, de los medios de producción y de la fuerza de trabajo.[9] Como puede constatarse, algunas de las ideas expresadas por estos autores ya habían sido enunciadas con anterioridad.

Antes de continuar vale la pena ver cómo, a partir del momento en que se establece el concepto, se presentan distintas maneras de concebir su desarrollo cultural, es decir, las periodificaciones aplicables a Mesoamérica. Así, una de las primeras es la de George Vaillant, quien nos habla de "culturas primitivas", "culturas medias" y "civilizaciones completamente independientes". Poco después corresponde a Steward hablar de preagrícola, floreciente regional e imperio y conquista, en un intento de aplicación a nivel continental (véase figura 2).

En 1955, Willey y Phillips también lo van a intentar, al plantear el siguiente cuadro evolutivo para América: Lítico antiguo, Arcaico, Preformati-

[7] Matos Moctezuma, "El proceso...", p. 174.

[8] Matos Moctezuma, "Notas sobre el proceso de desarrollo en el centro de México". El artículo forma parte de una selección que hicimos de diversos artículos que presentaban una posición de alguna manera relacionada con el marxismo. Incluí trabajos de Mendizábal, Armillas, Bartra y otros.

[9] Chapman, "Mesoamérica: ¿Estructura o historia?".

vo, Formativo, Clásico y Posclásico. Otro intento de periodificación a nivel continental será planteado por Pedro Armillas en 1957, cuando parte de considerar la agricultura como elemento base de su modelo. Así nos habla de preagrícola, protoagrícola, y civilizaciones mesoamericana y andina. También Alfonso Caso e Ignacio Bernal van a tratar lo referente a Mesoamérica. El primero nos habla de horizonte prehistórico, primitivo, arcaico, formativo, clásico, tolteca e histórico. Por su parte, Bernal también maneja el término de horizonte: prehistórico, salvajismo, cerámica de la época arcaica, del crecimiento y clásico-histórico. Todos estos intentos han sido analizados en su momento tanto por Bartra, como por Olivé y Matos.

Y ya que mencionamos a Olivé, no cabe duda que es uno de los autores que han tratado el tema de Mesoamérica de manera crítica. En efecto, este investigador analiza los diferentes conceptos tanto temporales como espaciales en su *Estructura y dinámica de Mesoamérica,* publicado en 1958.[10] Un resultado importante de su análisis es el de incorporar, dentro del esquema planteado por Morgan de salvajismo, barbarie y civilización, los aportes de V. Gordon Childe de "revolución neolítica" y "revolución urbana", adaptándolos al proceso mesoamericano. Con ello el esquema cobra un dinamismo que clarifica el proceso de desarrollo de esta parte del continente.

En las décadas de los sesenta y setenta tenemos varios intentos de discutir y aportar nuevas ideas al contenido de Mesoamérica. Uno de ellos corresponde a Román Piña Chan, quien en 1960 publica su libro *Mesoamérica,* en el cual nos plantea la periodificación tradicionalmente aceptada por muchos arqueólogos mexicanos. Posteriormente, este mismo autor ampliará su idea agregando otros elementos que, a nuestro juicio, vienen a complicar aún más la terminología empleada. Así tenemos que en su libro *Una visión del México prehispánico,* utiliza conceptos como "protoclásico", "protoposclásico", y otros.[11]

En 1975, el mismo Piña Chan va a portar otro esquema en que ya no utiliza la terminología mencionada. Para ello parte de considerar dos épocas: la de apropiación y la de producción de alimentos. La primera incluye a los cazadores-recolectores nómadas dentro de dos periodos: pre y protoagrícola. En el caso de la segunda, se incluye a las comunidades sedentarias caracterizadas por la agricultura incipiente y a las aldeanas, además de los pueblos y estados teocráticos, y más tarde, los pueblos y estados militaristas. Aunque

[10] Consúltese el libro de Olivé, *Estructura y dinámica de Mesoamérica,* 1958.

[11] Román Piña Chan ha incluido en diferentes trabajos el tema de la periodificación mesoamericana (véase bibliografía).

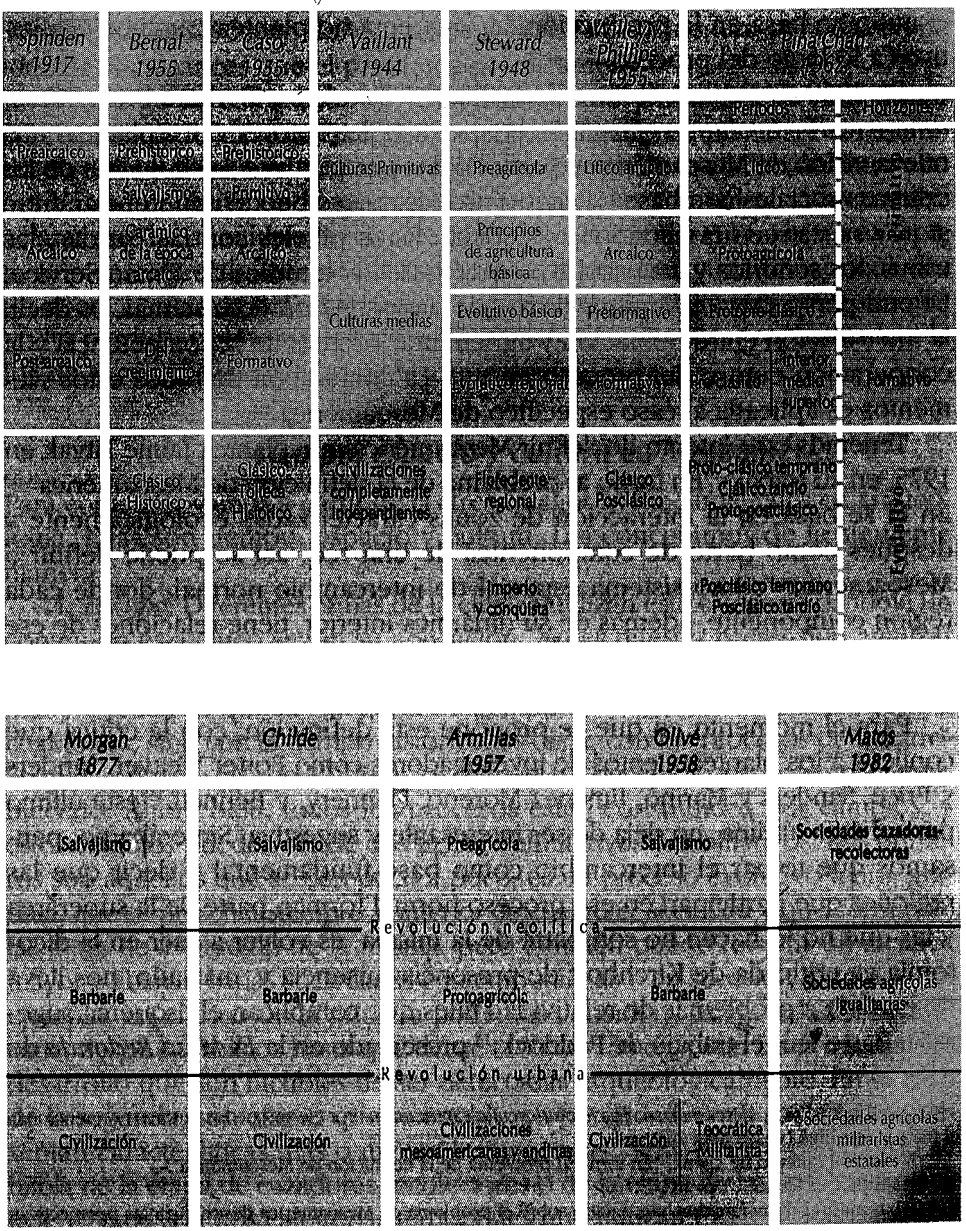


Figura 2. Periodificaciones tradicionales para Mesoamérica.

el autor se basa en la producción, su esquema no plantea cambios cualitativos a lo largo del proceso.

En 1968 se publica el libro de William T. Sanders y Barbara Price, *Mesoamerica. The Evolution of a Civilization*. En él, los autores van a plantear una nueva visión de Mesoamérica a partir de dos perspectivas: la evolución de los sistemas sociales con base en cuatro niveles que se pueden diferenciar entre sí por su estructura económica y social. Estos niveles son las bandas, las tribus, los señoríos y los estados, tomados de los estudios de Elman Service. La otra perspectiva es a partir de lo que denominaron ecosistemas, es decir, la interrelación entre población y agricultura, además de la competencia y la cooperación dentro del proceso mismo. La conjunción de todos estos elementos es aplicada al caso específico de Mesoamérica.[12]

Tenemos otro intento de definir Mesoamérica que plantea Jaime Litvak en 1975, en su trabajo "En torno al problema de la definición de Mesoamérica".[13] En él se basa en la interacción de zonas caracterizadas ecológicamente y después como parte de componentes de una red; así se puede definir a Mesoamérica "como sistema espacial de intercambio normal, donde cada región componente, además de su dinámica interior, tiene relaciones de ese tipo con todas las demás regiones que la conforman, que varían en el tiempo y que presentan entre sí estados de equilibrio siempre cambiantes".[14]

Para el momento en que se propone esta definición, con la crítica que conlleva a los planteamientos de investigadores como Porter Weaver, Sanders y Price, Sanders y Marino, Jiménez Moreno, Flannery, y Bennett,[15] este último para el área andina, no deja de ser interesante y sugestiva. Sin embargo, pensamos que tomar el intercambio como base fundamental y decir que las regiones que participan en ese proceso normal forman parte de la superárea y las que no lo hacen no son parte de la misma, es volver a caer en la dicotomía ya criticada de Kirchhoff de presencia/ausencia y, más aún, nos lleva de entrada a problemas de relatividad tales que complican el esquema sugerido. Baste leer el trabajo de Paddock,[16] presentado en la *IX Mesa Redonda* de

[12] Sanders y Price, *Mesoamerica. The Evolution of a Civilization*. Por cierto que los autores no mencionan el trabajo de Olivé (véase nota 10).

[13] Véase el artículo de Litvak, "En torno al problema de la definición de Mesoamérica".

[14] Litvak, "En torno...", p. 183.

[15] Los autores mencionados han tratado sobre el problema de Mesoamérica desde distintas perspectivas. Puede verse la discusión de Litvak en su trabajo ya citado.

[16] Paddock presentó en la *IX Mesa Redonda* de Teotihuacan una ponencia en que analizaba la problemática de la presencia de elementos teotihuacanos y su posible interpretación.

Teotihuacan en 1966, en donde trata lo relativo a la influencia, para darse una idea de los alcances que el problema puede tener.

A lo largo de estos años he venido revisando y tratando de reflexionar sobre el tema de Mesoamérica. En las páginas siguientes plantearé el resultado de estas reflexiones, por lo menos hasta donde llevo analizado. Para ello me basaré en parte de lo que expuse en anteriores trabajos, si bien debo aclarar que he añadido nuevas ideas sobre el particular. El tema no es fácil, pero pienso que algunas de las ideas aquí expresadas ayudarán, aunque sea un poco, a tratar de definir y darle un contenido esencial a una categoría que no ha perdido vigencia pero que necesita urgentemente ser replanteada a la luz de los recientes avances de la arqueología.

Tiempo, espacio y cultura en Mesoamérica

Para comenzar vamos a partir de las tres categorías fundamentales en arqueología. Ellas son tiempo, espacio y cultura. Las concebimos de la siguiente manera:

A. Tiempo. Diferentes ramas de la ciencia utilizan esta categoría dándole un contenido específico según su aplicación. No es nuestra pretensión analizar cada caso, sino ver cómo se le conceptualiza dentro de la arqueología. De esta manera tenemos que la categoría de tiempo se relaciona no con un tiempo cualquiera, sino con el tiempo histórico, es decir, con los procesos de desarrollo que se dan en las sociedades y los diferentes conceptos que sirven para establecerlo. Ahora bien, todos los procesos están constituidos por cambios, y estos cambios pueden ser de dos tipos: cuantitativos y cualitativos. Los primeros son aquellos que se dan poco a poco; es un proceso evolutivo lento, gradual, que se presenta siempre al interior de cualquier sociedad y que constituye las fases de evolución de la misma, pero también puede revestir un alcance mayor y abarcar varias sociedades contemporáneas o en sucesión histórica. Por ejemplo, en el caso de la primera podemos considerar la sociedad teotihuacana, desde sus inicios hasta que decae (100 aC-750 dC), con fases internas de desarrollo que son factibles de ser detectadas arqueológicamente. En el caso de la segunda, son etapas que se establecen porque diversas sociedades presentan características más o menos homogéneas. Sería el caso de cuando se habla de la etapa de cazadores-recolectores o de la etapa de la civilización. Así, fase y etapa son dos categorías temporales que utilizaremos en este trabajo.[17]

[17] Sobre el problema de los conceptos utilizados tanto espacial como temporalmente, puede consultarse el libro de Julio César Olivé, *Estructura y dinámica de Mesoamérica.*

El cambio cualitativo es aquel que nos permite detectar el cambio de una etapa a otra. Es un cambio revolucionario que da paso a nuevas características diferentes a las que prevalecían hasta entonces. Un buen ejemplo podría ser lo que Childe denominó "Revolución Neolítica", es decir, el momento en que el hombre descubrió la agricultura y las consecuencias que esto produjo en aquellas sociedades en todos sus niveles.

Así, el tiempo histórico puede ser aprehendido por la arqueología y ser dividido con base en el dato arqueológico. Esto nos permite ver los procesos de desarrollo y qué características presentaron. La cronología es inherente al tiempo mismo y nos da la referencia de cuándo ocurrieron los cambios, por lo que su importancia es evidente. La división del tiempo y la cronología permiten al especialista plantear periodificaciones.

B. Espacio. Esta categoría se concibe por la extensión territorial que en un momento dado ocupa una sociedad. Esta extensión puede crecer o contraerse a lo largo del tiempo y puede incluir medios ecológicos distintos o no. Así podemos hablar de la extensión o territorio que ocupó la sociedad olmeca o la azteca. Pero en una concepción mayor, esta categoría puede abarcar varias sociedades en un momento histórico específico, como es el caso de Mesoamérica para el siglo XVI, o por el contrario, referirse a un solo asentamiento o conjunto de asentamientos. Varias categorías espaciales se utilizan en arqueología, como son: sitio, región, área, superárea, etcétera.[18]

C. Cultura. Si existe una categoría que ha tratado de ser definida es precisamente la de cultura. Sabemos de la gran cantidad de definiciones que hay sobre el particular. Para nosotros, está referida a toda creación humana, ya sea material o espiritual, además de las relaciones de todo tipo que se establecen entre los hombres, ya en el proceso de la producción, ya en aspectos administrativos, etcétera.

Las tres categorías aludidas forman una unidad dialéctica y están siempre presentes en cualquier lugar en que esté el hombre, creador por excelencia. Desde los orígenes más remotos hasta nuestros días y cualquiera que sea el medio en que se encuentre, están interactuando de una manera dinámica y son inherentes al hombre mismo. El hombre, creador de cultura, vive y controla un espacio específico y se desarrolla en el tiempo, que adquiere su carácter de tiempo histórico por la acción del hombre, de la sociedad. Pues bien, para la historia, y por ende para la arqueología, es posible estudiar esa

[18] Sobre el problema de los conceptos utilizados tanto espacial como temporalmente, puede consultarse el libro de Julio César Olivé, *Estructura y dinámica de Mesoamérica.*

interrelación en un tiempo y en un espacio específico. Tal es el caso de Mesoamérica. Dicho en otras palabras, Mesoamérica es la conjunción de determinado tipo de sociedades con sus propias características dentro de un tiempo determinado y un espacio que tuvo variaciones a lo largo de ese tiempo.

Una vez visto lo anterior, estamos en posibilidades de empezar a analizar el contenido de Mesoamérica en relación con estas categorías, si bien la cultura quedará implícita a medida que vayamos avanzando en las características de ese contenido.

Paul Kirchhoff, en la introducción a su trabajo *Mesoamérica,* en la edición de 1960, señalaba que su intento iba dirigido a resaltar lo que tenían en común los pueblos y culturas de una determinada parte del continente americano, por lo que se limitó a enumerar rasgos exclusivos de esos pueblos, sin abarcar la totalidad de su vida cultural. Lo anterior es evidente y ya lo hemos señalado al igual que otros autores. Sin embargo, continúa en su "Introducción" haciendo ver lo siguiente: "Falta, en fin, la profundidad histórica que la orientación misma de este trabajo implica, esto es la aplicación de los mismos principios a épocas anteriores, retrocediendo paso por paso hasta la formación misma de la civilización mesoamericana."[19]

Esto nos lleva a tratar de clarificar desde qué momento vemos los primeros indicios de que, en el proceso de desarrollo americano, en determinadas superáreas, estamos ante la presencia de sociedades diferentes a las que hasta ese momento se venían dando en todo el continente. De inmediato entramos al problema de las diferentes etapas que se han dado a nivel continental. Para nosotros, siguiendo los postulados anteriores, tenemos que son tres las etapas que podemos detectar. Éstas son:

1. Etapa de cazadores-recolectores.
2. Etapa de sociedades agrícolas igualitarias.
3. Sociedades agrícola-militaristas estatales.

Estas etapas se diferencian cualitativamente entre sí y el nombre mismo que se les asigna nos está indicando, por una parte, la base fundamental de su economía, y por la otra, las relaciones existentes entre los miembros de esas sociedades. Podríamos especificarlas así:

1. Etapa cazadora-recolectora igualitaria. Grupos que dependen fundamentalmente de la caza y la recolección. No existe una división social evidente, y cronológicamente podríamos ubicarlas desde la llegada del hombre al conti-

[19] Kirchhoff, "Introducción" a *Mesoamérica.*

nente americano hasta el descubrimiento de la agricultura. Esta etapa es común a todo el continente, si bien presenta variantes en cuanto a determinados tipos de instrumentos, materias primas, o tipos de fauna y flora según el área.

2. Etapa de sociedades agrícolas igualitarias. La agricultura va a provocar un cambio cualitativo en el proceso de desarrollo, que va a traer cambios en el seno de esas sociedades. El hombre poco a poco dependerá más de la agricultura; surgen nuevos instrumentos y hay un arraigo mayor en la tierra que trae como consecuencia un sedentarismo con el surgimiento de las primeras aldeas. El agua y la tierra se deifican cobrando una importancia esencial dentro de la sociedad. Las relaciones sociales de producción son igualitarias pero con características diferentes a las de la etapa anterior y no hay un estamento que aproveche para sí el trabajo de la mayoría del grupo.

Hay autores que piensan que no existe un cambio cualitativo entre cazadores-recolectores y esta etapa agrícola igualitaria. Es el caso, por ejemplo, de Nalda, quien en su trabajo ya citado considera que sólo hubo dos periodos en el proceso, a los que denomina comunidad primitiva y de transición a formaciones estatales. No estamos de acuerdo con este autor ya que, dentro de la etapa primera por él considerada, vemos que sí existió un cambio cualitativo, como lo hacen ver la mayoría de los autores que han tratado este tema, tanto a nivel de Mesoamérica como a nivel mundial, como es el caso de Gordon Childe.

Para Nalda, la aparición de la agricultura no altera la tecnología, las formas de cooperación comunal, y la estructura y tamaño poblacionales, lo que a nuestro juicio no es cierto. En lo relativo a la tecnología agrícola, es claro que surgen nuevos instrumentos que permiten perforar la tierra para depositar la semilla, los que quizá por estar hechos de madera, no han podido ser encontrados arqueológicamente. Pero suponiendo que no hubiesen existido, es lógico pensar que se comenzó con una tecnología de siembra, cuidado del crecimiento de la planta, cosecha, etcétera, más aún, con la observación de aquel agricultor incipiente de los cambios de temporada de lluvias y secas, y el consiguiente desarrollo tecnológico para producir aun cuando fuese la temporada de secas. En cuanto a las relaciones entre los miembros de estas sociedades, es evidente que una sedentarización más acentuada trae cambios profundos en el patrón de asentamiento en relación con la etapa anterior, en que predomina un nomadismo.

El surgimiento de las primeras aldeas representa un cambio radical con la forma de habitación anterior, en que las cuevas o abrigos rocosos y algunas

formas de campamentos estacionales eran utilizados por el hombre cazador-recolector. A ello hay que unir la emergencia de nuevas deidades antes no consideradas y que ahora tienen vigencia dentro de una sociedad que depende cada vez más de la tierra y del agua. Podríamos seguir mencionando muchas otras características que denotan que sí existió un cambio cualitativo de una etapa a otra en todos los niveles de la totalidad social, pero preferimos continuar con nuestro tema y dejar para otro momento esta discusión.

Esta etapa agrícola igualitaria es común a todo el continente y muchas sociedades continúan evolucionando dentro de ella hasta el momento de la conquista europea. Podríamos asentar que tanto la etapa anterior como ésta son comunes a toda América (con sus variantes regionales) y que la tercera etapa sólo se dará en dos superáreas del continente: Mesoamérica y área andina.

3. Etapa de sociedades agrícolas militaristas estatales. Caracterizamos estas sociedades como dependientes fundamentalmente de la agricultura y de la guerra, con la presencia de nuevas tecnologías agrícolas y un incremento comercial importante. A diferencia de lo que planteé en 1982, en donde no incluí el término de militaristas, ahora considero indispensable hacerlo por razones que veremos más adelante. Se crean aparatos coercitivos o ideológicos que tendrán un papel básico dentro de estas sociedades y en relación con otras.

Surge el Estado que las controla y las relaciones entre los miembros de la sociedad y en relación con otras sociedades se establecen con base en la explotación y aprovechamiento de la mano de obra y la producción ajena, de ahí el carácter clasista y estratificado de las mismas. El sistema tributario será indispensable para el sostenimiento de los distintos estados que tienen sus sedes en centros urbanos, tributo que se logra a través de la guerra principalmente. De ahí la importancia que damos a la guerra vista como parte de la economía de estas sociedades, y no como un aspecto superestructural. Además, consideramos que la guerra está presente en Mesoamérica desde los comienzos de la misma. A esta discusión llegaremos posteriormente.

Si somos coherentes con lo hasta aquí expresado, no cabe duda que esta etapa no se da en otras partes del continente, salvo en la superárea andina con sus propias características. Ahora bien, ¿desde qué momento vemos sociedades con estos elementos? En 1976 planteábamos ya el cambio de sociedades igualitarias a sociedades estratificadas,[20] y en 1979 decíamos en relación con el centro de México pero generalizable a toda Mesoamérica:

[20] Matos Moctezuma, "Proyecto Tula: objetivos y métodos".

> Establecido lo anterior, pasaremos a señalar algunos aspectos generales sobre el proceso de cambio en el centro de México. Así, vemos que existe un cambio fundamental dentro del proceso que podríamos caracterizar como el cambio de sociedades aldeanas no clasistas por sociedades con clases o estamentos, en donde el estamento superior va a tener el control general, creándose relaciones de explotación entre el Estado y las comunidades, en donde el primero surge como elemento coercitivo de control, apoyado en una serie de aparatos ideológicos y represivos que tenderán a darle cohesión y a tratar de lograr la reproducción del mismo.
> Podemos situar tentativamente la presencia del Estado en su forma incipiente y de un nuevo modo de producción dominante en Mesoamérica, desde la formación olmeca. Como referencia, podríamos decir, en términos tradicionales, que para el centro de México esto ocurre desde el llamado Preclásico medio-superior, en que, poco a poco, se irá conformando el nuevo modo de producción dominante, el cual se concibe no de manera estática, sino que pasará por diferentes fases internas de desarrollo, hasta llegar al momento de la formación mexica.[21]

No cabe duda que la primera sociedad en que están presentes las características señaladas es la sociedad olmeca. Quiero mencionar que los olmecas son una sociedad bastante desarrollada según se desprende del dato arqueológico, y que antes de ella tenemos poca información. En efecto, entre el momento del descubrimiento de la agricultura (de 7000 a 5000 años aC y las primeras evidencias olmecas 1400 aC, según fechas de Teopantecuanitlan), son pocas la evidencias que nos permiten conocer con mayor precisión la evolución de las sociedades aldeanas. La aparición de los olmecas se da ya con plena presencia dentro del mundo mesoamericano.

Si intentáramos hacer mapas de la evolución espacial de Mesoamérica a partir de este momento, veríamos que la sociedad olmeca y su área de control se extendería por partes de Veracruz y Tabasco, con una fuerte presencia en Guerrero y Morelos (véase figura 3). La influencia de esta sociedad se plasmaría también en el altiplano y en otras regiones como Oaxaca y Chiapas.

Nuestro discurso nos lleva a entrar en el campo de las periodificaciones. Aquí se presenta un nuevo problema y es el de establecer cómo se da el proceso de desarrollo para esta etapa. En otra ocasión nos hemos referido al tema, al igual que lo han hecho muchos investigadores mesoamericanistas. Hemos criticado la concepción tradicional de Mesoamérica, y los conceptos

[21] Matos Moctezuma, "Notas...", p. 97.

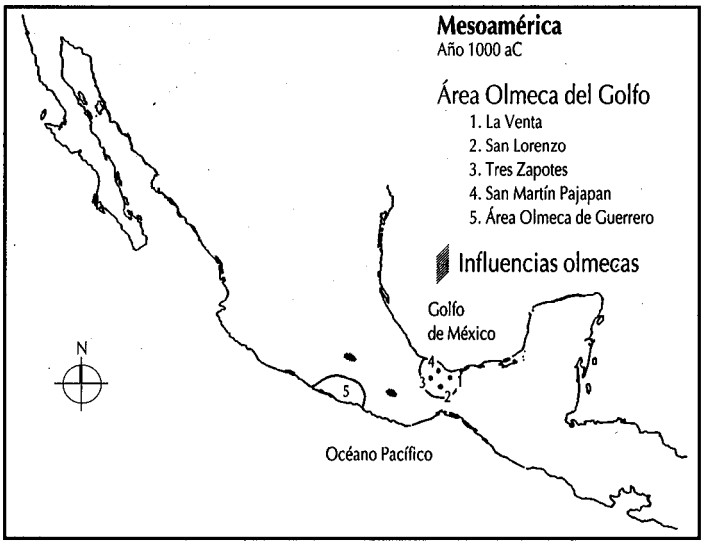


Figura 3. Mesoamérica en 1000 aC.

temporales que se han aplicado, como es el de Clásico, Posclásico, etcétera.[22] Vamos entonces a plantear nuestras ideas sobre el particular, especialmente en lo que se refiere a las fases internas de esta etapa y cómo las concebimos.

Desde 1976 asentamos que a partir del cambio cualitativo que conforma Mesoamérica, estaremos ante un nuevo modo de producción que estará presente hasta el momento de la conquista española y que no se presentarán ya cambios cualitativos, sino que el proceso pasará por varias fases de desarrollo, desde los olmecas hasta los mexicas, pero sin cambios trascendentales, sino solamente a nivel superestructural. Esto se contrapone a la periodificación aceptada hasta el momento actual por la mayoría de los especialistas, que detecta cambios esenciales del Clásico al Posclásico, sin faltar investigadores que, como Olivé, plantean que hay que establecer una gran línea de separación entre las llamadas sociedades teocráticas y aquellas en que se ve una preeminencia de grupos militares.[23]

Nuestro planteamiento, reiterado posteriormente,[24] puede ser sintetizado así: desde el surgimiento de la sociedad olmeca hasta la llegada de los españoles no se presentó un cambio radical, cualitativo, que pueda hacer pensar en un

[22] Matos Moctezuma, me refiero a los trabajos de 1979 y 1982 (véase bibliografía).
[23] Olivé, "Estado, formación socioeconómica y periodificación de Mesoamérica".
[24] Pueden consultarse los trabajos ya señalados de 1976, 1979 y 1982.

nuevo modo de producción, o si se prefiere, de sociedades en las que surgieran cambios fundamentales en el todo social. El aspecto del militarismo que es el que ha provocado el ver cambios esenciales hacia el llamado Posclásico, para nosotros no pasó de ser un cambio superestructural. El dato arqueológico nos permite aseverar que en Teotihuacan, que siempre se ha tomado como sociedad de tipo teocrático, hay elementos suficientes para considerar que ya había un militarismo acentuado que está actuando en la expansión teotihuacana y no una presencia militar incipiente sin relevancia mayor en donde destaca la acción de los sacerdotes. Veamos algunos de ellos:

1. Presencia de órdenes o grupos militares. En varios murales teotihuacanos se puede apreciar la existencia de guerreros águilas y guerreros jaguares. Ejemplos de lo anterior lo podemos ver en las pinturas de Zacuala, Atetelco y la Casa de los Barrios, en donde los personajes van ataviados con los atributos de esos animales, llevando dardos o flechas y escudos.
2. Producción masiva de armas. Este dato podemos observarlo en el sitio TC-8, aldea cercana a Teotihuacan, y que fue investigada por William Sanders, quien nos dice:

   > Un resultado sorprendente de la excavación, desde el punto de vista de la usual pintura figurativa de la sociedad clásica mesoamericana, fue la clara indicación de un significativo aspecto militarista de la vida de la aldea. Puntas de proyectil en obsidiana eran comunes y funcionaban probablemente como puntas de lanza.[25]

3. Muros de protección de la ciudad. René Millon, al elaborar su plano de la ciudad de Teotihuacan, advierte la presencia de muros hacia el lado norte de la misma, como puede observarse en los planos de referencia.[26]
4. Expansión teotihuacana. La presencia teotihuacana en lugares tan alejados como Kaminaljuyú en Guatemala, pero especialmente en ciertas figuras de personajes que representan guerreros, es significativa para lo que venimos tratando. A esto se une el dato de comunidades que tratan de defenderse de esta expansión. Este fenómeno es perceptible en el área poblano-tlaxcalteca, en donde vemos que en la fase Tenanyécac, ubicada entre 100-650 dC, existen sitios con claros elementos defensivos

[25] Sanders, "Life in a Classic Village".
[26] Millon, *Urbanization at Teotihuacan*.

(fosos, muros, etcétera) y que ha llevado a García Cook a hablar de un corredor teotihuacano.[27]

5. Hallazgos recientes en el Templo de Quetzalcóatl. Por si acaso aún hubiera escepticismo sobre lo que sostenemos, recientes excavaciones en el Templo de Quetzalcóatl han revelado una serie de individuos que, por las características que presentan, parecen haber sido sacrificados, para lo cual les ataron las manos a la espalda. Puntas de proyectil fueron colocadas a la altura de las cabezas, como es el caso de los nueve individuos encontrados en el lado este del templo y otros más. Este hallazgo ha llevado a Rubén Cabrera a preguntarse:

> ¿Era su gobierno en realidad eminentemente teocrático, como suele decirse? ¿Cuál era entonces la importancia que adquirieron los elementos militares? Los datos aquí presentados indican lo contrario, al menos para las primeras etapas de desarrollo de la cultura teotihuacana, donde por la cantidad de individuos sacrificados se comprende que existió un gobierno despótico.[28]

Unido a los anteriores datos, tenemos la innegable presencia de un fuerte militarismo en otras sociedades mesoamericanas. El caso maya es claro. En el llamado Clásico maya tenemos múltiples evidencias de estelas con la representación de personajes sojuzgados y tomados por los cabellos por guerreros armados con lanzas. A esto se unen los murales de Bonampak, con aquel combate de movimiento maravilloso que mucho nos dice sobre el tema.

Basado en lo anterior hemos propuesto una hipótesis que nos explicaría la caída de Teotihuacan más acorde con lo que nos muestra la historia de Mesoamérica. Creo que no hay duda en cuanto al final violento de la gran urbe, como lo señalan los restos arqueológicos: señales de incendio, techos caídos quemados, agujeros de saqueo en los pisos, etcétera. La interpretación del fin de la ciudad se ha querido postular de diversas maneras: temblores, epidemias, invasores norteños, quema para desacralizar la ciudad, o por el levantamiento de la clase campesina en contra de sus dirigentes. Por nuestra parte proponemos que, como lo muestra la historia de Mesoamérica, es la implantación del sistema tributario el que pudo acabar con Teotihuacan, tal como ocurrió en sociedades posteriores donde ya contamos con el dato escrito.

[27] García Cook, *El desarrollo cultural en el norte del valle poblano: inferencias.*
[28] Cabrera, "Últimas excavaciones (1980-1988)", p. 215.

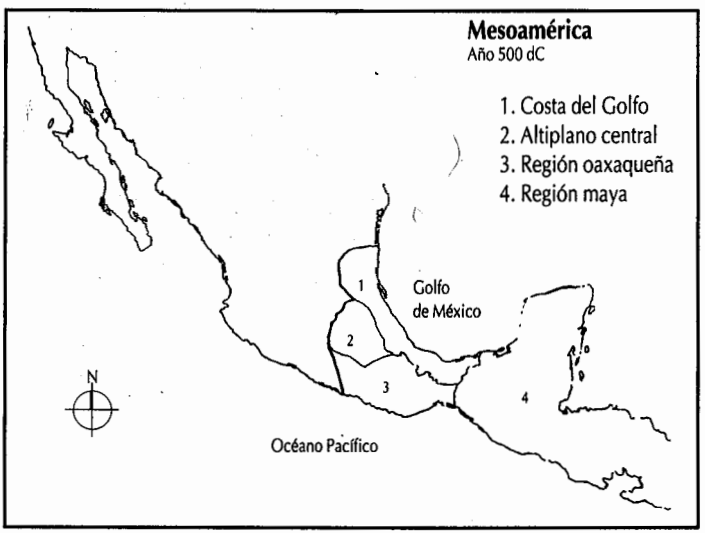
La caída de Tula, también quemada y saqueada, no fue ajena a la acción de los pueblos bajo su control. El mismo azteca o mexica algo tuvo que ver con esto. Pero es este pueblo, el mexica, en el que vamos a ver claramente cómo se da el fenómeno. Recordemos que ellos están como tributarios de Azcapotzalco. Llegado el momento, se unen a otros pueblos tributarios del tepaneca y se levantan en contra de él, logrando así su liberación. El fenómeno volverá a repetirse cuando llegan los españoles: los pueblos tributarios se unen en contra del enemigo común que los tenía sojuzgados: el mexica. Tenochtitlan es incendiada y saqueada.

Resulta difícil pensar que un acontecimiento como éste, que se presenta repetidas veces en el centro de México, tanto en el dato arqueológico como en la documentación escrita, se niegue para la sociedad que antecedió a toltecas y mexicas, pese a que el dato arqueológico nos muestra incendio y saqueo para Teotihuacan. Por qué insistir en esa separación tajante entre Clásico y Posclásico basada en una predominancia de la teocracia en el primero y de un creciente militarismo para el segundo, cuando desde los olmecas vemos guerreros presentes en sus relieves, como es el caso de Chalcatzingo. Finalmente, difícil resulta concebir una expansión como la teotihuacana basada en aspectos religiosos. Para nosotros, ambos aparatos, el coercitivo y el ideológico, están actuando desde ese momento.

Nuestra proposición general de que no hay un cambio cualitativo del Clásico al Posclásico creemos que tiene bases para sustentarse como hipótesis. Nalda plantea su "transición a formaciones estatales", lo que hemos criticado por considerar que el término transición es ambiguo. También Olivé lo ha criticado.[29] Al hablarse de transición se deben conocer los antecedentes y lo que surge posteriormente de la llamada transición. El término, creemos, no deja de ser un refugio poco comprometedor de una relatividad evidente. Aunque la idea de Nalda tiene cierta similitud con la nuestra, no deja de ser interesante que este autor jamás nos menciona, pese a que nuestro trabajo fue planteado con anterioridad.

A lo largo del desarrollo mesoamericano, las fluctuaciones de frontera han sido importantes. Ya mencionamos que un primer mapa correspondiente a los inicios de la sociedad olmeca cubriría parte de la Costa del Golfo, y de los

[29] Puede consultarse el trabajo de Olivé ya citado (1985), aunque lo medular de su cita está en contra de que se considere un lapso tan grande como de "transición", como lo señala Nalda. Sin embargo, pensamos que hay menos elementos para sostener la posición tradicional de Clásico y Posclásico, como lo referimos en este texto. Por cierto, para un buen resumen de las posiciones marxistas en cuanto a las periodificaciones, puede leerse el trabajo de Leonardo López Luján, "Las periodizaciones marxistas de la historia americana", próximo a publicarse en el Homenaje a Julio César Olivé.



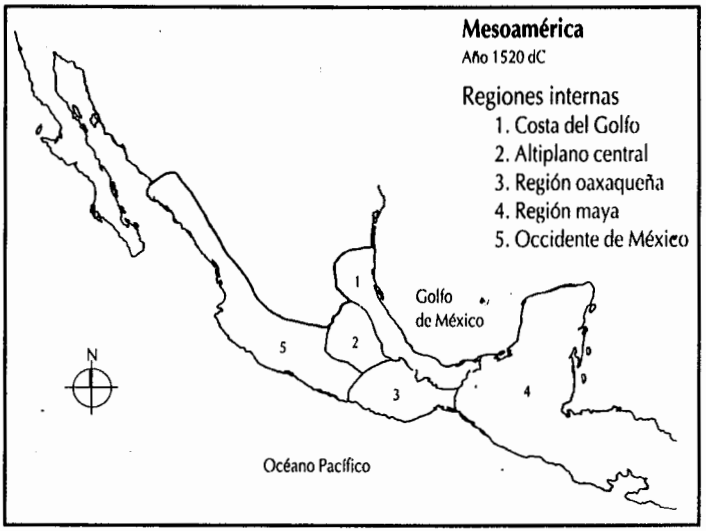


Figura 4. Mesoamérica en 500 dC.
Figura 5. Mesoamérica en 1520 dC. Regiones internas.

estados de Guerrero y Morelos, además del centro de México, y parte de Oaxaca y Chiapas. Con la presencia de los primeros grandes centros urbanos como Teotihuacan y Cholula en el altiplano, las ciudades mayas como Tikal,

Yaxchilán, Uaxactún, Palenque y otras, y los grandes centros como Monte Albán, Tajín, etcétera, tendríamos que Mesoamérica estaría ocupando espacialmente un área en la que el Occidente de México estaría ausente (véase figura 4), si bien se incorpora hacia el año 500-600 dC, dándole a la superárea una configuración cercana a la que tenemos para el momento de la llegada de los españoles (véase figura 5), con mayor movilidad en lo que respecta a la frontera norte.[30]

Ya Litvak aportó sus ideas y elaboró mapas de los alcances espaciales con base en su planteamiento ya mencionado, pero valdría la pena preparar mapas de correlación entre tiempo y espacio mesoamericano que nos permitan tener una idea más clara a la luz del adelanto mismo de nuestra disciplina.

No queremos extendernos más sobre el tema. Pienso que las ideas principales han quedado planteadas, si bien nos hemos prodigado más en el tiempo, por considerar que hay mayores elementos por discutir. El estudio de las fluctuaciones de los límites de Mesoamérica necesita atención especial. Invito, pues, a que se aúnen esfuerzos que poco a poco nos lleven a una mejor comprensión de lo que fue una superárea que llegó a desarrollarse de manera autónoma en el continente y en la que el hombre plasmó, a lo largo de 3,000 años, el sello de su propia creación.

Bibliografía

ARMILLAS, Pedro, *Cronología y periodificación en la historia de América precolombina,* México, SAENAH, 1957.

BARTRA, Roger, *La tipología y la periodificación en el método arqueológico,* México, SAENAH, 1964. Suplemento núm. 5.

CABRERA CASTRO, Rubén, "Últimas excavaciones (1980-1988)", en E. Matos, *Teotihuacan,* Milán, Editorial La aventura humana, 1990.

CHAPMAN, Anne, "Mesoamérica: ¿Estructura o historia?", en *La validez teórica del concepto de Mesoamérica,* México, INAH-SMA, 1990, pp. 21-29.

CHARNAY, Désiré, "Les explorations de Teobert Maler", en *Journal de la Société des Américanistes de Paris,* París, 1904, pp. 289-308.

GARCÍA COOK, Ángel, *El desarrollo cultural en el norte del valle poblano: inferencias,* México, INAH, 1976.

[30] La razón por la que se excluye la zona de Occidente puede verse en el artículo de Schöndube, "Algunas consideraciones sobre la arqueología del Occidente de México", y en el artículo de Fernández y Deraga, "La zona occidental en el Clásico", publicado en el volumen II de esta obra.

KIRCHHOFF, Paul, "Mesoamérica", Suplemento de la revista *Tlatoani,* segunda edición, México, 1960.

LITVAK KING, Jaime, "En torno al problema de la definición de Mesoamérica", en *Anales de Antropología,* vol. 12, México, UNAM, 1975, pp. 171-195.

MATOS MOCTEZUMA, Eduardo, "Proyecto Tula: objetivos y métodos", en *Proyecto Tula,* México, INAH, 1976. Colección Científica núm. 33.

———, "Notas sobre el proceso de desarrollo en el centro de México", en *Nueva Antropología,* núm. 12, México, 1979, pp. 93-110.

———, "El proceso de desarrollo en Mesoamérica", en *Teorías, métodos y técnicas en arqueología,* México, IPGH, 1982, pp. 161-176.

MENDIZÁBAL, Miguel Othón, "De la prehistoria a la Conquista", en *Obras completas,* México, Talleres Gráficos de la Nación, 1946.

———, "La evolución de las culturas indígenas de México y la división del trabajo", en *Obras completas,* Talleres Gráficos de la Nación, 1946.

MILLON, René, *Urbanization at Teotihuacan,* Austin, University of Texas Press, 1973.

NALDA, Enrique, "¿Qué es lo que define Mesoamérica?", en *La validez teórica del concepto de Mesoamérica,* México, INAH-SMA, 1990, pp. 11-20.

OLIVÉ, Julio César, *Estructura y dinámica de Mesoamérica,* México, SAENAH, 1958.

———, "Estado, formación socioeconómica y periodificación de Mesoamérica", en J. Monjarás Ruiz, E. Pérez Rocha y R. Brambila (comps.), *Mesoamérica y el centro de México,* México, INAH, 1985, pp. 81-114.

PADDOCK, John, "El ocaso del Clásico", en *Teotihuacan, XI Mesa Redonda,* México, Sociedad Mexicana de Antropología, 1966, pp. 141-147.

PIÑA CHAN, Román, *Mesoamérica,* México, INAH, 1960.

———, *Una visión del México prehispánico,* México, UNAM, 1967.

SANDERS, William T., "Life in a Classic Village", en *Teotihuacan, XI Mesa Redonda,* México, Sociedad Mexicana de Antropología, 1966.

——— y Barbara Price, *Mesoamerica. The Evolution of a Civilization,* Nueva York, Random House, 1968.

SCHÖNDUBE, Otto, "Algunas consideraciones sobre la arqueología del Occidente de México", en B. Bell (ed.), *The Archaeology of West México,* Ajijic, Sociedad de Estudios Avanzados del Occidente de México, 1974, pp. 1-5.

SPINDEN, Herbert, "Origin of Civilization in Central America and Mexico", en *The American Aborigines, Their Origin and Antiquity,* Toronto, Ed. Jenness, 1933, pp. 217-246.

STEWARD, Julian, "A functional-developmental classification of American high culture", en *American Antiquity,* vol. XIII, parte 2, Memoirs of the Society for American Archaeology, 1948.

WILLEY, Gordon y Phillip Phillips, "Method and Theory in American Archaeology", en *American Anthropologist,* vol. 57, núm. 4, Wisconsin, 1955, pp. 723-819.

Aridamérica y Oasisamérica

Jesús Nárez*†

Aridamérica

El norte de México constituye un verdadero mosaico de ecosistemas que van desde las costas y litorales, mesetas, llanuras y desiertos, hasta las cadenas montañosas de las sierras. El paisaje varía igualmente desde el selvático y húmedo, hasta el seco de las regiones áridas y el templado y frío de las montañas. Pocos ríos se encuentran en esta enorme región, la mayoría estacionales; los perennes son de corta extensión y corriente escasa. Grandes extensiones carecen de humedad, limitada ésta a la que proviene de las lluvias, escurrimientos y estanques (véase figura 1).

El medio ambiente siempre fue decisivo en el desarrollo de los grupos humanos, determinando el desenvolvimiento cultural de los pueblos; así, los grupos que se establecen en las márgenes de los ríos o de los lagos, pronto pasan del estadio de nómadas recolectores-cazadores, al de pueblos sedentarios, desarrollando técnicas agrícolas, conocimiento del ciclo de diversas plantas y, posteriormente, la domesticación, cría y explotación de recursos animales.

La sedentarización y el aseguramiento de los nutrientes les va a permitir disponer de tiempo para diversas actividades: la construcción, las manifestaciones artísticas y religiosas, conllevando todo ello al desarrollo de grandes asentamientos y, por ende, al urbanismo organizado. No ocurrió lo mismo con los grupos que, por alguna circunstancia, se ubicaron en las grandes extensiones semiáridas donde la supervivencia fue determinante y la mayor parte del tiempo era encaminada hacia tres aspectos fundamentales: la búsqueda constante de alimentos, la búsqueda del agua y la protección de sí

*Arqueólogo que en vida fue investigador del INAH.

Figura 1. Paisaje de la Sierra Madre Occidental. El Salto, Durango.

mismo de otros grupos depredadores. Estas necesidades le absorbían casi todo su tiempo, toda su vida, dejando poco para desarrollos y manifestaciones "culturales", reduciéndose a aspectos íntimamente relacionados con sus urgencias: las armas, el vestido, algunos burdos ornamentos, y el utillaje doméstico ligero y desechable.

Manifestaciones culturales de Aridamérica

Sus lugares de habitación fueron sencillos, limitándose a aprovechar refugios naturales como cuevas y abrigos o covachas. Algunas veces recurrían a elaborar una mínima protección, es decir, cabañas sencillas hechas de troncos delgados, ramas y hojas de palma; algunas veces reforzaban con piedras los troncos que sostenían esta choza, o bien colocaban piedras en torno a su

cabaña para evitar que el viento la levantara. Los grupos del desierto representan el clímax de este desarrollo, y en ocasiones estas modestas manifestaciones de construcción son lo único que nos queda de evidencia de la presencia de ciertos grupos nómadas. Otra manifestación importante es el hogar o fogón, lugar donde preparaban algunos alimentos y también aprovechaban para proporcionarse calor en las noches frías. Algunas veces en torno al fuego se colocaban piedras, carbones y cenizas; éstos revisten gran interés para el investigador, ya que pueden aprovecharse para fechamientos de radiocarbono. Algunos restos de alimentos, como huesos y sus fragmentos, semillas, etcétera, nos darán información sobre su dieta. En cuevas y abrigos también se pueden rescatar más o menos el mismo tipo de evidencias, sólo que hay mayor preservación de los restos pues se limita su dispersión; además la reocupación y aprovechamiento de estos espacios de manera prolongada y consuetudinaria por distintos grupos, nos proporcionan datos más ricos; fueron aprovechados también para enterrar a sus muertos o simplemente "guardar" los cuerpos o los bultos mortuorios (véase figura 2).

El proceso de amortajamiento de los cuerpos se realizaba de muy diversas formas, desde colocar el cuerpo prácticamente desnudo y sin pertenencias, hasta ricamente ataviados y acompañados de abalorios y ofrendas. El rescate de estos cuerpos o sus restos nos ha proporcionado vasta información sobre sus costumbres, vestido, ornamentos, utillaje, creencias, alimentos, además de información sobre promedios de vida, estatura, complexión; en estudios de órganos internos se puede inferir la dieta: plantas y animales aprovechados como nutrientes; parasitosis y otras enfermedades. La constitución de los huesos y dientes también nos informará de deficiencias, enfermedades, dietas, etcétera.

Características fisiográficas de Aridamérica

El norte de México comprende vastas regiones áridas o semiáridas como la península de Baja California, grandes extensiones de los estados de Sonora, Chihuahua, Coahuila, Nuevo León y norte de Tamaulipas; porciones de Durango, Zacatecas, San Luis Potosí, Aguascalientes, norte de Jalisco, Guanajuato y Querétaro (véase figura 3).

Esta enorme área se caracteriza por estar franqueada por dos grandes cadenas montañosas: al este, la Sierra Madre Oriental y al oeste, la Sierra Madre Occidental; entre ambas formaciones, una extensión más o menos

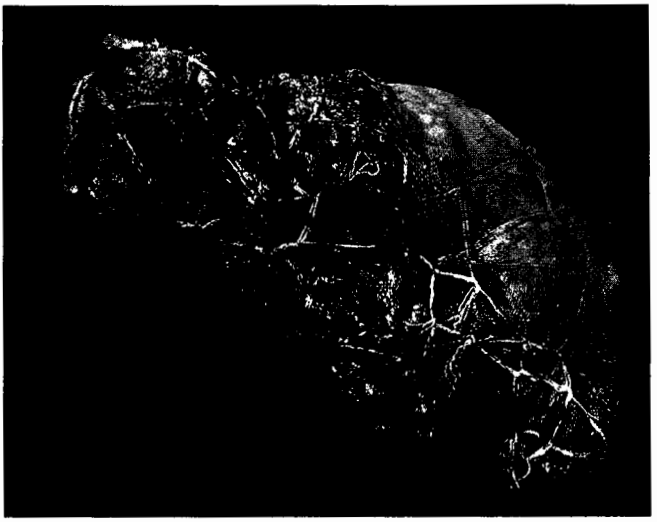


Figura 2. Fardo funerario. Cueva de la Candelaria, Coahuila.

llana, el Altiplano Central, configura un escudo que se caracteriza por su aridez y vegetación raquítica, limitada a matorrales, agaves y cactáceas, plantas resistentes a un medio carente de humedad. La península de Baja California, también forma parte de Aridamérica, caracterizándose este girón de tierra por la ausencia de ríos, lagos o manantiales de agua que hicieran más benigna su superficie (véanse figuras 4 y 5).

Estas regiones fueron ocupadas por diferentes grupos nómadas desde etapas remotas: genéricamente se les ha considerado desde la época prehispánica como grupos "chichimecas", pero lo cierto es que proceden de diferentes troncos étnicos y sus desarrollos ofrecen características y diferencias locales.

Hasta el presente, el conocimiento que tenemos sobre los grupos y regiones que constituyen el norte de México es muy fragmentario e incompleto, limitándose a estudios de porciones reducidas. Los trabajos han estado encauzados por denuncias del hallazgo de algunas evidencias de presencia del hombre, en el mejor de los casos; pero en otras circunstancias, se sabe del descubrimiento de evidencias por las denuncias de saqueos de cuevas, abrigos o sitios abiertos, donde los buscadores de tesoros o de reliquias llevan a cabo depredaciones que lamentablemente alteran la información que de esos sitios pudiera tenerse, de llevarse a cabo un estudio organizado.

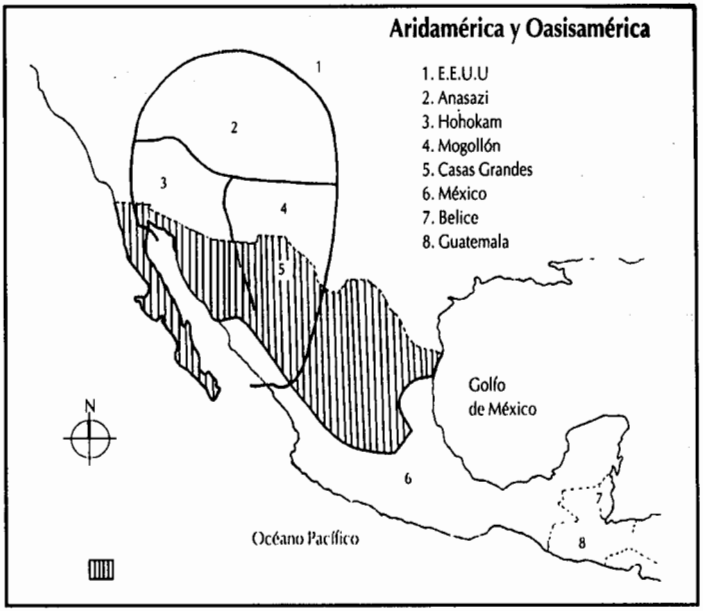


Figura 3. Mapa mostrando la región de Aridamérica. Fuente: J. Nárez.

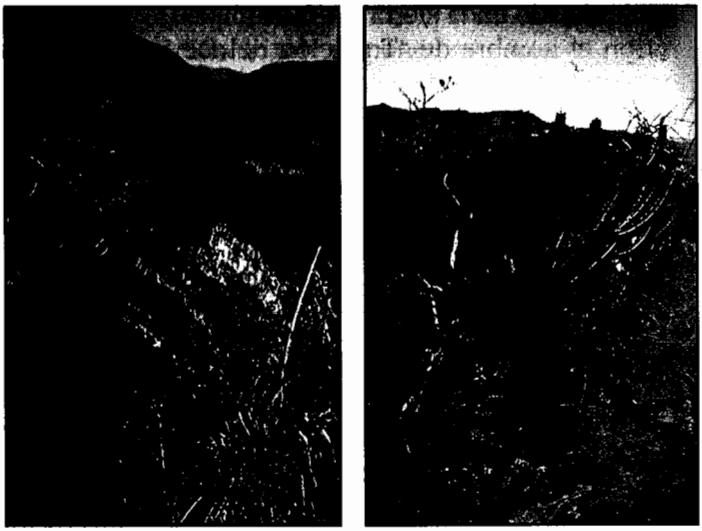


Figura 4. Vista de la Sierra Madre Oriental en Tamaulipas.

Figura 5. Espinos y matorrales. Vegetación de Aridamérica.

Periodos tempranos en la historia de Aridamérica

Los estudios que se han realizado en esta región nos han proporcionado datos que concluyen que, desde finales del Pleistoceno (30,000-10,000 aC) y principios del Holoceno (10,000-8000 aC), los habitantes del norte de México fueron recolectores-cazadores, distinguiéndose dos tradiciones: los Cazadores de Fauna Mayor o Tradición Paleo-Oriental, y la Cultura del Desierto o Tradición Paleo-Occidental.[1]

La primera se caracterizó por la utilización de puntas foliadas, bifaciales, algunas acanaladas, que se han encontrado a veces asociadas a restos de grandes mamíferos típicos del Pleistoceno, como mamut, bisonte y caballo. En el norte de México se ubica principalmente a partir de la época de las puntas Clovis (12,000-8000 aC), abarcando una amplia distribución; para los tiempos de las puntas Folsom (8000-7000 aC), el área se redujo, hasta la introducción de las puntas Plainview (7000-5000 aC).

Los grupos de las culturas del Desierto utilizaron puntas pedunculadas y con escotaduras, y artefactos para moler. Esta tradición persistió en algunas áreas hasta la llegada de los europeos.

Algunos de los hallazgos más antiguos relacionados con los grupos del desierto, se remontan a 12,000 años aC, correspondientes al Complejo Diablo, localizado en la sierra de Tamaulipas.

Con el nombre de "Tradición del Desierto", se ubica a las culturas del norte de México que se considera corresponden a épocas prehistóricas y que no tuvieron conocimientos de la agricultura, denominando como Cultura del Desierto a algunos complejos arqueológicos. Esta tradición persistió en algunas zonas áridas del norte de México y sur de Estados Unidos hasta el momento del contacto con los europeos; esta cultura históricamente conocida es la que se llama América Árida o Aridamérica.

Lo que conocemos como Aridamérica, comprende amplias regiones del norte de México. A consideración de Braniff,[2] la extensión geográfica máxima de esta cultura abarca las sierras Cascada y Nevada, las Rocallosas, la Sierra Madre Oriental y la Occidental hasta la Cuenca de México, con varias culturas y desarrollos locales, persistiendo hasta el contacto con los europeos en algunos lugares, y otros inclusive hasta el siglo XIX.

Para el presente trabajo sólo consideramos información y datos para el territorio mexicano, tomando en cuenta los cuatro sectores mencionados por

[1] Braniff, "Arqueología del norte de México", p. 218.
[2] Braniff, "Arqueología del...", pp. 218-220.

García:[3] la llanura costera del Noreste; el altiplano bordeado por cordilleras –la Sierra Madre Oriental y la Occidental–; la llanura costera del Noreste y la península de Baja California (véase figura 3).

Estos sectores se van a caracterizar por la sequedad de su clima[4] donde predomina el clima de tipo cálido (Bh), según la clasificación de W. Koeppen, predominando la forma esteparia del clima seco (BS), excepto en algunas zonas en que es desértico (BW), como la llanura costera de Sonora, casi toda Baja California y el Bolsón de Mapimí. En síntesis, en la región predomina el tipo de clima (BShw), seco estepario cálido con lluvias en verano.

La vegetación consiste principalmente de pastos bajos, plantas xerófitas, mezquites y cactáceas; en las regiones montañosas, algunas coníferas y vegetación mixta (véase figura 6).

Algunos de los sitios reconocidos en Aridamérica como correspondientes a los grupos de tradición de cazadores de fauna pleistocénica, sólo han proporcionado algunas evidencias de actividad humana y, en el mejor de los casos, unos cuantos implementos líticos; algunos de estos sitios son: Samalayuca y Rancho Colorado en Chihuahua, San Marcos en Jalisco, Cueva Espantosa y la Chuparrosa en Coahuila, algunos sitios de Sonora y Rancho Weicker en Durango.

De la Tradición del Desierto (concepto éste no del todo aceptado por algunos investigadores), la información de que disponemos tampoco es muy amplia y de hecho se limita a tres complejos culturales localizados en la región de Coahuila: el complejo Ciénegas (8000-5000 aC); el complejo Coahuila (7500 aC-200 dC), y los complejos Jora y Mayrán (200 dC y hasta la llegada de los europeos a esa región).

Estos complejos fueron identificados en hallazgos realizados en cuevas, abrigos, barrancos y algunos sitios abiertos. Los materiales culturales que se rescataron, consistieron sobre todo de artefactos elaborados en piedra, madera, diversas fibras vegetales, hueso y concha.

Algunos de los sitios que se conocen del primer complejo, son las cuevas de La Temeraria y Burro Gordo; del segundo complejo se rescataron materiales en las mismas cuevas y el sitio llamado El Nopal. Del último complejo, tenemos la Cueva de la Candelaria, La Paila, Cueva del Coyote, Cueva de Ramírez y otras (véase figura 7).

[3] García Martínez, "Consideraciones corográficas", p. 60.
[4] Vivó, "El marco geográfico del norte de México", p. 60.

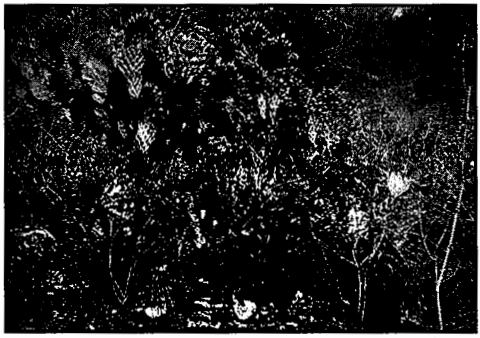


Figura 6. Vegetación de Aridamérica.

Cultura material en Aridamérica

En estos sitios pudieron rescatarse numerosos materiales, sobre todo del complejo más tardío, consistentes en restos óseos humanos, cuerpos amortajados y momificados, y piezas completas o fragmentos de las mismas; tomando en cuenta la materia prima en que están elaborados, podemos considerar:

1. *Textiles:* mantas de fibra de yuca, bandas (tela que se sujetaba en la cabeza), morrales de red, bolsas de red con armazón de madera que pudieron aprovecharse como cunas de mano para transportar a los niños; redes de malla, atados o faldellín pélvico, enredos o tocados para la cabeza (*tlacoyal*); y sandalias y costales (véanse figuras 8 y 9).
2. *Madera: átlatl* o propulsor, arcos, flechas con punta endurecida al fuego, puntas de proyectil de piedra, atizadores, palos para cavar, palos curvos con estrías, palos con hogares o barrenos que conforman el binomio para obtener fuego por frotación; mangos para cuchillos, grandes púas de agave, armazones para cunas, armazones para bolsas, palos de telar.
3. *Astas* de venado sin huellas de uso, aprovechadas como lanzas o en los procesos de trabajo de la cestería.
4. *Conchas y caracolas:* en sartales, para pendientes; cortadas transversalmente para conformar pectorales; orejeras o bases para guardar púas de agave.
5. *Calabazos y guajes:* enteros con perforación para transportar y guardar agua, y otros partidos por la mitad que se aprovechaban como recipientes.

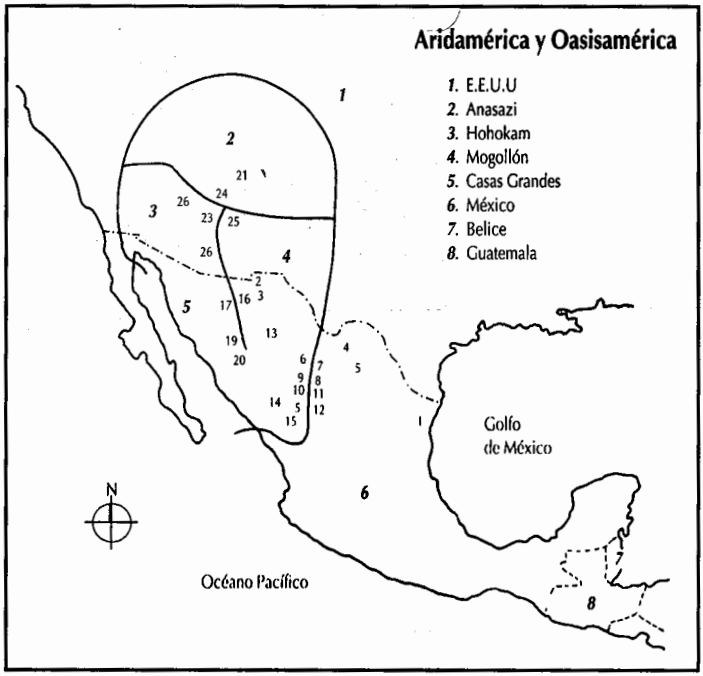


Figura 7. Sitios de Aridamérica y Oasisamérica.

6. *Piedra:* raspadores de mano y para enmangar, grandes cuchillos, diferentes tipos de puntas para proyectil; pipas tubulares, morteros y manos para morteros.
7. *Otros: caches* (bolsitas para lascas de obsidiana, de uso desconocido); púas de agave aprovechadas como agujas y para pincharse en el autosacrificio; petates, yahuales (enredo para llevar carga sobre la cabeza) (véanse figuras 10 y 11).

Los grupos seminómadas subsistían de lo que el medio ambiente les proporcionaba, es decir, eran recolectores-cazadores, y cuando el medio lo permitía, practicaban también la pesca. Sus implementos eran principalmente de fibras vegetales como agave, yuca, soyate, nopal y otras plantas de las regiones áridas, con las que elaboraban cestos, costales, bolsas, canastos, burdas telas para cubrirse, bandas para sujetarse el pelo. Sus herramientas de piedra comprendían morteros, muelas o piedras para molienda sin soportes y la mano (elementos pasivo y activo que constituyen el binomio de la molien-

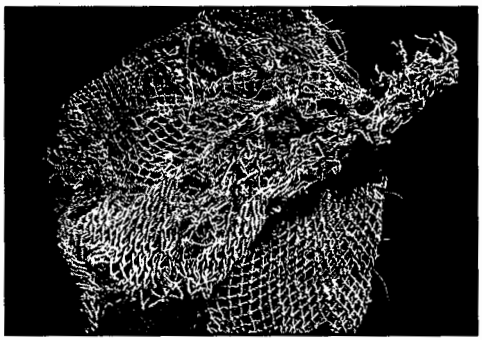
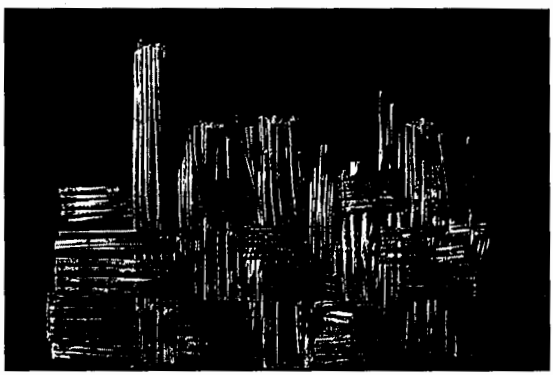


Figura 8. Tejidos de los grupos de Aridamérica.

Figura 9. Sandalias de palma. Grupos de la Candelaria.



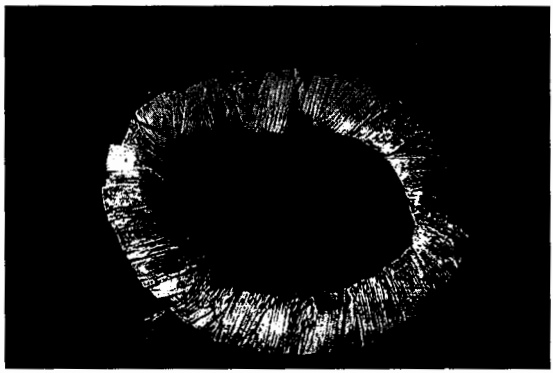


Figura 10. Fragmento de estera. Grupos de Aridamérica.

Figura 11. Yahual de fibras vegetales. Aridamérica.

da),[5] puntas de proyectil para arco y *átlatl,* raspadores, cuchillos, perforadores y alisadores.

Se considera que estos grupos se integraban en pequeñas bandas que se movían constantemente y según las estaciones, en busca de alimentos y agua; aprovechaban diversos frutos del desierto como pitahayas, garambullos, diversas semillas, biznagas, la raíz de la yuca, cogoyos de agave, mezcal, cogoyos de palma, raíces y tubérculos, algunas leguminosas, nopal, tunas, las flores del nopal; diferentes animales como mapache, borrego cimarrón, zorrillo, liebre, conejo, ratón, serpiente, aves, huevos de aves, venado; diferentes insectos, miel de abejas silvestres; en los litorales aprovechaban distintos animales marinos.

En épocas difíciles, como prolongados periodos de sequías, recurrían a lo que se llama "la vuelta" o "la segunda cosecha", consistente en rescatar las semillas de las excreciones fecales, las que eran tostadas y molidas para comerse. La "maroma" era también un recurso para engañar o entretener el hambre, consistente en sujetar con un hilo o fibra un trozo de carne (roedor, pájaro, insecto), tragarlo entero, retenerlo un momento y sacarlo para girarlo con otros miembros de la familia, hasta que se desintegraba. El control de la población, mediante el infanticidio, era otra forma de prever los malos tiempos; los cuerpos de los niños que se decidía eliminar, eran "secados" al sol y aprovechados como alimento.

El peyote fue ampliamente aprovechado como alucinógeno y estimulante, relacionado con sus costumbres religiosas, magia, hechicería, medicina, danzas rituales que acompañaban de algunos instrumentos musicales como raspadores, tambores, sonajas de guajes, calabazos y cascabeles.

Usaban el cabello largo, suelto o trenzado y sujeto con una banda de fibras tejidas en vistosos colores que pasaba por la frente y se anudaba a un lado. Numerosas de estas piezas pudieron rescatarse en la Cueva de la Candelaria.

El matrimonio tal vez fue exógamo, patrilineal y matrilineal, generalmente monógamo.

La guerra era frecuente entre los nómadas del norte de México y, cuando surgía, era entre grupos de diferente idioma; en la fiesta triunfal se mostraban, en un poste o vara alta, las cabelleras de los rivales muertos; tenían capitanes o jefes de tribu.[6]

Por influencia mesoamericana, hacia el 500 aC, seguramente por razones de intercambio y comercio, debió llegar a los grupos del desierto, el conoci-

[5] Nárez, *Materiales arqueológicos de Tlapacoya,* pp. 101-105.
[6] Melgarejo, *Antigua historia de México,* t. I, p. 26.

miento primero, y el aprovechamiento después, del maíz, el frijol, la calabaza y la cerámica, entre otros, y con ello se presentaba la posibilidad de dejar el nomadismo para convertirse en grupos agrícolas, sedentarios; pero, como comenta Melgarejo,[7] el recolector-cazador del norte de México era un fósil que, por siglos, había probado su repudio a la transculturación, y seguramente no le interesaba cambiar su sistema de subsistencia.

Algunos sitios de los grupos de Aridamérica merecen una particular atención, por la cantidad de información y materiales que proporcionaron; tal es el caso de las cuevas de la Candelaria y la Paila, exploradas entre 1953 y 1954,[8] ubicadas en el Bolsón de las Delicias en lo que se conoce como La Comarca Lagunera, que abarca porciones de los estados de Coahuila, Durango y Chihuahua, y que estuvo habitada principalmente por los grupos *irritila* que formaban parte de los grupos Laguneros de habla irritila y nahuatoide, a los que se les consideró entonces provisionalmente como tribus de Valle, tribus de Laguna y tribus de la Sierra. Aveleyra correlacionó los materiales de estas cuevas con los de la Presa Falcón en Tamaulipas.

La mayoría de los grupos de Aridamérica andaban completamente desnudos; acostumbraban pintarse la cara y el cuerpo con rayas de diferentes colores: rojo, naranja, negro y blanco.

La banda para sujetarse el pelo y las sandalias eran dos de las prendas más usuales. Las sandalias podían ser de fibras vegetales, corteza de árboles y pieles de animales; junto con las bandas para el pelo, constituyen uno de los elementos más frecuentes en los hallazgos de cuevas mortuorias en el norte de México.

Los adornos que usaban consistían principalmente de semillas, huesecillos, conchas, caracolas y cuentas de diferentes piedras, con las que hacían sartales, pulseras y pendientes.

La sangre y las quemaduras con fuego se consideraban como elementos propiciatorios, y era frecuente que se provocaran quemaduras intencionales y se pincharan con púas de agave en los muslos, lengua y escroto; la sangre obtenida se ofrendaba a los dioses o a los espíritus de las plantas, a los elementos naturales y a los familiares muertos. De las costumbres religiosas o evidencias de culto, pocos datos tenemos sobre estos grupos; el Sol, la Luna y los espíritus eran objeto de veneración.

La Comarca Lagunera, una cuenca endorreica, está alimentada por los ríos Nazas, Parras y Aguanaval, y en algún momento dieron origen y alimentaron

[7] Melgarejo, *Antigua...*, t. I, pp. 27-28.
[8] Aveleyra, Maldonado-Koerdell y Martínez del Río, *Cueva de la Candelaria*.

las lagunas de Mayrán, Viesca y Tlahualillo. La comarca presenta un régimen semidesértico con clima cálido y seco, con una vegetación predominante de cactáceas, matorral de gobernadora y del arbusto llamado hierba inútil (*Hilaria mutica*). La fauna es característica de las regiones áridas, limitada a insectos, artrópodos, reptiles, aves y cánidos, principalmente.

Distante unos 3 km de la Cueva de la Candelaria, se localiza la Poza Salada, que fue el lugar de abastecimiento de agua potable de los grupos candelarensis o laguneros, y en sus proximidades existen evidencias de talleres líticos donde se trabajó principalmente cuarcita de color blanquecino-lechoso y pedernal muy impuro.

De los materiales rescatados, fueron los textiles los que más llamaron la atención de quienes participaron en los trabajos en las cuevas de la Candelaria, la Paila y otras. A decir de Romano,[9] hay que recapacitar sobre la supuesta condición nomádica que se dice caracterizó a estos grupos, pues del atuendo cultural asociado a los bultos funerarios, se infiere que el nomadismo fue relativo, pudiendo darse además una práctica agrícola incipiente, aunque no se encontraron instrumentos de molienda, como metates o muelas, manos para metates, morteros, ni hachas pulidas. Algunos de los objetos de lítica, como grandes navajas y cuchillos enmangados, se encontraron dentro de los bultos mortuorios, colocadas sobre el tórax o atados en el brazo izquierdo del difunto.

El estudio de los materiales rescatados en la Cueva de la Candelaria, arrojan una cronología que se ubica entre el 500 aC y hasta el 1600 dC.

Los textiles fueron ampliamente estudiados por Irmgard Weitlaner Johnson,[10] que pudo distinguir fibras de agave y yuca de diversas especies, como *Yucca treculeana* Carr, *Yucca carnerosana* (Tre) Mckelvery y *Agave lechuguilla* Torr; materiales trabajados en palma y cordelería en *Yucca carnerosana* (*sic.*); *ixtle* de palma o palma amandoque, similar a la yuca pita (*Yucca treculiana, sic.*). Los textiles se conservaron por causa de la sequedad de la región y de las cuevas, convirtiéndose así en el lugar que ha proporcionado la mayor cantidad de materiales deleznables y en mejor estado de conservación, correspondientes a la época prehispánica.

A estos grupos de la Cueva de la Candelaria, Aveleyra los llama indios "laguneros".[11] Sus vecinos fueron los lipanes o tobosos al norte, los coahuiltecos al oeste, guachichiles y zacatecos al sur, y tepehuanes y conchos al oeste.

[9] Romano, *Los textiles de la Cueva de la Candelaria, Coahuila*, p. 5.
[10] Weitlaner Johnson, *Los textiles de la Cueva de la Candelaria, Coahuila*, p. 12.
[11] Aveleyra, *et al.*, *Cueva...*, p. 58.

En las proximidades de Parras también en el estado de Coahuila, Aveleyra exploró la Cueva de la Paila, donde pudo rescatar materiales del todo similares a los de la Candelaria, como grandes navajas enmangadas, raspadores terminales con espiga, pipas tubulares de piedra, objetos de hueso y asta de venado, objetos de concha, arcos, astas para flecha y propulsoras de madera; palos curvos con estrías, bastones para cavar, palos para obtener fuego por frotación rotatoria, cunas, vasijas de guajes; todo ello indica que los grupos que guardaban sus muertos en esta cueva seguramente correspondían a los mismos grupos laguneros o candelarensis que ocuparon la Cueva de la Candelaria, la de Ramírez y otras aún no trabajadas en esta región.

Por la naturaleza de los materiales rescatados en estas cuevas y en distintos sitios abiertos de Aridamérica, podemos concluir con Braniff,[12] que la cultura o tradición del Desierto, aunque con variantes locales y temporales, mantiene una serie de elementos que la caracterizan desde el 5,000 aC, aproximadamente, como son: población dispersa o en grupos formando pequeñas bandas; economía basada en la recolección y la caza; nomadismo cíclico, búsqueda constante del agua; cuevas y abrigos aprovechados como refugio o casa; asentamientos en sitios abiertos; chozas cupuliformes de materiales vegetales; cestería muy desarrollada, aprovechada para transportar, guardar y aun preparar alimentos mediante la introducción de piedras calientes; uso de muelas y morteros para procesar alimentos; aprovechamiento de guajes y calabazos para transportar y guardar agua; utilización de diversas fibras vegetales para cordelería, redes, bolsas, sandalias, cunas portátiles; aprovechamiento de tallos como tule y carrizo para elaborar esteras y mecapales; uso de lanzadardos, arco y flechas de punta endurecida al fuego o con dardo de piedra, honda, palos curvos; uso del palo cavador y del atizador; obtención del fuego por frotación de maderos; uso de pipas o tubos de succión de piedra; ornamentos de concha, caracol y hueso, y en algunos grupos, domesticación del perro.

Por causa de la dispersión de los grupos nómadas de recolectores-cazadores de Aridamérica, tanto en tierra adentro, en las grandes mesetas, en las montañas y sierras, como en las porciones costeras, aprovecharon una gran variedad de materiales locales como el soyate, otate, tule, carrizo y otros para la elaboración de cestería, canastos y otros implementos. Los grupos que se encontraban próximos a las costas aprovecharon las conchas, caracoles, piel de algunos pescados, caparazones de tortuga, huesos y espinas de pescado, y dientes de tiburón para diversos usos.

[12] Braniff, "Arqueología del...", p. 220.

Para la pesca utilizaron el arco y la flecha, redes y nazas o canastos, así como represas o empalizadas para retener los peces, llamadas tinajas o cercados, sobre todo en las costas. Supieron asimismo aprovechar hábilmente distintas fibras de las plantas del desierto como la lechuguilla, la jarcia y el zapupe, con las que hacían mallas de *ixtle* trenzado para elaborar una especie de capa con o sin mangas. Aprovechaban también las pieles de los animales que cazaban, como conejos, coyotes, liebres, borrego cimarrón, venado y otros con los que elaboraban taparrabos y una especie de capa que pendía de los hombros y que usaban principalmente las mujeres, además de una especie de delantal elaborado con hierbas.

En cuarcita, pedernal, riolita, basalto, andesita, obsidiana y otras piedras de las localidades, elaboraron diversos implementos como cuchillos, raspadores, perforadores, navajas, implementos para la molienda de semillas, hachas.

Algunos de los sitios antiguos que se han trabajado, son, por ejemplo, los del Complejo Peralta del río Sonora, algunos sitios localizados en los arroyos tributarios del río Mayo también en Sonora; el nivel precerámico de la Cueva de la Golondrina en el Valle de Piedras Verdes, en Chihuahua; el Complejo Ciénegas y Coahuila, y los sitios próximos a las lagunas de Mayrán y Jora, en Coahuila; el Complejo Caracoles en Durango; las fases Nogales, Sierra de Tamaulipas, Almagra, Infiernillo y Mesa del Guaje en Tamaulipas.

En las proximidades de la Presa Chihuila núm. 2 y del poblado de Apozol en Zacatecas, en el piso de un abrigo rocoso, se localizó una caja mortuoria de unos 65 cm de largo, por 38 cm de ancho y 56 cm de alto, de armazón de carrizo recubierto de barro; en su interior se halló el cuerpo momificado de una niña de unos 6 años de edad, envuelta en una tela posiblemente de algodón y con una jícara de unos 8 cm de diámetro por 4 cm de alto.[15] Este hallazgo se considera de gran interés porque a la costumbre de los grupos de Aridamérica de abandonar los cuerpos de sus muertos, incinerarlos o depositarlos en cuevas y grietas naturales, se agrega la de que también elaboraban "cajas" de tallos de plantas diversas para enterrar los cuerpos. Esta caja mortuoria, aunque sin los restos de la infanta ni los demás implementos como la tela y la jícara que se perdieron desde un principio, se resguarda en la sección del norte de México en la bodega de arqueología del Museo Nacional de Antropología. La antigüedad de este entierro se ubica hacia 1300 dC.

[15] INAH, "Noticia de los museos", pp. 9-10.

Época del contacto en Aridamérica

Cuando los europeos irrumpen en Mesoamérica y una vez que someten a los señoríos mexica y purépecha, presionaron fuertemente a los indígenas para que les informaran cuanto supieran sobre otros grupos o posibles señoríos; a decir de Melgarejo,[14] apremiados por Cortés, los indígenas informaron de todo, menos de las tierras y pueblos norteños, por ignorarlo; así, los españoles esperaron hasta 1540, en que Francisco Vázquez de Coronado, por instrucciones del virrey Mendoza, lleva una expedición formal al norte. Sin embargo, el conocimiento e integración de esta enorme región siguió siendo problemático, pues los grupos que le habitaban no constituían núcleos estables, por lo que era imposible someterlos. Desde épocas prehispánicas, los grupos mesoamericanos llamaban despectivamente "chichimecas" a los nómadas del norte, y a decir de Martínez,[15] el término chichimeca se aplicaba a gente de estirpe otomí, para significar su estado de atraso cultural y su bravía naturaleza, pues no cabe duda que chichimeca era un genérico equivalente a bárbaro o salvaje.

Tiempo después, tampoco los ingleses pudieron extenderse sobre las grandes llanuras; los norteamericanos, para ocuparlas, debieron esperar hasta 1890, y para cuando estalló la Revolución de 1910, el paisaje humano seguía siendo tan desolado como el geográfico.[16]

Desde mediados del siglo XVI, numerosos españoles se aventuraron en las inhóspitas regiones de Aridamérica, fundando algunas guarniciones o presidios a los que llamaron compañías presidiales, organizadas de acuerdo con las necesidades que la situación requería.[17] Entre ellos tenemos a Francisco Vázquez de Coronado, Cristóbal de Oñate, Baltazar Temeño de Bañuelos, Diego de Ibarra, Francisco de Ibarra, Francisco de Urdiñola, Luis de Carvajal, Juan de Oñate, Ginés del Mercado, Juan de Tolosa, Antonio Espejo, Luis de Carvajal y de la Cueva, y Agustín de Hinojosa Villavicencio.

Numerosos misioneros acompañaron a los aventureros que pretendían conquistar y someter o exterminar a los grupos chichimecas; algunos de ellos pugnaron por la fundación de pueblos y misiones, buscando la evangelización de los nómadas y su congregación en asentamientos, como Fray Juan de San Miguel, Jerónimo de Mendoza, Pedro de Espinoreda, Diego de la Cadena, Jacinto de San Francisco, Bernardo Cossin, Junípero Serra, Gonzalo

[14] Melgarejo, *Antigua...*, t. I, p. 21.
[15] Martínez Caraza, *El norte bárbaro de México*, p. 12.
[16] Melgarejo, *Antigua...*, t. I, pp. 22-23.
[17] Martínez, *El norte...*, p. 7.

Tapia, Pablo de Acevedo, Juan de Santander, Francisco Ruiz, Juan Agustín Espinoza, Marcos de Niza, Agustín Rodríguez, Francisco López y Juan de Santamaría.

A medida que se fueron reconociendo las grandes extensiones del área chichimeca, los europeos fueron creando numerosos asentamientos por causa del descubrimiento de veneros de metales preciosos, como la plata principalmente, o bien por el establecimiento de ranchos de cultivo y ganados, así como postas y puntos obligados de paso en las rutas distantes entre los grandes asentamientos de la colonia y los nuevos poblados hacia el norte de México. Así surgen, entre otros, Nombre de Dios, Guadiana, Saltillo, San Miguel el Grande, Silao, Charcas, Fresnillo, Sombrerete, Aguascalientes, Colotlán, San Luis Potosí, Durango, Real de Minas de Comanja, y San Luis de la Paz.

A medida que se fue reconociendo el norte de México, pudieron distinguirse y ubicarse numerosos grupos de nómadas recolectores-cazadores que se distinguieron por su bravura y resistencia a la sujeción por los españoles. Algunos de estos grupos, a fin de facilitar su ubicación por estados, son: en Baja California, los guaycuras, pericúes, monquis, liuis, didines, huichitíes, coras, callepus, arispes, catauros, cantiles, laymones y cochimíes; en Coahuila, los grupos laguneros, cabezas, boboles, huyquetzales, cacaxtes y tobosos; en Nuevo León, los otujanos, alazapas, cataaras, icauras, ayancuras, borrados, bocales y comepescados; en Durango, los tepehuanes, xiximes y zacatecos; en Zacatecas, los zacatecos y los cazcanes; en Aguascalientes, los guachichiles; en San Luis Potosí, los guachichiles, negritos y pames; en Tamaulipas, los pintos, malincheños, pisonas, guachichiles, janambres, borrados, siguillenes y pames; en Querétaro, los pames; en Guanajuato, los guamares, guachichiles y copuces; en Chihuahua, los manso, suma, jumano, conchos y tarahumaras; en Sonora, los ópata, pápagos, pimas, jovas, chinipa, varojíos, cahítas y seris.

Numerosas lenguas se hablaban entre los diferentes grupos del norte de México, englobadas en tres grandes grupos: coahuiltecas, nahuatoides y yutoaztecas, principalmente.

Otro aspecto muy interesante relacionado con los grupos de Aridamérica, lo constituyen los petroglifos y pictogramas, tan abundantes en esas regiones áridas, donde es frecuente encontrar en los riscos y paños de los desfiladeros, barrancos, grietas, abrigos, cuevas y algunas peñas aisladas, numerosas figuras, tangibles algunas, abstractas la mayoría; numerosas líneas, puntos, círculos y un número indeterminado de figuras animales y humanas, pintadas o

grabadas en los muros o piedras. Estas manifestaciones son aún difíciles de ubicar cronológicamente, pero las hay desde etapas muy tempranas relacionadas con los primeros grupos de penetración en el continente y en tierras mexicanas, hasta aquellas que se ubican en etapas relacionadas con la presencia de los europeos en esas regiones (véase figura 12).

Oasisamérica

Oasisamérica se ubica geográficamente en lo que hoy es el suroeste de Estados Unidos y una porción del noreste mexicano (véase figura 3).

El paisaje de esta área se caracteriza por lo accidentado del terreno; lo mismo tenemos altas montañas, como la Cordillera Mogollón al oriente, donde se desarrolló la cultura del mismo nombre, que el resquebrajado suelo que ocuparon los Anasazi, aunque en esta región se localizan algunos ríos de escaso caudal, como el San Juan, el Colorado y el río Grande, en cuyas márgenes surgieron numerosos asentamientos. Hacia el occidente, el paisaje es más bien llano, con vegetación raquítica, característica de las zonas áridas, y fue el lugar de ubicación de los grupos Hohokam que supieron canalizar hábilmente las corrientes de agua para hacerlas llegar a sus cultivos. Hacia el sur, ya en territorio mexicano, se desarrolló la cultura Casas Grandes, en terrenos áridos y grandes llanos, extendiéndose por las estribaciones y quebradas de la Sierra Madre Occidental; la vegetación aquí es raquítica y el agua escasa, limitada a riachuelos, charcas y escurrimientos de temporal.

A consideración de Marquina,[18] los indios que han habitado estos lugares pertenecen, con ligeras variaciones, a un mismo grupo que ha sido continuo desde las primeras culturas hasta nuestros días; sin embargo,[19] algunas diferencias en los materiales arqueológicos y los vestigios arquitectónicos han llevado a los investigadores a considerar la división de este amplio territorio en tres grandes subáreas: Anasazi, Hohokam y Mogollón las que, partiendo de un tronco común, se distribuyeron y establecieron hacia la confluencia de los actuales estados de Utah, Colorado, Arizona y Nuevo México, de la Unión Americana, abarcando también en México al estado de Chihuahua y porciones de los estados de Sonora, Durango y Zacatecas, donde estamos más familiarizados con llamarle Cultura Casas Grandes.

[18] Marquina, *Arquitectura prehispánica*, p. 281.
[19] Nárez, *Oasisamérica*, pp. 12-21.

Figura 12. Pintura rupestre en Baja California. Aridamérica.

Hacia la confluencia de los cuatro estados primeramente mencionados, se localizan numerosos ríos de reducido caudal, como son el Gila, el Salado, el Colorado, el Yaki, el San Juan y el Grande, entre otros. Las márgenes de estos ríos ofrecieron condiciones propicias para los asentamientos de pequeños grupos humanos y, hacia el año 500 aC, grupos posiblemente descendientes de las antiguas tribus Cochisse, que se considera habitaron estas regiones aproximadamente desde el año 8000 aC, se establecieron aquí.

Anasazi

Los grupos Anasazi, nombre derivado de una palabra de los indios navajo que se supone significa pueblos antiguos,[20] ocuparon la porción más septentrional del área de Oasisamérica, hacia la confluencia de los estados de Utah, Colorado, Arizona y Nuevo México.

Era gente de baja estatura y con cráneos alargados. Su indumentaria se componía de sandalias, taparrabo y una banda que se colocaba en la frente, todo esto trabajado con fibras vegetales como yuca y agave; para las mujeres había capas y camisas, bandas y enredos para la cabeza, sandalias y el delantal o faldellín pélvico que usaban durante la menstruación.

Usaron el *átlatl* o lanzadardos, redes, trampas, mazas de madera, palos curvos, etcétera. Aprovechaban el maíz cocido y tostado, molido en metates y muelas; en etapas tempranas cocinaban en cestos mediante el uso de piedras calientes, cestos que usaban también para almacenar y transportar alimentos, semillas y agua, ya que las fibras vegetales se expandían con el agua cubriendo los intersticios y evitando que el líquido se saliera.

[20] Marquina, *Arquitectura...*, p. 231.

Habitaron principalmente las grandes mesetas y valles próximos a los ríos; según el lugar preciso de ocupación se les ubica en ramales. Así, el ramal de Mesa Verde se establece a orillas del río San Juan al sureste de Utah; el ramal Chaco se establece en el cañón del Chaco y en la porción noroeste de Nuevo México; el ramal del río Grande, en la porción norte del río del mismo nombre; el ramal del pequeño río Colorado, hacia el centro y parte este de Arizona y en Nuevo México, porciones del oeste y parte centro; el ramal llamado la Virgen se ubica a orillas del río Virgen y suroeste de Utah.

Los seis ramales se dividen en periodos que se han fechado de manera aproximada apoyándose principalmente en la dendrocronología aplicada a los troncos de las construcciones y en muestras fechadas por el procedimiento del carbono 14; así se tiene el periodo Basketmaker II, que se ubica entre los años 100 aC y 500 dC, en que se considera que los grupos Anasazi vivían en cuevas y chozas semisubterráneas, cubiertas con troncos y ramas.

Posiblemente en esa época comenzaron a cultivar maíz, frijol, calabaza y otras plantas cuyo conocimiento se había dado primeramente en México. Complementaban su dieta con los productos de la caza y la recolección.

Su utillaje se hacía principalmente de fibras vegetales, con las que se elaboraban canastas, cestos, sandalias, cordeles y mantas, pero se dio ya la producción de burdas cerámicas, en colores naturales de las arcillas locales, y en gris y negro por uso y cocción. Sus armas eran sencillas; usaban principalmente el arco y las flechas de madera endurecida al fuego o con puntas de piedra.

En el siguiente periodo, Basketmaker III, 500 a 700 dC, se incrementó la población y surgieron pequeñas villas con estructuras semisubterráneas circulares llamadas *kivas,* las cuales tenían usos ceremoniales y de ritos iniciáticos. Produjeron cerámica gris lisa al principio, luego gris sobre fondo negro y con motivos geométricos estilizados. La agricultura se intensificó, pues hicieron canalizaciones para llevar el agua de los ríos hasta sus cultivos, con lo que ya no dependieron exclusivamente de los cultivos de temporal.

Para los patrones constructivos aprovecharon los acantilados y saledizos, donde edificaban sus casas como una medida de protección. Hacían sus viviendas de piedra, lodo y troncos, con numerosas habitaciones de uno o más niveles, con puertas y ventanas en forma de paleta. El sitio arqueológico de Mesa Verde, en Colorado es uno de los ejemplos más representativos de este periodo (véase figura 13).

El siguiente periodo se denomina Pueblo I, y se ubica entre los años 700 y 900 dC. La arquitectura muestra el mismo patrón anterior: casas en los acan-

tilados, numerosas habitaciones, uno o más niveles, habitaciones semisubterráneas y *kivas*.

La cerámica en cambio se ve enriquecida con nuevas formas y otros colores, con diseños geométricos en negro sobre fondo blanco o rojo. La agricultura se intensificó y perfeccionó. Algunos sitios de este periodo son Piedra Ruin y Cahone.

En el periodo Pueblo II, 900 a 1150 dC, se advierte un mayor incremento de habitantes Anasazi, lo que conlleva el crecimiento de los pueblos y el surgimiento de nuevos asentamientos.

A las cerámicas anteriores se agregaron, en este periodo, la corrugada y la enrollada. Chetro Ketl y Kings Ruin son sitios de esta época.

Al periodo Pueblo III, 1150 a 1300 dC, se le considera como el Periodo Clásico de los grupos Anasazi, con pueblos que pudieron tener más de 1,000 habitantes. La arquitectura, la cerámica y los cultivos, entre otros aspectos, alcanzaron su máxima expresión; su más notable manifestación artística se encuentra en la famosa cerámica de Mimbres, del sur de Nuevo México, decorada con elegantes y finos dibujos en negro o rojo sobre blanco, de animales y personajes estilizados con un gusto irreprochable.[21] Hacia 1300 se advierte decadencia y abandono de sus poblados; las causas nos son desconocidas; tal vez largos periodos de sequías, problemas internos, epidemias o el ataque de grupos nómadas fueran la causa del abandono de los asentamientos como Mesa Verde, Kayenta, Chaco y otros (véase figura 14).

El siguiente periodo, Pueblo IV, se desarrolló entre 1300 y 1598 o 1700 dC; algunos grupos se sobrepusieron a los problemas que afectaron al periodo anterior y consiguieron mantener sus poblados, desarrollando una arquitectura de mejor calidad que decoraron con pinturas de temas mágico-religiosos en los muros. Su cerámica también se enriquece con mejor acabado y nuevas formas y decorados; las kivas mantuvieron su importancia en los rituales, ceremonias de iniciación y lugar para decisiones de interés para la comunidad. Algunos sitios de esta época son Pottery Mound, Awtovi y Kuaua.

En este periodo se dio el contacto de los Anasazi con los colonizadores españoles, al mando de Francisco Vázquez de Coronado (1510-1549), quien dirigía una expedición a la legendaria Cíbola, en 1540. La presencia de los europeos afectó seriamente la integridad de los grupos Anasazi, con lo que su decadencia fue inminente.

[21] Covarrubias y Rubín de la Borbolla, *El arte indígena de Norteamérica*, p. 23.

Figura 13. Casas en acantilado.
Oasisamérica, sitio de Mesa Verde, Colorado.

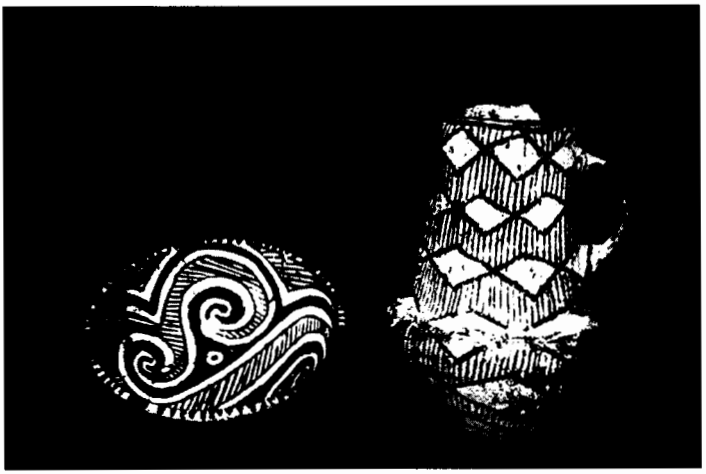


Figura 14. Cerámica policroma. Cultura Anasazi.

Un último periodo, llamado Pueblo V, se ubicaría de 1598 a 1700 en adelante, caracterizado por la dispersión y mestizaje con los grupos Hohokam.

Hohokam

La cultura Hohokam es la más importante del área subcentral de Arizona. La palabra *hohokam* procede del pima y significa "los que desaparecieron" o "los que se fueron". Se considera que tienen su antecedente en los grupos Cochisse de que se habló anteriormente. A fin de facilitar su estudio y con

base en cambios en los estilos constructivos, decoración de la cerámica y subsistencia, se ha dividido su desarrollo en cuatro grandes periodos: Periodo Pionero, 300 a 500 aC; Periodo Colonial, 500 a 900 dC; Periodo Sedentario, 900 a 1100 dC, y por último, el Periodo Clásico, considerado a partir de 1100 y hasta 1450 dC.

Los Hohokam fueron grupos agricultores del desierto, hábiles para abrir canales a fin de hacer llegar el agua de los ríos hasta las áreas de cultivo, lo que propició el asentamiento de numerosos grupos en las márgenes de los ríos de Arizona, permitiendo el desarrollo de las aldeas sobre todo en lo que ahora es el área metropolitana de Phoenix.

Durante el Periodo Pionero se dieron los primeros asentamientos en el centro, sur y occidente de Arizona. Los grupos dependían básicamente de la recolección y la caza, aunque tuvieron ya una agricultura incipiente. Su arquitectura era sencilla y predominaban las habitaciones semisubterráneas y techadas con troncos de mezquite, varas y ramas a veces recubiertas con lodo. Su cerámica era sencilla, monocroma gris a cafetosa, de uso doméstico; hacia finales de este periodo mejoran las técnicas de manufactura y se enriquecieron los estilos y la pintura, elaborándose cajetes y jarros pintados con líneas, volutas y pequeños elementos pintados en rojo sobre un fondo gris. El procedimiento para construir la cerámica consistía en colocar rollos de barro unos sobre otros y después adelgazarlos por medio de golpes que se daban con una paleta, colocando un cuerpo duro en el interior.[22]

La cerámica pintada en rojo sobre fondo crema es la más característica de los Hohokam, siendo uno de los estilos más peculiares las ollas llamadas de silueta quebrada. Los motivos decorativos son a base de líneas geométricas, ganchos y figuras antropomorfas y de animales estilizados (véase figura 15).

En el Periodo Colonial fue cuando la cultura Hohokam alcanzó su mayor extensión, ocupando prácticamente las cuencas de los ríos Salado y Gila, llegando hasta el sur de Arizona. Realizaron trabajos de canalización del agua para la irrigación, concepto que seguramente se presentó como consecuencia de los contactos con las altas culturas mesoamericanas, a través de las actividades relacionadas con el comercio y el intercambio de productos a larga distancia. Con la irrigación, la producción de alimentos se incrementó pues ya no dependían solamente de los cultivos de temporal, lo que favoreció al aumento de la población y con ello el surgimiento de nuevos asentamientos.

[22] Marquina, *Arquitectura...*, p. 300.

Figura 15. Olla de silueta quebrada. Cultura Hohokam.

En algunas de las villas se han descubierto canchas para el juego de pelota, actividad que debió darse también, por influencia mesoamericana posiblemente tolteca o huasteca.

Los grupos Hohokam tenían la costumbre de cremar a sus muertos, guardando las cenizas en vasos de cerámica; también practicaban la inhumación, acompañando al muerto con numerosos enseres personales, los que al ser recuperados en trabajos de investigación arqueológica, nos han proporcionado abundante información sobre la vida y costumbres de estos pueblos.

Aprovechando las temporadas de lluvias, y sobre todo la irrigación controlada, los Hohokam cultivaron el maíz, distintos tipos de frijol, calabazas y algodón; aprovecharon también diversas plantas silvestres como complemento de su alimentación, como cactos, frutas, bulbos, mezquites y agaves. Distintos animales fueron aprovechados: jabalíes, conejos, liebres, roedores, reptiles, y algunos peces y aves.[23]

En sitios Hohokam se han descubierto diversos materiales que denotan los contactos con otros grupos, principalmente del sur, como cascabeles de cobre, vasijas, espejos de pirita, así como conchas y caracoles procedentes de la costa del Golfo de México y Golfo de California, que nos refieren el comercio con los grupos de los litorales.

[23] Oppelt, *Guide to Prehistoric Ruins of the Southwest.*

Su cerámica era decorada en tonos rojos sobre fondo café o crema, conformando jarros, cuencos, platos, vasijas efigie, cajetes trípodes, cucharones e incensarios de paredes gruesas. La decoración fina se hizo con base en motivos geométricos estilizados, y figuras antropomorfas y zoomorfas, también estilizadas.[24]

Supieron asimismo trabajar hábilmente diversas piedras, con las que manufacturaron hachas pulidas, vasijas con detalles en relieve y paletas con una superficie ahondada para la preparación de pigmentos minerales y orgánicos, aprovechados para colorear y pintar.

De concha y caracol hicieron cuentas para collares, pendientes, pectorales, brazaletes y otros abalorios, algunos con formas de animales, como aves, ranas, serpientes; para algunos de estos trabajos utilizaron ácidos que obtenían de algunas cactáceas para roer la superficie de la concha y lograr el relieve. Con pirita elaboraron espejos, algunos con superficie cóncava para reflejar la luz solar.

Pocos sitios Hohokam se han preservado; la mayoría fueron destruidos por el cultivo moderno y otros fueron arrasados por la urbanización. Los más conocidos son Casa Grande, Pueblo Grande y Castillo de Moctezuma (véase figura 16).

El Periodo Sedentario es muy similar al anterior; sin embargo, se aprecian detalles importantes, como el uso de escalones para entrar a las casas, en vez de rampas. Los juegos de pelota son de menores proporciones; parece que los asentamientos se estabilizan o muestran ligeros retrocesos. Junto con el periodo anterior, el inicio de éste marca el máximo desarrollo de la cultura Hohokam.

Las manifestaciones cerámicas alcanzaron su máxima calidad, persistiendo las formas, estilos, colores y diseños anteriores, pero enriqueciéndose en el acabado. Se advierte asimismo la presencia de cerámicas procedentes de las áreas vecinas.

Los materiales elaborados en piedra se decoraron con relieves de animales y dibujos estilizados, con un fino acabado; realizaron trabajos en cobre, como cascabeles, pendientes y cuentas.

Finalmente tenemos el Periodo Clásico, cuando se advierte la presencia de grupos de filiación Mogollón, procedentes de las márgenes del río Salado, que vivieron en las mismas áreas que los Hohokam, pero sin mezclarse.

En su arquitectura se notan cambios significativos, con grandes concentraciones de cuartos, algunas veces hechos con muros de adobe, sin dejar de

[24] Oppelt, *Guide to...*

Figura 16. Castillo de Moctezuma en Arizona. Cultura Hohokam.

aprovechar las postas y troncos de madera. Algunas de estas casas eran de altos muros y varios pisos o niveles. De este periodo los sitios más representativos son Casa Grande Florencia, en el Valle del Gila, y Casas Grandes en el estado de Chihuahua.

La cerámica de este periodo es de gran calidad, decorada con motivos geométricos, antropomorfos y zoomorfos muy estilizados, pero manteniendo siempre el estilo, y los tonos rojo y negro sobre fondo crema.

Las *kivas*, que fueron un elemento arquitectónico constante en los periodos anteriores, no se advierten o no han sido identificadas en este periodo. Las costumbres funerarias se conservaron: incineración de los muertos y entierro de los cuerpos flexionados y amortajados, fuertemente atados con frazadas.

Para algunos investigadores, los actuales grupos Pima son descendientes directos de los Hohokam.

Mogollón

La cultura Mogollón recibe este nombre de la cordillera montañosa que se localiza en una porción de Nuevo México. El área Mogollón queda ubicada al suroeste de Nuevo México y sureste de Arizona, al sur de los asentamientos Anasazi y al este de los Hohokam.

Se considera que esta cultura proviene de la fase última de la cultura Cochisse. Para facilitar su estudio ha sido dividida por los especialistas en periodos, aunque difieren entre ellos en cuanto a nomenclatura y fechas. Se ha considerado en este estudio la periodificación propuesta por Mar-

quina:[25] Periodo Georgetown, 500-700 dC; Periodo San Francisco, 700-900 dC; Periodo Three Circle, 900-1050 dC, y Periodo Mimbres, 1050-1200 dC.

Durante el Periodo Georgetown las construcciones habitacionales de los Mogollón se hicieron semisubterráneas y semicirculares, techadas con postes de madera, varas y ramas; los recintos destinados a las ceremonias eran del mismo estilo pero de mayores dimensiones.

Su cerámica al principio es simple, sin decoración y de color café, afectando formas de cajetes y jarros; después es pulida y de colores café y rojo, apareciendo también las pipas.

Sus costumbres funerarias se limitan a enterrar a sus muertos dentro o fuera de sus casas, flexionando y amortajando los cuerpos.

En el Periodo San Francisco sus casas siguieron el patrón del periodo anterior: semihundidas y de techos de materiales vegetales, pero a las formas circulares tradicionales se agregaron las de planta rectangular, y los recintos ceremoniales son de paredes ligeramente curvas.

La cerámica conservó su forma y técnica de manufactura, pero aparecieron ya algunas piezas pintadas en rojo sobre café, y jarros con cuellos con decoración punzonada.

En el Periodo Three Circle se encuentran variaciones en la forma constructiva de sus viviendas en cuanto a la techumbre, la cual se sostenía en un poste central y ahora se presenta sostenida por cuatro postes dispuestos uno en cada esquina del aposento, y los cuartos para ceremonias ahora tienen tres fogones en vez de uno.

En cerámica, sus jarros, cántaros, cajetes y platos se decoraron con dibujos negros sobre fondo blanco, con base en motivos geométricos, espirales y zoomorfos; persistió la costumbre del uso de pipas, pero el tamaño de éstas se acortó, manufacturándose a veces con boquillas trabajadas en hueso.

En el Periodo Mimbres se advierte una gran penetración de los grupos Anasazi y Hohokam en el área Mogollón.

Las casas, que en periodos anteriores se hacían aisladas unas de otras, tienden a agruparse en torno a un espacio abierto a manera de plaza. En las construcciones se utilizó adobe, piedra, lodo y madera; son semisubterráneas y con la entrada por el techo. Los recintos ceremoniales se hicieron semejantes a las *kivas*.

Se continuó elaborando cerámica lisa roja y café, agregándose cerámica con acabados en tonos blancos y formas predominantes de cajetes en

[25] Marquina, *Arquitectura...*, p. 306.

negro con motivos geométricos, antropomorfos y zoomorfos, de gran calidad (véase figura 17).

A las costumbres funerarias de enterrar a sus muertos dentro o fuera de sus viviendas, se agregaron ahora modestas ofrendas de objetos de uso común en la vida del difunto.

Los grupos del Periodo Mimbres se extendieron hacia el sur hasta penetrar en Chihuahua, llegando su influencia cultural seguramente hasta Casas Grandes.

Con la llegada de los europeos, los grupos descendientes de los Anasazi, Hohokam y Mogollón sufrieron un gran retroceso en sus logros; no obstante la cultura ha sobrevivido hasta el presente, y otros son los herederos de aquellos grupos arqueológicos.[26]

Casas Grandes

Los vestigios arqueológicos de la antigua ciudad de Paquimé o Casas Grandes se ubican al este de la Sierra Madre Occidental, en el estado de Chihuahua, a 350 km al noreste de la ciudad de Chihuahua y a unos 300 km al sureste de Ciudad Juárez. Las evidencias arqueológicas cubren más de 50 ha, de las que sólo se han explorado unas dos terceras partes[27] (véase figura 18).

Se sabe que el primer europeo que visitó Casas Grandes fue Alvar Núñez Cabeza de Vaca y el negro Estebanico, hacia 1563. Poco después Francisco de Ibarra inicia la conquista y colonización del norte, siendo también de los primeros europeos en llegar a Casas Grandes.

El nombre de Paquimé parece derivarse del idioma pima, pues al preguntar los europeos a los indígenas del lugar sobre quiénes habían construido y vivido en ese lugar, contestaron: "paquimé", o algo parecido, que en su lengua equivale a "no lo sé"; la expresión se quedó y viene a constituir otro de los términos con que conocemos el lugar.

En Paquimé se llevaron a cabo trabajos arqueológicos de 1958 a 1961 por investigadores del Amerind Foundation Inc. de Arizona, y del Instituto Nacional de Antropología e Historia, donde participaron, entre otros, los arqueólogos Charles Di Peso y Eduardo Contreras. Este proyecto duró 3 años, trabajándose alrededor de 30 ha. Para su mejor estudio, se dividió el área de trabajo en 16 unidades, de acuerdo con estructuras sobresalientes. Por ejemplo, la Unidad I está compuesta por una serie de pequeños cuartos, en cuyas

[26] Braniff, "Arqueología del...", p. 257.
[27] Nárez, *Casas Grandes*, pp. 10-22.

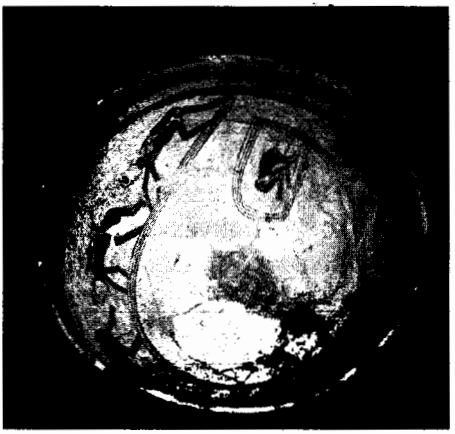


Figura 17. Cajete con motivos antropomorfos. Cultura Mogollón.

Figura 18. Muros de lodo acumulado. Casas Grandes, Chihuahua.

esquinas se descubrieron entierros humanos con bellas ofrendas de cerámica y lítica, así como cuatro hornos para procesar el agave y obtener una bebida alcohólica. La Unidad 3 está integrada por el juego de pelota, en forma de "I" con sus bordes ligeramente redondeados, de influencia totalmente mesoamericana. La Unidad 6 la forman un grupo de cuartos donde se descubrieron muchos fragmentos de metates, manos de metates y entierros con ofrendas.

La Unidad 7 es particularmente interesante, pues comprende los criaderos de pericos y guacamayas, así como las hornillas para proporcionar calor a esos animales en tiempo de invierno. En la Unidad 2 se encontraron evidencias de 38 cuartos y las llamadas "coconeras", pequeños cubículos que seguramente servían de nido a los guajolotes.

Las edificaciones de Paquimé llegaron a tener más de seis pisos, según algunos cronistas y viajeros de los siglos XVI y XVII; todas ellas construidas de arcilla y gravilla, no de adobe propiamente dicho, sino de lodo acumulado sin material orgánico, como barbas de pino o estiércol de animales. Los muros se construían con el sistema de cajones hechos con tablones de madera de pino, donde se vaciaba el lodo. El grueso de los muros varía de 1.40 m en los primeros niveles y hasta 50 cm en las partes altas, y con muros delgados hacían algunas adaptaciones interiores. No hay evidencia de que se iniciaran cimentaciones como las que ahora conocemos; sólo se hacía una pequeña ranura de unos 25 cm de profundidad donde se empotraba el muro. Terminados los muros, se recubrían con una mezcla del mismo material, configurando grandes bloques de una sola pieza, luego se aplicaba otra capa más fina, y por último, un enlucido hecho de arena delgada, cal y polvo de conchas de ostión. Después se pintaban los muros, generalmente de colores azul, verde y rosa, obtenidos de pigmentos minerales y vegetales. Los pisos y escaleras también eran estucados. Las habitaciones tenían en promedio 2.50 m de altura; contaban con su hornilla y una cama hecha de delgados morillos empotrados en los muros, regularmente altas, de forma que eran necesarios unos escalones hechos también de lodo, para llegar al lecho.

Las llamadas "galerías" son enormes cuartos donde no se encontraron evidencias de hornillas ni camas, por lo que se supone que fueron espacios utilizados como almacenes; además tenían postes de madera de pino aprovechados como columnas, a los que en su parte superior se les ponían unas lozas de piedra de forma circular, generalmente de 70 cm de diámetro y 10 cm de espesor, con un hueco cuadrado en el centro donde se empotraba la espiga del poste. Este soporte o cabezal hacía las veces de capitel; sobre él descansaban los morillos que sostenían el techo, que a la vez servía de piso el siguiente nivel.

Las puertas eran muy angostas en su parte inferior y más amplias arriba, obligando a quienes cruzaran a entrar de lado; además son bajas, lo que obliga a inclinar el cuerpo. Algunas de estas puertas tenían dintel de madera, otras solamente el mismo material de construcción: lodo. Unas son de forma

arqueada, predominando las rectangulares. La mayoría de los cuartos en todo este laberinto de construcciones se comunica entre sí.

Tenían también un eficiente sistema de ventilación mediante ventanas ubicadas en la parte superior de las puertas. Las escaleras se hacían hacia la parte interior como una medida de seguridad. Los techos, de los que lamentablemente no quedan evidencias, seguramente fueron de terrado, consistente en poner morillos de pino; sobre éstos colocaban un emparrillado de tallos delgados de jarilla o de carrizo, y sobre esta cama, una gruesa capa de arcilla y gravilla alisada, dándole una ligera inclinación para facilitar la caída del agua de lluvia, misma que se hacía bajar por troncos acanalados para que no afectara a los muros. Sobre la capa de arcilla se ponía un enlucido de estuco a manera de impermeabilizante. La orientación de todas las construcciones era hacia los puntos cardinales y agrupadas en torno a grandes plazas o patios.

La ciudad tenía un ingenioso sistema de ductos: uno para hacer llegar el agua rodada que se canalizaba desde el cercano río Casas Grandes y otro para hacer salir las aguas sucias. Estos canales eran rectangulares, de unos 30 cm por lado, hechos de lajas de basalto.

Cuando se atendieron los trabajos arqueológicos, se rescataron numerosas muestras de carbón, mismas que se aprovecharon para fechamientos mediante el procedimiento de carbono 14, lo que permitió fechar los distintos periodos distinguidos durante las exploraciones y excavaciones en Casas Grandes y numerosos sitios vecinos, reconocidos hoy en las colonias Enríquez, Altamirano, Rancho Piñuelas, Lázaro Cárdenas, Rancho San José, La Estancia y muchos otros, pudiéndose establecer cuatro grandes épocas de la Cultura Casas Grandes:

–Periodo Viejo, comprendido entre el 700-1060 dC, momento en que se establecen en la región los grupos Pueblo; surge y crece la ciudad de Casas Grandes y comienza a desarrollar sus relaciones de comercio con sus vecinos del norte y hacia el sur con Mesoamérica.

–Periodo Medio: se ubica del 1060-1340 dC; es la época de mayor esplendor de la cultura Casas Grandes; su cerámica es de las más bellas, el comercio alcanza un gran desarrollo y se advierte la influencia mesoamericana, principalmente tolteca, en los estilos constructivos de piedra, el juego de pelota, el ritual, etcétera. A partir del 1200 se percibe cierta decadencia, tal vez por sequías prolongadas, plagas, enfermedades,

invasiones; se interrumpe el comercio a larga distancia, decae la producción, se debilitan los grupos rectores y, finalmente, el ataque de grupos enemigos acaba con el esplendor de esta gran ciudad hacia el 1340 dC.
–Periodo Tardío, 1340-1660, se caracteriza por la decadencia que se advierte en los estilos cerámicos y arquitectónicos de esta cultura.
–Por último tenemos el Periodo Españoles, que se ubica entre 1600 y 1821, y que corresponde ya a la presencia de los europeos en esa área.

De acuerdo con reconsideraciones arqueológicas llevadas a cabo recientemente en Casas Grandes, y con los mismos materiales culturales, se plantea una cronología que ubica al Periodo Medio en los siglos XIV y XV, considerando además, que fue el de mayor auge en Casas Grandes.[28]

Casas Grandes queda comprendida en la subárea cultural de Oasisamérica, que abarca una parte del suroeste de Estados Unidos, y en México, parte de los estados de Sonora, Chihuahua, Durango y Zacatecas. Se le considera como una prolongación meridional de la cultura Anasazi, grupo en el que se engloba a los Basket Makers, los Cliff Dwellers y los grupos Pueblo. Estos últimos se establecieron en el Valle de Casas Grandes y en algunas estribaciones de la Sierra Madre Occidental, llegando hasta el sur de Durango y este de Zacatecas, donde se localizan numerosas evidencias de la variante de Constructoras de Casas en los Acantilados (véase figura 19).

Construcciones del estilo de Casas Grandes las encontramos desde las márgenes del río Gila en los estados de Colorado y Arizona en Estados Unidos, y en México, en los estados de Sonora, Chihuahua, Durango y Zacatecas, aunque con algunas variantes locales. En el Valle de Casas Grandes son numerosos los sitios de este estilo, así como a lo largo del Cañón del río Piedras Verdes, donde en las construcciones se utilizó piedra y lodo o arcilla, mientras que en el Valle de Casas Grandes se usó sólo tierra arcillosa. Algunas crónicas muestran a Casas Grandes como lugar de escala en la peregrinación de los mexicas, de ahí que se le llame "Ruinas de Moctezuma"; también se le ha considerado como la mítica Aztlán, lugar de inicio de la peregrinación. La cultura de Casas Grandes también es similar a la cultura Mogollón del suroeste de Estados Unidos, pues seguramente algunos de esos grupos llegaron hasta ese lugar.

Los constructores de Casas Grandes primeramente habitaron en cuevas, donde nos dejaron evidencias de su presencia, como en la Cueva del Tra-

[28] Braniff, comunicación personal, octubre de 1990.

Figura 19. Casas en los acantilados. Cerro Blanco, Durango.

gadero, Cueva de la Laja, de la Olla, la Ventana y otras; pero por el año 1000-1100 dC se empiezan a establecer en los valles, cerca de sus cultivos, siendo así, seguramente, como surgió Paquimé. Entre los años 300-1200 dC se dan los contactos norte-sur, sobre todo con Mesoamérica y el gran suroeste de Estados Unidos, posiblemente a través de la Sierra Madre Occidental. Por los años 1050-1300 dC llega la influencia mesoamericana. Por esta época comienzan los trabajos en cobre, el juego de pelota, el culto a Quetzalcóatl, los trabajos de pluma, el control del agua, el trabajo en concha y caracoles marinos, y otros elementos que son propios de las culturas y grupos vecinos de Mesoamérica.

Los pobladores de Casas Grandes tenían una agricultura organizada y desarrollada, basada en el cultivo del maíz, el frijol, la calabaza y el chile principalmente, dedicándose también a la caza, la pesca y la recolección. El comercio a larga distancia fue otra actividad que alcanzó un gran desarrollo. La gente de Casas Grandes obtenía casi todas las materias primas de lugares distantes, como Arizona y Colorado, de donde provenía la piedra verde veteada con la que hacían hachas y artefactos de uso ceremonial y algunos objetos de ornato. De esa misma área obtenían el cobre, que sabían trabajar hábilmente y en todas las técnicas: el martillado en frío, fundido y moldeado, filigrana y cera perdida. El trabajo en pluma fue algo que llevaron a un alto desarrollo, elaborando bellos mosaicos, finas mantas y estandartes. Mucha de la pluma fina la obtenían por comercio de las zonas tropicales del sur, pero

además tenían sus propios criaderos de aves, como guajolotes, loros, pericos, guacamayas y otras de bello plumaje, de los que nos quedaron numerosas evidencias arqueológicas, como son los lugares donde anidaban, y las vasijas en que les daban de comer y beber.

Hubo también un intenso comercio de caracolas y conchas, que trabajaban bellamente y que obtenían de las costas del Golfo de California o Mar de Cortés; la turquesa, que obtenían de las minas de Arizona y Nuevo México, fue otro material que supieron aprovechar para confeccionar cuentas y placas para pendientes, anillos y pectorales; el hueso de origen animal y humano también fue trabajado; la pirita, la hematita, el cristal de roca, el sílex, la obsidiana y el cuarzo fueron algunas de las materias primas objeto de comercio.

Su cerámica es de gran calidad y denota una gran sensibilidad y refinado gusto artístico y es, indudablemente, de las más bellas del México antiguo; en su acabado advertimos un gran dominio de técnicas por parte de los grupos que las elaboraron. Es de paredes delgadas, fino enlucido y decoración en su exterior o en su interior con base en motivos geométricos y de animales muy estilizados, generalmente pericos, guacamayas y serpientes. Los colores empleados son el rojo y el negro sobre un fondo crema. Las formas son infinitas, pues lo mismo encontramos ollas, cajetes, tecomates, vasijas zoomorfas y antropomorfas; las mismas piezas las encontramos en miniatura, que pudieron servir como juguetes o piezas votivas. Elaboraron una gran variedad de vasijas de uso común, doméstico, las que se caracterizan por ser del color natural de la arcilla empleada (rojizas), o bien ennegrecidas por exposición al fuego para la cocción de alimentos; generalmente carecen de decoración, aunque algunas presentan grecas o líneas incisas precocción, y otras, bicromía, negro sobre rojo, por ejemplo (véase figura 20).

Desde luego, lo más notorio son las cerámicas decoradas con base en motivos geométricos, en una amplia gama de diseños que, sin embargo, guardan proporción y equilibrio sin apartarse del estilo. Tenemos también numerosas piezas antropomorfas que son auténticos retratos de personajes de Casas Grandes, en que podemos apreciar la indumentaria, los adornos, los tocados y el tatuaje, entre otros. Las piezas zoomorfas son igualmente hermosas, y nos muestran algunos animales que seguramente formaron parte del ecosistema de Casas Grandes o Paquimé, o bien que fueron aprovechados en la dieta de sus habitantes; entre otros podemos reconocer al tejón, al tlacuache, al perico, al pavo salvaje o guajolote, al pato, etcétera.

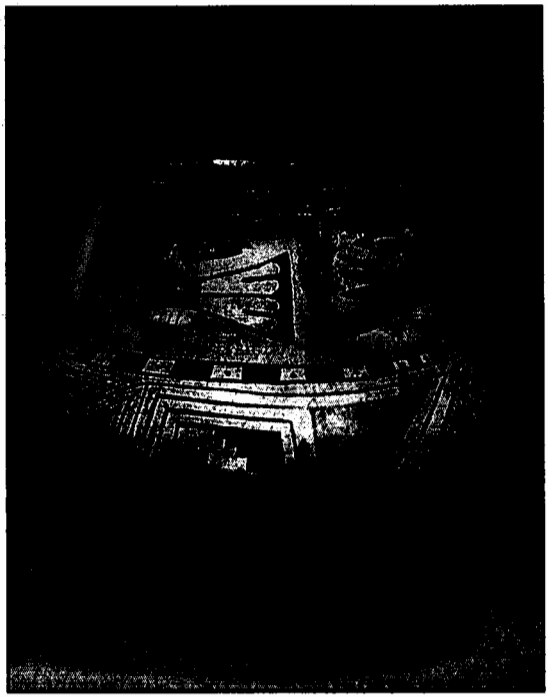


Figura 20. Vasija efigie. Cultura de Casas Grandes.

Las herramientas que utilizaban para diversas actividades eran hechas de piedras, como el basalto, el cuarzo, la andesita, el sílex, la obsidiana, la riolita veteada y otras, así como la madera previamente endurecida al fuego. La piedra sólo se utilizó en la construcción de estructuras ceremoniales, pero no trabajada, sino rústica, acomodada sin mortero, conformando plataformas que rellenaban con tierra y escombro. Algunas de éstas afectan formas caprichosas de ave, corazón y otras; el acceso a niveles superiores se hacía por rampas o escaleras.

Hacia 1340, Paquimé fue atacada, saqueada, quemada y abandonada. La destrucción de Casas Grandes seguramente se debió al asedio de que fue objeto por parte de los distintos grupos belicosos seminómadas que la rodeaban, principalmente los apaches y algunos grupos como los mimbreños, gileños, mezcaleros, lipanes, tepehuanes, conchos, sumas, caguates, jimanos, etcétera; a la llegada de los europeos, todavía alrededor de unas 93 tribus diferentes merodeaban por la región. A la fecha, sólo sobreviven algunos gru-

pos como los tarahumaras, aurojías, pimas, tubaras, todos del tronco etnográfico sonorense-ópata-pima.

Para concluir, retomamos un párrafo del arqueólogo Eduardo Contreras (1914-1986), quien por muchos años trabajó en ese sitio:

> Los restos de la ciudad que afortunadamente aún se conservan, constituyen el testimonio irrecusable del desarrollo cultural debido al esfuerzo de superación de un grupo humano que, unido por las mismas creencias, necesidades, costumbres y anhelos, pasa de la condición errante y semisalvaje, a la culta y civilizada, y constituye una hermosa y floreciente ciudad donde sus habitantes disfrutaron de una vida cómoda y muy agradable.[29]

Los trabajos arqueológicos y las investigaciones sobre la cultura Casas Grandes continúan, y seguramente nos ayudarán a entender mejor diversos aspectos de la vida de los grupos que en el pasado habitaron estas regiones.

Aridamérica es sin duda la subárea cultural menos atendida; esto es comprensible pues la abundancia de sitios arqueológicos monumentales de Mesoamérica, que además cuentan con la infraestructura para ser trabajados y abiertos al público, siempre han tenido prioridad. Oasisamérica –del lado norteamericano– ha sido suficientemente estudiada y los sitios que escaparon a la destrucción en los inicios de la colonización de esas tierras y por causa de la urbanización, agricultura e industrialización, son debidamente atendidos. Del lado mexicano, sólo Casas Grandes ha sido trabajado intensivamente; muchos de los sitios adyacentes y los que se ubican en la Sierra Madre Occidental, sólo han sido estudiados y mínimamente protegidos. La variante que llamamos de los Constructores de Casas en los Acantilados, que se extiende por Durango y aún más al sur, hasta ahora no se ha investigado.

Consideramos que el norte de México, con todas sus subáreas culturales, constituye una reserva para la investigación del futuro; las sorpresas que aporte están reservadas a las nuevas generaciones de arqueólogos.

Bibliografía

Aveleyra Arroyo de Anda, Luis, Manuel Maldonado-Koerdell y Pablo Martínez del Río, *Cueva de la Candelaria,* vol. I, México, INAH/SEP, 1956. Memoria del Instituto Nacional de Antropología e Historia.

[29] Contreras, *Antigua ciudad de Casas Grandes*, p. 15.

BRANIFF, Beatriz, "Arqueología del norte de México", en *Los pueblos y señoríos teocráticos,* México, SEP/INAH, 1975, pp. 217-272.

CONTRERAS SÁNCHEZ, Eduardo, *Antigua ciudad de Casas Grandes, Chihuahua (Paquimé),* México, INAH, Dirección de Monumentos Prehispánicos, 1985. Cuaderno de Trabajo I.

COVARRUBIAS, M. y Daniel Rubín de la Borbolla, *El arte indígena de Norteamérica,* México, INAH/NGASI/IMNCR, 1945.

GARCÍA MARTÍNEZ, Bernardo, "Consideraciones corográficas", en *Historia General de México,* t. I, México, SEP/FI-El Colegio de México, 1981.

INAH, "Noticias de los museos", en *Boletín*, México, INAH, abril de 1961.

MARTÍNEZ CARAZA, Leopoldo, *El norte bárbaro de México,* México, Panorama Editorial, 1983.

MARQUINA, Ignacio, *Arquitectura prehispánica,* México, INAH/SEP, 1964.

MELGAREJO, José Luis, *Antigua historia de México,* t. I, México, SEP/Documentos, 1975.

NÁREZ, Jesús, *Materiales arqueológicos de Tlapacoya,* México, INAH, 1990. Colección científica núm. 204, Serie Arqueológica.

_____, *Casas Grandes, Catálogo de las colecciones arqueológicas del Museo Nacional de Antropología,* México, INAH, 1991a.

_____, *Oasisamérica, Catálogo de las colecciones arqueológicas del Museo Nacional de Antropología,* México, INAH, 1991b.

OPPELT, Normant, *Guide to Prehistoric Ruins of the Southwest,* Boulder, Pruett Publishing Company, 1989.

ROMANO, Arturo, "Prólogo", en *Los textiles de la Cueva de la Candelaria, Coahuila,* México, INAH/SEP, 1977.

VIVÓ, Jorge A., "El marco geográfico del norte de México", en *El norte de México y el sur de Estados Unidos,* tercera reunión de mesa redonda sobre problemas antropológicos de México y Centro América, México, Sociedad Mexicana de Antropología, 1944.

WEITLANER JOHNSON, Irmgard, *Los textiles de la Cueva de la Candelaria, Coahuila,* México, INAH/SEP, 1977.

La frontera septentrional de Mesoamérica

Beatriz Braniff Cornejo*

Introducción

Este trabajo se dedica a las interrelaciones que existieron entre aquellos grupos prehispánicos que habitaron la porción septentrional de Mesoamérica, incluyéndose el llamado "Occidente" de México y la zona norcentral y nororiental, llamada "Mesoamérica Septentrional" (véase figura 1), y las regiones al norte que no son mesoamericanas. Estas interrelaciones se infieren de la similitud que existe entre algunos materiales arqueológicos presentes en ambas regiones, que puede ser explicada en razón de contactos entre los diferentes grupos que los produjeron.

El título de este ensayo incluye los términos "Mesoamérica" y "Norte" (este último llamado por los norteamericanos el "Suroeste" y "Gran Suroeste") que son conceptos relativamente ambiguos puesto que manejan valores sobreentendidos mal definidos, que incluyen territorios, fronteras y categorías culturales cambiantes organizadas dentro de esquemas rígidos (como el Preclásico, el Clásico, y un Colonial que se inicia en 1521 dC). El concepto de "Suroeste" es inaceptable puesto que hoy en día no sólo se refiere a una región que originalmente se encontraba en esa porción de Estados Unidos, sino que se ha extendido para incorporar culturas del norte de México y partes del septentrión mesoamericano.[1]

Sigue siendo importante la argumentación sobre el concepto de Mesoamérica para poder definir su esencia y su frontera. En reciente ensayo he hecho un intento de este tipo, para entender su límite septentrional;[2] y para la

*Arqueóloga, coordinadora general del Centro de Estudios Antropológicos del Occidente del INAH-Universidad de Colima, Colima.

[1] Ortiz, "Southwest", p. ix; Di Peso, "Prehistory: Southern Periphery".

[2] Braniff, "Oscilación de la frontera norte mesoamericana: un nuevo ensayo".

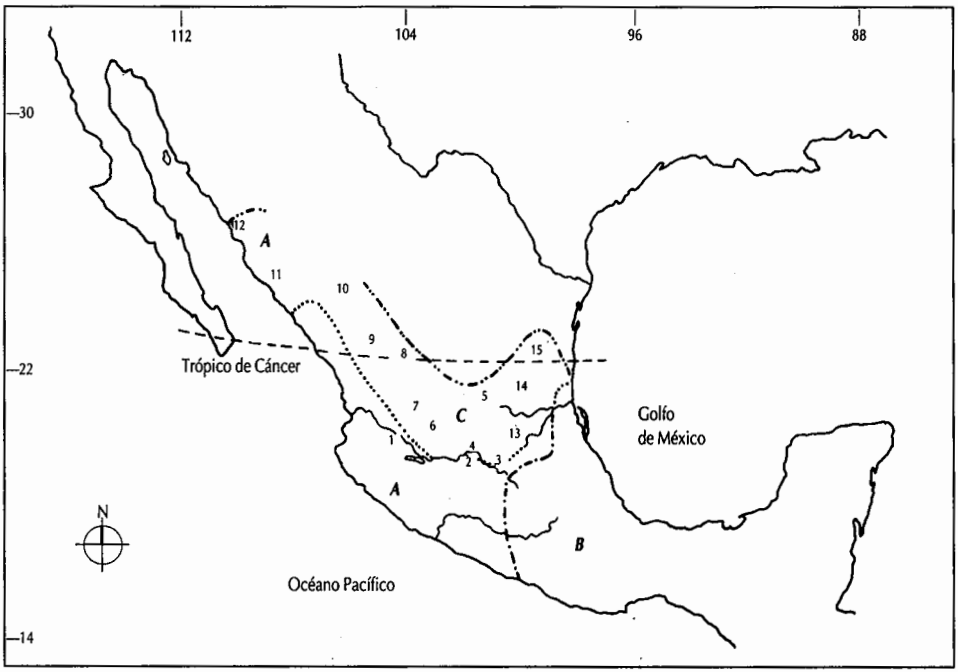


Figura 1. *A:* Occidente; *B:* Mesoamérica Olmeca; *C:* Mesoamérica Septentrional. Frontera mesoamericana del siglo XVI...; del siglo IX .....

1. Teuchitlán, Jal.
2. Chupícuaro, Gto.
3. San Juan del Río, Qro.
4. Morales, Gto.
5. Villa de Reyes, S.L.P.
6. Cerro Encantado, Jal.
7. La Quemada, Zac.
8. Chalchihuites, Zac.
9. Schroeder, Dgo,
10. Zape, Dgo.
11. Mochicahui, Sin.
12. Huatabampo, Son.
13. Sierra Gorda, Qro.
14. Río Verde, S.L.P.
15. Sierra de Tamaulipas

región extramesoamericana, he utilizado el concepto de la "Gran Chichimeca" como ha sido presentada por Charles Di Peso,[3] quien define a una región geográfica ubicada el norte del Trópico de Cáncer, pero en el siglo XVI al norte del río Lerma, cuyo medio ambiente es característicamente árido, donde vivieron culturas de diferente categoría que no pueden incorporarse dentro de una sola área cultural –como lo implican los términos Suroeste y Gran Suroeste– ni tampoco dentro de dos áreas –Oasis y Aridoamérica– como lo propusiera Kirchhoff.[4]

[3] Di Peso, "Casas Grandes and the Gran Chichimeca".
[4] Kirchhoff, "Los recolectores-cazadores del norte de México"; "Relaciones entre los recolectores-cazadores del norte de México y las áreas circunvecinas".

Las relaciones entre culturas han sido utilizadas para entender no sólo problemas de transculturación, sino para explicar el desarrollo de ciertas entidades, que se ve como el resultado de una "colonización" o "satelización" por culturas más fuertes y complejas. En una época, la "difusión" de ideas y objetos sería *per se* la explicación de tales cambios y desarrollos, sin reconocer la importancia del contexto social y político en que éstos se daban; en otro tiempo el enfoque sería ecologista argumentándose que la exitosa adaptación al medio permitiría la reorganización de sociedades que en esta forma alcanzarían una mayor energía, complejidad, población y territorio. Muy relacionado con esta última proposición, un modelo considera que los "cacicazgos" y los "estados" así conformados son *per se* los núcleos poderosos de irradiación y transformación. Otro modelo más utiliza la actividad comercial como fundamento de la ampliación territorial y desarrollos consecuentes.[5] En los años ochenta la tendencia ha sido explicar las interrelaciones, especialmente aquellas que se establecen a larga distancia, con base en la adaptación del modelo llamado "Sistema Mundial" o "Economía Mundial", que fue utilizado primeramente para entender la expansión y colonización de las naciones del Renacimiento y que fue aplicado después a sistemas precapitalistas.[6] Un reciente estudio retoma estos problemas y propone nuevos ensayos sobre "centros y periferias".[7]

Otro diseño más reconoce que los cambios sociales, a cierto nivel de desarrollo, pueden ser producidos en forma endógena: es el modelo de "unidades políticas en igualdad",[8] pero aquí también se reconocen las relaciones externas como parte fundamental de los procesos de desarrollo. Existe además otra serie de enfoques relacionados con intercambios a nivel pre- o no estatal, que funcionan antes de o paralelamente a las empresas institucionalizadas que se relacionan con los cacicazgos y los estados. Dentro de éstas pueden incluirse los intercambios a nivel de subsistencia básica y ciertos préstamos asociados al prestigio.[9] La información etnográfica mexicana también nos hace ver que funcionan otras interrelaciones de carácter popular que incluyen cultos y ritos menores y comercio e intercambio, que son ajenos a los mercados controlados, que debieron funcionar en épocas pasadas. Nos falta estudiar con mayor detenimiento los sistemas de comercio

[5] Litvak, "En torno al problema de la definición de Mesoamérica".
[6] Wallerstein, *The Modern World System. Studies in Social Discontinuity*, Braudel, *Civilización material, economía y capitalismo, siglos XV-XVIII*, Whitecotton y Pailes, "New World Precolumbian World Systems".
[7] Champion, "Center and Periphery".
[8] Renfrew, "Introduction: Peer Polity Interaction and Socio-political Change".
[9] Nelson, "Pochtecas and Prestige: Mesoamerican Artifacts in Hohokam sites".

y control político que se consignan en los documentos históricos de México, que nos servirían para establecer modelos apegados a nuestra realidad.

Se recomienda la lectura de las obras citadas pues es imposible resumir aquí los varios ejemplos que se dan de la aplicación de los modelos propuestos.

Además de estas consideraciones teóricas que tienden a explicar la esencia de la transculturación y el desarrollo, cuando hablemos de núcleos y periferias debemos aplicar algunas reglas lógicas. Una de ellas requiere corroborar la contemporaneidad de la metrópoli y de su supuesta periferia. Por poner sólo un ejemplo, se ha dicho que comerciantes toltecas establecieron una base en Casas Grandes, Chihuahua. Sin embargo, ésta es posterior a Tula, por lo que requiere de otra explicación para entender la evidente similitud de algunos materiales. Es necesario igualmente corroborar que los productos que surten las periferias existen en realidad en el núcleo o metrópoli.

Otra regla recomienda la evaluación de la categoría de los materiales compartidos, pues ello implica una diferente estructura de relación. Por ejemplo, la introducción del maíz en regiones extramesoamericanas al norte, necesariamente requiere de una diferente explicación que la introducción del juego de pelota: el primero puede ser producto de una interrelación a nivel preestatal; pero el segundo puede ser el símbolo ideológico de una colonización y explotación activa por parte de una metrópoli. La asociación con otros materiales nos podrá dar la pauta del tipo de relación de que se trata.

Casi ninguno de estos aspectos ha sido considerado en la región de nuestro interés, lo que nos fuerza a presentar la información que tenemos a la mano de una manera muy superficial, *quasi* difusionista. Sin embargo, hemos incluido algunas ideas que pueden preparar el camino para un mejor entendimiento de estos problemas de interrelación entre Mesoamérica y el Norte, o mejor dicho, entre las unidades económicas y políticas que conformaron esta área cultural y las regiones septentrionales.

Por una parte, debemos reconocer que Mesoamérica, desde muy temprana edad (1200 aC), estaba constituida por unidades que tenían la fuerza económica, política y social para integrar satélites de varios tipos, por lo cual algunas de las formas de interrelación pudieron ser posibles desde entonces. Sin embargo, el desarrollo del carácter protourbano que se da en el Preclásico superior[10] y en especial en el momento de la Revolución Urbana del Pre-

[10] Niederberger, *Paléopaysages et archéologie preurbaine du bassin de Mexico*, p. 695.

clásico terminal y Protoclásico (200 aC-150 dC), permite la consolidación, la colonización de nuevos territorios[11] y el auge de empresas de carácter macrorregional. Podemos inferir que en esos momentos debieron existir interrelaciones y también rivalidades entre los estados en emergencia, para ensanchar sus territorios a la manera del modelo de "unidades políticas en igualdad" que hemos esbozado. Para estos tiempos protourbanos y en el límite norte de Mesoamérica, existían por lo menos tres grandes sitios que pueden considerarse como los núcleos de unidades políticas en igualdad: Teuchitlán en Jalisco,[12] Chupícuaro en Guanajuato[13] y Cuicuilco en la cuenca central de México.

Mesoamérica Septentrional y el Occidente de México

Es importante anotar que es precisamente en el Preclásico terminal, cuando Mesoamérica se expande al norte del río Lerma integrando, en forma dispersa, a una nueva región que llamo Mesoamérica Septentrional.[14] Su frontera norteña estaría sólo limitada por condiciones de aridez, donde la agricultura de temporal –diagnóstico fundamental de Mesoamérica– es imposible.[15] Es también en esta época cuando se comienzan a esbozar, con mayor claridad, relaciones entre el Occidente de México y el noroeste –que incluye el suroeste de Estados Unidos– por lo que podemos sugerir que esta ampliación está directamente relacionada con el desarrollo político y económico de los primeros estados mesoamericanos. Para corroborar esta idea es esencial que se estudien con cuidado los materiales arqueológicos de estas nuevas colonias, tanto para reconocer su filiación, como para distinguirlas de las poblaciones originales, que supuestamente no eran agrícolas.

Esto requiere, entre otras cosas, de un análisis minucioso de la lítica, de la cerámica doméstica (no sólo la de lujo y ritual), de la arquitectura, que "es una manifestación material de otras homologías relacionadas con la organización social y con el sistema de creencias",[16] y de los símbolos iconográficos, que son sistemas de comunicación e integración social, conceptos

[11] Olivé, "Estado, formación socioeconómica y periodificación en Mesoamérica", pp. 92, 95-96.
[12] Weigand, "Evidence for complex societies during the western Mesoamerican Classic period", p. 64.
[13] Castañeda *et al.*, "Interpretación de la historia del asentamiento en Guanajuato", p. 323.
[14] Antes llamé a esta misma región Mesoamérica Marginal, pero este último término no es correcto pues incluye conceptos de retraso cultural.
[15] Braniff, "Oscilación de..."
[16] Renfrew, "Introduction, Peer Polity...", p. 5.

religiosos y formas de poder.[17] Es fundamental establecer la razón de ser de estas nuevas colonias –si es que en realidad lo fueron–. ¿Qué materiales podrían haber surtido a las metrópolis? ¿Son estas interrelaciones la representación de sistemas de explotación y dominación como lo proponen los modelos de sistemas mundiales o son simplemente intercambios a nivel igualitario?

La nueva Mesoamérica Septentrional alcanzó su máximo desarrollo durante el horizonte Clásico (200 dC-900/1000 dC), edificándose complejos asentamientos como los de La Quemada y Chalchihuites en Zacatecas;[18] Peralta, Los Gatos, San Miguel Viejo en Guanajuato,[19] entre otros. En este tiempo se pueden distinguir dos regiones diferentes: una que incluye el sur de Querétaro, Guanajuato, el altiplano potosino, Zacatecas y Durango, que muestra relaciones con el Occidente de México y al parecer es autónoma del poderío teotihuacano; y otra región, hacia el noreste, que incluye la Sierra Gorda queretana y potosina, la región de Río Verde y Guadalcázar en San Luis Potosí, y la sierra de Tamaulipas, que muestra claras conexiones con Teotihuacan y con las culturas del Golfo (El Tajín, la Huasteca).[20] Estas dos regiones tienen arquitecturas y materiales distintos, y son la base de distintas interrelaciones hacia el norte que especificaremos adelante.

A fines del primer milenio de nuestra era, se reconoce en toda esta región, como sucede en el resto de Mesoamérica, una serie de movimientos que aunque son de diferente calidad, deben estar entrelazados. A la caída de Teotihuacan, en los valles centrales de México y específicamente en Tula, Hidalgo, se deja sentir una primera oleada de los norteños con el tipo cerámico Coyotlatelco, que tiene sus orígenes en el Clásico, en la región Guanajuato-Querétaro.[21] Durante el Posclásico temprano, otra oleada introduce a Tula muchos elementos procedentes de la misma región y de Zacatecas: arquitectura, cerámica, el *chac mool,* el *tzompantli,* los tipos cerámicos llamados "blanco levantado" y *cloisonné;* representaciones del águila devorando a la serpiente, etcétera.[22]

[17] Niederberger, *Paléopaysages...*, pp. 747-752.

[18] Hers, *Los toltecas en tierras chichimecas.*

[19] Zepeda, *El desarrollo de un núcleo poblacional asentado en la confluencia de los ríos Lerma y Guanajuato*, p. 56; Martínez y Nieto, *Distribución de asentamientos prehispánicos en la porción central del río Laja*, fig. 38.

[20] Véase bibliografía respectiva en Braniff, "Oscilación...".

[21] Braniff, "Secuencias arqueológicas en Guanajuato y la Cuenca de México; Mastache y Cobean, "Tula", p. 277.

[22] Braniff, "Secuencias arqueológicas..."; Hers, *Los toltecas...*

Hacia 900/1000 dC la mayor parte de Mesoamérica Septentrional –si no es que toda– fue abandonada por los grupos cultivadores, y durante el Posclásico temprano sólo cuatro sitios (uno en el altiplano potosino, dos en Guanajuato y otro en Querétaro) muestran relaciones con Tula, inferidas con base en materiales cerámicos intrusivos de la fase Tollan.[23] En el suroeste de Guanajuato persisten en esos tiempos grupos cultivadores con cerámicas similares a las anteriores, pero diferente arquitectura, y la presencia tarasca se deja sentir en el sur de la entidad a partir de 1350 dC hasta tiempos cercanos a la Conquista.[24]

A excepción de estos grupos que se ubican en el sur de Guanajuato, el abandono de todas estas tierras septentrionales por parte de los pueblos agrícolas hacia 1200 dC, coincide con el ocaso del poderío tolteca, que ha sido asociado a una época de aridez que continuaría hasta el momento de los contactos.[25] Esa fecha coincide igualmente con el abandono y reubicación de poblaciones dentro del Suroeste de Estados Unidos, que también han sido explicadas –en parte– por razones de aridez.[26] Es especialmente interesante anotar que hacia esas mismas fechas cambia el tipo de importaciones de carácter mesoamericano en esa región, lo que debe estar vinculado con la desaparición de la Mesoamérica Septentrional y con la revitalización de las rutas costeras en Occidente.

El desarrollo histórico del Occidente de México se describe en otra parte de este volumen, por lo que sólo nos referiremos a ciertos aspectos que tienen relación con nuestro problema. Por una parte, el Occidente sigue un desarrollo que es contemporáneo al resto de Mesoamérica, iniciándose a partir del Formativo o Preclásico temprano, pero siguiendo pautas diferentes a las del mundo olmeca.[27] Igualmente alcanza un nivel protourbano en el Preclásico tardío cuando el sitio de Teuchitlán, Jalisco, al que ya hicimos referencia, se convierte en un núcleo político y económico que controla regiones en Nayarit, Michoacán, Colima y sitios dispersos en el sur de Zacatecas.[28]

En la región costera, tal como sucedió hacia el sur, los esteros que mantienen matorrales de manglar debieron ser sitios privilegiados para las poblaciones pioneras mesoamericanas, en su paulatino desarrollo hacia el

[23] Braniff, "Secuencias arqueológicas..."; *La estratigrafía arqueológica de Villa de Reyes, S.L.P.*; Crespo, *Villa de Reyes, San Luis Potosí. Un núcleo agrícola en la frontera norte de Mesoamérica.*
[24] Castañeda *et al.*, "Interpretación de la historia...", figs. 18, 19, 22 y 23.
[25] Armillas, "The arid frontier of Mexican civilization", p. 701.
[26] Cordell, *Prehistory of the Southwest*, p. 310.
[27] Weigand, "Evidence for...", p. 60.
[28] Weigand, "Evidence for...", p. 64.

norte. Este tipo de estero que se distribuye hasta el Canal del Infiernillo en la costa central de Sonora, es considerado como el ecosistema más productivo del mundo.[29] Varios sitios importantes, como los registros en Marismas Nacionales, Sinaloa,[30] y Huatabampo, Sonora,[31] pertenecen a este tipo de asentamiento que combina la agricultura con la recolección y pesca.

A pesar de lo asentado en varias obras antiguas, la complejidad del Occidente está cada vez mejor documentada y es posible inferir que llegaron a tener la potencialidad política y económica para organizarse tanto en "unidades políticas en equivalencia", como en "sistemas mundiales". Esto es sobre todo evidente en el Posclásico, especialmente después de 1200 dC, cuando se organiza un enorme sistema asociado al comercio del cobre y de la turquesa, que en forma encadenada une al Suroeste de Estados Unidos, a través de Casas Grandes y el Occidente, hasta la región mixteca poblana y Chichén Itzá.[32] En el momento de los contactos europeos, Culiacán había alcanzado un nivel urbano.[33]

La frontera mesoamericana en el Occidente osciló en el tiempo: durante el Clásico se extendió hasta Huatabampo, en el río Mayo;[34] hacia 1200 dC en el río Fuerte, ya en Sinaloa;[35] en el río Sinaloa en el siglo XVI[36] y en el San Lorenzo, donde se asentó la primera colonia hispana.[37] Ya hemos mencionado que en la Mesoamérica Septentrional, la mayor parte del territorio fue abandonada por grupos cultivadores hacia 1000 dC, pero en Durango, la llamada cultura Chalchihuites perduró hasta 1350 dC. Esta región estaba intercomunicada con la costa del Pacífico y probablemente también con la región Mogollón en Nuevo México.[38]

Las interrelaciones entre Mesoamérica y las regiones al norte estuvieron determinadas en gran medida por estas oscilaciones culturales, regionales y ecológicas que hemos descrito someramente. La costa del Pacífico fue utilizada por grupos agrícolas desde tempranas fechas, estableciendo un corredor continuo hasta el sur de Sonora, y luego tierra adentro en esa misma

[29] Findley, "Aspectos ecológicos de los esteros con manglares en Sonora y su relación con la explotación humana", p. 95.

[30] Scott, "Core versus Marginal Mesoamerica. A coastal West Mexican perspective".

[31] Álvarez, *Huatabampo: consideraciones sobre una comunidad agrícola prehispánica en el sur de Sonora.*

[32] Kelley, "The Mobile Merchants of Molino"; Braniff, "The identification of possible elites in prehispanic Sonora."

[33] Kelly, *Excavations at Culiacan, Sinaloa*, pp. 2-5.

[34] Álvarez, *Huatabampo...*

[35] Esto se infiere de algunos materiales reportados por Manzanilla y Talavera: Informe de los trabajos de salvamento e investigación arqueológica en la población de Mochicahui, Municipio del Fuerte, Sinaloa, fotos 43-44.

[36] Kirchhoff, "Mesoamérica".

[37] Véase mapa de Ortelius, 1579 en Kelly, *Excavations at Culiacán, Sinaloa,* lám. 12.

[38] Kelley, "The Chronology of the Chalchihuites, Culture", fig. 11.5; "The Mobile Merchants of Molino", fig. 8.

entidad y Arizona. La región costera del Golfo de México, por el contrario, no muestra una continuidad de grupos agrícolas ya que la zona desértica y los cazadores-recolectores del norte de Tamaulipas y sur de Texas separan con mucha distancia a los mesoamericanos de los agricultores del Suroeste de Estados Unidos. Por otra parte, Mesoamérica Septentrional, en el primer milenio de nuestra era, constituye otra zona de gran potencialidad política y económica: su región nororiental muestra interrelaciones con las culturas del Mississippi, y la porción norcentral y noroccidental muestra afinidades con el llamado Suroeste. La desaparición de esta región mesoamericana hacia 1000 dC debió intensificar las actividades a través de la región costera de Occidente. Ya cerca de la conquista hispana, el "imperio" tarasco debió funcionar activamente en las conexiones hacia el noroeste como lo sugiere la abundancia del cobre y de la turquesa, pero debió interponerse entre Occidente y los rivales estados mesoamericanos, especialmente el mexica. La información documental sobre las estructuras de dominio y de comercio de estos estados, especialmente del mixteca que guarda muchas semejanzas con el llamado Complejo Aztatlán de Sinaloa –que es un poco anterior–,[39] debiera ilustrarnos para entender estos procesos de "sistemas mundiales" y "unidades políticas en igualdad".

Mesoamérica y sus relaciones con el norte

El tema puede organizarse de acuerdo con tres grandes direcciones (véase figura 2), que estuvieron definidas en cierta medida por el medio ambiente, ya que en el norcentro del país se extienden territorios desérticos (el desierto de Chihuahua[40]) que no fueron aptos para el asentamiento de grupos cultivadores. Esto se ve claramente en la curva circundante que sigue la frontera mesoamericana en la porción norcentral. Es lógico suponer que las intercomunicaciones entre mesoamericanos y los grupos norteños agrícolas debieron ser más fáciles a lo largo de una ruta definida por la distribución de grupos también agrícolas o, en su defecto, en zonas adecuadas para el cultivo.[41] Esto es evidente en tiempos coloniales, pues los españoles en sus primeras entradas al noreste siguieron precisamente ese patrón.[42] Sin embargo, no hay que descartar la posibilidad de intercomunicación y transferencia

[39] Kelley, "The Mobile Merchants of...", pp. 83-84.
[40] Rzedowski, *Vegetación de México*, p. 89, fig. 62.
[41] Haury, "The Greater American Southwest", fig. 1.
[42] Di Peso, *Casas Grandes, a fallen trading center of the Gran Chichimeca*, vol. 3, pp. 801-826.

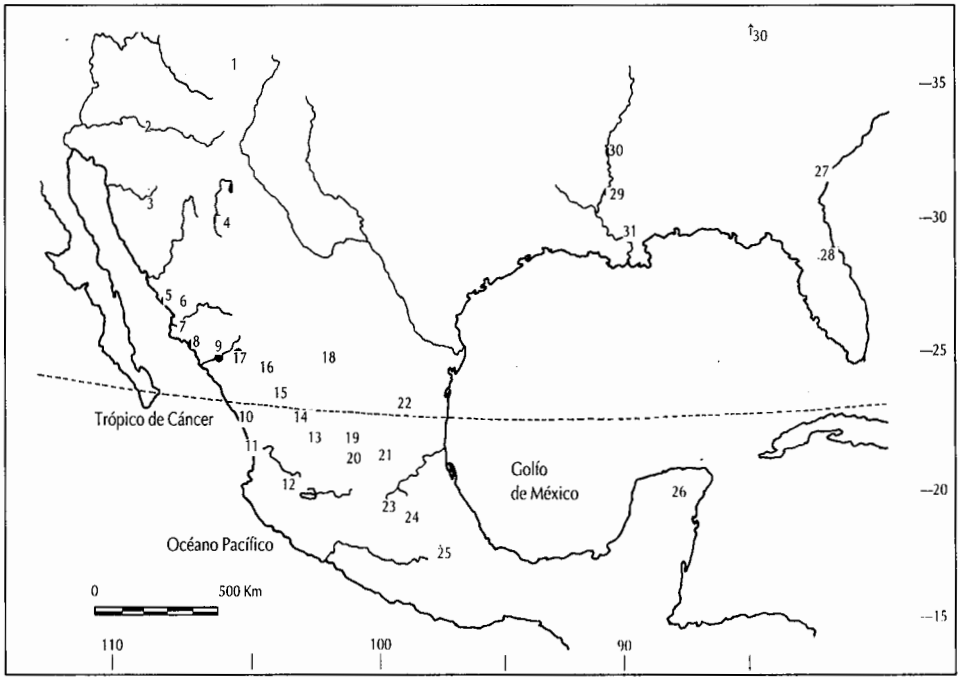


Figura 2. Sitios mencionados en el texto

1. Chaco, N. Méx.
2. Snaketown, Az.
3. Trincheras, Son.
4. Casas Grandes, Chih.
5. Huatabampo, Son.
6. Álamos, Son.
7. Mochicahui, Sin.
8. Guasave, Sin.
9. Culiacán, Sin.
10. Chametla, Sin.
11. Amapa, Nay.
12. Teuchitlán, Jal.
13. La Quemada, Zac.
14. Chalchihuites, Zac.
15. Schroeder, Dgo.
16. Molino, Dgo.
17. Topia, Dgo.
18. Candelaria y La Paila, Coah.
19. Cerrito, Zac.
20. Villa de Reyes, S.L.P.
21. Río Verde, S.L.P.
22. Sierra de Tamaulipas.
23. Tula, Hgo.
24. Culhuacán, D.F.
25. Cholula, Pue.
26. Chichén Itzá, Yuc.
27. Stallings Is., Ga.
28. Orange, Fla.
29. Poverty Point, La.
30. Adena y Hopewell, Oh.
31. Tchefuncte, La.
32. Mississippi.

de objetos de comercio de alto valor (como la turquesa y los cascabeles de cobre), que bien podían haber llevado a cabo los cazadores-recolectores del desierto.[43]

Estas tres grandes direcciones son:

a) Una que se origina en el Occidente de México y en la Mesoamérica Septentrional (con antecedentes en regiones más al sur) y que se conecta con el noroeste.

[43] Wilcox, "A historical analysis of the problem of Southwestern-Mesoamerican connections", p. 35.

b) Otra que se origina en la Huasteca, Sierra de Tamaulipas, y Río Verde, San Luis Potosí, que se dirige hacia el área de grupos aldeanos del sureste de Estados Unidos (Hopewell, Mississippi).
c) Una amplia región en el norcentro del país, donde existieron interacciones entre los grupos mesoamericanos y los recolectores-cazadores de la Gran Chichimeca.

Como veremos en adelante, estas relaciones son todas de diferente calidad. Es necesario insistir en que ni el desierto ni la Sierra Madre fueron barreras infranqueables, de tal forma que las tres arterias o direcciones arriba señaladas no son necesariamente tan precisas como aparecen a primera vista.

Interrelaciones hacia el noroeste

Nos referimos a la región que hoy en día está ocupada por Sonora, el norte de Durango y Chihuahua en México, así como el mal llamado Suroeste de Estados Unidos que incluye Arizona, Nuevo México, el sur de Utah y de Colorado.

Los materiales similares a los mesoamericanos se han ubicado tanto en el Suroeste como en Casas Grandes, Chihuahua, pero las posibles rutas de acceso hacia Mesoamérica no han podido ser bien definidas porque falta investigación tanto en los territorios septentrionales de Mesoamérica como en la región intermedia entre ésta y el Suroeste. El interés por este tema ha sido casi exclusivo de los norteamericanos, quienes enfocan el problema desde posiciones muy diferentes, desde los que explican todo desarrollo en la región como producto de la presencia mesoamericana, hasta los que ven al Suroeste como un desarrollo local. La historia de estas ideas y conocimientos se encuentra bien descrita en Wilcox,[44] y habría sólo que añadir los diferentes artículos contenidos en la antología de Mathien y McGuire,[45] en la de Foster y Weigand,[46] la información reciente sobre Zacatecas[47] y Guanajuato,[48] algunas obras de síntesis[49] y varios artículos publicados por la Amerind Foundation.[50]

[44] Wilcox, "A historical analysis...".
[45] *Ripples in the Chichimec Sea*.
[46] *The Archaeology of West and Northwest Mesoamerica*.
[47] Jiménez, "Perspectivas sobre la arqueología de Zacatecas"; Hers, *Los toltecas...*
[48] Castañeda *et al.*, "Interpretación de la ...".
[49] Braniff, "The Mesoamerican Northern Frontier and the Gran Chichimeca"; "El Formativo en el norte de México".
[50] The Amerind Foundation, *Culture and Contact*.

Es necesario recordar y hacer resaltar las obras pioneras de Haury,[51] de Ferdon[52] y de Kelley,[53] que en muchos aspectos son todavía vigentes.

Para nuestros lectores mexicanos es recomendable tener un mejor conocimiento sobre el Suroeste y sus subáreas (la Mogollón, la Anasazi y la Hohokam). Como primer paso recomiendo obras sintéticas como la de Cordell[54] y la publicada por la Smithsonian Institution.[55] Para el noroeste de México son importantes las obras sobre Chihuahua,[56] Sonora[57] y Durango.[58]

Hay una larga lista de materiales mesoamericanos que se han ubicado en el noroeste,[59] pero lo opuesto ha sido poco estudiado: la turquesa, el hacha de garganta, la puerta en T y el enderezador de astas son elementos del Suroeste que penetraron a Mesoamérica. La información histórica sugiere otros materiales importados a Mesoamérica: algodón, mantas, pieles de bisonte, plantas medicinales, esclavos y conchas, estas últimas procedentes del Golfo de California y de la Alta California.

Podríamos intentar organizar estos materiales de acuerdo con su temporalidad, pero hay muchas imprecisiones cronológicas que nos impiden hacerlo más que muy *grosso modo*. En este caso se encuentran las discrepancias entre la cronología de Sinaloa y su revisión en Amapa, Nayarit;[60] la revisión de la secuencia de la cultura de Chalchihuites y la posición de La Quemada, Zacatecas,[61] y la revisión de la secuencia Hohokam[62] cuyo inicio tiene una diferencia ¡nada menos que de 800 años! La revisión de la cronología de Casas Grandes, Chihuahua, en su Periodo Medio la coloca más tardíamente que la propuesta inicial de Di Peso,[63] y aun cuando parece que todos estamos de acuerdo con esta nueva cronología, queda ahora un vacío de 200 años con respecto al Periodo Viejo que obviamente trastorna las interpretaciones originales.

[51] "The problem of contacts between the Southwestern United States and Mexico".
[52] *A Trial Survey of Mexican-Southwestern Architectural Parallels.*
[53] "Mesoamerica and the Southwestern United States".
[54] *Prehistory of the Southwest.*
[55] *Handbook of North American Indians,* vol. 9, *Southwest.*
[56] Di Peso, *Casas Grandes, a fallen...,* vols. 1-3; Guevara, *Apuntes para la arqueología de Chihuahua;* Lister y Lister, *Chihuahua...*
[57] Braniff, *Notas para la arqueología de Sonora. La frontera protohistórica pima-ópata en Sonora;* Braniff y Felger, *Sonora: antropología del Desierto;* Gobierno del Estado de Sonora, *Historia General de Sonora,* vol. 1.
[58] Kelley, varias publicaciones 1956-1986; Foster, "The Loma San Gabriel occupation of Zacatecas and Durango, México"; Lazalde, *Durango indígena.*
[59] Kelley, "Mesoamerica and the..."; McGuire, "The Mesoamerican Connection in the Southwest"; Haury, *The Hohokam...,* figs. 15-28 y capítulo 17; entre otros.
[60] Meighan, *The Archaeology of Amapa, Nayarit,* p. 60, fig. 6.
[61] Kelley, "The chronology..."; Hers, *Los toltecas...*
[62] Comparar Haury, *The Hohokam...,* fig. 16.1, con Schiffer, "Hohokam chronology: an essay on history and method", p. 335.
[63] Ravesloot *et al.,* "A new perspective on the Casas Grandes tree ring dates"; Braniff, "Ojo de Agua, Sonora and Casas Grandes, Chihuahua: a suggested chronology".

Es importante recordar que varios elementos que en el centro de México se presentan hasta el Posclásico temprano, asociados al complejo tolteca de Tula, Hidalgo, y aun más tardíamente, son más antiguos en el Occidente y en la Mesoamérica Septentrional (entre otros la turquesa, el cobre, el *cloisonné,* el *chac mool,* la representación del águila devorando la serpiente, la arquitectura con pórticos columnados, el *tzompantli,* el "blanco levantado", etcétera), por lo que a veces resulta que al comparar elementos mesoamericanos que se han encontrado en el Suroeste (como entre los hohokam) ¡resultan ser allá más antiguos que en el centro de México![64]

A pesar de este desorden cronológico podemos agrupar a los materiales intercambiados dentro de tres periodos. Deberíamos añadir un cuarto, correspondiente a la primera colonización europea, pero esa información apenas comienza a esbozarse.[65]

Periodo 1. Antes de nuestra era

La introducción de los cultivos que son de origen mesoamericano y el impacto de éstos en la sociedad receptora, han sido recientemente revisados. El maíz de tipo "Reventador" es el primero en llegar al noroeste hacia 1000 aC. Hacia 300 aC se presenta el frijol (*Phaseolus vulgaris*) y la calabaza (*Cucurbita pepo* y *Lagenaria siceraria*). Durante 800 años el cultivo acompañó a la caza y la recolección sin que hubiera cambio alguno en la forma de vida de los indígenas.[66] De aquí se infiere que este tipo de relación no tiene que ver con una colonización o migración por parte de las unidades mesoamericanas, que ya en esos tiempos habían alcanzado una categoría compleja con poder de expansión y explotación. De haberlo logrado, estas unidades políticas también habrían llevado otros elementos fundamentales de la colonización, como son, entre otros, la arquitectura y la ideología.[67] Es aplicable en este caso, el modelo de "esferas de intercambio"[68] que se refiere a intercambios a nivel de subsistencia básica, al que ya hicimos referencia.

Periodo 2. Entre 1 y 1150/1200 dC

Éste podría dividirse quizá en una época temprana, una intermedia entre 200 y 900 dC, y una final, entre esa última fecha y 1150/1200 dC. La más temprana es bastante especulativa y se basa en fechas para Huatabampo, Sonora;

[64] Véase por ejemplo Haury, *The Hohokam...*, fig. 15.28.
[65] Di Peso, *Casas Grandes...*, vol. 3; Fournier y Fournier, "Catalogación y periodificación de materiales históricos de misiones, presidios, reales, estancias, rancherías y haciendas de Sonora".
[66] Minnis, "Domesticating people and plants in the Greater Southwest", p. 391.
[67] Véanse notas 16 y 17.
[68] Nelson, "Pochtecas and Prestige...", p. 156.

la intermedia está sugerida por diseños y formas que se presentan en la Fase Sweetwater de Snaketown,[69] y la última por la preponderancia de la esfera de interacción del Chaco en Nuevo México.[70]

Supuestamente los asentamientos de tipo Formativo comienzan a existir hacia 200/300 dC en el Suroeste de Estados Unidos,[71] y se ha argumentado que esto se debió a la presencia mesoamericana, mencionándose igualmente que el conocimiento de la cerámica es también de origen sureño. La casa habitación local –el *pit house* o casa-foso–, no tiene nada que ver con la casa mesoamericana, y tampoco existe en el Suroeste la típica simetría de las comunidades sureñas. Si bien el conocimiento de la cerámica pudo haber llegado al norte, ello no puede confirmarse todavía. Sin embargo, la posibilidad de una más antigua relación con Mesoamérica está sugerida tanto por las fechas que se dan para Huatabampo, Sonora, que se remontan a 180 aC, como las que se otorgan para el Periodo Pionero de la secuencia de Snaketown, entre 300 aC y 550 dC.[72] El complejo cerámico de Huatabampo –que continúa hasta 950 dC[73]– incluye algunas de las formas de la antigua Tradición de Occidente[74] como son el patojo, el asa de estribo, el bule y el botellón de "chimenea", formas que Ekholm reconoció en Guasave, Sinaloa,[75] y que recientemente fueron encontradas en Mochicahui (río Fuerte).[76] En Huatabampo aparecen entre otras cosas, figurillas tipo *smooth face* que pertenecen a la fase Gavilán en Amapa, Nayarit, que tiene una fecha entre 300 aC y 200 dC.[77] En esa misma fase de Amapa aparece el hacha ranurada de 3/4,[78] artefacto que supuestamente es de origen norteño y que tiene en México una distribución muy interesante, pues sólo se encuentra en el Occidente de México y en la Mesoamérica Septentrional,[79] siempre asociada a contextos agrícolas. Otra posibilidad, también interesante, es que sea de origen sud o centroamericano, aunque al parecer el tipo de hacha es de ranura completa.[80]

[69] Según Haury, *The Hohokam...*, p. 338, su fecha es 200-350 dC.
[70] Le Blanc, "Aspects of Southwestern Prehistory: AD 900-1400", p. 107.
[71] Cordell, *Prehistory of...*, p. 214.
[72] Haury, *The Hohokam...*, p. 338.
[73] Álvarez, *Huatabampo...*, p. 177.
[74] Braniff, "Secuencias arqueológicas...", lám. 5; *The West Mexican Tradition and the Southwestern United States*, fig. 1.
[75] Ekholm, "Excavations at Guasave, Sinaloa, México", fig. 12.
[76] Manzanilla y Talavera, "Informe...", fotos 43-44.
[77] Meighan, *The Archaeology of Amapa*, Nayarit, lám. 38a, f, tabla IX.
[78] Meighan, *The Archaeology...*, p. 98.
[79] Di Peso, *Casas Grandes, a fallen...*, p. 163; fig. 124-1.
[80] Ford, *A Comparison of Formative Cultures in the Americas*, pp. 49-50.

El hallazgo de turquesa química en Teuchitlán, Jalisco, que proviene del Suroeste, en la fase Arenal, entre 350 aC y 200 dC,[81] refuerza la proposición de intercambios en estos tiempos, así como la presencia de un mosaico o "espejo" circular de tipo mesoamericano incrustado de turquesa, ubicado en la fase más antigua de Snaketown, antes de nuestra era.[82]

A partir de la fase Sweetwater de Snaketown, Arizona, entre 200 y 350 dC, la similitud con materiales mesoamericanos es bastante evidente: por una parte están algunos diseños zoomorfos –generalmente aves–, la greca escalonada y una simetría biaxial de la decoración que en la Mesoamérica Septentrional (Guanajuato y Jalisco) se ubican a fines del Preclásico,[83] y algo después en la secuencia de Chalchihuites (Zacatecas).[84] Estos diseños pueden considerarse como símbolos iconográficos, sistemas de comunicación e integración social, conceptos religiosos y formas de poder, que de acuerdo con Niederberger son diagnósticos de la estructura mesoamericana desde la época olmeca.[85]

También se encuentran en Snaketown algunas de las formas ya descritas de la Tradición de Occidente: el patojo, la figura antropomorfa con piernas y brazos adosados, el bule, la copa y una figura recostada que sugiere al *chac mool*. Estos diseños y formas continúan y son más comunes en Snaketown en el Periodo Colonial (550-900 dC), y persisten hasta el Sedentario (900-1100 dC).[86] Mientras tanto, en la secuencia de Chalchihuites, Zacatecas –fases Altavista a Retoño–, los diseños que decoran la cerámica representan igualmente las categorías de Niederberger arriba mencionadas. Se distingue la greca escalonada, combinaciones hombre-pájaro-serpiente, dioses con dos cabezas, división de la decoración en cuatro segmentos cada uno con su dios respectivo, etcétera. Ellos están asociados a turquesa química importada y a trompetas de caracol,[87] lo cual implica, por una parte, una ideología bastante diferente a la que se da en otras partes de Mesoamérica en tiempos contemporáneos y, por la otra, una relación comercial con el Suroeste de Estados Unidos (la turquesa) y una participación con el resto de Mesoamérica en razón de la ideología que acompaña la trompeta. Muchos de los diseños men-

[81] Weigand, "Evidence for...", p. 64.
[82] Haury, *The Hohokam*, fig. 17.3.
[83] Braniff, "Secuencias arqueológicas...", lám. 1: i, j, o: lám. 7; Bell, "Excavations at Cerro Encantado", Jalisco, figs. 6e y 7a.
[84] Kelley y Kelley, *An Introduction to the Ceramics of the Chalchihuites Culture of Zacatecas and Durango, Mexico*.
[85] Niederberger, *Paléopaysages...*, pp. 747-752.
[86] Haury, *The Hohokam...*, capítulo 12.
[87] Kelley, "Mesoamerica and the Southwest...".

cionados tienen su antecedente en épocas antiguas en Sudamérica y luego en Mesoamérica, y varios siguieron apareciendo en estilos ya transformados y en épocas posteriores en Casas Grandes y en el Suroeste de Estados Unidos.[88]

La última fase de este periodo se iniciaría hacia 900 dC, durante la cual son contemporáneos el Periodo Sedentario de Snaketown en la región Hohokam y los grandes sitios del Cañón del Chaco en la región Anasazi.

En Snaketown y otros dos sitios Hohokam que fueron centros rectores en ese momento, se encuentran objetos mesoamericanos dentro de las zonas más importantes de los sitios, sugiriéndose por tanto que estos objetos fueron de prestigio y utilizados por una elite local. Estos objetos son los llamados espejos circulares de mosaico de pirita, algunos de ellos con decoración al *cloisonné* (esta última, típica de la cultura Chalchihuites), los cascabeles de cobre, las guacamayas y los pericos.[89] En Pueblo Bonito (Cañón del Chaco) aparecen también los espejos con *cloisonné,* los pericos, algunas de las formas de la tradición de Occidente, vasijas cilíndricas, trompetas de caracol, galerías con columnas cuadradas y otros elementos arquitectónicos de origen mesoamericano.[90]

El origen de varios de estos elementos se encuentra en la cultura de Chalchihuites, en Zacatecas; pero hay que recordar que para 900-1000 dC la frontera de la Mesoamérica Septentrional se ha desplomado y a la vez se ha iniciado el periodo de gran fuerza política y económica de Tula, Hidalgo, donde también reconocemos la presencia de algunos elementos de esa Mesoamérica norteña. Es muy probable que estos dos fenómenos (la presencia mesoamericana en el Suroeste de Estados Unidos y en Tula) estén relacionados.[91]

Periodo 3. 1200 a 1550 dC

Corresponde a este tiempo el llamado Periodo Clásico de la secuencia Hohokam (para cuando Snaketown ha dejado de existir) y los importantes sitios Anasazi que se dan después de 1200 dC (Chaco tampoco existe ya) dentro de los llamados periodos Pueblo III y sobre todo Pueblo IV. El sitio de Paquimé o Casas Grandes, en Chihuahua, es primordial en relación con nuestros problemas, en especial su Periodo Medio, y de éste, la Fase Paquimé, que es la de apogeo de la ciudad y que de acuerdo con recientes estudios tiene una cronología desde 1300 dC a mediados del siglo XV.[92]

[88] Braniff, "Diseños tradicionales mesoamericanos y norteños. Ensayo de interpretación".
[89] Nelson, "Pochtecas and Prestige...".
[90] Kelley, "Mesoamerica and..."; Di Peso, *Casas Grandes...*, p. 125.
[91] Véase el epílogo de este ensayo.
[92] Ravesloot *et al.*, "A new perspective on...".

Para estos tiempos ha desaparecido la Mesoamérica Septentrional (excepto algunas zonas en el suroeste de Guanajuato) y también el "imperio" tolteca. En los valles centrales todavía no se estructura ni el poderío mexica ni el tarasco.

En Sonora-Durango, de acuerdo con la información glotocronológica, ha sido rota la conexión pima-tepehuán por la intrusión de lenguas tara-cahitas hacia 1100 dC. De acuerdo con Wilcox,[93] esta conexión era parte de un corredor por donde debieron transmitirse todo tipo de elementos mesoamericanos hacia el noroeste, y su ruptura ciertamente coincide con los cambios que se dan en el noroeste. Yo agrego que también coincide con el desmembramiento de la Mesoamérica Septentrional, y ciertamente debió impedir las actividades del imperio tolteca, cuya clara presencia (Plomizo y figurillas Mazapa) se encuentra hasta el norte de Mazatlán.[94]

Casi no se conoce la arqueología, pero la presencia de cerámica de filiación Casas Grandes del Periodo Viejo, que a su vez se reconoce que tiene una filiación con la subárea Mogollón de Nuevo México, se distribuye hasta el sur de Sonora en la proximidad de Álamos,[95] que es la región Guarojío, una lengua del tronco tarahumara.[96] Es muy tentador sugerir que esta presencia arqueológica coincida con esta intrusión que separa el corredor pima-tepehuán hacia 1100 dC. Para tiempos posteriores y en el noreste de Sonora he identificado la presencia de materiales de Casas Grandes. Esa región en tiempos protohistóricos era habitada por el grupo ópata –otra lengua de la subdivisión cahita-ópata-tarahumara. He sugerido por tanto, que los ópatas son los herederos de la tradición de Casas Grandes,[97] y si estas interpretaciones son correctas podríamos concluir que la tradición de Casas Grandes se identifica con la subdivisión ópata-tarahumara, pero no con la cahita, puesto que los pocos materiales que hasta ahora se han reportado no pertenecen a aquella tradición nororiental.

La arqueología del Occidente de México no es muy clara para estos tiempos. Por una parte habría que identificar una fase claramente tolteca, representada por la intrusión del Plomizo y figurillas Mazapa que se presenta en Amapa, Nayarit, en la fase Izcuintla (1000-1300 dC). Existen además otras etapas anteriores que también se llaman "toltecas"[98] y que coinciden *grosso*

[93] Wilcox, "The Tepiman Connection: a model of Mesoamerican Southwestern interaction".
[94] Meighan, *Archaeology of Sinaloa...*, p. 754.
[95] Pailes, *An archaeological reconnaissance of southern Sonora and reconsideration of the Rio Sonora culture.*
[96] Jiménez Moreno, en Evangelina Arana, "La investigación de las lenguas indígenas de México", pp. 48-50.
[97] Braniff, *La frontera protohistórica pima-ópata en Sonora, México*, p. 318.
[98] Meighan, *The Archaeology of Amapa...*, pp. 155 y 248-254.

modo con un sistema mercantil *local* (en Nayarit y Sinaloa) que Kelley llama el Complejo Aztatlán, sistema que fue la base de una posterior organización mercantil que el autor llama el Gran Aztatlán, y que incluiría una red de localidades que se extienden desde el Suroeste de Estados Unidos por Occidente hasta el sureste de México. Este sistema mercantil incluye la distribución del cobre (y de la turquesa) y viene acompañado por el concepto ideológico de la *xiuhcoatl,* tal como se presenta en la forma estilizada del Azteca I.[99]

Existen, sin embargo, varios problemas que confunden las proposiciones: en Occidente, tal como sucedió en la Mesoamérica Septentrional, hay elementos dentro del Clásico que pueden llamarse prototoltecas; el cobre y la turquesa son anteriores en Occidente,[100] como la turquesa lo es en la Mesoamérica Septentrional.[101] Estos dos materiales no han sido reportados para Tula, Hidalgo, y es muy probable que su comercio en grande sea posterior y, como hemos mencionado, asociado al sistema Gran Aztatlán que incluye a Casas Grandes, Chihuahua, Guasave (Mochicahui[102]) y Chametla en Sinaloa; Schroeder y Molino en Durango; Amapa e Ixtlán en Nayarit; varios sitios en Jalisco y Michoacán; Culhuacán; Distrito Federal; Cholula y la región Mixteca-Puebla,[103] además de Chichén Itzá.[104]

En varias obras se habla de influencias toltecas en el noroeste equiparándolas con la Tula de Hidalgo, pero ellas pueden ser referidas a esas fases prototoltecas del Clásico en Occidente y en la Mesoamérica Septentrional, y aun pueden ser identificadas con periodos del Posclásico tardío, puesto que entonces perduraron algunos elementos de Tula, como son los "espejos" o *tezcacuitlapilli* que llevan un diseño más realista de la *xiuhcóatl* y que posteriormente aparecen en Casas Grandes[105] en cobre y turquesa; en la región mixteca[106] (códices) y en Chichén Itzá, en pinturas murales y en espejos de mosaico de turquesa.[107] Éstos sobrevivieron en época mexica, seguramente como uno de tantos elementos toltecas, y entre los cazcanes de Zacatecas, probablemente también como una supervivencia de tiempos prototoltecas.

[99] Kelley, "Merchants of..."; Séjourné, *Culhuacán. Arqueología del Valle de México,* figs. 50A y 53.
[100] Mountjoy y Torres, "The production and use of prehispanic metal artifacts in the central coastal area of Jalisco, Mexico", p. 133.
[101] Weigand *et al.,* "Turquoise sources and source analysis: Mesoamerica and the Southwestern USA", p. 19.
[102] Manzanilla y Talavera, *Informe...,* fotos 43-45.
[103] Kelley, "The Mobile Merchants of...", p. 48.
[104] Braniff, "The identification of possible elites in prehispanic Sonora".
[105] Di Peso *et al., Casas Grandes a fallen...,* p. 518;
[106] Braniff, "The identification...".
[107] Nelson, "Pochtecas and Prestige...", p. 176.

Volvamos ahora a los sucesos posteriores a 1200 dC en el noroeste. En cuanto a la región Hohokam, el gran desarrollo local del llamado Periodo Clásico, al parecer no tiene muchas relaciones con Mesoamérica, puesto que los objetos de importación son menos obvios. Disminuye notablemente la cantidad de cascabeles de cobre y han dejado de recibirse las guacamayas.[108]

Para nuestro problema es fundamental la ubicación temporal del periodo de auge de Casas Grandes, que ha sido reconocido como el núcleo de una esfera de interacción tan importante como la del Chaco y que debió coordinar muchos aspectos económicos y políticos en el Suroeste.[109] La reciente revisión de la cronología de tal periodo de auge, ubica las fases Buena Fe y Paquimé del Periodo Medio en los siglos XIII al XV,[110] fechas que coinciden con la presencia de elementos paquimenses en la región oriental de Sonora.[111] Coincide igualmente con su penetración en la región de Trincheras, al noroeste de dicha entidad, la que hemos identificado como una ruta de comercio para obtener la concha desde la costa.[112]

En vista de que estamos ya plenamente dentro del periodo histórico mesoamericano, pronto podremos hacer correlaciones arqueohistóricas empleando modelos aplicables a las estructuras estatales de la época, tales como el del Sistema Mundial y los inferidos de las unidades mesoamericanas, como son la del "señorío" y del *hueitlatocáyotl*.[113]

En Paquimé aparecen varios elementos mesoamericanos, todos ellos representantes de una ideología de elite: el juego de pelota, los cascabeles de cobre, el ya mencionado *tezcacuitlapilli* y la asociada *xiuhcóatl* estilizada, vasijas de un hombre recostado que recuerdan al *chac mool* y otras con atributos de Ehécatl y Xipe Tótec, la efigie de Tláloc realzada en un cascabel de cobre, diseños que representan a la serpiente emplumada, ritos de escalpe, cabezas-trofeo, sacrificio de guajolotes y pericos, trompetas de caracol, guacamayas importadas,[114] mosaico de turquesa y pirita, *cloisonné*, etcétera.[115] A pesar de esta clara impronta mesoamericana en el sitio, otros elementos de igual o mayor categoría que los descritos pertenecen a la tradición del Suroeste de Estados Unidos, entre otros el tipo de arquitectura y la

[108] LeBlanc, "Aspects of...", p. 116.
[109] Ravesloot *et al.*, "A new perspective...".
[110] Braniff, "Ojo de Agua, Sonora and Casas Grandes, Chihuahua: a suggested chronology".
[111] Braniff, *Arqueomoluscos de Sonora, noroeste y occidente de Mesoamérica*, mapa 2.
[112] López Austin, "Organización política en el Altiplano Central de México durante el Posclásico", p. 221.
[113] El *Ara macao* no se da al norte del Trópico de Cáncer.
[114] Di Peso, *Casas Grandes, a fallen...*, vol. 2.
[115] Véase McGuire, "The Mesoamerican Connection in the Southwest", pp. 19-32.

cerámica.[116] Es evidente que debemos reevaluar estas similitudes y diferencias con base en las sugerencias de los modelos ya esbozados.

Es muy probable que estas intercomunicaciones entre Mesoamérica, el Occidente y el extremo noroeste continuaran hasta la época mexica, pero la posición intermedia del "imperio" tarasco debió interferir grandemente. Para el siglo XVI, Casas Grandes ya no existía, y los centros de poder se habían trasladado tanto a la serranía sonorense como a los "pueblos" anasazi de Arizona y Nuevo México.[117]

Es importante hacer arqueología histórica, pues los primeros aventureros hispanos durante el siglo XVI siguieron estas rutas sonorenses de la sierra para buscar las no tan míticas Cíbola y Quivira, así como lo hicieran al oriente de la Sierra por el Paso del Norte. Las rutas transversales, como la de Topia en Durango a la costa y la que siguió Nuño de Guzmán entre su encomienda en Pánuco y Sinaloa, todas debieron seguir rutas prehispánicas.[118] Éstas nos ayudarían a entender sistemas de integración políticos y económicos del Posclásico tardío y del periodo precolonial, que se prolonga en términos generales hasta el siglo XVII y en algunos casos hasta el XX en el norte.

Interrelaciones hacia el noreste

Nos referimos a la región del sureste de Estados Unidos que se ubica en la cuenca del Mississippi, Florida y la costa de Georgia, y sus interrelaciones con Mesoamérica, especialmente en la porción nororiental. La información que tenemos a la mano no es reciente y probablemente existan nuevos enfoques.[119]

Se han sugerido varias relaciones cerámicas muy antiguas que proceden de la costa norteña de Venezuela (Puerto Hormiga) y quizá de Mesoamérica, con culturas Arcaicas (es decir no formativas) en la costa de Georgia (Stallings Island) y Florida (Orange), entre 2000 aC y 500 aC. Se sugieren relaciones con Mesoamérica hacia 1200 aC con base en similitudes en la industria lapidaria en sitios del río Mississippi (Poverty Point) y la de la zona olmeca. En ese milenio antes de Cristo se sugiere que algunos artefactos norteños, como es el hacha de 3/4 y las pipas tubulares de piedra que se dan en el Arcaico del Sureste, se difundieron al norte de Sudamérica. Supuestamente la braquicefalia y la práctica de la deformación craneana que se da en

[116] Riley, *The Frontier People*, especialmente capítulos 4, 7 y 10.
[117] Véase Di Peso, *Casas Grandes, a fallen...*, pp. 797-851.
[118] Véase Smithsonian Institution, *Handbook of North American Indians*, vol. 14.
[119] Ford, *A Comparison of Formative Cultures in the Americas*, pp. 185-193.

la fase Adena (en el río Ohio, afluente del Mississippi) hacia 900 aC se interpretan como una directa migración desde Mesoamérica.[120]

Hacia 500 aC, tanto en Stallings Island como en Orange y Poverty Point, se difunde el estilo de decoración cerámica *rocker stamp;* en el bajo Mississippi (complejo Tchefuncte, 400-1 aC) existe ya el cultivo productivo del maíz. Hacia 200 aC la cultura Hopewell se extenderá sobre todo el este de Estados Unidos. Sus tumbas de troncos de madera son reminiscentes de las de piedra de La Venta en México, Kaminaljuyú en Guatemala y San Agustín en Colombia.[121] Otras versiones sobre estas antiguas relaciones son propuestas por Griffin,[122] Jennings[123] y Willey.[124]

Estamos interesados en las fases Woodland medio –que equivale a Hopewell– y tardío, que ocupan los primeros siete siglos de nuestra Era,[125] pues entonces se da una relación entre el sureste de Estados Unidos y la región nororiental de San Luis Potosí que se basa en las pipas de piedra, que son únicas en Mesoamérica. La similitud es clara entre las pipas llamadas "monitos" y las zoomorfas de Hopewell.[126] Dos pipas de piedra de codo, una sin decoración y otra adosada a una figura antropomorfa, fueron halladas en Cerrito, Zacatecas, asociadas a un contexto cerámico que se ubica cronológicamente dentro del Clásico mesoamericano,[127] por lo que existe una contemporaneidad con las fases Woodland arriba esbozadas.

La relación más clara entre el sureste de Estados Unidos y Mesoamérica se da en el periodo Mississippi, y especialmente en el llamado *Southeastern Ceremonial Complex* entre 1000 dC y 1400 dC, que se asocia a plataformas rectangulares que eran subestructuras de edificios que albergaban actividades importantes de carácter social, ceremonial y quizá político. En ese complejo ceremonial aparecen diseños de cráneos, corazones, manos y huesos largos que han sido considerados mesoamericanos,[128] y los temas de serpientes aladas, combinaciones antropomorfas con águilas, tigres y cabezas-trofeo también

[120] Ford, *A Comparison...*, pp. 185-193.
[121] Griffin, "Mesoamerica and the Eastern United States in Prehistoric Times".
[122] Jennings, *Prehistory of North America*, capítulo 6.
[123] Willey, *An Introduction to American Archaeology*, vol. 1, capítulo 5.
[124] Griffin, "Mesoamerica and the Eastern...".
[125] Delgado, *Pipas de piedra de Cueva Vetada, San Luis Potosí;* MacNeish, *Prehistoric relationships between the cultures of the Southeastern United States and Mexico in the light of an archaeological survey of the State of Tamaulipas;* Porter, "Pipas precortesianas", pp. 181-191 y 228.
[126] Braniff, "Exploraciones arqueológicas en el Tunal Grande".
[127] Griffin, "Mesoamerica and the Eastern...", p. 129.
[128] Willey, *An Introduction...*, p. 305.

señalan un origen sureño.[129] Estas interrelaciones pudieron haberse efectuado tierra adentro a lo largo del llamado "corredor Gilmore" o a lo largo de la costa como lo sugieren los campamentos huastecos allí localizados.[130]

A diferencia de lo que sucede en las relaciones entre Mesoamérica y el noroeste –que son prácticamente entre vecinos agricultores– las que se dan hacia el noreste son a larga distancia y de una calidad dispersa, puesto que entre ambas zonas de cultivadores se encuentra una región controlada por grupos recolectores-cazadores.

Relaciones entre Mesoamérica y los recolectores-cazadores del norcentro del país

Éstas debieron ser de calidad diversa a través del tiempo y en relación con la oscilación de la frontera de los cultivadores.[131] La interrelación entre Mesoamérica y los grupos no asentados del norte de México son teóricamente fáciles de definir, pero sólo en la porción norcentral y nororiental de Mesoamérica, en vista de que el contraste entre esas dos culturas es evidente. Puede determinarse en razón de la presencia o ausencia de un complejo de elementos diagnósticos de grupos asentados –cimientos, granos cultivados y cerámica–, complejo que a su vez es diagnóstico de Mesoamérica (desde el Formativo) y del Suroeste de Estados Unidos. Sin embargo, este complejo no puede utilizarse hacia el noroeste puesto que, como hemos descrito atrás, los grupos agricultores se extendieron en forma homogénea a lo largo de los corredores costeros del Pacífico y en el altiplano, a lo largo del somonte oriental de la Sierra Madre Occidental. Como se apunta atrás,[132] en el noroeste no existe necesariamente un contraste absoluto entre cultivadores y recolectores, pues varios de ellos se convertían en uno u otro según las circunstancias.

La información que ahora tenemos para esa región del norcentro y nororiente sigue siendo limitada. Para el momento de los contactos tenemos una lista de elementos compartidos[133] que no han sido confirmados arqueológicamente. Para tiempos anteriores la información se basa en complejos líticos que se identifican con la llamada Cultura del Desierto, término que considero bastante ambiguo, pero que en algún tiempo utilicé para interpre-

[129] MacNeish, "Preliminary archaeological...", fig. 3c.
[130] Véase capítulo 2.
[131] Véase capítulo 1 y Braniff, "De la apropiación a la agricultura en el norte de México".
[132] Kirchhoff, "Los recolectores-cazadores del norte de México", pp. 137, y 142-144; "Relaciones entre el área de los recolectores-cazadores del norte de México y las áreas circunvecinas", pp. 256-257.
[133] Braniff, *Artefactos líticos de San Luis Potosí: ensayo de sistematización*.

tar las colecciones del norte de México.[134] Un intento más reciente es el de Rodriguez.[135] Considero que éstos son trabajos bastante primitivos, el mío por viejo y el de Rodriguez por no ser muy profundo,[136] por lo cual considero que los pocos datos que damos en adelante son apenas un principio. Un gran defecto en la información es la omisión de los estudios de la lítica asociada a los contextos de grupos sedentarios de Mesoamérica, que impiden por lo pronto expander la interpretación general y regional. Los antiguos estudios sobre la lítica de la sierra de Tamaulipas,[137] los míos en el altiplano potosino, y los de Zacatecas y Durango[138] deberán reexaminarse en razón de nuevas investigaciones en la región, que son pocas: en el altiplano potosino y Río Verde,[139] y en Guanajuato.[140]

Las interrelaciones entre grupos mesoamericanos y los de la región de cazadores-recolectores del norcentro, se pueden corroborar con base en ciertos artefactos líticos que son compartidos en la región llamada del Tunal Grande, que es mesoamericana, y las extensas regiones al norte de San Luis Potosí y sur de Coahuila.[141] En esta última se han encontrado varios complejos líticos asociados a cuevas mortuorias y talleres líticos, cuya asociación con otros materiales permiten establecer una primera fase de ocupación (representada por el taller de Poza Salada) anterior a 1000 dC, y una segunda (representada por las Cuevas de la Candelaria y de la Paila) entre 1000 dC y 1600 aC. Los artefactos compartidos con los agricultores del Tunal son los muy especiales y pequeños raspadores unifaciales, retocados a presión, generalmente de calcedonia, que han sido descritos por Aveleyra[142] y Hester.[143] Las formas de estos raspadores constituyen una familia bien diagnóstica[144] que incluyen unos de "media luna" con base cóncava o recta, otros semicirculares con una espiga, y otros con escotaduras laterales. Estos últimos se amarran, y los primeros se pegan con resina a varitas delgadas, a veces decoradas con pintura, que tienen entre 25 y 39 cms de largo. Su función debe ser muy específica y delicada.

[134] Rodriguez, *Outillage lithique de chasseurs-collecteurs du nord du Mexique: Les Chichimèques.*
[135] Braniff, *La estratigrafía arqueológica de Villa de Reyes S.L.P.* (edición en prensa), capítulo v.
[136] MacNeish, "Preliminary archaeological...".
[137] Spence, *Some Lithic Assemblages of Western Zacatecas and Durango;* Foster, "The Loma San Gabriel occupation of Zacatecas and Durango, Mexico".
[138] Rodriguez, *Les Chichimèques;* Michelet, *Río Verde...*
[139] Martínez y Nieto, *Distribución de asentamientos prehispánicos en la porción central del río Laja;* Zepeda, *El desarrollo de un núcleo poblacional asentado en la confluencia de los ríos Lerma y Guanajuato.*
[140] Braniff, *Artefactos líticos...*
[141] Aveleyra *et al., Cueva de la Candelaria.*
[142] Hester, "Hafted Unifaces from Southwestern Coahuila, Mexico".
[143] Rodriguez, *Les Chichimèques,* pp. 90-92.
[144] Hester, "Hafted Unifaces...".

Los de media luna no se registran en las colecciones de Aveleyra, pero sí en la colección saqueada de una cueva mortuoria cerca de la laguna de Mayrán.[145] En el Tunal se ubican (al parecer) en superficie, en el sitio de Cerro de Silva, San Luis Potosí,[146] en el que se encuentra cerámica de la fase Valle de San Luis[147] que se fecha en pleno Clásico[148]; Rodriguez los encuentra en varias excavaciones en el mismo Tunal,[149] pero no se menciona su asociación, por lo que no puede definirse su cronología.

Los raspadores de base espigada se encuentran tanto en Poza Salada como en La Candelaria,[150] por lo que cubren una amplísima temporalidad. En el sitio de Villa de Reyes, San Luis Potosí, en el Tunal, este tipo se encuentra en toda la secuencia cronológica asociado a cerámica, por lo que puede fecharse desde el primer siglo aC hasta 1200 dC, corroborándose así la cronología de Coahuila. Rodriguez también lo encuentra en sus excavaciones en la misma región,[151] pero hace la misma omisión señalada arriba.

Los de escotadura lateral se encuentran en Coahuila dentro de las dos fases de ocupación[152] y en el Tunal, en el sitio de Cerrito, Zacatecas, asociado a la fase Valle de San Luis.[153]

Es claro entonces que las interrelaciones entre estas dos zonas –una agrícola y otra de cazadores-recolectores– se prolongaron desde principios de nuestra era hasta cuando desaparece la frontera mesoamericana hacia 1200 dC. Una interesante sugerencia puede derivarse de esa conexión y es que en el taller de Poza Salada –antes de 1000 dC– ya existen puntas con escotadura lateral que son de flecha,[154] por lo que este artefacto debió estar presente entre los mesoamericanos del Gran Tunal hacia esas fechas. Puntas similares a las de Poza Salada se encuentran *in situ* en Villa de Reyes en la fase San Luis, que es del Clásico.[155]

Un estudio de antropólogos físicos de cráneos obtenidos por la Misión Arqueológica y Etnológica Francesa en Cerro de Silva, San Luis Potosí, corrobora la presencia de cráneos dolicocéfalos –que es un rasgo norteño– y a la

[145] Rodriguez, *Outillage lithique...*, p. 182, fig. 12.1.
[146] Lesage, *Recherches préhistoriques au nord de Mexico.*
[147] Braniff, *La estratigrafía arqueológica...*, en prensa.
[148] Rodriguez, *Les Chichimèques...*, p. 90.
[149] Aveleyra *et al.*, *Cueva de...*, pp. 75 y 94, lám. VIIa, b.
[150] Rodriguez, *Les Chichimèques...*, p. 90.
[151] Aveleyra *et al.*, *Cueva de...*, pp. 77, 84, 172, láms. VIIc-f, y lám. IXe.
[152] Braniff, *Artefactos líticos...*, p. 35, láms. A, A,4-6.
[153] Aveleyra *et al.*, *Cueva de...*, lám. IV.
[154] Braniff, *La estratigrafía arqueológica...*, lám. 61g.
[155] Serrano y Ramos, "Les populations préhispaniques dans la zone frontiäre du nord de la Mésoamérique, un essai bioanthropologique (resumé)".

vez otros cráneos revelan una deformación intencional, lo que es un diagnóstico mesoamericano. Sin embargo, la información arqueológica es confusa, ya que se habla de restos del Clásico, Posclásico temprano y final, que no se describen en el texto.[156]

Las colecciones de Coahuila muestran también conexiones con Mesoamérica, esta vez con Durango y Zacatecas, específicamente con base en una vasija de calabaza decorada al *cloisonné*.[157] Este tipo de decoración es típico de la cultura de Chalchihuites durante el Clásico, pero se continuó empleando en Durango hasta por lo menos 1200 dC. A su vez la calabaza (*Lagenaria*) que es cultivada y algunas fibras de algodón halladas en la cueva[158] demuestran un origen mesoamericano.

Conclusiones

Hemos hecho mención de los principales problemas tanto teóricos como prácticos en relación con cada una de las tres propuestas corrientes o direcciones de interrelación entre Mesoamérica y el norte. Es claro que existe una notoria descompensación en la información para cada una de ellas. A pesar de las limitaciones, para la interrelación hacia el noroeste existen ya varias alternativas de explicación de tipo político y económico. Hacia el norcentro y noreste, las interrelaciones han quedado sin ninguna explicación y a un nivel primario de tipo difusionista. Los diseños teóricos propuestos, que se describen muy superficialmente, son muy importantes puesto que enlistan los elementos que debemos investigar, pero esto requiere a su vez de una amplia discusión enfocada hacia los problemas de México.

Epílogo

La bellísima figura de Tula, Hidalgo, que representa a un coyote de cuyas fauces emerge la cara de un hombre, ha sido descrita recientemente.[159] El barro con el que está hecha es del tipo iridiscente llamado Plomizo, que proviene de Guatemala; el pelo del animal y la franja que cubre los ojos del hombre están hechos de madreperla; el pelo y la barba del personaje están hechos de láminas de abulón, especie que sólo se encuentra en la costa del

[156] Aveleyra *et al.*, *Cueva de...*, pp. 190 y 197.
[157] Weitlaner, *Los textiles de la Cueva de la Candelaria, Coahuila*, p. 11.
[158] Suárez, "Una escultura de concha en la cultura tolteca".
[159] Braniff, *Arqueomoluscos de Sonora, noroeste y occidente de Mesoamérica*, pp. 33 y 39.

Pacífico, al norte del paralelo 28°, Baja California Norte y Alta California. Esta asociación demuestra la enorme potencia política y económica de Tula, capaz de concentrar, en una sola obra de arte, productos de regiones tan distantes y tan diferentes en cuanto a su complejidad social. Para explicar esta expansión no sirve el modelo de área cultural –que es el concepto que subyace al término de Mesoamérica.

Bibliografía

ÁLVAREZ, Ana María, *Huatabampo: consideraciones sobre una comunidad agrícola prehispánica en el sur de Sonora,* tesis profesional, México, ENAH, 1985.

ARANA DE SWADESH, Evangelina, "La investigación de las lenguas indígenas de México", en *Las lenguas de México, I,* México, SEP-INAH, 1975, p. 989. México: Panorama histórico y cultural.

ARMILLAS, Pedro, "The arid frontier of Mexican civilization", en *Transactions of the New York Academy of Sciences,* serie II, vol. 31, núm. 6, Nueva York, 1969, pp. 6-8.

AVELEYRA A., Luis, Manuel Maldonado K. y Pablo Martínez del Río, *Cueva de la Candelaria,* México, INAH, 1956. Memorias del INAH V.

BELL, Betty, "Excavations at Cerro Encantado, Jalisco", en B. Bell (ed.), *The Archaeology of West Mexico,* Ajijic, 1974, pp. 147-167.

BRANIFF, Beatriz, "Exploraciones arqueológicas en el Tunal Grande", en *Boletín,* núm. 5, México, INAH, 1961, pp. 6-8.

_____, *Artefactos líticos de San Luis Potosí: ensayo de sistematización,* tesis profesional, México, ENAH, 1961.

_____, "Secuencias arqueológicas en Guanajuato y la Cuenca de México: intento de correlación", en *Teotihuacán, XI Mesa Redonda,* México, Sociedad Mexicana de Antropología, 1972, pp. 273-323.

_____, *La estratigrafía arqueológica de Villa de Reyes, S.L.P., un sitio en la frontera mesoamericana,* México, INAH, 1975. Cuadernos de los Centros 17.

_____, "Arqueología del Norte de México", en *Los pueblos y señoríos teocráticos. Primera parte,* México, SEP-INAH, 1975, pp. 217-278. México: Panorama histórico y cultural.

_____, *Notas para la arqueología de Sonora,* núm. 25, Hermosillo, INAH, 1976. Cuadernos de los Centros.

_____, "De la apropiación a la agricultura en el norte de México", en *Los procesos de cambio* (en Mesoamérica y áreas circunvecinas), XV Mesa Redonda, tomo I, Guanajuato, Sociedad Mexicana de Antropología, pp. 77-94.

_____, *La frontera protohistórica pima-ópata en Sonora, México, Proposiciones arqueológicas preliminares,* tesis doctoral, México, UNAM, 1985.

_____, "Diseños tradicionales mesoamericanos y norteños. Ensayo de interpretación", en *Arqueología del occidente y norte de México, Homenaje al Dr. J. Charles Kelley*, UNAM, 1993, pp. 199-243.

_____, "Ojo de Agua, Sonora and Casas Grandes, Chihuahua: a suggested chronology", en F.J. Mathien y R.H. McGuire (eds.), *Ripples in the Chichimec Sea,* Carbondale, Southern Illinois University Press, 1986, pp. 70-80.

_____, "The identification of possible elites in prehispanic Sonora", en Paul Minnis (ed.), *Perspectives on Southwestern Prehistory*, Boulder, Westview Press, pp. 173-183.

_____, "The Mesoamerican Northern Frontier and the Gran Chichimeca", en Anne I. Woosley y John C. Ravelsloot (eds.), *Culture and Contact: Charles C. Di Peso's Gran Chichimeca,* The Amerind Foundation, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1993.

_____, "El Formativo en el norte de México", en *El Preclásico o Formativo: avances y perspectivas,* México, Museo Nacional de Antropología, INAH, 1989, pp. 443-460.

_____, *Arqueomoluscos de Sonora, noroeste y occidente de Mesoamérica,* México, ENAH, 1989. Cuaderno de Trabajo 9.

_____, "Oscilación de la frontera norte mesoamericana: un nuevo ensayo", en *Arqueología* 1, México, Dirección de Estudios Arqueológicos, INAH, 1989, pp. 99-114.

_____, *La estratigrafía arqueológica de Villa de Reyes,* México, INAH, 1992. Colección científica núm. 265.

BRANIFF, Beatriz y Richard Felger (eds.), *Sonora, Antropología del desierto*, México, INAH, 1976. Colección Científica núm. 27.

BRAUDEL, Fernand, *Civilización material, economía y capitalismo, siglos XV-XVIII,* Madrid, Alianza Editorial, 1984.

CASTAÑEDA, Carlos *et al.*, "Interpretación de la historia del asentamiento en Guanajuato", en *Primera Reunión sobre las sociedades prehispánicas en el Centro Occidente de México,* Querétaro, Centro Regional de Querétaro, INAH, 1988, pp. 321-356. Cuaderno de Trabajo 1.

CORDELL, Linda S., *Prehistory of the Southwest,* Nueva York, Academic Press, 1984.

CRESPO, Ana María, *Villa de Reyes, San Luis Potosí. Un núcleo agrícola en la frontera norte de Mesoamérica,* México, INAH, 1976. Colección Científica núm. 42.

CHAMPION, Timothy C.: "Center and Periphery", en *Old World Archaeology,* núm. 11, Londres, Unwin Hyaman, 1989.

DELGADO, Agustín, *Pipas de piedra de Cueva Vetada, S.L.P.,* México, Dirección de Prehistoria, INAH, 1958.

DI PESO, Charles C., "Casas Grandes and the Gran Chichimeca", en *El Palacio,* vol. 75-4, 1968, pp. 45-61.

_____, *Casas Grandes, a fallen trading center of the Gran Chichimeca,* vol. 13, Flagstaff, Northland Press, 1974. Amerind Foundation Publications, núm. 9.

_____, "Prehistory: Southern Periphery", en *Handbook of North American Indians,* vol. 9, Washington D.C., Smithsonian Institution, 1979, pp. 152-161.

_____, John B. Rinaldo y Gloria J. Fenner, *Casas Grandes, a fallen trading center of the Gran Chichimeca,* Northland Press, vol. 48, 1974. Amerind Foundation Publications, núm. 9.

EKHOLM, Gordon F., "Excavations at Guasave, Sinaloa, Mexico", en *Anthropological Papers of the American Museum of Natural History,* vol. XXXVIII, parte II, Nueva York, 1949.

FERDON, Edwin N., Jr., *A Trial Survey of Mexican-Southwestern Architectural Parallels,* School of American Research, 1955. Museum of New Mexico Monographs 21.

FINDLEY, Lloyd T., "Aspectos ecológicos de los esteros con manglares en Sonora y su relación con la explotación humana", en B. Braniff y R. Felger (coords.), *Antropología del desierto,* México, INAH, 1974, pp. 95-106. Colección Científica núm. 27.

FORD, James A., *A Comparison of Formative Cultures in the Americas,* Washington, D.C., Smithsonian Institution Press, 1969.

FOSTER, Michael S., "The Loma San Gabriel occupation of Zacatecas and Durango, Mexico", en M.S. Foster y P.C. Weigand (eds.), *The Archaeology of West and Northwest Mesoamerica,* Boulder, Westview Press, 1985, pp. 327-352.

_____ y Phil C. Weigand (eds.), *The Archaeology of West and Northwest Mesoamerica,* Boulder, Westview Press, 1985.

FOURNIER, Patricia y María de Lourdes Fournier, "Catalogación y periodificación de materiales históricos de misiones, presidios, reales, estancias, rancherías y haciendas de Sonora", en Beatriz Braniff, *La frontera protohistórica pima-ópata en Sonora,* México, apéndice 8, tesis doctoral, México, UNAM, 1985.

GOBIERNO DEL ESTADO DE SONORA, *Historia General de Sonora,* Hermosillo, 1985.

GRIFFIN, James B., "Mesoamerica and the Eastern United States in Prehistoric Times", en *Handbook of Middle American Indians,* vol. 4, Austin, University of Texas Press, 1966, pp. 111-131.

GUEVARA, Arturo, *Apuntes para la arqueología de Chihuahua,* Centro Regional de Chihuahua, México, INAH, 1985. Cuadernos de Trabajo 1.

HAURY, Emil W., "The problem of contacts between the Southwestern United States and Mexico", en *Southwestern Journal of Anthropology* vol. I, núm. 1, Albuquerque, 1945, pp. 55-74.

_____, "The Greater American Southwest", en R.J. Braidwood y G.R. Willey (eds.), *Courses Toward Urban Life,* Chicago, Aldine Publishing, 1962, pp. 106-131.

_____, *The Hohokam. Desert Farmers and Craftsmen,* Tucson, University of Arizona Press, 1976.

HERS, Marie Areti, *Los toltecas en tierras chichimecas,* México, UNAM, 1989.

HESTER, Thomas R., "Hafted Unifaces from Southwestern Coahuila, Mexico", en *The Kiva,* vol. 36, núm. 4, Tucson, 1971, p. 41.

JENNINGS, Jesse D., *Prehistory of North America,* Nueva York, McGraw Hill Book Company, 1968.

JIMÉNEZ B., Peter, "Perspectivas sobre la arqueología de Zacatecas", en *Arqueología,* núm. 5, México, INAH, 1989, pp. 7-50.

KELLEY, J. Charles, "Mesoamerica and the Southwestern United States", en *Handbook of Middle American Indians,* vol. 4, Austin, University of Texas Press, 1966, pp. 95-110.

_____, "The Chronology of the Chalchihuites, Culture", en M. S. Foster y Phil C. Weigand (eds.), *The Archaeology of West and Northwest Mesoamerica,* Boulder, Westview Press, 1985, pp. 269-288.

_____, "The Mobile Merchants of Molino", en F.U. Mathien y R.H. McGuire (eds.), *Ripples in the Chichimec Sea,* Carbondale, Southern Illinois University Press, 1986, pp. 81-104.

_____ y Ellen Abbott Kelley, *An Introduction to the Ceramics of the Chalchihuites Culture of Zacatecas and Durango, Mexico,* Carbondale, University Museum, Southern Illinois University, 1971. Mesoamerican Studies 5.

KELLY, Isabel, *Excavations at Culiacan, Sinaloa,* Berkeley, University of California Press, 1945. Iberoamericana 25.

KIRCHHOFF, Paul, "Mesoamérica: sus límites geográficos, composición étnica y caracteres culturales", en *Acta Americana,* vol. I, núm. 1, México, Sociedad Interamericana de Antropología y Geografía, 1943, pp. 92-107.

_____, "Los recolectores-cazadores del norte de México", en *El norte de México y el sur de Estados Unidos,* México, Sociedad Mexicana de Antropología, 1943, pp. 133-144.

_____, "Relaciones entre el área de los recolectores-cazadores del norte de México y las áreas circunvecinas", en *El norte de México y el sur de Estados Unidos,* México, Sociedad Mexicana de Antropología, 1943, pp. 255-258.

LAZALDE, Jesús, *Durango indígena,* 1987.

LEBLANC, Steven A., "Aspects of Southwestern Prehistory: AD 900-1400", en F.J. Mathien y R.H. McGuire (eds.), *Ripples in the Chichimec Sea,* Carbondale, Southern Illinois University Press, 1986, pp. 105-134.

LESAGE, Jean, "Recherches préhistoriques au nord de Mexico", Informe mecanuscrito, 1966.

LISTER, Florence C. y Robert H. Lister, *Chihuahua, almacén de tempestades,* Chihuahua, Gobierno del Estado de Chihuahua, 1979.

LITVAK K., Jaime, "En torno al problema de la definición de Mesoamérica", en *Anales de Antropología,* vol. 12, México, UNAM, 1975, pp. 171-195.

LÓPEZ AUSTIN, Alfredo, "Organización política en el Altiplano Central de México durante el Posclásico", en J. Monjarás Ruiz, R. Brambila y E. Pérez R. (recops.), *Mesoamérica y el centro de México,* México, INAH, 1985, pp. 197-234. Colección Biblioteca del INAH.

MACNEISH, Richard S., *Prehistoric relationships between the cultures of southeastern U.S. and Mexico in the light of an archaeological survey of the State of Tamaulipas,* Doctoral Dissertation, University of Chicago, 1948.

_____, "Preliminary archaeological investigations in the sierra de Tamaulipas, Mexico", en *Transactions,* vol. 48, núm. 6, Philadelphia, American Philosophical Society, 1958.

MANZANILLA, Rubén y Jorge Arturo Talavera, "Informe de los trabajos de salvamento e investigación arqueológica en la población de Mochicahui, Municipio del Fuerte, estado de Sinaloa, México", Informe al Consejo de Arqueología, INAH, 1989.

MARTÍNEZ, Balbina y Luis Felipe Nieto, *Distribución de asentamientos prehispánicos en la porción central del río Laja,* tesis de licenciatura, México, ENAH, 1987.

MASTACHE, Alba Guadalupe y Roberto H. Cobean, "Tula", en J. Monjarás Ruiz, R. Brambila y E. Pérez R. (recops.), *Mesoamérica y el centro de México,* México, INAH, 1985, pp. 273-308. Colección Biblioteca del INAH.

MATHIEN, Frances Joan y Randall H. McGuire (eds.), *Ripples in the Chichimec Sea,* Carbondale, Southern Illinois University Press, 1986.

MCGUIRE, Randall H., "The Mesoamerican Connection in the Southwest", en *The Kiva,* vol. 46, núms. 1-2, Tucson, 1980.

MEIGHAN, Clement W., "Archaeology of Sinaloa", en *Handbook of Middle American Indians,* vol. 11, Austin, University of Texas Press, 1971, pp. 754-767.

_____, *The Archaeology of Amapa, Nayarit,* Los Angeles, University of California, The Institute of Archaeology, 1976. Monumenta Archaeologica 2.

MICHELET, Dominique, *Río Verde, San Luis Potosí, Mexique,* México, CEMCA, 1984. Colléction d'Etudes Mexicaines et Centreaméricaines.

MINNIS, Paul E., "Domesticating people and plants in the Greater Southwest", en R.I. Ford (ed.), *Prehistoric Food Production in North America,* Michigan, University of Michigan, Museum of Anthropology, 1985, pp. 309-339. Anthropological Papers núm. 75.

MOUNTJOY, Joseph B. y Luis Torres M., "The production and use of prehispanic metal artifacts in the central coastal area of Jalisco, Mexico", en M.S. Foster y P.C. Weigand (eds.), *The Archaeology of West and Northwest Mesoamerica,* Boulder, Westview Press, 1985, pp. 133-152.

NELSON, Richard S., "Pochtecas and Prestige: Mesoamerican Artifacts in Hohokam sites", en J. Mathien y R. McGuire (eds.), *Ripples in the Chichimec Sea,* Carbondale, Southern Illinois University Press, 1986, pp. 154-182.

NIEDERBERGER B., Christine, *Paléopaysages et archéologie preurbaine du bassin de Mexico,* Mexico, Centre d'Estudes Mexicaines et Centre-Américaines, 1987. Colléction Etudes Mesoaméricaines.

OLIVÉ, Julio César, "Estado, formación socioeconómica y periodificación de Mesoamérica", en J. Monjarás Ruiz, R. Brambila y E. Pérez R. (recops.), *Mesoamérica y el Centro de México,* México, INAH, 1985, pp. 81-114.

ORTIZ, Alfonso (ed.), "Southwest", en *Handbook of North American Indians,* vol. 9, Washington, D.C., Smithsonian Institution, 1979.

PAILES, Richard A., *An archaeological reconnaissance of southern Sonora and reconsideration of the Rio Sonora culture*, Doctoral Dissertation, Carbondale, Southern Illinois University.

PORTER, Muriel N., "Pipas precortesianas", en *Acta Antropológica,* vol. III , núm. 2, México, 1948.

RAVESLOOT, John C., Jeffrey S. Dean y Michael S. Foster, "A new perspective on the Casas Grandes tree ring dates", trabajo presentado en la IV Mogollon Conference, Tucson, University of Arizona, 1986.

RENFREW, Colin, "Introduction: Peer polity interaction and socio political change", en C. Renfrew y J.F. Cherry (eds.), *Peer Polity Interaction and Socio Political Change,* Cambridge, Cambridge University Press, 1983.

RILEY, Carroll L., *The Frontier People,* Albuquerque, University of New Mexico Press, 1987.

RODRIGUEZ, François, *Outillage lithique de chasseurs-collecteurs du nord du Mexique,* México, Centre d'Etudes Mexicaines et Centreaméricaines, Editions Recherche sur les Civilisation, 1983. Colléction Etudes Mesoaméricaines II-6.

_____, *Les Chichimèques,* México, Centre d'Estudes Mexicaines et Centraméricaines, 1985. Colléction Estudes Mesoaméricaines 1-12.

RZEDOWSKI, J., *Vegetación de México*, México, Limusa, 1978.

SCHIFFER, Michael B., "Hohokam chronology: an essay on history y method", en R.H. McGuire y M.B. Schiffer (eds.), *Hohokam y Patayan,* Nueva York, Academic Press, 1982, pp. 299-344.

SCOTT, Stuart D., "Core versus Marginal Mesoamerica. A coastal West Mexican perspective", en M.S. Foster y P.C. Weigand (eds.), *The Archaeology of West and Northwest Mesoamerica*, Boulder, Westview Press, pp. 181-191.

SÉJOURNÉ, Laurette, *Culhuacán. Arqueología del Valle de México I*, México, INAH, 1970.

SERRANO, Carlos y Rosa María Ramos, "Les populations préhispaniques dans la zone frontiäre du nord de la Mesoamérique: un essai bioanthropologique (resumé)", en François Rodriguez, *Outillage lithique de chasseurs-collecteurs du nord du Mexique,* Mexico, Centre d'Etudes Mexicaines et Centreaméricaines, Editions Recherche sur les civilisation, 1983, pp. 197-210. Colléction Etudes Mesoaméricaines II-6.

SMITHSONIAN INSTITUTION, *Handbook of North American Indians,* 20 vol., Washington D.C.

SPENCE, Michael W., *Some Lithic Assemblages of Western Zacatecas and Durango,* Carbondale, Southern Illinois University, 1971. Mesoamerican Studies núm. 8.

SUÁREZ, Lourdes, "Una escultura de concha en la cultura tolteca", en *Mesoamérica y norte de México. Siglos IX-XII,* México, Museo Nacional de Antropología, INAH, 1990, pp. 585-594.

THE AMERIND FOUNDATION, *Culture and Contact*, A.I. Woosley y J.C. Ravesloot (eds.), Albuquerque, University of New Mexico Press.

WALLERSTEIN, Inmanuel, *The Modern World System. Studies in Social Discontinuity,* Nueva York, Academic Press, 1974.

WEIGAND, Phil C., "Evidence for complex societies during the western Mesoamerican Classic period", en M.S. Foster y P.C. Weigand (eds.), *The Archaeology of West and Northwest Mesoamerica,* Boulder, Westview Press, 1985, pp. 47-92.

_____, Garman Harbottle y Edward V. Sayre, "Turquoise sources and source analysis: Mesoamerica and the Southwestern USA", en *Exchange Systems in Prehistory,* Nueva York, Academic Press, 1977, pp. 15-34.

WEITLANER J., Irmgard, *Los textiles de la Cueva de la Candelaria, Coahuila,* México, INAH, 1977. Colección Científica, Arqueología 51.

WHITECOTTON, Joseph W. y Richard S. Pailes, "New World Precolumbian World Systems", en F.J. Mathien y R.H. McGuire (eds.), *Ripples in the Chichimec Sea,* Carbondale, Southern Illinois University Press, 1986, pp. 183-204.

WILCOX, David R., "A historical analysis of the problem of Southwestern-Mesoamerican connections", en F.J. Mathien y R.H. McGuire (eds.). *Ripples in the Chichimec Sea,* Carbondale, Southern Illinois University Press, 1986, pp. 9-44.

_____, "The Tepiman Connection: a model of Mesoamerican-Southwestern interaction", en F.J. Mathien y R.M. McGuire (eds.), *Ripples in the Chichimec Sea,* Carbondale, Southern Illinois University Press, 1986, pp. 135-153.

WILLEY, Gordon R., *An Introduction to American Archaeology* vol. I, North and Middle America, Nueva Jersey, Prentice-Hall, 1966.

ZEPEDA, Gabriela, *El desarrollo de un núcleo poblacional asentado en la confluencia de los ríos Lerma y Guanajuato, una apreciación,* tesis profesional, México, ENAH, 1986.

La frontera meridional de Mesoamérica

Ernesto Vargas Pacheco*

Introducción

La posición geográfica de Centroamérica es singular y privilegiada; sus condiciones son muy favorables tanto para los asentamientos humanos como para el desarrollo de la fauna y la flora, pues cumple una función de puente y filtro entre las dos Américas.

Los diversos pueblos que la habitaron se asentaron en bosques tropicales y selvas altas, en donde compartieron el territorio con el tapir, la danta, el mono, el puma y el venado, entre otros muchos animales que dominaban aquellas regiones. Unos proceden de las partes bajas de los Andes, otros son de proveniencia mexicana y el resto de posible origen amazónico. Esta diversidad de orígenes produjo también una muy compleja diversidad de culturas, a la vez que afinidades.

Los arqueólogos[1] han dividido el territorio centroamericano en dos sectores culturales. Cada uno de ellos es poseedor de características más o menos homogéneas; pero se diferencian entre sí ya que uno está más ligado con Mesoamérica y el otro con tradiciones sudamericanas. En ambos se pueden estudiar las características de cada uno de los sectores y, a la vez, la mezcla de pueblos que se operó en suelo centroamericano. Ambos se enriquecieron al incorporar ideas y creencias de otros pueblos; mas no significa que estos pueblos son simplemente herederos en tanto receptores de la grandeza mesoamericana y andina, sino que tienen su personalidad.

De los primeros grupos que habitaron la región únicamente se conservan artefactos líticos y cerámica, sin que se conozca la identidad étnica de los

*Arqueólogo, investigador del Instituto de Investigaciones Antropológicas de la UNAM, México.

[1] Baudez, *Amérique Centrale;* Stone, *Precolumbian Man Finds Central America;* Willey, *An Introduction to American Archaeology.*

pueblos. En periodos posteriores, muchas de las culturas localizadas pueden estar asociadas a nombres históricos y a grupos tales como los mayas, lencas y payas.

Los acontecimientos que se sucedieron en el centro de México y en otras áreas afectaron a los habitantes del territorio que se extiende desde el Istmo de Tehuantepec hasta los límites orientales del Darién, en la frontera con Colombia.

Planteamiento general del tema

Al tratar el tema relacionado con el límite sur de Mesoamérica nos encontramos con el problema de definir lo que se trata de delimitar. Esto se hace con base en una lista de rasgos de presencia o ausencia que deben caracterizar a la región como mesoamericana o no, creando con ello confusión.

En lo relativo a las fronteras de Mesoamérica, Kirchhoff[2] indicó que la septentrional se distinguió de la meridional por un grado mucho mayor de movilidad e inseguridad; según dice, esa diferencia se debe a que la frontera sur sólo colindaba en un tramo pequeño con otra área de cultivadores superiores, en tanto que en el resto de la frontera "eran cultivadores inferiores". Sin embargo, esta aparente estabilidad no se da, ya que existen pruebas de desplazamiento de un grupo por otro, como lo apuntara Longyear entre lencas y jicaques.

Hablar de la frontera sur de Mesoamérica para épocas muy tempranas es difícil, como lo señalara Willey:[3]

> Ciertamente para el Preclásico temprano, el periodo en el cual se originaba la tradición cerámica meridional mesoamericana, no tenemos suficiente información para hablar de centros de origen o periferias. De hecho, podría ser que en esa época, la parte sur de lo que sería el área mesoamericana estuviera afiliada más a Honduras y El Salvador, e incluso a regiones aún más meridionales, de lo que estaba con el occidente o centro de México.

Las evidencias más tempranas del hombre en Centroamérica son las puntas de proyectil tipo Clovis, reportadas para Guatemala, Costa Rica y Panamá; también se han reportado puntas "cola de pescado", lo cual indica que hubo culturas de cazadores-recolectores, asociadas con mamíferos del Pleistoceno

[2] "Mesoamerica. Its Geographic Limits, Ethnic Composition and Cultural Characteristics".
[3] Simposio sobre *Some External Relations of Aboriginal Honduras*, p. 541.

Superior, tales como el mamut, el camello y el perezoso. La presencia de puntas de proyectil nos revela la confluencia de dos tradiciones tecnológicas: la del norte con las puntas Clovis y la sudamericana con las puntas "cola de pescado". El carácter de conexión entre norte y sur queda así evidenciado desde tiempos muy antiguos, aunque las relaciones son más claras para los periodos más tardíos: olmeca, teotihuacano, tolteca y mexica.

Grupos que vivían de la caza, la pesca, la recolección de plantas silvestres y una agricultura incipiente, y que producían artefactos de piedra pulida y barro, también han sido reportados para la cueva de Santa Marta al sur del Istmo de Tehuantepec y en el Cerro Mangote (cerca de la Bahía Parita, Panamá). Algunos indicadores son de naturaleza problemática ya que sugieren la existencia de grupos muy tempranos. Así sucede con el hueso petrificado de un perezoso con tres incisiones en forma de "V" asociado con fauna del Pleistoceno en el río de la Pasión en Guatemala; las pisadas que apuntan en todas direcciones (de más de 40 individuos junto con huellas de bisonte, venado de cola blanca, nutria) en lava y ceniza, que aparecen en Acahualinca, cerca del cementerio de Managua, Nicaragua. En La Rama, Departamento de Usulután, El Salvador, también se encontraron huellas de por lo menos cinco seres humanos y huellas de varios felinos. En la región de Costa Rica se han encontrado vestigios lacustres y fluviales. Las evidencias para esta época son todavía problemáticas y adolecen de un fechamiento exacto; sin embargo, todo lleva a pensar que dichos grupos tenían una economía de caza-recolección.

A toda esa región centroamericana se le asocia con las culturas mexicana y maya, y se le conoce como la frontera oriental de Mesoamérica; ha sido establecida por la documentación histórica y por las evidencias arqueológicas. Esta frontera fue creada por el encuentro de dos culturas distintas, una del norte y otra del sur, produciéndose expresiones culturales propias.

Un modo de encarar el problema de esta área es estudiar la naturaleza y las fluctuaciones de la frontera sur, a través de la historia y la lingüística. Esta perspectiva tiene la ventaja de enfocar la investigación hacia las zonas mejor conocidas de Centroamérica. Además arroja luz sobre el desarrollo mismo de Mesoamérica, sus éxitos y sus fracasos, y puede contribuir a una mejor comprensión.

Kaufman[4] llama al xinca y al lenca grupos de idiomas sudorientales pues exhiben dos rasgos fonológicos distintivos: la presencia de oclusivos glotali-

[4] "Areal Linguistics and Middle America".

zados y la ausencia de oclusivos velares labializados, con lo cual se prueba esa ruptura entre Mesoamérica y otras áreas. Longacre[5] ya se había referido a dicha ruptura: "Por el sur, la frontera de Mesoamérica parece ser una línea de demarcación a la vez lingüística y cultural. Más allá de los mayas, los lencas y los miembros exteriores del grupo otomangue, hay grupos que parecen tener afinidades sudamericanas lingüísticamente, así como culturalmente."

Al respecto Holt[6] dice:

> La zona de transición entre Mesoamérica y el Circuncaribe está situada por alguna parte dentro del territorio entre la frontera austral del bloque de idiomas mayas y la frontera boreal del bloque de idiomas chibchas, la cual más o menos corresponde a la frontera entre Nicaragua y Costa Rica. Actualmente están incluidos entre estos límites los territorios de Nicaragua, Honduras y El Salvador, además de una parte pequeña del sur de Guatemala.

Los grupos representados en la región tienen varios parentescos genéticos: el pipil proveniente del náhuatl; el caribe, que llega tardíamente de las Antillas a Centroamérica; el xinca y el lenca, que hasta el momento no han sido relacionados con ningún otro grupo genético; el jicaque, que posiblemente tenga afinidades con el grupo hoka; el subtiaba, que sí es miembro del grupo hoka; el paya, cuyo parentesco ha sido evidenciado con el chibcha; el chorotega-mangue que tiene filiación con el otomangue, y la familia misumalpa, que puede tener filiación chibcha: el miskito, el sumu y el matagalpa-cacaopera. Lingüísticamente la región puede ser dividida en dos grupos: unos que se agrupan con el área mesoamericana y otros con los idiomas chibchas del sur.

Antecedentes de la investigación

La historia de la arqueología de Centroamérica se puede dividir de varias maneras, pero resumiendo se puede decir que es una arqueología de pillaje y saqueo. Los buscadores de tesoros, llamados comúnmente "huaqueros", preceden siempre al arqueólogo sobre el terreno.

Las primeras noticias que se tienen de la región, del ambiente natural, la forma de vida de los aborígenes, sus viviendas y costumbres, están en los

[5] "Systemic Comparison and Reconstruction".
[6] "La lengua paya y las fronteras lingüísticas de Mesoamérica", pp. 150-151.

relatos de los primeros conquistadores, los cronistas españoles y los viajeros que recorrieron el istmo centroamericano.

Hacer una clasificación de las diferentes etapas de la investigación arqueológica en Centroamérica es todavía prematuro; sin embargo, lo intentaremos basándonos en los trabajos de Fonseca y Aguilar Piedra[7] que, con pequeñas diferencias, tratan de resumir los antecedentes de la investigación arqueológica: uno de la costa Atlántica y el otro de Costa Rica.

Los primeros viajeros (1850-1925)

El siglo XIX se caracteriza sobre todo por los grandes viajeros; el ejemplo más claro para la zona maya y centroamericana es el de John L. Stephens y Frederick Catherwood; el primero hace descripciones de gran colorido y el segundo, dibujos que todavía hoy causan asombro. No por nada se ha llamado a Stephens el descubridor de un mundo nuevo en el Nuevo Mundo. Generalmente los viajeros son extranjeros, influidos por la corriente positivista de la época; tratan de determinar el grado de desarrollo cultural a través de los restos encontrados y su interés está dirigido a las piezas mejor acabadas. Muchos de ellos compraban piezas y se dedicaban al coleccionismo para museos, los cuales patrocinaban sus investigaciones. A este grupo se le podría denominar los pioneros de la arqueología.

A fines del siglo pasado y principios de éste se inicia la arqueología, ya que se tienen reportes que reflejan las técnicas rigurosas de recolección de datos y el análisis de los mismos. Los diferentes estudiosos se dedicaron a describir la forma de los artefactos, iniciándose así la caracterización de las culturas prehispánicas de la región. Entre los pioneros de la investigación arqueológica en El Salvador están E.G. Squier (1855-1858), Montessus de Ballores (1890-1891), Karl Sapper (1896), L.A. Rodríguez (1895-1912), Darío González (1906), Atilio Peccorini (1913-1926) y David J. Guzmán (1925).

La investigación arqueológica de Honduras se asocia con Copán y, aunque se inicia con los primeros viajeros, es en la década de 1890 cuando la Universidad de Harvard, particularmente el Peabody Museum, realiza las primeras investigaciones científicas del sitio. Establece un contrato con el gobierno de Honduras para retener el 50 por ciento de los materiales arqueológicos recuperados.

[7]Fonseca, "Historia antigua del Caribe, de Panamá, Costa Rica y Nicaragua", pp. 9-36; Aguilar Piedra (coord.), "El mundo de nuestros aborígenes".

En Nicaragua trabajaron arqueólogos europeos y americanos tales como Squier (1852), Boballius (1880), Earl Flint (1887), Bransford (1881), Karl Sapper (1902), Lothrop (1920), Lehmann (1926) y Fiedrischsthal (1940).

En Costa Rica trabajan algunos de los que investigaron en Nicaragua, y a la lista se añaden Alfaro (1889, 1892), Hartmann (1901, 1907) y Spinden (1915).

Los primeros arqueólogos (1920-1960)

Muchos de los investigadores mencionados se consolidan como tales durante esta etapa. Se sigue con el interés de caracterizar a las culturas precolombinas de la región. Sin embargo, se utilizan técnicas clasificatorias que permiten establecer la distribución regional de los materiales arqueológicos.

Los investigadores de esta época trabajan, por lo general, en varias partes de Centroamérica y así obtienen una visión global de la región. Para El Salvador se pueden citar a Jorge Lardé, Samuel Lothrop, Stanley H. Boggs, John M. Longyear III, Wolfgang Haberland, William R. Coe, Franz Termer y Wyllys Andrews V. En Honduras trabaja la Institución Carnegie de Washington y los arqueólogos Duncan Strong, Alfred Kidder II y Drexel Paul. Para Nicaragua y Costa Rica están Lothrop (1926), Stone (1948), Stirling (1950), Linné (1929) y Lines (1953).

Los estudios de este periodo se caracterizan por una falta de profundidad temporal; los arqueólogos trabajan con piezas de colección y se dan los primeros pasos para la división de la región en zonas arqueológicas.

El periodo de los modelos descriptivos diacrónicos (1960-1975)

Durante este periodo los estudiosos se preocupan por el establecimiento de secuencias y cronologías culturales, así como reconstrucciones histórico-culturales. Los trabajos de campo son fundamentalmente de índole estratigráfica o de excavación de tumbas; son trabajos de sitios sin enfoque regional; hay interés especial en el aspecto de las secuencias y cronologías culturales. Entre las investigaciones arqueológicas de este periodo sobresalen las de Haberland, Aguilar Piedra, Baudez, Bird y Cooke, Lange, Linares, Magnus y Kennedy.

En Honduras, Baudez trabaja tanto el centro como el sur y el norte, donde hace excavaciones estratigráficas con la idea de desarrollar cuadros cronológicos nuevos y más completos. Gordon Willey trabaja nuevamente en

Copán entre 1976 y 1978. Le siguen ahí el mismo Baudez y Sanders con el gran Proyecto Arqueológico Copán, cuya finalidad era la atracción turística, la de investigación científica y la de entrenar personal centroamericano.

El empleo de la estratigrafía permitió el fechamiento relativo y con ello la introducción de la variable tiempo. Este aporte enriqueció aún más los estudios arqueológicos, posibilitando la explicación del cambio cultural como una continuidad y no como una cadena de hechos aislados. Existe un interés por las secuencias culturales y la clasificación tipológica de los materiales arqueológicos. Durante esta época también surgen los proyectos financiados por otras instituciones cuya finalidad es el rescate del patrimonio cultural.

Desgraciadamente, la situación política de Centroamérica durante este periodo y el siguiente se agrava, dejando a un lado los intereses arqueológicos para resolver aspectos más importantes como el político-social y el económico; por lo tanto, para Nicaragua y El Salvador es pobre la investigación arqueológica.

Hacia un modelo explicativo diacrónico (1975 a la fecha)

En los setentas se pone en boga la posición teórica de la "ecología cultural" que hace énfasis en la relación hombre-medio ambiente, llevando incluso a lo que se ha llamado arqueología ambiental; de ahí se deriva, en la arqueología costarricense, un interés hacia los patrones de asentamiento. La investigación arqueológica toma diferentes orientaciones; se hace arqueología de rescate, arqueología orientada a la solución de problemas concretos. Se hace énfasis en los aspectos de índole histórico-cultural, investigaciones orientadas a contestar aspectos de función y dinámica sociocultural, destacando los patrones de asentamiento, y los aspectos de subsistencia y explotación de recursos.

A la arqueología se le considera como una ciencia social, cuyo objetivo principal es la reconstrucción y explicación de los procesos sociales y culturales; se recibe fuerte influencia de la arqueología peruana y mexicana con algunos de sus exponentes. El arqueólogo no es considerado como un científico aislado, porque al entenderse el estudio como algo multicausal y multivariante, la participación de especialistas de otras disciplinas es imprescindible.

La arqueología de Costa Rica se hace principalmente en dos instituciones: el Museo Nacional y la Universidad de Costa Rica. En Honduras se funda el Instituto Nacional de Antropología; en El Salvador, el Museo David J. Guzmán;

ambos se encargan de las investigaciones arqueológicas. Durante este periodo aparecen varios arqueólogos jóvenes y siguen trabajando algunos extranjeros.

Se hace síntesis en donde domina el carácter descriptivo,[8] y hay otros estudios en donde se incorporan nuevos datos sobre patrones de asentamiento y subsistencia, permitiendo a los autores sobrepasar los niveles de la mera presentación de datos.[9] En la actualidad se concentran en la explicación de procesos sociales totales, utilizando un marco teórico materialista histórico. Se intenta reconstruir la historia y sus relaciones con áreas como Mesoamérica, Sudamérica y el Caribe. Dentro de esta corriente está la aplicación del modelo del cambio social propuesto por Vargas,[10] que ha demostrado ser útil para interpretar las evidencias de la región. Su carácter heurístico es una alternativa en la necesidad de sobrepasar la tendencia a dirigir las investigaciones por la reconstrucción de patrones de asentamiento y patrones de subsistencia.

Regionalización, periodificación y cronología

En cuanto a la regionalización (véanse figuras 1 y 2), algunos autores[11] la han dividido en dos: la zona de influencia de la tradición mesoamericana y la de tradición sudamericana. La zona de tradición mesoamericana comprende El Salvador, el centro y el sur de Honduras, la parte occidental de Nicaragua y el noroeste de Costa Rica. La frontera entre los dos sectores norte y sur que comprende la zona, varía según los periodos.

Baudez[12] formuló una secuencia regional basándose fundamentalmente en modos de decoración cerámica, complejos cerámicos y tipos cerámicos individuales. Delineó los siguientes periodos:

Periodo I (hasta el 200 aC): Pre-Usulután.
Periodo II (200 aC-600 dC).
  Sector Norte (200 aC-550 dC): Usulután.
  Sector Sur (300 aC-500 dC): Bicromo en zonas y decoración lineal.
Periodo III (600-900/1000 dC).
  Sector Norte (550-950 dC): Zona de influencia maya.
  Sector Sur (500-800 dC): Policromo Antiguo.

[8] Ferrero, *Costa Rica...*; Stone, *Precolumbian Man in Costa Rica;* Torres, *Arte precolombino de Panamá.*

[9] Cooke, "Archaeological Research in Central and Coastal Panama, A Review of Some Problems"; Snarskis, "The Archaeology of Costa Rica"; *La cerámica precolombina en Costa Rica;* "Central America, The Lower Caribbean".

[10] Citado por Fonseca, "Historia antigua del Caribe, de Panamá, Costa Rica y Nicaragua".

[11] Baudez, *Amérique Centrale.*

[12] "Arqueología de la frontera sur de Mesoamérica", pp. 133-148.

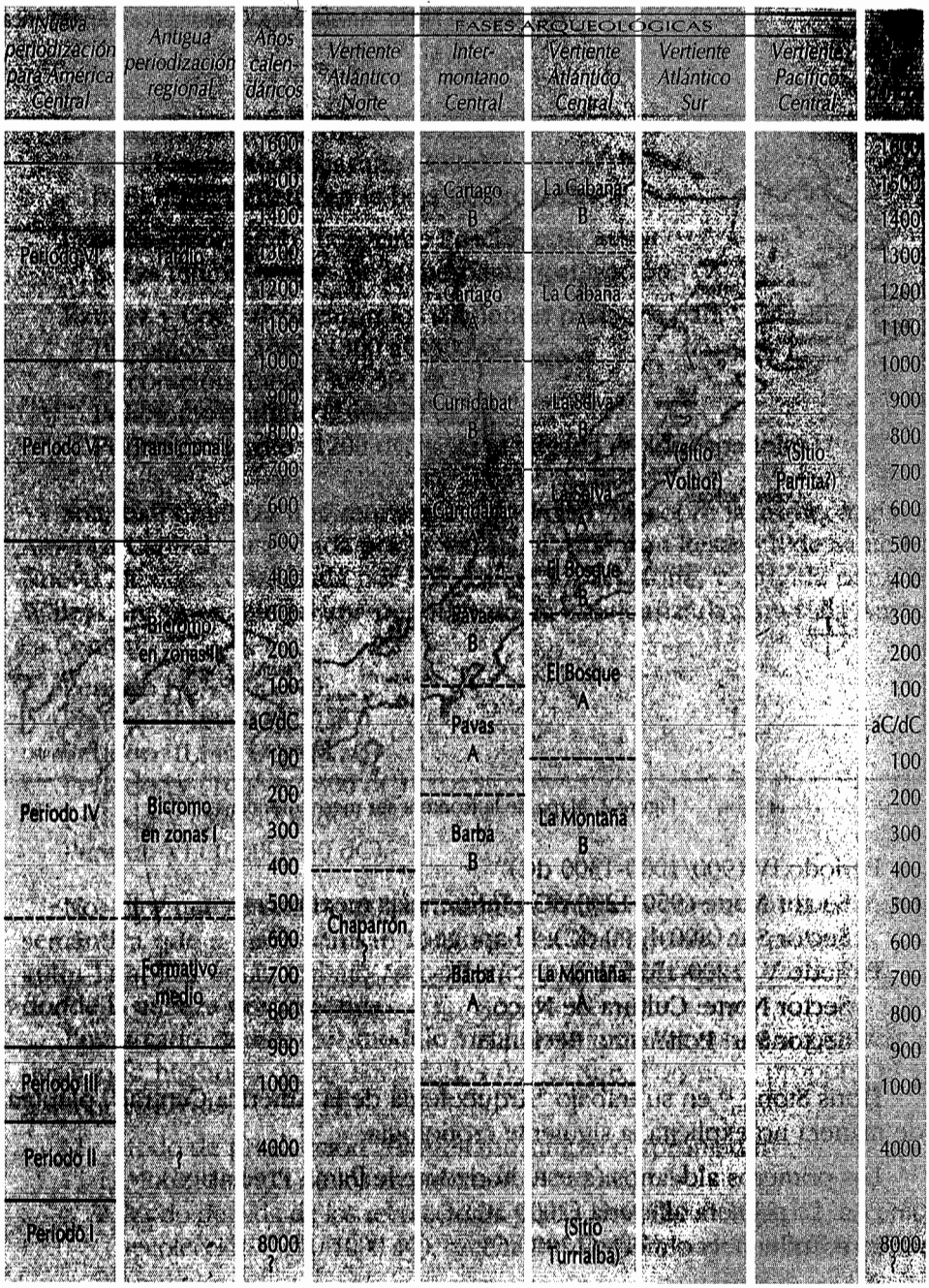


Figura 1. Cuadro cronológico para la vertiente atlántica, intermontano central (redibujado de Snarkis, 1982: 86).

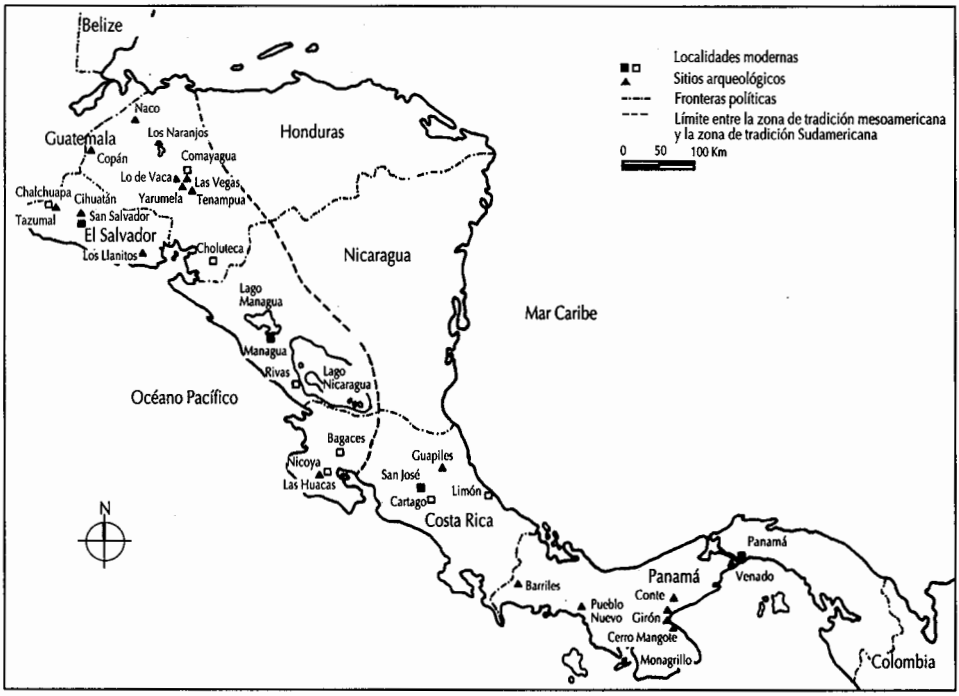


Figura 2. Mapa de la frontera sur mesoamericana.

Periodo IV (900/1000-1300 dC).
Sector Norte (950-1200 dC): Influencias mexicanas.
Sector Sur (800-1200 dC): El apogeo.
Periodo V (1200-1525 dC).
Sector Norte: Cultura de Naco.
Sector Sur: Policromo Reciente.

Doris Stone,[13] en su trabajo "Arqueología de la América Central", plantea de manera no explícita la siguiente cronología:

Los primeros aldeanos (a este horizonte le llama Preclásico).
a. La primera alfarería (2000 aC).
b. Influencia olmeca (1200 aC).

[13] *Precolumbian Man Finds Central America.*

La fachada mexicana (mundo clásico).
a. Influencia teotihuacana (300 dC).
b. El norte penetra en la baja Centroamérica.

Imperio y comercio (horizonte Posclásico).
a. Las últimas etapas de la mesoamericanización.

Baudez y Coe[14] delinearon los siguientes periodos para Costa Rica:
Bicromos en zonas (300 aC-300 dC)
Decoración lineal (300-500 dC)
Policromo antiguo (500-800 dC)
Policromo tardío (1200 dC hasta la llegada de los españoles).

Snarkis[15] organiza una reunión en abril de 1980 sobre la arqueología de América Central, auspiciada por la School of American Research de Sante Fe, Nuevo México, coordinada por F.W. Lange y D.Z. Stone, y dirigida por G.R. Willey. Ahí se estableció una periodificación estandarizada para toda América Central:

Periodo I (¿?-8000 aC)
Periodo II (8000-4000 aC)
Periodo III (4000-1000 aC)
Periodo IV (1000 aC-500 dC)
Periodo V (500-1000 dC)
Periodo VI (1000-1550 dC).

Nos dice que se prefirió utilizar números romanos para evitar la confusión semántica que a veces causan los nombres descriptivos de periodos, y el autor la aplica en su trabajo *La cerámica precolombina en Costa Rica,* en donde la analiza por regiones.

Enmarcado dentro del modelo propuesto por Vargas para explicar el desarrollo histórico de las sociedades del Caribe, Fonseca[16] propone el siguiente esquema:

I. Modo de producción comunitario simple o apropiador:
1. Modo de vida de los cazadores (?-8000 aC).
2. Modo de vida de los recolectores y cazadores (8000-3000 aC), cacería y recolección (3000-1000 aC), cacería, recolección y agricultura incipiente.

[14] "Archaeological Sequence in Northwestern Costa Rica".
[15] *La cerámica precolombina...*, p. 14.
[16] "Historia antigua...".

II. Modo de producción tribal y productor:
   1. Modo de vida aldeano vegecultor (1000-300 aC).
   2. Modo de vida aldeano semicultor (300 aC-500 dC).

III. Modo de vida cacical:
   1. Consolidación de las sociedades cacicales (500-800 dC).
   2. Desarrollo de las sociedades cacicales (800-1500 dC).

Reyes Mazzoni[17] cita a la Primera Reunión de Arqueólogos Centroamericanos patrocinada por el BCIE, en donde se hizo una división regional interna de la periferia sur de Mesoamérica:

a) Costa del Pacífico: Guatemala y El Salvador hasta La Libertad;
b) Altos: desde Cuchumatanes abarcando el altiplano guatemalteco hasta el río Jiboa en la zona central de El Salvador;
c) Tierras bajas mayas orientales: Izabal, región oriental del río Motagua incluyendo la zona maya de Honduras hasta el alto Chamelecón;
d) El Petén;
e) Zona mesoamericana no maya en Honduras, desde Puerto Cortés hacia el sur, valle de Sula, Comayagua, el alto Choluteca;
f) El oriente de El Salvador, sur de Honduras hasta Managua, Nicaragua;
g) La Gran Nicoya, desde Managua hasta Puntarenas;
h) Sierra Madre y zona Atlántica: de Puerto Cortés hasta Panamá, inclusive;
i) Intermontana central de Costa Rica: de Puntarenas hasta San Isidro;
j) Gran Chiriqui: de San Isidro hasta Veragua, Panamá.

Resumiendo a Haberland 1960, Luis Casasola[18] dice que para el estudio de la arqueología de El Salvador se ha dividido en tres áreas: occidental, central y oriental. Habla del horizonte prehistórico y dice que es prácticamente desconocido; después trata el Formativo inferior, medio y superior, el Clásico y el Posclásico. Se hace notar que los materiales muestran relaciones con las tierras altas y con fases del Pacífico de Guatemala, con los pipiles, y se reportan también piezas Plumbate y piezas de Nicoya, lo que demuestra la gran relación con otras áreas.

Existieron relaciones entre El Salvador, la zona centro-occidental y la costa veracruzana. En cuanto a migraciones e influencias nahuas sobre Centroamérica han sido señaladas por varios autores.[19]

[17] "La frontera de Mesoamérica en Honduras", p. 120.
[18] "Panorama general de la arqueología de El Salvador".
[19] Borhegyi, "Archaeological Synthesis of the Guatemala Highlands"; Haberland, *Cultura de la América Indígena. Mesoamérica y América Central;* Stone, *Precolumbian Man...*

Con colecciones de piezas de Nicaragua y Costa Rica, Samuel K. Lothrop[20] hace una división en tres zonas arqueológicas: Pacífico Norte, Intermontano Central y Atlántico, y Pacífico Sur.

Posteriormente Stone[21] hace una división con los nombres de tres grupos citados en las fuentes históricas: chorotegas, huétares y borucas. Años después[22] propone otra división: la región de Nicoya, la región de Diquis y la región del Atlántico, utilizando en términos generales los periodos de Baudez y Coe, y añadiendo además periodos internos y fases de cada una de las regiones que trata.

Zona de tradición mesoamericana

Periodo I

La zona de tradición mesoamericana comprende El Salvador; Honduras oeste, centro y sur; la parte occidental de Nicaragua y el noroeste de Costa Rica. La frontera entre los dos sectores, norte y sur, varía según los periodos. Como se dijo, la antigüedad del hombre en Centroamérica está representada por puntas Clovis y restos de megafauna, las huellas humanas impresas tanto en suelo salvadoreño como en Nicaragua, e implementos de industria lítica que pertenecen a vestigios de épocas precerámicas.

Los periodos siguientes, que corresponden a la aparición y el lento desarrollo de la agricultura, a la sedentarización y a las primeras cerámicas, no están bien documentados. Las más antiguas evidencias se localizan en Panamá: en Monagrillo y Cerro Mangote, en la Bahía de Parita.

Claude Baudez, que trabaja en Honduras (en el valle de Comayagua y el lago Yojoa, en los sitios Los Naranjos), concluye que algunos de los entierros con ofrendas individuales asociados a un hacha de jadeíta con cinabrio, están relacionados con La Venta, el gran centro de la civilización olmeca. Asocia este hallazgo con el Periodo I y lo llama Pre-Usulután. En El Salvador, cerca de Chalchuapa, está El Trapiche, sitio en donde se encuentra una secuencia cerámica muy larga comparable con las de Mesoamérica; a algunos kilómetros del anterior se encuentra Las Victorias, que se ha catalogado como el sitio más meridional con arte monumental olmeca; sobre un canto rodado se talló en cada uno de sus cuatro costados, la imagen de un hombre en bajorre-

[20] *Pottery of Costa Rica and Nicaragua.*
[21] "The Basic Cultures of Central America"; "The Archaeology of Central and Southern Honduras".
[22] Stone, *Precolumbian Man...*

lieve. Tres de las figuras están de pie y una sentada. Están dibujadas con líneas de incisión muy precisas, con articulaciones redondeadas, cuerpos asexuados, turbantes en forma de casco y pendientes circulares.

La influencia olmeca se hace sentir fuertemente en sitios de Chiapas, La Victoria, Kaminaljuyú y en la Costa del Pacífico de Guatemala. Aunque La Venta en Tabasco parece haber sido un centro muy importante, los olmecas no se circunscribían a una región. Como comerciantes y colonizadores se dispersaron hacia el norte, el occidente y el sur, llevando su religión, arte y logros intelectuales, los cuales fueron parcialmente absorbidos o fusionados con conceptos locales por los pueblos con quienes convivieron.

Según Doris Stone, se les llama olmecoides a los olmecas que vivieron con grupos extranjeros y que mezclaron su cultura con la de los habitantes originales; la presencia se advierte en la Alta Centroamérica. Los elementos que se encuentran están en la arquitectura, en el sistema de enterramientos y preparación de tumbas, en las estelas y altares esculpidos, en las cabezas colosales, máscaras de jaguar, figurillas con cara de felino o del tipo *baby face* (generalmente hechas de jade), en el calendario ceremonial de 260 días y en el solar de 365 días.

En cuanto a la cerámica, se ve dicha influencia en los incensarios y tecomates, pero sobre todo en las figurillas; de éstas, muchas se parecen a las del centro de México y muestran anomalías tales como gota y exoftalmía. Otro estilo de figurillas son las esculturas de pequeños animales con pedestal, y hombres esculpidos en volumen en la parte superior de bloques de piedra. Han sido encontrados cerca de Tres Zapotes, Veracruz, en Tonalá, Chiapas, y en varios sitios de la Costa del Pacífico, desde Chiapas hasta el occidente de El Salvador (véanse figuras 3 y 4).

La influencia olmeca también se deja sentir en la arquitectura de Kaminaljuyú y Uaxactún, Guatemala, y en Los Naranjos, Honduras; en el extremo norte del lago Yojoa se encontraron artefactos olmecas consistentes en una figurilla, hachas, ofrendas de cinabrio y una gran cantidad de tiestos, que se remontan a la fase Jaral.

Generalmente se piensa que todas las influencias llegan del centro de México hacia Centroamérica; sin embargo, algunas podrían seguir la dirección inversa. Piña Chan[23] ha venido sosteniendo la hipótesis de que un grupo llegó de Sudamérica hasta el Istmo de Tehuantepec, vía la Costa del Pacífico, y de ahí se habría separado de tal forma que unos entraron hacia el Occi-

[23] *Historia, arqueología y arte prehispánico*, p. 76.

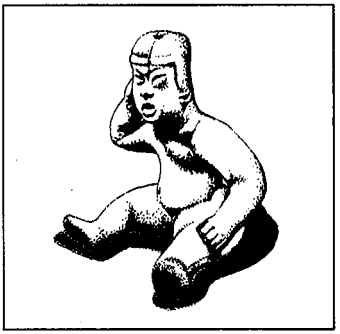


Figura 3. Piedra olmeca de El Salvador (redibujado de Stone, *Precolumbian...*, p.28).
Figura 4. Influencia olmeca en Costa Rica (redibujado de Ferrero, *Costa Rica...*).

dente de México y Valle de Oaxaca, y otros hacia la Costa del Golfo, en donde más tarde dieron origen a la cultura olmeca.

Las huellas de los asentamientos de ese grupo han quedado en varios sitios, tanto en las costas de Guatemala y Chiapas, como tierra adentro. Sin embargo, cabe mencionar que más que en otro tipo de materiales, ha sido en ciertos rasgos de la cerámica, por mucho tiempo identificados como olmecas, en donde se puede identificar a ese grupo. Piña Chan piensa que el grupo olmeca entró por el Istmo hasta el Golfo o por el curso del río Usumacinta.

Las expresiones más tempranas de esa cultura tuvieron lugar en San Lorenzo;[24] más tarde surgirían centros tan importantes como La Venta y Tres Zapotes, entre otros varios del sur de Veracruz y del norte de Tabasco. Sin embargo, las preguntas más importantes con respecto a la presencia olmeca en otras regiones de Mesoamérica y fuera de ella son: cómo y en qué momento sucedió una posible expansión olmeca.

En la región del Pacífico y el altiplano de Guatemala están presentes las influencias olmecas; baste citar Izapa, Abaj Tajalik, la región de Santa Lucía Cotzumalhuapa y Kaminaljuyú. En toda esta región se ha suscitado una gran polémica con respecto a un complejo cultural que algunos autores pretenden que es muy temprano y otros piensan que es postolmeca. Miles y Girard[25] identifican a algunas de las esculturas como preolmecas y le han llamado a toda esa región de la Democracia como la "cuna de América" o "cuna de Me-

[24] Coe, "San Lorenzo and the Olmec Civilization".
[25] Miles, "Sculpture of Guatemala-Chiapas Highlands and Pacific Slopes and Associated Hieroglyphs"; Girard, *La misteriosa cultura...*

soamérica". También Piña Chan,[26] al referirse al complejo de esculturas de individuos gordos (seres rechonchos y obesos con los ojos ranurados o incisos, con las manos sobre el abdomen, generalmente sedentes y con las extremidades inferiores rudimentariamente representadas, y que están hechos de piedra, en donde ésta condiciona al escultor y no a la inversa, como sucedió con los olmecas del Golfo), concluye diciendo lo siguiente: "esta tradición escultórica parece estar en formación aunque constituyendo un estilo, el cual fue el origen de la escultura de los olmecas del Golfo y, por lo tanto, más antigua".

Al respecto Navarrete[27] dice lo siguiente:

> No estoy de acuerdo con Piña. El puro análisis estilístico tiene que hacerse con mayor detalle y profundidad y no solamente ver los cambios como resultado del aparente tránsito de formas primitivas y evolucionadas. Hay por lo menos un momento en cada uno de los grupos que hemos descrito en que la realización artística es también de alta calidad dentro de sus normas y conceptos expresivos.

Navarrete sigue su explicación para demostrar que estas piezas no pueden ser preolmecas y encuadra su discusión en términos de fases, por ser ésta una herramienta utilizada por los arqueólogos profesionales, dejando de lado los términos arcaico, preolmeca, olmeca y olmecoide, que a veces se usan indiscriminadamente.

Girard[28] publica varios trabajos relacionados con el problema olmeca en el altiplano y la costa de Guatemala, en donde señala que este complejo escultórico es lo más antiguo de Mesoamérica y lo identifica como preolmeca.

Sin entrar a discutir el problema de las esculturas, Lowe[29] identifica a los primeros habitantes del sur de Chiapas y norte de Guatemala con los mixezoques, y hace entrar a éstos a territorio actual de Guatemala, tanto en la costa del Pacífico como en los altos. Nos habla de un horizonte proto-olmeca y uno olmeca temprano:

> La relativa semejanza de los conjuntos cerámicos básicos me induce a asignar los sitios de Chiapas y el norte de Centroamérica sea a esferas relacionadas en forma estrecha con los olmecas, sea a superesferas menos relacionadas, y otros sitios simplemente al horizonte temporal correspondiente.

[26] *Historia, arqueología...*, p. 13.
[27] "Dos esculturas posolmecas del altiplano guatemalteco", p. 103.
[28] *La misteriosa cultura olmeca. Últimos descubrimientos de esculturas preolmecas en Guatemala*; "Esculturas olmecoides en los altos de Guatemala".
[29] "Los mixe-zoque como vecinos rivales de los mayas en las tierras bajas primitivas", p. 235.

Hay que señalar que el desarrollo proto-olmeca está escasamente representado en Chiapas y no se ha encontrado en el norte de Centroamérica.

Con la fase San Lorenzo, al parecer la influencia olmeca llega más fuertemente al centro-occidente de Chiapas, el Soconusco y la Costa del Pacífico, y aparece también en Guatemala y en Chalchuapa, El Salvador.[30] Aparentemente en Los Naranjos, Honduras, también estuvo bien representado este estilo y horizonte, quizá hacia su fin.[31]

El horizonte olmeca tardío también se deja sentir fuertemente al sur de Chiapas, la Costa de Guatemala y Chalchuapa; Lowe llama a este periodo de expansión y diversificación. Al siguiente periodo –que se le conoce con el nombre de "olmeca modificado"– lo caracteriza por los procesos de nucleación. Se distribuye del sur de Chiapas hasta la frontera de Guatemala y más allá tanto sobre la costa del Pacífico como en la depresión central; la evidencia provisional del sitio de Sakajut parece llevar el estilo cerámico del horizonte olmeca modificado más allá de los Cuchumatanes y por el este hasta la Alta Verapaz.

Para el Preclásico tardío al parecer lo que sucede en el sur de Chiapas es un endurecimiento de sus características regionales, en una serie de culturas locales, que de ahí en adelante serían distintas entre sí casi para siempre.

En Costa Rica se han descubierto muchos objetos quizás anteriores al Periodo Bicromo en zonas que debieron llegar por contacto y han sido reportados fuera de contexto. Por ejemplo, la presencia de jades *baby face,* evidentemente olmecas (hallados en el noroeste de Costa Rica) han sido descritos por Balser.[32] Casi todos los autores que han tratado el tema se sorprenden de la belleza de los jades y, aún más, por la falta de exploraciones de especialistas; los lugares reportados siguen siendo una incógnita para la cultura.

Por otra parte, la opinión de los arqueólogos, al tratar el tema, se caracteriza por su parquedad, ya que desgraciadamente la mayoría de los hallazgos provienen de los saqueadores. Pero a pesar de no disponer de investigaciones y publicaciones periódicas, es un hecho indiscutible que en territorio costarricense, especialmente en Guanacaste, Línea Vieja y las llanuras de San Carlos, aparecen periódicamente jades con influencia olmeca.

[30] Sharer, "Preclassic ceramics from Chalchuapa, El Salvador, and their relationships with the Maya Lowlands".

[31] Baudez y Becquelin, *Archéologie de Los Naranjos, Honduras,* p. 412.

[32] "Los *baby faces* olmecas de Costa Rica"; "La influencia olmeca en algunos motivos de la arqueología de Costa Rica".

Periodo II

Sector Norte. Usulután (200 aC-550 dC)

Durante este periodo, el sur de Mesoamérica presenta varios grados de marginalidad con respecto a la civilización maya del Clásico temprano. Baudez[33] nos dice que Copán, aunque es indiscutiblemente maya, conserva sin embargo rasgos "arcaicos" con respecto a la periferia. En general El Salvador y Honduras permanecen fuera de esa influencia, pero siguen manteniendo la tradición mesoamericana temprana. La cerámica Usulután va a ser el factor unificador de toda esa región y sus límites al parecer incluyen el norte de Nicaragua hasta Managua.

Sector Sur. Bicromo en zonas (300 aC-300 dC)

La gran Nicoya se halla fuera de Mesoamérica. Los orígenes de esa cerámica, característica de la región, se deben buscar en Panamá; además se hacen presentes varios rasgos de tradición circuncaribe, como la hamaca, los metates ceremoniales (que según algunos autores deberían de interpretarse como asientos), las mazas (que se desconocen en Mesoamérica y hacia el norte sólo se conocen en el noroeste de México, donde fueron exportadas desde Costa Rica por vía marítima). En cuanto a la iconografía se aprecia una fuerte influencia del sur: como el ave-pico, el *alter ego,* etcétera. En cuanto a los alimentos se sugiere que la dieta básica se basó en tubérculos como la yuca, aunque no se niega la posibilidad del cultivo del maíz.

Decoración lineal (300-500 dC)

La gran Nicoya al parecer sigue fuera de Mesoamérica. En general, la base económica y los patrones de asentamiento parecen idénticos a los del periodo anterior; es decir, hay un gran vínculo con el norte de Sudamérica.

Al final de este periodo se empieza a notar una población más abundante; se aprecia gran importancia en el culto a los muertos; en las tumbas aparecen ricas ofrendas y se localizan jades mayas con decoración de glifos.

Periodo III

Sectores Norte y Sur (500/600-900/1000 dC)

Hacia los fines del Clásico mesoamericano, en Centroamérica aparecen los primeros grupos náhuatl-pipil-teotihuacanos que se asientan no sólo en parte de Guatemala (Kaminaljuyú, Tikal, Uaxactún), sino también en El Salvador y

[33] "Arqueología de la frontera sur de Mesoamérica", p. 137.

aún más al sur. Posteriores a esta migración hubieron otras, pero con fuertes influencias de las culturas de El Tajín (véase figura 5), que trajeron consigo el culto a Tláloc, Quetzalcóatl y Xipe Tótec; estas últimas al parecer fueron más agresivas.

En la parte alta de Centroamérica, de ocupación maya, se experimenta fuerte influencia del centro de México; sobreviene un debilitamiento de la elite, y se da un crecimiento del militarismo y una tendencia a establecerse en los lugares más protegidos; se experimenta en términos generales un decaimiento cultural.

Baudez[34] dice que la zona periférica sufre la misma suerte que el área maya; las construcciones y la alfarería cesan casi repentinamente en Yarumela, Tenampúa, Lo de Vaca y Los Naranjos, con excepción de Tazumal-Chalchuapa. No es nuestro interés llamar la atención sobre el colapso maya;[35] sin embargo, es interesante resaltar el fenómeno que se da en las periferias y la repercusión que alcanzó.

La presencia maya al sur queda atestiguada por los jades encontrados en Guanacaste (véase figura 6). La Fortuna en San Carlos y en Guácimo, uno de los cuales tiene decoración de glifos de épocas muy tempranas, posiblemente del 435 dC.[36]

Periodo IV (900/1000-1300 dC)

En el horizonte Posclásico (900/1000-1300 dC), la Alta Centroamérica y gran parte de su porción baja tuvieron una capa exterior de cultura mexicana, principalmente en los conceptos religiosos. La continua infiltración de pueblos del norte, muchos de los cuales no querían vivir bajo la dominación de los olmecas históricos, fue responsable de ello, al menos parcialmente. Pero hubo otros cambios en el Valle de México que trajeron como resultado, y a la vez fomentaron, lo que podría llamarse "la mexicanización del istmo", aun del territorio de Nicoya Mayor. Tales cambios se reflejaron hasta cierto punto aun en algunas culturas del occidente de Panamá. Después del 1100, México Central de nuevo produjo cambios en toda la Alta Centroamérica, aunque esta transformación se debió en parte a la reaparición de pueblos de cultura náhuatl del istmo.[37]

[34] "Arqueología...", pp. 140-141.
[35] Ochoa y Vargas, "El colapso maya, los chontales y Xicalango".
[36] Thompson, "Informe sobre un disco de pizarra maya encontrado en Costa Rica".
[37] Stone, *Precolumbian Man in Costa Rica*, p. 119.

Figura 5. Hacha de Ahuachapán (Tajín), El Salvador (redibujado de Stone, *Precolombian...*).

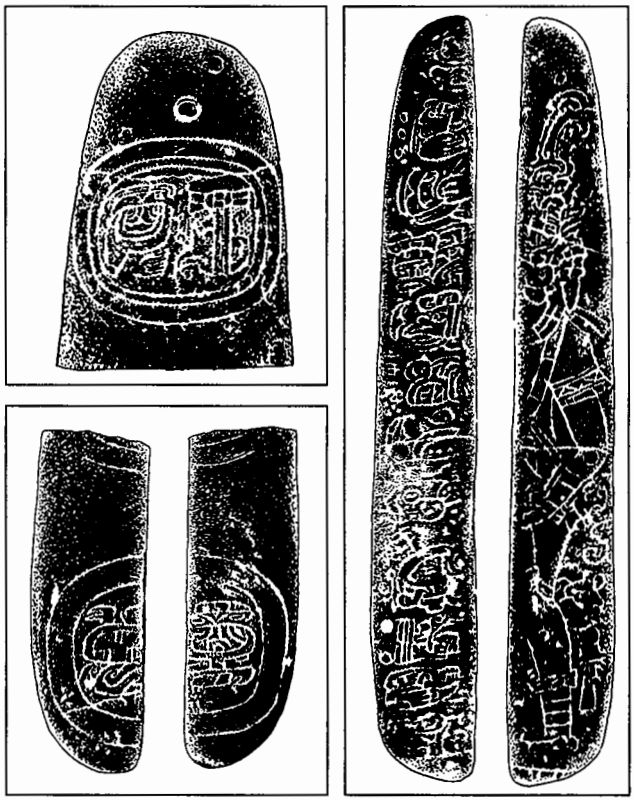


Figura 6. Influencia maya (placas de jadeíta) (redibujado de Stone, *Precolombian...*, p. 109).

Durante el Posclásico temprano, la Gran Nicoya entra en una fase de apogeo; la parte oeste del río Lempa de El Salvador es parte integrante de Mesoamérica. En Tazumal se encuentran numerosos elementos del horizonte tolteca, originarios del centro de México: incensarios, vasos Tláloc, imágenes de Xipe Totec (véase figura 7), juego de pelota en forma de I, estructuras piramidales con escaleras y alfardas, etcétera.

Durante este periodo todas las culturas de Centroamérica alcanzan su máximo apogeo; posiblemente se ha exagerado que se llegara a tal grado de desarrollo debido a las invasiones de pueblos mesoamericanos, dejando a un lado que dichos pueblos sacaron su mejor partido a partir de los contactos. La cerámica de la Gran Nicoya se encuentra distribuida en casi todo El Salvador; en Honduras por lo menos en el Valle de Comayagua, y en la región del lago de Yojoa; aparece no sólo en Copán y en las tierras altas de Guatemala, sino también hasta Tula.[38] Baudez[39] cree que la cerámica Papagayo no sólo es hecha en Nicoya, sino que se debió de hacer en El Salvador y Honduras, y que no todo es producto de comercio. La cultura monumental de Nicaragua durante este periodo ofrece también un problema; algunos autores la hacen derivar de una fuerte influencia mesoamericana. Sin embargo, se relaciona más bien con tradiciones panameñas o sudamericanas. Tanto Nicaragua como la Gran Nicoya son un ejemplo de sincretismo, típico de una zona fronteriza donde tradiciones distintas están en contacto. Con respecto a la frontera mesoamericana durante esta época, Baudez[40] nos dice lo siguiente:

> No se puede trazar con precisión los límites de la extensión de Mesoamérica hacia el sur durante el Posclásico temprano. Si la mitad occidental de El Salvador es todavía más partícipe de la esfera mesoamericana que en el pasado, y así Los Naranjos sigue en su seno, la situación se vuelve más confusa hacia el sur. Debemos confesar que poco o nada sabemos de El Salvador y de Honduras al este de una línea que une la desembocadura del Lempa con Comayagua. Por extrapolación del contenido de la fase Amapola del Golfo de Fonseca, hemos supuesto que durante este periodo todo el noroeste de Nicaragua formaba parte de la Gran Nicoya. Ésta sigue siendo una zona fronteriza no mesoamericana, aunque más receptiva que en el pasado a la influencia septentrionales. Esas conclusiones basadas en los datos arqueológicos a nuestra disposición están en contradicción con la hipótesis (Baudez, 1967) que hace coincidir los desarrollos del Policro-

[38] Diehl, "Toltec Trade with Central America, New Light and Evidence".
[39] "Arqueología...", p. 142.
[40] "Arqueología...", p. 143.

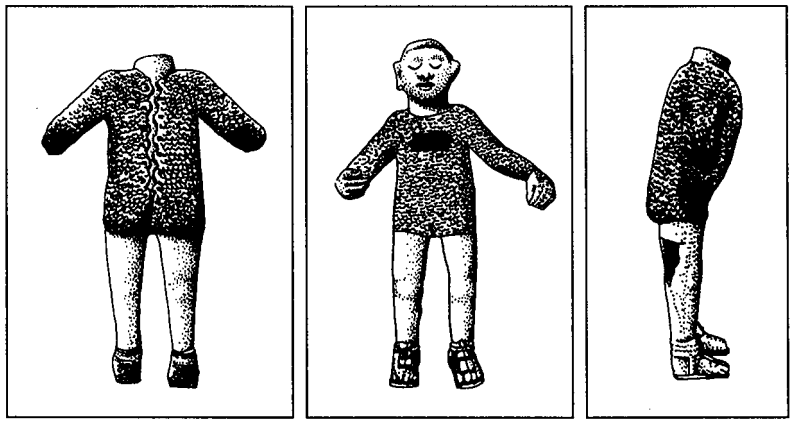


Figura 7. Xipe Tótec (El Salvador)
(redibujado de Casasola, "Panorama...", p. 152).

mo medio con la migración Chorotega, pueblo netamente mesoamericano (Chapman, 1960). Notemos al respecto que el cálculo de Thompson (1948) y Jiménez Moreno (1955) –a partir del relato transcrito por Torquemada que sitúa hacia 800 dC los principios de la migración chorotega desde el Soconusco– descansa sobre bases no muy firmes; además, el relato no precisa la época de la llegada de este pueblo a Nicaragua.

Periodo V (1200-1525 dC)

La frontera sur de Mesoamérica se fija en el Golfo de Nicoya. Durante este periodo hubo nuevas migraciones como las anteriores; éstas se hacen por el corredor transitable que era la Costa del Pacífico, en donde han quedado señales seguras de que fue la ruta predilecta de los movimientos migratorios que llegaron posiblemente hasta Panamá. Según Torquemada,[41] el grupo náhuat-pipil-nicarao que proviene de México, se movía siguiendo una profecía que les ordenaba establecerse en el lugar donde hallasen una isla con dos sierras altas redondas y que, al decir de ellos mismos, se cumplió cuando encontraron la isla de Ometepe, Nicaragua ("Ometepe", en náhuatl, significa "dos montañas").

Durante el reinado de Ahuízotl y de Motecuhzoma Xocoyotzin, continuó la expansión hacia el sur; esta penetración se relacionó con el aspecto comer-

[41] *Monarquía Indiana* (libro III, cap. XI).

cial y militar. A este tipo de penetración responde seguramente el enclave náhuatl que hubo en Bagaces, Guanacaste, pues según el padre Estrada de Rávago, en el siglo XVI vio soldados mexicanos.

Esa presencia continúa en la costa pacífica de Centroamérica, llegando hasta Guanacaste en la península de Nicoya, en donde se utilizan algunas palabras de origen náhuatl en el habla popular. No sólo el territorio maya, sino la mayor parte del istmo, fue transitado por grupos de origen mexicano, dejando huellas de su paso en algunos conceptos religiosos y lingüísticos (véase figura 8).

Los chorotegas-mangue y los nicaraos ejercían el control sobre el área de Nicoya. Sus tradiciones predominaban tanto en el arte como en la economía. En el resto del territorio –noroeste de Costa Rica y el Pacífico de Nicaragua– comparten muchos rasgos que muestran estrechas relaciones con las culturales de Chiriqui y Veraguas en Panamá. Durante el Posclásico la joyería fabricada en Coclé (Panamá) se difundió hasta Oaxaca y los jades de Nicoya llegaron a Chiriqui (véase figura 9).

En las fuentes históricas quedan muy claramente definidas las influencias mesoamericanas. Se habla en ellas de la subsistencia, tipo de poblados, organización social, política y económica, vestidos, guerra, religión, vida sexual, actividades y creencias en general; en fin, los cronistas relatan las principales características de la influencia mesoamericana en estos pueblos.

Zona de tradición sudamericana

Esta zona comprende gran parte de Honduras y Nicaragua, casi todo el territorio de Costa Rica, con excepción de la provincia de Guanacaste y Panamá. Toda esta área no es bien conocida; adolece de investigaciones fragmentarias, por ser hasta hace pocos años una región de difícil acceso.

Como dije, los vestigios más tempranos que existen en la región son las puntas de proyectil "cola de pescado" de tradición sudamericana del Cerro Mangote (4850 a 100 aC). A este periodo se le ha llamado Periodo I (?-2100 aC).

El Periodo II (2100-300 aC) comienza con la cultura de Monagrillo, que es la cerámica más antigua conocida en el istmo. Los artefactos que aparecen durante este periodo sugieren un mayor énfasis en la utilización de productos vegetales, tanto de las plantas de recolección, como de las plantas cultivadas por primera vez, como raíces y tubérculos.

El Periodo III (300 aC-300 dC) sólo está representado en Panamá y en el sur de Costa Rica. El Periodo IV (300-500 dC), que se conoce con el nombre de

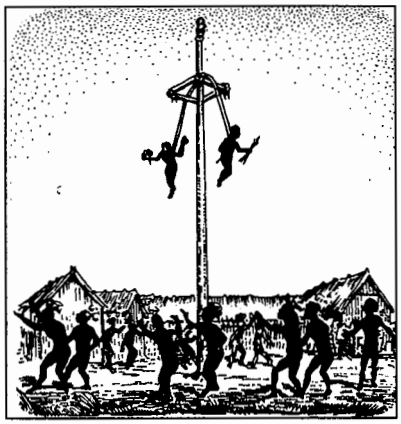


Figura 8. Palo volador en Guanacaste
(redibujado de Ferrero, *Costa Rica...*, p. 131).

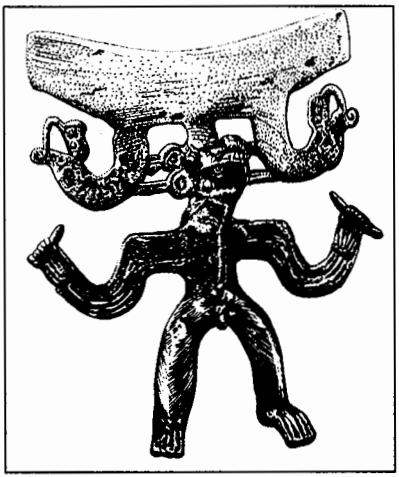


Figura 9. Oro de Costa Rica
(redibujado de Stone, *Precolombian...*).

Cultura de Barriles, se encuentra tanto en Panamá como en Costa Rica; a decir de los investigadores, no se le ha prestado la atención que amerita. Las diferencias que se encuentran en los enterramientos sugiere la diferenciación en rangos y el inicio de los especialistas en artesanías.

El Periodo V (500-800 dC) incluye Playa Venado y Curridabat. Se caracteriza sobre todo por el tipo de enterramientos; se encuentra tanto en Panamá

como en Costa Rica hasta el noreste de Honduras. Al hablar de la costa atlántica de Costa Rica y Nicaragua, Fonseca nos dice que durante este periodo se consolidan las sociedades cacicales que posteriormente van a encontrar los conquistadores; existe un desarrollo grande en la región.

El Periodo VI (800-1525 dC) se caracteriza sobre todo por su cerámica, orfebrería y escultura.

Toda esta región al parecer fue poblada por etnias de tradición sudamericana, pertenecientes al tronco macro-chibcha. En cuanto a los datos arqueológicos se tienen mazorcas de maíz carbonizadas provenientes de la raza sudamericana Pollo; además se sabe que comieron la yuca y el pejibaye, alimentos típicos del sur.

Especies corrientes de flora y fauna de los grandes bosques tropicales sudamericanos se extienden al norte y a lo largo del este de la América Central, hasta el interior de Honduras, en un enlace biótico casi ininterrumpido. El hombre formó parte de esta biota, y no se extrañaría encontrar que sus tradiciones en cuanto al uso de terrenos, la adquisición de recursos, la tecnología artesanal y hasta la organización social se parezcan entre sí a lo largo de toda esta zona ambiental.[42]

A veces es difícil precisar si las similitudes son derivaciones de una misma raíz o si deben ser consideradas en términos de influencia. Todo parece indicar que existe un origen común y luego sobreviene una época en que se generan estilos locales.

Conclusión

Los estudios realizados para Centroamérica no han sido sistemáticos; existen buenas investigaciones para Guatemala, Honduras, Costa Rica y Panamá, un poco menos para El Salvador y Nicaragua. De ahí la imposibilidad de hacer una valoración adecuada del tema.

En cuanto a las periodificaciones, tal vez las más aceptadas sean la de Baudez y la de Stone, que tratan de hacer síntesis de toda la región; también son muy utilizados los términos de Clásico y Posclásico con sus subdivisiones. Empieza a tener mucha aceptación la terminología utilizada por Sanoja y Vargas para Venezuela, y aplicada para Panamá, Costa Rica y Nicaragua por Fonseca.[43]

[42] Snarskis, "Excavaciones estratigráficas en la vertiente atlántica de Costa Rica", p. 15.
[43] "Historia antigua del Caribe, de Panamá, Costa Rica y Nicaragua", p. 29.

Desde el modo de vida semicultor (300 aC-500 dC) encontramos una producción agrícola que había incorporado los productos asociados a la misma. La presencia comprobada del maíz avanzado y del frijol sugieren la práctica del policultivo propio de este complejo, el cual incluye a las calabazas; aunque la evidencia obtenida para este periodo es escasa, apunta hacia el origen de la sociedad de rangos. El modo de vida siguiente será el cacical, al que hemos dividido en dos partes, ya que los cientos de años involucrados y la evidencia recuperada, parecen indicar un proceso de consolidación y aumento en complejidad del modo de vida. El cacicazgo que los españoles encontraron parece haber sido, definitivamente, diferente al de los primeros tiempos.

Es comúnmente aceptada la división del istmo centroamericano en dos sectores, cuyas influencias son la mesoamericana y la sudamericana, incluyendo en la actualidad también la influencia del Caribe. Entre las influencias del sector norte se enumeraron la de los olmecas, que jugaron un papel directo en el desarrollo de algunas culturas de Centroamérica durante el Preclásico medio. Posteriormente la región va a vivir a la sombra de la cultura maya.

Nicaragua y Costa Rica constituyen una frontera entre ambas influencias y se desarrollan culturas autónomas. La situación cambia en el siglo IX con la llegada de los chorotegas y los nicaraos; entonces se llega al apogeo, existe un aumento de la población, se desarrolla la artesanía, se crean estilos nuevos y se extienden las relaciones comerciales.

Algunas de las influencias del sector de tradición sudamericana podrían ser el consumo de la yuca, el pejibaye, un tipo de maíz de origen sudamericano, sacrificio por decapitación, metates en forma de jaguar, cabezas-trofeo y algunos tipos de escultura. En la metalurgia también se da una influencia importante. Por último en la cerámica se encuentran dos tradiciones: una del norte de Colombia y otra de Venezuela.

La frontera fue variando con el transcurso del tiempo. Una de ellas podría localizarse en Honduras a lo largo de la frontera con Guatemala; abarca una estrecha faja e incluiría El Salvador, al oeste del río Lempa. Ésta siempre ha sido parte de la esfera mesoamericana. La segunda comprende el oriente de El Salvador, el occidente de Honduras y el noroeste de Nicaragua. Y, por último, la tercera, que abarcaría el noreste de Honduras y la parte sur de la Gran Nicoya (Nicaragua y península de Nicoya en Costa Rica).

Aunque se reciben influencias del norte, del sur y del Caribe, a veces es difícil distinguirlas; no son simples herederas de esas culturas, sino que apro-

vechan y crean sus propias manifestaciones culturales. La región centroamericana estuvo sometida a una fuerte influencia de Mesoamérica, de Sudamérica y del Caribe; los estímulos se sienten en forma directa en muchos aspectos, pero también hay que tener en cuenta que, a través de Centroamérica, Mesoamérica recibe estímulos del sur no sólo en la cerámica, sino también en otros aspectos que se deberían tener en cuenta para explicar el pasado de la región.

Bibliografía

AGUILAR PIEDRA, Carlos, *Guayabo de Turrialba, Arqueología de un sitio indígena prehispánico,* San José, Editorial Costa Rica, 1972.

_____, "Asentamientos indígenas en el área central de Costa Rica", en *América Indígena,* vol. 34, 1974, pp. 311-317.

_____, "Relaciones de las culturas precolombinas en el Intermontano Central de Costa Rica", en *Vínculos,* vol. 2, núm. 1, San José, Museo Nacional de Costa Rica, 1976, pp. 76-86.

_____, "El mundo de nuestros aborígenes", en *Historia General de Costa Rica,* vol. I, 1988.

BALSER, Carlos, "Los *baby faces* olmecas de Costa Rica", en *Actas del 33 Congreso Internacional de Americanistas,* San José, Imprenta Lehmann, Gobierno de Costa Rica, 1959.

_____, "La influencia olmeca en algunos motivos de la arqueología de Costa Rica", en *Informe semestral del Instituto Geográfico de Costa Rica,* San José, Ministerio de Obras Públicas y Transportes, 1961, p. 401.

BAUDEZ, Claude F., *Amérique Centrale,* Les Editions Nagel, Archaeology Mundi, Ginebra, 1970.

_____, "Recherches archéologiques dans la Vallée du Tempisque, Guanacaste, Costa Rica", en *Travaux et Mémoires de l'Institut des Hautes Etudes de l'Amérique Latine,* 18, París, 1976, p. 401.

_____, "Arqueología de la frontera sur de Mesoamérica", en *Las fronteras de Mesoamérica. XVI Mesa Redonda,* México, Sociedad Mexicana de Antropología, t. I, 1976, pp. 133-148.

_____ y Pierre Becquelin, *Archéologie de los Naranjos, Honduras,* México, Mission Archéologique et Ethnologique Française Mexique, 1973. Colléction Etudes Mesoaméricaines, vol. II.

_____ y Michael D. Coe, "Archaeological Sequence in Northwestern Costa Rica", en *Akten des 34. International Amerikanisten Kongresses,* Horn-Wien, 1962, pp. 366-373.

BORHEGYI, Stephen F. de "Archaeological Synthesis of the Guatemala Highlands", en R. Wauchope y G.R. Willey (eds.), *Handbook of Middle American Indians,* vol. II, Austin, University of Texas Press, 1965, pp. 3-58.

CAMPBELL, Lyle Richard, "The Linguistic Prehistory of the Southern Mesoamerican Periphery", en *Las fronteras de Mesoamérica. XIV Mesa Redonda,* México, Sociedad Mexicana de Antropología, t. I, 1976, pp. 157-183.

CASASOLA, Luis, "Panorama general de la arqueología de El Salvador", en *Balance y perspectiva de la antropología de Mesoamérica y del norte de México. XIII Mesa Redonda,* México, Sociedad Mexicana de Antropología, 1975, pp. 135-141.

COE, Michael D. y Claude F. Baudez, "The Zoned Bichrome Period in Northwestern Costa Rica", en *American Antiquity,* vol. 26, núm. 4, pp. 505-515.

_____, "San Lorenzo and the Olmec Civilization", en *Dumbarton Oaks Conference on the Olmec,* Washington, D.C., Dumbarton Oaks Library and Collection, 1968.

COOKE, Richard G., "Archaeological Research in Central and Coastal Panama, A Review of Some Problems", en F. Lange y D. Stone (eds.), *The Archaeology of Lower Central America,* Albuquerque, The University of New Mexico Press, 1984.

DIEHL, A., R. Lomas y J.T. Wynm, "Toltec Trade with Central America, New Light and Evidence", en *Archaeology,* vol. 27, núm. 3, Nueva York, 1974.

FERRERO, Luis, *Costa Rica Precolombina,* San José, Biblioteca Patria, Editorial Costa Rica, 1977.

FONSECA ZAMORA, Óscar, "Historia antigua del Caribe, de Panamá, Costa Rica y Nicaragua", en I. Vargas Arenas (ed.), *Actas del Segundo Simposio de la Fundación de Arqueología del Caribe, Revisión crítica de la arqueología del Caribe,* Washington, D.C., 1988, pp. 9-36.

HABERLAND, Wolfgang, *Culturas de la América Indígena. Mesoamérica y América Central,* México, Fondo de Cultura Económica, 1974.

GIRARD, Rafael, *La misteriosa cultura olmeca. Últimos descubrimientos de esculturas preolmecas en Guatemala,* 1969.

_____, "Esculturas olmecoides en los altos de Guatemala", en *Actas de XLI Congreso Internacional de Americanistas,* vol. I, México, 1975.

HARTMAN, Carl V., *Archaeological Researches in Costa Rica,* Stockholm, Publications of the Royal Ethnographical Museum, 1901.

HOLT, Dennis, "La lengua paya y las fronteras lingüísticas de Mesoamérica", en *Las fronteras de Mesoamérica. XIV Mesa Redonda,* México, Sociedad Mexicana de Antropología, 1976, pp. 149-156.

KAUFMAN, Terrence, "Areal Linguistics and Middle America", en T. Sebeok (eds.), *Current Trends in Linguistics,* vol. 10, The Hague, 1974, pp. 45-483.

KIRCHHOFF, Paul, "Mesoamerica. Its Geographic Limits, Ethnic Composition and Cultural Characteristics", en *Acta Americana,* II, Washington, D.C., 1943, pp. 92-107.

LINARES, Olga, "Cultural Chronology of the Gulf of Chiriqui, Panama", en *Smithsonian Contributions to Anthropology,* vol. 8, Washington, D.C., Smithsonian Institution, 1968.

LONGACRE, Robert, "Systemic Comparison and Reconstruction", en *Handbook of Middle American Indians,* vol. 5, Linguistics, Austin, University of Texas Press, 1974, pp. 117-159.

LOTHROP, Samuel K., *Pottery of Costa Rica and Nicaragua,* Nueva York, Museum of the American Indians, 1926, Heye Foundation (Contributions 8).

LOWE, Gareth W., "Los mixe-zoque como vecinos rivales de los mayas en las tierras bajas primitivas", en R.E.W. Adams (comp.), *Los orígenes de la civilización maya,* México, Fondo de Cultura Económica, 1989, pp. 219-274.

MILES, A. W., "Sculpture of Guatemala-Chiapas Highlands and Pacific Slopes and Associated Hieroglyphs", en *Handbook of Middle American Indians,* vol. 1, part 1, Austin, University of Texas Press, 1965.

NAVARRETE, Carlos, "Dos esculturas posolmecas del altiplano guatemalteco", en *Anales de Antropología,* vol. XIV, México, UNAM, 1977, pp. 91-108.

OCHOA, Lorenzo y Ernesto Vargas P., "El colapso maya, los chontales y Xicalango", en *Estudios de cultura maya,* vol. XII, México, UNAM, pp. 61-91.

PIÑA CHAN, Román, *Historia, arqueología y arte prehispánico,* México, Fondo de Cultura Económica, 1972.

REYES MAZZONI, Roberto, "La frontera de Mesoamérica en Honduras", en *Las fronteras de Mesoamérica. XIV Mesa Redonda,* México, Sociedad Mexicana de Antropología, 1976, pp. 113-132.

SHARER, R.J. y J.C. Gifford, "Preclassic ceramics from Chalchuapa, El Salvador, and their relationships with the Maya Lowlands", en *American Antiquity,* vol. 35, núm. 4, Salt Lake City, 1970.

SNARSKIS, Michael J., "Excavaciones estratigráficas en la vertiente atlántica de Costa Rica", en *Vínculos,* vol. 1, núm. 1, San José, Museo Nacional de Costa Rica, 1975, pp. 2-17.

_____, "La vertiente atlántica de Costa Rica", en *Vínculos,* vol. 2, núm. 1, San José, Museo Nacional de Costa Rica, 1976, pp. 101-114.

_____, "El jade de Talamanca de Tibás", en *Vínculos,* vol. 5, núm. 2, San José, Museo Nacional de Costa Rica, 1976, pp. 89-107.

_____, "The Archaeology of Costa Rica", en E. Benson (ed.), *Between Continents, Between Seas, Precolumbian Art of Costa Rica,* Nueva York, Harry N. Abrams, 1981, pp. 15-84.

_____, *La cerámica precolombina en Costa Rica,* San José, Instituto Nacional de Seguros, 1982.

_____, "Central America, The Lower Caribbean", en F.W. Lange y D. Stone (eds.), *The Archaeology of Lower Central America,* Albuquerque, University of New Mexico Press, 1984. School of American Research Book.

STIRLING, M.W., "Archaeological Investigations in Costa Rica", en *National Geographic Society Research Reports,* 1964 Projects, Washington, D.C., 1969, pp. 239-247.

STONE, Doris, *Archaeology of the North Coast of Honduras,* en Memoirs of the Peabody Museum, Harvard University, vol. 9, núm. 1, Cambridge, 1941.

_____, "The Basic Cultures of Central America", en J.H. Steward (ed.), *Handbook of South American Indians,* vol. 4, Washington, D.C., Smithsonian Institution, 1948, pp. 169-193.

_____, *The Archaeology of Central and Southern Honduras,* en Papers of the Peabody Museum, vol. 49, núm. 3, Cambridge, Harvard University, 1957.

_____, *Introduction to the Archeology of Costa Rica (revised edition),* San José, Museo Nacional de Costa Rica, 1966.

_____, *Precolumbian Man Finds Central America,* Cambridge, Peabody Museum Press, 1972.

_____, *Precolumbian Man in Costa Rica,* Cambridge, Peabody Museum Press, 1977.

TORQUEMADA, Juan de, *Monarquía Indiana,* México, Chávez Hayhoe, 1943.

TORRES DE ARAUZ, Reina, *Arte precolombino de Panamá,* Panamá, Instituto Nacional de Cultura y Deportes, 1972.

WILLEY, Gordon R., *An Introduction to American Archeology,* Nueva Jersey, Prentice-Hall, 1971.

De las primeras sociedades al Preclásico

Los primeros pobladores del actual territorio mexicano

Lorena Mirambell Silva*

Introducción

Como consecuencia del descubrimiento del Nuevo Mundo, de América, los conquistadores y primeros colonizadores se enfrentaron al problema de saber quiénes eran sus habitantes y de dónde procedían, que es lo que intentamos presentar en forma sucinta y, a la vez, comprensible para todos aquellos interesados en el apasionante tema de los primeros pobladores de América y de México, de la cultura que tenían al internarse en el continente, misma que fueron modificando y adaptando al nuevo hábitat.

Sin lugar a duda, fue el jesuita José de Acosta quien, en el siglo XVI, tuvo una clara visión sobre el problema, empezando nuevamente a esbozarse inquietudes concretas hasta mediados del siglo XIX, con dos tendencias: la que sostenía que el hombre americano era autóctono y la que afirmaba que procedía del Viejo Mundo, de Asia.

Indudablemente es hasta este siglo cuando resurge el interés sobre los primeros habitantes del continente y de México, aunque algunas hipótesis sufren un retroceso debido a las teorías del investigador Aleč Hrdlička, quien rechazaba todo tipo de restos humanos por considerar que no tenían la suficiente edad geológica. Para Hrdlička el continente había sido poblado recientemente, aunque aceptaba que procedían de Asia y que habían llegado por el estrecho de Bering.

Al respecto hubo otras investigaciones, como las del portugués Mendes Correa, las del argentino Ameghino y posteriormente las del antropólogo francés Paul Rivet (cuya obra fue publicada por primera vez en 1943) que fueron muy impugnadas por carecer de bases científicas.

*Arqueóloga, investigadora de la Dirección de Investigación y Conservación del Patrimonio Arqueológico del INAH, México.

Mencionar a todos los investigadores que han hecho aportaciones sobre el tema sería tedioso y sólo citaremos aquellas que estimamos de gran relevancia, como la del gran investigador mexicano Pablo Martínez del Río, quien en 1936 publica la primera edición de su obra *Los orígenes americanos,* un estudio amplio, pero desalentador por lo poco que al respecto se conocía en esas fechas. Nuevas ediciones de esta obra salen a la luz en 1943 y en 1952, siendo la última la que consideramos de mayor valor. También es digna de recordarse la obra del investigador español Luis Pericot: *El hombre americano. Los pueblos de América.*

Investigaciones recientes permiten precisar las fechas del poblamiento inicial de América, que se efectuó por el estrecho de Bering hace 70,000/60,000 años, cuando los primeros cazadores-recolectores se desplazaron al Nuevo Mundo, como se verá, dado que el ambiente era el mismo en el noreste asiático, en Beringia y en Alaska, en la cuenca del Yukón, medio que estaban acostumbrados a explotar para obtener lo requerido para subsistir.

Si esta primera migración ocurrió hace 70,000/60,000 años, el poblamiento del continente llevó milenios, pues con certeza sabemos que llegaron al extremo sur hace 12,600 años y a México hace 35,000 años.

Estos primeros habitantes traían consigo una cultura, la cual evolucionó y caracteriza la llamada Etapa Lítica. Así, veremos someramente cuál era su economía y alimentación, tipo de casa habitación, vestido, creencias religiosas, lenguaje, etcétera, aunque sobre algunos aspectos son muy escasas las informaciones.

Lamentablemente los estudios de la etapa cultural que nos ocupa no se han desarrollado en México en la forma deseada, tal vez por ser un país con una arqueología monumental grandiosa. Son pocos los investigadores interesados en esta etapa y sus distintos horizontes, y en consecuencia, escasos los sitios excavados y más reducidos los que han sido fechados por la técnica del radiocarbono y la hidratación de la obsidiana, por lo que en términos generales la prehistoria de México es aún pobre.

La Etapa Lítica en México va de 35,000/30,000 a 7000 antes del presente, aunque en algunas zonas del norte llega hasta hace unos 300-200 años. En este periodo tan largo, más de 25,000 años, se observa una clara evolución cultural y así se pudo establecer una periodización, es decir, una división interna en horizontes con base en las características del material cultural, del material lítico básicamente, el que por sus particularidades es el que mejor se ha conservado. Los horizontes que se establecieron fueron: el Arqueolítico,

el Cenolítico, dividido en inferior y superior, y el Protoneolítico; en este último se advierten cambios notables, como la aparición de una agricultura incipiente, aunque los grupos siguen siendo cazadores-recolectores nómadas o seminómadas, con artefactos líticos ya muy especializados y el empleo más profuso de materiales de origen orgánico.

El poblamiento americano

Mucho se ha dicho y discutido sobre el poblamiento del continente americano y son varias las teorías al respecto. No obstante, abundar en todas ellas es insistir en tratar ideas obsoletas, carentes de bases científicas, pues en la actualidad se tienen sólidas investigaciones que fundamentan el paso por el estrecho de Bering hace 70,000/ 30,000 años; por tal motivo nos limitaremos a comentar en forma breve algunas de ellas.

La polémica respecto al descubrimiento de América y al origen de sus habitantes ocupó varios siglos, desde fines del XV hasta prácticamente el XVIII, y la información al respecto es copiosa. Sin temor a equivocarnos, uno de los planteamientos más congruentes de esa época, concretamente del siglo XVI, fue el del jesuita José de Acosta, quien al respecto nos dice:

> ...tengo para mí que el Nuevo Orbe e Indias Occidentales no ha mucho que las habitan hombres y los primeros que entraron en ellas, más eran salvajes y cazadores... y que aquéllos aportaron el Nuevo Mundo por haberse perdido de su tierra y por hallarse estrechos y necesitados de buscar nueva tierra y que hallándola comenzaron poco a poco a poblarla... De estos indicios y de otros semejantes se puede colegir que hayan pasado los indios a poblar aquella tierra, más por camino de tierra o de mar, o si hubo navegación no fue grande ni dificultosa...
>
> ...por una parte sabemos...que ha muchos siglos que hay hombres en estas partes y por otra no podemos negar lo que la Divina Escritura claramente enseña, de haber procedido todos los hombres de un primer hombre, quedamos...obligados a confesar que pasaron los hombres de allá de Europa, o de Asia, o de África, pero el cómo y por qué camino vinieron todavía lo inquirimos y deseamos saber...[1]

Durante el siglo XIX surgen teorías con supuestas "bases científicas", entre las que destacan dos: una sostiene que los primeros habitantes procedían de

[1] Acosta, *Historia natural y moral de las Indias*, pp. 45 y 63.

Asia y otra concibe un origen autóctono; la primera teoría es válida, mientras que la segunda fue abandonada tempranamente por carecer de bases, aunque hasta principios de este siglo contaba con algunos partidarios como el argentino Florentino Ameghino, quien llegó a afirmar que el origen de la humanidad había tenido lugar al sur del continente.

Al inicio del siglo xx y en relación con este tema, tenemos los trabajos de Aleč Hrdlička, quien sistemáticamente rechazó la posibilidad de que el hombre americano tuviese una gran antigüedad, por carecer de rasgos primitivos; en relación con los artefactos líticos de hueso y otros materiales, consideraba que sólo tenían unos cuantos miles de años, ya que las primeras migraciones al continente no eran anteriores al Neolítico del Viejo Mundo (8,000/10,000 años). Sólo aceptaba que los migrantes procedían de Asia, que habían pasado por Bering y ello debido a que, en su opinión, la parte noreste de Asia se había poblado tardíamente.[2]

Hacia 1925 y como resultado del estudio de numerosos cráneos humanos americanos, el investigador portugués Mendes Correa encontró ciertas características australoides y melanesoides en ellos. En consecuencia, sustentó la teoría de que el continente americano había sido poblado desde Australia, misma que no tuvo gran aceptación, ya que presentaba muchos puntos débiles; entre ellos no consideraba los conocimientos sobre navegación que tenían estos grupos humanos, insuficientes para poder cruzar el Océano Pacífico y, para que fuese posible realizarlo a pie, el mar debió haber descendido unos 4,000 m, lo que sabemos no sucedió. Por otro lado, está la gran distancia que hubiesen tenido que recorrer (cerca de 10,000 km), hasta llegar al extremo sur del continente americano, donde nuevamente encontrarían glaciares en la zona de Patagonia.

Años más tarde, en 1942, el prestigiado antropólogo francés Paul Rivet postuló nuevamente la teoría de un origen australiano melanopolinesio. Este investigador había trabajado en lingüística y etnología comparadas, encontrando semejanzas entre las lenguas australianas y las de Tierra del Fuego; además comparó algunos elementos americanos de cultura material con los del área de Polinesia.

Desde luego, aceptaba lo difícil de una migración con los conocimientos que sobre navegación se tenían en la etapa que nos ocupa, quedando como única posibilidad un movimiento por la Antártida, teoría que lógicamente fue muy impugnada, pues se sabe que desde el Mioceno esta área ha estado

[2] Hrdlička, "The Origin and Antiquity of Man in America".

cubierta por los hielos y es inhabitable. Consideramos que la mayor aportación de Paul Rivet es la comprobación de semejanzas filológicas, ya que comparó una serie de lenguas que se hablan a lo largo de la Costa del Pacífico americano, con lenguas malayo-polinesias, advirtiendo semejanzas en morfología y gramática, entre otras.[3]

A fin de sustentar mayormente la teoría del poblamiento del continente americano por el estrecho de Bering, tenemos que a fines del Pleistoceno,[4] etapa en la cual se inicia nuestro estudio y que empezó hace alrededor de tres millones de años, la tierra sufrió glaciaciones; es decir, que durante miles de años en las altas latitudes y en las montañas altas de las latitudes bajas de nuestro planeta se desarrollaron inmensos casquetes de hielo. En el norte del continente americano, este gran casquete iba del Océano Atlántico al Pacífico y hacia el sur alcanzaba los 38° de latitud norte. En estos tres millones de años hubo avances y retrocesos mayores compuestos de otros menores, con intervalos de mejoría climática.

Entre cada una de las glaciaciones mayores hubo periodos en los que el clima era semejante al actual, lo que provocaba la casi desaparición de las masas de hielo, reduciéndose a las cumbres de las altas montañas o a latitudes muy superiores.

Para Norteamérica se distinguen cuatro avances mayores de hielo, conociéndose mejor el último, por ser el más próximo en tiempo. Éstos son, del más antiguo al más reciente: Nebraska, con su fase de deglaciación, el Altoniense; Kansas con su periodo de mejoría climática, el Yarmutiense; a continuación tenemos la tercera glaciación, Illinois, con Sangamon como periodo de mejoría climática, y finalmente Wisconsin, glaciación durante la cual llegó el hombre a América.

Como expusimos, la glaciación Wisconsin es la mejor conocida, y con certeza se sabe que hace unos 100,000 años estaba en apogeo el Interglacial Sangamon, pero de 90,000 a 70,000 aP sobrevino un fuerte enfriamiento que terminó con el establecimiento del estadio glacial Altoniense, que duró hasta 28,000 aP. Fue un periodo largo, aunque la cubierta de hielo generada no fue muy grande. A continuación, entre 28,000 y 22,000 aP, sobrevino un interglacial, el Farmdaliense; a éste sigue el estadio Woodfordiense, que terminó hacia 12,500 aP, y que fue intenso, cubriendo extensiones mayores que el Altoniense. Siguió un estadio interglacial, Two Creeks, de corta duración, de

[3] Rivet, *Los orígenes del hombre americano*.

[4] La era Cuaternaria se ha dividido en Pleistoceno y Holoceno, iniciándose este último hace 10,000 años.

12,500 a 11,000 aP; posteriormente tenemos el subestadio glacial Valderense de 11,000 a 7000 aP, y después sólo hay pequeños avances y retrocesos de los hielos hasta nuestros días.[5]

Durante las épocas de glaciación, el hielo que se acumulaba sobre los continentes (pues en Europa y Asia también hubieron glaciaciones) era agua que se inmovilizaba y se restaba a la masa de los mares, con lo que el nivel de éstos descendía en la proporción que marcaba el hielo acumulado sobre los continentes. En cambio, al devenir una deglaciación se iniciaba el ascenso del nivel de los mares.

El fondo del estrecho de Bering es de escasa profundidad (40 m), y hay pruebas para asegurar que cuando el mar descendió 50 m, ambos continentes –Asia y América– quedaron unidos por una gran llanura de la que sobresalían dos montañas que actualmente son las islas Diomede. Cuando el mar alcanzó su más bajo nivel, entre 100 y 110 m menos que ahora, afloró una masa terrestre de cerca de 1000 km en su eje mayor-norte-sur, que se conoce como Beringia.

Así, la posibilidad de llegar al continente americano a pie enjuto por su extremo noroeste cruzando por el puente emergido –Beringia– queda claramente establecida en el transcurso de un máximo glacial, ya que no hay que olvidar que el hábitat era igual en el extremo noreste de Siberia, que en Beringia o en la cuenca del Yukón de Alaska. En esta forma, grupos humanos pasaron de un continente a otro sin saberlo. Este gran territorio en el que podían deambular estos cazadores-recolectores presentaba las mismas condiciones climáticas y recursos explotables; fue hasta que empezaron a penetrar más hacia el sur cuando descubrieron realmente un nuevo territorio, con clima, flora y fauna distintos, a cuya explotación tendrían que adaptarse, modificando sus técnicas adquisitivas.

Estos primeros pobladores de América, en el transcurso de los siglos, de los milenios y cada vez más alejados de la zona ecológica de origen, lograron un desarrollo independiente ya que el ambiente al que se enfrentaban, el que tenían que explotar para sobrevivir, era muy diferente, inclusive menos inhóspito. El grupo humano que llegó a América traía consigo un patrón cultural específico, el de una zona ártica, adaptado a ese ecosistema. Al adentrarse en el continente americano, con su diversidad geográfica y ecológica –tan diferente entre el extremo norte, los trópicos, el ecuador y el extremo

[5]Todas las fechas están dadas en años antes del presente y se tiene como fecha para el presente el año de 1950.

sur–, el hombre tuvo que modificar y ajustar sus técnicas; sus artefactos fueron adaptándose a los nuevos ambientes, exceptuando quizá sólo aquellos que cumplían con funciones básicas como son el corte y el raído.[6]

Los movimientos de los pueblos cazadores-recolectores-pescadores son lentos, sobre todo cuando hay abundancia de recursos, pues no hay razón para emprender largas caminatas hacia lo desconocido sin una necesidad imperante; pero por los hallazgos realizados sabemos que llegaron al extremo sur del continente hacia 12,600 aP y vemos que el movimiento migratorio se efectuó durante miles de años.

En relación con el poblamiento y ya dentro del continente americano, hay también varias teorías. Entre ellas tenemos aquella que supone que se efectuó a lo largo de la costa del Pacífico, ahora sumergida, pero que en aquel entonces estaba expuesta por el descenso del nivel del mar. Aunque al parecer resulta una teoría lógica, esto es imposible por la presencia de un tipo de glaciar característico de esta zona. Es el llamado "tipo Malaspina", que se presenta en la parte occidental de las Rocosas y sale por los valles, formando una línea continua de lenguas de hielo que llegaban hasta el mar. Así, todos los valles costeros estaban ocupados por glaciares que se unían unos con otros formando un borde continuo desde Alaska hasta el actual territorio del Estado de Oregon en Estados Unidos.[7]

También se ha planteado que el poblamiento fue a través de un corredor, entre el famoso casquete lauréntido que ocupaba todo el Canadá y parte de Estados Unidos, y los glaciares que descendían de las montañas Rocosas por su parte oriental. Aunque no se tienen pruebas contundentes de la existencia de dicho corredor en toda esa longitud, sólo se sabe que la cubierta de hielo no fue total, que había decenas de kilómetros libres de hielos, y que la posibilidad de supervivencia en estos sitios era muy difícil, ya que si las zonas no estaban cubiertas de hielo, lo estaban por extensos lagos.

Podríamos seguir escribiendo al respecto ampliamente, pero consideramos que es importante concluir que, con base en las fechas de los hallazgos más antiguos del continente, vemos que el paso no pudo efectuarse durante el Woodfordiense (22,000/12,500 aP), pues desde etapas anteriores ya hay grupos humanos en Norteamérica, en México y en el Brasil, y hacia finales de ese periodo ya habían alcanzado los territorios ocupados actualmente por Perú y Argentina. Tan solo queda la posibilidad de que el primer paso se

[6] Mirambell, "El poblamiento del continente americano y la vida de los primeros habitantes".
[7] Lorenzo, "Poblamiento del continente americano".

efectuara entre 70,000 y 30,000 aP como ya expresamos, desde el comienzo del Altoniense hasta el inicio del Woodfordiense.[8]

Con base en investigaciones recientes tenemos la certeza de que los primeros pobladores de lo que ahora es México llegaron hace unos 35,000 años; a los primeros habitantes comúnmente se les conoce como grupos de cazadores-recolectores-pescadores nómadas (grupos no productores de alimentos, sino depredadores).

Por estudios paleoecológicos efectuados sabemos que el medio a finales del Pleistoceno superior era diferente al actual; existía una gran densidad de animales objeto de cacería y abundantes vegetales susceptibles de ser recolectados; en cambio los grupos humanos eran reducidos. Esto nos lleva a considerar la idea de una migración continua, lo que es un tanto relativo ya que si llegaban a un valle, un paraje con abundantes recursos, esa reducida población humana debió asentarse temporalmente, al menos mientras las fuentes de subsistencia eran suficientes, lo que debe haber estado muy ligado a las distintas estaciones del año, sobre todo, verano e invierno. En cierta forma conceptuamos una vida parcialmente nomádica, es decir con ocupación temporal, larga o corta, de campamentos al aire libre, cuevas o abrigos rocosos, sitios regularmente próximos a fuentes de agua –lagos, manantiales, ríos, arroyos–. Esto lo indica un gran número de sitios de la época que nos ocupa, no sólo en México, sino en todo el mundo; clara evidencia de ello la tenemos entre otros en Tlapacoya y en el Rancho La Amapola, El Cedral, sitios de los que nos ocuparemos ampliamente a continuación.

Actividades de subsistencia

Concretamente, si un grupo humano encontraba una zona con copiosos recursos, podía establecerse allí bastante tiempo; inclusive si éstos eran abundantes, varios podían asentarse, compartiéndolos y hasta regresando anualmente al mismo lugar, ya con la certeza de lo pródigos que eran. Esto se ha podido comprobar a través de la excavación de distintos niveles de ocupación, pues es factible conocer por restos de origen animal o vegetal que aparecen en asociación con artefactos y otros tipos de evidencia de actividad humana, la época del año en que estos asentamientos se efectuaban y su duración. Así podemos decir que cada grupo tenía sus terrenos de caza que eran reconocidos por los otros, ya que no existía la propiedad privada,

[8]Lorenzo, "Etapa lítica en Norte y Centroamérica. Sobre los orígenes del hombre americano".

exceptuando aquélla referida a las armas, los ornamentos y algunos enseres caseros.

La ocupación de sitios próximos a fuentes de agua era por la necesidad imperiosa de beber, pero además son sitios favorables para la cacería, pues por una razón semejante, los animales se acercan a estos lugares. Asimismo, la vegetación es más abundante en esas áreas.

Estos grupos realizaban la cacería como una actividad primordial para su sustentación. Para un cazador de esta etapa era sencilla la captura de animales de tamaño menor e inclusive los de talla media; sólo ocasionalmente uno que otro mayor. La cacería no sólo les proporcionaba carne y vísceras para la alimentación, sino también pieles y abundante materia prima (hueso, tendones, pelo, asta, cuerno y marfil) para la manufactura de artefactos.

Como actividad paralela a la cacería, se realizaba con gran intensidad la recolección de insectos, de larvas, de huevos de aves, de hormigas, de culebras, así como de ostras, cangrejos y moluscos marinos. Sin duda, estos grupos fueron además carroñeros, es decir, consumían la carne de animales muertos en diversas circunstancias.

Pero ¿cómo se realizaba la cacería? Creemos que deben haber sido diversas las técnicas: arrojar piedras o palos a las presas, el uso de trampas, el de dardos con o sin propulsor, el de arco y flecha (técnica ya bastante tardía), y el empantanamiento intencional, como fue el caso, al menos en la Cuenca de México, de los grandes proboscídeos. Desde luego la captura no se redujo a los mamíferos, ya que las aves, los batracios y los reptiles también deben haber sido suculentos manjares.

Otra de las actividades desarrolladas fue la pesca, que en un principio debió realizarse a mano, y después con complejos artefactos elaborados exclusivamente para ese fin, con nasas, redes, arpones, anzuelos, etcétera.[9]

La recolección de frutos, granos, raíces, brotes tiernos, hongos, tubérculos tuvo gran importancia en la vida de estos grupos. No contamos con muchos testimonios sobre este aspecto, y sólo sabemos que para extraer raíces usaban un palo aguzado, simples palos largos para tirar frutos y que llevaban una bolsa, tal vez hecha con tiras de piel o fibras entretejidas, para colocar lo recolectado. Respecto al tipo de flora existente conocemos gracias al estudio del polen fósil y al hallazgo de semillas, de fragmentos de distintos vegetales y artefactos manufacturados con materiales de origen vegetal, el tipo de plantas existentes en cada momento.

[9] Leroi-Gourhan, *Los cazadores de la prehistoria*.

Mucho se ha argumentado respecto a que las mujeres y los niños deben haberse dedicado a la búsqueda de materiales vegetales para el consumo diario, actividad que en ciertas estaciones del año debe haber sido muy fructífera. Con esto surge tal vez la primera división del trabajo, pues la caza se reservaba para el sexo masculino; aunque en el arreo participan todos y durante los largos desplazamientos las mujeres llevaban a cuestas algunos de los enseres caseros menores y a los niños pequeños que aún no se desplazaban por sí solos.

La caza y recolección, cuando eran copiosas, permitieron a los primeros habitantes dedicarse a otras actividades, como la cestería, que manufacturaban con hierbas o juncos torcidos y entrelazados, ya que tenían resuelto el problema básico de subsistencia.

En relación directa con las actividades citadas, caza y recolección, tenemos la preparación de alimentos. Sin lugar a duda creemos que muy pocos deben haberlos consumido crudos, sin cocción alguna y otros, como carne y vísceras, asados o tatemados directamente sobre las brazas. Dado que no tenían recipientes que resistiesen el fuego directo, pues estos grupos ya tenían conocimientos para hacer fuego y disponían de todo el combustible requerido, colocaban piedras muy calientes en rudimentarios recipientes naturales o en canastas de tejido muy cerrado en lugar de los anteriores, que sacaban cuando perdían calor; metían otras y así seguían hasta la cocción de aquellos alimentos que para su gusto lo requerían. Tal vez llegaron a combinar una precocción con un asado o viceversa, y por qué no pensar que llegaron a sazonar sus alimentos con algunas hierbas aromáticas, a fin de hacerlos más gratos al paladar.

Previo a la preparación de los alimentos, los animales cazados eran desollados empleando lascas, cuchillos y raspadores de piedra, artefactos que ellos mismos manufacturaban, y que carecían de mango en sus inicios.

En relación con los medios de protección contra las inclemencias del tiempo, o sea casa y vestido, tenemos evidencias de campamentos al aire libre y en cuevas o abrigos rocosos, siendo estos últimos los que proporcionaban un seguro refugio natural contra la acción de los elementos climáticos e inclusive de los ataques de fieras. Es de pensarse que en algún momento hasta construían palizadas o pequeños muros de piedra para cerrar los accesos a las cuevas. También se ha visto que en ocasiones las cuevas y abrigos eran acondicionados: colocaban piedras en zonas estratégicas, regularizaban el piso y hasta delimitaban áreas de actividad.

La vida por lo regular se concentraba a la entrada de las cuevas o abrigos rocosos; rara vez se asentaban al fondo, salvo que la profundidad de éstos tuviese sólo unos cuantos metros.

Si el campamento se hacía al aire libre, lo cual debe haber sucedido cuando el clima era grato o no había cuevas en los alrededores, es factible que hayan construido una simple mampara, una especie de pared o muro inclinado de ramas entrelazadas que les protegía del intenso sol, de la lluvia o del viento. Esta cubierta podía ampliarse o reacondicionarse según las necesidades; eran albergues, si así les podemos llamar, de estructura frágil y provisional.

Tanto en cuevas, abrigos o sitios al aire libre, el fogón u hogar debe haber tenido un lugar preponderante, pues además de preparar ahí los alimentos, era una forma de tener luz y calor (si el clima lo requería); inclusive era útil para ahuyentar a los animales.

Pensamos que en ciertas épocas del año, los hombres iban completamente desnudos y que, cuando se cubrían, usaban las pieles de los animales cazados, las que deben haber unido, antes de aparecer las agujas, con simples perforaciones y tiras de piel, tendones o fibras vegetales.

Se adornaban con diversos objetos (con conchas, con dientes perforados y sostenidos con fibras vegetales a manera de colgantes); tal vez hasta podemos considerar el uso de una pintura corporal rudimentaria, utilizando los recursos minerales disponibles, como hematita, limonita y carbón de madera.

Aspectos culturales

Podemos afirmar que desde el momento en que los primeros grupos humanos se internaron en territorio americano, ya tenían un lenguaje de tipo moderno, aunque de vocabulario reducido; sólo sería hasta que estos grupos empezaron a ser sedentarios cuando el vocabulario se incrementó, ya que tuvieron que inventarse palabras para designar cosas nuevas, que anteriormente no eran comunes.

En cuanto a la organización social de estos grupos, fue sin duda muy elemental: una familia consanguínea o tal vez dos o tres, integrada cada una de ellas por un hombre, una mujer e hijos, o sea, en clanes; y al respecto insistimos que sólo podemos conjeturar, siendo lo expuesto muy discutible y tal vez sólo se afiliaban para la explotación de recursos. Igualmente, quizá reco-

nocían un cierto parentesco, ignorando si era por línea paterna o materna. Los hombres deben haber buscado esposa entre las mujeres de otro grupo, sin poder especificar si había monogamia o poligamia; la unión conyugal debe haberse efectuado a temprana edad, en la adolescencia, pues el índice de vida era de pocos años.

En cuanto a las prácticas mortuorias no tenemos nociones precisas, pero extrapolando y por analogía podemos considerar que las había como en el Viejo Mundo, como entre los neandertales. Rara vez se tiene la suerte de encontrar un esqueleto humano completo; sólo se localizan fragmentos y dientes. Los entierros eran dispuestos tanto al aire libre como en las mismas cuevas; quizá en ocasiones simplemente abandonaban el cadáver en el camino. Para un entierro se excavaba una fosa de cierta profundidad y se depositaba el cuerpo con sus objetos personales (conchas, collares, cuentas y objetos de piedra en general).

No conocemos con detalle sus creencias religiosas, pero estamos seguros de que las tenían, aunque debieron ser muy primarias, una adoración a la naturaleza (sol o luna, lluvia, rayos, truenos), pues la dependencia hombre-naturaleza era muy estrecha. Sin duda profesaban el animismo y creían en la existencia de espíritus poderosos que eran venerados como divinidades.

Respecto a las expresiones artísticas, en México tenemos tanto pinturas rupestres, como grabados en piedra, conocidos como petroglifos.

Hasta aquí hemos visto generalidades acerca del poblamiento del continente americano y del modo de vida de los primeros pobladores, concretamente de lo que se ha llamado la "Etapa Lítica".[10] Esta etapa, que en otros continentes se conoce como Paleolítico, es aquella en la que el hombre no producía alimentos, etapa que precedió a la del descubrimiento de la agricultura, al inicio de la sedentarización y a la manufactura de objetos cerámicos.

Los primeros hombres en territorio mexicano

En México este tipo de estudios no ha tenido el desarrollo deseable, sin duda por la abundante arqueología monumental con la que se cuenta sobre todo en el área cultural conocida como Mesoamérica, la que con su esplendor opaca a las primeras etapas culturales, que por otro lado requieren estudios interdisciplinarios y una metodología de investigación de gran rigor científico.

[10] Lorenzo, *La etapa lítica en México.*

A fin de sistematizar los estudios de esta importante etapa cultural en México, se ha organizado una periodización para tratar de situar los hallazgos espacial, temporal y cronológicamente. La primera está indicada por la propia localización geográfica del sitio, de los hallazgos; la segunda por el fechamiento de un hecho determinado (el fechamiento puede darse por asociación estratigráfica, por comparación con hallazgos semejantes y por sistemas radiocronológicos como el ^{14}C), y la última que es la que nos da el conjunto de la cultura, lo que se da a través del proceso de integración de sus materiales.

La periodización citada se basa en la larga existencia de una etapa cultural representada en su mayoría por artefactos líticos ya que otros, los manufacturados en hueso, madera, corteza, piel y fibras vegetales, por ser de origen orgánico, rara vez han perdurado; se fundamenta en un criterio tecnológico, ya que el social y el económico son poco perceptibles.[11]

Durante esta etapa cultural, que debió empezar en el noroeste del continente americano hace 70,000/60,000 años y que llegó al actual territorio mexicano hace unos 35,000 años, es lógico y comprensible que haya habido cambios y tuvo que haber una evolución cultural, evidenciada en los restos de cultura material que se obtienen en los sitios de ocupación de esta época, a través de meticulosas excavaciones y del análisis de los materiales, tratando de establecer los cambios tecnológicos y morfológicos habidos (y también, hasta cierto punto, los sociales).

Los primeros habitantes de México fueron escasos; ello se suma a lo frágil de las huellas de esta reducida y dispersa población, razón por la que no han llegado sus restos culturales hasta nuestros días, salvo cuando las condiciones son excepcionales. La mayoría de los artefactos con los que se cuenta para la reconstrucción de esta larga etapa cultural son los de piedra, los líticos, junto con restos tales como los hogares, las piedras calcinadas, las trazas de alimentos, los huesos de animales diversos y sin relación anatómica.

La Etapa Lítica va en nuestro país de 35,000 a 7000 aP, aunque en algunas partes del norte se extiende hasta casi 200 años aP. Tiene divisiones internas a las que se les ha denominado horizontes, establecidos con base en la morfología del material lítico y en su cronología.

A continuación describo los horizontes establecidos: el Arqueolítico es el más antiguo de todos y cronológicamente va de *c.* 35,000 a 14,000 aP, con

[11] Lorenzo, *La etapa lítica en México;* Mirambell, "La etapa lítica".

duración de unos 20,000 años aproximadamente. Se caracteriza por la presencia de artefactos de gran tamaño; los más comunes son los tajadores y las tajaderas, o sea fragmentos de roca o guijarros a los que, por la técnica de percusión directa, se les extrae una serie de fragmentos –lascas– para tener un borde cortante. Si las lascas se extraen por una sola cara, la dorsal, se les conoce como "tajadores" y si es por ambas, dorsal y ventral, como "tajaderas". Se conoce como lasca al fragmento de piedra desprendida, por percusión o por presión, de un fragmento de roca conocido como núcleo y que presenta una longitud siempre menor de dos veces su ancho. Además una lasca presenta una serie de características como son: un talón y un bulbo de percusión, o sea el punto en el que se recibió el impacto que las desprendió.

Además de las lascas, son abundantes las piezas conocidas como navajas, es decir, los fragmentos que presentan una longitud dos veces mayor al ancho máximo. Tanto lascas como navajas por lo regular presentan huellas de uso o ligeros retoques. También son muy numerosos los fragmentos de desecho de talla, por percusión, que por sus características no fueron empleados para la manufactura de artefactos; tal vez sólo hayan sido utilizados como herramientas para uso inmediato porque presentan un buen filo.

También se advierten artefactos de tamaño medio, tallados en forma alterna, lasqueo por las dos caras presentando un bifacialismo incipiente, y ya están presentes verdaderos artefactos, como son los raspadores, las raederas y los denticulados.[12]

De este horizonte se conocen los siguientes sitios: Laguna de Chapala, Baja California; Rancho La Amapola, Cedral, San Luis Potosí; Chapala-Zacoalco, Jalisco; Tlapacoya, Estado de México; Caulapan, Puebla; Loltún, Yucatán, y Teopisca Aguacatenango, Chiapas. Todos han sido fechados por la técnica del ^{14}C (véase figura 1), excepto Chapala-Zacoalco, Jalisco, Loltún, Yucatán y Teopisca-Aguacatenango, Chiapas.

El sitio Rancho La Amapola, El Cedral, San Luis Potosí es el más recientemente excavado y se localiza en el norte-centro de México, en una cuenca endorreica (o sea cerrada), en la que se encuentran numerosos sitios fosilíferos del Pleistoceno. En esta cuenca abundaban los manantiales, algunos de los cuales perduraron hasta principios de este siglo. Así los trabajos arqueológico-paleontológicos se realizaron en un viejo manantial, ahora seco, en el que había numerosos restos óseos animales y madera, junto con restos de

[12]Mirambell y Lorenzo, "Materiales líticos arqueológicos"; Brézillon, *La dénomination des objets de pierre taillée*.

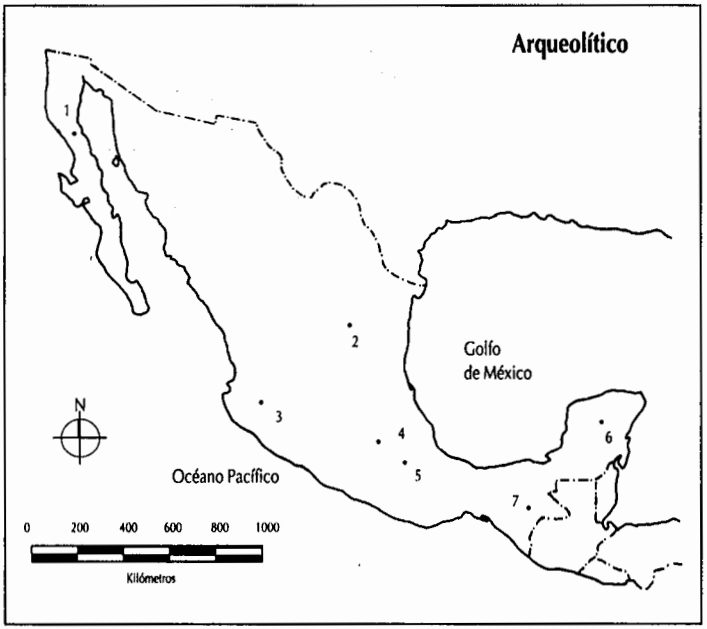


Figura 1. Mapa con los sitios del Arqueolítico (sitios fechados por ^{14}C). Tomado de: Lorenzo, "Etapa...".

1. Laguna Chapala, B.C.
2. El Cedral, S.L.P.
3. Chapala-Zacoalco, Jal.
4. Tlapacoya, Edo. de Mexico.
5. Caulapan, Pue.
6. Loltún, Yuc.
7. Teopisca-Aguacatenango, Chis.

actividad humana. Siendo ésta una zona semidesértica, resulta comprensible que al manantial, ahora seco, llegase la fauna local a abrevar, el hombre a beber y ambos a obtener una presa fácil, razón por la que hay tal abundancia de restos óseos animales, aunque un ojo de agua es siempre un sitio peligroso.

El hombre debió acudir al manantial esporádicamente, a aprovisionarse de agua, para lo cual debió emplear recipientes naturales como son los bules (*Lagenaria siceraria*), los guajes (*Crescentia alata* o *C. cujete*) o bolsas hechas con las vejigas de ciertos animales. Su estancia debió ser corta, y si tenía oportunidad de cazar algún animal para alimentarse, ahí mismo debió prepararlo y consumirlo, como parece que fue el caso de un hogar localizado durante la primera temporada de excavaciones, cuyo carbón fue fechado en 31,850 ± 1600 aP. Este hogar estaba formado por tarsos de proboscídeo, y

al centro se advirtió una clara mancha de carbón de alrededor de 30 cm de diámetro y 2 cm de espesor. La posición de los restos óseos y el carbón no dan lugar a duda de que es un hogar producto de la actividad humana.

Este sitio ha producido una enorme cantidad de restos óseos de fauna fósil extinta y reciente, representada básicamente por dos grupos de moluscos y vertebrados; de estos últimos, todas las demás clases se encuentran representadas, excepto los peces. Cerca de 20 especies de moluscos de la Familia *Pupillidae* se han reconocido; estos animales son de hábitos terrestres y tienen requerimientos muy específicos por lo que son buenos indicadores ambientales. En este sitio se ha recuperado una columna estratigráfica completa y su estudio dio como resultado una secuencia de cambios climáticos en cerca de 40,000 años.

El tener esta columna es de gran importancia, ya que una parte de los restos fósiles encontrados proceden de escombro, es decir, no fueron localizados *in situ,* no tienen procedencia estratigráfica precisa. Esto no sería un problema grave si los restos no fuesen tan diferentes, pues la fauna encontrada indica ambientes distintos, es decir, hay presencia de animales de climas fríos y cálidos.

Esta mezcla de fauna señala cambios sucedidos en el área bajo estudio. Tenemos información de que hacia 30,000 aP el clima era más frío y húmedo que el actual, y por ello la presencia de dos tipos de meteoritos: *Microtus pennsylvanicus* y *M. mexicanus,* roedores propios de ese clima y que actualmente no se encuentran en el área.

Como indicadores de ambientes cálidos se identificaron tapir y gliptodonte (*Tapirus* sp. y *Glyptotherium floridanum*), aunque este último denota también zonas pantanosas, y la presencia de mastodonte (*Mamut americanum*), la de un bosque poco denso, probablemente conviviendo con los roedores. Los caballos (*Equus,* con varias especies), los mamutes (*Mammuthus*) con una sola especie y los antilocápridos que aún no han sido identificados, nos indican presencia de praderas o áreas abiertas. De mamíferos se han reconocido alrededor de 40 especies y 25 géneros. Como se advierte, la mezcla es de difícil interpretación, pero al estudiar su presencia junto con la de moluscos, será factible delinear el panorama ambiental del sitio.

Otros grupos de vertebrados presentes son las aves, los anfibios y los reptiles. De los primeros, el material aún se encuentra en estudio, habiéndose reconocido únicamente la presencia de aves de presa. Los anfibios están representados por un solo hueso, y los reptiles, por víboras, lagartijas y tor-

tugas dulceacuícolas (*Kinosternon*); estas últimas indican la presencia de un cuerpo de agua.

Vemos que la fauna del rancho La Amapola, El Cedral, indica un ecosistema diverso y sujeto a grandes cambios climáticos. Uno de los objetivos de su estudio es el establecer lo ocurrido en el área durante los últimos 40,000 años, y desde luego caracterizar la fauna misma.[13]

Las excavaciones en este sitio se llevaron a cabo de 1977 a 1984, y fue durante las dos últimas temporadas cuando se localizaron restos de siete hogares más, de los cuales sólo fue factible fechar cinco por técnicas de radiocarbono, los que van de 37,694 ± 1963 a 21,468 ± 450 aP. Esto significa que hasta el momento éste es el sitio de ocupación humana más temprano localizado en México.

En relación con los artefactos, tenemos un raspador discoidal fechado en 33,300 ± 2700-1800 además de otros de hueso y líticos de fechas no claramente precisadas, quedando unos entre 20,000 y 17,000 aP, y otros entre 9000 y 8000 aP.

Estimamos que algunos colegas investigadores puedan impugnar estos fechamientos y aducir, en el caso de los hogares, que son restos de fuegos naturales; pero hay que considerar la rareza de una agrupación de siete en un área reducida, y la localización de los mismos en el borde de un canal que comunicaba al manantial con una laguna que se formaba con los excedentes de éste en las épocas de gran pluviosidad. Consideramos que las pruebas son fehacientes ya que junto con los hogares aparecen fragmentos de huesos quemados de animales pequeños, no identificables, y por desgracia no se localizaron artefactos asociados, aunque han sido obtenidos en otras partes, en las mismas capas estratigráficas donde se localizaron los hogares.[14] En 1991 se realizó otra temporada a fin de localizar nuevas áreas, de ocupación humana.

También tenemos hallazgos de este horizonte en las riberas del Lago de Chapala y en Zacoalco, Jalisco, consistentes en huesos trabajados por corte, pulimento y perforación, que están muy mineralizados.

Otro sitio correspondiente al Arqueolítico es Tlapacoya, del que informaremos brevemente, pues ya hay varias publicaciones al respecto.[15] Concre-

[13] Óscar J. Polaco, comunicación personal.

[14] Lorenzo y Mirambell, "Informes de la segunda a la séptima temporadas de excavaciones en El Cedral, S.L.P.".

[15] Lorenzo y Mirambell (coords.), *Tlapacoya, 35,000 años de historia del lago de Chalco;* Mirambell, "Excavaciones en un sitio pleistocénico en Tlapacoya, Estado de México"; "Excavaciones en sitios pleistocénicos y pospleistocénicos en Tlapacoya Estado de México"; "Tlapacoya, A Late Pleistocene Site in Central Mexico".

tamente las excavaciones se realizaron en los alrededores del cerro del mismo nombre, en el Estado de México, cerro que se localiza al sureste de la Cuenca de México, al sur de la Sierra del Pino y en la orilla norte del viejo lago de Chalco. Este lago fue desecado durante la segunda mitad del siglo XIX, pero en la época que nos ocupa contaba con agua suficiente para hacer que en ocasiones el cerro quedase como una isla, y en otras como península, cuyo istmo se unía a la ladera sùr del Cerro del Pino, ello con base en las fluctuaciones climáticas y estacionales.

Fueron en total 18 los sitios excavados, y en el conocido como Tlapacoya I, cala Alfa, se localizaron tres hogares y artefactos líticos manufacturados tanto en la roca local como en obsidiana, material este último alóctono al área. Los hogares son indiscutibles restos de actividad humana, pues se encontraron en una playa de cantos rodados que fueron removidos para obtener el espacio necesario para hacer o mantener el fuego. Estos "claros" de aproximadamente 1.15 m de diámetro tenían en su interior abundantes restos de carbón, y al lado de ellos, restos óseos animales sin relación anatómica, muchos de los cuales ya han desaparecido de la Cuenca de México (por ejemplo el oso americano, el venado cola blanca, un venado fósil y otros).

Además, en el centro de uno de estos hogares apareció un artefacto lítico de obsidiana. Las cenizas y los carbones de estos hogares fueron fechados por la técnica del ^{14}C, dando como resultado fechas de 24,000 ± 4000 aP y 21,700 ± 500 aP.

Los materiales líticos tallados en la roca local son simples lascas y navajas muy burdas, crudeza no producto de desconocimientos tecnológicos, sino debida a la mala calidad de la materia prima, una roca ígnea de fractura irregular que da como resultado artefactos que debieron cumplir funciones primarias de corte y raído. En este sitio ciertamente existió un taller en el que se modificaban tanto los cantos rodados locales, como fragmentos de roca del cerro, taller asociado a la presencia de un grupo humano que fabricaba artefactos simples para uso inmediato.

Del mismo horizonte tenemos un escaso grupo de materiales elaborados en obsidiana, simples lascas de desecho de talla y una pequeña punta lanceolada que recuerda aquéllas denominadas "Lerma"; pero como sus extremos están rotos, la hemos denominado "lermoide". Esta punta no tiene una antigüedad precisa; fue localizada al estar limpiando un horizonte de playa, fechado en 15,000 aP, por lo que le hemos asignado la misma. Un hallazgo significativo fue una navaja prismática de obsidiana procedente del sitio Tlapacoya II, que lamentablemente carece de talón, razón por la cual estamos

faltos de información respecto a la tecnología. Este artefacto ha sido fechado indirectamente, pues fue localizado próximo de un tronco de árbol fechado en 23,950 ± 950 aP, lo que no significa que tenga la misma antigüedad, pero sí una muy cercana, ya sea poco antes o poco después.

Este artefacto y los tres mencionados en el párrafo anterior, por ser de obsidiana, fueron sometidos a un estudio por el método de hidratación, llegándose a la conclusión de que a la navaja de Tlapacoya II no se le puede asignar una fecha más reciente que la que le fue dada. En términos generales a estos artefactos se les puede atribuir una edad aproximada de 22,000 años aP.[16]

También en la cala Beta de Tlapacoya I se descubrió, en la zona de playa, un raspador que por su forma general hemos denominado discoidal. Está manufacturado sobre una lasca de cuarzo, material posiblemente de origen epitermal local. Se trata de un claro artefacto ya que presenta retoques sobre la cara dorsal en casi la totalidad del borde, y en la ventral, sólo uno somero y secundario. Este artefacto muestra los bordes redondeados ya que estuvo sometido a la acción del agua. Procede del mismo horizonte en el que aparecieron materiales elaborados tanto en la roca local como en obsidiana.

Este sitio, como otros del mismo horizonte, no presenta abundantes materiales líticos, pero los restos de hogares y de comida evidenciados por los amontonamientos de huesos de animales de distintas especies no dan lugar a duda respecto a la presencia humana en la Cuenca de México hacia 22,000 aP.

De este horizonte también han sido localizados los sitios de Laguna de Chapala, Baja California, en cuyas terrazas se advierten distintos niveles donde se han encontrado artefactos de piedra. Una de las terrazas, la segunda, aproximadamente 9 m sobre el nivel de la laguna, fue fechada en 14,610 ± 270 aP. Los materiales encontrados son artefactos grandes: bifaciales y lascas junto con tajadores y tajaderas. En realidad no se tiene mucha evidencia pues sólo se han hecho excavaciones menores.[17]

En el sitio Caulapan, al norte de la presa de Valsequillo, cerca de la ciudad de Puebla, fue localizada una raedera sobre lasca en una capa aluvial, a la que se ha asignado una fecha de 21,850 ± 850 aP; gracias a que la capa estratigráfica en la que se localizó contenía abundantes restos de moluscos, fue factible fecharla.[18]

[16] García-Bárcena, "Algunos aspectos cronológicos", pp. 219-224.

[17] Arnold, "Late Pleistocene and Recent Change in Land Forms, Climate and Archaeology in Central Baja California".

[18] Szabo *et al.*, "Dilemma Posed by Uranium-Series Dates on Archaeological Significant Bones from Valsequillo, Puebla, México".

En Loltún, Yucatán, han sido encontrados restos de fauna pleistocénica y una industria de pedernal, indicadores de numerosas ocupaciones. Hasta ahora no se ha hallado material factible de ser fechado.

Otro sitio con artefactos líticos (véase figura 2) que se ha considerado dentro de este horizonte es Teopisca-Aguacatenango en el estado de Chiapas,[19] aunque todos los artefactos son de superficie. Posteriores excavaciones en el área han venido a corroborar la presencia humana en esa zona; la ocupación inferior está asociada con fauna pleistocénica, concretamente mamut y caballo, y se atribuyen al Arqueolítico por el género de su tipografía lítica.

Finalmente mencionaremos como posibles los sitios de Chimalacatlán, en el estado de Morelos, del que sólo tenemos una información reducida y muy dudosa, ya que únicamente ha sido efectuada una pequeña excavación que dio como resultado la obtención de algunos artefactos de hueso, al parecer de gran antigüedad. El otro es la Cueva del Diablo, en Tamaulipas, que sí fue excavado extensamente y que en sus capas inferiores presentó artefactos que al parecer corresponden tipológicamente a este horizonte.[20]

El horizonte siguiente es el Cenolítico, dividido en inferior y superior. Al respecto es importante hacer notar que en la etapa cultural que tratamos es muy difícil establecer con claridad las fases transicionales, ya que el cambio de algunos casos es apenas perceptible. Se ha fijado la fecha de 14,000 aP para tal cambio, la que se prolongaría hasta 7000 aP cuando se inicia el siguiente, que se ha denominado Protoneolítico.

Como expusimos, el Cenolítico está dividido en dos fases: la inferior que va de 14,000 aP a 9000 aP y la superior, de 9000 a 7000 aP. Para estas fechas se presenta el fin del Pleistoceno, con su radical cambio climático, lo que obligó a los habitantes del actual territorio mexicano a numerosas modificaciones, pues los ambientes a los que ya se habían acostumbrado y que explotaban fueron alterados. A dichas alteraciones tuvieron que responder eficientemente para sobrevivir.

Una de las características del Cenolítico inferior es la presencia de puntas líticas acanaladas de proyectil, y para el superior, las puntas foliáceas. Otra de las particularidades es que el hombre modifica su forma de subsistencia; por los datos de que se dispone, se advierte que dependía más de la cacería que de la recolección, lo que no significa que abandonase esta actividad, sino que la supeditación era menor.

[19] Lorenzo, "Un conjunto lítico de Teopisca, Chiapas".
[20] MacNeish, "Preliminary Archaeological Investigations in the Sierra de Tamaulipas, México".

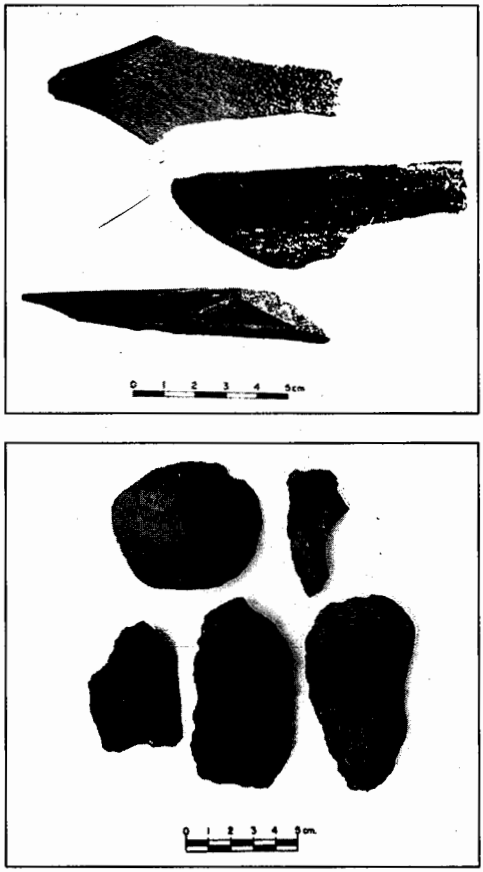


Figura 2. Artefactos característicos del Arqueolítico.

Entre las puntas acanaladas tenemos las denominadas "Clovis" y "Folsom", siendo las Clovis las que se consideran como las más antiguas del Continente (véase figura 3). Las fechas que se han dado al respecto son de 10,000, tal vez 15,000 para las Clovis, y de 9500 para las Folsom.[21] En México son numerosos los sitios donde se han localizado puntas tipo Clovis, fundamentalmente en superficie y sólo algunas en excavaciones. Los sitios correspondientes a este horizonte van desde Sonora, donde hay alrededor de 15 localidades, entre las que cabe mencionar El Plomo, Sásabe, La Plaza, El Bajío, Huásabas, Pozo Valdés, Los Janos, Cerro Izábal, Rancho Pimas y

[21] Suhm y Krieger, *An Introductory Handbook of Texas Archaeology*, p. 25.

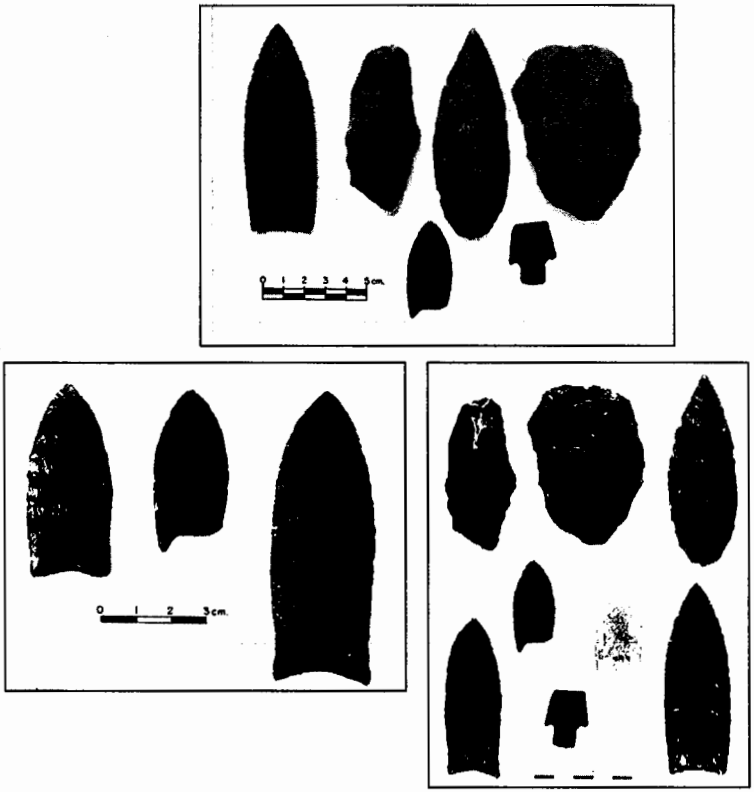


Figura 3. Artefactos característicos del Cenolítico inferior.

Aigame, Tostiota, Las Peñitas, Cerro Prieto, Cerro Guaymas; en Baja California, Laguna de Chapala; en Baja California Sur, San Joaquín; en Chihuahua, Rancho Colorado; en Coahuila, La Chuparrosa; en Nuevo León, Puntita Negra y La Calzada; en Durango, sitio Weicker; en Tamaulipas, La Cueva del Diablo; en Jalisco, San Sebastián Teponahuastlán, Zacoalco y San Marcos; en Hidalgo, La Cueva del Tecolote; en el Distrito Federal, San Bartolo Atepehuacan; en Tlaxcala, San Juan Chaucingo; en Puebla, el Riego y Coxcatlán; en Oaxaca, Cueva Blanca y Guilá Naquitz; en Chiapas, Los Grifos; y la cultura Las Palmas, Baja California Sur, el Complejo Cazador, Chihuahua y el Complejo Ciénegas, Coahuila[22] (véase figura 4).

[22] Aliphat Fernández, "La Cuenca Zacoalco-Sayula, ocupación humana durante el Pleistoceno final en el occidente de México".

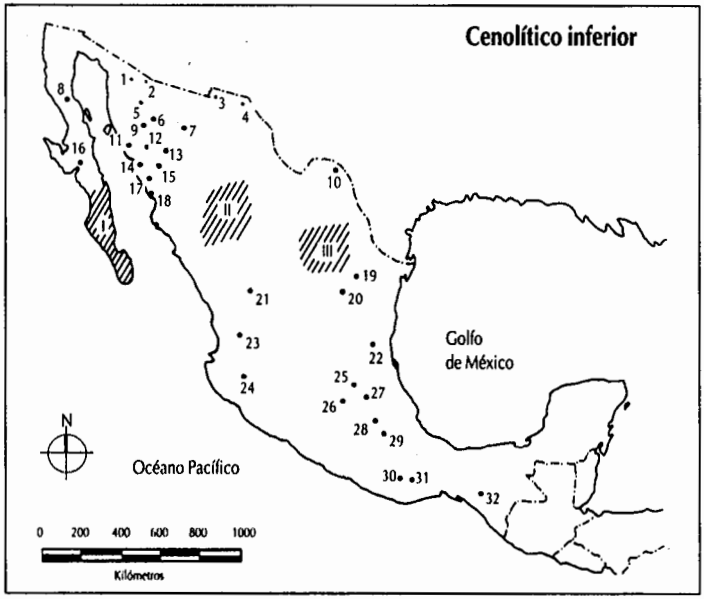


Figura 4. Mapa con los sitios del Cenolítico Inferior (*sitios fechados por ^{14}C). Tomado de Lorenzo, "Etapa...".

I. Cult. Las Palmas.
II. Complejo Cazador, Chih.
III. Complejo Ciénegas, Coah.

1. El Plomo, Son.
2. Sásabe, Son.
3. Rancho Colorado, Chih.
4. Samalayucan, Chih.
5. La Playa, Son.
6. El Bajío, Son.
7. Huásabas, Son.
8. Laguna Chapala, B.C.
9. Pozo Valdez, Son.
10. La Chuparrosa, Coah.
11. Los Janos, Son.
12. Cerro Izábal, Son.
13. Rcho. Pimas y Algame, Son.
14. Tostiota, Son.
15. Las Peñitas, Son.
16. San Joaquín, B.C.S.
17. Cerro Prieto, Son.
18. Cerro Guaymas, Son.
19. Puntita Negra, N.L.
*20. La Calzada, N.L.
21. Sitio Weicker, Dgo.
*22. Cueva del Diablo, Tamps.
23. San Sebastián Teponahuastian, Jal.
24. Zacoalco y San Marcos, Jal.
25. Tecolote, Hgo.
*26. San Bartolo Atepehuacan, D.F.
*27. San Juan Chaucingo, Tlax.
*28. El Riego, Pue.
*29. Coxcatlán, Pue.
*30. Cueva Blanca, Oax.
*31. Guilá Naquitz, Oax.
*32. Los Grifos, Chis.

En el sitio de Samalayucan, en Chihuahua, se localizó una punta que fue clasificada como tipo "Folsom"[23] y en Los Grifos, puntas de tipo "Cola de

[23]Aveleyra Arroyo de Anda, "El primer hallazgo Folsom en territorio mexicano y su relación con el complejo de puntas acanaladas de Norteamérica".

pescado" de filiación suramericana, tipo que en este sitio aparece en asociación con puntas "Clovis".[24]

El Cenolítico superior ya queda dentro del Holoceno o Reciente (el cual se inició hace aproximadamente 10,000 años); para estas fechas la fauna pleistocénica está prácticamente extinguida y resurge la recolección. Al parecer se inicia en forma muy rudimentaria una cierta "domesticación" como aprovechamiento selectivo de plantas, entre ellas la calabaza, el chayote, el chile, el amaranto, el maíz, el aguacate y tal vez el frijol. Desde luego la caza continúa, sobre todo de animales de tamaño pequeño y mediano –conejos, venados, tuzas, entre muchos más– y la habitación sigue siendo la misma: cuevas y campamentos al aire libre.

Durante este horizonte en general tenemos que además de las puntas citadas, perduran tipos que vienen desde el anterior (raspadores, raederas, denticulados, tajadores, tajaderas, etcétera), aunque con grandes mejoras tecnológicas. Los artefactos líticos se siguen elaborando por medio de la técnica de percusión, directa o indirecta; hacen su aparición los percutores blandos –hueso, asta y madera, proporcionando a las piezas características distintas–; surge una nueva técnica: la presión, así como la del desgaste en sus fases de abrasión y pulido. Estas innovaciones tecnológicas dan como resultado una mejor calidad del instrumental lítico. A fin de obtener un mejor enmangado se desbastan los bordes laterales del tercio inferior de las puntas, dando formas pedunculadas sin aletas. Como producto de la técnica del desgaste tenemos la aparición de los primeros instrumentos de molienda: muelas y morteros (localmente se les conoce como metates y molcajetes). La materia prima para la manufactura de artefactos líticos en general es semejante a la del horizonte anterior, pero se advierte un mayor cuidado en la selección de la misma. Tecnológicamente vemos que hay grandes cambios, no sólo en cuanto a la manufactura de artefactos líticos, sino que se empiezan a elaborar con fibras vegetales, redes para carga, bolsas, cordeles y lazos.

Los sitios correspondientes a esta etapa son ya más numerosos y están mejor caracterizados; entre ellos tenemos: San Isidro en Nuevo León; San Nicolás en Querétaro; el centro de Veracruz; la Cueva del Tecolote en Hidalgo; los sitios de Santa Isabel Iztapan I y II en el Estado de México; El Riego, Abejas y Coxcatlán en Puebla; Tecpan en Guerrero; Guilá Naquitz y Cueva Blanca en Oaxaca; Santa Marta, Los Grifos, Aguacatenango y Chantuto en Chiapas; y el Complejo San Dieguito, en Baja California; Cultura Comondú

[24] García-Bárcena, *Una punta acanalada de la Cueva de Los Grifos, Ocozocuautla, Chiapas.*

en Baja California Sur; Cochise en Baja California, Sonora, norte de Chihuahua; Periodo Forrajero en Chihuahua; la Cultura Las Nieves en Chihuahua y Coahuila; los complejos Jora y Mayrán en Coahuila; las culturas Caracoles y Las Chivas en Durango y Zacatecas; los complejos Nogales, Ocampo y la Perra en Tamaulipas, y varios complejos costeros también en Tamaulipas (véanse figuras 5 y 6).

Correspondientes a este horizonte también se han encontrado concheros en la Costa del Pacífico. Estos grupos, que dependían temporalmente de los productos marinos, plantean todavía problemas culturales pues no han sido lo suficientemente estudiados.

Finalmente, después de 7000 aP y hasta aproximadamente 4500 aP, tenemos el horizonte denominado Protoneolítico[25] y lo podemos considerar como un horizonte de transición cultural; se caracteriza por el inicio de una incipiente agricultura, aunque la dieta básica sigue dependiendo de la caza y la recolección, ya que los productos agrícolas aún no llegan a ser alimentos básicos. Hacia 6000 aP se cultivaban en el área conocida culturalmente como Mesoamérica: *Phaseolus acutifolius,* frijol; *Amaranthus,* alegría; *Capsicum annuum,* chile; y hacia 5000: *Phaseolus vulgaris,* frijol; *Cucurbita mixta,* calabaza y *Gossypium hirsutum,* algodón.

En este horizonte, la vida de los grupos humanos empieza a tener cambios considerables, sobre todo ante la necesidad del cuidado de los campos cultivados, lo que obliga a una sedentarización real, al menos durante algunos meses del año, quizá no de todo el grupo, dando lugar así al establecimiento de las primeras aldeas.

Sitios correspondientes a este horizonte, en el que se inició un cambio trascendental, desde el punto de vista cultural, que con el paso de los siglos sería el que daría lugar a las altas culturas mesoamericanas (no así en el norte de México, donde muchos de estos rasgos culturales se conservaron hasta hace pocos siglos) son: Cueva de la Golondrina en Chihuahua; los complejos Repelo, Nogales y la Perra en Tamaulipas; Guadiana en Durango; Matanchel en Nayarit; San Nicolás en Querétaro; el centro de Veracruz; el Tecolote en Hidalgo; Chicoloapan, Tlapacoya II, IV y XVIII, en el Estado de México; la Cueva del Texcal, Coxcatlán y Abejas en Puebla; Tecpan, Guerrero; Yanhuitlán, Cueva Blanca y Guilá Naquitz en Oaxaca; Santa Marta y Chantuto en Chiapas (véase figura 7).

[25] Lorenzo, *La etapa lítica en México;* Mirambell, "La etapa lítica".

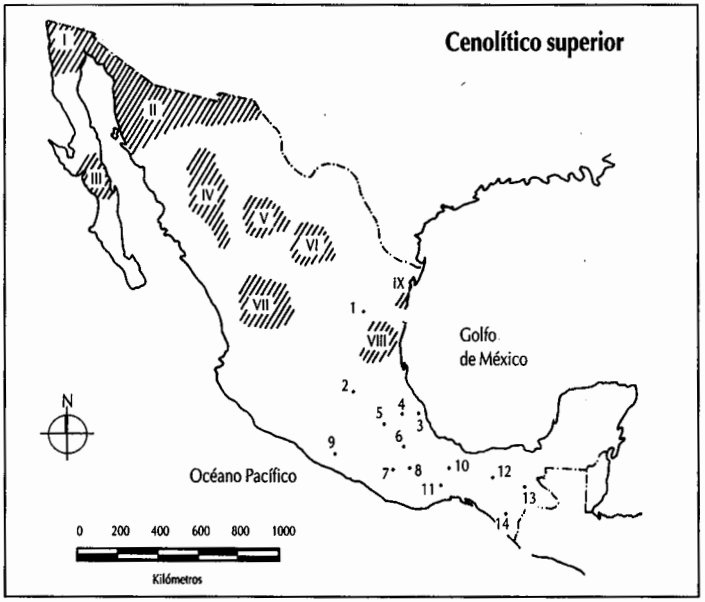


Figura 5. Mapa con los sitios del Cenolítico superior (*sitios fechados por ^{14}C). Tomado de Lorenzo, "Etapa...".

*I. Complejo San Dieguito, B.C.
*II. Complejo Cochise, B.C., Sonora y norte de Chihuahua.
*III. Cult. Comandú, B.C.
*IV. Periodo Forrajero, Chih.
V. Cult. Las Nieves, Chihuahua y Coahuila.
*VI. Compls. Jora y Mayrán, Coah.
*VII. Cults. Caracoles y las Chivas, Durango y Zacatecas.
*VIII. Compls. Nogales, Ocampo y la Perra, Tamps.
IX. Comps. costeros, Tamps.

*1.San Isidro, N.L.
2. San Nicolás, Qro.
*3. Centro de Veracruz.
4. Tecolote, Hgo.
*5. Santa Isabel Iztapan I y II, Edo. de México.
*6. El Riego, Pue.
*7. Abejas, Pue.
*8. Coxcatlán, Pue.
9. Tecpan, Gro.
*10. Guilá Naquitz, Oax.
*11. Cueva Blanca, Oax.
*12. Los Grifos y Santa Marta, Chis.
*13 Aguacatenango, Chis.
*14. Chantuto, Chis.

En el aspecto lítico (véase figura 8) se advierte una disminución en el tamaño de los artefactos y un cuidadoso retoque secundario; hay una tendencia general al buen acabado de las piezas. Esto es muy patente en objetos de piedra pulida como son muelas y morteros, ya que además de su

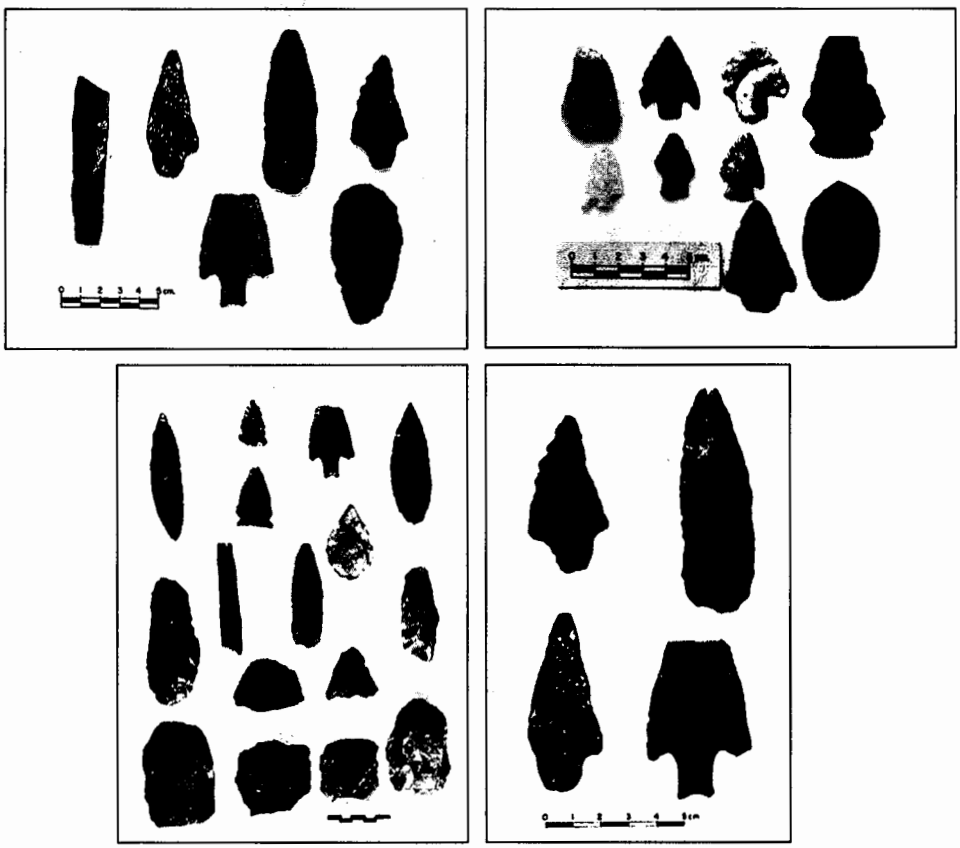


Figura 6. Artefactos característicos del Cenolítico superior.

funcionalidad se busca la regularidad en la forma, la buena apariencia. La técnica del pulido se aplica además a otras piezas como son cuentas para collares, pipas, hachas, azuelas, etcétera.

Se siguen manufacturando cordeles, objetos de cestería, redes y textiles, en general piezas que tienen como materia prima fibras vegetales. Al parecer se inicia el proceso de tinción de hilos y aumentan los objetos de madera. Hay abundancia de piezas ornamentales para adornos corporales de concha, hueso, cuerno y desde luego piedra.

Al fin de este horizonte ya se goza de una total sedentarización, con el inicio de construcción de habitaciones y adoratorios, cultivos estables y la manu-

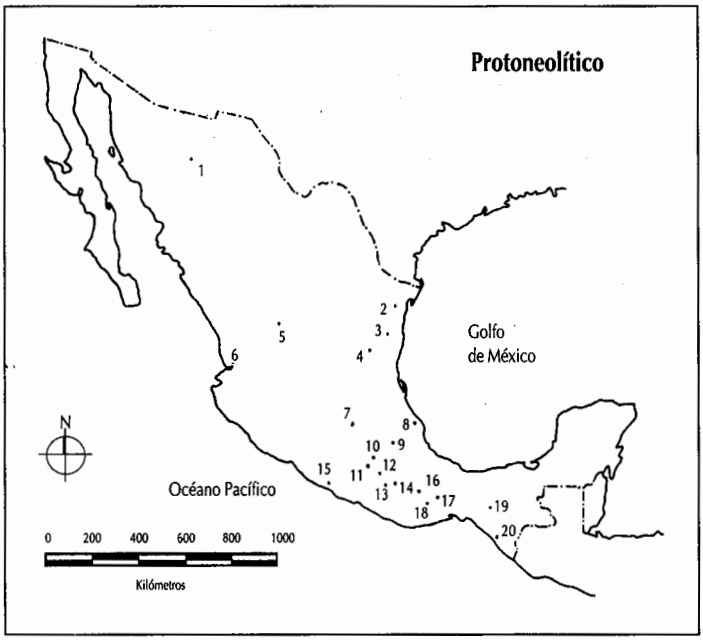


Figura 7. Mapa con los sitios del Protoneolítico (*sitios fechados por ^{14}C). Tomado de Lorenzo, "Etapa...".

1. Cueva de la Golondrina, Chih.
*2. Complejo Repelo, Tamps.
*3. Complejo Nogales, Tamps.
*4. Complejo La Perra, Tamps.
*5. Guadiana, Dgo.
*6. Matanchel, Nay.
7. San Nicolás, Qro.
*8. C. de Veracruz, Ver.
9. El Tecolote, Hgo.
10 Chicoloapan, Edo. de México.
*11. Tlapacoya II, IV y XVIII, Edo. de México.
*12. Texcal, Pue.
*13. Coxcatlán, Pue.
*14. Abejas, Pue.
*15. Tecpan, Gro
*16. Yanhuitlán, Oax.
*17. Cueva Blanca, Oax.
*18. Guilá Naquitz, Oax.
*19. Santa Marta, Chis.
*20. Chantuto, Chis.

factura de objetos cerámicos cuya cocción debe haberse iniciado en hornos abiertos de oxidación para después emplear los cerrados de reducción. En fin, en estas pocas cuartillas hemos abarcado casi 30,000 años en los que los habitantes de México alcanzaron considerables avances sociales, económicos y culturales, creando las bases para el desarrollo de las altas culturas.[26]

[26]Lorenzo, *La etapa lítica en México;* "Etapa lítica en Norte y Centro América"; Mirambell, "La etapa lítica"; "El poblamiento del continente americano y los primeros habitantes".

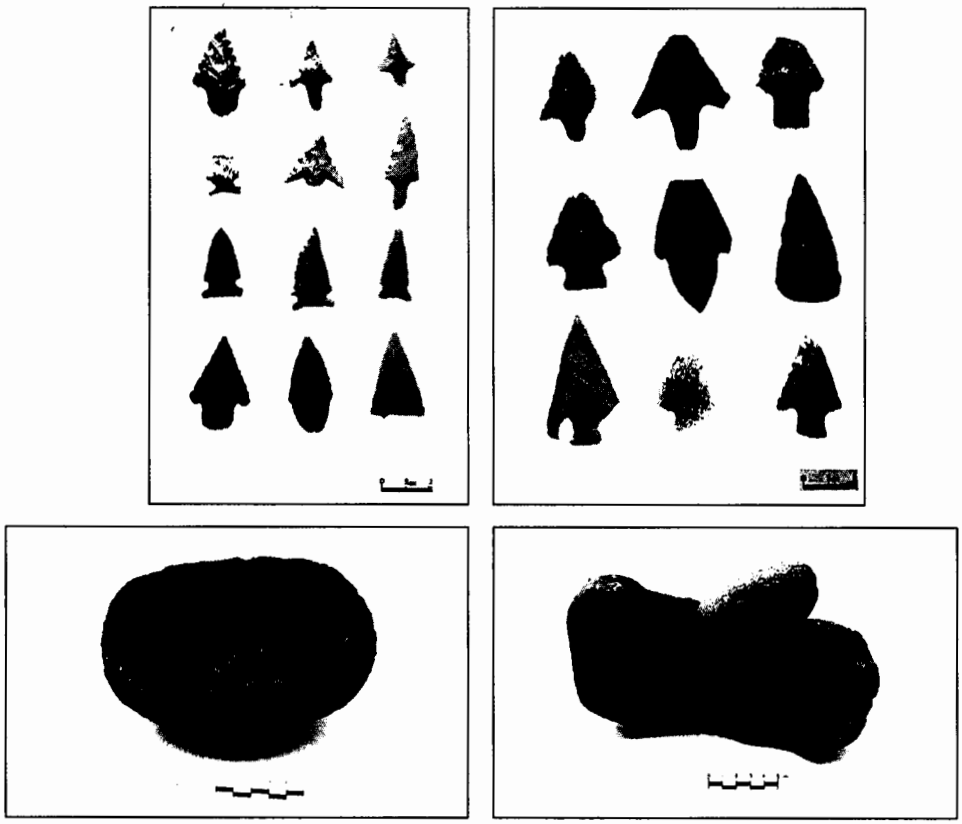
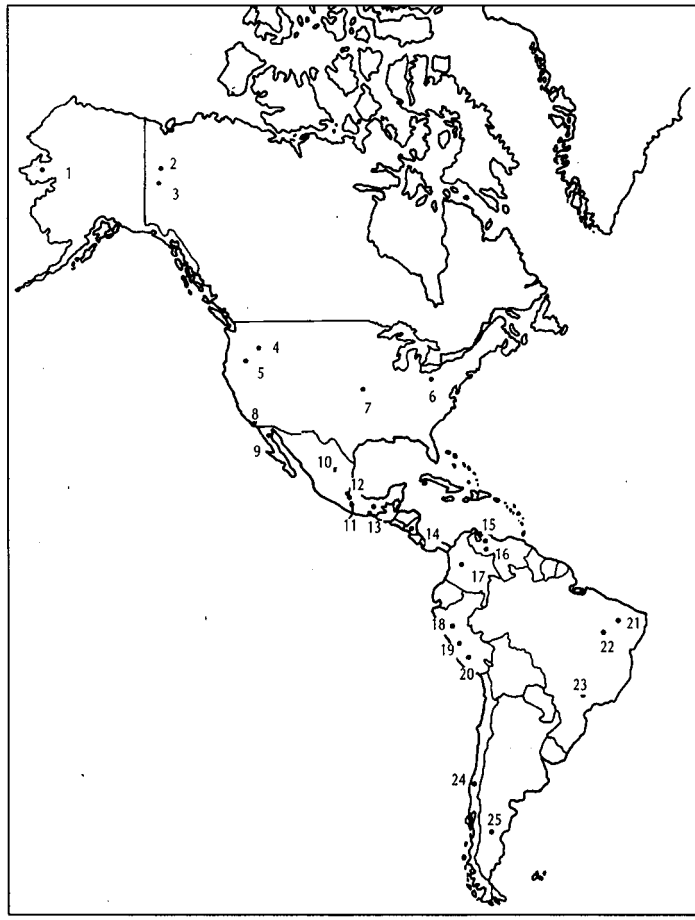


Figura 8. Artefactos característicos del Protoneolítico.

Conclusiones

Llegar a conclusiones sobre un tema tan amplio como el presentado, resulta difícil cuando los trabajos científicos prosiguen, pues el potencial es considerable y en ellos están involucrados numerosos investigadores de distintas especialidades y países, tanto de este continente como de Asia, sobre todo los soviéticos en el noreste de ese continente, quienes han hecho valiosas aportaciones, al igual que todos los de este continente, desde Alaska hasta Patagonia (véase figura 9).

Actualmente la vieja hipótesis de que el hombre había llegado a América hace unos 10,000 años es obsoleta y sostenida por unos cuantos arqueólogos



1. Trail Creek, Alaska (13,070 ± 280 y 15,750 ± 350 aP).
2. Old Crow Flats, Canadá (29,100 ± 3000-2000 y 25,750 ± 1800-1500).
3. Blue Fish, Canadá (15,500 ± 130 aP).
4. American Falls, Idaho, Estados Unidos (±43,000 aP).
5. Cueva de Wilson Butle, Idaho, Estados Unidos (14,500 y 15,800 aP).
6. Meadow Croft, Pennsylvania, Estados Unidos (19,610 ± 2400 y 19,100 ± 810 aP).
7. Shriver, Missouri, Estados Unidos (14,800 ± 1500, fecha obtenida por termoluminiscencia).
8. Santa Rosa, California, Estados Unidos (más de 37,000 aP).
9. Laguna de Chapala, Baja California, México (14,610 ± 270 aP).
10. Cedral, San Luis Potosí, México (31,850 ± 1600; 33,300 ± 2700/1800).
11. Tlapacoya, Estado de México, México (24,400 ± 4000; 21,700 ± 500).
12. Caulapan, Puebla, México (21,850 ± 850 aP).
13. Los Grifos, Chiapas, México (±9500 aP).
14. El Bosque, Nicaragua (±32,000).
15. Taima-Taima, Venezuela (16,375 ± 400 aP).
16. Muaco, Venezuela (14,010 ± 140 aP).
17. El Abra, Colombia (12,400 ± 160 aP).
18. Cueva de Guitarrero, Perú (12,560 ± 360 aP).
19. Cueva de Huargo, Perú (13,460 ± 700 aP).
20. Cueva de Piquimachay, Perú (14,150 ± 180 aP).
21. Do Meio, Brasil (12,200 ± 600 aP).
22. La Toca do Boqueirao do Sitio da Pedra Furada, Brasil (± 45,000 aP).
23. Alice Boer, Brasil (12,350 ± 1150 aP).
24. Tagua-Tagua, Chile (11,380 ± 300 aP).
25 Los Toldos, Argentina (12,600 ± 600 aP).

Figura 9. Algunos sitios con las fechas (^{14}C) más antiguas.

muy conservadores, que se niegan a aceptar, por razones no muy claras, que la investigación científica progresa. Los fechamientos dados para México también han sido impugnados, pero ante las nuevas investigaciones, entre las que mencionaremos sólo la que se realiza en el Brasil, por un grupo franco-brasileño, en La Toca do Boqueirao do Sitio da Pedra Furada, de donde se tienen fechamientos por ^{14}C de más de 45,000 años, viene a reafirmar que el poblamiento se efectuó sin lugar a duda de norte a sur hacia 70,000/60,000 antes del presente, y que las nuestras de alrededor de 35,000 son factibles y a la vez confirman el temprano poblamiento. Ya que en México contamos con amplias posibilidades en este campo de la investigación, lo único que nos resta es crear inquietudes e interés sobre estos temas, a fin de que continúen desarrollándose para ratificar los postulados presentados, ya que ello es parte de la investigación cotidiana.

Bibliografía

ACOSTA, José de, *Historia natural y moral de las Indias,* edición preparada por E. O'Gorman, México, Fondo de Cultura Económica, 1962. Biblioteca Americana, Cronistas de Indias.

ALIPHAT FERNÁNDEZ, Mario F., "La Cuenca Zacoalco-Sayula, ocupación humana durante el Pleistoceno final en el occidente de México", en *Orígenes del Hombre Americano (Seminario),* México, Secretaría de Educación Pública, 1988, pp. 145-176.

ARNOLD, Brigham A., "Late Pleistocene and Recent Changes in Land Forms, Climate and Archaeology in Central Baja California", en *University of California Publications, Geography,* vol. 10, núm. 4, Berkeley y Los Angeles, University of California Press, 1957, pp. 201-318.

AVELEYRA ARROYO DE ANDA, Luis, "El primer hallazgo Folsom en territorio mexicano y su relación con el complejo de puntas acanaladas de Norteamérica", en *Homenaje a Pablo Martínez del Río,* México, INAH, 1961, pp. 31-48.

BRÉZILLON, Michael D., *La dénomination des objects de pierre taillée,* París, CNRS, 1971. Suplemento Gallia Préhistoire.

GARCÍA-BÁRCENA, Joaquín, *Una punta acanalada de la Cueva de Los Grifos, Ocozocuautla, Chiapas,* México, Departamento de Prehistoria, INAH, 1979. Cuadernos de Trabajo núm. 17.

_____, "Algunos aspectos cronológicos", en *Tlapacoya, 35,000 años de historia del Lago de Chalco,* México, INAH, Colección Científica, núm. 155, pp. 219-224.

HRDLIČKA, Aleč, "The Origin and Antiquity of Man in America", en *Bulletin of the New York Academy of Medicine,* vol. 4, núm. 7, Nueva York, pp. 802-828.

LEROI-GOURHAN, André, *Los cazadores de la prehistoria,* Barcelona, Ediciones Orbis, 1986.

LORENZO, José Luis, *La etapa lítica en México,* México, INAH, 1967. Departamento de Prehistoria núm. 20.

_____, "Poblamiento del continente americano", en *Historia de México,* vol. 1, Barcelona, Salvat Editores, 1974.

_____, "Un conjunto lítico de Teopisca, Chiapas", en *Informes 4,* México, Departamento de Prehistoria, INAH, 1977.

_____, "Etapa lítica en Norte y Centroamérica. Sobre los orígenes del hombre americano", en *Historia General de América-Periodo indígena,* Caracas, Academia Nacional de Historia de Venezuela, 1987.

_____, "La etapa lítica", en *Antropología,* 2a. época, núm. 12, México, INAH, 1987.

_____, "La première colonisation du Nouveau Monde", en *Bulletin de la Société Préhistorique Française,* vol. 91, núms. 4-5, 1994, pp. 342-346.

_____ y Lorena Mirambell, "Informes de la segunda a la séptima temporadas de excavaciones en El Cedral, S.L.P.", en México, Departamento de Prehistoria, INAH, 1978 a 1984 (mecanoscrito).

_____ y Lorena Mirambell (coords.), *Tlapacoya, 35,000 años de historia del lago de Chalco,* México, INAH, 1986. Colección Científica 155.

MACNEISH, Richard S., "Preliminary Archaeological Investigations in the Sierra de Tamaulipas, México", en *Transactions of the American Philosophical Society,* vol. 48, núm. 6, Philadelphia, 1958.

MARTÍNEZ DEL RÍO, Pablo, *Los orígenes americanos,* México, Páginas del Siglo XX, 1952.

MIRAMBELL, Lorena, "Excavaciones en un sitio pleistocénico en Tlapacoya, Estado de México", en *Boletín INAH,* núm. 29, México, INAH, 1967, pp. 37-41.

_____, "Excavaciones en sitios pleistocénicos y pospleistocénicos en Tlapacoya, Estado de México", en *Boletín INAH,* 2a. época, núm. 4, México, INAH, 1976.

_____, "La etapa lítica", en *Historia de México,* vol. 1, Barcelona, Salvat Editores, 1974, pp. 55-76.

_____, "Tlapacoya: A Late Pleistocene Site in Central Mexico", en A. Bryan (ed.), *Early Man in America from a Circum-Pacific Perspective,* Edmonton, Department of Anthropology, University of Alberta, 1978, pp. 221-230. Occasional Papers núm. 1.

_____, "El poblamiento del continente americano y la vida de los primeros habitantes", en *Historia General de la Medicina en México,* núm. 1, México, UNAM, 1984, pp. 15-23.

_____, "Recherches récentes sur le Stade Lithique au Mexique", en *Bulletin de la Société Préhistorique Française,* vol. 91, núms. 4-5, 1994, pp. 240-245.

_____ y José Luis Lorenzo, "Materiales líticos arqueológicos. Generalidades, consideraciones sobre la industria lítica", en *Apuntes para la Arqueología,* México, INAH, Departamento de Prehistoria, 1974. Cuadernos de Trabajo núm. 4.

RIVET, Paul, *Los orígenes del hombre americano,* México, Fondo de Cultura Económica, 1964.

SUHM, Dee Ann y Alex D. Krieger, *An Introductory Handbook of Texas Archaeology,* Albine, The Texas Archaeological Society, 1954.

SZABO, B.J., H.E. Malde y C. Irwin-Williams, "Dilemma Posed by Uranium Series Dates on Archaeological Significant Bones from Valsequillo, Puebla, México", en *Earth and Planetary Science Letters,* núm. 6, pp. 327-344.

Las primeras sociedades sedentarias

Emily McClung de Tapia*
y Judith Zurita Noguera**

Introducción

Tradicionalmente, los estudiosos del origen de la agricultura y su supuesta consecuencia –la vida sedentaria– han asociado estos fenómenos con la domesticación de los granos básicos autóctonos en las áreas conocidas como centros del cultivo temprano: trigo y cebada en el Cercano Oriente; arroz en el sureste de Asia; maíz en América.

Las investigaciones arqueológicas realizadas en México y Centroamérica proporcionaban escasa información al respecto, y se creía que el cultivo del maíz no había comenzado mucho antes de 1000 aC en Mesoamérica, y cerca del principio de nuestra era en el suroeste de Estados Unidos.

Cambió el panorama cuando pequeños olotes obtenidos durante la excavación de la Cueva del Murciélago, Nuevo México, Estados Unidos, en 1948-1949, fueron fechados por medio del carbón asociado, dando una edad entre 3000 y 5000 años. A su vez, Mangelsdorf reconoció ciertos atributos característicos de la variedad primitiva llamada Nal-Tel.

En 1949, MacNeish descubrió más restos de maíz en el sitio denominado La Perra, ubicado en la sierra de Tamaulipas, México, fechados indirectamente en 2500 aC, e identificados por Mangelsdorf como pre-Nal-Tel.[1] Excavaciones posteriores en el suroeste de Tamaulipas proporcionaron aún más evidencias para el maíz domesticado y otras plantas de todavía mayor antigüedad.[2] De gran impacto fue el descubrimiento un poco más adelante, de polen originalmente identificado como maíz, procedente de un núcleo pro-

*Arqueóloga, investigadora del Instituto de Investigaciones Antropológicas de la UNAM, México.
**Arqueóloga, técnico académico del Instituto de Investigaciones Antropológicas de la UNAM, México.
[1] MacNeish, "Introducción", p. 3.
[2] MacNeish, *Preliminary Archaeological Investigations in the Sierra de Tamaulipas.*

fundo en la ciudad de México,[3] lo cual indicaría la posibilidad de un origen tropical para esta planta.

No obstante cierta fascinación que MacNeish siempre mostró con el problema del origen del maíz, sus investigaciones fueron más amplias, dirigidas hacia cuestiones de mayor trascendencia, como la relación entre los recursos de subsistencia y los procesos de desarrollo socioeconómico, político y cultural de los grupos humanos. De hecho, como consecuencia de los estudios interdisciplinarios llevados a cabo bajo su dirección, ha sido posible demostrar que el origen de la agricultura y la vida sedentaria son procesos mucho más complejos que una simple asociación entre la manipulación genética del maíz y la intensificación gradual de su cultivo. Al mismo tiempo, la documentación de secuencias regionales, en Tamaulipas y Tehuacán, con base en el aumento del número de sitios (y, por consiguiente, el crecimiento demográfico) además del incremento en su complejidad, apoyado por evidencia directa para los patrones de explotación del medio natural a través del tiempo, ha sentado las bases para otras investigaciones dirigidas hacia el estudio de la transición de la vida nómada hacia el sedentarismo en Mesoamérica.

El origen del cultivo de plantas es uno de los procesos más importantes en el desarrollo sociocultural y económico de los pueblos mesoamericanos, ya que implica una serie de transformaciones en las actividades de subsistencia que afectaron tanto la organización social como las esctructuras económicas de estos pueblos.

Varias regiones en Mesoamérica han proporcionado evidencias arqueológicas de la transformación de un modo de vida trashumante, que dependía en primera instancia de la caza de mamíferos y secundariamente de una combinación de caza de especies menores con recolección de vegetales, a un patrón permanentemente sedentario basado en la agricultura. Las investigaciones arqueológicas llevadas a cabo en el Valle de Tehuacán revelaron una secuencia cultural continua y, por lo tanto, es la región más conocida en cuanto al problema de la transición de la caza-recolección a una vida agrícola sedentaria. Al mismo tiempo, los hallazgos en Tehuacán han servido como base para comparar los descubrimientos en otras regiones de Mesoamérica en las que se conoce sólo parte del patrón general de desarrollo, como el Valle

[3]Sears, "Pollen profiles and culture horizons in the Basin of Mexico".

de Oaxaca,[4] el sureste de Tamaulipas,[5] Puebla-Tlaxcala[6] y otras áreas en el centro de México.[7]

A diferencia de otros pueblos del mundo, los pobladores de Mesoamérica no contaban con animales de tiro, por lo que tampoco desarrollaron un tipo de vida basado en el pastoreo. Por lo tanto, no hay evidencia de domesticación de animales relacionada con las actividades agrícolas. Únicamente fueron domesticadas especies pequeñas como el guajolote (*Meleagris gallopavo*) y el perro (*Canis familiaris*). La extinción de la fauna pleistocénica dio lugar a un reemplazo, durante el Holoceno, por especies en su mayoría poco adaptables a una convivencia continua con el hombre y, sobre todo, a una ausencia total de especies aptas para el tiro y la carga. No obstante esta situación, Mesoamérica representa uno de los principales centros independientes de domesticación de muchas de las especies de plantas económicamente importantes a nivel mundial.

En Mesoamérica, la economía basada en la caza de animales pleistocénicos concluyó al extinguirse éstos. Hacia el inicio del Holoceno, hay evidencias de un cambio hacia la explotación de especies de mamíferos pequeños y un mayor énfasis en la recolección de plantas. Posteriormente se encuentran evidencias del cultivo de una serie de plantas, como serían maíz, frijol, calabaza y chile, dando paso al desarrollo gradual de una economía basada en la producción agrícola.

Principales teorías sobre el origen de la agricultura

Desde mediados del siglo pasado, han sido numerosos los intentos para explicar la transición de una economía basada en la caza-recolección a otra de producción de alimentos.

Generalmente, los diversos modelos para explicar esta transición privilegian el papel predominante de cualquiera de los siguientes elementos:

a) Los factores culturales;
b) las características del medio ambiente, o
c) los cambios genéticos que sufren las plantas.

[4] Flannery (ed.), *Guilá Naquitz, Archaic Foraging and Early Agriculture in Oaxaca, Mexico;* Flannery, Marcus y Kowalewski, "The Preceramic and Formative of the Valley of Oaxaca".
[5] MacNeish, *Preliminary Archaeological Investigations...*
[6] García Cook, *El desarrollo cultural prehispánico en el valle poblano-tlaxcalteca.*
[7] Lorenzo, *La etapa lítica en México;* Mirambell, "La etapa lítica"; Lorenzo y Mirambell (coords.), *Tlapacoya, 35,000 años de historia del lago de Chalco.*

Al mismo tiempo, la mayoría de estos modelos han sido desarrollados con base en evidencias de diversas regiones del Cercano Oriente. Por consiguiente, muchos de sus elementos no resultan muy adecuados para aplicarse al caso de Mesoamérica.

En los años cincuenta, Childe[8] propuso el primer modelo explicativo del origen de la agricultura, que trata de contestar dónde, cómo y por qué surgió. Él definió este momento como la transición de una economía de apropiación hacia otra de producción de alimentos, llamándola "Revolución Neolítica".

Childe elaboró la llamada "teoría del oasis", en la que propone que un cambio climático al final del Pleistoceno provocó la desertificación de una gran parte del Medio Oriente. Las comunidades de flora y fauna, y los grupos humanos se congregaron en las zonas húmedas alrededor de los "oasis", en donde establecieron relaciones simbióticas para asegurar su supervivencia. La domesticación de plantas y animales por el hombre es vista así como el resultado de la intensificación de estas relaciones simbióticas.

Posteriormente, autores como Braidwood[9] y Binford[10] argumentaron la insuficiencia de evidencias para postular un cambio climático drástico al final del Pleistoceno. Al rechazar las posiciones de Childe y Braidwood, Lewis R. Binford expuso uno de los primeros modelos de presión demográfica para explicar el origen de la agricultura. Binford parte de la idea de que las poblaciones prehistóricas de cazadores-recolectores se encontraban en equilibrio con su medio ambiente. En consecuencia, no necesitaban más recursos de subsistencia de los que podían encontrar en el hábitat en que se hallaban, por lo cual no estaban impelidos a buscar recursos adicionales. Este equilibrio sólo se puede romper cuando ocurre uno de los siguientes fenómenos:

a) Un cambio en el medio ambiente físico que provoque una reducción de los recursos naturales de una región, lo cual resultaría en la disminución de los alimentos disponibles, o

b) un cambio en la composición de la población, la cual al crecer se acerca al límite de la capacidad de carga del ecosistema, desestabilizando así el equilibrio previo.

Binford refutó la idea de Childe sobre modificaciones en las condiciones medio-ambientales al final del Pleistoceno, ya que no existen evidencias convincentes respecto a cambios lo suficientemente importantes como para provocar el desarrollo de una nueva economía de subsistencia; propone, en

[8] Childe, *Los orígenes de la civilización.*
[9] Braidwood, "The Agricultural Revolution".
[10] Binford, "Post-Pleistocene Adaptations".

cambio, que fueron los factores demográficos los que condujeron a la producción de alimentos. Argumentó que dos factores pueden inducir cambios en la composición de la población:

a) Una explosión demográfica interna, o
b) una presión externa, como resultado de inmigraciones desde otras regiones, en donde el exceso de población pone en riesgo el equilibrio entre habitantes y recursos disponibles.

Binford sugirió que la agricultura surge en regiones donde existe presión demográfica externa; esto es, en las llamadas zonas de "tensión adaptativa",[11] en las que:

a) La precipitación es baja;
b) la vegetación predominante es de xerófitas[12] potencialmente domesticables, y
c) el equilibrio entre población humana y medio se ha roto.

El papel del crecimiento demográfico y su consecuente presión sobre los recursos como causa potencial de la agricultura alcanzó su máxima expresión en el planteamiento de Cohen,[13] quien sostuvo que el conocimiento del cultivo de plantas es universal y está al alcance de todos los cazadores-recolectores, quienes conocen perfectamente su medio. No necesitan inventar la agricultura, pues ésta consiste en la aplicación sistemática de una serie de técnicas ya conocidas; la agricultura se origina en el momento en que los grupos de cazadores-recolectores necesitan practicarla.

Cohen compara las ventajas y desventajas tanto de la economía de caza-recolección como de la basada en la agricultura, concluyendo que la única ventaja que presenta la agricultura es la capacidad de producir una mayor cantidad de alimentos por unidad de espacio en una misma unidad de tiempo. Por lo tanto, la agricultura puede sustentar a poblaciones más densas. No obstante, la calidad de la dieta resulta inferior, por ser menos variada. Además, las actividades agrícolas requieren de una mayor inversión de trabajo. Partiendo de este razonamiento, Cohen concluye que la agricultura se practicaría únicamente en virtud de una necesidad de mayor cantidad de ali-

[11] En el planteamiento de Binford se postula la existencia de zonas óptimas (que cuentan con abundantes y variados recursos de subsistencia) y zonas marginales (con menor variedad y abundancia). En esta última, la "tensión adaptativa" se da cuando un exceso de población requiere de una mayor cantidad de recursos de subsistencia de los que puede proporcionar la zona bajo condiciones naturales.

[12] Xerófitas son plantas adaptadas a climas secos.

[13] Cohen, *La crisis alimentaria de la prehistoria*.

mentos. Según su interpretación, las evidencias arqueológicas indican que la agricultura tuvo sus inicios en diversas áreas del mundo, casi al mismo tiempo, hace aproximadamente 10,000 o 12,000 años. Dicha necesidad sólo puede explicarse por medio del crecimiento demográfico. Una vez que la "población máxima" de un territorio ha sido rebasada, no se puede mantener el nivel de vida anterior y se requiere de fuentes adicionales de alimentos o de una intensificación en la productividad de fuentes ya existentes.[14]

Byrne[15] sugiere que los cambios de clima ocurridos durante el Pleistoceno tardío y el Holoceno temprano ocasionaron modificaciones importantes en las poblaciones de plantas silvestres y animales salvajes y, por consiguiente, transformaciones en las actividades de subsistencia humana en áreas clave como el Cercano Oriente, Mesoamérica y la zona andina.

Propone que ya que los principales cultivos tempranos son básicamente anuales, es decir, que completan su ciclo de vida en un año, y puesto que son comunes en hábitats alterados o desérticos o en climas secos de temporal, debieron evolucionar a partir de ancestros silvestres adaptados a climas secos de temporal; en consecuencia todos los centros de domesticación temprana se encontraban en áreas de lluvias de temporal bien delimitadas. Este tipo de clima estimula el aumento en el número de plantas anuales y geófitas.[16] Además, el aumento en la estacionalidad marcada del clima es responsable de la extinción de la megafauna pleistocénica, lo que hace que se incremente la dependencia de los vegetales. Esto lleva a nuevas estrategias de subsistencia y eventualmente a la agricultura.

Flannery[17] rechazó el planteamiento de Binford basándose en los restos arqueológicos obtenidos en sitios neolíticos del Cercano Oriente. Destacó que los sitios con evidencias de la transición hacia la agricultura no estaban ubicados en zonas de tensión adaptativa y, sobre todo, que no había indicadores sobre un supuesto crecimiento demográfico en la región que fuera lo suficientemente extensa como para explicar un cambio sustancial en la economía. Además, señala que el esquema general de Binford tampoco se aplica al caso de Mesoamérica.

Flannery[18] desarrolló un modelo basado en conceptos tomados de la teoría de sistemas; partió de la idea de que los grupos de cazadores-recolec-

[14] La "población máxima" se refiere al mayor número posible de habitantes de un territorio que puede subsistir con los recursos disponibles, y con un nivel determinado de vida.

[15] Byrne, "El cambio climático y los orígenes de la agricultura".

[16] Geófitas son plantas que cuentan con una parte perenne en forma de raíz o bulbo, protegida bajo el nivel del suelo.

[17] Flannery, "The Origins of Agriculture".

[18] Flannery, "Archaeological Systems Theory and Early Mesoamerica".

tores no se adaptan a zonas ecológicas enteras y, en ocasiones, ni siquiera a microambientes, sino a una serie reducida de plantas y animales cuya extensión atraviesa varios medios. Estas actividades forman la base de una serie de sistemas de abasto.

En el caso del centro de México, propuso los siguientes componentes de la base de subsistencia: el maguey, en la estación seca; los cactos, al final de la estación de secas; las leguminosas, en la estación de lluvias; el conejo cola de algodón y el venado cola blanca, disponibles todo el año. La explotación de estos recursos, de acuerdo con Flannery, estaba regulada por dos mecanismos: la estacionalidad (ciertos recursos estaban disponibles en una determinada época del año) y el sistema de preferencias (la selección de recursos cuando dos o más se encontraban disponibles al mismo tiempo). Estos mecanismos reguladores evitaron que se intensificara uno de los sistemas de procuramiento a expensas de otros, impidiendo que los recursos se agotaran. Por medio de la "retroalimentación negativa", el sistema se mantuvo en equilibrio y se contrarrestaron las desviaciones de situaciones estables, durante periodos muy largos. Los mecanismos reguladores mantuvieron la eficiencia de los sistemas de abasto, por lo que no existió presión para que el sistema cambiara. De esta manera, el sistema siguió funcionando durante mucho tiempo en tanto no apareció un elemento lo suficientemente importante como para estimular un cambio en su organización.

El sistema experimentó cambios en el momento en que los mecanismos de "retroalimentación positiva" (que amplían la desviación del sistema y provocan que se reestructure hasta alcanzar otra vez un nivel de equilibrio) no se vieron contrarrestados por los mecanismos que amortiguan el cambio. En el caso de Mesoamérica, este reajuste se dio, según Flannery, cuando surgieron estímulos accidentales tales como ciertos cambios genéticos y morfológicos en algunas plantas, los cuales se manifestaron a través de mutaciones favorables en plantas entonces insignificantes como el maíz o el frijol silvestres, haciéndolos más deseables y útiles al hombre.

Como consecuencia de los cambios que sufrieron estas plantas se inició un proceso de retroalimentación positiva, el cual se amplificó hasta que la obtención de maíz emergió como el sistema de abasto principal, aumentando en importancia a expensas de los otros sistemas.

Según Flannery, el cultivo de gramíneas, como el maíz, implica varias actividades durante el año, como son el sembrado en la primavera, la siega en el otoño, la escarda, etcétera. Puesto que el cultivo del maíz interfiere

con la obtención de varios recursos, algunos de éstos son relegados y sustituidos.

Por otra parte, se hacen necesarios lugares donde almacenar una porción de las semillas para la siembra del siguiente año. Además, se tienen que reprogramar ciertas actividades, lo que puede provocar cambios en el tamaño de las bandas que solían reunirse en macrobandas durante la época de abundancia de recursos. Poco a poco se incrementa la duración de los periodos en que la macrobanda se reúne.

El resultado de estos procesos es una gradual reprogramación de los sistemas de obtención de alimentos, quedando todos supeditados a los tiempos y pasos del sistema de obtención de maíz.

La tendencia durante los últimos años ha sido considerar el crecimiento demográfico de los grupos de cazadores-recolectores como origen de la búsqueda de fuentes adicionales de recursos alimenticios, lo que trae como consecuencia el desarrollo de la agricultura. Además, al suponer que la agricultura requiere de un patrón permanente de asentamiento, dados los requisitos del cultivo, se deriva la idea de que el sedentarismo está estrechamente relacionado con la adopción de la agricultura. Mientras que algunos autores han propuesto que la vida sedentaria es necesaria para que se desarrolle la agricultura, otros sostienen que la agricultura motiva el cambio hacia el sedentarismo. Algunas investigaciones enfatizan la secuencia de aparición de estos rasgos en ciertos sitios arqueológicos para demostrar cuál de los fenómenos fue primero, y, por consiguiente, cuál fue la precondición para que ocurra el otro.

En el caso particular de Mesoamérica hay indicios prehistóricos de los dos patrones, lo cual refuerza la importancia de examinar con detalle los fenómenos locales, así como la necesidad de aclarar los conceptos implícitos en términos como agricultura, cultivo y domesticación.

Por ejemplo, en el Valle de Oaxaca, las evidencias de cucúrbitas ya domesticadas en asociación con la ocupación estacional de la Cueva de Guilá Naquitz por parte de pequeños grupos familiares[19] demuestra que la selección y modificación intencional de plantas con ciertas características fueron practicadas por los grupos humanos mucho antes (aproximadamente 8000 años aC) del desarrollo de la vida sedentaria, cuya economía se basa en la agricultura. Por otro lado, la asociación de asentamientos posiblemente permanentes con restos de plantas aún silvestres, tal y como ocurre en Zohapil-

[19] Flannery (ed.), *Guilá Naquitz*....

co, en la Cuenca de México,[20] demuestra la posibilidad de sostener un modo de vida predominantemente sedentario con base en la recolección de recursos de subsistencia, sin la necesidad de una economía agrícola desarrollada (*e.g.* aproximadamente 8000 aC).

Con base en los datos que obtuvo en investigaciones recientes, Flannery[21] realizó algunas modificaciones a su esquema general. Las evidencias procedentes de sus excavaciones en el Valle de Oaxaca, y en particular de la Cueva de Guilá Naquitz, indican que el inicio del cultivo de plantas fue anterior a lo que se pensaba, por un lado, y que dicho inicio tuvo lugar en grupos no sedentarios, por otro. Los grupos humanos, al adaptarse al medio, desarrollan estrategias para enfrentar de manera eficiente las variaciones ambientales prolongadas, como podría ser la alternancia entre años secos y años húmedos; entre dichas estrategias Flannery incluye la experimentación con el cultivo durante diferentes temporadas, con una observación del ritmo de desarrollo de las plantas preferidas, aun antes de que se den cambios genéticos en las plantas. El cultivo permitiría hacer más pequeña la zona de cosecha, al concentrar las plantas, además de reducir la distancia que había que viajar desde la cueva hasta la zona de vegetación.

Así, los habitantes de la Cueva de Guilá Naquitz incorporaron el cultivo de la calabaza y, más tarde, el del frijol a su repertorio de actividades de subsistencia. La eficiencia en la recolección se incrementa con el cultivo incipiente, aunque a la larga, el tiempo invertido en el cultivo interfiere con el de la recolección de plantas silvestres. Finalmente, esta nueva estrategia adaptativa se estabiliza, formando parte de una base de subsistencia equilibrada.

Otra propuesta relevante para el origen de la agricultura es la perspectiva evolucionista planteada por Rindos,[22] quien argumenta que la domesticación resulta de la coevolución entre las plantas y el hombre, siendo un proceso mediatizado entre adaptaciones morfológicas y relaciones interespecíficas en el caso de las plantas, y cambio en el funcionamiento y la conducta del hombre. En su esquema, Rindos distingue tres modos de domesticación: la incidental, la especializada y la agrícola.

La domesticación incidental surge de la relación que se establece entre una sociedad no agrícola y las plantas que le sirven de alimento. En esta situación, se aplican presiones selectivas a las plantas, las cuales sufren cam-

[20] Niederberger, *Zohapilco, cinco milenios de ocupación humana en un sitio lacustre de la Cuenca de México;* "Early Sedentary Economy in the Basin of Mexico"; "Inicios de la vida aldeana en la América Media".
[21] Flannery (ed.), *Guilá Naquitz*....
[22] Rindos, *The Origins of Agriculture, an Evolutionary Perspective.*

bios en algunos de sus rasgos, dada la relación coevolutiva con el hombre; se transforman en organismos más aptos para el consumo humano, convirtiéndose así –según Rindos– en plantas domésticas. Este autor considera que este paso es el requisito para la agricultura.

La domesticación especializada representa el siguiente paso del proceso. Aquí, la relación coevolutiva se da entre las plantas domesticadas incidentalmente y el hombre, lo que permite el establecimiento de un nuevo tipo de relación entre éste y el medio ambiente. El hombre se convierte así en el agente dispersor de este tipo de plantas, una vez establecidas en zonas de habitación humana. A través del tiempo se convierten en las plantas más comunes en las áreas de actividades humanas; el hombre las tolera y posteriormente las protege, desarrollando una relación simbiótica que altera la sucesión natural. Este tipo de interacción anticipa el desarrollo posterior de sistemas agrícolas complejos.

La cercanía de las áreas de actividades humanas a las plantas domésticas ejerce una serie de presiones selectivas, mediante el reconocimiento de algunas características que son útiles al hombre. Esta selección dirige la evolución posterior de las plantas, afectando no sólo su dispersión, sino también sus ciclos de vida. Se establece entonces una relación simbiótica entre el hombre y una comunidad de plantas coevolucionadas, propiciando las condiciones agroecológicas[23] que permiten la domesticación agrícola.

La domesticación agrícola se caracteriza por la interacción de la conducta humana con las tendencias evolutivas de las plantas, tal como se establecen en la agroecología, lo cual incluye toda una serie de manipulaciones que afectan a las plantas (como pueden ser los incendios, la tala, el deshierbe, la irrigación, el arado, etcétera), así como el lugar en donde esto ocurre. Se incrementa el grado de evolución de las plantas domesticadas y se inicia el proceso de domesticación de otras plantas silvestres, las cuales aparecerían inicialmente en la agroecología como arvenses,[24] mismas que posteriormente se desarrollarían como plantas domesticadas secundarias. Aquí se designan como domesticadas primarias a las plantas en las cuales se aprovechan los órganos reproductivos (semillas, flores, etcétera); y como domesticadas secundarias aquellas de las cuales se utilizan los órganos vegetativos (tallos, hojas, raíces, etcétera).

[23] Agroecología es el conjunto de condiciones naturales y artificiales características del lugar en donde se desarrollan los diferentes sistemas agrícolas.

[24] El término "arvense" se refiere a plantas colonizadoras de hábitats alterados por la actividad.

Tradicionalmente se parte del supuesto que "domesticación" implica el establecimiento de una relación intencional entre los seres humanos y otros organismos. Es decir, una posible relación inconsciente en un principio, se vuelve intencional cuando el hombre percibe algún atributo útil en el otro organismo y selecciona la dirección de su evolución futura. Bye[25] propone un concepto de domesticación que considera tanto los aspectos biológicos de las plantas como el impacto de las actividades humanas (véase figura 1). Algunas plantas silvestres tienen una tendencia a colonizar hábitats modificados por los seres humanos en donde se desarrollan como arvenses y malezas. Cuando éstas se toleran o son cuidadas por el hombre, hay una selección inconsciente que favorece su sobrevivencia y aumenta la posibilidad de mutaciones. En caso de desarrollar características que el hombre considere útiles, la selección se hace consciente, favoreciendo el que se cultiven con la intención de aumentar el número de plantas con las características preferidas. De esta manera, en algunos casos se transforman en plantas domésticas que dependen del hombre.

El argumento de Rindos se basa en una definición más amplia de "domesticación", la que generalmente se maneja en el contexto del estudio antropológico de los orígenes prehistóricos de la agricultura. Desde su punto de vista, éste es un proceso co-evolutivo, dentro del cual una planta diverge a partir de la reserva genética original y establece una relación con el animal que se alimenta de ella. Estas relaciones se dan entre el hombre y las plantas independientemente de que sean deseables o inevitables, por el hecho de que el hombre se adapta a su medio y las plantas al suyo.

No obstante, podemos observar que los grupos humanos utilizan plantas que se encuentran en diferentes etapas de su proceso de desarrollo como plantas domesticadas. Algunas especies nunca alcanzan la domesticación aunque puedan tener mucha importancia para la subsistencia humana. Por lo tanto, la domesticación es un proceso que ocurre y continúa ocurriendo bajo diversas condiciones y a diferentes velocidades.

Cambios en los patrones prehistóricos de asentamiento en Mesoamérica

Las etapas sucesivas de desarrollo gradual de la vida sedentaria en Mesoamérica antigua se manifiestan en varias regiones. Tres regiones en particu-

[25] Bye, "Quelites, ethnoecology of edible greens-past, present and future".

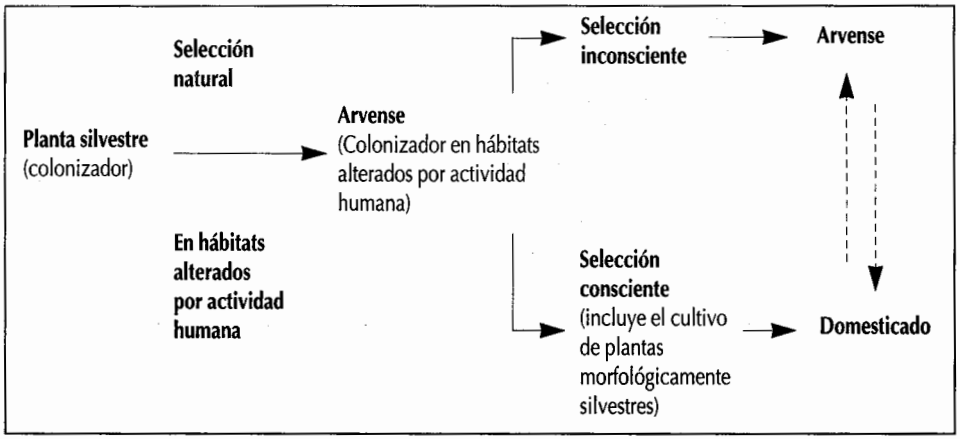


Figura 1. Pasos hacia la domesticación de plantas.

lar han proporcionado largas secuencias arqueológicas, las cuales permiten reconstruir el esquema de un patrón generalizado: el Valle de Tehuacán (Puebla), el Valle de Oaxaca y Tamaulipas (incluyendo la Sierra Madre del suroeste de Tamaulipas y la Sierra de Tamaulipas) (véase figura 2). Aunque hay ciertas divergencias cronológicas entre dichas áreas, además de una amplia separación geográfica entre algunas de ellas, todas son zonas semiáridas con marcadas fluctuaciones estacionales, afectando así la variedad de recursos de subsistencia disponibles en el transcurso del año. En este sentido, es probable que estas áreas no sean representativas de la totalidad de Mesoamérica, puesto que no se incluyen las zonas propiamente tropicales. Por otro lado, estas áreas cuentan con características ambientales que favorecen la conservación de materiales arqueológicos, como los restos botánicos; en consecuencia, tenemos mayor conocimiento de sus procesos de desarrollo.

Podemos resumir las transformaciones de la siguiente manera. En general, los primeros habitantes del centro de Mesoamérica parecen haberse organizado en pequeñas bandas trashumantes que ocupaban campamentos ocasionales y dependían de la caza de mamíferos pleistocénicos. Como consecuencia de la extinción de esta fauna al inicio del Holoceno, se gestó la sustitución por otras especies menores, pero manteniendo esencialmente la misma estructura y organización de los grupos humanos: microbandas nómadas cuyos movimientos se programaban de acuerdo con la disponibilidad estacional de recursos de subsistencia.

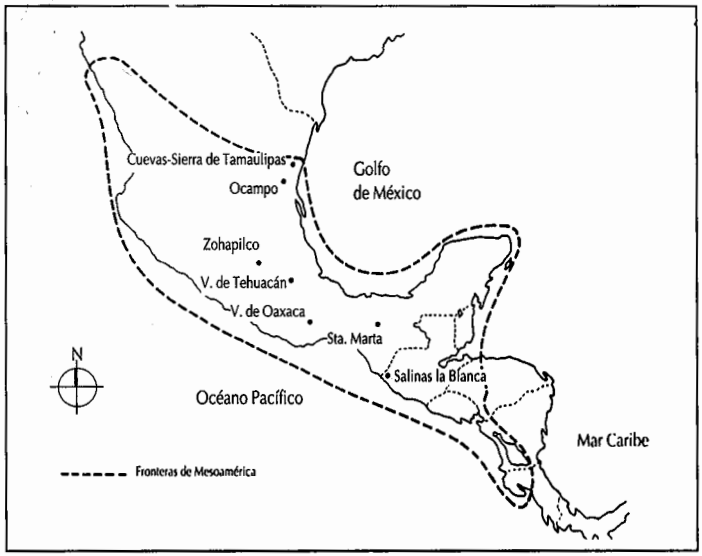


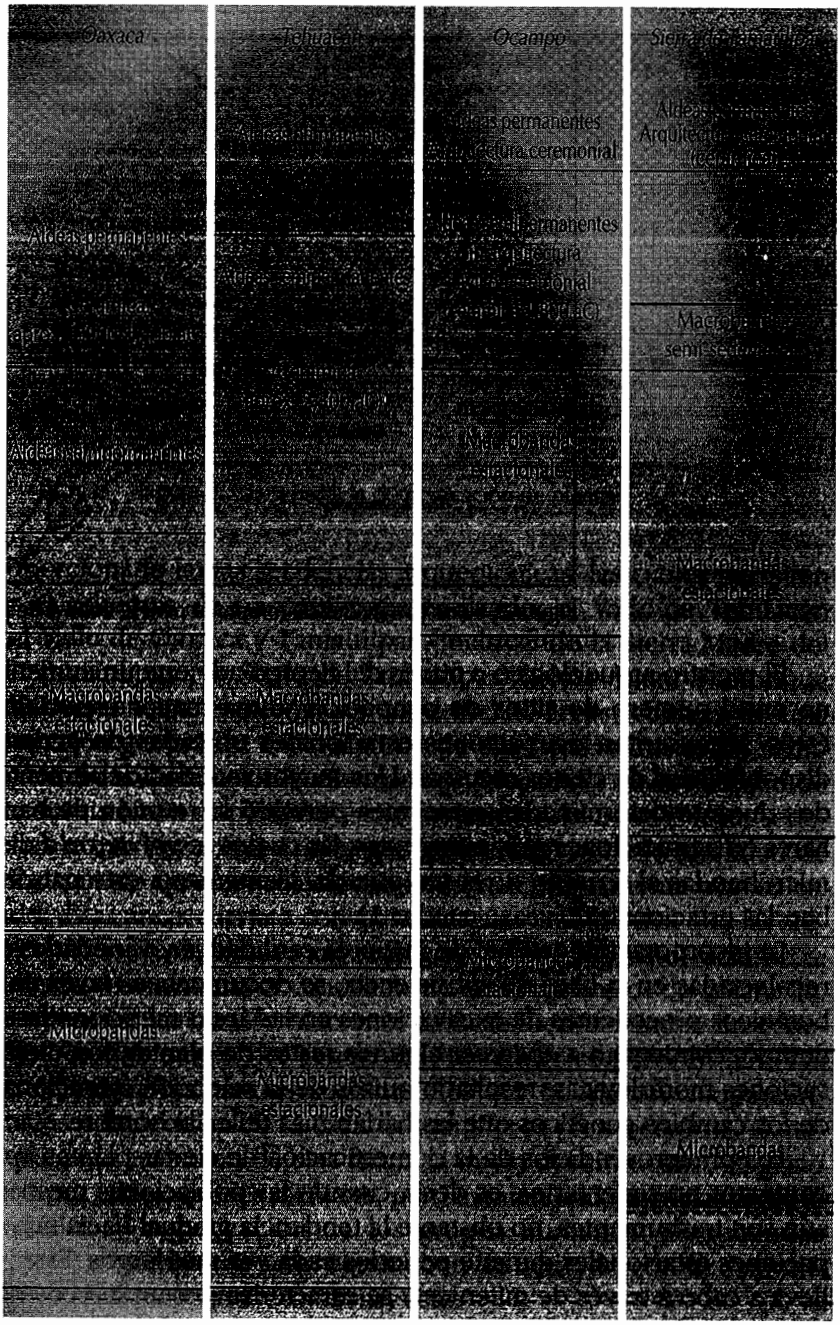
Figura 2. Sitios con evidencia temprana para el cultivo de plantas.

El registro arqueológico a través del tiempo advierte un aumento paulatino en el número de sitios de ocupación y una mayor especialización de éstos: representan ocupaciones estacionales ubicadas de acuerdo con la disponibilidad de ciertos recursos. Una mayor variedad de alimentos preferidos durante determinadas estaciones permitió la reunión de bandas familiares en agrupaciones más numerosas, las cuales se volvieron a dispersar en microbandas al término de la temporada. Llamamos a este patrón: "macrobandas estacionales" (véase cuadro 1).

La incorporación gradual de mayores cantidades y variedades de plantas recolectadas en la base de subsistencia, se documenta a través de los restos botánicos procedentes de excavaciones en las áreas mencionadas. Al mismo tiempo, comienzan a aparecer algunos restos de plantas con ciertas modificaciones morfológicas, resultado quizás de la selección intencional en favor de los cambios genéticos que las harían más útiles al hombre.

Los primeros indicios de la domesticación de ciertas plantas aparecen en contextos no sedentarios; es decir, cuando las poblaciones mesoamericanas aún son trashumantes, no obstante la tendencia gradual hacia mayores agrupaciones estacionales durante periodos cada vez más largos. Este proceso se lleva a cabo a través de milenios y se caracteriza por un incremento paulati-

Cuadro 1. Cambios en los patrones prehistóricos de asentamiento en cuatro regiones de Mesoamérica



no en el tamaño de la población de cada una de las regiones estudiadas, indicado por el aumento en el número de sitios arqueológicos.

Aunque no ha sido posible todavía documentar en forma definitiva la asociación entre la introducción de plantas cultivadas y la transición hacia un modo de vida sedentario, a grandes rasgos se pueden observar los siguientes pasos: la incorporación de recursos vegetales silvestres como complemento del producto de la caza, seguida por un aumento gradual en la proporción de recursos vegetales a expensas de los animales. Este proceso continúa e incluye la aparición de muy pequeñas cantidades de plantas cultivadas, además de los recursos recolectados. Es probable que algunos de los primeros cultivos se hayan dado en el contexto de los asentamientos de macrobandas, aunque hay evidencia para la domesticación de plantas en el contexto de microbandas, como el caso de las cucúrbitas en Oaxaca. A través de los milenios, el registro arqueológico señala el gradual reemplazo de recursos vegetales silvestres por plantas cultivadas, al lado de la caza.

El patrón de microbandas-macrobandas se modifica con un mayor énfasis en las macrobandas, cuya estancia se prolongaba durante periodos cada vez más largos, de acuerdo con la posibilidad de producir mayor cantidad de alimentos por medio del cultivo. A su vez, la reunión de agrupaciones humanas de mayor tamaño durante periodos más prolongados fomentaba aumentos demográficos, además de cambios estructurales en la organización social de los grupos. Se inició un proceso de sedentarización, el cual ocurrió con velocidad variable en distintas regiones.

Tipos de sitios

Los sitios más antiguos, correspondientes al periodo de la caza-recolección, son esencialmente de dos tipos:

1. Campamentos abiertos, distinguidos por concentraciones superficiales de artefactos diagnósticos y, en ocasiones, remanentes de fogones, y
2. abrigos o cuevas naturales, en donde artefactos y fogones con restos de la fauna y flora explotados por los habitantes han sido detectados.

Los campamentos utilizados por "microbandas" en el Valle de Tehuacán representan cortas ocupaciones estacionales,[26] probablemente por grupos

[26] MacNeish, "The evolution of community patterns in the Tehuacan Valley of Mexico and speculations about the cultural processes", p. 70.

familiares, de acuerdo con la presencia de artefactos asociados con actividades tanto masculinas como femeninas.[27] Algunos ejemplos incluyen las cuevas de El Riego (fase Ajuereado, 10,000-7000 aC) en Tehuacán, Guilá Naquitz (fase Naquitz, 8900-6700 aC) en el Valle de Oaxaca,[28] las cuevas del suroeste de Tamaulipas (fase Infiernillo, 7000-5000 aC)[29] y el sur de Puebla (fase Texcal I, 7000-5000 aC).[30] Algunas de las evidencias más antiguas para plantas cultivadas corresponden a este periodo.

Al aumentar la población en ciertas regiones mesoamericanas al paso del tiempo, el patrón de asentamiento se transforma y se cristaliza en el patrón microbanda-macrobanda. Ocupaciones de mayor tamaño, de varias familias, representan estancias estacionales de mayor duración, indicadas por los restos de fauna y flora. No obstante el aumento en el número de sitios y la diferenciación entre ocupaciones correspondientes a distintas estaciones, continúa el patrón de habitar campamentos abiertos y abrigos, con mayor diversidad en sitios especializados para la explotación o preparación de ciertos recursos. También, la presencia de implementos de molienda indica mayor explotación de vegetales, gramíneas en particular.[31] Evidencia para el cultivo limitado de ciertas plantas aumenta durante este periodo. Sitios como la Cueva Coxcatlán en Tehuacán (fase Coxcatlán, 5000-3400 aC) o Gheo-Shih en Oaxaca (fase Jícaras, 5000-4000 aC) parecen representar ocupaciones de macrobandas.[32] Sin embargo, en las zonas semiáridas y templadas del centro de Mesoamérica, aún no hay indicaciones de estructuras habitacionales.

En el sur de la Cuenca de México, un patrón incipiente de sedentarismo caracteriza el sitio de Zohapilco durante la fase Playa (5500-3500 aC). Aunque la mayor parte de los restos de fauna y flora indica una ocupación invernal,[33] otras estaciones se representan también. Por lo tanto, es posible que la amplia disponibilidad de productos lacustres en combinación con la recolección de gramíneas y otras plantas, además de la caza (incluyendo aves migratorias), fueron suficientes para permitir el sedentarismo sin una importante actividad agrícola en la región. Sin embargo, no hay evidencia de estructuras habitacionales que ayude a definir el carácter de los asentamientos de este periodo en la Cuenca de México.

[27] Flannery, "The origins of the village as a settlement type in Mesoamerica and the Near East", p. 25.
[28] Flannery, *Guilá Naquitz*..., p. 41.
[29] MacNeish, "The food-gathering and incipient agriculture stage of prehistoric Middle America".
[30] García Moll, *Análisis de los materiales arqueológicos de la Cueva del Texcal, Puebla*, p. 110.
[31] Flannery, *Guilá Naquitz*..., p. 41.
[32] Flannery, *Guilá Naquitz*..., p. 41.
[33] Niederberger, *Zohapilco, cinco milenios*..., p. 251.

Posteriormente, y en estrecha relación con el aumento gradual en la dependencia sobre recursos alimenticios cultivados, los sitios con evidencia de estructuras habitacionales aparecen en las áreas arriba mencionadas. La primera estructura habitacional reportada para la porción semiárida de Mesoamérica consiste en una pequeña casa ovalada, semisubterránea, fechada en aproximadamente 3000 aC (fase Abejas) en el Valle de Tehuacán.[34] Sin embargo, no se localizó ninguna estructura adicional en el área para confirmar que ésta pueda ser representativa de un patrón general.[35]

Se observa que los campamentos abiertos estacionales no desaparecen, y siguen ocupándose las cuevas y abrigos, aparentemente para la realización de actividades especializadas relacionadas con los recursos estacionales a explotar.[36]

Durante las siguientes fases, en el Valle de Tehuacán continúan las ocupaciones en las cuevas además de sitios abiertos, estos últimos aún sin indicaciones arquitectónicas. MacNeish denomina como "aldeas semipermanentes" al patrón representado por la ubicación de varios sitios en zonas aluviales y el aumento en su número y tamaño durante el periodo entre aproximadamente 3400-1500 aC (fases Abejas y Purrón), dada la continuidad en la ocupación estacional de campamentos durante ciertas épocas del año para la caza y, quizá, la siembra y cosecha.[37]

Aldeas con estructuras domésticas rectangulares de bajareque aparecen en el Valle de Oaxaca durante el final del Formativo temprano en la fase Tierras Largas (1400-900 aC) en los sitios de Tierras Largas y San José Mogote, entre otros. Ocupaciones aldeanas como éstas cuentan con amplia evidencia para el almacenamiento y procesamiento de vegetales, y el cultivo de varios de ellos.[38]

En Zohapilco, ocurre un largo periodo de desocupación, debido a los estragos de una erupción volcánica después de la fase Playa, y el sitio no se vuelve a habitar hasta aproximadamente 2500 aC (fase Zohapilco), fase en la cual se establece una comunidad sedentaria, netamente agrícola, pero complementada por la recolección de productos lacustres. Aún es imposible abundar sobre otros aspectos del sitio ya que los conjuntos de fogones parecen no estar asociados con restos de estructuras claramente definidas.[39]

[34] MacNeish, "The evolution of community patterns...", p. 78.
[35] Flannery, "The origins of the village...", p. 37.
[36] MacNeish, "The evolution of community patterns...", pp. 78-80.
[37] MacNeish, "The evolution of community patterns...", pp. 80-82.
[38] Flannery, "The origins of the village...", p. 44.
[39] Niederberger, *Zohapilco, cinco milenios...*, pp. 245-254.

En el Valle de Tehuacán, se establecen aldeas nucleadas de mayor complejidad, incluso con arquitectura cívico-ceremonial e indicaciones de agricultura intensiva aprovechando sistemas de riego, durante la fase Santa María (900-200 aC). Un proceso semejante ocurre en el Valle de Oaxaca. En el Altiplano Central de México, el patrón de desarrollo observado es también parecido. Por lo tanto, es durante el Formativo medio cuando los procesos evolutivos comienzan a actuar con mayor velocidad, en cuestión de siglos en lugar de milenios.

Evidencias botánicas

A continuación presentamos las evidencias botánicas que han contribuido al conocimiento de los procesos de domesticación, por un lado, y los de sedentarización, por el otro. Partimos de la idea de que la evidencia botánica es indispensable para entender los cambios en patrones de asentamiento y, en particular, para dejar claro que el cultivo y la domesticación de plantas son más antiguos que el sedentarismo y sus características culturales.

Hacia 2000 años aC, la difusión de plantas cultivadas se encontraba lo suficientemente extendida como para que ya estuviera establecido el conjunto de elementos fundamentales en la dieta mesoamericana. Además, la fabricación de cerámica había sido introducida, probablemente como consecuencia del aumento en la vida sedentaria.

La evidencia paleoetnobotánica para el inicio del cultivo de plantas en Mesoamérica y su posterior domesticación es muy limitada. Los datos actualmente disponibles proceden de unos cuantos sitios:

a) Cuevas secas en la Sierra de Tamaulipas;[40]
b) cuevas secas en la Sierra Madre dentro del área de Ocampo, Tamaulipas;[41]
c) cuevas secas en el Valle de Tehuacán, Puebla;[42]
d) restos carbonizados e hidratados procedentes del sitio de Zohapilco, en el sur de la Cuenca de México,[43] y
e) cuevas en el Valle de Oaxaca, especialmente la de Guilá Naquitz[44] (véase figura 2).

[40] MacNeish, *Preliminary Archaeological Investigations...*
[41] Mangelsdorf, MacNeish y Willey, "Origins of Agriculture in Middle America".
[42] Byers (ed.), *The Prehistory of the Tehuacan Valley,* vol. 1.
[43] Niederberger, *Zohapilco;* "Early Sedentary Economy..."; *Paléopaysages et archéologie pré-urbaine du Bassin de Mexico.*
[44] Flannery, "The origins..."; *Guilá Naquitz...*

Estas excavaciones, aunque han proporcionado evidencias importantes, cubren una extensión geográfica muy restringida; además, con frecuencia las muestras botánicas obtenidas son pequeñas y carecen de información suficiente respecto a su procedencia para facilitar su interpretación.

Cabe señalar que los datos obtenidos a partir de las excavaciones llevadas a cabo en Tamaulipas y en el Valle de Tehuacán no son importantes porque registren el origen de la agricultura en Mesoamérica, sino porque documentan la transición de un patrón de subsistencia que dependía de la obtención de alimentos hacia uno que se caracterizaba por la producción de éstos, proporcionando así una base para investigaciones posteriores.[45]

Se reconoció por primera vez una etapa agrícola incipiente en Mesoamérica a partir de las evidencias recuperadas en cuevas de Tamaulipas.[46] Actualmente, otros datos arqueológicos indican que la transición hacia el cultivo de plantas ocurrió con anterioridad en otras regiones de México; no obstante, los datos procedentes de la región de Tamaulipas demuestran la importancia de los fenómenos locales con relación a una entidad mayor como es Mesoamérica.

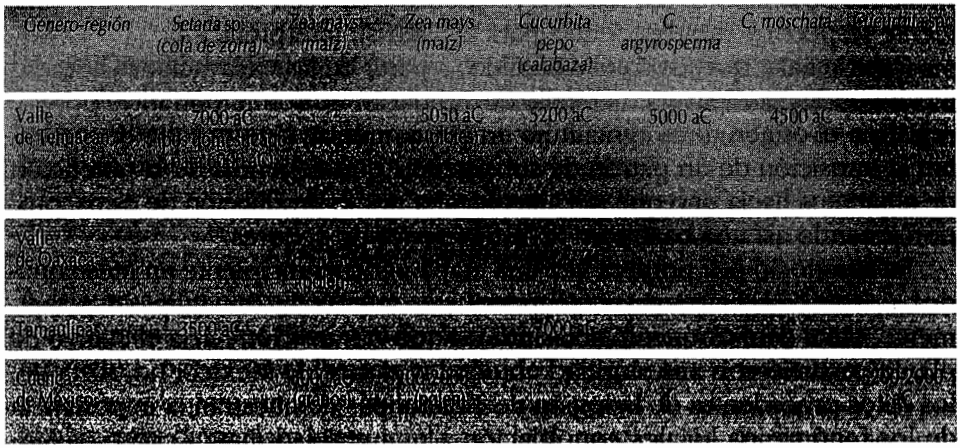
Aunque los resultados de investigaciones posteriores señalaban que el cultivo de plantas y el desarrollo de una economía agrícola se establecieron por primera vez hacia el Centro de México, es probable que hubieran procesos regionales independientes desde épocas tempranas. Con base en fechamientos indirectos de carbón asociado a los mismos estratos en donde se hallaban restos botánicos de cultivos, se desarrolló una esquema general respecto a la secuencia de domesticación e introducción de cultivos en ciertas regiones (véase cuadro 2C). Cabe destacar, sin embargo, el nuevo análisis de algunos de los mismos materiales arqueobótanicos por medio del fechamiento directo (por acelerador) que han realizado o actualmente llevan a cabo ciertos investigadores.

El fechamiento conocido para la aparición y desarrollo del maíz en Tehuacán se había basado en la asociación de olotes con estratos fechados por ^{14}C. Recientemente, algunos olotes de las cuevas de Coxcatlán y San Marcos, originalmente asignados a las fases Coxcatlán y Abejas (aproximadamente 5000-2500 aC), fueron fechados directamente por acelerador de espectrometría de masas (*Acelerator Mass Spectrometry*). Las nuevas fechas indican que la edad de estos olotes es 2000 años más reciente. Además, un estudio

[45] Flannery, *Guilá Naquitz*....

[46] MacNeish, *Preliminary Archaeological Investigations*...; Whitaker, Cutler y MacNeish, "Cucurbit materials from 3 caves near Ocampo, Tamaulipas".

Cuadro 2A. Primeras evidencias botánicas en el registro arqueológico con fechas convencionales



cuidadoso de las características morfológicas de los olotes sugiere que este maíz presenta todavía características que indican que aún se encontraba en una etapa evolutiva de desarrollo.[47] Por lo tanto, estas nuevas fechas tienen importantes implicaciones respecto a la antigüedad del maíz y para los modelos de cambios en los patrones de asentamiento que se basan en la difusión de su cultivo.

Asimismo, Kaplan[48] sometió a fechamiento por acelerador un ejemplar de *Phaseolus* proveniente del Valle de Tehuacán, originalmente fechado en forma indirecta por asociación con carbón, en 6975±200. La fecha directa fue 2285±60, señalando una diferencia de por lo menos 4500 años. Smith[49] volvió a analizar los restos de curcubitáceas y maíz de las cuevas de Ocampo, Tamaulipas, originalmente descritos por MacNeish y otros.[50] Además de una revisión cuidadosa de la estatigrafía, empleó fechamiento directo en varios ejemplares de *Curcubita y Zea mays*, obteniendo determinaciones más recientes que las establecidas por la técnica de ^{14}C convencional. *Curcubita pepo* domesticada, originalmente atribuida a la fase Infiernillo (7000-5500 aC) apa-

[47] Benz y Iltis, "Studies in archaeological maize 1, The «wild» maize from San Marcos Cave reexamined"; Long *et al.*, "First direct AMS dates on early maize from Tehuacan, Mexico".

[48] Kaplan, "Accelerator Mass Spectrometry Dates for Prehistoric Beans (*Phaseolus*) from the Americas".

[49] Smith, "A Reconsideration of the Ocampo Caves and the Era of Incipient Cultivation in Mesoamerica".

[50] Whitaker, Cutler y MacNeish, "Cucurbit materials from 3 caves near Ocampo, Tamaulipas"; Mangelsdorf, MacNeish y Galinat, "Prehistoric «maize», teosinte and *Tripsacum* from Tamaulipas, Mexico".

rece inicialmente entre 4000-3900 aC (fase Ocampo, 5000-2200 aC). El maíz más antiguo aparece en esta región en aproximadamente 2450-2350 aC.

Será útil, además, obtener nuevas fechas para otros materiales botánicos procedentes de las mismas excavaciones y, finalmente, habría que analizar posibles discrepancias dentro de los dos métodos de fechamiento con base en materiales procedentes de los mismos contextos arqueológicos. Seguramente como resultado de los nuevos análisis de restos botánicos ya conocidos, más los futuros hallazgos, mediante el estudio morfológico detallado y la aplicación de fechamiento por AMS, será posible estructurar una esquema más realista en cuanto a las secuencias regionales de la transición hacia el cultivo de plantas domesticadas en Mesoamérica.

Aparentemente en Tamaulipas, los primeros cultivos fueron cucúrbitas y frijoles (*Phaseolus vulgaris*), antes de que el maíz (*Zea mays*) adquiriera importancia. En comparación con otras regiones, el maíz tuvo mayor antigüedad en el Valle de Tehuacán, además de que se reporta la presencia de su probable ancestro, el teosinte (*Zea mexicana*), en Zohapilco, en el sur de la Cuenca de México,[51] fechado aproximadamente para 5000 años aC. Por otro lado, datos recientes que proceden de Guilá Naquitz, en el Valle de Oaxaca, indican el cultivo temprano de *Cucurbita pepo* (calabaza) en esta zona (aproximadamente 8000 aC). Presentamos un resumen de los hallazgos más antiguos de restos arqueobotánicos en los cuadros 2A-2C.

Posteriormente al trabajo arqueológico que realizó en Tamaulipas, MacNeish excavó en Chiapas en la cueva llamada Santa Marta,[52] con la esperanza de recuperar evidencias adicionales para la domesticación de plantas. Muestras de carbón procedentes de los pisos 2 y 3 de la cueva sirvieron para fechar el complejo Santa Marta en 6780 aC ±400 (M980) y 5360 aC ±300 (M979).[53] El polen de maíz recuperado en el sitio no fue tan antiguo como para pensar en esta región como el área en donde el cultivo pudiera haberse desarrollado inicialmente. La ausencia del maíz en el perfil polínico de Santa Marta anterior a 2300 años aC, además de la ausencia de manos y metates en algunos otros sitios del sur de Mesoamérica, fueron interpretados por MacNeish como indicadores de una ausencia de agricultura dominada por el maíz en algunos grupos de las tierras bajas, entre aproximadamente 5000 y 2300 años aC.[54]

[51] Lorenzo y González Q., "El más antiguo teosinte", pp. 41-43.
[52] MacNeish y Peterson, "The Santa Marta Rockshelter, Ocozocuautla, Chiapas, Mexico".
[53] MacNeish, "Ancient Mesoamerican Civilizations", p. 414.
[54] MacNeish, "A Summary of the Subsistence", p. 308.

Otra región considerada por MacNeish como posible cuna de la domesticación del maíz es la cuenca del río Balsas, en el occidente de México.[55] Tanto el *Zea mexicana* ssp. mexicana (teosinte tipo Chalco) como el *Zea mexicana* ssp. *parviglumis* (tipo Balsas) aparecieron en esta área;[56] el primero se concentra en el norte, a elevaciones mayores, mientras que el segundo es más frecuente en el sur de la región a menor altitud.[57]

Las plantas domesticadas de mayor importancia en Mesoamérica fueron enlistadas por Flannery[58] y Smith,[59] entre otros. A continuación, mencionaremos algunos de los géneros más estudiados y de mayor antigüedad en la región.

Maíz (Zea mays) L.

El tema del origen del maíz es muy controvertido. Se ha debatido casi por un siglo, originalmente basándose en evidencias escasas y descripciones confusas;[60] más adelante, en observaciones cuidadosas tanto en laboratorio (aplicando pruebas citológicas y el estudio de especímenes arqueológicos fechados) como en el campo, sin que se llegue a una respuesta definitiva.

Aquí no discutiremos la evolución del llamado problema del origen del maíz doméstico, dado que existe una literatura amplia acerca del tema, y Flannery[61] proporciona un resumen comprensivo de las posiciones actuales de mayor influencia. La interpretación predominante considera que el maíz es el resultado de hibridación y entrecruzamientos de su pariente más cercano, el teosinte silvestre (*Zea mexicana*).[62] Es por ello que parte de la investigación que actualmente se lleva a cabo se enfoca hacia la determinación de cuál subespecie de teosinte es su ancestro directo.[63] La otra posición, desarrollada por Mangelsdorf, sostiene que el maíz cultivado es descendiente de una forma silvestre de maíz palomero ya extinta, cuyos granos pequeños estaban envueltos en glumas.[64] Anteriormente, Mangelsdorf creía que el teosinte anual era el resultado de la hibridación del maíz con una gramínea silvestre del

[55] MacNeish, "Introduction", p. 4.
[56] Guzmán, *El teosinte en Jalisco, su distribución y ecología.*
[57] Rovner, *The Cradle of Maize, Phase I,* p. 2.
[58] Flannery, "The Origins of Agriculture"; "Los orígenes de la agricultura en México: las teorías y la evidencia".
[59] Smith, "Evidencia arqueológica actual sobre los inicios de la agricultura en América".
[60] Iltis y Doebley, "*Zea* –a Biosystematic Odyssey".
[61] Flannery, "The origins..."; "Los orígenes..."; *Guilá Naquitz...*
[62] Galinat, "The Origin of Maize"; Beadle, "The Mystery of Maize"; "The Origin of *Zea mays*"; Iltis, "From Teosinte to maize: the catastrophic sexual transmutation".
[63] Iltis y Doebley, "*Zea*...".
[64] Mangelsdorf, "The Origin and Evolution of Maize"; *Corn;* Mangelsdorf y Reeves, "The Origin of Maize".

género *Tripsacum*. Más adelante, modificó esta última posición frente a evidencias recientes.[65] Wilkes observó que el teosinte y el *Tripsacum* no formaban híbridos en la naturaleza ni en el laboratorio, aunque compartieran el mismo hábitat.[66] La comparación de la estructura del polen de los dos géneros también constituye un argumento en contra de la posición de que el teosinte anual se derivó de la hibridación del maíz y del *Tripsacum*.[67]

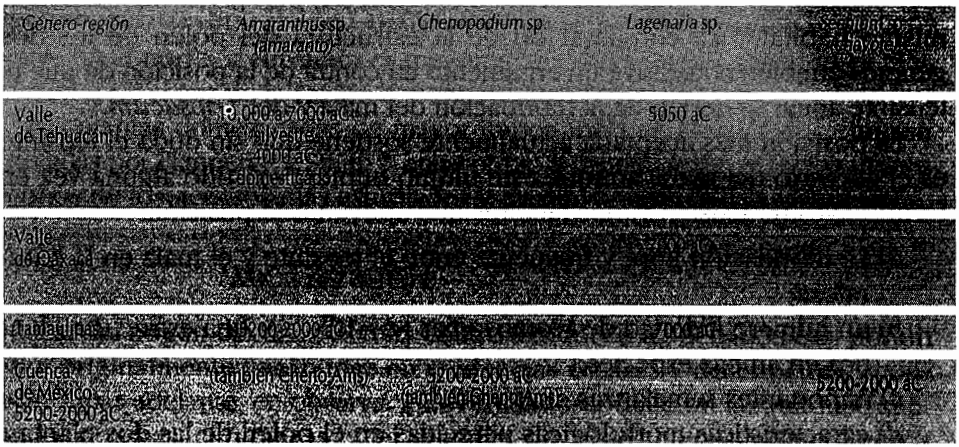
La posición más aceptada actualmente sostiene que sin duda el teosinte es el ancestro del maíz, aunque este último hubiera existido alguna vez en forma silvestre. Existen varios factores que apoyan esta posición:

a) La hibridación libre y frecuente entre el teosinte y el maíz en la naturaleza;
b) un número idéntico de cromosomas (n =10), con una estructura idéntica en ambas especies;
c) importantes semejanzas anatómicas, y
d) características morfológicas parecidas en el polen de las dos plantas, así como el traslape en los límites del tamaño del polen de ambas.[68]

Quedan aún sin respuesta las preguntas sobre cómo y dónde ocurrió el proceso que dio como resultado el maíz doméstico. Las razas principales de teosinte se localizan en zonas de altiplano semiárido y se extendían desde Chihuahua hasta el sur de Guatemala. Por muchos años se consideró que la raza conocida como "Chalco", autóctona en la Cuenca de México, es más cercana al maíz, mientras que las razas de Guerrero y el sur de Guatemala muestran menor similitud.[69] El estudio de fitolitos extraídos de las subespecies de teosinte y maíz también mostró una mayor semejanza del maíz con el tipo Chalco (*Z. mexicana* ssp. *mexicana*) que con el tipo Balsas (*Z. mexicana* ssp. *parviglumis*). Piperno sugirió que estas evidencias apoyan aún más el argumento de que *Z. mexicana* ssp. *mexicana* es el progenitor del maíz.[70] No obstante, la evidencia molecular señala que el teosinte anual *Z. mays* ssp. *parviglumis* se asemeja más al maíz domesticado.[71] Su distribución actual se

[65] Flannery, "The Origins...", p. 292; Mangelsdorf, "The Origin of Corn", pp. 72-79.
[66] Wilkes, "Maize and its Wild Relatives".
[67] Beadle, "El origen del maíz comprobado por el polen"; Ludlow-Wiechers, Alvarado y Aliphat, "El polen de *Zea* (maíz y teosinte), perspectivas para conocer el origen del maíz", pp. 235-238; Mangelsdorf, "The Origin of Corn", p. 72.
[68] Galinat, "The Origin..."; Beadle, "El origen..."; Iltis, "From teosinte to maize..."; Iltis y Doebley, "*Zea*...".
[69] Wilkes, "Maize...", p. 1073.
[70] Piperno, "A comparison and differentiation of phytoliths from maize and wild grasses", p. 370.
[71] Doebley, "Molecular evidence and the evolution of maize", p. 14.

Cuadro 2B. Primeras evidencias botánicas en el registro arqueológico con fechas convencionales



concentra en una área circunscrita de la cuenca del Río Balsas en el norte de Guerrero, el oeste del estado de México y el este de Michoacán.[72]

Algunas variedades autóctonas de teosinte fueron descubiertas (y redescubiertas en un caso) en la región del río Balsas, en el estado de Jalisco. Entre las variedades reportadas se encuentra *Zea perennis* y *Z. diploperennis,* además de *Z. mexicana* ssp. *mexicana y Z. mexicana* ssp. *parviglumis.*[73] Como consecuencia de estos hallazgos recientes, Mangelsdorf[74] postuló que fue una especie de teosinte (específicamente, *Z. diploperennis*), y no *Tripsacum,* la que se hibridó con el maíz ya extinto de su hipótesis original. A esta especie de teosinte se le atribuyen características que aumentaron el éxito del maíz cultivado, como un sistema bien desarrollado de raíces, tallos fuertes y resistencia a ciertas enfermedades. Según Mangelsdorf, los *teosintes* más conocidos, como los tipos Chalco y Balsas, son descendientes de este proceso de hibridación.

Hasta la fecha han sido reportados hallazgos arqueológicos de teosinte en Zohapilco, en el sur de la Cuenca de México, y Fábrica San José, en Oaxaca.[75] Mangelsdorf[76] señala que esta escasez de evidencias arqueológicas sobre el

[72] Doebley, "Molecular evidence...", p. 14.
[73] Guzmán, "El teosinte..."; Iltis, "From teosinte to maize..."; Iltis y Doebley, "*Zea*...".
[74] Mangelsdorf, "The Origin of Corn", pp. 77-78.
[75] Lorenzo y González Q., "El más antiguo teosinte"; Ford, "Carbonized Plant Remains".
[76] Mangelsdorf, "The Origin of Corn", p. 75.

teosinte es una clara indicación de un desarrollo posterior al del maíz (véase cuadro 2B). No obstante, existen otras explicaciones para esta situación que incluirían condiciones deficientes de preservación, sitios aún no localizados y, finalmente, poca esperanza de encontrar muchos restos si es que los granos fueron molidos y consumidos por la población humana.[77]

Frijol (*Phaseolus* spp.)

Los cambios que afectaron principalmente a las poblaciones silvestres de *Phaseolus* en el proceso de domesticación incluyen:

1. Mayor permeabilidad, lo que reduce el tiempo necesario de cocción;
2. el desarrollo de vainas rectas y resistentes en lugar de vainas torcidas y quebradizas, lo que minimiza la pérdida de semillas durante la cosecha, y
3. la transición de un modo perenne a uno anual en ciertas variedades.

Sin embargo, el registro arqueológico no muestra evidencias de estos cambios. La característica más representada en el registro arqueológico, como posible indicador de domesticación, es el aumento en tamaño de la semilla. No obstante, los ejemplares arqueológicos no muestran semejante transición y Kaplan señala que los incrementos en tamaño de la semilla debieron ocurrir muy temprano (por ejemplo, hace 7000 años).[78] Tales cambios tuvieron lugar, sin duda, durante el periodo en el cual la recolección o cultivo incipiente se combinaba con el almacenamiento de semillas, permitiendo así la operación de la selección natural sobre el sistema poligénico existente. La evidencia arqueobotánica indica que el ayocote (*Phaseolus coccineus*) fue domesticado muy posteriormente al frijol común (*P. vulgaris*), hace aproximadamente 2000 años.[79]

Aunque el frijol común silvestre se encuentra ampliamente distribuido en Mesoamérica, todavía no se ha encontrado en sitios arqueológicos arcaicos. El análisis molecular de diversas especies de *Phaseolus* revela que las poblaciones silvestres de frijol común más semejantes a los cultivos actuales se localizan en una área claramente definida en el occidente del país, en el estado de Jalisco.[80] Kaplan atribuye a los métodos de cosecha la baja representación

[77] Beadle, "The Mystery...", p. 10.
[78] Kaplan, "What is the Origin of the Common Bean?", p. 251.
[79] Kaplan, "Archaeology and Domestication in American *Phaseolus*".
[80] Gepts, "Biochemical evidence bearing on the domestication of *Phaseolus* (Fabaceae) beans", p. 31.

de frijoles en el registro arqueológico.[81] Sin embargo, hay evidencias de recolección de otras especies silvestres;[82] ejemplares del ayocote, ancestro de la variedad actualmente domesticada, fueron hallados en contextos arqueológicos fechados aproximadamente en 7000-5500 años aC en la región de Ocampo, Tamaulipas.[83] En Guilá Naquitz, Oaxaca, también se encontró ayocote de manera más abundante, pero perteneciente a una variedad silvestre sin descendientes domesticadas.[84]

Calabaza (*Cucurbita* spp.)

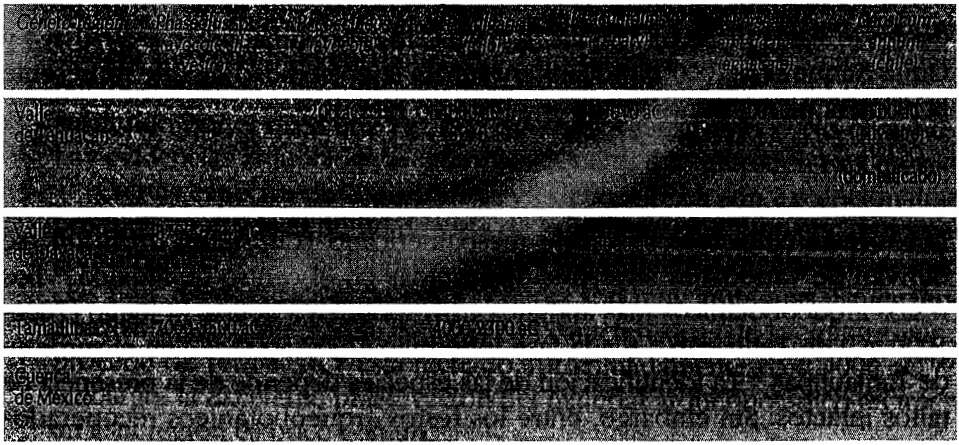
Por lo regular, la preservación de las cucúrbitas en el registro arqueológico es pobre. Los restos más antiguos son escasos y consisten de semillas. La semilla fue la parte consumida, ya que el fruto de las variedades silvestres es amargo, con cáscara dura y poco comestible.

En la actualidad no hay evidencias arqueológicas que documenten el desarrollo de formas domesticadas de calabaza a partir de especies silvestres.[85] Las características indicadoras de domesticación son los rasgos del pedúnculo (tallo), el cual se preserva con poca frecuencia. Se han reportado semillas de cucúrbita silvestre en varios sitios, en las cuevas en Tamaulipas y Oaxaca, fechadas entre 8000 y 7000 años aC. También se recuperaron semillas parecidas a la especie *Cucurbita pepo* en Tamaulipas y Tehuacán (aproximadamente 5200 años aC), y semillas de *C. argyrosperma*[86] procedentes de contextos en el Valle de Tehuacán (aproximadamente 5000 aC).

Los frutos de *C. pepo* muestran un rango vasto de formas y colores, ampliamente distribuidos en Mesoamérica y Norteamérica. Tienen una semejanza morfológica notable con la especie silvestre *C. texana*. No obstante, la evidencia molecular sugiere que otra especie silvestre, *C. fraterna*, localizada en Tamaulipas, en el norte de México, pudo haber jugado un papel importante en la evolución de *C. pepo* domesticada.[87] Dos especies adicionales han sido reportadas entre los restos arqueológicos en Tehuacán: *C. mixta y C. moschata*.[88] El nombre de *C. mixta* ha sido corregido y se refiere actualmente como

[81] Kaplan, "What is...", p. 246.
[82] Kaplan, "What is...", p. 251.
[83] Kaplan, "Archaeology and Domestication..."; Flannery, *Guilá Naquitz...*, pp. 6-7.
[84] Flannery, *Guilá Naquitz...*, pp. 6-7.
[85] Smith, "Evidencia arqueológica...", p. 97.
[86] Nee, "The domestication of *Cucurbita* (Cucurbitaceae)", p. 56.
[87] Nee, "The domestication...", pp. 59-62; Decker, "Origin(s), evolution, and systematics of *Cucurbita pepo* (Cucurbitaceae)", pp. 10-11.
[88] Cutler y Whitaker, "Cucurbits from the Tehuacan Caves".

Cuadro 2C. Primeras evidencias botánicas en el registro arqueológico con fechas convencionales



C. argyrosperma. Aparentemente se desarrolló a partir de la especie silvestre *C. sororia*, ampliamente distribuida en los matorrales espinosos de las tierras bajas de la costa del Pacífico, desde México hasta Nicaragua.[89] Las semillas de *C. moschata* difícilmente se distinguen de las de *C. argyrosperma*. No se conoce su ancestro silvestre, aunque *C. sororia* es un posible candidato.[90]

En cuanto a pedúnculos con rasgos que sugieran la domesticación de esta especie, no aparecen en esta región sino hasta 3000 aC.[91] Los ejemplares hallados en contextos precerámicos de Guilá Naquitz son de particular importancia, ya que se identificaron semillas y pedúnculos de *C. pepo* cultivada, fechados aproximadamente para 8750 a 7840 años aC.[92] Originalmente, se pensó que ésta era una especie domesticada en el norte de México y el sur de Estados Unidos, dada la evidencia proveniente de la región de Ocampo en Tamaulipas y otros sitios en el suroeste americano.[93] Por otra parte, Smith opina que la importancia de estas evidencias para el cultivo temprano de plantas en Mesoamérica descansa más que nada en la antigüedad y la canti-

[89] Nee, "The domestication...", p. 62.
[90] Nee, "The domestication...", p. 63.
[91] Flannery, "The Origins...", p. 301.
[92] Flannery, *Guilá Naquitz*...
[93] Whitaker y Cutler, "Cucurbits from preceramic levels at Guilá Naquitz", p. 275.

dad de tiempo que debió transcurrir para que esta planta se transformara de silvestre a domesticada.[94]

Se ha identificado guaje o jícara cultivada (*Lagenaria siceraria*) procedente de Tamaulipas (*c.* 7000 aC), Tehuacán (aproximadamente 5050 aC) y Guilá Naquitz (*c.* 7000 aC); Flannery señala la posibilidad de que represente la primera planta domesticada en el Nuevo Mundo.[95]

Chile (*Capsicum* spp.)

Las formas cultivadas del chile mesoamericano (*Capsicum annuum*) se derivan de variedades silvestres distribuidas en el centro de México.[96] Los restos arqueobotánicos más antiguos corresponden a la fase El Riego (7000-5000 aC) en Tehuacán,[97] y a la fase Infiernillo (7000-5000 aC) en el suroeste de Tamaulipas.[98] La identificación de las especies depende de la presencia de tallos intactos. Sin embargo, entre los restos arqueobotánicos recuperados hay un predominio de semillas carbonizadas (véase cuadro 2C). Smith señaló la ausencia de semillas de chile entre los restos arqueobotánicos correspondientes a niveles precerámicos recuperados de Guilá Naquitz.[99]

Aguacate (*Persea americana*)

Las primeras evidencias que documentan el uso del aguacate provienen del Valle de Tehuacán, durante la fase Ajuereado (aproximadamente 8000 años aC).[100] Durante toda la secuencia de ocupación de Tehuacán aumenta el número de ejemplares, así como su tamaño correspondiente, indicando su posible cultivo.[101] En los niveles precerámicos de Guilá Naquitz se encontraron algunos ejemplares, aunque probablemente fueron introducidos desde niveles superiores. Otros ejemplares descubiertos en Oaxaca provienen del sitio de Fábrica San José.[102]

[94] Smith, "Preceramic plant remains from Guilá Naquitz", p. 274.
[95] Flannery, *Guilá Naquitz*..., p. 6.
[96] Smith, "Evidencia arqueológica...", p. 98.
[97] Smith, "Evidencia arqueológica...", p. 98.
[98] Mangelsdorf, MacNeish y Willey, "Origins of Agriculture...", p. 512.
[99] Smith, "Evidencia arqueológica...", p. 98.
[100] Smith, "Evidencia arqueológica...", p. 99.
[101] Smith, "Archaeological evidence for selection in avocado"; "Additional notes on pre-conquest avocados in Mexico".
[102] Smith, "Preceramic plant remains...", p. 267; Ford, "Carbonized plant...".

Otros cultivos prehispánicos

Entre estos cultivos encontramos granos que también tuvieron importancia, como son las especies de *Setaria, Amaranthus* y *Chenopodium*. El primero, *Setaria,* fue reportado en Tehuacán y Tamaulipas. Callen[103] y Smith[104] sugieren que puede haber sido cultivado; algunos autores opinan que pudo haber sido sustituido por el maíz una vez que éste fue domesticado.[105] No obstante, no hay evidencias arqueológicas muy convincentes que muestren esta transición.

Ciertas especies de *Amaranthus* y *Chenopodium* son excepcionalmente productivas desde el punto de vista de la alimentación humana, dado que se consumen las hojas, las inflorescencias y las semillas. Actualmente las evidencias para domesticación de estos géneros son muy ambiguas. Sauer reporta *Amaranthus* domesticado, con base en características de las inflorescencias; procede de Tehuacán y está fechado aproximadamente para 4000 aC.[106] Sin embargo, la excelente preservación del material arqueobotánico recuperado en esta región es poco común.

La diferenciación entre especies se basa, en gran parte, en las características de las inflorescencias y, en menor grado, en el color de las semillas (predominan semillas claras en algunas especies domesticadas). Desafortunadamente las semillas que se conservan en la mayoría de los contextos arqueológicos están carbonizadas y no se ha estudiado su proceso de domesticación. En el caso del *Chenopodium* encontramos una situación similar.

Es probable que la eventual domesticación de estos dos géneros se haya dado como consecuencia de procesos largos, manifestándose después de la aparición de otros géneros anteriormente mencionados. Aunque se encuentran con frecuencia en sitios asociados con la vida sedentaria y especialmente en contextos urbanos, es razonable suponer que fueron recolectados y posiblemente sembrados desde fechas tempranas, como lo indica su presencia en el Valle de Tehuacán (únicamente amaranto, 10,000-7000 aC), Zohapilco (5000 aC) y el sureste de Tamaulipas (2200-1800 aC). Su constante presencia entre los restos arqueobotánicos correspondientes a ocupaciones del Formativo y el Clásico en la Cuenca de México[107] sugiere que estas plantas deberían ser consideradas como componentes importantes de la dieta prehispánica. Al igual que en la mayoría de las plantas ya mencionadas, hace falta mucha

[103] Callen, "Diet as Revealed by Coprolites"; "Analysis of the Tehuacan coprolites".
[104] Smith, "Plant remains...".
[105] Flannery,"Archaeological Systems Theory..."; "The Origins of Agriculture...".
[106] Sauer, "Identity of archaeologic grain amaranths from the Valley of Tehuacan, Puebla, Mexico".
[107] McClung de Tapia, "Investigaciones arqueobotánicas en Mesoamérica y Centroamérica", pp. 142-143.

información respecto a la distribución de sus parientes silvestres y los posibles pasos hacia su domesticación.

Otras numerosas plantas, frutas en especial, fueron cultivadas desde épocas tempranas en diferentes partes de Mesoamérica. Algunos ejemplos incluyen *Casimiroa edulis* (zapote blanco), *Diospyros digyna* (zapote negro) y *Spondias mombin* (ciruela), todos encontrados en el Valle de Tehuacán en contextos fechados alrededor de 5000 aC y en otros sitios en Oaxaca. La ciruela aparece también en sitios de Guatemala y Honduras. Smith sugiere que estos árboles frutales fueron introducidos en el Valle de Tehuacán, donde sin duda fueron cultivados en vista de la necesidad de proporcionarles riego durante la época de sequía para asegurar su sobrevivencia.[108]

Varias plantas xerófitas, como *Agave* spp., *Opuntia* spp. o *Lemaireocereus* spp., probablemente fueron de los primeros cultivos, dada la facilidad con la cual se reproducen y se mantienen.[109] Normalmente se detecta su presencia por medio de semillas, frecuentemente carbonizadas, excepto en el caso de *Agave*, que se conoce principalmente por medio de fibras y espinas. Sin embargo, resulta difícil determinar si la variabilidad encontrada en el tamaño de las semillas de estas plantas constituye un indicador de cultivo o más bien es producto de la variabilidad entre los frutos mismos.

Entre los restos arqueobotánicos reportados en el sur de Mesoamérica se encuentran con relativa frecuencia frutos de palma como *coyol* (*Acrocomia mexicana*), que se presenta en Tehuacán (aproximadamente 5000 aC), en donde se cree que se cultivaba debido a la necesidad de proporcionarle riego durante la época de sequía. También esta especie se encuentra en sitios arqueológicos de Belize, Honduras y otras partes de Centroamérica, en donde fueron componentes importantes de la dieta antes de la introducción del maíz.[110]

Se ha dicho poco con respecto a los tubérculos porque prácticamente carecemos de evidencia arqueobotánica de su consumo en Mesoamérica, a pesar de su importancia potencial en cuanto a la base de subsistencia prehispánica, especialmente en las zonas trópico-húmedas. Los cultivos que se logran por medio de la reproducción vegetativa, y los tubérculos en particular, han recibido poca atención por la ausencia de evidencia arqueobotánica tangible. No obstante, Callen reportó epidermis de *Manihot* (*yucca, man-*

[108] Smith, "Evidencia arqueológica...", p. 99.
[109] Smith, "Evidencia arqueológica...", p 106.
[110] Smith, "Evidencia arqueológica...", p 103.

dioca) entre el material identificado en los coprolitos de Tehuacán[111] y una semilla silvestre fue reportada por Smith en Tamaulipas (fase Lagunas, *c.* 500 aC-1 dC).[112]

El análisis de polen procedente de contextos arqueológicos representa una manera más adecuada para señalar la presencia de algunos cultivos propagados en forma vegetativa, como se ha demostrado en el caso de sitios del occidente de Panamá.[113] Cabe mencionar aquí la importancia del análisis de polen y fitolitos para complementar técnicas como la flotación, y la recuperación de restos arqueobotánicos *in situ* en el estudio de los patrones de explotación de recursos de subsistencia, particularmente para el estudio de plantas no representadas entre los macrorrestos. Es necesaria la coordinación de estos tres tipos de evidencia, tanto en la selección de las procedencias de muestras, como en la interpretación cultural y cronológica de los datos así obtenidos.

La cerámica

Otro elemento tradicionalmente relacionado con la vida agrícola sedentaria es la producción de cerámica. No obstante que esta actividad productiva puede verse como un indicio del establecimiento de comunidades permanentes y dependientes de la producción de sus propios alimentos, la cerámica no aparece en el registro arqueológico mesoamericano sino hasta aproximadamente 2500 aC, posterior a los cambios más significativos en la economía de subsistencia y los patrones de asentamiento. La aparición de cerámica en Mesoamérica marca el comienzo del horizonte Formativo, cuando se cristalizan los patrones de vida aldeana asociados con una economía agrícola.

La cerámica más antigua conocida en Mesoamérica hasta la fecha procede de un sitio cerca de Puerto Marqués, Guerrero. Se conoce como *Pox* por las perforaciones presentes en la superficie de las vasijas. Determinaciones hechas por radiocarbono indican una fecha aproximada de 2500 aC.[114] Por esta misma época (aproximadamente 2300 aC), aparece en el Valle de Tehuacán una cerámica muy semejante.[115] En ninguno de los dos contextos citados hay indicadores de un desarrollo local de técnicas de fabricación. Se supone que

[111] Callen, "Analysis of...".
[112] MacNeish, *Preliminary Archaeological Investigations...*, p. 146.
[113] Linares de Sapir y Ranere, "Human adaptation to the tropical forests of western Panama", p. 351.
[114] Brush, "Pox Pottery, Earliest Identified Mexican Ceramic".
[115] MacNeish, "Ancient Mesoamerican Civilization"; MacNeish, Peterson y Flannery, *The Prehistory of the Tehuacan Valley*, vol. 3, Ceramics.

la cerámica *Pox* fue introducida, con lo que continúa sin conocerse el lugar preciso de origen de la cerámica mesoamericana más temprana. MacNeish, Peterson y Flannery proponen una hipótesis de difusión de técnicas de fabricación de cerámica desde Sudamérica, basada en las evidencias de la cerámica muy burda, mal cocida y sin decoración procedente de Puerto Hormiga, Colombia.[116] Ésta es la cerámica más temprana conocida en el Nuevo Mundo, con fechamientos que la sitúan probablemente antes del 3000 aC.

Aunque el estado de conservación de la cerámica procedente de Puerto Marqués no permite una reconstrucción segura de las formas representadas, entre los materiales más tempranos de Tehuacán dominan los tecomates (sin cuello), ollas con cuello divergente y cajetes con paredes divergentes. Curiosamente, MacNeish, Peterson y Flannery notan la presencia de pequeñas perforaciones (*pox*) en la superficie exterior,[117] mientras que Brush señala su presencia en el interior.[118] Aparentemente, se deben al frotado de la superficie de las vasijas, ya parcialmente secas, durante el cual pequeñas partículas del mismo material perforan la superficie.

En el Valle de Tehuacán, mientras continúa la fase Purrón, la cerámica se refina y aumenta la variedad en las formas. Se observa una evolución local que ya se manifiesta en la siguiente fase (Ajalpan temprano, 1500-1100 aC). MacNeish, Peterson y Flannery señalan las aparentes semejanzas entre los complejos cerámicos contemporáneos del Valle de Oaxaca y, en menor medida, la depresión del Grijalva en Chiapas y el sur de Puebla, posiblemente la costa pacífica de Guatemala, y las capas inferiores de La Venta, Tabasco y San Lorenzo, Veracruz.[119]

Ciertas relaciones culturales basadas en rasgos cerámicos se definen de manera más clara, sin embargo, durante la siguiente fase cerámica (Ajalpan tardío, 1100-850 aC) y durante el periodo representativo de esta época (Formativo medio) en el centro de México.[120]

El Formativo temprano en Oaxaca comienza con la presencia del complejo "Espiridión", proveniente del sitio de San José Mogote y caracterizado principalmente por vasijas sin decoración, semejantes al tipo definido para la fase Purrón, llamado "Purrón simple". La presencia adicional de otros tipos cerámicos, incluyendo cajetes hemisféricos sin antecedentes en conjunto con otras formas, distingue este conjunto de materiales del complejo del Valle de

[116] MacNeish, Peterson y Flannery, *The Prehistory of...*, p. 25.
[117] MacNeish, Peterson y Flannery, *The Prehistory of...*, p. 22.
[118] Brush, "Pox Pottery...", p. 194.
[119] MacNeish, Peterson y Flannery, *The Prehistory of...*, pp. 39-40.
[120] MacNeish, Peterson y Flannery, *The Prehistory of...*, pp. 56-57.

Tehuacán.[121] La evolución de un complejo cerámico más elaborado caracteriza la siguiente fase (Tierras Largas, 1400-1150 aC), con una amplia distribución a través del Valle de Oaxaca.

La cerámica más antigua está representada por pocos ejemplares, formas limitadas y una distribución geográfica restringida. Es probable que la ausencia de más evidencia se deba a la falta de trabajo arqueológico en muchas áreas de Mesoamérica.

Conclusiones

La distribución de plantas que actualmente se conoce a través del registro arqueológico es un indicador de donde no se originó la agricultura incipiente. En palabras de Smith: "En cuanto a la mayoría de las especies americanas cultivadas, podemos decir que los cultivos no se originaron donde se han efectuado los hallazgos arqueológicos."[122]

Las implicaciones de esta observación son varias. Por ejemplo, se ha realizado poca investigación arqueológica (y menos arqueobotánica) en las áreas de Mesoamérica donde probablemente ocurrió la domesticación de determinadas plantas, según lo indican los estudios fitogeográficos. Además, en el caso de muchas plantas, tenemos una idea demasiado general de cómo y cuándo se llevó a cabo su domesticación. En algunos casos aún no se reconocen los ancestros silvestres de plantas actualmente domesticadas; la variación en patrones de distribución de plantas silvestres a través de milenios de modificación ambiental complica todavía más la situación. Finalmente, la investigación arqueológica pocas veces contempla y mucho menos se guía por estos criterios y con frecuencia los estudios arqueobotánicos son productos secundarios.

Las condiciones de preservación en un sitio, además de la selección del área de excavación y elementos del azar, son también factores de relevancia. Condiciones excepcionales de preservación han favorecido los hallazgos de la mayoría de los restos arqueobotánicos, los cuales representan evidencias antiguas para el cultivo y la domesticación de plantas. Es posible que la ausencia de evidencias que documenten la transición de formas silvestres a cultivadas y domesticadas se deba a factores difíciles de controlar, como son las condiciones de preservación, la selección de sitios erróneos o de áreas

[121] Flannery, Marcus y Kowalewski, "The Preceramic and Formative...", p. 65.
[122] Smith, "Evidencia arqueológica...", p. 106.

erróneas de sitios correctos, así como el consumo durante la prehistoria de los productos que desearíamos poder recuperar.

Varios elementos se conjuntaron y crearon condiciones aptas para un cambio en la economía, los patrones de asentamiento y la organización social de los habitantes del territorio mesoamericano durante el Holoceno. En el contexto de un clima relativamente más húmedo, se desarrollaron nuevas comunidades bióticas, incluyendo plantas o animales adecuados para su explotación. No obstante, el establecimiento de patrones climáticos variables con fuertes oscilaciones anuales de precipitación y temperatura, afectó la disponibilidad de los recursos de subsistencia. Todo esto se dio en combinación con la tendencia de ciertas plantas para adaptarse fácilmente a las áreas ya modificadas a través de las actividades humanas y para establecer gradualmente una simbiosis con las poblaciones humanas. Como consecuencia, el cultivo ocasional de ciertas plantas pudo haberse desarrollado como un mecanismo para combatir la escasez en años secos, iniciando así los pasos preliminares que se encaminarían hacia la eventual domesticación de algunos de ellos. Hablamos entonces de domesticación cuando ciertas plantas han evolucionado en términos morfológicos y genéticos, al grado de depender del hombre para asegurar su reproducción.

Por otro lado, podemos hablar de la agricultura como una serie de técnicas de producción de alimentos fundamentales para la subsistencia de la población humana, aunque se siga complementando la dieta a través de la caza y recolección en menor medida. Una economía en la cual predomina la agricultura como sistema productivo caracterizaba gran parte de Mesoamérica al inicio del Formativo temprano. Sin embargo, dicha situación fue el resultado de milenios de desarrollo en diferentes partes de la región. El patrón ejemplificado por el Valle de Tehuacán representa quizá la secuencia más completa conocida actualmente. No obstante, hay que destacar que no es el único patrón mesoamericano y que faltan aún muchos conocimientos respecto a otras áreas. Las variaciones detectadas en lugares como Tamaulipas, Tehuacán, Oaxaca y la Cuenca de México evidencian la necesidad de reconocer en contextos cronológicos los patrones basados en características locales (clima, vegetación, fauna, hidrología, etcétera), los cuales determinan la disponibilidad de ciertos recursos aptos para la explotación.

Bibliografía

BARGHOORN, E.S., M.K. Wolfe y K.H. Clisby: "Fossil Maize from the Valley of Mexico", en *Botanical Museum Leaflets,* vol. 16, 1954, pp. 229-240.

BEADLE, George W., "The Mystery of Maize", en *Field Museum of Natural History Bulletin,* vol. 43, núm. 10, 1972, pp. 2-11.

_____, "The Origin of *Zea mays*", en C. Reed (ed.), *Origins of Agriculture,* The Hague y Paris, Mouton, 1977, pp. 615-635.

_____, "El origen del maíz comprobado por el polen", en *Información científica y tecnológica,* vol. 4, núm. 72, 1982, pp. 20-28.

BENZ, Bruce F., "El maíz silvestre de Tehuacán revisitado", ponencia presentada en el VII Coloquio de Palinología y Paleobotánica, México, noviembre de 1989.

_____ y H.H. Iltis, "Studies in archaeological maize I: the «wild» maize from San Marcos Cave reexamined", en *American Antiquity,* vol. 55, 1990, pp. 500-511.

BINFORD, Lewis R., "Post-Pleistocene Adaptations", en S. Binford y L. Binford (eds.), *New Perspectives in Archaeology,* Chicago, Aldine, 1968, pp. 313-341.

BRAIDWOOD, Robert J., "The Agricultural Revolution", en *Old World Archaeology: Foundations of Civilization. Readings from Scientific American,* San Francisco, W.H. Freeman and Company, 1960, pp. 71-79.

BRUSH, Charles F., "Pox Pottery, Earliest Identified Mexican Ceramic", en *Science,* vol. 149, 1965, pp. 194-195.

BYE, Robert A. Jr., "Quelites, ethnoecology of edible greens-past, present and future", en *Journal of Ethnobiology,* vol. 1, núm. 1, 1981, pp. 109-123.

BYERS, Douglas (ed.), *The Prehistory of the Tehuacan Valley,* vol. I. Environment and Subsistence, Austin, University of Texas Press, 1967.

BYRNE, R., "El cambio climático y los orígenes de la agricultura", en L. Manzanilla (ed.), *Coloquio V. Gordon Childe. Estudios sobre la revolución neolítica y la revolución urbana,* México, IIA-UNAM, 1988, pp. 27-40.

CALLEN, Eric O., "Diet as Revealed by Coprolites", en D. Brothwell y E. Higgs (eds.), *Science in Archaeology,* Londres, Thames and Hudson, 1963, pp. 186-194.

_____, "Analysis of the Tehuacan Coprolites", en D.S. Byers (ed.), *Prehistory of the Tehuacan Valley,* vol. 1, Austin, University of Texas Press, 1967, pp. 261-289.

CHILDE, V. Gordon, *Los orígenes de la civilización,* México, Fondo de Cultura Económica, 1954. Breviarios núm. 92.

COHEN, Mark Nathan, *La crisis alimentaria de la prehistoria,* Madrid, Alianza Editorial, 1981. Alianza Universidad, núm. 291.

CUTLER, Hugh C. y Thomas W. Whitaker, "History and Distribution of the Cultivated Cucurbits in the Americas", en *American Antiquity,* vol. 26, 1961, pp. 469-485.

_____, "Cucurbits from the Tehuacan Caves", en D. Byers (ed.), Austin, *The Prehistory of the Tehuacan Valley, vol. 1, Environment and Subsistence,* University of Texas Press, 1967, pp. 212-219.

DECKER, D.S., "Origin(s), evolution, and systematics of *Cucurbita pepo* (Cucurbitaceae)", en *Economic Botany,* vol. 42, núm. 1, 1988, pp. 4-15.

DOEBLEY, J., "Molecular evidence and the evolution of maize", en *Economic Botany,* vol. 44, núm. 3 (Supplement), 1990, pp. 6-27.

FLANNERY, K.V., "Archaeological Systems Theory and Early Mesoamerica", en B. Meggers (ed.), *Anthropological Archaeology in the Americas,* Washington, D.C., Anthropological Society of Washington, 1968, pp. 67-87.

_____, "Origins and ecological effects of early domestication in Iran and the Near East", en P. Ucko y G. Dimbleby (eds.), *The Domestication and Exploitation of Plants and Animals,* Londres, Duckworth, 1969, pp. 73-100.

_____, "The origins of the village as a settlement type in Mesoamerica and the Near East", en P. Ucko, R. Tringham y G. Dimbleby (eds.), *Man, Settlement, and Urbanism,* Londres, Duckworth, 1972, pp. 23-53.

_____, "The Origins of Agriculture", en *Annual Review of Anthropology,* vol. 2, 1973, pp. 271-310.

_____, "Empirical determination of site catchments in Oaxaca and Tehuacan", en K.V. Flannery (ed.), *The Early Mesoamerican Village,* Nueva York, Academic Press, 1976, pp. 103-117.

_____, "Los orígenes de la agricultura en México, las teorías y la evidencia", en T. Rojas-Rabiela y W.T. Sanders (eds.), *Historia de la agricultura, época prehispánica-siglo XVI,* México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, pp. 237-265. Colección Biblioteca del INAH.

_____, *The Early Mesoamerican Village,* Nueva York, Academic Press, 1976.

_____, *Guilá Naquitz, Archaic Foraging and Early Agriculture in Oaxaca, Mexico,* Nueva York, Academic Press, 1986.

_____ *et al.*, "Farming systems and political growth in ancient Oaxaca", en *Science,* vol. 158, núm. 3800, 1967, pp. 445-453.

_____ y J. Marcus (eds.), *The Cloud People, Divergent Evolution of the Zapotec and Mixtec Civilizations,* Nueva York, Academic Press, 1983.

_____, J. Marcus y Stephen A. Kowalewski, "The Preceramic and Formative of the Valley of Oaxaca", en J. A. Sabloff (ed.), *Supplement to the Handbook of Middle American Indians,* vol. I, Archaeology, Austin, University of Texas Press, 1981, pp. 48-93.

FORD, Richard I., "Carbonized Plant Remains", en R. D. Drennan (ed.), *Fábrica San José and Middle Formative Society in the Valley. Prehistory and Human Ecology of the Valley of Oaxaca,* Ann Arbor, University of Michigan, 1976, pp. 261-268. Memoirs of the Museum of Anthropology, vol. 4, núm. 8.

GALINAT, Walton C., "The Origin of Maize", en *Annual Review of Genetics,* vol. 5, 1971, pp. 447-478.

GARCÍA COOK, Ángel, *El desarrollo cultural prehispánico en el valle poblano-tlaxcalteca, influencias de una secuencia cultural, espacial y temporalmente establecida,* México, INAH, Departamento de Monumentos Prehispánicos. Serie Arqueología.

GARCÍA MOLL, Roberto, *Análisis de los materiales de la Cueva del Texcal, Puebla*, tesis de maestría, México, ENAH, 1973.

GEPTS, P., "Biochemical evidence bearing on the domestication of *Phaseolus* (Fabaceae) beans, en *Economic Botany*, vol. 44, núm. 3 (Supplement), 1990, pp. 28-38.

GONZÁLEZ QUINTERO, L., "Origen de la domesticación de los vegetales en México", en *Historia de México*, vol. I, México, Salvat, 1986, pp. 77-92.

GUZMÁN, Rafael, *El teosinte en Jalisco: su distribución y ecología*, manuscrito inédito, México.

ILTIS, Hugh H., "From teosinte to maize: the catastrophic sexual transmutation", en *Science*, vol. 222, núm. 4626, 1983, pp. 886-894.

_____ y John F. Doebley, "*Zea* –a Biosystematic Odyssey", en W.F. Grant (ed.), *Plant Biosystematics*, Nueva York. Academic Press.

JOHNSON, Frederick (ed.), *The Prehistory of the Tehuacan Valley*, vol. 4, Chronology and Irrigation, Austin, University of Texas Press, 1972.

KAPLAN, Lawrence, "Archaeology and Domestication in American *Phaseolus* (beans)", en *Economic Botany*, vol. 19, núm. 4, 1965, pp. 358-368.

_____, "Archaeological *Phaseolus* from Tehuacan", en D. Byers (ed.), *The Prehistory of the Tehuacan Valley*, vol. I, Environment and Subsistence, Austin, University of Texas Press, 1967, pp. 201-211.

_____, "What is the Origin of the Common Bean?", en *Economic Botany*, vol. 35, núm. 2, 1981, pp. 241-254.

_____, "Preceramic *Phaseolus* from Guilá Naquitz", en K.V. Flannery (ed.), *Guilá Naquitz, Archaic Foraging and Early Agriculture in Oaxaca, Mexico*, Nueva York, Academic Press, 1986, pp. 281-284.

_____, "Accelerator Mass Spectrometer Dates for Prehistoric Beans (*Phaseolus*) from the Americas", ponencia presentada en la 34a. Reunión Anual de la Society for Economic Botany, Miami, Florida, 1993.

_____ y Richard S. MacNeish, "Prehistoric bean remains from caves in the Ocampo Region of Tamaulipas, Mexico", en *Botanical Museum Leaflets*, vol. 19, núm. 2, 1960, pp. 33-56.

LENTZ, David L., "Plant remains from the archaeological sites of the Lower Sulaco River Drainage, Honduras", ponencia presentada en la 48a. reunión anual de la Society for American Archaeology, Pittsburgh, Pennsylvania, abril de 1983.

LINARES DE SAPIR, Olga y Anthony J. Ranere, "Human adaptation to the tropical forests of western Panama", en *Archaeology*, vol. 24, núm. 4, 1971, pp. 346-355.

_____, *Adaptive Radiations in Prehistoric Panama*, Cambridge, Massachusetts, Peabody Museum of Archaeology and Ethnology, Harvard University, 1980.

LONG, A., B.F. Benz, D.J. Donahue, A.J.T. Tull y L.J. Toolin, "First direct AMS dates on early maize from Tehuacan, Mexico", en *Radiocarbon*, vol. 31, 1989, pp. 1035-1040.

LORENZO, José Luis, *La etapa lítica en México*, México, INAH, 1967. Departamento de Prehistoria 20.

_____ y Lauro González Q., "El más antiguo teosinte", en *Boletín del INAH*, vol. 42, 1970, pp. 41-43.

_____ y Lorena Mirambell (coords.), *Tlapacoya, 35,000 años de historia del lago de Chalco,* México, INAH, 1986. Colección Científica, Serie Prehistoria.

LUDLOW-WIECHERS, Beatriz, José Luis Alvarado y Mario Aliphat, "El polen de *Zea* (maíz y teosinte), perspectivas para conocer el origen del maíz", en *Biótica,* vol. 8, núm. 3, 1983, pp. 235-258.

MCCLUNG DE TAPIA, Emily, *The origins of agriculture, hypotheses and prehistoric paleoethnobotanical evidence from the Near East and Mesoamerica,* manuscrito inédito, Waltham, Brandeis University, Departamento de Antropología.

_____, "Investigaciones arqueobotánicas en Mesoamérica y Centroamérica", en *Anales de Antropología,* vol. XXII, 1985, pp. 133-157.

MACNEISH, Richard S., *Preliminary Archaeological Investigations in the Sierra de Tamaulipas,* vol. 48, núm. 6, 1958 (Transactions of the American Philosophical Society).

_____, "Ancient Mesoamerican Civilizations", en *Science,* vol. 143, 1964, pp. 531-537.

_____, "The food-gathering and incipient agriculture stage of prehistoric Middle America", en R.C. West (ed.), *Handbook of Middle American Indians,* vol. I, Austin, University of Texas Press, 1964, pp. 413-426.

_____, "Introduction", en D.S. Byers (ed.), *The Prehistory of the Tehuacan Valley,* vol. 1., Austin, University of Texas Press, 1967, pp. 3-13.

_____, "A Summary of the Subsistence", en D.S. Byers (ed.), *The Prehistory of the Tehuacan Valley,* vol. 1, Austin, University of Texas Press, 1967, pp. 290-309.

_____, "Speculation about how and why food production and village life developed in the Tehuacan Valley, Mexico", en *Archaeology,* vol. 24, núm. 4, 1971, pp. 307-315.

_____, "The evolution of community patterns in the Tehuacan Valley of Mexico and speculations about the cultural proceses", en P. Ucko, R. Tringham y G. Dimbleby (eds.), *Man, Settlement, and Urbanism,* Londres, Duckworth, 1972, pp. 67-93.

_____: "Tehuacan's Accomplishments", en J. Sabloff (ed.), *Supplement to the Handbook of Middle American Indians.* vol. I. Archaeology, Austin, University of Texas Press, 1981, pp. 31-47.

_____ y Frederick A. Peterson, "The Santa Marta Rockshelter, Ocozocuautla, Chiapas, Mexico", en *Papers of the New World Archaeological Foundation,* núm. 14, Provo, 1962. Publicación núm. 10.

_____, F.A. Peterson y K.V. Flannery, *The Prehistory of the Tehuacan Valley,* vol. 3. Ceramics, Austin, University of Texas Press, 1970.

MANGELSDORF, Paul C., "The Origin and Evolution of Maize", en *Advances in Genetics,* vol. 1, 1947, pp. 161-207.

_____, *Corn, its Origin, Evolution and Improvement,* Cambridge, Harvard University Press, 1974.

_____, "The Origin of Corn", en *Scientific American,* vol. 22, núm. 2, 1986, pp. 72-79.

_____, Richard S. MacNeish y Walton C. Galinat, "Prehistoric «maize», teosinte and *Tripsacum* from Tamaulipas, Mexico", *Botanical Museum Leaflets,* vol. 22, núm. 2, 1967, pp. 33-63.

_____, Richard S. MacNeish y Walton C. Galinat, "Prehistoric Wild and Cultivated Maize", en D.S. Byers (ed.), *The Prehistory of the Tehuacan Valley,* vol. 1, Austin, University of Texas Press, 1967, pp. 178-200.

_____, Richard S. MacNeish y Gordon R. Willey, "Origins of Agriculture in Middle America", en *Handbook of Middle American Indians,* vol. I., Austin, University of Texas Press, 1964, pp. 427-445.

_____ y R.G. Reeves, "The Origin of Maize", en *Proceedings of the National Academy of Sciences,* vol. 24, 1938, pp. 303-312.

MEYERS, J. Thomas, "The Origins of Agriculture, an Evaluation of Three Hypotheses", en S. Struever (ed.), *Prehistoric Agriculture,* Garden City, Natural History Press, 1971, pp. 101-121.

MIRAMBELL, Lorena, "La etapa lítica", en *Historia de México,* vol. 3, México, Salvat, pp. 55-76.

NEE, M., "The domestication of *Cucurbita* (Cucurbitaceae)", en *Economic Botany,* vol. 44, núm. 3 (Supplement), 1990, pp. 6-27.

NIEDERBERGER, Christine, *Zohapilco, cinco milenios de ocupación humana en un sitio lacustre de la Cuenca de Mexico,* México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1976.

_____, "Early Sedentary Economy in the Basin of Mexico", en *Science,* vol. 203, 1979, pp. 131-142.

_____, "Inicios de la vida aldeana en la América Media", en *Historia de México,* vol. 1, México, Salvat, 1986, pp. 93-120.

_____, *Paléopaysages et archéologie pré-urbaine du Bassin de México,* México, Centre d'Etudes Mexicaines et Centraméricaines, 1987.

PEARSALL, Deborah M., "Phytolith analysis: applications of a new paleoethnobotanical technique in archaeology", en *American Anthropologist,* vol. 84, núm. 4, 1982, pp. 862-871.

PICKERSGILL, Barbara y Charles B. Heiser, "Origins and distribution of plants domesticated in the New World tropics", en C. Reed (ed.), *Origins of Agriculture,* The Hague-Paris, Mouton Publishers, 1977, pp. 803-835.

PIPERNO, Dolores R., "A comparison and differentiation of phytoliths from maize and wild grasses, use of morphological criteria", en *American Antiquity,* vol. 49, núm. 2, 1984, pp. 361-383.

_____, "Phytolith taphonomy and distributions in archaeological sediments from Panama", en *Journal of Archaeological Science,* vol. 12, núm. 4, 1985, pp. 247-267.

_____, "Phytolithic analysis of geological sediments from Panama", en *Antiquity,* vol. LIX, núm. 225, 1985, pp. 13-19.

REED, Charles A. (ed.), *Origins of Agriculture,* The Hague-Paris, Mouton, 1977.

REYNOLDS, Robert G., "An adaptive computer model for the evolution of plant collecting and early agriculture in the eastern Valley of Oaxaca", en K.V. Flannery (ed.), *Guilá Naquitz; Archaic Foraging and Early Agriculture in Oaxaca, Mexico,* Nueva York, Academic Press, 1986, pp. 439-500.

RINDOS, David, *The Origins of Agriculture, an Evolutionary Perspective,* Nueva York, Academic Press, 1984.

ROVNER, Irwin, *The Cradle of Maize, Phase I, Reconnaissance and Assessment of Preceramic Sites in the Rio Balsas Region of West Mexico,* Research Proposal submitted to the National Science Foundation, 1984.

SANDERS, William T., Jeffrey R. Parsons y Robert S. Santley, *The Basin of Mexico, Ecological Processes in the Evolution of a Civilization,* Nueva York, Academic Press, 1979.

SAUER, J.D., "Identity of archaeologic grain amaranths from the Valley of Tehuacan, Puebla, Mexico", en *American Antiquity,* vol. 34, núm. 1, 1969, pp. 80-81.

SEARS, Paul, "Pollen profiles and culture horizons in the Basin of Mexico", en *Civilizations of Ancient America,* XXIX International Congress of Americanists, Chicago, University of Chicago Press, 1951.

SMITH, Bruce D., "A Reconsideration of the Ocampo Caves and the Era of Incipient Cultivation in Mesoamérica", en *Latin American Antiquity,* vol. 8, núm. 4, 1997, pp. 342-382.

SMITH, C. Earle, Jr., "Archaeological evidence for selection in avocado", en *Economic Botany,* vol. 20, 1966, pp. 169-175.

_____, "Plant Remains", en D.S. Byers (ed.), *Prehistory of the Tehuacan Valley,* vol. 1, Environment and Subsistence, Austin, University of Texas Press, 1967, pp. 220-255.

_____, "Additional notes on pre-conquest avocados in Mexico", en *Economic Botany,* vol. 23, 1969, pp. 135-140.

_____, "Plant remains from the Chiriqui sites and ancient vegetational patterns", en O. Linares y A. Ranere (eds.), *Adaptive Radiations in Prehistoric Panama,* Peabody Museum of Archaeology and Ethnology, Cambridge, Harvard University, 1980, pp. 151-174.

_____, "Preceramic plant remains from Guilá Naquitz", en K.V. Flannery (ed.), *Guilá Naquitz, Archaic Foraging and Early Agriculture in Oaxaca, Mexico,* Nueva York, Academic Press, 1986, pp. 265-274.

_____, "Evidencia arqueológica actual sobre los inicios de la agricultura en América", en L. Manzanilla (ed.), *Coloquio V. Gordon Childe, Estudios sobre la revolución neolítica y la revolución urbana,* México, IIA-UNAM, 1988, pp. 91-112.

STARK, Barbara L., "The Rise of Sedentary Life", en J. Sabloff (ed.), *Supplement to the Handbook of Middle American Indians,* vol. I, Archaeology, Austin, University of Texas Press, 1981, pp. 345-372.

STRUEVER, Stuart (ed.), *Prehistoric Agriculture,* Garden City, Natural History Press, 1971.

UCKO, P. y G.W. Dimbleby (eds.), *The Domestication and Exploitation of Plants and Animals,* Londres, Duckworth, 1969.

_____, R. Tringham y G.W. Dimbleby (eds.), *Man. Settlement and Urbanism,* Londres, Duckworth, 1972.

WAGNER, Philip L., "Natural Vegetation of Middle America", en *Handbook of Middle American Indians,* vol. I, 1964, pp. 216-263.

WEST, Robert C., "The natural regions of Middle America", en R.C. West (ed.), *Handbook of Middle American Indians,* vol. I., Austin, University of Texas Press, 1964, pp. 363-383.

WHITAKER, Thomas W. y Hugh C. Cutler, "Pre-historic Cucurbits from the Valley of Oaxaca", en *Economic Botany,* vol. 25, núm. 2, 1971, pp. 123-127.

_____, "Cucurbits from preceramic levels at Guilá Naquitz", en K. Flannery (ed.), *Guilá Naquitz, Archaic Foraging and Early Agriculture in Oaxaca, Mexico,* Nueva York, Academic Press, 1986, pp. 275-279.

_____ Hughc C. Cutter y Richard S. MacNeish, "Cucurbit materials from 3 caves near Ocampo, Tamaulipas", en *American Antiquity,* vol. 22, núm. 4, 1957, pp. 351-358.

WILKES, H. Garrison, "Maize and its Wild Relatives", en *Science,* vol. 177, 1972, pp. 1071-1077.

La domesticación de animales

Raúl Valadez Azúa*
Rocío Arrellín Rosas**

Introducción

La domesticación de especies animales ha sido uno de los más importantes procesos realizados por el hombre. El manejo de animales con el fin de crear ejemplares aptos para satisfacer las necesidades humanas, hace más de 20,000 años, fue el primer proceso en el cual se buscó manipular seres vivos, acto por demás complejo; no por nada fue muy posterior al manejo de la materia inerte (por ejemplo, rocas para elaborar armas hace dos millones de años) o incluso al de la energía (el fuego, hace medio millón de años). Su importancia dentro de la historia humana se demuestra al constatar que en todos los focos culturales del mundo antiguo se domesticaron animales, proceso que aún no concluye.

Para el caso que nos atañe, el México antiguo fue también testigo de la domesticación de diversas especies animales; afirmación perfectamente demostrada gracias a datos proporcionados por estudios arqueozoológicos, de fuentes históricas del siglo XVI y de tradiciones actuales; desgraciadamente diversas circunstancias han impedido que la antropología reconozca este hecho, lo cual ha llevado a una completa ignorancia sobre este tema, condición que vemos reflejada tanto en libros de texto de primaria como en las obras antropológicas más recientes y avanzadas. La común y constante afirmación de que en Mesoamérica sólo se domesticaron los perros y los guajolotes es la más palpable y clara demostración de esta ignorancia.

Un tema como el presente puede manejarse desde diferentes puntos de vista: qué animales domésticos existieron en el México prehispánico, qué evi-

*Biólogo, secretario técnico del Instituto de Investigaciones Antropológicas de la UNAM, México.
**Arqueóloga, becaria del posgrado en Antropología de la UNAM, México.

dencias existen, qué impacto tuvieron en el seno de esta civilización, cuál fue el proceso que llevó a su domesticación y qué razones lo impulsaron. Con respecto a la lista de especies domésticas reconocidas y el valor religioso que tuvieron, existe una obra que ha abarcado dichos aspectos,[1] por lo que no hay necesidad de duplicarla. Otro aspecto motivo de confusión es creer que hablar de domesticación animal implica hacer una relación de los sitios arqueológicos en los que se han encontrado restos de animales que presuponemos domésticos, lo cual tampoco es el tema central de este escrito.

Los objetivos fundamentales que se tratarán a lo largo del capítulo son:

–Enlistar las especies animales que se domesticaron en el México antiguo y mostrar las pruebas de que se dispone para considerarlas como tales.
–Describir las evidencias conocidas acerca de su antigüedad como organismos domésticos.
–Reconocer las razones que impulsaron su domesticación.
–Ofrecer una opción acerca de cómo se realizó el proceso.

Estudios precedentes

Bajo este rubro quedan comprendidos dos grupos de obras: aquellas investigaciones arqueológicas en las que se estudiaron restos óseos de animales con el propósito expreso de buscar pruebas de domesticación de animales en México y aquellas cuyo propósito es establecer los criterios bajo los cuales es posible considerar a unos restos óseos o a una descripción de un texto antiguo como evidencia de fauna doméstica y precolombina. En este apartado me limitaré a mostrar las pertenecientes al primer grupo y las restantes se describirán más adelante.

El inicio de las investigaciones sobre animales domésticos en el mundo antiguo lo encontramos en los estudios de Childe,[2] los cuales indicaban que, al final del Pleistoceno, la extinción de la megafauna y los cambios ambientales derivados del fin de la era glaciar, transformaron profundamente el modo de vida de las comunidades humanas. Él consideró que hace unos 9000 años los desiertos ocuparon amplias zonas, lo que obligó a hombres y animales a migrar hacia los oasis, sitios en los cuales se realizó la domesticación de plantas y posteriormente la de animales. Childe indicó que los campos de cultivo

[1] Valadez, *La domesticación animal.*
[2] Childe, *Los orígenes de la civilización*, pp. 85-130.

fueron un poderoso atractivo para los ancestros de los primeros animales domésticos (perros, borregos y cabras), además de que el excedente de alimento permitió a estas personas darse a la tarea de conocer mejor a esta fauna en vez de sólo cazarla, factores que al unirse y prolongarse a través de los años permitió al hombre domesticar a estos organismos.

Posteriormente estas ideas fueron reevaluadas y modificadas por estudios arqueológicos en el Medio Oriente,[3] aunque el esquema de la domesticación de animales no se alteró demasiado: el proceso se había dado como producto de un momento en la historia del hombre en la cual se impulsó la producción continua y organizada de alimentos (domesticación), quedando relegada la cacería y la recolección a patrones básicos de subsistencia.

Sobre cómo se inició la domesticación animal en Medio Oriente, en este momento se tiene una imagen clara del proceso,[4] la cual consistió fundamentalmente en los siguientes pasos:

–El proceso lo iniciaron grupos cazadores-recolectores hace unos 12,000 años, o sea, antes del origen de la agricultura.
–Los organismos participantes fueron borregos (*Ovis orientalis*) y cabras (*Capra aegagrus*); 3000 años después se incorporaron al proceso los cerdos (*Sus scrofa*) y los bovinos domésticos (*Bos taurus*).
–Los móviles humanos básicos fueron la obtención de carne, leche, piel y huesos.
–El modelo de domesticación de borregos y cabras maneja la vida social de estos animales como aspecto clave, ya que considera que el control de estas especies se basó en el instinto de formar manadas y seguir a un líder. La cacería de estos organismos era una actividad común, aunque en ocasiones se dejaba con vida a las crías para que sirvieran de reserva alimenticia, lo que permitió a estos hombres aumentar su conocimiento sobre ellos y percatarse de que dichas crías tomaban fácilmente al grupo humano como propio hasta que alcanzaban la edad adulta. Esta fase, denominada "de cautiverio", se prolongaría hasta que estos ejemplares alcanzaron un nivel de control tal que su reproducción se realizó dentro del ámbito humano. La necesidad de asegurar el abasto continuo de alimento sería, en todo momento, el móvil principal para el hombre, tanto por la carne como por la leche que obtenían de las hembras (véase figura 1).

[3] Braidwood, "The Agricultural Revolution".
[4] Leonard, *La revolución del Neolítico*, pp. 75-93.

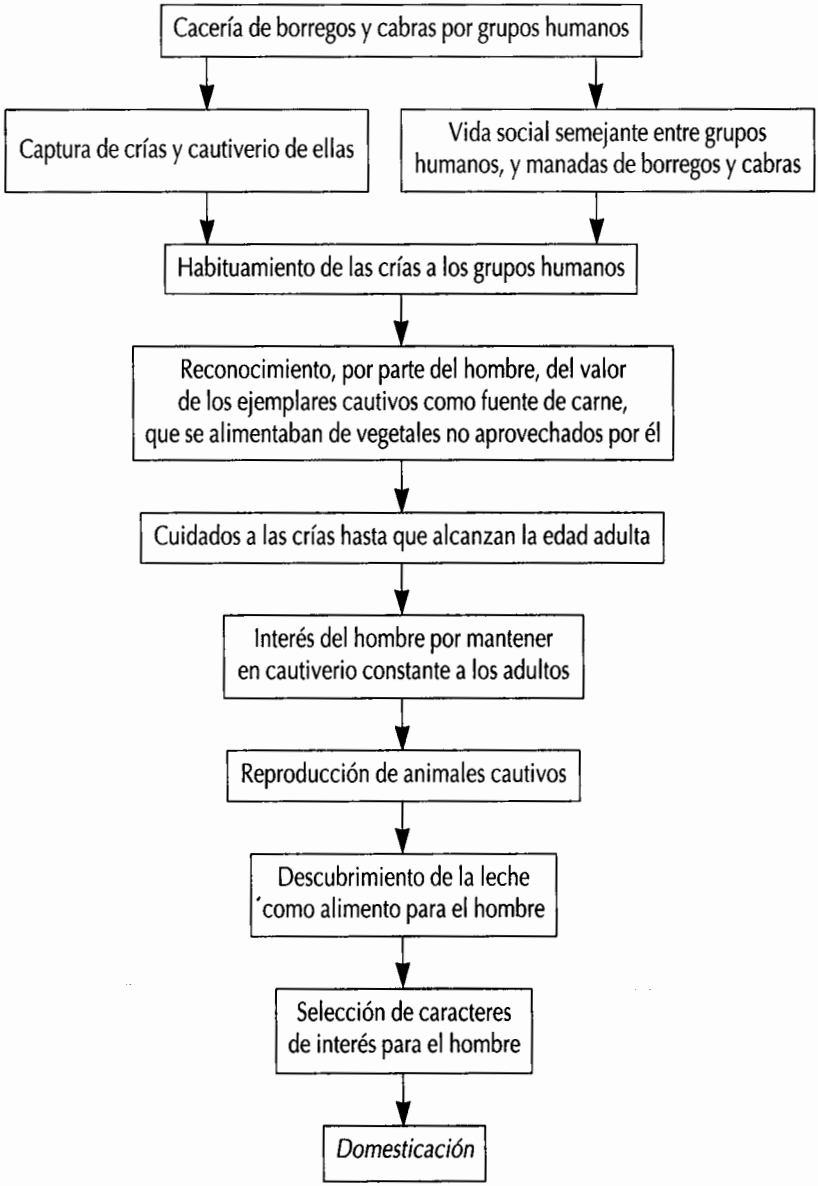


Figura 1. Esquema general del proceso de domesticación de borregos y cabras en el Medio Oriente.

Con respecto a Mesoamérica, los arqueólogos Richard MacNeish y Kent V. Flannery iniciaron, a mediados de los sesenta, sus estudios sobre ocupaciones humanas prehistóricas en el valle de Tehuacán[5] y en Oaxaca[6] con el fin de conocer los patrones de subsistencia de estos grupos humanos, su organización y los pasos que se habían dado desde comunidades de cazadores-recolectores de finales del Pleistoceno (10,000 años antes del presente) hasta el desarrollo de los asentamientos agrícolas.

Los resultados de esas investigaciones indicaron que la extinción de la fauna pleistocénica obligó efectivamente a cambiar los patrones de subsistencia y depender más de las plantas y de la fauna restante. Con respecto a los vegetales, este cambio derivó posteriormente en la agricultura; sin embargo los patrones de cacería y recolección vinculados con la explotación de animales continuaron sin cambios hasta que en el Valle de Tehuacán, en el 3200 aC, aparecieron los primeros registros de perros (*Canis familiaris*) y en el 180 dC los de guajolote (*Meleagris gallopavo*). Los resultados obtenidos no encajaban con el modelo de Childe y la conclusión lógica fue que en Mesoamérica la domesticación animal había sido un proceso muy rezagado con respecto a la de plantas y, por lo tanto, de escaso o nulo valor dentro de la historia del México precolombino. Los posteriores estudios[7] no alteraron estas conclusiones.

Quizá el primer caso de investigación arqueológica en México en la cual se habla sobre un proceso de domesticación animal se encuentra en el trabajo de Charles Di Peso en Casas Grandes, Chihuahua.[8] Las excavaciones mostraron que en Paquimé, en el periodo medio (siglos XI-XIV),[9] existieron áreas en las cuales se realizaba un trabajo especializado con guacamayas rojas (*Ara macao*). Se encontraron restos de más de 300 ejemplares de todas las edades, desde huevos hasta adultos, asociados a actividades sacrificatorias y fúnebres, y se concluyó que estos animales se habían logrado domesticar y se mantenían encerrados en cuartos de adobe en una sección denominada "la casa de las guacamayas".

[5] Flannery, "Vertebrate Faunal and Hunting Patterns", pp.132-177.

[6] Flannery y Wheeler, "Animals Food Remains from Preceramic Guilá Naquitz".

[7] Flannery y Wheeler, "Animals Food Remains..."; Niederbergerаé, *Paléopaysages et archyologie preturbaine du bassin de Mexico*; Whalen, "Excavation at Santo Domingo Tomaltepec, Evolution of a Formative Community in Valley of Oaxaca, Mexico".

[8] Di Peso y Fenner, *Casas Grandes. A Fallen Trading Center of the Grand Chichimeca*, vol. 8.

[9] Guevara, "Oasisamérica en el Posclásico, La zona de Chihuahua", pp. 341.

Jesús Nárez[10] realizó en 1988 un estudio recopilativo sobre las abejas de época prehispánica. Menciona lo que diversas fuentes coloniales citan sobre estos organismos, la forma como se explotaban, las evidencias sobre la condición doméstica de varias de estas especies, los productos que se obtenían y su relación con la religión mesoamericana.

Aunque no ligados directamente con el proceso de domesticación en el México prehispánico, uno de los autores publicó varios artículos entre 1986 y 1990,[11] en los cuales se hace referencia a restos de guajolotes encontrados en contextos del Preclásico de la Cuenca de México y a especies que en algún momento eran manipuladas y mantenidas cautivas (por lo menos). De estos estudios y algunos otros se derivan varios aspectos básicos:

- –Los guajolotes eran un recurso animal de especial importancia para los asentamientos humanos que fueron estudiados (Terremote-Tlaltenco, D.F., Cuanalan y Temamatla, Estado de México).
- –Al comparar estos datos con otros derivados de anteriores estudios, se concluye que los guajolotes fueron organismos empleados como alimento y ofrenda, además de que también aparecen en entierros específicos.
- –En Teotihuacan y Tula se habían dado momentos en los que ciertas especies animales habían permanecido por lo menos cautivas. En la unidad residencial de Oztoyahualco, Teotihuacan (15B:N6W3), los conejos (*Sylvilagus floridanus* y *Sylvilagus cunicularius*) fueron un ejemplo muy claro de ello,[12] y en Tula, Hidalgo, los organismos participantes fueron los borregos cimarrones (*Ovis canadiensis*),[13] la guacamaya verde (*Ara militaris*) y el loro occidental (*Amazona finschi*).[14] Estos datos indicaron que los procesos de control y manejo de especies animales era algo relativamente común en época prehispánica y que por tanto la domesticación de algunas especies animales durante el Clásico o Posclásico era una opción viable.

La obra mexicana más reciente que aborda el tema fue escrita por uno de los autores[15] y publicada en 1996. Con respecto al tema que nos atañe, en el

[10]Nárez, "Algunos datos sobre las abejas y la miel en época prehispánica".

[11]Serra y Valadez, "Fauna de Terremote-Tlaltenco, D.F."; Valadez y Paredes, "Restos de *Ovis canadiensis* en el centro de México"; "Un entierro de aves en la antigua ciudad de Tula, Hidalgo"; Valadez, "Fauna identificada en las excavaciones de Temamatla, Estado de México"; *Impacto del recurso faunístico en la sociedad teotihuacana;* "Macrofósiles faunísticos".

[12]Valadez, "Macrofósiles faunísticos", pp. 734-749.

[13]Valadez y Paredes, "Restos de *Ovis canadiensis...*".

[14]Valadez y Paredes, "Un entierro de ave...".

[15]Valadez, *La domesticación...*".

libro se muestra una lista de cuatro tipos de abejas y 12 especies de vertebrados que fueron domesticados en época prehispánica, indicándose las bases que existen para llegar a dicha conclusión y el papel que jugaron estos organismos en el México antiguo.

Aunque existieron numerosos cronistas que en el siglo XVI describieron la fauna de la región, sólo hay dos obras que de forma indirecta tocan el tema de animales domésticos sin limitarse a perros y guajolotes. En el *Códice Florentino*[16] y en *La historia natural de las cosas de la Nueva España,*[17] los autores describen la fauna mesoamericana, y en diversas ocasiones señalan casos de organismos que vivían en permanente interacción con el hombre, que eran criados en jaulas o eran mantenidos entre la gente. Al revisar estos datos y compararlos con la actualidad es fácil concluir que varias de las especies de pericos y aves de canto, que en esta época son animales domésticos, ya habían alcanzado esta condición antes del siglo XVI.

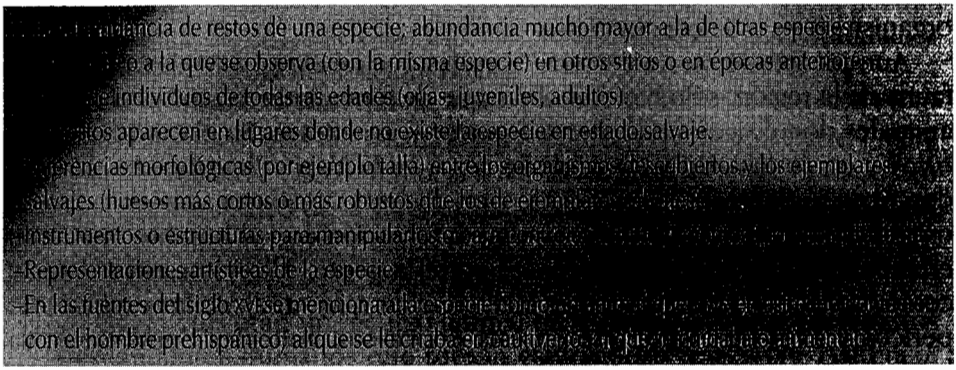
Criterios para definir la presencia de un animal doméstico en contexto arqueológico

Las bases para determinar si unos restos óseos pueden pertenecer a un animal doméstico fueron dadas por Sandor Bökönyi.[18] Él define que cualquier material óseo faunístico puede incluirse en una de tres alternativas: restos de un ejemplar salvaje, de uno cautivo (de origen salvaje pero mantenido en cautiverio por el hombre) o de uno doméstico, y además establece criterios para distinguir en el contexto arqueológico cada una de las tres opciones. Dichos criterios se han modificado al paso del tiempo, pero la lógica es la misma (véase cuadro 1):

1. *Abundancia.* Una desproporcionada abundancia de restos de una especie puede indicar que era doméstica o se le mantenía cautiva, sobre todo cuando dicha abundancia es visible al comparar diferentes épocas o sitios contemporáneos.
2. *Restos de individuos de diferentes edades.* La presencia de restos de crías, juveniles y adultos de la misma especie en un sitio es evidencia de que su ciclo de vida se cubría dentro del ámbito humano, o sea que muy probablemente se trataba de una especie doméstica.

[16] Sahagún, *Códice Florentino,* V III, libro 11.
[17] Hernández, *Historia natural de las cosas de la Nueva España. Obras completas.* t. III, tratado V.
[18] Bökönyi, "Archaeological problems and methods of recognizing animal domestication".

Cuadro 1. Parámetros para considerar como doméstico a un animal descubierto en contexto arqueológico



Nota: El descubrimiento de restos óseos que cubren más de cinco de estas condiciones indica que los organismos descubiertos muy probablemente eran animales domésticos.

3. *Los restos aparecen en sitios en donde no hay poblaciones salvajes de la especie.* Este dato nos indica que los animales descubiertos llegaron al sitio por medio del hombre. Si los restos son escasos puede considerarse la opción de cautiverio, pero si su número es alto, entonces esto demuestra domesticación.
4. *Diferencias morfológicas.* Diferencias a nivel osteológico entre ejemplares salvajes y los descubiertos en contexto arqueológico demuestran con frecuencia variabilidad inducida por selección artificial, lo cual es evidencia de domesticación.
5. *Instrumentos o artefactos para controlar sus movimientos.* Indispensables para el trabajo con animales cautivos o domésticos.
6. *Representaciones artísticas de la especie.* Lo cual demuestra nexos profundos y arraigados de dicho animal con la cultura estudiada.

El manejo simultáneo de estos parámetros lleva hacia la alternativa más viable; un animal de origen salvaje no encajaría con estos criterios, salvo el número seis; como cautivo se catalogaría a uno cuyos restos tendrían características compatibles con los aspectos uno, tres, cinco y seis, y para asignarle a un animal la categoría de doméstico sería necesario que los materiales estudiados estuvieran acordes, por lo menos, con los criterios uno al cinco.

Aunque este esquema es sumamente sencillo y práctico, en ocasiones no es tan fácil de manejar, sobre todo en países como México, en donde casi nun-

ca se ha tenido interés en el rescate y estudio de restos animales. Son pocas las obras en las que se enlistan los restos óseos encontrados y casi nunca se realizan investigaciones que busquen obtener datos relacionados con la domesticación o cautiverio de animales.

Aunque puede suponerse que el análisis de informes técnicos, artículos o libros en los que aparecen listas de animales identificados son un medio adecuado para obtener datos relativos a fauna doméstica, lo cierto es que no es así, ya que la lista como tal no indica nada sobre abundancias, distribución de edades, modificaciones morfológicas o instrumentos especializados. Es normal indicar la presencia de organismos que ahora catalogamos como domésticos, pero su simple presencia no garantiza nada, sobre todo cuando estos ejemplares existieron en sitios donde también había poblaciones salvajes de la misma especie. Un caso típico de esto es el guajolote (*Meleagris gallopavo*), al que siempre se le ubica como especie doméstica, pero sólo porque sabemos que se domesticó, no porque en los estudios arqueológicos el investigador haya buscado evidencias de ello.

Bajo estas circunstancias, es necesario aclarar que la lista de animales que aparecen en este capítulo bajo el rubro de "doméstico" se consideran como tales porque existen diversas evidencias que permiten rebasar la posibilidad de que se tratara sólo de especies salvajes y al mismo tiempo pueden ubicarse como algo más que animales cautivos, pero ciertamente aún estamos lejos de alcanzar un nivel de estudios tal que permita aplicar fácil y rápidamente los criterios que aparecen en el cuadro 1.

Fuentes históricas del siglo XVI

Como se señaló, existen varias obras de principios de la Colonia[19] de especial valor, pues a través de ellas pueden obtenerse datos sobre animales domésticos prehispánicos. En estas obras aparecen descripciones de aves diversas y abejas en las que se señala su uso en prácticas religiosas o como fuente de alimento y materia prima (cera, plumas), aclarándose además que a estos organismos se les mantenía en jaulas o en estructuras hechas por el hombre, se reproducían en dichas jaulas o junto a las casas, y los hombres las alimentaban y cuidaban. Todos estos datos demuestran por lo menos cautiverio pero,

[19] Clavijero, *Historia antigua de México*, pp. 39-40; *Códice Mendocino*; Hérnández y Ximénez, *Plantas, animales y minerales de Nueva España*, pp. 270-272; Hernández, *Historia natural de...*"; Sahagún, *Códice Florentino*.

si como lo señalan estas crónicas los animales se reproducían fuera de su ambiente natural, entonces lo factible es creer que se trató de especies domésticas.

Factores humanos que impulsaron la domesticación animal en el México prehispánico

Los datos de que disponemos indican que el primer proceso de domesticación para este territorio se relacionó con el guajolote (*Meleagris gallopavo*). Basándonos en la información arqueológica disponible es necesario concluir que el momento en que alguien logró por primera vez controlar y manipular el ciclo de vida de algunas de estas aves fue hace 3,500 o 4,000 años (véase figura 2), época en la cual los grupos humanos vivían en "macrobandas estacionales".[20] Pero es necesario enfatizar que no existe ningún dato relacionado con culturas o asentamientos humanos en los que se hayan encontrado evidencias de guajolotes salvajes cautivos o en proceso de domesticación, por lo que esta fecha parte sólo de comunidades del Preclásico en las que ya existían ejemplares domésticos hace 2,000 a 3,000 años.[21] Dado que el proceso se llevó a cabo durante el Protoneolítico (7000-3200 aP),[22] periodo poco estudiado más aún en lo que respecta a la fauna, y que no se conoce el sitio probable en el que se realizó, entonces es por demás obvio que aún falta mucho para disponer de un dato exacto acerca de dónde se inició la domesticación animal en México.

Íntimamente ligado al proceso está lo referente al valor que tuvo el recurso faunístico salvaje a lo largo de todo el periodo prehispánico. Independientemente de cuántas especies se explotaron y en qué proporción lo salvaje y lo doméstico participaron como fuente de alimento y materia prima, lo cierto es que la cacería y la recolección de animales fue un proceso continuo, constante y de suma importancia para estas culturas.[23] Afortunadamente ya poseemos pruebas de que este patrón de subsistencia no implicó subali-

[20] McClung y Zurita, "Las primeras ...", pp. 219- 226.

[21] Manzanilla, "El sitio de Cuanalan en el marco de las comunidades preurbanas del valle de Teotihuacan"; Niederberger, *Paléopaysages et...*, t. I, pp 263, 315; Serra y Valadez, "Fauna de..."; Ramírez, *Temamatla, una visión del horizonte Preclásico desde la Cuenca de México*, pp. 228-238; Valadez, "Fauna identificada en las excavaciones...".

[22] Mirambell, "Los primeros pobladores del actual territorio mexicano", p. 201.

[23] Valadez, "Algunos aspectos sobre aprovechamiento de los recursos salvajes, alimentación y modelos de estudio en comunidades prehispánicas de la Cuenca de México".

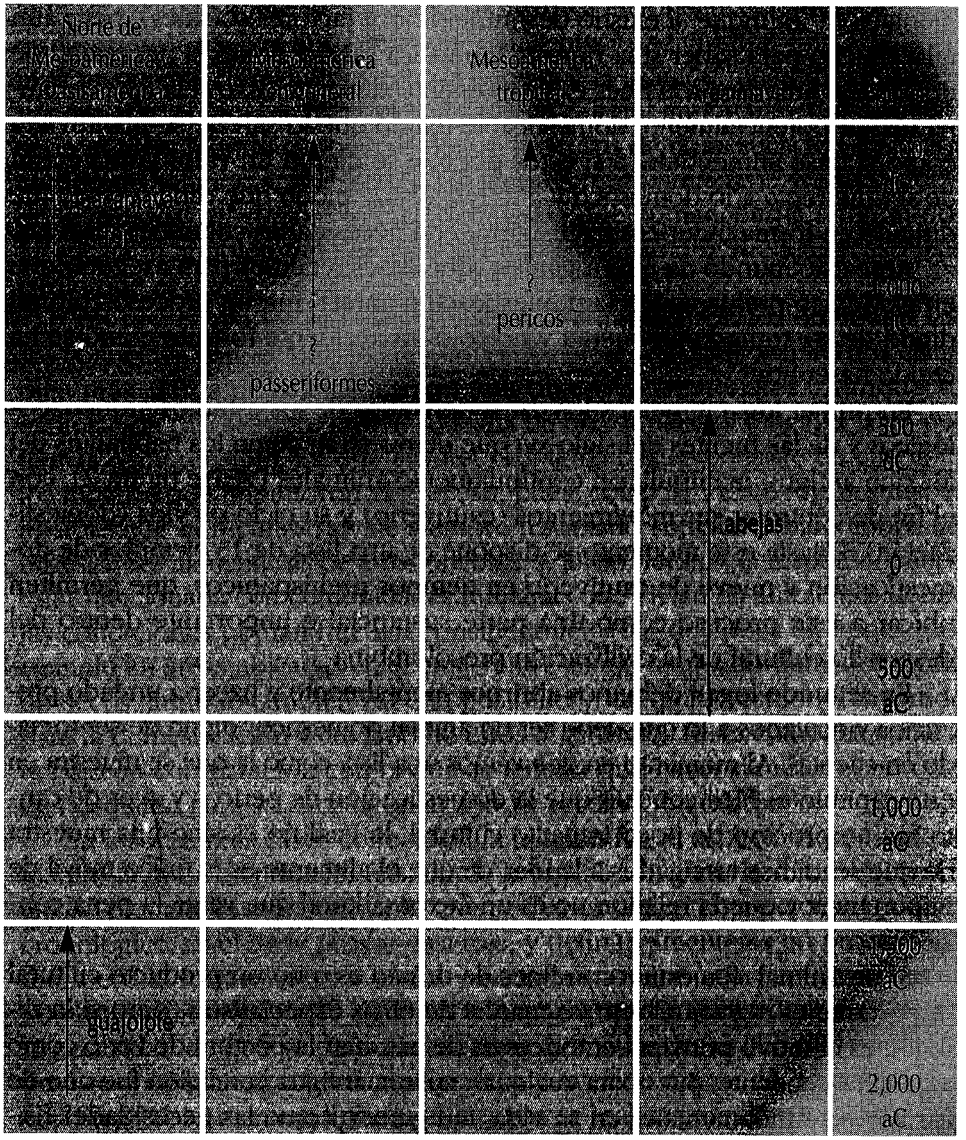


Figura 2. Especies o grupos de animales que se domesticaron en época prehispánica y época probable en que se dio el proceso. La flecha indica el momento en que el proceso había concluido y los organismos continuaron como fauna doméstica hasta el presente.

mentación[24] (aunque sí existió desnutrición por factores sociales), pero aún falta mucho para saber si la riqueza faunística salvaje limitó la necesidad de domesticar animales con fines exclusivamente alimenticios, o si la falta de fauna mayor potencialmente domesticable exigió que lo salvaje se mantuviera como la base alimenticia, o si estos pueblos le dieron un valor y una razón de ser diferente a lo doméstico y a lo salvaje, de modo que cada recurso fue dirigido en forma independiente, cubriendo necesidades culturales distintas.

Ante este mundo de interrogantes, ¿qué bases tenemos para asegurar que en el México prehispánico la domesticación animal fue un proceso cultural digno de ser tomado en cuenta y no sólo un accidente fortuito como se ha creído hasta hoy?

En primer lugar, tenemos los datos derivados de los estudios arqueozoológicos y de las fuentes del siglo XVI que demuestran cómo los habitantes del México antiguo manipularon continuamente animales (véase figura 2), con el fin de controlar sus movimientos (cautiverio) y su ciclo de vida (domesticación).[25] Hasta este momento se dispone de una lista de 13 ejemplos de domesticación y nueve de cautiverio en tiempos prehispánicos, que permiten ubicar a este proceso como una parte sustancial e importante dentro del desarrollo cultural de la civilización precolombina.

En segundo lugar, debemos abrirnos mentalmente y hacer a un lado prejuicios vinculados a lo que debe ser un animal doméstico "digno de ser tomado en cuenta". Al momento en que vemos una lista como la que se muestra en este capítulo es fácil concluir que la domesticación de pericos y aves de canto fue un proceso de poco impacto cultural, lo cual no es sino una muestra de que seguimos arraigados a la idea de que el alimento es el único móvil de importancia y que la religión no es un factor cultural que valga la pena considerar.

Si un animal doméstico con fines de ornato es o no un producto cultural importante es algo que dejo en manos de otros especialistas; pero si la religión es el móvil principal entonces es de extrañar la postura de verlo como algo intrascendente, pues para cualquier cultura antigua la religión fue uno de los valores fundamentales en su vida, tan grande como las necesidades físicas del cuerpo, sin olvidar el valor que tenía como factor de unión social. Bajo esta idea es incongruente mantener la postura de sólo conceder valor cultural

[24] Valadez, *Impacto del...*
[25] Valadez, *La domesticación...*, pp. 17-28.

a un proceso de domesticación animal ligado a factores materiales, realizado en la prehistoria por hombres que tenían una base cultural limitada, y simultáneamente desechar los casos en los que la religión fue el móvil básico y, por tanto, el proceso tuvo un antecedente cultural importante. Curiosamente en el Viejo Mundo también se dieron procesos de domesticación ligados a cuestiones religiosas, por ejemplo el gato (*Felis domesticus*)[26] y el pez dorado (*Carassius auratus*),[27] lo cual demuestra que la mancuerna religión-domesticación también tuvo un carácter universal, aunque fue un suceso más tardío que el otro.

Con respecto a los móviles humanos que impulsaron los diferentes casos conocidos para el México antiguo, el guajolote y la abeja son los dos ejemplos más claros de domesticación con objetivos "materiales", aunque su explotación casi siempre estuvo rodeada de una atmósfera religiosa, algo por demás comprensible. En este caso el problema básico consiste en entender los móviles que impulsaron el proceso, pues, como se indicó líneas atrás, es posible que el recurso salvaje siempre haya sido suficiente para cubrir las necesidades alimenticias de estos pueblos. A juicio nuestro, la respuesta puede estar relacionada con comunidades humanas que vivían en ambientes donde las condiciones podían fluctuar considerablemente de época en época, por ejemplo en áreas ubicadas en el límite entre climas templado-húmedos y cálido-secos, aunque también cabe la posibilidad de que el esfuerzo invertido para la domesticación y cuidado de estos organismos fuera comparativamente bajo en comparación con el que se tendría que hacer durante el proceso de búsqueda para su cacería (guajolote) y recolección (abejas).

En los restantes casos conocidos, la religión fue el aspecto clave, aunque manifestado de diversas formas, desde prácticas adivinatorias hasta el comercio de plumas. El único ejemplo que podemos ubicar con exactitud, a nivel cronológico, es el de la guacamaya roja, y definitivamente es un proceso tardío; pero la infraestructura social y económica necesaria para impulsar su domesticación requería de algo más que macrobandas semisedentarias, de ahí la necesidad de que se diera en la época de mayor desarrollo de Paquimé.[28] En éste y en los restantes casos (pericos y aves de canto) de domesticación con fines básicamente religiosos el proceso se realizó cuando ya existían ciertos requisitos:

[26] Valadez, *La domesticación...*, p. 53.
[27] Grizmek, *Animal Life Encyclopedia*, vol. 4, pp. 346-350.
[28] Guevara, "Oasisamérica en ...", p. 341.

–Sedentarismo, ya que el manejo de los organismos, su inclusión en jaulas, los cuidados a las crías y demás hubieran sido difíciles de realizar por personas que vivían dentro de grupos nómadas.
–Recursos económicos suficientes para apoyar el proceso sin tener que descuidar las necesidades vitales. En condiciones de vida nómada con un patrón de subsistencia de cacería y recolección, hay pocas posibilidades de que la gente pueda desviar energía y tiempo hacia actividades que no van a repercutir directamente en la satisfacción de sus necesidades básicas.
–Un estilo de vida controlado en gran parte por actividades vinculadas con la religión, lo cual impulsaría a la gente a participar en el proceso por los beneficios religiosos que se obtendrían.

Por tanto, consideramos que la domesticación de pericos y aves de canto debió realizarse a final del Preclásico, cuando la agricultura, el sedentarismo y la organización social permitieron a esta gente invertir la energía y el tiempo necesarios. Las evidencias que se conocen hasta este momento apoyan esta alternativa.

La domesticación en el ámbito cultural del México antiguo

Las especies animales que podemos considerar domésticas en el México antiguo son catalogadas como tales a partir de dos tipos de datos: los restos arqueozoológicos y contexto en que se encontraron, y las fuentes del siglo XVI, principalmente fray Bernardino de Sahagún[29] y Francisco Hernández.[30] Los aspectos específicos por considerar están descritos en el cuadro 2, el cual se tomará al momento de abordar cada especie o grupo de éstas.

Un dato importante es que la reconstrucción de procesos que condujo a la domesticación de cada caso descrito parte del planteamiento básico que Sandor Bökönyi[31] propuso al describir el origen de la fauna doméstica del Medio Oriente y su expansión en Europa, aunque obviamente ajustado a nuestros intereses.

[29] Sahagún, *Códice Florentino,* vol III, libro 11.
[30] Hernández, *Historia natural de las cosas...*
[31] Bökönyi, "Domesticación y cría temprana de animales en Europa central, oriental y meridional", pp. 175-180.

Cuadro 2. Comparación entre los diferentes grupos de animales domésticos prehispánicos, las fuentes de datos más importantes, las evidencias que nos permiten considerarlos como tales y la época en la que ya existen pruebas sobre dicha condición.

Organismos	*Fuentes de información*	*Lugares con las evidencias más tempranas*	*Época en la que existen pruebas de la existencia de ejemplares domésticos*	*Tipos de evidencias*
Guajolote	Restos óseos	Tlatilco, Tamaulipas, Guanajan	3000-2800 años antes del presente	Alta abundancia, similitud con ejemplares domésticos actuales, individuos de diferentes edades, iconografía
Guacamaya roja	Restos óseos	Paquimé	940-660 años antes del presente	Alta abundancia, presencia de organismos fuera de su área natural de distribución, individuos de diferentes edades, estructuras para su manejo, representaciones artísticas
Pericos	Restos óseos, *Códice Florentino*, Hernández	Paquimé, Tula, zona zapoteca	1200-1100 años antes del presente	Presencia de organismos fuera de su área natural de distribución, individuos de diferentes edades, estructuras para su manejo, datos escritos sobre su manejo, crianza y convivencia con el hombre
Aves de canto	*Códice Florentino*, Hernández		Posclásico	Datos escritos sobre su manejo, crianza y convivencia con el hombre
Abejas	Diversos textos coloniales del área maya	Área maya	Posclásico	Datos escritos sobre su manejo, crianza y convivencia con el hombre

El guajolote (Meleagris gallopavo)

Como se mencionó, la domesticación del guajolote es, hasta donde sabemos, el primer proceso de su tipo en el México antiguo, del cual, por desgracia, no disponemos de nada más que la certeza de que se realizó antes del Preclásico; sin embargo, la información disponible proporciona suficientes datos para elaborar un cuadro general del proceso y, sobre todo, para saber en qué dirección debemos enfocar nuestro esfuerzo a futuro.

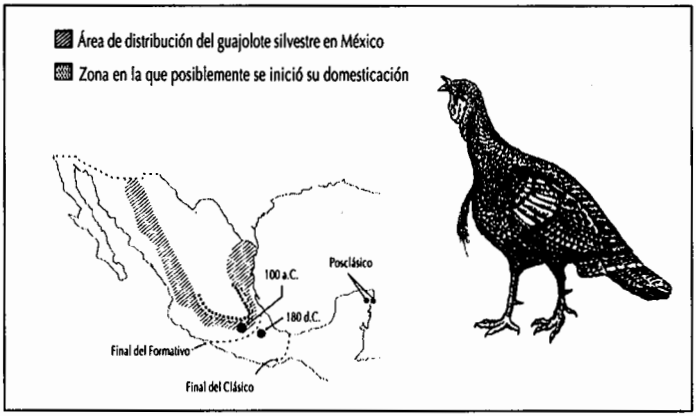
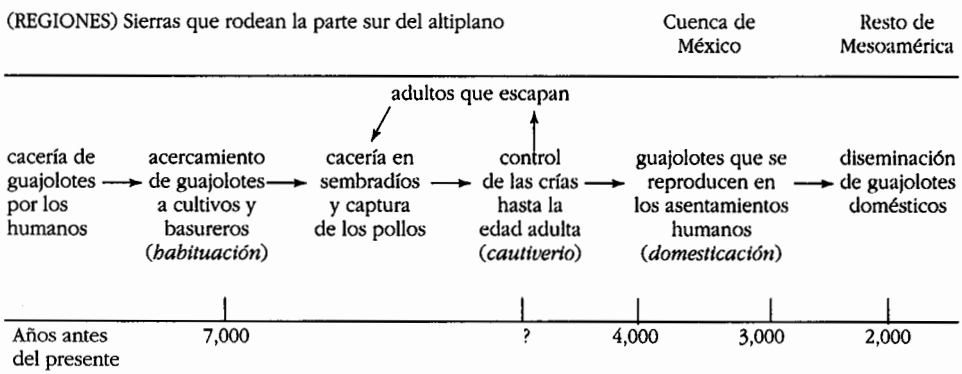


Figura 3. Distribución original del guajolote silvestre (*Meleagris gallopavo*), difusión en Mesoamérica y proceso de domesticación.



En 1986 se publicaron los estudios realizados en Guilá Naquitz,[32] zona en la que se habían estudiado las comunidades humanas que habitaron la región entre 12,900 y 8700 años antes del presente. Un dato fundamental es que no existió una sola evidencia de guajolotes: los salvajes no estuvieron representados porque la zona se encuentra muy lejos de su área de distribución y los domésticos, porque aún no existían o porque esa gente no los conocía.

El dato sobre la distribución natural de las poblaciones salvajes es de vital importancia, ya que su domesticación se tuvo que realizar dentro de esa zona, lo cual no es más que una condición lógica dentro del proceso. Dicha distribución abarcó la mayor parte de los bosques de pino-encino, desde el norte de los Estados Unidos hasta la Sierra Madre Occidental, el Eje Neovolcánico y la Sierra Madre Oriental.[33]

Por todo ello no es de extrañar que los más antiguos registros conocidos de guajolotes domésticos pertenezcan al Preclásico de la Cuenca de México y que en estos casos se muestre como un organismo de uso continuo, ligado a actividades alimenticias y rituales. Cuanalan (Estado de México),[34] Cuicuilco (D.F.), Tlatilco (Estado de México),[35] Terremote-Tlaltenco (D.F.)[36] y Temamatla (Estado de México)[37] fueron aldeas y centros preurbanos[38] donde se han registrado restos de guajolotes, entre los siglos X y I antes de nuestra era. Debido a que los restos estudiados incluyen crías y adultos, y los huesos de estos últimos no muestran ninguna diferencia con respecto a los ejemplares domésticos actuales (véase cuadro 2, figura 3), todo indica que en la Cuenca de México, en el Preclásico, el proceso de domesticación del guajolote ya era un hecho consumado.

Las obras publicadas distan mucho de ser suficientes para tener una idea firme acerca de los primeros pasos de este organismo en la región, pero al menos sabemos que los registros más antiguos se remontan unos 2,800 o 3,000 años hacia atrás y que se descubrieron en Tlatilco.[39] Desgraciadamente no hay datos publicados sobre el contexto en que se encontraron estos primeros ejemplares, aunque dada la orientación de estos proyectos, lo más lógico es que se encontraron como parte de una ofrenda fúnebre.

[32] Flannery y Wheeler, "Animals Food Remains...".
[33] Grizmek, *Animal Life Encyclopedia*, vol. 8, pp. 19-20.
[34] Manzanilla, "El sitio de Cuanalan en el marco de las comunidades preurbanas del valle de Teotihuacan".
[35] García, *San Luis Tlatilco, México*.
[36] Serra y Valadez, "Fauna de Terremote...".
[37] Valadez, "Fauna identificada en las excavaciones...".
[38] Sarmiento, "La creación de los primeros centros de poder", pp. 261-274.
[39] Niederberger, *Paléopaysages et...*, t. I, pp. 263, 315.

Acerca de si la Cuenca de México participó en el proceso de domesticación es algo que no sabemos, aunque lo consideramos poco probable debido a que en los estudios realizados por Niederberger[40] no aparecen restos de guajolotes cautivos, en proceso de domesticación o al menos en alguna fase anterior al Preclásico, dato importante porque refuerza la idea de que los ejemplares descubiertos en la zona eran domésticos y que el proceso de domesticación se había realizado con anterioridad en otro sitio.

Durante los siguientes 600 años el organismo se dispersó por las diferentes comunidades del Preclásico medio de la Cuenca de México y quizá en los valles de Puebla, Toluca y Morelos. Algunos de los restos de esta ave que se encontraron en Temamatla tienen unos 2400 años de antigüedad[41] y en Cuanalan parecen ser de hace 2300 años.[42] En una ocasión tuvimos la fortuna de ver la fotografía de un guajolote que aparecía como un entierro específico en Cuicuilco, y en Terremote-Tlaltenco fue una especie muy abundante que también apareció en entierros. Los datos de estos hallazgos permiten visualizar a dicha especie como parte importante de la alimentación de estas personas, pero también como parte de ofrendas y a veces como parte de ceremonias funerarias en las que esta ave era la figura principal.

La abundancia de restos es algo que sólo conocemos para Terremote-Tlaltenco[43] y Temamatla.[44] Los números fluctúan entre el 15 por ciento y el 40 por ciento con respecto al total de aves identificadas, lo que ubica al guajolote como un recurso de importancia equivalente a los patos, los conejos o los perros.

Un aspecto por destacar es que la diversidad de usos mencionada para el Preclásico en la Cuenca de México, se perdió o modificó en el Clásico, pues en Teotihuacan sólo aparecen asociados a actividades alimenticias, aunque para el Posclásico Sahagún[45] lo ubica como un organismo al que se le adjudicaba un enorme valor religioso. Otra variación importante sobre su uso corresponde a los grupos chichimecas, los cuales lo emplearon sólo dentro de actividades religiosas y para el arte plumario, por lo menos hasta el año 900 de nuestra era.[46]

[40] Niederberger, *Paléopaysages et...*
[41] Ramirez, *Temamatla, una visión del horizonte Preclásico desde la Cuenca de México*, pp. 228-238.
[42] Manzanilla, "El sitio de Cuanalan en el...".
[43] Serra y Valadez, "Fauna de...", p. 187.
[44] Ramirez, *Temamatla, una visión...*; Valadez, "Fauna identificada en las excavaciones..., pp. 81-82.
[45] Valadez, *La domesticación...*, pp. 78-81.
[46] Di Peso y Fenner, *Casas Grandes...*, pp. 273-275.

Además de esta información, existen datos arqueozoológicos provenientes del valle de Tehuacán,[47] los cuales indican que hasta el 180 de nuestra era aparecieron guajolotes domésticos en la zona. Mary Pohl[48] y Nancy L. Hamblin[49] señalan que en el Posclásico, en Cozumel, se encuentran sus primeros registros y esto prueba intercambio o comercio entre la región maya y el centro. En Tulum y El Meco, en años pasados, uno de los autores identificó restos de esta ave, también pertenecientes al Posclásico, lo que apoya la idea de que en esta época ya existían en la península de Yucatán.

Pohl y Hamblin indican que la tardía llegada de estos organismos a la región maya se explica, en parte, porque la especie importante en sus prácticas funerarias fue el guajolote ocelado (*Meleagris ocellata*) y que ésta era la ave que se representaba en su iconografía. Pohl indica que esta explotación continuó hasta que las poblaciones salvajes se hicieron escasas, y fue entonces cuando se promovió el uso del guajolote doméstico.

Como apoyo a estas autoras está la circunstancia de que no hay datos publicados que sustenten con pruebas la presencia de guajolotes domésticos en comunidades mayas del Clásico, pues aun las obras más extensas[50] se limitan a indicar su presencia en la región empleando las fuentes del siglo XVI; por otra parte, en fecha reciente se comentó este tema con la maestra en biología Lourdes Navarijo, especialista en iconografía zoomorfa mesoamericana, quien señaló que había estudiado en varias ocasiones colecciones de vasijas mayas del Clásico y que, curiosamente, el guajolote nunca era representado.

Todos estos datos refuerzan la opción de que el guajolote doméstico fuese un organismo desconocido por los mayas hasta el Posclásico, lo cual, aunque peculiar, no es inexplicable, dado que se trataba de la región mesoamericana más lejana de su zona de origen, en la cual existía una especie equivalente y en donde la enorme diversidad faunística limitaría la necesidad humana de promover su importación y crianza. Por todo esto, la alternativa de que los guajolotes domésticos llegaran al área en el Posclásico es, en este momento, muy probable.

Anteriormente se señaló que los restos óseos más antiguos de guajolotes domésticos pertenecen al Preclásico de la Cuenca de México, pero eran ejemplares producto de una primera expansión realizada después de que se dio

[47] Flannery, "Vertebrate Faunal and...".
[48] Pohl, "Maya Ritual Faunas, Vertebral Remains from Burials, Caches, Caves and Cenotes in the Maya Lowland", pp. 82-83.
[49] Hamblin, *Animal Use by the Cozumel Maya*, pp. 79-99.
[50] Sharer, *The Ancient Maya*, pp. 440-442.

su domesticación en alguna parte de su área de distribución natural (véase figura 3). El guajolote salvaje habitaba en la mayoría de las zonas de bosque de pino-encino, desde el eje Neovolcánico hasta el norte de Estados Unidos,[51] pero para nuestros propósitos la zona de importancia estaba ubicada en los bordes meridionales de la Sierra Madre Occidental, a lo largo del eje Neovolcánico o en la cara occidental de la Sierra Madre Oriental. Las razones para ello son:

–Como se indicó líneas atrás, es necesario partir de la idea de que el proceso se realizó en una región de clima fluctuante, una zona donde el bosque permitía la existencia de esta ave, pero que en largos periodos de sequía se hacía escasa, lo cual impulsaría a los grupos humanos a mantener ejemplares cautivos para disminuir un poco la presión de falta de alimento; por esta razón es necesario pensar que el proceso se realizó en los bordes de las sierras mencionadas, donde los bosques de pino-encino colindan con zonas de clima seco.

–Esta necesidad de control de los guajolotes salvajes la sentirían los grupos humanos establecidos en territorios donde los recursos animales no eran tan abundantes o fáciles de cazar, o donde no existían especies de mediana o gran talla adaptadas al clima seco. En casi todo el territorio estadounidense, las praderas y bosques estaban ocupadas por manadas de bisontes (*Bison bison*),[52] un recurso animal de enorme abundancia y ampliamente explotado que limitaría la necesidad de domesticar a un animal de talla chica.

–De acuerdo con Di Peso,[53] dentro de la tradición chichimeca, por lo menos de los grupos del norte, no se dio el uso del guajolote como alimento hasta después del año 900 de nuestra era y en ese momento se limitó a cuestiones religiosas. Bajo la idea de que su domesticación se generó por necesidades alimenticias, es poco probable que el proceso lo realizaran grupos humanos que no tenían interés en usarlo como tal. No se puede cerrar la opción de que el origen del guajolote doméstico se ligara con aspectos religiosos, pero al considerar la probable época en que se dio el proceso y su uso múltiple en los sitios del Preclásico de la Cuenca de México, parece más probable que el proceso fuera impulsado por macrobandas ubicadas en sur del Altiplano que buscaban asegurar el abasto de carne.

[51] Blake, *Birds of Mexico. A Guide for Field Identification*, pp. 116-117.
[52] Hall, *The Mammals of North America*, vol. II, pp. 1024-1025.
[53] Di Peso y Fenner, *Casas Grandes...*, pp. 273-275.

Sobre cómo se realizó su domesticación (véase figura 3), es probable que los hombres pertenecientes a las macrobandas estacionales[54] tuvieran una larga tradición de interacción con la especie a través de la cacería, a lo cual se añadiría la atracción que ejercían los cultivos sobre las manadas de aves. Esta fase de pérdida parcial del temor hacia el hombre (habituación)[55] permitió aumentar el conocimiento humano de la especie y con frecuencia capturar a los pollos que quedaban desamparados después de cazar a los adultos. Aunque estas crías se convertirían en alimento, su instinto las llevaría a adoptar al grupo humano como propio, y con relativa facilidad los hombres las podrían mantener cautivas hasta la edad adulta. Debido a su carácter gregario, a su limitada capacidad de vuelo y a su vida social, esta fase de cautiverio poco a poco avanzaría hacia un momento en que los guajolotes cautivos se reproducirían dentro de las comunidades humanas, lo cual implicaría que ya se había alcanzado su domesticación.

Sólo podemos presuponer la posterior dispersión a partir de los pocos datos ya mencionados. Al inicio del primer milenio antes de nuestra era los guajolotes domésticos ya existían en la Cuenca de México y en zonas cercanas, y para el final del Preclásico ya habían llegado a la altura del Valle de Tehuacán. Durante el Clásico su diseminación continuó hacia el sur y sureste, y aparentemente al final del primer milenio de nuestra era ya se encontraban en los límites de la región maya, donde se hicieron comunes poco antes de la llegada de los españoles.

Independientemente de la región abarcada, todos los datos indican que, una vez alcanzada la domesticación del guajolote, su explotación dependió directamente de los intereses humanos, y que alcanzaron su máximo nivel en ciudades como Teotihuacan, donde aparece como la especie de ave más abundante en el registro arqueozoológico. La cantidad y tipo de restos descubiertos en las diferentes unidades habitacionales indican que no en cualquier lugar se criaban, lo que sugiere que su manejo estaba restringido a ciertos sectores de la población. Sobre su impacto a nivel alimenticio las opiniones varían, pero es seguro que fue, junto con los conejos, perros, venados, patos y fauna lacustre, uno de los pilares de la alimentación teotihuacana.[56]

[54] McClung y Zurita, "Las primeras ...", pp. 219- 226.
[55] Valadez, *La domesticación...*, pp. 33-37.
[56] Valadez, *Impacto del...*, pp. 280-319.

A modo de conclusión, los datos actuales sugieren que la historia del guajolote doméstico siguió el siguiente camino:

–Aparentemente el proceso de domesticación se realizó en el límite de los bosques de pino-encino que se encuentran en los bordes de la parte sur del Altiplano central.
–Este proceso se realizó al final del Protoneolítico por grupos humanos que vivían en un sistema de "macrobandas estacionales".
–Hace 3,000 años la especie, ya domesticada, había llegado a algunas comunidades del Preclásico inferior de la Cuenca de México y zonas anexas.
–Durante todo el Preclásico el guajolote fue una importante ave ritual y recurso alimenticio de estos grupos humanos, y poco a poco se dispersó por el centro de México y hacia el norte, aunque en este último caso su empleo se modificó, limitándose a cuestiones religiosas.
–Para inicios del Clásico la especie ya había alcanzado zonas como el Valle de Tehuacán. En el centro su empleo continuó, pero se acentuó su uso como fuente de carne y su valor religioso disminuyó.
–Al final del primero milenio de nuestra era, quizá por migraciones humanas o por intercambio de ideas, se inicia su uso como alimento en el norte, y en el centro se renueva su empleo en actividades rituales. Aparentemente este patrón permaneció hasta el siglo XVI.
–Al final del Posclásico el guajolote doméstico ya existía en toda el área maya; quizá este proceso se dio por la llegada de los toltecas en el siglo X[57] o por el lento proceso de difusión que se dio desde su origen.

La guacamaya roja (Ara macao)

Hace varias décadas se descubrió en Monte Albán una pieza de cerámica descrita como "el dios-sol, la guacamaya roja, en el interior de su templo";[58] lo interesante es que visto desde una perspectiva más natural lo que se observa es un psittaciforme (guacamaya o perico) dentro de una estructura parecida a una jaula (véase figura 4). Si efectivamente se trató de la representación de una guacamaya roja que participaba en un rito, tal parece que se trataba de un ejemplar cautivo dentro de un proceso ceremonial, guacamayas

[57] Rivera, "Las tierras bajas de la zona maya en el Posclásico", p. 133.
[58] Paddock, "Oaxaca in Ancient Mesoamerica", pp. 112-118.

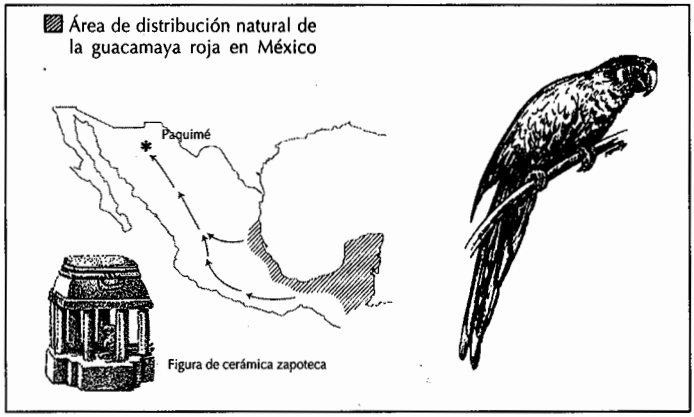
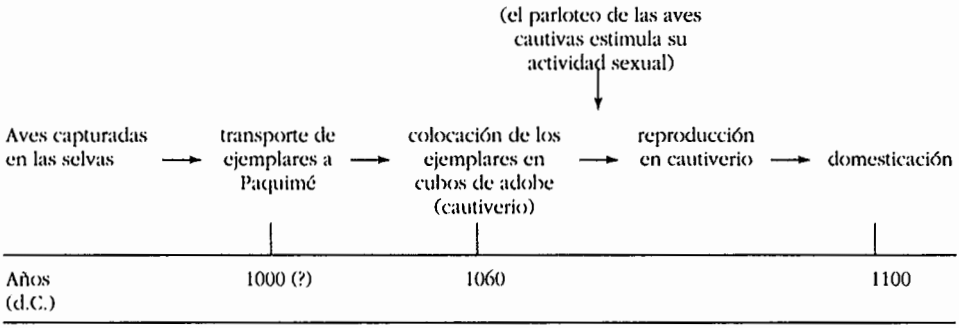


Figura 4. Distribución original de la guacamaya roja (*Ara macao*), zona en la que se domesticó y proceso de domesticación. Las flechas indican las rutas por las cuales posiblemente se llevaron guacamayas cautivas a Paquimé.



rojas que se tenían en cautiverio para usarlas dentro de diversas actividades religiosas. La pieza pertenece a la fase Monte Albán II (200 aC-250 dC).[59]

No obstante este peculiar ejemplo de cautiverio, la denominación de la guacamaya roja como especie doméstica abarca mucho más que la iconografía (véase cuadro 2), pues se dispone de todos los elementos para garantizar que alguna vez existieron ejemplares que cubrían su ciclo de vida completo dentro de asentamientos humanos.

[59] Wiesheu, "La zona oaxaqueña en el Preclásico", p. 325.

Las excavaciones realizadas en Paquimé[60] permitieron recuperar restos de 322 individuos de todas las edades de esta especie, que representaron el 34.5 por ciento de todas las aves identificadas. Además, se encontraron estructuras de adobe que se cubrían con petates y en cuyo interior había vigas de madera para que las guacamayas se sujetaran. La infraestructura puede parecer primitiva, pero para estas aves el parloteo y los graznidos son un incentivo muy importante en su reproducción, por lo que el escaso espacio no importaría mucho a cambio de que mantuvieran contacto auditivo con sus congéneres.

Debido a que la distribución natural de la guacamaya roja se limita a las zonas de bosque tropical húmedo,[61] es obvio que estos animales eran importados desde la Huasteca o zona maya, pero la gran cantidad de ejemplares de todas las edades y las estructuras diseñadas para mantenerlas cautivas obligan a concluir que estas aves cubrían su ciclo biológico completo en Paquimé, o sea se trataba de guacamayas rojas que lograron domesticarse. Con respecto a la razón del proceso, todos los datos demuestran que su empleo estaba ligado a actividades religiosas, básicamente prácticas sacrificatorias y funerarias, a lo cual muy probablemente se añadiría la explotación de sus plumas, muy preciadas por los pueblos prehispánicos.

Los datos arqueológicos indicaron que todo este proceso se limitó al periodo medio (1060-1340 dC) (véase figura 4); curiosamente ésta fue la época de mayor esplendor de Paquimé, durante la cual fue posible canalizar el esfuerzo y recursos humanos para realizar esta práctica con fines religiosos.

En otras comunidades contemporáneas ubicadas más al norte (Arizona y Nuevo México)[62] como Pueblo Bonito, Point of Pines Wupatki y Los Mimbres, se han encontrado entierros humanos con guacamayas rojas,[63] lo cual demuestra su valor en este periodo y corrobora el amplio uso que tuvo, lo cual no habría sido posible si no se hubiera tratado de una especie que existía en la región como animal doméstico.

Si unimos los datos de Oasisamérica con los de Monte Albán, la opción necesaria es que al final del Preclásico, en la región tropical de Mesoamérica, se atrapaban y mantenían cautivas guacamayas rojas (y quizá otras especies de psittaciformes) para usarlas en actos religiosos. Las tradiciones con respec-

[60] Di Peso y Fenner, *Casas Grandes...*, pp. 272-278.
[61] Blake, *Birds of Mexico. A Guide for...*, pp. 191-192.
[62] Judd, *The Architecture of Pueblo Bonito*, pp. 1; Di Peso y Fenner, *Casas Grandes...*, pp. 272-278.
[63] Olsen y Olsen, "The Macaws of Grasshopper Ruin"; Darrell y McCusick, "Prehistoric macaws and parrots in the Mimbres area, New Mexico".

to al uso y manejo de estas aves continuaron, pero en Mesoamérica propiamente dicha no se avanzó del nivel de cautiverio, quizá porque era más práctico y sencillo este sistema que la domesticación como tal. En cambio en Oasisamérica, por la enorme distancia que los separaba de los bosques lluviosos y los fuertes costos (económicos y políticos) que implicaba mantener un comercio continuo y constante de estas aves, se creó la necesidad de que estos hombres se involucraran más y más en el manejo, manutención y cuidados de estos animales, hasta que lograron que se reprodujeran en cautiverio, o sea, alcanzaran su domesticación.

Fuera de esta región carecemos de datos sobre guacamayas rojas domésticas, por lo que desconocemos si fue o no un proceso único. Un dato en contra es, como se indicó, la abundancia de las poblaciones salvajes en el sur del área mesoamericana, la cual limitaría el interés de la gente por buscar o mantener la domesticación de este organismo.[64] Lo cierto es que en el siglo XVI no hay dato alguno que apoye la existencia de guacamayas rojas domésticas.

Pericos (Amazona albifrons, Amazona xantocephala y Aratinga canicularis)

En los escritos de Sahagún[65] se describen diversos tipos de pericos que convivían con la gente:

> Hay muchas maneras de papagayos en esta tierra, a unos de ellos llaman *toznene*... crían, hacen nido en los riscos muy altos ...ponen sus huevos... y sacan sus pollos; en estos lugares los toman (la gente) y los amansan.
>
> Otra manera de papagayos que llaman *cocho*... esta ave canta y parla y habla cualquier lengua que le enseñan... responde diciendo lo que le dicen, cantando lo que cantan; es muy dócil.
>
> Hay otra manera de papagayos que se llaman *quiliton*;... comen maíz y frijoles, aprenden a hablar y hablan lo que les muestran.

Hernández[66] describe al *toznene* (*Amazona xantocephala*), al *cocho* (*Amazona albifrons*) y al *quiliton* (*Aratinga canicularis*); indica que son buenos para imitar el lenguaje humano y que empollan en las casas, justo como lo hacían las aves domésticas.

[64] Valadez, *La domesticación...*, pp. 25-26.
[65] Sahagún, *Códice...*, folios 22-24.
[66] Hernández, *Historia natural...*, t. III, pp. 344-345

Además de estos textos, los restos arqueológicos, aunque no muy abundantes, han dado evidencia de que en el Epiclásico existía la práctica de mantener pericos dentro del ámbito humano y fuera de su área de distribución; por lo que sabemos que al menos antes del final del primer milenio ya existía una tradición sobre cautiverio y domesticación de pericos. Datos de Paquimé[67] y de Tula[68] apoyan esto, por lo que es posible creer que para el siglo VIII o IX de nuestra era, los pericos domésticos ya eran una realidad (véase cuadro 2).

Dado que no hay mucha información al respecto, sólo podemos suponer que el origen del proceso se realizó varios siglos antes en las zonas tropicales de Mesoamérica, donde se encontraba el área de distribución de casi todas las especies de pericos (véase figura 5) y donde el hombre estaría más en contacto con ellas, como ocurrió con la guacamaya roja.

Sabemos que estas aves eran de interés para los pueblos prehispánicos por sus vínculos con la religión;[69] por sus plumas, que se usaban como adorno en sus vestimentas, escudos y otros objetos; por su asociación con los viajeros,[70] y porque eran divertidas compañeras. Ante este cúmulo de intereses es factible ver su domesticación como algo importante, aunque deseable y relativamente sencillo, pues el cuidado y manejo de crías y su control hasta la fase adulta no requiere de grandes esfuerzos.

Debido a que los intereses humanos mencionados pertenecen a una fase de desarrollo cultural superior al de macrobandas estacionales o pequeñas comunidades sedentarias, es de creer que el proceso se inició a final del Preclásico o en el Clásico en uno o varios sitios de Mesoamérica tropical. Por sus hábitos de formar bandas y su gusto por abastecerse de alimento en los cultivos, es posible que el hombre desarrollara la estrategia de capturarlas con redes o algún otro instrumento que permitiera atraparlas sin hacerles daño (véase figura 5), a fin de aprovechar las plumas y mantenerlas en buenas condiciones para posteriores prácticas rituales o como símbolo y compañía.

Simultáneamente a este proceso es probable que se diera también la búsqueda de nidos para atrapar polluelos, práctica antigua (la describe Sahagún) y común en México. En ambos casos el resultado sería un incremento sustancial en el conocimiento de las especies y su cautiverio por largos periodos. Es de todos conocidos que estas aves distan mucho de ser apacibles y ecuánimes,

[67] Di Peso y Fenner, *Casas Grandes...*, pp. 278-279.
[68] Valadez y Paredes, "Un entierro de aves...".
[69] Aguilera, *Flora y fauna mexicana*, p. 55.
[70] Valadez y Paredes, "Un entierro de aves...".

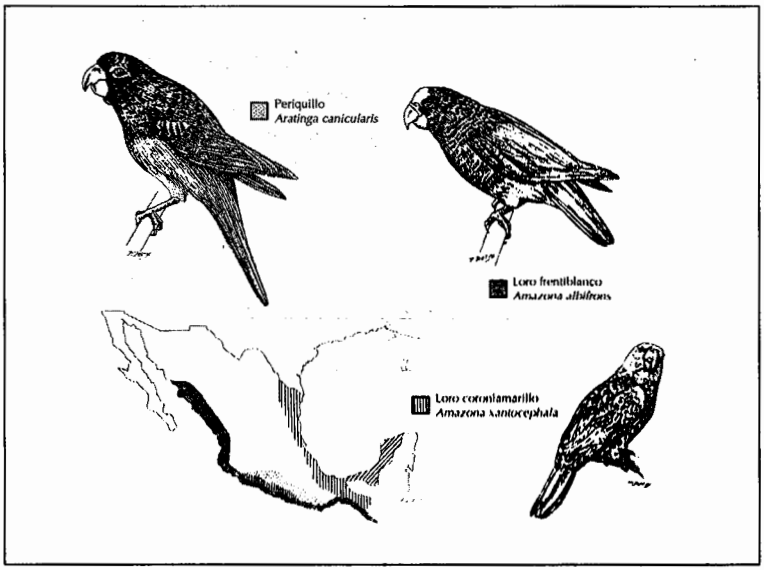
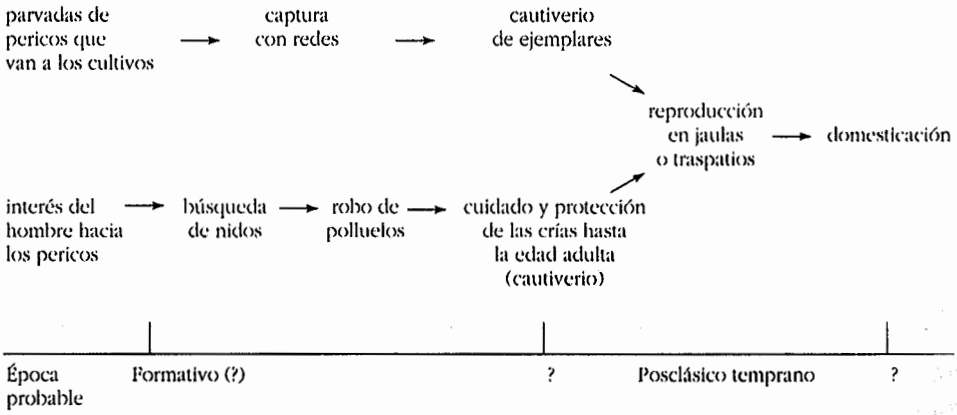


Figura 5. Distribución original de tres especies de pericos domésticos y proceso general de domesticación.



pero también es un hecho que su instinto social le permite a los ejemplares jóvenes adaptarse con facilidad a los ambientes humanos y reproducirse en cautiverio con relativamente poco esfuerzo (por parte del hombre).

Si el proceso se realizó en los primeros siglos del primer milenio de nuestra era, es claro que el manejo de los ejemplares domésticos se dispersó por gran parte del territorio mexicano, de ahí que cuando Sahagún los describe, se refiere a ellos como animales ampliamente vinculados con el hombre.

Passeriformes (Cotinga amabilis, Agelaius phoeniceus, Carduelis psaltria, Passerina ciris, Toxostoma curvirostre, Mimus polyglotoos, Melospiza melodia y Carpodacus mexicanus)

La domesticación de passeriformes (véase figura 6) fue uno de los procesos más amplios y comunes en el México prehispánico, aunque también de los menos conocidos. Desde el punto de vista arqueológico no hay información que apoye el proceso, debido a que sus restos óseos son enormemente frágiles y poco aptos para preservarse, no hay diferencias visibles (a nivel esqueleto) entre ejemplares salvajes y domésticos, no existen informes sobre el hallazgo de jaulas o instrumentos relacionados con su manejo, y su distribución es prácticamente cosmopolita, de ahí que los criterios enlistados en el cuadro 1 no sean aplicables.

En realidad, para considerar a estas aves como parte de la domesticación de animales en época prehispánica, la única base son los datos de Sahagún y Hernández[71] (véase cuadro 2), los cuales expresan varios casos de aves que se criaban en jaulas y vivían en continua interacción con el hombre. Eso, más la arraigada tradición de crianza de aves en nuestro país, refuerzan la idea de que este proceso se realizó en tiempos precolombinos.

Las necesidades humanas para con estas aves se dio en dos direcciones (véase figura 6): el uso de sus plumas para adornar vestimentas rituales, de guerreros y de la elite, y en prácticas adivinatorias,[72] pues su conducta en general, su canto y su graznido se interpretaban para pronosticar el futuro. Con respecto al primer grupo, es de suponer que la necesidad de materia prima jugó un papel primordial en el proceso y, en cuanto a las otras aves, el poder social que implicaba tener a una de ellas debió ser un gran atractivo, lo suficiente para buscar el control y manejo de los organismos en vez de limitarse a observarlas desde la entrada de la casa o junto a las milpas.

[71] Sahagún, *Códice...*, folios 55 y 56; Hernández, *Historia natural...*
[72] Valadez, *La domesticación...*, pp. 83-84.

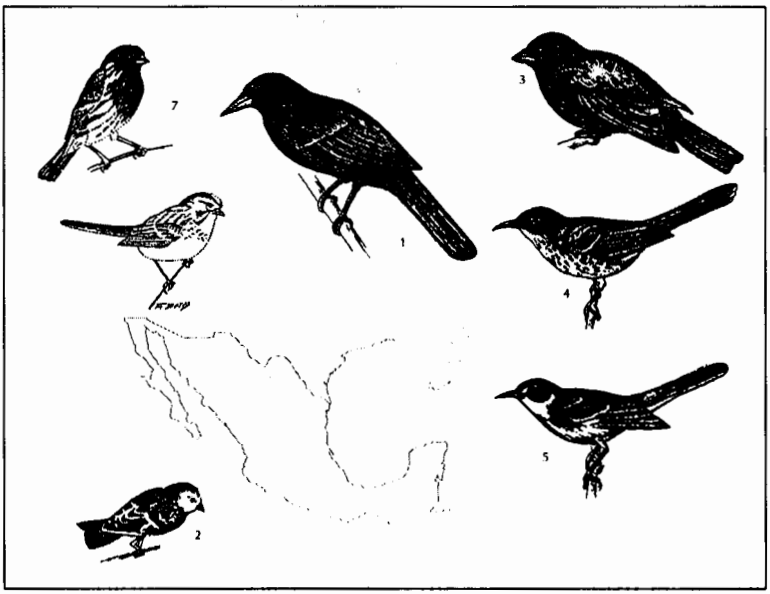
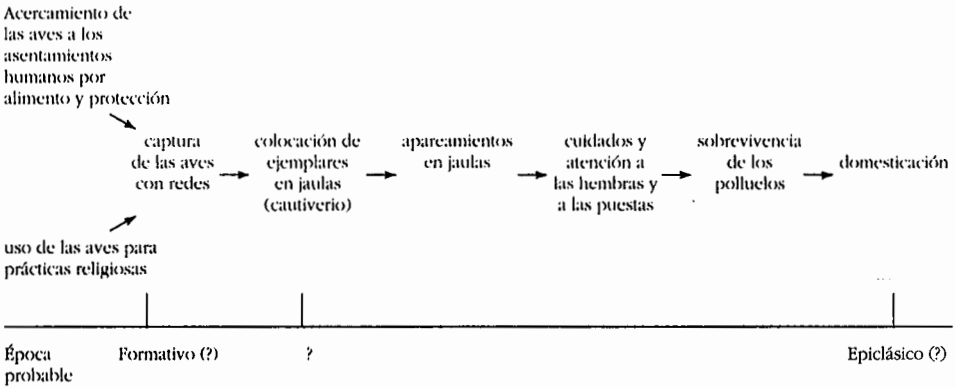


Figura 6. Passeriformes domesticadas en época prehispánica y proceso general de domesticación. Todas estas especies tienen una distribución cosmopolita y alto grado de adaptabilidad.



1. *Agelaius phoeniceus* (tordo capitán)
2. *Carduelis psaltria* (dominico)
3. *Passerina ciris* (gorrión mariposa)
4. *Toxostoma curvirostre* (cuitlacoche)
5. *Mimus polyglotoos* (centzontle)
6. *Melospiza melodia* (gorrión)
7. *Carpodacus mexicanus* (gorrión mexicano)

Como en otros casos, el inicio quizá se asoció a los campos agrícolas y basureros domésticos (véase figura 6), a los que acudirían numerosas especies en busca de granos o insectos. Sin duda, mucha gente usaba esos momentos para observar a estos visitantes y hacer predicciones. El uso de redes para capturar ejemplares permitió conservarlos en cautiverio, y un cuidado exhaustivo y cuidadoso superó las barreras biológicas, permitiendo primero los apareamientos, después las puestas y por último la sobrevivencia de las crías. Sabemos que los cuidados necesarios para que estas aves cubran su ciclo biológico en cautiverio es toda una ciencia, pero los intereses religiosos fueron lo bastante fuertes, universales y constantes para permitir que el proceso de domesticación se cubriera en su totalidad.

Acerca de dónde y cuándo se realizó el proceso, dado que hablamos de varias especies, todas con una amplia distribución en México,[73] creo factible que la práctica se hiciera de forma continua, quizá desde el Preclásico, y abarcara diversas especies, de acuerdo con cada región. Los intereses humanos hacia estas aves no parecen haberse limitado a una sola cultura o época, por lo que la lista mostrada sin duda es sólo un ejemplo de lo que había en el centro de México en el Posclásico tardío.

Abejas (Melipoma domestica, M. beckeii, M. fulvipes y Trigona sp.)

La domesticación de las abejas es otro ejemplo con una larga tradición, pero que carece de suficiente evidencia arqueológica, por lo que toda la información disponible proviene de fuentes (véase cuadro 2).[74]

Las necesidades humanas vinculadas con el proceso fueron básicamente la obtención de miel y cera. Ambos productos tenían enorme valor en época prehispánica, pues la miel fue uno de los pocos endulzantes manejados y la cera era usada en la metalurgia y medicina,[75] por lo que debemos ubicar a la apicultura prehispánica como una práctica de enorme valor económico.

Las especies domesticadas fueron *Melipoma domestica, M. beckeii, M. fulvipes* (abejas) y *Trigona* sp. (mosca de la virgen), todas propias de clima tropical (véase figura 7). Esto, más el hecho de que la tradición apícola se limitó

[73] Blake, *Birds of Mexico. A Guide for...*, pp. 384-606.

[74] Aguilera, *Flora y fauna mexicana*, pp. 85-86; Clavijero, *Historia antigua..*, pp. 39-40; Hernández y Ximénez, *Plantas, animales y...*, pp. 270-272; Nárez, "Algunos datos sobre las abejas...".

[75] Ramos y Pino, *Los insectos comestibles en el México antiguo.*

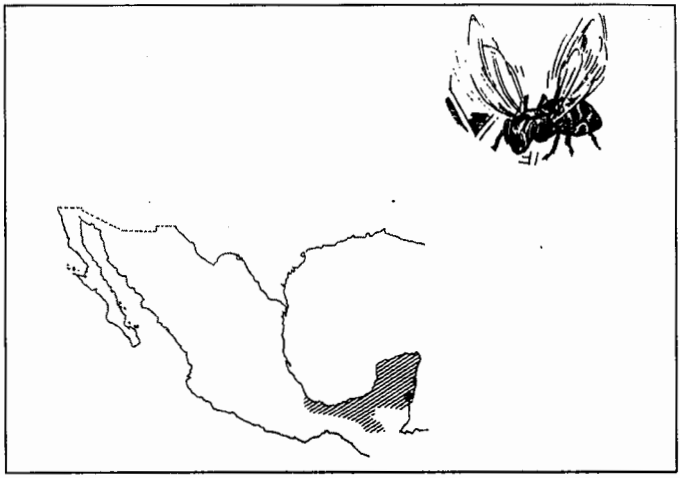
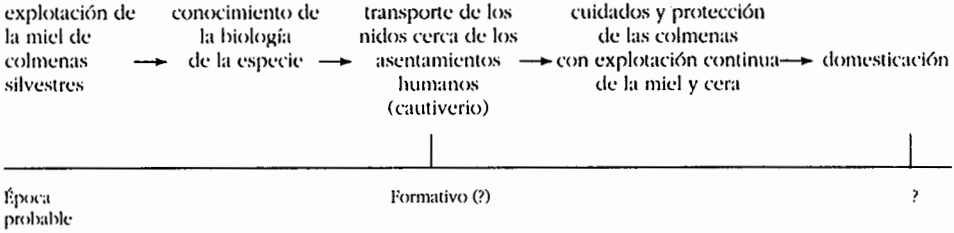


Figura 7. Proceso de domesticación de las abejas (*Melipoma domestica, M. beckeii, M. fulvipes y Trigona* sp.) y área en la cual se desarrolló la apicultura en época prehispánica.



básicamente al área maya, llevan a la conclusión de que ésa fue la región en donde el proceso se llevó a cabo.

Desde el punto de vista del esfuerzo humano, la domesticación de las abejas fue un proceso relativamente simple, sobre todo por el hecho de que estas especies no son agresivas ni pican. Sin duda, la búsqueda de colmenas salvajes para colectar miel fue el punto inicial, ya que favoreció conocer las necesidades biológicas de las especies (véase figura 7).

Debido a que los textos coloniales indican que los indios tenían a las colmenas en troncos huecos, a poca distancia de las casas y aldeas, es seguro que conforme aumentó su conocimiento sobre el manejo de estos insectos y la importancia de la actividad apícola, se buscó transportar colmenas hasta el umbral de los asentamientos humanos para limitar la búsqueda y controlar el abasto de miel y cera, hasta convertir esta actividad en algo permanente, planificado y continuo. El conocimiento de los apicultores mesoamericanos llegó

a tal grado que se conocía la forma de cómo se orientan las abejas y cómo variaba el sabor de la miel por el tipo de flor que aprovechaban estos insectos.[76]

Dado que el proceso de domesticación se inició desde que era una simple actividad de recolección y que el grado de conocimiento que se alcanzó fue notorio, es de suponer que su origen debió remontarse al Preclásico o incluso antes; en Teotihuacan existe una pintura en la que aparece una persona que trata de atrapar una abeja,[77] dato simple pero que deja ver cómo en el Clásico ya existe la manipulación de estos insectos, por lo que es posible que en el Clásico la apicultura ya fuera una actividad de importancia económica, o sea, que muy probablemente ya existían abejas domésticas.

Fuera de este dato no existe ningún otro sobre el origen de esta actividad, pues la información proveniente del Posclásico tardío habla de una actividad perfectamente establecida, aunque limitada al área maya; sin embargo esta circunstancia debió ser simplemente el producto de circunstancias biológicas y ecológicas, y no por falta de interés de la gente, pues donde las abejas no pudieron domesticarse, la recolección de miel de insectos salvajes fue siempre actividad común.

El perro (Canis familiaris)

En este trabajo no se incluyó al perro (*Canis familiaris*) y su relación con el México antiguo debido a que no se trató de una especie domesticada en esta región y los objetivos de este capítulo se limitaron a los animales que alcanzaron este rubro a partir de su interacción con las culturas precolombinas; sin embargo, debido al enorme valor que tuvo dentro de la civilización prehispánica se consideró necesario puntualizar algunos aspectos importantes sobre su historia, con la recomendación de que cualquier interesado sobre el tema se dirija a las obras que recientemente se han elaborado.[78]

1. Los perros llegaron al territorio mexicano hace poco más de 8000 años, dato obtenido por la existencia de figurillas zoomorfas.
2. Los restos más antiguos conocidos hasta hoy provienen de un entierro de hombres y perros descubierto en la Cueva del Tecolote, Estado de Hidalgo. La antigüedad del hallazgo es de 5500 años.
3. Todos los datos indican que los ejemplares más comunes a lo largo de la historia prehispánica eran animales con pelo, de talla media, poco

[76] Clavijero, *Historia antigua...*, pp. 39-40; Nárez, "Algunos datos sobre las abejas...".
[77] Angulo, "Teotihuacan. Aspectos de la cultura a través de la expresión pictórica", pp. 129-130.
[78] Valadez, *El perro mexicano;* Valadez y Mestre, *Historia del xolotzcuintle en México.*

especializados morfológicamente, muy similares a lo que los mexicanos conocemos como "perros callejeros" o "perros criollos".

4. Desde antes del inicio de la civilización prehispánica, al perro se le otorgó un papel predominante en la religión, el cual se derivó de cuatro aspectos: ser compañero constante del hombre, su mordida, su uso como fuente de carne y su acto sexual. A partir de esto se creó una amplia gama de vínculos religiosos cuyos extremos fueron su relación con el inframundo, con la fertilidad, con la buena fortuna, con la lluvia y el rayo, y con comidas rituales.
5. Al inicio del Preclásico el perro era una especie común en todo el territorio mexicano y profundamente inmiscuido con el hombre de esta región, de ahí que sus vínculos religiosos y materiales, aunque variaron a nivel local, no sufrieron alteraciones profundas, tal y como ocurrió, por ejemplo, con el guajolote.
6. Su empleo como fuente de carne fue continuo. Algunos datos indican que en Teotihuacan pudo llegar a constituir hasta el 10 por ciento de toda la proteína animal consumida.
7. El occidente de México parece haber sido una zona en la que el valor del perro alcanzó su máximo nivel, aspecto apoyado en las enormes colecciones de figuras que se usaron como ofrendas funerarias y a que en esta zona fueron creadas dos razas, ambas derivadas de los "típicos perros mesoamericanos".
8. El *xoloitzcuintli*, o perro pelón mexicano, se originó en el Occidente, en algún sitio dentro de la zona costera que abarca desde Nayarit hasta Guerrero hace, por lo menos, 2000 años. Al centro de México llegó en el Epiclásico y quizá llegó a la región maya en el Posclásico. La otra raza creada en el Occidente fue una forma de patas cortas, llamada *tlalchichi*.
9. Junto con el desarrollo de la vida urbana se dio el comercio sistemático de perros, quizá por la especialización laboral y las limitaciones de espacio y tiempo. El máximo nivel alcanzado fueron los mercados de perros de Acolman y Tlaltelolco en el Posclásico tardío.

Conclusiones

Los escasos trabajos que emplean al elemento faunístico como un indicador arqueológico y algunas fuentes históricas de la Colonia, permiten elaborar un panorama general de las condiciones en que se dio el proceso de domesti-

cación animal en el México prehispánico; sin embargo el esquema mostrado tiene en contra una tradición de estudio que ha exigido la globalización de este fenómeno y su acoplamiento a esquemas del Viejo Mundo lo cual, además de incongruente, sólo conduce a un callejón sin salida, aspecto por demás lógico, pues lo único que comparten es que nuestra especie participó en el proceso.

La necesidad de estudiar la domesticación de animales como un proceso particular (aunque no exclusivo) del México antiguo tiene a su favor tanto aspectos biológicos como históricos. Por un lado, es imposible sostener la idea de que toda la tradición sobre este proceso partió de un proceso único, de un sólo momento, de una sola región y una sola cultura; por el contrario, la diversidad de ecosistemas, el largo periodo de existencia de la civilización prehispánica, la dinámica de estas poblaciones y los procesos culturales particulares que se dieron en cada región convierten a la historia precolombina en un mosaico de pueblos con bases culturales similares, pero con necesidades e historia diferentes, lo cual exige ver cada proceso de domesticación de animales bajo su propio marco cultural y convierte en un imposible querer convertirlo en apéndice del proceso que se dio en el Medio Oriente. Si estas reflexiones no fueran suficientes, queda aún esta pregunta: ¿es lógico suponer que dos extremos del mundo con fauna diametralmente distinta pudiera ser manipulada a tal grado por el hombre hasta el punto de llevar a cabo el mismo proceso de domesticación, en la misma época, por las mismas razones?

Es claro que estamos frente a un proceso que se movió en forma ambivalente; la existencia o inexistencia de fauna domesticable vinculada con el alimento influyó en el estilo de vida de estas comunidades, como en las de cualquier otra región del mundo; cada proceso de domesticación se derivó de una necesidad cultural de los diferentes pueblos prehispánicos, y es precisamente por esto que el impacto de la domesticación animal se expresa de manera diferente de acuerdo con el área cultural y geográfica que estudiamos. Se puede considerar, por lo tanto, que en cada región diferentes especies locales fueron domesticadas (o trataron de domesticarse) de acuerdo con las necesidades humanas, y posteriormente, cuando el proceso había tenido éxito, se llevó a cabo su difusión, lo cual permitió a otras personas disponer del nuevo recurso, sobre todo aquellas que vivían en zonas donde quizá no existían estos organismos de forma natural; pero incluso en estos casos, su uso se determinó por los intereses humanos presentes en esas zonas y no necesariamente por las causas originales que impulsaron el proceso.

Por razones biológicas o humanas, en esta región la domesticación de animales no jugó un papel preponderante como fuente de alimento debido a que fueron actividades más viables la caza, la pesca y la recolección. Si nuestro interés sobre la domesticación de animales comprende sólo la necesidad de saber cuánta proteína animal proveniente de corrales o jaulas era consumida al año, entonces definitivamente el México antiguo no es una buena fuente de datos, pues no parece que los pueblos prehispánicos hayan tenido la necesidad de involucrar en este aspecto más que a los guajolotes, a los perros y a las abejas. Si, por otro lado, lo que tenemos en mente es conocer en qué medida un animal doméstico es un producto cultural, cómo influye éste en la comunidad humana que le dio origen y de qué manera pueden interactuar intereses humanos y factores biológicos para realizar un proceso de este tipo, entonces estamos ubicados en una buena zona de estudio, pues todo indica que la domesticación de animales fue un proceso que se repitió numerosas veces en todas las regiones de Mesoamérica y en Oasisamérica a lo largo de 35 siglos.

Al considerar la enorme distancia cronológica entre la domesticación del guajolote (4000 años antes del presente) y la de las guacamayas rojas (700 años antes del presente), es claro que hay muy pocos aspectos en común, salvo que el proceso se realizó y que en ambos casos se trató de aves. Uno de los pocos factores a nivel humano que compartieron es que su origen está vinculado con grupos humanos para los cuales la agricultura era una actividad de subsistencia importante, y que la civilización mesoamericana estaba en sus inicios o ya existía. Quizá por ello es que la lista de animales domésticos se incrementó junto con el desarrollo de estas culturas, ya que su origen y empleo se hicieron más necesarios y comunes a medida que estas comunidades humanas aumentaban en complejidad social.

La lista de animales domésticos mostrada en este capítulo no es el máximo que existió, sino, por el contrario, es lo mínimo conocido, pues ante las circunstancias descritas es obvio que sólo tenemos una idea general del proceso y estamos lejos de saber la medida en que cada cultura, en cada época, se interesó en domesticar animales para cubrir una necesidad específica. En el presente existe una lista de nueve especies que se catalogan como cautivas porque los datos presentes conducen a esa conclusión; lo que ahora vemos como cautiverio quizá dentro de algunos años sean nuevos casos de organismos que se domesticaron en cierto lugar, en una cierta época, por un determinado pueblo, para cubrir ciertas necesidades culturales.

Bibliografía

ANGULO, Jorge, "Teotihuacan. Aspectos de su cultura a través de su expresión pictórica", en B. de la Fuente (ed.), *La pintura mural prehispánica en México*, México, UNAM, 1997, pp. 129-130.

AGUILERA, Carmen, *Flora y fauna mexicana. Mitología y tradición*, México, Editorial Everest Mexicana, 1985. Colección Raíces Mexicanas.

BINFORD, L., "Post-Pleistocene Adaptations", en Binford y Braidwood (eds.), *New Perspectives in Archaeology*, Aldine, Chicago University Press, 1968, pp. 237-254.

BLAKE, Emmet, *Birds of Mexico. A Guide for Field Identification*, The Chicago University Press, 1953.

BÖKÖNYI, Sandor, "Archaeological Problems and Methods of Recognizing Animal Domestication", en P. Ucko y G. Dimbleby (eds.), *The Domestication and Exploitation of Plants and Animals*, Londres, Gerald Duckworth, 1969, pp. 220-229.

————, "Domesticación y cría temprana de animales en Europa central, oriental y meridional", en L. Manzanilla (ed.), *Coloquio Gordon Childe. Estudios sobre las revoluciones Neolítica y Urbana*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Antropológicas, pp. 175-120. Serie Monografías 2 Arqueología.

BRAIDWOOD, Robert J., "The Agricultural Revolution", en *Old World Archaeology, Foundations of Civilization. Readings from Scientific American*, San Francisco, W.H. Freeman and Company, 1960, pp. 71-79.

CHILDE, Gordon, *Los orígenes de la civilización*, México, Fondo de Cultura Económica, 1982.

CLAVIJERO, Francisco J., *Historia antigua de México*, México, Porrúa, pp. 39-40. Colección "Sepan cuántos..." 29.

Códice Mendocino, Echeagaray, José I. (ed.), México, San Angel Ediciones, S.A.

COE, Michael D. y K.V. Flannery, "Microenviroments and Mesoamerican Prehistory", en *Science*, vol. 143, núm. 3604, 1960, pp. 640-654.

DARRELL, Creel y Charmion McKusick, "Prehistoric Macaws and Parrots in the Mimbres area, New Mexico", en *American Antiquity*, vol. 59, núm. 3, 1994, pp. 510-524.

FLANNERY, Kent, V., "Vertebrate Faunal and Hunting Patterns", en Douglas Byers (ed.), *The Prehistory of the Tehuacan Valley, Environment and Subsistence*, Austin, 1967, pp. 132-177.

————, "Wild Food Resources of Mitla Caves, Productivity, Seasonality, and Annual Variation", en Flannery, K.V. (ed.), *Guilá Naquitz, Archaic Foraging and Early Agriculture in Oaxaca, Mexico*, Nueva York, Academic Press, 1986, pp. 255-274.

———— y Jane C. Wheeler, "Animals Food Remains from Preceramic Guilá Naquitz", en K.V. Flannery (ed.), *Guilá Naquitz, Archaic Foraging and Early Agriculture in Oaxaca, Mexico*, Nueva York, Academic Press, 1986, pp. 285-317.

GARCÍA MOLL, Roberto L., *San Luis Tlatilco, México*, México, INAH, 1991. Serie Antropología física-Arqueología.

GUEVARA, Arturo, "Oasisamérica en el Posclásico, la zona de Chihuahua", en Manzanilla y López Luján (coord.), *Historia antigua de México*, México, INAH-UNAM-Porrúa, 1994, vol. III, pp. 329-354.

GRIZMEK, Bernard, *Animal Life Encyclopedia*, Nueva York, Van Nostrand Reinhold, 1972, vols. 4 y 8.

HALL, Raymond E., *The Mammals of North America*, Nueva York, The Ronald Press, 1981, vol. II, pp. 1024-1025.

HAMBLIN, Nancy, *Animal Use by the Cozumel Maya*, Tucson, The University of Arizona Press, 1984, pp. 79-99.

HERNÁNDEZ, Francisco, *Historia natural de las cosas de la Nueva España. Obras Completas*, México, UNAM, 1959, t. III, tratado quinto.

——— y Francisco Ximénez, *Plantas, animales y minerales de la Nueva España usados en la medicina*, México, 1888, pp. 270-272.

JUDD, Neil M., *The Architecture of Pueblo Bonito*, Washington, D.C., Smithsonian Miscellaneous Collection, 1964, vol. 147, núm. 1, p. 1.

LEONARD, Jonathan L., *La revolución del Neolítico*, Nueva York, Time-Life International, 1986. Colección Orígenes del Hombre.

MANZANILLA, Linda, "El sitio de Cuanalan en el marco de las comunidades preurbanas del valle de Teotihuacan", en Monjaraz-Ruiz, Brambila y Pérez Rocha (recop.), *Mesoamérica y el centro de México*, México-INAH, 1988, pp. 133-178. Colección biblioteca del INAH.

MCCLUNG, Emily y Judith Zurita, "Las primeras sociedades sedentarias", en L. Manzanilla y L. López Luján (coords.), *Historia Antigua de México*, México, INAH-UNAM-Porrúa, 1994, vol. I, pp. 209-246.

MIRAMBELL, Lorena, "Los primeros pobladores del actual territorio mexicano", en L. Manzanilla y L. López Luján (coords.), *Historia antigua de México*, México, INAH-UNAM-Porrúa, 1994, vol. I, pp. 177-208.

NÁREZ, José Luis, "Algunos datos sobre las abejas y la miel en época prehispánica", en *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, t. XXXIV, núm.1, 1988, pp. 123-140.

NIEDERBERGER, Christine, *Paléopaysages et archaéologie pre-urbaine du bassin de Mexico*, México, Centre d'Etudes Mexicaines et Centroaméricaines, 1987. Collection études mesoaméricaines 11.

OLSEN, Stanley y John Olsen. "The Macaws of Grasshopper Ruin", en *The Kiva*, vol. 40, núms. 1-2, 1974, pp. 67-69.

PADDOCK, John, "Oaxaca in Ancient Mesoamerica", en J. Paddock J. (ed.), *Ancient Oaxaca*, Stanford, Stanford University Press, 1966, pp. 83-241.

PESO, Reinaldo J. di y G. Fenner, *Casas Grandes. A Fallen Trading Center of the Grand Chichimeca*, Nueva York, The American Foundation INC-Draggen, Northland Press/Flagstaff, 1974, vol. 8, pp. 267-307.

POHL, Mary, "Maya Ritual Faunas, Vertebral Remains from Burials, Caches, Caves, and Cenotes in the Maya Lowland", en R. Leventhal y A. Kolata (coords.), *Civilization in Ancient America*, University of New Mexico Press-Peabody Museum of Archaeology and Ethnology, Cambridge, Massachusetts, 1983, pp. 55-103.

RAMOS, Julieta y José M. Pino, *Los insectos comestibles en el México antiguo*, México, AGT Editor, 1989.

RAMÍREZ, Nicolás F., *Temamatla, una visión del horizonte Preclásico desde la Cuenca de México*, tesis de licenciatura, México, Escuela Nacional de Antropología e Historia, 1996.

RIVERA, Miguel, "Las tierras bajas de la zona maya en el Posclásico", en L. Manzanilla y L. López Luján (coords.), *Historia antigua de México*, México, INAH-UNAM-Porrúa, 1994, vol. III, pp. 121-152.

SAHAGÚN, Bernardino, *Códice Florentino*, México, Secretaría de Gobernación, 1979, vol. III (Libro XI).

SARMIENTO, Griselda, "La creación de los primeros centros de poder", en L. Manzanilla y L. López Luján (coords.), *Historia antigua de México*, México, INAH-UNAM-Porrúa, 1994, vol. I, pp. 247-277.

SERRA, Mari Carmen y Raúl Valadez, "Fauna de Terremote-Tlaltenco, D.F.", en *Anales de Antropología*, vol. XXII, 1986, pp. 159-213.

SHARER, Robert J., *The Ancient Maya*, Stanford, Stanford University Press, 1988.

VALADEZ, Raúl, "Algunos aspectos sobre aprovechamiento de los recursos salvajes, alimentación y modelos de estudio en comunidades prehispánicas de la Cuenca de México", en Y. Sugiura y M.C. Serra (eds.), *Etnoarqueología. Primer Coloquio Pedro Bosch Gimpera*, Instituto de Investigaciones Antropológicas de la UNAM, 1990, pp. 286-304.

———, "Fauna identificada en excavaciones de Temamatla, Estado de México", en *Antropológicas*, núm. 6, 1992, pp. 69-84.

———, *Impacto del recurso faunístico en la sociedad teotihuacana*, tesis doctoral, México, UNAM, Facultad de Ciencias, 1992.

———, "Macrofósiles faunísticos", en L. Manzanilla (coord.), *Anatomía de un conjunto residencial teotihuacano en Oztoyahualco*, México, UNAM, 1993, vol. II, pp. 729-813.

———, *El perro mexicano*, México, IIA, 1995.

———, *La domesticación animal*, México, Plaza y Valdez-UNAM, 1996.

——— y Gabriel Mestre, *Historia del xoloitzcuintle en México*, México, IIA-Museo Dolores Olmedo Patiño, 1997.

——— y Blanca Paredes, "Restos de *Ovis canadiensis* en el centro de México", en *Ciencia y Desarrollo*, vol. XIV, núm. 82, 1988, pp. 63-74.

———, "Un entierro de aves en la antigua ciudad de Tula, Hidalgo", en *Ciencia y desarrollo*, vol. XVI, núm. 93, 1990, pp. 41-48.

WHALEN, Michael, "Excavation at Santo Domingo Tomaltepec, Evolution of a Formative Community in Valley of Oaxaca, Mexico", en K.V. Flannery y E. Blanton (eds.), *Prehistory and Human Ecology of the Valley of Oaxaca*, Memoirs of the Museum of Anthropology University of Michigan, Ann Arbor 1981, vol. 6, núm. 12.

WIESHEU, Walburga, "La zona oaxaqueña en el Preclásico", en L. Manzanilla y L. López Luján (coords.), *Historia antigua de México*, México, INAH-UNAM-Porrúa, 1994, vol. I pp. 323-352.

La creación de los primeros centros de poder

Griselda Sarmiento*

Introducción

La arqueología, como ciencia social, tiene entre sus retos más difíciles dar cuenta de los procesos de cambio social. La humanidad a lo largo de su trayectoria ha sufrido grandes cambios: no es lo mismo "el hombre de la edad de piedra" que el "hombre de las pirámides" o que el "hombre de negocios", que simplemente con oprimir unos cuantos botones puede comunicarse con el lado opuesto del mundo. Cada uno de estos "hombres" ha vivido o vive en un tipo de sociedad cuyas características le han servido de límites de acción. Y todos estos "hombres", con sus "estilos" y "costumbres", han desaparecido en el momento en que la sociedad ha cambiado, o más bien, en el momento en que las características estructurales y culturales de las sociedades se han transformado. Eso es inevitable, aun para el "gran hombre de negocios" de hoy, aparentemente inmutable.

En este capítulo hablaremos del surgimiento de los centros de poder, en general, y de la zona sur del Altiplano Central, como caso concreto. Este fenómeno es un proceso que significó el cambio de las características estructurales de la sociedad, cuyo aspecto más significativo fue el surgimiento de la desigualdad social. Sobre este aspecto haremos hincapié en la primera parte del capítulo.

No es correcto pensar que las sociedades y el hombre son desiguales "por naturaleza", y menos aún cuando hoy se sabe que el tipo de organización social en el cual el hombre ha vivido durante más tiempo es la sociedad cazadora-recolectora, de carácter igualitario.[1]

*Arqueóloga, profesora del Instituto Escuela, México.

[1] Para entender las características estructurales de esta sociedad y poder precisar en qué consiste "ser igualitario", consultar Bate, "El modo de producción cazador-recolector...".

La desigualdad social tiene un origen, y eso es precisamente lo que intentaremos aclarar. En la arqueología, cuando se está hablando de este momento, se dice que se presenta antes del surgimiento del Estado. Las sociedades estatales se caracterizan por tener una clara división en clases sociales, pero el estadio que vamos a estudiar, a pesar de que presenta una jerarquía social, no puede denominarse clasista.[2] Nos enfrentamos a la tarea de definir a un tipo de sociedad ni clasista, ni igualitaria, y que puede entenderse como el primer paso hacia la estratificación en clases.

Uno de los principales puntos que hay que aclarar es en qué consiste esta jerarquía. Al tipo de sociedad que ha presentado el fenómeno de la estratificación se le ha denominado de muchas maneras: cacicazgo, *chiefdom,* jefatura, señorío, teocracia, centro ceremonial, sociedad jerárquica o sociedad de rango. Más que seleccionar uno de estos nombres, lo correcto es definirla de acuerdo con el proceso que representa, de acuerdo con su orden y desarrollo histórico.

Lo que marca una diferencia entre las sociedades es el cambio de sus características estructurales, mismas que pueden definirse y explicarse a partir del concepto Formación económico-social.[3] Así, la primera Formación fue la cazadora-recolectora, seguida de la Formación tribal, para llegar a la clasista inicial.[4] Si el tipo de sociedad que vamos a estudiar representa un punto intermedio entre la segunda y la tercera, lo adecuado es definirla como una *sociedad cacical* o *tribal jerárquica,* como una fase estratificada de la Formación tribal, ya que todavía no presenta un cambio estructural cualitativo para incluirla en la categoría clasista.

Otro punto que aclararemos en el presente capítulo es en qué consiste esta fase y por qué es diferente de la tribal igualitaria. De acuerdo con sus rasgos estructurales, todas las sociedades tribales jerárquicas o cacicales tienen las mismas características, pero ello no quiere decir que todas sean iguales. Una sociedad no sólo está compuesta de elementos estructurales sino que tienen una expresión cultural diferente y distintos modos de vida. Son los rasgos culturales singulares de cada una de las sociedades cacicales

[2] El criterio para definir una clase social sería de acuerdo con:

1. La posición de la clase en un sistema de producción históricamente determinado.
2. Los contenidos y formas de propiedad.
3. La división social del trabajo.
4. La distribución de la riqueza social.

Para profundizar, léase Cueva, "La concepción marxista de las clases sociales".

[3] FES es la unidad orgánica de los nexos esenciales entre el ser social (modo de producción y modo de vida) y la superestructura (conciencia social e institucionalidad). Para profundizar, véase Bate, *Sociedad, Formación social y cultura;* Vargas, "Modo de vida, categoría de las mediaciones entre Formación social y cultura".

[4] Bate, *Cultura, clase y cuestión étnico-nacional;* Vargas, "The Tribal Mode of Production...", p. 8.

lo que las distinguirá. Los rasgos distintivos pueden identificarse a partir de los siguientes aspectos: composición de la población (etnia, cantidad); distribución territorial (características geográficas y ecológicas; actividades concretas de acuerdo con el territorio, ocupación única o compartida con otros grupos); tradición histórica particular y modo de vida.[5] Es por eso que las sociedades tribales jerárquicas mesoamericanas son diferentes de las del Cercano Oriente, o de las mismas sociedades mesoamericanas cuando se comparan entre sí.

No todas las sociedades han tenido la misma trayectoria ni han presentado características iguales. A pesar de que la secuencia histórica antes mencionada parece proponer solamente una línea, hay múltiples ramificaciones de cada tipo que permiten trazar trayectorias distintas. La presente propuesta se refiere a las sociedades tribales jerárquicas que se desarrollaron en la Cuenca de México a partir de una economía productiva agrícola. Ello no agota todos los tipos de sociedades tribales que han existido; hay, por ejemplo, sociedades cuya base es la vegecultura o los cacicazgos nómadas del Lejano Oriente. Las sociedades cacicales agrícolas son una posible trayectoria o línea de desarrollo. Tal planteamiento no contradice tampoco la posibilidad de que hayan existido variedades de sociedades tribales que no pudieron alcanzar una fase jerárquica.[6]

El proceso que permite explicar el nacimiento de las sociedades clasistas en Mesoamérica fue posible gracias a la agricultura y es por ello que hacemos énfasis en este aspecto productivo.

Autores, lugares y épocas

La palabra cacicazgo fue utilizada por primera vez por los españoles en la conquista de las Antillas. Proviene de la palabra *kassicuan,* que en lengua arawak quiere decir: "tener o mantener una casa", y se empleó para nombrar a las autoridades nativas.

Arqueológicamente se han identificado, en efecto, sociedades cacicales en antiguas zonas arawak, como lo son la región noroeste de Venezuela y en Panamá.[7]

[5] Bate, *Cultura, clase...*

[6] Resulta crucial realizar análisis concretos de los modos de vida de las sociedades tribales para determinar las variantes. Al respecto véase, por ejemplo, Vargas, "Desarrollo histórico de las sociedades andinas en Venezuela".

[7] Creamer y Haas, "Tribe *versus* Chiefdom in Lower Central America"; Sanoja y Vargas, "Cacicazgos del noroeste de Venezuela"; Toledo y Molina, "Elementos para la definición arqueológica de los cacicazgos prehispánicos del noroeste de Venezuela".

En la antropología, el término cacicazgo se ha utilizado para definir a sociedades africanas, polinesias y melanesias cuyas características son: una tendencia a la centralización con una figura política que no cuenta con una fuerza y apoyo institucionales comparables al Estado, por lo que tiene que mantener su posición con ayuda de su grupo familiar (parentesco), y de un prestigio político y religioso.[8] Para los clásicos de la antropología, lo que mantiene una jerarquía social no clasista es el parentesco, la ideología y el prestigio político.

Posteriormente se retomó el término y se le dio un sentido evolucionista: se propuso al cacicazgo como parte de una secuencia social, antes del Estado y después de las tribus. Uno de los autores que trabajó más a fondo el cacicazgo y que le dio un carácter universal fue Service.[9] Él propone que esta sociedad surge a consecuencia del establecimiento de comunidades sedentarias en zonas ecológicamente diferentes, lo que obliga a tener una distribución regional de bienes, que conduce a la integración de un sistema centralizado. Este sistema, con un jefe a la cabeza, se encarga de redistribuir bienes y servicios en la región después de concentrarlos.

La existencia de un jefe –miembro del linaje dominante– y de una jerarquía que apoya el proceso de redistribución se da, según Service, gracias al respaldo de una estructura de parentesco de tipo piramidal, en la cual hay una jerarquía de posiciones a partir del jefe. El mecanismo que garantiza la permanencia del sistema es la herencia del cargo al hijo primogénito, y la justificación de las posiciones más altas se hace a través de reglas de prestigio y rituales.

A partir del momento en que se establece este sistema hay un estímulo para la especialización productiva, lo que crea la posibilidad de almacenar bienes, planear y ejecutar obras públicas.

Con esta propuesta se afirma la idea de que la base de la jerarquía social es el parentesco, el prestigio y el ritual, con el apoyo de un sistema de redistribución.

Los conceptos de la antropología se han retomado en arqueología para hablar de los "cacicazgos históricos", sociedades que anteceden al Estado, y aunque no hayan sido formulados de la misma manera, están presentes en su definición la religión, el prestigio, el parentesco y la redistribución como factores esenciales. Mencionaremos brevemente algunos autores que así lo han hecho para Mesoamérica.

[8] Cohen y Middleton, *Comparative Political Systems;* Llobera (comp.), *Antropología política.*
[9] Service, *Primitive Social Organization,* y *Origins of the State and Civilization.*

Sanders y Price retoman directamente la propuesta de Service para analizar el caso mesoamericano y entender el cambio social. Estos autores hacen mayor énfasis en el desarrollo de la agricultura, el crecimiento poblacional y la competencia como factores que estimulan la evolución de las sociedades y del cacicazgo en particular.[10]

También para Mesoamérica, Armillas ha propuesto a la religión, a través de los centros ceremoniales, como la principal fuerza integradora, con el apoyo de una base tecnológica intensiva.[11]

Piña Chan es otro investigador que ha definido este momento como el periodo de las aldeas y centros ceremoniales, en el cual se distingue un asentamiento mayor, de carácter ceremonial, que centraliza el poder político y económico.[12]

Con un carácter neoevolucionista encontramos a otros autores como Palerm y Wolf, quienes han abordado el problema de la estratificación. Ellos proponen que el desarrollo de las sociedades urbanas y estratificadas en Mesoamérica pudo darse gracias al control que un grupo social ejerció sobre la tecnología de irrigación, siendo este control lo que reforzó el dominio social de los llamados "estados despóticos".[13]

La idea de esclarecer los procesos de cambio hacia la jerarquización ha servido como estímulo para realizar grandes proyectos interdisciplinarios. Un ejemplo de ello lo tenemos en la Cuenca de México, como veremos más adelante.

En Mesoamérica, además de la zona mencionada, hay otras áreas en donde se tiene mayor evidencia acerca del desarrollo de sociedades tribales jerárquicas son:

1. Costa del Golfo (olmecas), entre 1500-700 aC.
2. Valle de Oaxaca (antes de Monte Albán, en San José Mogote), entre 1400-450 aC.
3. Valle de Morelos (Chalcatzingo), entre 1500-200 aC.

Es posible que este proceso también se haya dado en la zona maya, en donde se realizan importantes trabajos.[14]

Vale la pena mencionar otras dos líneas de investigación, en América, que si bien no se refieren concretamente a Mesoamérica, sí abordan el problema

[10] Sanders y Price, *Mesoamerica*.
[11] Armillas, "Tecnología, Formación socioeconómica y religión en Mesoamérica", p. 24.
[12] Piña, "Un modelo de evolución social y cultural del México precolombino".
[13] Palerm y Wolf, *Agricultura y civilización en Mesoamérica;* Wolf, *The Valley of Mexico*.
[14] Clarke y Blake, "El origen de la civilización en Mesoamérica, los olmecas y mokaya del Soconusco en Chiapas, México".

de la definición del cacicazgo. Una de ellas es la investigación realizada en Estados Unidos en el Valle del Mississippi, en donde se conceptualiza al cacicazgo con apoyo de la llamada "teoría de sistemas". Bajo este enfoque se cuestiona el concepto de redistribución y se refuerza la visión del prestigio político y religioso.[15]

Por otro lado, están las investigaciones realizadas en la zona noroeste de Venezuela. En este caso no sólo hay trabajo empírico sino que conceptualmente se han hecho grandes avances, sobre todo en la definición de la Formación tribal y sus diferentes modos de vida.[16] Estas investigaciones se plantean de acuerdo con principios del materialismo histórico tratando el problema de las tribus y cacicazgos bajo una perspectiva global: la sociedad es un todo integrado que puede estudiarse a diferentes niveles de abstracción, desde sus características estructurales más generales (a través del concepto de Formación económico-social) hasta sus características culturales más particulares (con conceptos como modo de vida y modo de trabajo).

A continuación expondremos las características estructurales de las sociedades cacicales o tribales jerárquicas, haciendo énfasis en los elementos que sustentan la estratificación.

Sociedades cacicales o tribales jerárquicas

Base económica

Como ya se dijo en la "Introducción", la característica fundamental de las sociedades tribales jerárquicas es que son principalmente productoras, llevando a cabo, como complemento, actividades de apropiación (cacería, recolección, pesca). Su principal objetivo es satisfacer las necesidades de subsistencia de los individuos. No es como hoy en día, que las sociedades en las que vivimos (capitalistas) buscan ante todo la venta y consumo de productos, sin importar si toda la población satisface con ello sus necesidades.

Si en las sociedades cacicales la producción se orienta a satisfacer requerimientos subsistenciales, el tipo de bienes producidos más importantes, y por lo tanto las ramas productivas fundamentales, son las alimenticias. Para que estas sociedades puedan producir los alimentos necesarios deben tener los conocimientos y recursos técnicos adecuados, y con ello deben ser capaces de controlar la reproducción biológica de una o varias especies alimenticias.

[15] Peebles y Kus, "Some Archaeological Correlates of Ranked Societies".
[16] Molina y Monsalvé, *Sicarigua*; Vargas, "The Tribal Mode..."; Vargas y Sanoja, "Cacicazgos al...".

Eso garantiza su *producción* y es lo que sirve para diferenciarla de las actividades de apropiación. El control sobre la reproducción de las especies consumidas es lo que define la principal o principales ramas productivas: en Mesoamérica tenemos el caso de la domesticación de especies vegetales como maíz, frijol, calabaza y chile.

La agricultura es una actividad caracterizada por tener un ciclo que varía durante el año: hay un periodo productivo (la cosecha) y un periodo no productivo, que requiere la inversión de energía humana y de recursos materiales: preparación de terreno, siembra y cuidados durante el crecimiento de la planta. Es durante el periodo no productivo cuando las actividades de apropiación cobran mayor importancia; y a la vez –aprovechando que el periodo tiene largos momentos de espera– se pueden desarrollar otros procesos de trabajo orientados a obtener bienes no alimenticios: textiles, cerámica, metalurgia, etcétera.

Lo que hemos descrito hasta ahora son características que se tienen desde las primeras aldeas tribales. Durante la fase jerárquica, la producción agrícola sufrió varias modificaciones:

1. Una mayor *intensificación productiva*. La domesticación de especies agrícolas fue un proceso largo en el cual, al mismo tiempo que se adquirió un mayor control sobre las especies, se produjeron modificaciones genéticas en favor de las características seleccionadas por el hombre. Por sí mismo, esto provocó un aumento de productividad agrícola, sobre todo en variantes gramíneas.
2. *Innovación de medios de trabajo*. No directamente en implementos de trabajo sino en la utilización del suelo: construcción de terrazas o pequeñas vallas para impedir erosión, manejo de fertilizantes orgánicos y riego sencillo.
3. Desarrollo de *medios de almacenamiento* para enfrentar periodos improductivos, variantes climáticas y garantizar nuevos ciclos agrícolas. Ejemplos de éstos son: cestas, redes, ollas, graneros y hoyos en el suelo.
4. Nuevos y mejores *procesos de trabajo no alimenticios*. Si hay una mayor productividad agrícola, no sólo se aprovechan los periodos improductivos para desarrollar otros bienes sino que hay grupos de individuos que pueden dedicarse, todo el tiempo, a trabajos no ligados a la subsistencia. Se producen bienes manufacturados de mejor calidad que en épocas pasadas.

Es importante señalar que el intercambio (del que hablaremos más adelante) también significó un estímulo importante para la producción de estos bienes.

Aquí cabe preguntarse: ¿cómo afectó a los seres humanos la presencia de las características anteriores?

1. Si hay mayor productividad y mejores medios, se requieren *más individuos* que trabajen colectivamente para obtener el fruto deseado; y a la vez, más individuos implica la posibilidad de *extenderse* y *trabajar más tierras*.
2. El aumento de áreas de producción con respecto a las áreas de apropiación significa que se necesitan más hombres no sólo para la agricultura sino para su defensa frente a otras comunidades, lo que plantea explícitamente la necesidad de delimitar fronteras (*territorialidad*).
3. *Mayor división del trabajo*. Si hay más productos alimenticios, socialmente hablando, hay grupos de individuos que pueden dedicarse a producir otro tipo de bienes. Y más aún, se pueden dedicar a actividades intelectuales. Es un tipo de división doble que nos ayuda a entender por qué en esta sociedad las formas de pensamiento religioso se institucionalizan y hay un grupo de individuos exclusivamente dedicados a ello.

Veamos ahora cómo el problema de más individuos, territorialidad y división del trabajo, significó nuevas formas de relación social.

Organización social

En un principio, las sociedades descritas tenían un tipo de propiedad o control colectivo sobre objetos de trabajo, es decir, sobre la tierra y sobre los medios que les permitían desarrollar la actividad agrícola: instrumentos, formas de almacenamiento, terrazas, etcétera. Estos elementos son la principal condición para que funcione la rama productiva más importante, y para que los grupos puedan desempeñar distintas actividades. Si estos elementos son de propiedad colectiva, es decir, que todos los grupos sociales pueden disponer de ellos y no hay un grupo que controle uno en forma exclusiva, sabemos que la sociedad tiene un carácter igualitario.

A pesar de que existe una cierta división del trabajo, con un grado de especialización, esto no crea, por sí mismo, una diferencia social jerárquica. Es

el intercambio de bienes, en una sociedad igualitaria, el que garantiza un consumo homogéneo a pesar de que haya grupos dedicados a diferentes procesos de trabajo.

En las sociedades cacicales, la célula productiva más importante no es, como actualmente, el individuo, sino el grupo de individuos cuya producción y consumo representa una acción conjunta definida por sus necesidades de subsistencia y reproducción biológica. A esta unidad mínima la llamaremos: grupo o *unidad doméstica*. Cada unidad doméstica es diferente y sufre cambios en la composición de los individuos que la integran debido a fenómenos como: muerte, matrimonio, enfermedad; y es vulnerable a factores como: malas cosechas, necesidad de intercambio de productos, fiestas y ceremonias.

Dichas unidades no son totalmente autosuficientes ya que dependen, muchas veces, de las demás para satisfacer o complementar sus necesidades. No están aisladas del resto de la comunidad; al contrario, requieren de ella, y por ello se refuerza la importancia del intercambio de productos.

La estrecha relación entre unidades no nace sólo de una necesidad efectiva o por relaciones políticas e ideológicas; responde a una necesidad material, de subsistencia, que se expresa en forma de un intercambio recíproco.

Este vínculo y los cambios de problemas que cada unidad debe afrontar, es lo que estimula a la producción de un mayor volumen de productos de subsistencia, más allá de la cantidad que las unidades necesitan para reproducirse como tales (*plusproducto*). Esta tendencia se repite a nivel social: se genera plusproducto para enfrentar la relación con otras comunidades (véase apartado de intercambio).

Al ser una sociedad que en principio tiene un sistema de relaciones sociales igualitarias, es difícil identificar grupos al interior de la comunidad. No ocurre lo mismo en sociedades más complejas, como la actual, en la que se pueden observar, entre otras cosas, diferencias entre clases sociales.

Pero en las sociedades cacicales, dado que las unidades domésticas no pueden sobrevivir como grupos autónomos y existe entre ellas un nexo que las une por necesidades de cooperación e intercambio, podemos hablar de asociaciones de unidades cuyo vínculo se refuerza con el *parentesco*.

Es probable que a nivel del conjunto emparentado de unidades domésticas se pueda hablar de grupos autosuficientes de producción y consumo. A estos conjuntos, desde el punto de vista del parentesco, los llamaremos linajes. En la comunidad hay varios linajes que se interrelacionan, y es esta interacción la que aparentemente señala al parentesco como la relación social básica.

Sin embargo, el parentesco es un tipo de relación que *corresponde* a un sistema de relaciones sociales. Por sí solo no es suficiente para explicar el carácter igualitario o no de una sociedad. Puede haber grupos de linaje en sociedades clasistas (monarquías hereditarias) o en sociedades igualitarias (clanes). El elemento que realmente marcará una distinción jerárquica en las sociedades es el cambio de las relaciones de propiedad, que estructuralmente marca un nuevo tipo de relaciones sociales de producción.[17]

Intercambio y contacto externo

Antes de hablar de la jerarquía social, analicemos el intercambio al interior y entre comunidades. Al interior, su desarrollo se explica por la posibilidad de almacenar plusproducto, por ser un medio para mantener una relación recíproca entre unidades, y por la división del trabajo.

Pero para poder entender la importancia del intercambio también es necesario analizar las relaciones entre comunidades:

1. Dado que cada comunidad explota los recursos que le rodean, se establece un patrón de *especialización* propio de esa comunidad con respecto a las demás, en lo que se refiere a la producción-extracción de determinados bienes. A nivel regional existe una especialización que sólo puede ser apreciada en esta dimensión, ya que las comunidades son, por lo regular, autosuficientes.
2. Hay bienes producidos, como la agricultura, que requieren inversión de trabajo, cuidados y un tiempo determinado de espera, hechos que crean la necesidad de delimitar y proteger el territorio trabajado. Cuanta mayor capacidad se tenga de controlar el proceso de extracción y producción de recursos en la zona, y a medida que la subsistencia de las comunidades dependa cada vez más de ellos, más fuerte será la *territorialidad* y la necesidad de *defensa*.

El intercambio entre comunidades sirve para conseguir productos y materias primas no disponibles en la zona y para mantener una relación pacífica y distante entre las comunidades. En otras palabras, el intercambio es medio para garantizar el control de un territorio y para diversificar los productos locales, abriéndose la posibilidad de establecer alianzas intercomunales.

[17] Para mayor amplitud, consúltese Sarmiento, *Las sociedades cacicales...*, y "La sociedad cacical agrícola...".

El intercambio así establecido, en las comunidades y entre ellas, puede ser de tipo recíproco –es decir, que se efectúe entre dos unidades iguales obteniendo cada una lo que espera– o de tipo redistributivo, en el cual varias unidades canalizan sus diferentes productos a un grupo o personaje (entidad central), y éste los vuelve a distribuir entre las unidades, efectuando así el cambio.[18]

El intercambio será de carácter centralizado o redistributivo a medida que la sociedad requiera de un grupo encargado de realizarlo; pero este hecho no garantiza por sí mismo que tal intercambio sea igualitario o no. En este caso ocurre lo mismo que con el parentesco: dependiendo del tipo y carácter de las relaciones sociales establecidas en la sociedad, será el tipo y carácter del intercambio. Si se da en una sociedad con un tipo de propiedad colectiva, será igualitario y todos los individuos de la comunidad tendrán acceso a los productos. Cuando hay un régimen de propiedad privada con una estructura de clases, como en nuestra sociedad, no todos tienen acceso a los mismos productos. Por sí solo, el intercambio no constituye la base de ninguna jerarquía social.

La jerarquía social

Hasta ahora hemos descartado la posibilidad de que una jerarquía social se estructure a partir de las relaciones de parentesco y del intercambio. El carácter de ambos factores depende del tipo de relaciones sociales de producción que se establezcan en la sociedad (de acuerdo con el tipo de propiedad y grado de desarrollo de las fuerzas productivas); si éstas se modifican, el carácter del intercambio y del parentesco cambia también.

Para definir el proceso de jerarquización social tomemos como unidad de análisis al linaje. En su interior existen diferentes grupos domésticos especializados en distintas actividades productivas que, gracias al intercambio, se interrelacionan y convierten al linaje en una unidad autosuficiente. La integración de una jerarquía social no pudo haberse dado porque un linaje ocupara la posición dominante; todos los linajes son heterogéneos y tienen la misma posibilidad de ocuparla.

La alteración de las relaciones de propiedad no se establece entre linajes sino al interior de dichos linajes, cuando surge un sector privilegiado en cada uno con funciones especializadas. Este grupo es mantenido por el resto de

[18] Véase Polanyi, "El sistema económico como proceso institucionalizado"; Manzanilla, "La redistribución como proceso de centralización de la producción y circulación de bienes".

unidades que conforman el linaje, dedicadas a producir los bienes alimenticios que este sector no produce de manera directa.

Es gracias a la división del trabajo de los linajes y a la posibilidad que tiene un sector privilegiado de controlar la fuerza de trabajo de los individuos del mismo linaje, que se empieza a marcar una cierta estratificación. Sin embargo, para que esto pueda tener un carácter permanente debe apoyarse en el desarrollo de actividades exclusivas, es decir, que sólo el grupo pueda desarrollar y que genere una relación de dependencia con respecto al resto de la población. Dichas actividades pueden ser:

1. Procesos de trabajo de bienes no alimenticios, que utilicen materias primas no disponibles para el resto de la comunidad. Si el sector del linaje cuenta con la posibilidad de obtener materiales de otras regiones y de transformarlos en productos necesarios para el resto, el intercambio logrará establecer una relación de dependencia.
2. Actividades que generen una relación de dependencia a través de la fuerza física, es decir, que el linaje cuente con un grupo de individuos con la fuerza suficiente para imponerse a otros ya sea por tener armas que no tiene el resto, o por superioridad numérica.
3. Uso de conocimientos especializados, generados dentro del linaje, que tengan un efecto sobre el resto de la sociedad. Tales conocimientos pueden ser de tipo medicinal, astronómico o calendárico, y bajo una forma ritual pueden ser aceptados por toda la comunidad. Figuras como el sacerdote-brujo-shamán son respetadas por la comunidad ya que sus conocimientos influyen en actividades concretas como la organización del trabajo (según calendario), la salud del grupo, la predicción de ciertos fenómenos naturales, etcétera. Este conocimiento sirve también para solicitar bienes o servicios al resto de los individuos, al tiempo que justifica la posición privilegiada que, en una jerarquización social, van tomando los personajes principales.

Cuenca de México: centros de poder en el extremo sur del Altiplano Central

A continuación hablaremos de un caso concreto que ilustra el proceso de estratificación social. Para una mejor comprensión del fenómeno, se hizo una división por secciones apoyándonos con una serie de mapas geográficos y de sitios arqueológicos.

Localización geográfica y ecología

La Cuenca de México está localizada en el extremo sur del Altiplano Central, sobre el paralelo 19 de latitud norte, coincidiendo con la orientación del eje neovolcánico. Su superficie abarca una extensión de 7,856 km², de los cuales actualmente 1,330 km² corresponden al Distrito Federal, 4,800 km² al Estado de México y 1,723 km² al estado de Hidalgo.

La Cuenca de México es una planicie elevada rodeada por varias cadenas montañosas: sierra Nevada (este), sierra de las Cruces (oeste), sierra del Ajusco (sur) y una serie de montañas discontinuas al norte (véase figura 1). La altura de la planicie de la cuenca en el centro es de 2,235 msnm (aproximadamente), y hay algunas elevaciones que llegan a tener una altura de 2,760 m.

La Cuenca de México es una unidad hidrográfica de aproximadamente 700 km² de extensión, formada por la unión de las aguas de cinco lagos: Xaltocan y Zumpango al norte, Texcoco en el centro, Chalco y Xochimilco al sur (véase figura 1). El lago de Texcoco es el más grande y es extremadamente salino; a él desembocaban las aguas dulces de los lagos Xochimilco y Chalco, y eventualmente, recibía las aguas de Xaltocan y Zumpango, también salinos. La zona está atravesada por varios ríos, algunos perennes (por la presencia de manantiales) y otros intermitentes, con agua sólo en la época de lluvias (verano) (véase figura 2). Los manantiales se ubicaban en las zonas de Xochimilco, Texcoco y Teotihuacan.

La presencia de manantiales ha sido considerada de gran importancia por algunos autores, para poder explicar el desarrollo de la agricultura en la zona. El régimen de lluvias es pobre (sobre todo al norte de la cuenca), con una temporada muy marcada en verano que, sin embargo, sufre retrasos con frecuencia y en ocasiones las sequías se repiten cíclicamente. A este fenómeno se agrega el hecho de que debido a la altura en que se encuentra la planicie, las heladas, son también un factor limitante.

La profundidad y fertilidad de los suelos es variable, siendo el norte la zona menos productiva, aspecto que coincide con el régimen de lluvias más bajo.

Con base en la clasificación de los suelos de la Cuenca de México que hace Sanders, definiremos las siguientes zonas (véase figura 2):

1. Riberas salinas. Borde de los lagos Texcoco, Xaltocan y Zumpango, importantes para la obtención de sal.
2. Suelos aluviales. Varían en cuanto a profundidad, por lo que su uso agrícola no es siempre óptimo. Autores como Sanders, Palerm y Wolf

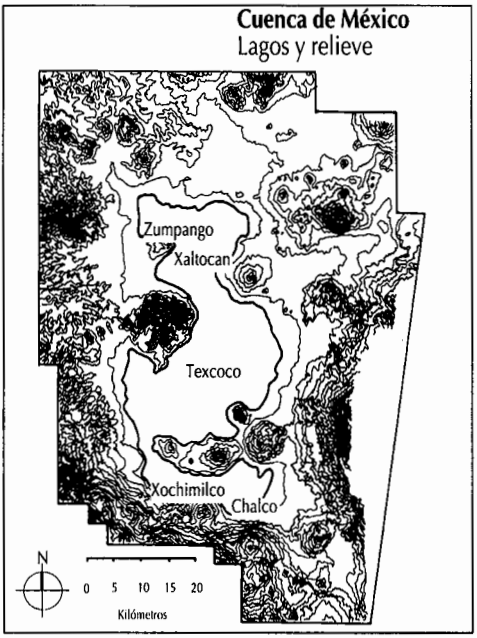


Figura 1. Lagos y relieve de la Cuenca de México. Redibujado de Parsons *et. al., Archaeological Settlement Pattern in...*

hacen notar que estos suelos se extienden en zonas paralelas a ríos, y que ello facilita la utilización de técnicas de irrigación haciendo posible la presencia de cultivos lo suficientemente productivos para mantener a la población de la cuenca.[19]

3. Zona de somonte. De inclinación y profundidad variables. Adecuada para el cultivo (sobre todo las zonas bajas), aunque es un área vulnerable a la erosión, sobre todo en las franjas que coinciden con una alta precipitación.
4. Zona de sierra. Escarpada, no apta para asentamientos y cultivos. Su importancia radica en los recursos que pueden obtenerse, como materiales de construcción y combustible (véase figura 3).

La Cuenca de México es una zona con una gran riqueza de recursos naturales y con zonas adecuadas para el cultivo debido a las condiciones del suelo y a la disponibilidad de agua. Sin embargo, el desarrollo de una economía

[19] Sanders *et al., The Basin of Mexico;* Palerm y Wolf, *Agricultura y civilización en Mesoamérica.*

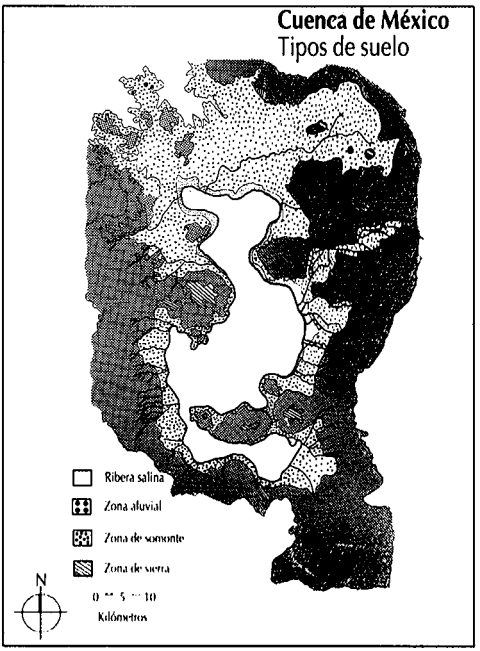


Figura 2. Tipos de suelo de la Cuenca de México.
Redibujado de Sanders *et al.*, *The Basin...*

productiva agrícola fue un proceso largo, que en sus fases iniciales se caracteriza por lo que algunos autores han definido como una "economía mixta", es decir, que está compuesta, a la vez, de actividades agrícolas, de caza y recolección.[20]

Con respecto a la explotación de recursos naturales no agrícolas, la Cuenca de México, debido a que es un sistema lacustre, ofrece grandes posibilidades: peces, ranas, tortugas, insectos acuáticos, bejucos, algas, aves migratorias; sin olvidar los recursos que se obtienen de las montañas: obsidiana, basalto, madera, productos de la caza (conejos, venados, roedores, especies de reptiles) (véase figura 3).

Trabajos arqueológicos en la Cuenca de México

Sin duda la Cuenca de México es una de las zonas más trabajadas desde el punto de vista arqueológico, tanto en investigaciones de superficie como de

[20] Para profundizar este aspecto véase, Piña Chan, *Mesoamérica*, y "Un modelo de evolución social y cultural del México precolombino"; Wolf (ed.), *The Valley of México*, Sanders *et al.*, *The Basin of Mexico*; Parsons *et al.*, *Archaeological Settlement Pattern Data from...*

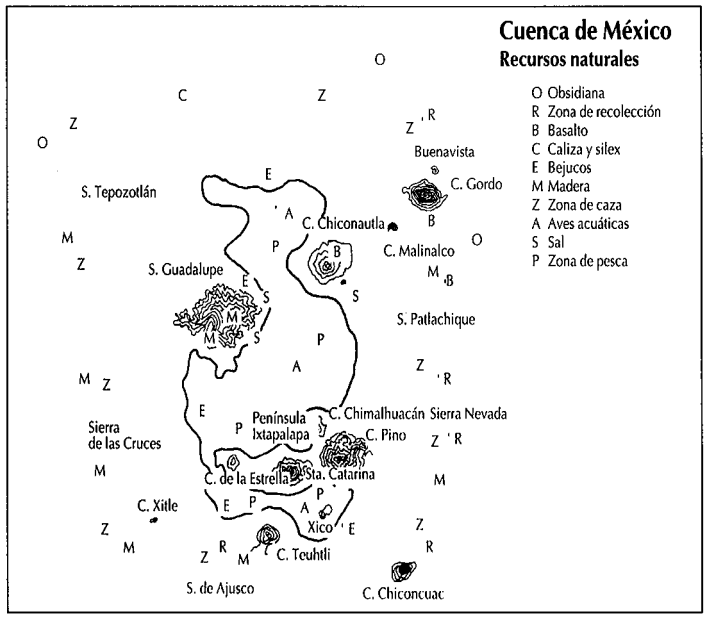


Figura 3. Recursos naturales de la Cuenca de México. Redibujado de Sanders *et al.*, *The Basin...*

excavación. Mencionaremos a los autores más significativos cuyos trabajos han contribuido al análisis de los primeros centros de poder en esta zona (horizonte Preclásico o Formativo).

La presencia de materiales prehispánicos en la Cuenca de México (sin tomar en cuenta Teotihuacan) era bien conocida desde el siglo pasado. Ya en este siglo se tiene mención de restos encontrados en la zona sur (Tlalpan) por Beyer (1918) y Díaz Lozano (1925), aunque el hallazgo más importante es el del sitio de Cuicuilco, identificado por Gamio alrededor de 1920. Gamio trabajó en Copilco y definió una "cultura de los cerros subpedregalenses" anterior a Teotihuacan, hecho que sirvió de marco de referencia a Cummings quien excavó Cuicuilco en varias temporadas entre 1923 y 1926.

En los años treinta, Vaillant hizo importantes trabajos en los sitios El Arbolillo, Ticomán y Zacatenco, al noroeste de la Cuenca de México, retomando el concepto de la "cultura de los cerros".

Estas primeras investigaciones son importantes antecedentes para trabajos posteriores. A continuación sólo mencionaremos algunos de los trabajos de excavación más importantes: Piña Chan (Tlatilco), Barba (Tlapacoya), Noguera

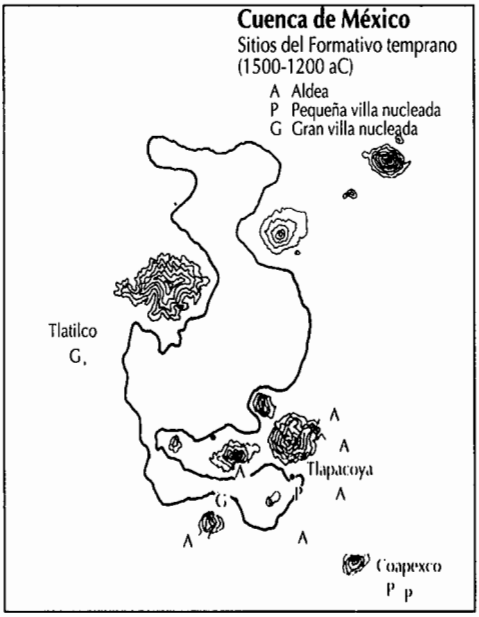


Figura 4. Sitios del Formativo temprano (1500-1200 aC) en la Cuenca de México. Redibujado de Sanders *et al., The Basin...*

y Müller (Cuicuilco), McBride y Alexander (Xaltocan, Texcoco), Armillas (Xochimilco), Tolstoy, Paradis y Fish (Coapexco), Niederberger (Tlapacoya-Zohapilco), Reyna-Santley (Loma Terremote), Manzanilla y Frangipane (Cuanalán), Dixon (Temesco), Serra (Terremote) y Gándara (Cuicuilco).

Además de trabajos de excavación, en la Cuenca de México se han realizado importantes proyectos de análisis de superficie y patrón de asentamiento a gran escala. Sanders es el que inicia con este tipo de proyectos, dividiendo a la cuenca en varias áreas, trabajadas posteriormente por diversos investigadores: Blanton (Ixtapalapa), Parsons (Texcoco), Parsons (Chalco y Xochimilco), Sanders y Santley (Cuauhtitlán y Temascalapa).

Cronología y periodificación

Cuando una zona es trabajada por muchos autores, se corre el peligro de tener tantos criterios de periodización y cronología como investigadores, y eso ocurre precisamente en la Cuenca de México.

Vaillant es uno de los primeros en establecer la existencia de tres periodos: inferior, de transición y superior. Los criterios usados son los cambios en la cerámica y tipos de figurillas (criterios tecnológicos y morfológicos), hablando de una evolución gradual.

Durante mucho tiempo se utilizó la definición del horizonte Preclásico con sus divisiones: inferior, medio y superior, concepto ligado a la "influencia" de los olmecas detectada en la cerámica (motivos estilísticos).

Después de varios años de trabajos y cronologías locales, Tolstoy y Paradis intentan hacer una revisión cronológica con base en materiales cerámicos, definiendo fases y subfases que en lugar de simplificar la cronología, la complicaron bastante.

Cuando Sanders realizó su trabajo extensivo en la Cuenca de México, considerando el área como un todo, definió una cronología con periodos y fases tomando en cuenta, además de los criterios cerámicos tradicionalmente usados, la configuración de los asentamientos (tamaño y densidad ocupacional), distribución espacial de unidades poblacionales, tecnología, desarrollo agrícola, complejidad arquitectónica. Su propuesta, enfocada al análisis de superficie, hizo énfasis en la localización de sitios considerando rasgos culturales (como cerámica y arquitectura) con rasgos naturales, y el cambio de configuración de estas variables en el tiempo. La nueva cronología, a pesar de ser complicada por la gran cantidad de fases que propone, facilitó la comparación con otras regiones, y dio oportunidad a considerar factores de cambio social que van más allá de la "influencia" de otras sociedades (como los olmecas), o de considerar solamente rasgos cerámicos.

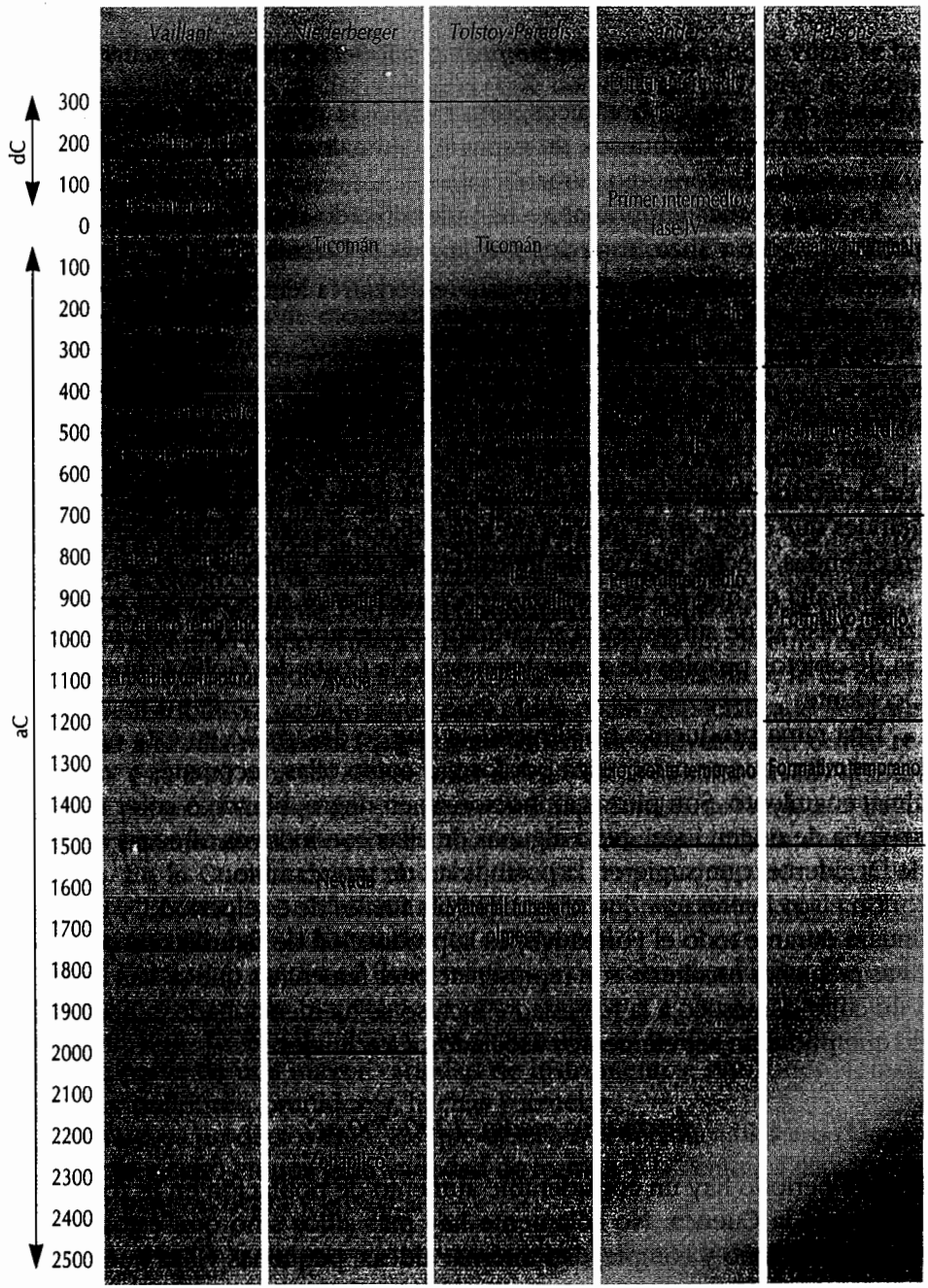
Actualmente la cronología más aceptada para trabajar el desarrollo de la Cuenca de México, y que utilizaremos en el presente capítulo, es la que usó Parsons para analizar el sur de la Cuenca de México (véase cuadro 1).

Desarrollo de las sociedades del Formativo[21]

Durante el Formativo, la Cuenca de México presenta un gran desarrollo en la zona sur, aspecto que cambió radicalmente en el horizonte Clásico, con el apogeo de Teotihuacan (véanse figuras).

[21] Para profundizar sobre este aspecto véase, Piña Chan, *Mesoamérica,* y "Un modelo de evolución social y cultural del México precolombino"; Wolf (ed.), *The Valley of Mexico;* Sanders *et al., The Basin of Mexico;* Parsons *et al., Archaeological Settlement Pattern Data from...*

Cuadro 1. Cuadro cronológico de la Cuenca de México



Formativo temprano, 1500-1200 aC

Además de los restos botánicos, otra evidencia para inferir actividades de recolección son los huesos de especies animales, hallados en las aldeas, como indicio de consumo alimenticio.

En estas fechas tempranas se han identificado restos de venado, pecarí, perro o coyote y tuza, especies propias de la Cuenca. También los instrumentos de obsidiana, de cuerno y asta refuerzan la idea de que se desarrollaron actividades de recolección.

De la pesca no se tienen datos directos, como restos de especies o instrumentos que puedan sugerir dicha actividad, pero se ha inferido indirectamente su existencia a partir de las representaciones de peces en objetos cerámicos.

Hay sitios como Tlapacoya y Tlatilco en cuyas fases más tempranas se han detectado lugares de almacenamiento. A pesar de que estos sitios son más grandes que otros, en su interior no hay indicios de diferencias en viviendas o en ofrendas, hecho que podría interpretarse como diferencia social.

Más allá de que los elementos mencionados nos sugieren que las necesidades básicas de subsistencia se cubrían con recursos locales, está la presencia de objetos propios de zonas lejanas: de la Costa del Golfo (olmeca) y de Occidente.

Una rama productiva no alimenticia que se desarrolló en esta época fue la cerámica, que se caracteriza por formas como ollas, tecomates y vasijas de almacenamiento. Son piezas monocromas en negro, blanco o color rojizo, la mayoría de origen local, pero algunas de ellas con motivos olmecas o formas de Occidente, que sugieren la posibilidad de intercambio.

Un rasgo interesante que se manifiesta a finales de este periodo, y que continuará durante todo el Formativo, es la producción de figurillas de cerámica. Estas pequeñas esculturas son representaciones femeninas que se han asociado a un culto doméstico a la fertilidad e incluso se ha mencionado la posibilidad de que pudieran ser elementos asociados a los linajes.

Formativo medio, 1200-700 aC

En este periodo hay un considerable aumento de población en la zona sur y sureste de la Cuenca. No solamente hay más sitios sino que éstos son de diferente tamaño y complejidad interna: aldeas, pequeñas villas nucleadas y

grandes villas nucleadas (véase figura 5).[22] En torno a las grandes villas se ha identificado un patrón de asentamiento que consiste en una serie de sitios agrupados alrededor de dicha villa, fenómeno que se repite en la siguiente fase del Formativo. Dicho fenómeno se puede tomar como indicador de la existencia de una jerarquización social y de una relación de dependencia, a través del intercambio, entre las aldeas y los núcleos mayores.

Los entierros son otro aspecto que refuerza la idea de una jerarquía: la calidad de las ofrendas es muy variable. En Tlatilco se excavaron numerosos entierros que, además de mostrarnos una gran cantidad y calidad de ofrendas, nos hablan de una costumbre que hoy nos parecería muy rara: enterraban a los muertos debajo de sus casas.

A nivel de subsistencia, la agricultura empieza a tener más importancia que las actividades de recolección y caza, aunque éstas no desaparecen.

Un sitio importante en esta época es Ticomán, ubicado al oeste de la Cuenca cerca de las salinas, en suelos no aptos para la agricultura (véase figura 2). La ubicación del sitio hace suponer que sus habitantes se especializaron en la extracción de sal. Sitios como ese y la expansión de asentamientos hacia zonas de somonte, con otras posibilidades de extracción de recursos, se han considerado como evidencia de la integración de un sistema regional de intercambio, dominado por los centros mayores. Al sistema se le ha denominado redistributivo, debido a que cada aldea o sitio especializado lleva sus productos a la villa nucleada (que posteriormente se convertirá en centro regional), y ésta a su vez, los ofrece a las aldeas. Estos centros, en los que un grupo de personas (tal vez del segmento de linaje dominante) realiza el intercambio y tiene funciones de representación, se convierten también en lugares de culto. En la Cuenca de México, el proceso de jerarquización social se apoyó en el control y producción de bienes a nivel regional y en el control de conocimientos bajo la forma de rito ceremonial.

En el Formativo medio se tiene evidencia de sitios especializados en la producción de cestería (canastas, petates, cuerdas y redes) ubicados a las orillas del Lago de Xochimilco, y del desarrollo de nuevas tecnologías de trabajo a partir de una mayor variedad de instrumentos: punzones, agujas, espátulas, pulidores, bruñidores, hachas y azuelas.

Hay nuevos productos entre los que destacan la cerámica bicroma (blanco y rojo, rojo y café) en una gran variedad de formas, y la cerámica llamada de tradición olmeca: negra y grisácea.

[22] Para la clasificación de sitios se tomaron en cuenta los criterios establecidos por Sanders. Véase Sanders *et al.*, *The Basin of Mexico*.

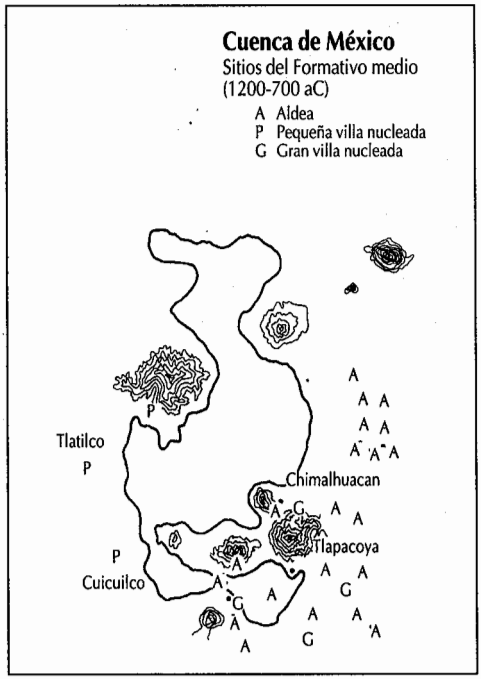


Figura 5. Sitios del Formativo medio (1200-700 aC) en la Cuenca de México. Redibujado de Sanders *et al., The Basin...*

También hay artefactos, presumiblemente suntuarios, elaborados a partir de materias primas provenientes de la Costa del Golfo y del Valle de Oaxaca, como piedras verdes, turquesa, pirita, hematita y concha.

Es interesante mencionar que se han encontrado en la Costa del Golfo y el Valle de Oaxaca, como contraparte del intercambio, objetos de obsidiana provenientes de Otumba, mina ubicada al norte de la Cuenca de México y explotada por los hombres del Formativo.

La cantidad y variedad de figurillas cerámicas también aumentó considerablemente; incluso hay autores que hablan de esculturas "olmecoides" por presentar rasgos similares a las esculturas olmecas de la Costa del Golfo. En las estatuillas se pueden apreciar diversos personajes y una gran cantidad de ornamentos: collares, brazaletes, narigueras, ajorcas en el cuello, espejos y colmillos colgados y pendientes. Muchos de estos artefactos de adorno o distinción, usados por los hombres del Formativo, se elaboraron con materias primas de otras regiones.

Formativo tardío, 700-300 aC

Durante el Formativo tardío continúa la tendencia del periodo anterior: aumento poblacional y mayor variedad de sitios, entre los que encontramos aldeas, pequeñas villas nucleadas, grandes aldeas nucleadas y centros regionales (véase figura 6). El patrón regional de sitio principal rodeado por otros más pequeños también permanece y se distinguen sobre todo dos centros: Tlapacoya y Cuicuilco.

En este periodo, la agricultura es la rama productiva de alimentos más importante, destacando el cultivo de maíz más que de cualquier otra especie o recurso recolectado. Sanders incluso habla del desarrollo de técnicas de agricultura intensiva como lo son la irrigación en zonas como Teotihuacan, Patlachique y Texcoco, y el cultivo con chinampas en regiones a la orilla de los lagos Chalco y Xochimilco. Sin embargo, la evidencia que apoya dichas aseveraciones ha sido cuestionada por otros autores.[23]

El establecimiento de poblados en diferentes ámbitos ecológicos, tal como podemos ver en la figura 6, nos hace pensar que se acentúa la especialización de los sitios extrayendo o produciendo bienes locales y que, por consiguiente, aumenta el intercambio, realizado por intermediación de los centros regionales. Las comunidades ribereñas, ubicadas en suelos aluviales, explotaron recursos agrícolas y lacustres que intercambiaban por recursos de las zonas altas: madera, maguey y venado.

La zona sur de la Cuenca de México estaba integrada económicamente a través de los centros regionales a los que se ha definido como centros de distribución de bienes. Son estos centros también los que presentan la mayor cantidad de productos no locales (de Oaxaca y tal vez de Morelos), cuya distribución es controlada por sus habitantes.

Para entender la historia antigua de la Cuenca no es suficiente con conocer lo que sucedía en un sitio, por grande que éste fuera; es necesario conocer las relaciones entre los distintos poblados de la región.

Los centros regionales, además de ser las cabezas de un sistema de intercambio local y regional, se destacaron por una arquitectura religiosa importante. El caso más claro es Cuicuilco en donde, además de la arquitectura ceremonial, se encontró una representación del dios viejo del fuego y antecedentes de Tláloc y de Xipe o Tótec.

[23] Véase McClung, *Ecología y cultura en Mesoamérica*.

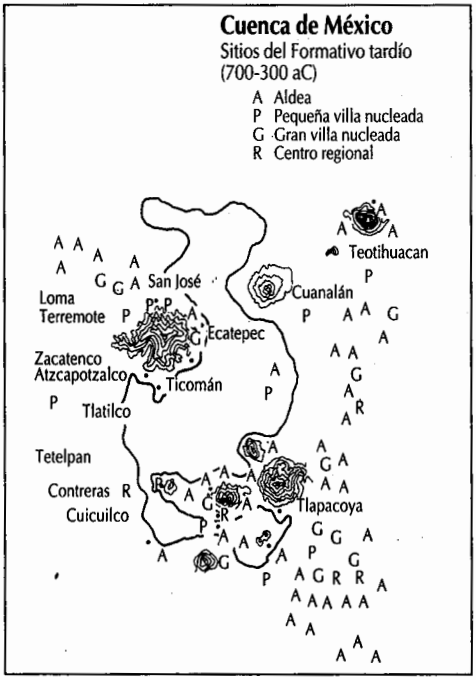


Figura 6. Sitios del Formativo tardío (700-300 aC) en la Cuenca de México. Redibujado de Sanders *et al., The Basin...*

Tal vez esto signifique el cambio de un culto doméstico a uno institucional, dirigido por un grupo que está a la cabeza de una organización social jerarquizada dentro de Cuicuilco, y a lo largo y ancho de toda la región integrada. La composición arquitectónica de estos sitios, en donde hay construcciones de piedra y construcciones más sencillas hechas de materiales perecederos, es también un indicio de diferenciación social.

Los entierros, en esta etapa del Formativo, también son distintos: sigue habiendo una diferencia en la cantidad y calidad de las ofrendas, pero hay algunos que se realizan cerca de estructuras ceremoniales, como la pirámide de Cuicuilco; el resto sigue debajo de las casas.

Formativo terminal, 300 aC-100 dC

En las figuras 7 y 8 podemos ver un cambio marcado en la tendencia de crecimiento experimentado en la Cuenca de México hasta el Formativo tardío.

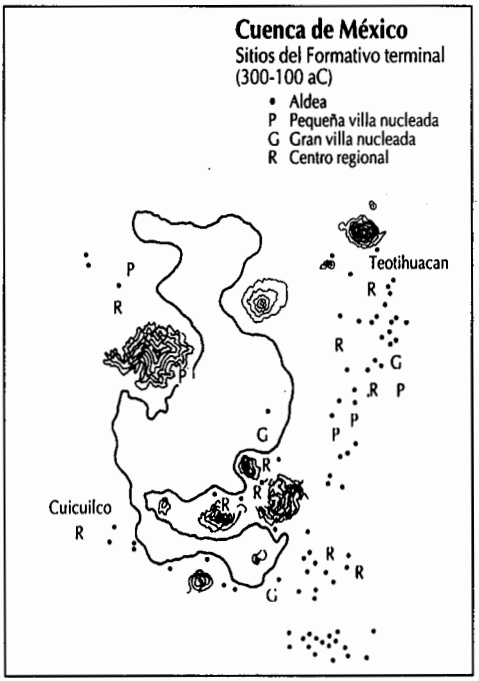


Figura 7. Sitios del Formativo terminal (300-100 aC) en la Cuenca de México. Redibujado de Sanders *et al.*, *The Basin...*

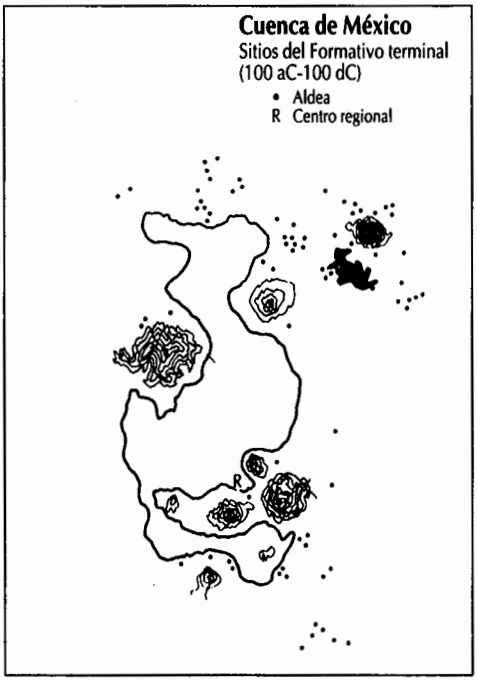


Figura 8. Sitios del lapso 100 aC-100 dC en la Cuenca de México. Redibujado de Sanders *et al.*, *The Basin...*

En términos absolutos, la población decrece y los asentamientos se desplazan hacia el norte. Es una etapa en la cual Cuicuilco alcanza su mayor extensión, a la vez que empieza el crecimiento de Teotihuacan en el extremo norte de la Cuenca.

Acerca de este periodo se tiene poca información. Lo que se sabe es que Teotihuacan empieza a desarrollarse rápidamente como centro regional, cuyos habitantes tienen el conrol de un recurso fundamental para la tecnología del Formativo: la obsidiana.

¿Por qué termina este periodo? ¿Por qué se rompe el sistema en la zona sur? ¿Por qué las sociedades jerárquicas del sur de la Cuenca de México pierden toda importancia frente a Teotihuacan? Varias hipótesis se han formulado al respecto:

1. En el Formativo terminal ocurrió un fenómeno natural que, indudablemente, afectó las formas de vida establecidas en la zona sur de la

Cuenca: la erupción del volcán Xitle. La lava llegó a cubrir parcialmente a Cuicuilco y alteró fuertemente las condiciones ecológicas de la región, afectando la posibilidad de cultivo. Sin duda, este hecho rompe con el sistema regional.

2. Otra hipótesis no atribuye el cambio solamente al fenómeno natural. En ella se dice que a finales del Formativo tardío, Cuicuilco y Teotihuacan eran los principales polos demográficos, económicos, sociopolíticos y religiosos de la Cuenca, y que debió existir una clara rivalidad entre ellos por la explotación de recursos y el dominio de regiones y poblados. La competencia enre ambos debió terminar por la erupción del Xitle, que interrumpió la red de vínculos entre las comunidades del sur, con lo que Teotihuacan se convirtió en el único sitio dominante de la zona. Teotihuacan pudo afianzarse y llegar a ser no sólo un centro regional, sino una gran ciudad por la presencia de un sistema de irrigación bien establecido, capaz de producir los bienes agrícolas que requirieron la población propia y la que emigró.

Bibliografía

Barba de Piña Chan, Beatriz, "Tlapacoya, un sitio preclásico de transición", en *Acta antropológica,* época 2, vol. I, núm. 1, México, 1956.

Bate, Luis Felipe, *Sociedad, formación social y cultura,* México, Ediciones de Cultura Popular, 1978.

_____, *Cultura, clase y cuestión étnico-nacional,* México, Juan Pablos Editor, 1984.

_____, "El modo de producción cazador-recolector o la economía del salvajismo", en *Boletín de Antropología Americana,* núm. 13, julio de 1986, pp. 2-32.

Beyer, H., "Sobre antigüedades del Pedregal de San Ángel", en *Sociedad Antonio Alzate,* núm. XXXVII, México, 1918, pp. 1-16.

Blanton, Richard E., *Prehispanic Settlement Patterns of the Ixtapalapa Peninsula Region, Mexico,* Ann Arbor, University of Michigan, 1972.

Clarke, John y Michael Blake, "El origen de la civilización en Mesoamérica, los olmecas y mokaya del Soconusco de Chiapas", copia mecanoscrita, México, 1989.

Cohen, R. y John Middleton, *Comparative Political Systems,* Austin, University of Texas Press, 1969.

Creamer, W. y J. Haas, "Tribe versus Chiefdom in Lower Central America", en *American Antiquity,* vol. 5, núm. 5, 1985, pp. 738-755.

Cueva, Agustín, "La concepción marxista de las clases sociales", en *Teoría marxista de las clases sociales,* México, UAM, 1983, pp. 61-75. Cuadernos de teoría y sociedad 2.

CUMMINGS, B., "Cuicuilco, the Oldest Temple Discovered in North America", en *Review of the Archaeological Society of Washington,* vol. XVI, julio-agosto de 1923, pp. 1-2.

DIXON, Keith, *Progress Report on Excavations of Terminal Late Preclassic Ceremonial Architecture, Temesco, Valley of Mexico,* California, California State College, Department of Anthropology, 1965.

FLANNERY, Kent (ed.), *The Early Mesoamerican Village,* Nueva York, Academic Press, 1976.

_____ y Joyce Marcus, *The Cloud People,* Nueva York, Academic Press, 1983.

GÁNDARA, Manuel, "Proyecto Cuicuilco 1984", México, mecanoescrito.

LLOBERA, José, *Antropología política,* Barcelona, Anagrama, 1979.

MANZANILLA, Linda, "La redistribución como proceso de centralización de la producción y circulación de bienes", en *Boletín de Antropología Americana,* núm. 7, julio de 1983, pp. 1-18.

_____, "El sitio de Cuanalan en el marco de las comunidades preurbanas del Valle de Teotihuacan", en J. Monjarás-Ruiz, R. Brambila y E. Pérez Rocha (coords.), *Mesoamérica y el centro de México,* México, INAH, 1985, pp. 133-178. Colección Biblioteca del INAH.

MCBRIDE, Harold, *Formative Ceramics and Prehistoric Settlement Patterns in the Cuauhtitlan Region,* Mexico, University of California, 1974.

MCCLUNG, Emily, *Ecología y cultura en Mesoamérica,* México, UNAM, Instituto de Investigaciones Antropológicas, 1979.

MOLINA, M. y M. Monsalve, *Sicarigua. Estudio preliminar del modo de vida y las formas agrarias en un yacimiento arqueológico del noroeste de Venezuela,* Caracas, Ediciones de la Sociedad Venezolana de Arqueólogos, 1986.

MÜLLER, Florencia, "La cerámica de Cuicuilco", Arqueología de Cuicuilco (ciclo de conferencias), México, ENAH, 1984.

NIEDERBERGER, Christine, *Zohapilco. Cinco milenios de ocupación humana en un sitio lacustre de la Cuenca de México,* México, INAH, 1976.

NOGUERA, Eduardo, "Excavaciones en Cuicuilco", en *XXVIII Congreso Internacional de Americanistas,* vol. 2, 1939, pp. 210-211.

PALERM, Ángel y Eric Wolf, *Agricultura y civilización en Mesoamérica,* México, SEP-Setentas-Diana, 1980.

PARSONS, J., E. Brumfiel, M. Parsons y D. Wilson, *Archaeological Settlement Pattern in the Southern Valley of México, The Chalco-Xochimilco Region,* Ann Arbor, University of Michigan, 1982. Memoir of the Museum of Anthropology.

_____, K. Kintigh y S.A. Gregg, *Archaeological Settlement Pattern Data from the Chalco, Xochimilco, Ixtapalapa, Texcoco and Zumpango Region,* Ann Arbor, University of Michigan, 1983. Memoir of the Museum of Anthropology.

_____, *Prehistoric Settlement Patterns in the Texcoco Region, Mexico,* Ann Arbor, University of Michigan, 1971. Memoirs of the Museum of Anthropology núm. 3.

PEEBLES, D. y B. Kus, "Some Archaeological Correlates of Ranked Societies", en *American Antiquity,* vol. 42, núm. 3, 1977, pp. 421-448.

PIÑA CHAN, Román, *Tlatilco,* México, INAH, 1958.
_____, *Mesoamérica,* México, INAH, 1960.
_____, "Un modelo de evolución social y cultural del México precolombino", en *Mesoamérica y el Centro de México,* México, INAH, 1985, pp. 41-81.
POLANYI, Karl, "El sistema económico como proceso institucionalizado", en J. Llobera (ed.), *Antropología y economía,* Barcelona, Anagrama, 1976, pp. 155-179.
REYNA, Rosa María, "Cronología relativa en dos sitios preclásicos de la región simbiótica del centro de México", sobretiro del simposio Chronological Frameworks of Mesoamerica, 1977, p. 11.
SANDERS, William y Barbara Price, *Mesoamerica. The Evolution of a Civilization,* Nueva York, Random House, 1968.
_____, J. Parsons y R. Santley, *The Basin of Mexico,* Nueva York, Academic Press, 1979.
SANOJA, Mario e Iraida Vargas, "Cacicazgos del noroeste de Venezuela", en *Gens,* vol. 1, núm. 4, Sociedad Venezolana de Arqueólogos, diciembre de 1985, pp. 52-63.
SARMIENTO, Griselda, *Las sociedades cacicales; propuesta teórica e indicadores arqueológicos,* tesis de licenciatura, México, ENAH, 1986.
_____, "La sociedad cacical agrícola, hipótesis y uso de indicadores arqueológicos", en *Boletín de Antropología Americana,* núm. 13, julio de 1986, pp. 33-64.
SERRA, Mari Carmen, "La unidad habitacional en Terremote-Tlaltenco, D.F. Un análisis de distribución espacial para definir áreas de actividad", en *Anales de Antropología,* vol. I, núm. XVII, México, UNAM, 1980, pp. 167-186.
SERVICE, Elman, *Primitive Social Organization,* Nueva York, Random House, 1964.
_____, *Origins of the State and Civilization,* Nueva York, Norton Publishing Co., 1975.
TOLEDO M. y Luis Molina, "Cacicazgos del Noroeste de Venezuela", en *Gens,* vol. 1, núm. 4, Sociedad Venezolana de Arqueólogos, diciembre de 1985.
TOLSTOY, Paul *et al.,* "Early Sedentary Communities of the Basin of Mexico", sobretiro de *Journal of Field Archaeology,* núm. 4, Boston University, 1977, pp. 91-106.
VAILLANT, George, *Excavations at Zacatenco,* Nueva York American Museum of Natural History, 1930. Anthropological Papers vol. 32, núm. 1.
_____, *Excavations at Ticoman,* American Museum of Natural History, 1932. Anthropological Papers vol. 32, núm. 2.
_____, *Excavations at El Arbolillo,* Nueva York American Museum of Natural History, 1935. Anthropological Papers vol. 35, núm. 2.
VARGAS, Iraida, "Modo de vida, categoría de las mediaciones entre la formación social y cultura", en *Boletín de Antropología Americana,* núm. 12, diciembre de 1985, pp. 5-16.
_____, "Desarrollo histórico de las sociedades andinas en Venezuela", en *Gens,* vol. 2, núm. 1, Sociedad Venezolana de Arqueólogos, marzo de 1986, pp. 18-40.
_____, "The Tribal Mode of Production, Conditions for the Implantation of the Classist formation in Venezuela", ponencia presentada en el Centro de Investigaciones de Humanidades, Copenhage, Universidad de Copenhage, septiembre de 1988.
WOLF, Eric, *The Valley of Mexico,* Albuquerque, New Mexico University Press, 1976.

La zona del Golfo en el Preclásico: la etapa olmeca

Rebecca B. González Lauck*

Introducción

El estudio de sociedades complejas prehistóricas es importante, particularmente cuando se trata de expresiones autóctonas, las cuales se desenvolvieron en diferentes partes del mundo y en diversas formas. La civilización olmeca es uno de los ejemplos más tempranos y de gran complejidad en la historia del México prehispánico. Dicha civilización ha sido objeto de múltiples clasificaciones, tales como: "cultura madre de Mesoamérica", "arcaica", "aldeana", "cacicazgo", "imperio", "estado primitivo" o "civilización prístina". Sin embargo, con base en los conocimientos que tenemos en la actualidad, dichas clasificaciones son demasiado simplistas para una adecuada caracterización de esta particular manifestación cultural del México antiguo.

Los "olmecas" conformaron una expresión cultural en la parte sur de la Costa del Golfo –que comprende la parte central y sur del estado de Veracruz y la parte oeste del estado de Tabasco– y que existió en el primer milenio y medio antes de Cristo. Esto incorpora la definición de lo "olmeca" como un estilo artístico, lo cual es una de sus características más reconocibles dentro y fuera de la Costa del Golfo.

La palabra "olmeca" significa "habitantes de la región de hule",[1] y fue utilizada genéricamente para llamar a los diferentes grupos étnicos, lingüísticos y culturales que ocuparon la región de Veracruz y Tabasco a través de los siglos.[2] Dada la amplia cobertura temporal y cultural de dicho término, se propuso que se le llamara "Cultura de La Venta" a la cultura arqueológica que nos concierne, ya que los materiales culturales descubiertos hasta ese enton-

*Arqueóloga, investigadora del Centro INAH-Tabasco, Villahermosa.

[1] Jiménez Moreno, "Relación entre los olmecas, toltecas y los mayas...", p. 19.

[2] Caso, "Resumen de las discusiones sobre los olmecas históricos y sobre los informes lingüísticos", p. 59.

ces en La Venta, se consideraban como la expresión por excelencia de lo que se conocía como "olmeca".[3] Esta propuesta nunca fue ampliamente utilizada por los estudiosos, ya que el nombre "olmeca" estaba demasiado arraigado, razón por la cual aquí nos referiremos a la misma por su nomenclatura tradicional, a pesar de los problemas que presenta.

El campo de investigación en torno a los olmecas arqueológicos es de reciente creación, comparado con otras áreas de especialización dentro de la arqueología mesoamericanista. Aunque existe una modesta bibliografía sobre diversos aspectos de la civilización olmeca,[4] aún existe una buena cantidad de problemas por resolverse. Son pocos los trabajos de campo en la región olmeca, lo cual se refleja en nuestro conocimiento.

Este artículo pretende exponer el estado actual del conocimiento sobre los olmecas arqueológicos de la Costa del Golfo, al igual que las limitaciones que tiene esta información. En esta forma, el lector interesado podrá dilucidar los múltiples problemas arqueológicos que aún quedan por resolver. Esta reseña abarcará los siguientes temas: cronología, arte, arquitectura, patrón de asentamiento, agricultura y subsistencia, religión, abastecimiento de materias primas y la extensión de lo llamado "olmeca".

A modo de introducción se presenta un breve resumen del área geográfica y del medio ambiente en cuestión. Con la misma intención se ofrece al lector una historiografía de las investigaciones llevadas a cabo en la región, con el fin de que el lector interesado pueda fácilmente recurrir a las fuentes primarias de información.

Geografía y medio ambiente

La más amplia definición del área olmeca comprende geográficamente la zona delimitada al oeste por la Laguna de Alvarado, Veracruz, y al este por la Barra de Tupilco, Tabasco (véase figura 1). El Golfo de México forma la barrera natural al norte, y al sur se extiende cerca de 100 km. La mayor parte de esta región queda a menos de 100 msnm, excepto el macizo montañoso de Los Tuxtlas. Estas montañas llegan a alcanzar una altura menor de 500 m y separan las dos cuencas principales de la región olmeca: la del río Papaloapan al oeste y la del río Coatzacoalcos al este.

[3] Vaillant, Caso, Jiménez Moreno, "Conclusiones", p. 75.

[4] Beverido, *Bibliografía olmeca;* Gutiérrez y Schávelzon, *Corpus bibliográfico de la cultura olmeca;* Heizer y Smith, "Olmec Sculpture and Stone Working, A Bibliography"; Jones, *Bibliography of Olmec Sculpture.*

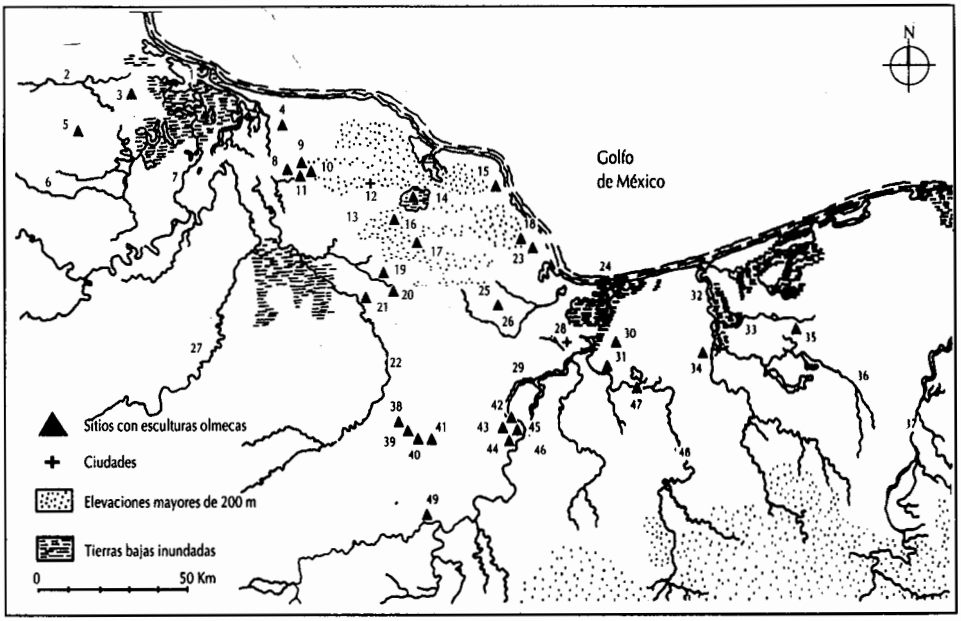


Figura 1. Sitios con escultura olmeca en la costa del Golfo de México (basado en Bernal, *El mundo...*; Coe, *America's...*; De la Fuente, *Los hombres...*).

1. Alvarado
2. Río Blanco
3. Cerro de las Mesas
4. El Mesón
5. Nopiloa
6. Río Hondo
7. Río Papaloapan
8. Cerro Nestepe
9. Cerro El Vigía
10. Tlapacoya
11. Tres Zapotes
12. San Andrés Tuxtla
13. L. de Catemaco
14. Isla de Tenaspi
15. Pilapan
16. Matacanela
17. Los Mangos
18. San Martín Pajapan
19. Laguna de los Cerros
20. Llano del Jícaro
21. Cuauhtotolpan
22. Río San Juan
23. Zapotitlán
24. Coatzacoalcos
25. Sta. Rita
26. Loma Larga
27. Río Tesochoacan
28. Minatitlán
29. Río Coatzacoalcos
30. Ixhuatlan
31. Antonio Plaza
32. Río Tonalá
33. La Venta
34. Los Soldados
35. San Miguel
36. Río Zanapa
37. Río Grijalva
38. Cruz del Milagro
39. Medias Aguas
40. Estero Rabón
41. Rancho los Ídolos
42. Tenochtitlan
43. San Lorenzo
44. Azuzul
45. Potrero Nuevo
46. Manatí
47. Arroyo Sonso
48. Río Uspanapa
49. Las Limas

A través de esta región existe una extensa red hidrológica, formada por ríos, corrientes tributarias y arroyos, al igual que lagunas costeras, pantanos y manglares. Estas tierras bajas tropicales se definen como "tierra caliente" –en la clasificación Koeppen de Am a Af, con temperaturas entre los 20° y los 35° C– la cual se caracteriza por su abundante precipitación pluvial (promedio de 2,000 mm anuales) y una breve época de secas. Hasta hace 30 años la

región tenía una densa cubierta de bosque tropical húmedo, la cual ha sido destruida extensamente.

En esta región se han localizado más de treinta sitios de donde proceden esculturas de estilo olmeca, razón por la cual se les clasifica como pertenecientes a la civilización olmeca. Este artículo trata casi exclusivamente de los sitios de La Venta, San Lorenzo, Tres Zapotes y Laguna de los Cerros, puesto que la información que existe sobre los demás es prácticamente nula.

Historia de las investigaciones arqueológicas

La más amplia historiografía de las investigaciones en torno a la cuestión olmeca es la publicada por Beatriz de la Fuente;[5] cubre el periodo desde el inicio de dichos estudios hasta finales de los años sesenta. Francisco Beverido Pereau[6] y Ponciano Ortiz Ceballos[7] amplían lo anterior con información más reciente, especialmente sobre las investigaciones realizadas en Veracruz. Se mencionan con el fin de que el lector pueda ampliar la siguiente síntesis, la cual se enfoca principalmente hacia las investigaciones de campo que se han realizado en la región olmeca de la Costa del Golfo.

Lo primero que se dio a conocer sobre los olmecas fue el arte, específicamente las esculturas monumentales de piedra. La primera cabeza colosal fue descubierta en 1862.[8] Durante las últimas décadas del siglo XIX y las primeras del siglo XX se publican otros hallazgos aislados y piezas de museo[9] pero, aunque se reconoció cierta unidad artística entre los mismos, aún no se les denominaba "olmeca"; en algunos casos, se les llegó a confundir con vestigios mayas.[10] Fue Beyer[11] quien bautizó como "olmeca" a este particular estilo artístico, y Saville[12] quien definió varias de sus características externas, y lo asoció a la zona de los Tuxtlas y regiones aledañas hacia el sur. George Vaillant[13] es el primero en notar la similitud con materiales culturales tempranos del centro de México.

[5] De la Fuente, *Los hombres de piedra. Escultura olmeca*, pp. 18-84.
[6] Beverido, "Breve historia de la arqueología olmeca".
[7] Ortiz Ceballos, "Las investigaciones arqueológicas en Veracruz".
[8] Melgar, "Antigüedades mexicanas. Notable escultura antigua"; "Estudio sobre la antigüedad y el origen de la cabeza colosal de tipo etiópico que existe en Hueyapan, del Cantón de los Tuxtlas".
[9] Chavero, *Historia antigua y de la conquista. México a través de los siglos;* Kunz, *Gems and Precious Stones of North America;* Saville, "A Votive Axe of Jadeite from Mexico"; Seler, "Die Monumente von Huilocintla im Canton Tuxpan des Staates Veracruz"; Seler-Sachs, "Altertumer des Kanton Tuxtla in Staate Veracruz".
[10] Blom y La Farge, *Tribes and Temples. A Record of the Expedition to Middle America conducted by the Tulane University of Louisiana in 1925,* p. 90.
[11] Beyer, "Nota bibliográfica sobre «Tribes and Temples» de F. Blom y O. La Farge".
[12] Saville, "Votive Axes from Ancient Mexico, parts 1 and 2".
[13] Vaillant, "A Precolumbian Jade".

La era de exploraciones arqueológicas en Veracruz y Tabasco en torno a la cuestión olmeca comienza bajo los auspicios de la Smithsonian Institution y la National Geographic Society. Bajo la dirección de Matthew W. Stirling se realizan excavaciones en Tres Zapotes (1938-1940), La Venta (1940, 1942-1943), Cerro de las Mesas (1940-1941) y San Lorenzo-Potrero Nuevo-Tenochtitlan (1945-1946). Se descubrieron a lo largo de estas investigaciones un gran número de esculturas de piedra y ofrendas de piedra verde, y se propusieron cronologías relativas con base en los materiales cerámicos.[14] Una de las controversias que resultó de estos trabajos fue la ubicación cronológica de la civilización olmeca, lo cual creó dos bandos: los que pensaban que se trataba de una civilización anterior a las del resto de Mesoamérica[15] y, por otro lado, los que pensaban que era más tardía y contemporánea a otras civilizaciones de América Media.[16]

Una segunda ola de investigación de campo se lleva a cabo en los años cincuenta. Otra vez bajo los auspicios de las mismas instituciones, se realizan excavaciones en La Venta en 1955, bajo la dirección de Philip Drucker.[17] Entre los resultados principales de dicho trabajo, se determinó, con base en fechas de radiocarbono, la ocupación de La Venta entre 800 y 400 aC, y la propuesta de una secuencia arquitectónica de cuatro fases. Las aproximaciones radiométricas de La Venta sirvieron para disipar la controversia sobre el fechamiento de la cultura olmeca, mencionado anteriormente. En 1953 se realiza una prospección para determinar los límites al este y sur del área olmeca.[18] Más tarde, en 1958, Román Piña Chan y Roberto Gallegos, del Instituto Nacional de Antropología e Historia, realizan una serie de trabajos de rescate arqueológico en La Venta.[19]

Durante los años sesenta, se realizaron investigaciones arqueológicas en San Lorenzo, La Venta y Laguna de los Cerros. En 1964, Robert Squier regre-

[14] Stirling, "Discovering the New World's Oldest Dated Work of Man"; "An Initial Series from Tres Zapotes, Veracruz, Mexico"; "Great Stone Faces of the Mexican Jungle"; "Expedition Unearths Buried Masterpieces of Carved Jade"; "Recientes hallazgos en La Venta"; "La Venta's Green Stone Tigers"; *Stone Monuments of Southern Mexico*; "On the Trail of La Venta Man"; *Stone Monuments of Río Chiquito, Veracruz, Mexico; An Archaeological Reconnaissance in Southeastern Mexico;* "Three Sandstone Monuments from La Venta Island". Drucker, *Ceramic Sequence at Tres Zapotes, Veracruz, Mexico; Ceramic Stratigraphy at Cerro de las Mesas, Veracruz, Mexico;* "Some Implications of the Ceramic Complex at La Venta"; *La Venta, Tabasco: A Study of Olmec Ceramics and Art;* "Middle Tres Zapotes and the Preclassic Ceramic Sequence"; Wedel, "Structural Investigations in 1943"; Weiant, *An Introduction to the Ceramics of Tres Zapotes, Veracruz.*

[15] Covarrubias, "El arte «olmeca» o de La Venta"; Caso, "Definición y extensión del complejo «olmeca»", p. 46.

[16] Stirling, "Recientes hallazgos...", p. 56; Thompson, "Dating of Certain Inscriptions on Non-Maya Origin"; Kubler, *The Art and Architecture of Ancient America.*

[17] Drucker, Heizer y Squier, *Excavations at La Venta, Tabasco,* 1955.

[18] Drucker y Contreras, "Site Patterns in the Eastern Part of Olmec Territory".

[19] Piña Chan, *Los olmecas antiguos,* pp. 127-133; *The Olmec, Mother Culture of Mesoamerica,* pp. 68-69; Piña Chan y Covarrubias, *El pueblo del jaguar. Los olmecas arqueológicos,* pp. 16-24.

sa para realizar excavaciones en La Venta, de lo cual lo único que se conoce son algunas fechas radiométricas reportadas por terceros.[20] Bajo la dirección de Michael D. Coe de la Universidad de Yale, se llevó a cabo el Proyecto Río Chiquito, el cual tuvo una duración de tres años, entre 1966 y 1968.[21] Los trabajos en San Lorenzo continúan en 1969 bajo la dirección de Francisco Beverido[22] con una prospección magnetométrica y excavación de monumentos. En La Venta, bajo la dirección de Robert F. Heizer de la Universidad de California-Berkeley, se realizaron investigaciones desde 1967 hasta 1969.[23] Entre los resultados principales de estos trabajos se encuentra un levantamiento más completo de la traza arquitectónica, pero aún parcial del sitio; la localización de más esculturas de piedra, y la ubicación temporal de la ocupación principal de La Venta entre 1000 y 600 aC. A principios de esta misma década, Alfonso Medellín Zenil, de la Universidad Veracruzana, lleva a cabo investigaciones en Laguna de los Cerros donde encuentra una veintena de esculturas de estilo olmeca tardío, además de realizar excavaciones y un levantamiento arquitectónico.[24] Edward Sisson, de la Universidad de Harvard, realiza trabajos en el área de La Chontalpa, Tabasco en 1968, donde ubica una serie de asentamientos prehispánicos que abarcan del 1350 al 300 aC.[25]

Los trabajos de magnetometría y excavación de monumentos en San Lorenzo continúan en 1970, bajo los auspicios del INAH.[26] Bajo la dirección de Squier y Beverido –de la Universidad de Kansas y Universidad Veracruzana, respectivamente– se lleva a cabo, entre 1970 y 1971, el Proyecto Olmeca de los Tuxtlas, dentro del cual se realizaron una serie de prospecciones para localizar sitios arqueológicos de filiación olmeca, muestreo de yacimientos de piedra y excavaciones en Tres Zapotes y en el Conjunto Dos Mangos.[27] Entre

[20] Drucker y Heizer, "Commentary on W.R. Coe and Robert Stuckenwrath's Review of «Excavations at La Venta, Tabasco, 1955»"; Berger, Graham y Heizer, "A Reconsideration of the Age of the La Venta Site".

[21] Beverido, *San Lorenzo Tenochtitlan y la civilización olmeca*; Breiner y Coe, "Magnetic Explorations of the Olmec Civilization"; Cobean *et al.*, "Obsidian Trade at San Lorenzo Tenochtitlan, México"; Coe, "Map of San Lorenzo, An Olmec Site in Veracruz, Mexico", "San Lorenzo and the Olmec Civilization"; "The Archaeological Sequence at San Lorenzo Tenochtitlan, Veracruz, Mexico"; Coe y Diehl, *In the Land of the Olmec*.

[22] *San Lorenzo...*

[23] Berger *et al.*, "A Reconsideration..."; Heizer, "New Observations on La Venta"; "Commentary on: The Olmec Region-Oaxaca"; Heizer y Drucker, "The La Venta Fluted Pyramid"; Heizer, Drucker y Graham; "Investigations at La Venta, 1967"; Heizer, Graham y Napton; "The 1968 Investigations at La Venta"; Morrison *et al.*, "Magnetometer Survey of the La Venta Pyramid, 1969"; Wyshak *et al.*, "Possible Ball Court at La Venta, Mexico".

[24] Medellín Zenil, "Monolitos inéditos olmecas"; *Monolitos olmecas y otros en el Museo de la Universidad Veracruzana;* Bove, "Laguna de los Cerros, An Olmec Central Place".

[25] Sisson, *Survey and Excavations in the Northwestern Chontalpa, Tabasco, Mexico.*

[26] Brüggemann y Harris, "La aplicación del magnetómetro en trabajos arqueológicos en San Lorenzo Tenochtitlan, Veracruz"; Brüggemann y Hers, "Exploraciones arqueológicas en San Lorenzo Tenochtitlan, Veracruz".

[27] Beverido, "Breve historia de la...", pp. 184-190; Ortiz Ceballos, *La cerámica de los Tuxtlas*; "Las investigaciones arqueológicas en Veracruz", p. 81.

1978 y 1984, bajo la dirección de Juan Yadeum del INAH, se inicia el Proyecto Sociedades Olmecas, con base en el sitio llamado Las Limas, de donde proviene un solo ejemplar de escultura olmeca.[28] Como parte de este proyecto se realizó un levantamiento topográfico de dicho sitio, una serie de excavaciones, al igual que prospección y levantamiento de algunos sitios aledaños.[29] Asimismo, en 1978, como resultado de la construcción de un gasoducto, el INAH y la Universidad Veracruzana coordinan un proyecto de rescate bajo la dirección de Ángel García Cook y Medellín Zenil. Dentro de este proyecto se realizan excavaciones en Tres Zapotes.[30]

En 1984, la autora de este capítulo, bajo los auspicios de la Universidad de California-Berkeley, realiza un levantamiento topográfico de la zona arqueológica de La Venta y una serie de excavaciones estratigráficas para recuperar material cerámico con el fin de establecer una secuencia cronológica.[31] Bajo los auspicios del Instituto de Cultura de Tabasco y el INAH, entre 1985 y 1988 se da inicio al Proyecto Arqueológico La Venta, bajo la dirección de la misma arqueóloga. Este proyecto incluye, además de un programa de investigación, programas para la protección y restauración de dicho sitio.[32] También en 1985, Barbara L. Stark de la Universidad de Arizona da inicio al Proyecto Arqueológico La Mixtequilla, con especial enfoque en Cerro de las Mesas, abarcando un programa de estudio de patrón de asentamiento en el área alrededor de dicho sitio.[33]

En 1988, Ponciano Ortiz Ceballos y Carmen Rodríguez –de la Universidad Veracruzana y el Centro INAH Veracruz, respectivamente– inician investigaciones arqueológicas en El Manatí, Veracruz. La parte principal de dicho proyecto consistió en excavar una ofrenda única compuesta por bustos de humanos labrados en madera. Éstos fueron depositados cerca de un manantial; debido a que se encontraban sepultados en un ambiente anaerobio lo-

[28] Medellín Zenil, "La escultura de Las Limas, Veracruz".

[29] Boucher, "Estudio preliminar de la cerámica de recolección de superficie en Las Limas, Veracruz"; Gómez Rueda, *Las Limas, Veracruz y otros asentamientos prehispánicos en la región olmeca*; Yadeun, "Arqueología del tiempo y espacio de las notaciones de piedra"; Yadeun *et al.*, "Arqueología prehistórica"; Yadeun y Pastrana, Proyecto Sociedades Olmecas.

[30] Myers, "Current Research, Gulf Coast Lowlands", p. 625; Millet, *Rescate arqueológico en la región de Tres Zapotes, Veracruz*.

[31] González Lauck, *The 1984 Archaeological Investigations at La Venta, Tabasco, Mexico*.

[32] Barba Pingarrón, "Trabajos de prospección realizados en el sitio arqueológico La Venta, Tabasco"; Gallegos Gómora, "Excavaciones en la Estructura D-7 en La Venta, Tabasco"; González Lauck, Informe general. Proyecto Arqueológico La Venta; "Recientes investigaciones en La Venta, Tabasco"; Jiménez Salas, "Geomorfología de la región de La Venta, Tabasco, un sistema fluvio-lagunar-costero del Cuaternario"; Rojas Chávez, "Análisis preliminar de la industria de la lítica tallada en La Venta, Tabasco"; Rust, "Evidence of Maize Use at Early and Middle Preclassic La Venta Olmec Sites"; Rust y Sharer, "Olmec Settlement Data from La Venta, Tabasco, Mexico".

[33] Stark, *Settlement Archaeology of Cerro de las Mesas, Veracruz, Mexico*.

graron conservarse –algunos aún con vestigios de pigmento– junto con pelotas de hule, hachas pulidas, cetros, cerámica, restos óseos de neonatos y una gran variedad de restos orgánicos. El fechamiento radiocarbónico de una de las esculturas arrojó la fecha de *ca.* 1040 aC. Asimismo, este proyecto contempla un estudio de patrón de asentamiento en el área aledaña a El Manatí, al igual que excavaciones de varios sitios.[34]

En 1991 se inicia en el sitio de San Lorenzo una nueva etapa de investigación bajo la dirección de Ann Cyphers, de la Universidad Nacional Autónoma de México. Este proyecto ha proporcionado importantes datos acerca de la arquitectura olmeca –doméstica y de la elite–, la geomorfología de la región, el patrón de asentamiento en el área circunvecina e información sobre los contextos del labrado de piedra, además de aumentar el acervo escultórico olmeca.[35]

Por otro lado, Susan Gillespie y David Grove, de la Universidad Estatal de Illinois, realizan excavaciones en Llano del Jícaro y La Isla. En el primer sitio se cree que posiblemente existió un taller de escultura correspondiente a la cultura olmeca.[36]

Cronología

El problema principal de la arqueología olmeca de la Costa del Golfo es el de su cronología. Con base en aproximaciones radiométricas, se estableció en los años cincuenta que los olmecas ocuparon la Costa del Golfo durante el primer milenio y medio antes de nuestra era. Sin embargo, existen hoy en día serias deficiencias en torno a las cronologías internas de los principales sitios olmecas en la región.

Para el sitio de San Lorenzo, Veracruz, se ha publicado una secuencia cerámica que va desde la fase Ojochí (1500-1350 aC) hasta la fase Villa Alta (900-1100 dC).[37] La ocupación que se define como olmeca se concentra en la fase San Lorenzo (1150-900 aC) y se distingue por dos grupos cerámicos

[34] Ortiz Ceballos y Schmidt, "El proyecto Manatí, temporada 1988, Informe preliminar"; Ortiz Ceballos y Rodríguez, "Proyecto Manatí 1989"; "Los espacios sagrados olmecas: El manatí, un caso especial"; Rodríguez y Ortiz Ceballos, "Olmec ritual and Sacred Geography at Manati".

[35] Cyphers, "San Lorenzo Tenochtitlán"; "Reconstructing Olmec Life at San Lorenzo", *Población, subsistencia y medio ambiente en San Lorenzo Tenochtitlán*; "La arquitectura olmeca en San Lorenzo Tenochtitlán"; "El contexto social de monumentos en San Lorenzo"; Ortiz Pérez y Cyphers, "La geomorfología y las evidencias arqueológicas en la región de San Lorenzo Tenochtitlán, Veracruz"; Symonds y Lunagómez, "El sistema de asentamiento y el desarrollo de poblaciones en San Lorenzo Tenochtitlán".

[36] Gillespie y Grove, comunicación personal, 1991.

[37] Coe y Diehl, *In the Land...*

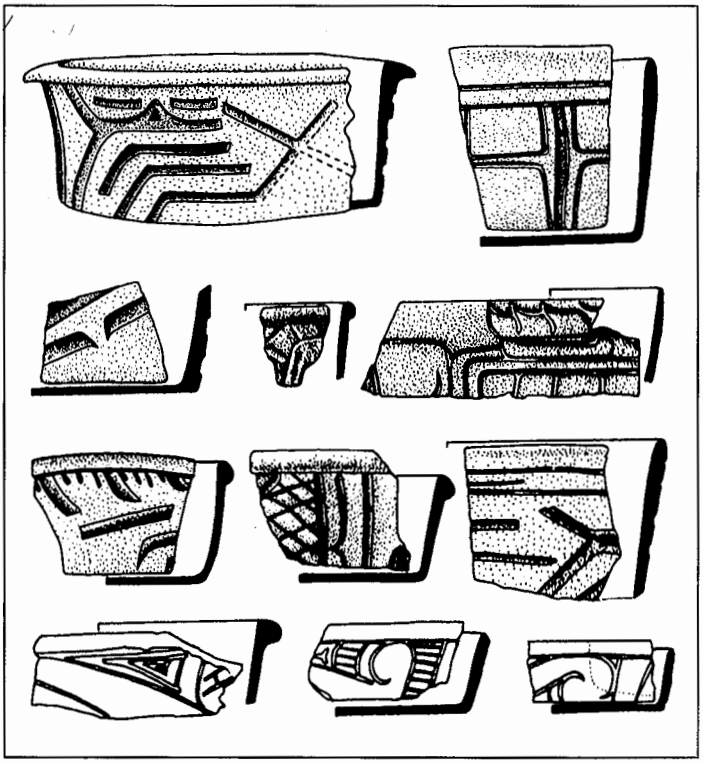


Figura 2. Ejemplos de cerámica fase San Lorenzo (1150-900 aC). San Lorenzo, Veracruz.

ausentes en las fases anteriores: el "Calzadas Excavado" y "Limón Excavado Inciso" (véase figura 2).

La secuencia cerámica del sitio de San Lorenzo es la más utilizada para comparaciones con otros sitios y cubre desde el 1500 aC hasta el 1100 dC, con un hiato entre el 1000 aC y el 900 dC.[38] Aunque Coe y sus colaboradores realizaron un buen número de exploraciones en dicho sitio, para la secuencia cerámica sólo se utilizó el material proveniente de una sola excavación. En ésta, se encontró material en contexto primario únicamente para tres de sus fases: Bajío (1350-1250 aC), San Lorenzo (1150-900 aC) y Nacaste (900-700 aC). Sin embargo, no es del todo claro cuáles son los criterios que utilizó para definir las otras cuatro fases: Ojochí (1500-1350 aC), Chicharras (1250-1150 aC),

[38] Coe y Dieh, *In the Land...*, pp. 131-222.

Palangana (600-400 aC) y Remplas (300-100 aC). Asimismo, Coe en su análisis del material cerámico, enfatiza las diferencias entre las diversas fases, principalmente entre lo que él considera como olmeca y no olmeca, cuando en realidad la evidencia que publica indica una continuidad en la tradición alfarera, particularmente en las fases del primer milenio y medio antes de Cristo. Esto implica cierta continuidad cultural desde las fases tempranas (Ojochí) hasta las más tardías (*v. gr.* Remplas), y no necesariamente cambios de un grupo cultural por otro. Los trabajos del proyecto en curso en San Lorenzo seguramente proporcionarán datos que clarifiquen los problemas existentes en la cronología de este sitio.

El problema de cronología para La Venta es aún más agudo. Con base en las excavaciones en el Complejo A, se establecieron cuatro fases arquitectónicas, de 100 años cada una, cubriendo el periodo entre 1000 y 600 aC.[39] La validez de esta secuencia arquitectónica fue sujeta a una seria discusión.[40] Una reciente evaluación de las fechas radiométricas para La Venta señalan que la ocupación de La Venta fue de 1200 a 400 aC., con una mayor concentración entre 1000 y 600 aC.[41]

Para La Venta, aún está por establecerse una secuencia cerámica confiable. Las investigaciones arqueológicas previas a 1984, sólo lograron presentar lo que se puede considerar un inventario de cerámica sin mayor control cronológico, debido a las técnicas de excavación empleadas, el lugar donde ubicaron sus excavaciones –usualmente dentro del relleno de edificios– y el tipo de análisis utilizado.[42] Rescatando parte de la información de investigaciones previas y aunado a los resultados de los trabajos realizados en La Venta desde 1984, se cuenta con los esbozos de una secuencia cerámica, en parte ligada a la controvertida secuencia arquitectónica.[43] Se espera mejorar esta situación con más investigaciones.

Las secuencias cronológicas para otros sitios olmecas importantes también son erráticas y debieran ser el enfoque fundamental de futuras investigaciones. En Tres Zapotes únicamente existe un inventario de cerámica, lo cual sólo permite comparaciones a grandes rasgos. Para Laguna de los Cerros, la información es menos abundante. A pesar de que Bove[44] examinó parte del

[39] Drucker, Heizer y Squier, *Excavations at...*; Berger, Graham y Heizer, "A Reconsideration...".
[40] Coe y Stuckenwrath, "A Review of La Venta, Tabasco and its Relevance to the Olmec Problem"; Drucker y Heizer, "Commentary on W.R. Coe..."; Heizer, "Some Interim Remarks on the Coe-Stuckenwrath Review".
[41] González Lauck, "The 1984 Archaeological...", p. 161.
[42] González Lauck, "The 1984 Archaeological...", pp. 105-115.
[43] González Lauck, "The 1984 Archaeological...", pp. 116-154.
[44] Bove, "Laguna de los...".

material cerámico de este sitio excavado por Medellín Zenil y determinó la contemporaneidad de las fases tempranas de Laguna de los Cerros con las de San Lorenzo, el investigador no proporciona ni una sola ilustración del material para que el lector pueda llevar a cabo una evaluación independiente. La clasificación de Laguna de los Cerros como sitio olmeca se basa en un grupo de esculturas ahí encontradas.

En la literatura tradicional sobre los olmecas es común la idea de que la primera "capital" olmeca fue San Lorenzo, en el Preclásico o Formativo temprano, siendo reemplazada por La Venta, en el Preclásico o Formativo medio, y finalmente cobró supremacía Tres Zapotes en el Preclásico o Formativo tardío.[45] Con base en los estudios arqueológicos realizados en las últimas décadas, poco a poco se ha reunido suficiente evidencia que indica que existieron civilizaciones contemporáneas en diversas partes de Mesoamérica. Las relaciones entre ellas no eran simplemente unidireccionales, lineales o evolutivas, sino que seguramente interactuaban en diversas formas y niveles a través del tiempo. El registro escultórico de los principales sitios olmecas (Laguna de los Cerros, La Venta, San Lorenzo y Tres Zapotes) indica relaciones similares a las propuestas por Demarest, lo cual implica cierta contemporaneidad. Sin embargo, aún es necesario consolidar esto, apoyándose en secuencias cerámicas con un mejor control cronológico.

Arte olmeca

Como se menciona en la primera sección de este artículo, los vestigios artísticos de la civilización olmeca –su escultura– permitieron definir inicialmente a dicha civilización como una unidad cultural. El mayor número de esculturas de estilo olmeca se ha encontrado en la Costa del Golfo, razón por la cual a esta región se le caracteriza como olmeca.

Las propiedades formales de la escultura olmeca son el manejo de volumen, el refinado sentido de la proporción, la simplificación de las estructuras

[45] En este artículo se hace el esfuerzo consciente de evitar el uso de la nomenclatura tradicional para designar el periodo del primer milenio y medio antes de nuestra era. Los términos Preclásico o Formativo están demasiado impregnados de connotaciones de índole sociocultural, ya que implican un desenvolvimiento cultural menos completo que en posteriores civilizaciones, La ubicación temporal, ya sea más antigua o más reciente, de diferentes sociedades no implica que sean más o menos "civilizadas" o "primitivas" una respecto de otras. La fijación por clasificar el grado de "desarrollo" de diferentes culturas es un residuo de la escuela evolucionista de tiempos pasados y es cuestionable su uso hoy en día. (*Nota de los coordinadores*: Como mencionamos en la introducción de esta obra, empleamos los términos Preclásico, Clásico y Posclásico como útil llave bibliográfica y sin atribuirles un sentido evolutivo unilineal, ni caracteres compartidos en un mismo momento por todas las sociedades de Mesoamérica. Por tal motivo y con fines de unidad de toda la obra, hemos modificado el título original del presente capítulo, incluyendo el término Preclásico).

y sus detalles, al igual que sus formas cerradas, lo cual en su conjunto les da una cualidad de monumentalidad.[46] Existe una confusión en la literatura, ya que es común definir esculturas olmecas a través de sus características externas: los rasgos "atigrados", las cejas "flamígeras", etcétera, lo cual es un error. Estas características externas en sí, sólo son parte de su iconología.

Se han escrito estudios sobre la iconología/iconografía olmeca, que cometen el error de suponer una continuidad de 2500 años en las creencias de las civilizaciones del México prehispánico.[47] Imágenes o símbolos que tengan parecido a otras de civilizaciones posteriores, como la mexica, son examinados con base en las interpretaciones que los no nativos han hecho de dichos símbolos. En el campo de la historia del arte, se ha establecido que no es posible interpretar con seguridad los temas o símbolos de obras de arte sin tener una tradición escrita u oral que las explique.[48] Para el arte olmeca no existe este tipo de tradición, razón por la cual los estudios iconográficos existentes son de precaria validez.

El hombre es el tema principal de la escultura olmeca. Es decir, ésta es una tradición artística homocéntrica. También, o además, se representan figuras de animales y figuras compuestas (véase figura 3). Estas últimas son figuras que combinan rasgos humanos, usualmente el cuerpo, con rasgos de animales reales o fantásticos.[49] Al igual que en el caso anterior, predomina en la literatura la fijación de que el jaguar es el tema principal del arte olmeca. Sin embargo, se ha documentado que más de la mitad de las esculturas olmecas de la Costa del Golfo representan al hombre y sólo una minoría tienen rasgos que puedan considerarse como de un jaguar o felino.[50]

El origen y el desarrollo del arte escultórico olmeca ha sido enfocado desde diversos puntos de vista.[51] La propuesta más coherente que se tiene hasta la fecha en cuanto al desarrollo del arte escultórico olmeca es la de J.A. Graham.[52] En el sitio de Abaj Takalik, ubicado en la Costa del Pacífico en Guatemala, dicho investigador encontró un *corpus* escultórico que parece

[46] De la Fuente, "Towards a Conception of Monumental Olmec Art"; Graham, "Abaj Takalik, The Olmec Style and its Antecedents in Pacific Guatemala", p. 164; "Olmec Diffusion, A Sculptural View from Pacific Guatemala", p. 230.

[47] Coe, "The Olmec Heartland. Evolution of Ideology"; Covarrubias, "El arte «olmeca» o de La Venta"; Joralemon, *A Study of Olmec Iconography;* "The Olmec Dragon, A Study in Pre-Columbian Iconography".

[48] Panofsky, *Studies in Iconology; Pandora's Box...*

[49] De la Fuente, "Towards a Conception...", p. 86.

[50] De la Fuente, "Towards a Conception...", p. 85.

[51] Clewlow *et al., Colossal Heads of the Olmec Culture;* Milbrath, *A Study of Olmec Sculptural Chronology;* Parsons, *The Origins of Maya Art...*

[52] Graham, "Abaj Takalik..."; "Antecedents of Olmec Sculpture at Abaj Takalik"; "Olmec Diffusion..."; Graham y Benson, "Escultura olmeca y maya sobre canto en Abaj Takalik, su desarrollo e importancia".

Figura 3. Ejemplos de escultura olmeca:
a) Figura humana (Monumento 23. La Venta Tabasco. Redibujado de Drucker *et al., Excavations...*).
b) Figura de felino con serpiente (Monumento 80, La Venta, Tabasco. Redibujado de González Lauck, "Proyecto...").
c) Figura compuesta (Monumento 52. San Lorenzo, Veracruz. Redibujado de Coe y Diehl, *In the Land...*).
d) Bajorrelieve olmeca (Monumento 19, La Venta, Tabasco).

indicar una secuencia estilística para la escultura olmeca. Dicha secuencia, en sus fases tempranas, consiste en modificar mínimamente cantos rodados para representar figuras humanas o de animales, siempre enfatizando el volumen. Esta tradición se desenvuelve en modificaciones mayores de las piedras para alcanzar sus representaciones, pero siempre

respetando el volumen de la piedra. Éste es el caso del Monumento 15 de Abaj Takalik, el cual probablemente es un prototipo temático de los altares olmecas posteriores, hasta alcanzar la complejidad de la escultura en volumen que se encuentra en el cuerpo escultórico olmeca de la Costa del Golfo.[53]

También ha sido superada la idea arraigada en la tradición evolucionista que se manejaba en el pasado, de que el arte escultórico olmeca apareció en la Costa del Golfo totalmente desarrollado y que éste más tarde se convirtió en el arte escultórico de Izapa, para después dar a luz al arte escultórico maya.[54] Esta idea surge de la tradición antropológica en que se consideraba lo olmeca como "cultura madre" de Mesoamérica. Ahora se ha demostrado con claridad que las tradiciones artísticas de los olmecas, con mayas y de Izapa tienen antecedentes independientes y que sus diversas formas de representación son contrastantes.[55] Esto no implica que no hubo contacto entre ellas, pues es claro que las esculturas olmecas en bajorrelieve, como las Estelas 2, 3 y 5, los Monumentos 13 y 19 de La Venta, y obviamente la Estela C de Tres Zapotes, con su fecha maya en la parte posterior de la escultura, rompen con los cánones de la escultura clásica olmeca y claramente demuestran influencias contemporáneas foráneas.[56] El contacto entre las tradiciones artísticas olmeca y maya produjo un "arte híbrido", donde se mezclan temas olmecas con formas de ejecución maya o viceversa.[57] Ejemplos son la Estela 11 de Kaminaljuyú, Guatemala, el Monumento C de Tres Zapotes y, a escala monumental, el Complejo H de Uaxactún en el Petén guatemalteco.[58]

Además de las bien conocidas esculturas olmecas como: las cabezas colosales, representaciones probablemente de sus líderes, y los famosos altares/tronos, representaciones de un tema con probables connotaciones míticas y de legitimación, al igual que las estelas con representaciones de sucesos históricos, los olmecas se distinguían por la elaboración de pequeñas esculturas de piedra verde (genéricamente llamado "jade" o "jadeíta"). Aparte de la Ofrenda 4 de La Venta, la mayor parte de estas piezas proceden de contextos descono-

[53] Un interesante debate ha surgido en torno a la ubicación temporal del corpus escultórico olmeca (véase Coe y Diehl, "Reply to Hammond's «cultura hermana», Reappraising the Olmec". Graham, "Through the Looking Glass, a Rejoinder to Coe and Diehl's «Reply to Hammond»".

[54] Coe, "The Olmec Style and its Distribution", pp. 773-774; Bernal, *El mundo olmeca;* Norman, *Izapa Sculpture,* p. 1.

[55] Graham, "Maya, Olmecs, and Izapans at Abaj Takalik"; Graham y Benson, "Escultura olmeca y maya..."; Lowe, Lee y Martínez, *Izapa, An Introduction to the Ruins and Monuments;* Smith, *Izapa Relief Carving.*

[56] Proskouriakoff, "Olmec and Maya Art, Problems of their Stylistic Relation", p. 121.

[57] Graham y Benson, "Maya Civilization of Cycles 6 and 7, Classic Maya in the «Preclassic» Period", pp. 10-11.

[58] Valdés, "Los mascarones preclásicos de Uaxactún, el caso del Grupo H"; "El Grupo H de Uaxactún, Evidencias de un centro de poder durante el Preclásico".

cidos, obra del saqueo. Recientemente, en las excavaciones del Templo Mayor de Tenochtitlan, se encontró una pequeña máscara olmeca, depositada como parte de una ofrenda.[59] El hecho que una escultura de este tipo haya sido depositada en un contexto ceremonial dos milenios después de su elaboración, habla del especial valor que se le asignó por civilizaciones posteriores.

Los olmecas también son conocidos por sus esculturas de madera. En Manatí, Veracruz, está en proceso de excavación un depósito, posiblemente ritual, de esculturas de madera. Representan la cabeza y torso de hombres en estilo clásico olmeca; algunas de ellas aún conservan pigmento en sus rasgos faciales. Este fortuito y extraordinario hallazgo es sólo un ejemplo más del alto grado de calidad artística que los olmecas lograron alcanzar.[60] El Monumento 4 de La Venta, una cabeza colosal, también tenía vestigios de pigmento rojo-púrpura sobre su superficie.

Un tema que ha estado sujeto a especulación es el hecho de que un gran número de esculturas olmecas se encuentran incompletas: rotas o con diversas mutilaciones. Las interpretaciones son diversas: que las esculturas fueron destruidas por grupos no olmecas,[61] por los mismos olmecas en actos "revolucionarios"[62] o, apoyándose en analogía etnográfica, cuando los personajes representados en las esculturas morían, éstas eran mutiladas con el fin de neutralizar la energía o fuerza sobrenatural que podía emitir su representación de piedra.[63] Recientemente, estas ideas se han visto seriamente cuestionadas, al comprobar que la "destrucción" o "mutilación" de esculturas olmecas en realidad son las huellas de su anterior forma o del proceso de esculpido o reesculpido.[64]

Arquitectura olmeca

Se supone que un edificio típico olmeca consistía de una construcción de materiales perecederos: postes de madera, paredes de carrizo repelladas con lodo, techos de palma y pisos de tierra apisonada, con o sin una subestructura.[65] Las subestructuras o basamentos eran de tierra compactada, ya sea

[59] Matos Moctezuma, "Una máscara olmeca en el Templo Mayor de Tenochtitlan".
[60] Ortiz *et al.*, "El Proyecto Manatí..."; Ortiz y Rodríguez, "Proyecto Manatí...".
[61] Stirling, "An Initial Series...", p. 334; Drucker, Heizer y Squier, *Excavations at La Venta*, p. 230.
[62] Coe, "Solving a Monumental Mystery", p. 25; Heizer, "Agriculture and the Theocratic State in Lowland Southern Mexico", p. 220.
[63] Grove, "Olmec Monuments, Mutilation as a Clue to Meaning", p. 67.
[64] Porter, "Las cabezas colosales como altares reesculpidos, «mutilación», revolución y reesculpido".
[65] Diehl, "Olmec Architecture, a Comparison of San Lorenzo and La Venta", p. 69.

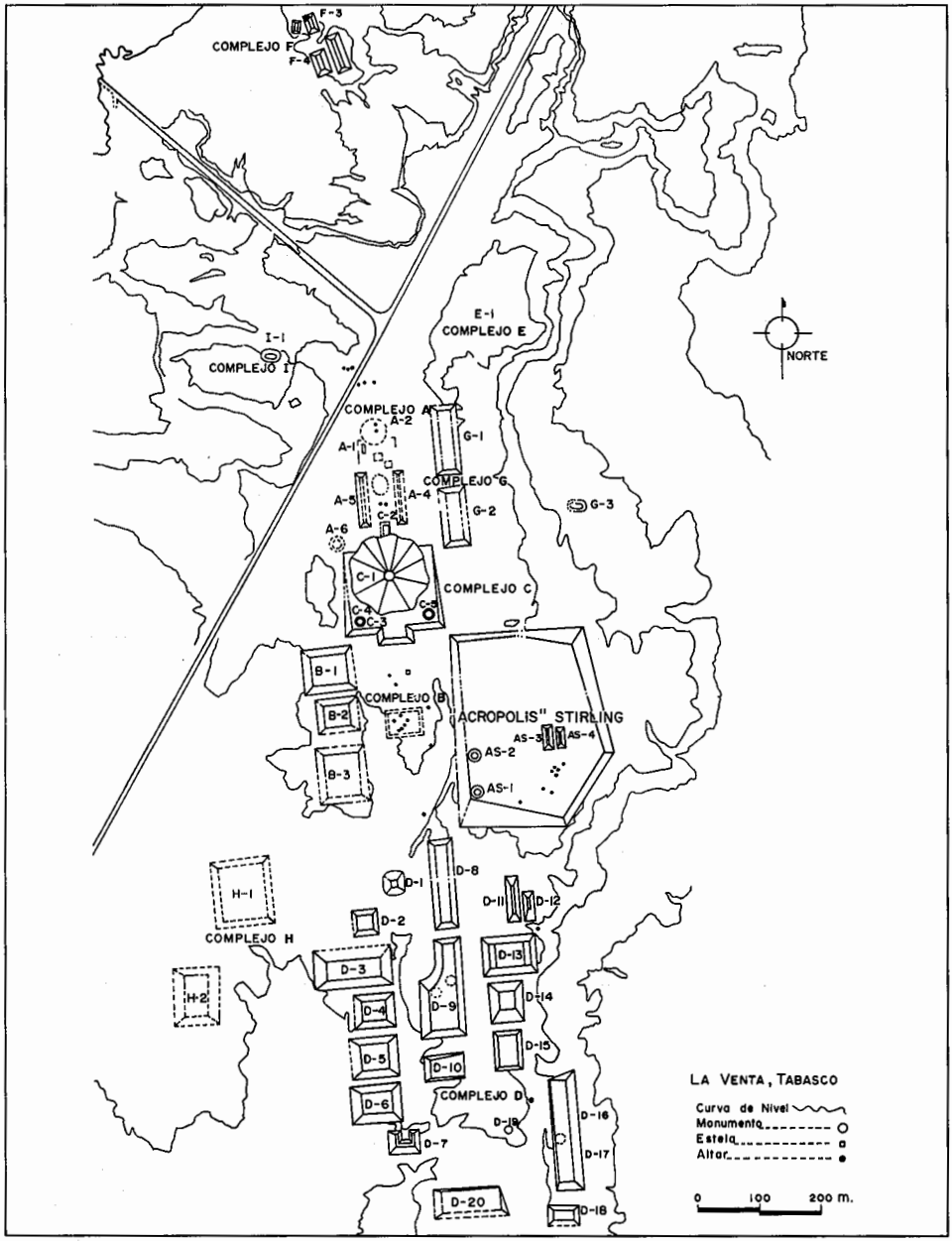


Figura 4. Traza arquitectónica de La Venta, Tabasco.

arcillas o arenas de origen local. En algunos casos, se utilizaron piedras como recubrimiento. Las subestructuras pueden tener forma piramidal, como los edificios C1 y D1 de La Venta, o pueden ser plataformas de planta rectangular u ovalada.

Es difícil de conocer la traza arquitectónica de los asentamientos prehispánicos correspondientes a los periodos más tempranos de Mesoamérica, ya que en la gran mayoría están cubiertos por ocupaciones posteriores. El caso de la antigua ciudad olmeca de La Venta es único, puesto que conserva el trazo arquitectónico original: nunca tuvo una ocupación significativa en tiempos posteriores (véase figura 4). Aunque se ha realizado un levantamiento detallado de San Lorenzo, la arquitectura que se aprecia en superficie corresponde a una ocupación posterior a lo que se considera su auge olmeca.[66] Sin embargo, Richard Diehl[67] hace una excelente comparación entre la arquitectura de San Lorenzo y la de La Venta.

Los asentamientos olmecas de Tres Zapotes y Laguna de los Cerros aún no han sido objeto de levantamientos detallados; sólo se les conoce en croquis que únicamente proporcionan aproximaciones de su disposición arquitectónica. De los demás sitios identificados como olmecas, con base en hallazgos de escultura de estilo olmeca, no se tienen levantamientos topográficos, con excepción de Las Limas, Veracruz.[68] En el caso de Cerro de las Mesas, recientes investigaciones indican que existió una "modesta comunidad" entre 1000 y 400 aC, mientras que hubo un gran crecimiento, concentrado en el sector norte del sitio, entre 400 y 100 dC.[69] Estas afirmaciones se basan principalmente en materiales de superficie, los cuales aún no han sido publicados ampliamente.

La traza arquitectónica de La Venta exhibe un patrón que requirió planeación y organización. Con base en fechas radiométricas y material cerámico, se

[66] Coe y Diehl, *In the Land of the Olmec*, sostienen que el auge olmeca en San Lorenzo corresponde a su fase San Lorenzo, cronológicamente ubicada entre 1150-900 aC. La mayor parte de la arquitectura que se aprecia en la superficie de la meseta de San Lorenzo (la cual tiene una extensión cerca de 60 ha) fue fechada hacia la fase Palangana (600-400 aC). Estos investigadores describen a los moradores de San Lorenzo en la fase Palangana como "quizá un pequeño grupo de practicantes religiosos, acampados en el centro ceremonial por demás abandonado" (p. 202). Dan a entender, con base en el análisis de la cerámica, que la fase Palangana rompe completamente con las tradiciones anteriores puramente olmecas.

[67] Diehl, "Olmec architecture...".

[68] Recientemente se ha dado a conocer un excelente levantamiento topográfico de Las Limas, Veracruz (Gómez Rueda, *Las Limas, Veracruz, y otros asentamientos prehispánicos en la región olmeca*, mapa 1). Sin embargo, la arquitectura que se aprecia en la superficie corresponde a la fase Villa Alta (900-1100 dC, p. 89). El autor sostiene que existió una ocupación olmeca extensa durante el primer milenio antes de Cristo en Las Limas; desgraciadamente no presenta evidencia que apoye sus afirmaciones. El problema de fechamiento de Las Limas es similar al de Laguna de los Cerros (Bove, "Laguna de los Cerros..."), pero en este último sitio sí existe un conjunto de esculturas que indica una clara ocupación olmeca.

[69] Stark, *Settlement Archaeology of Cerro de las Mesas, Veracruz, Mexico*, p. 22.

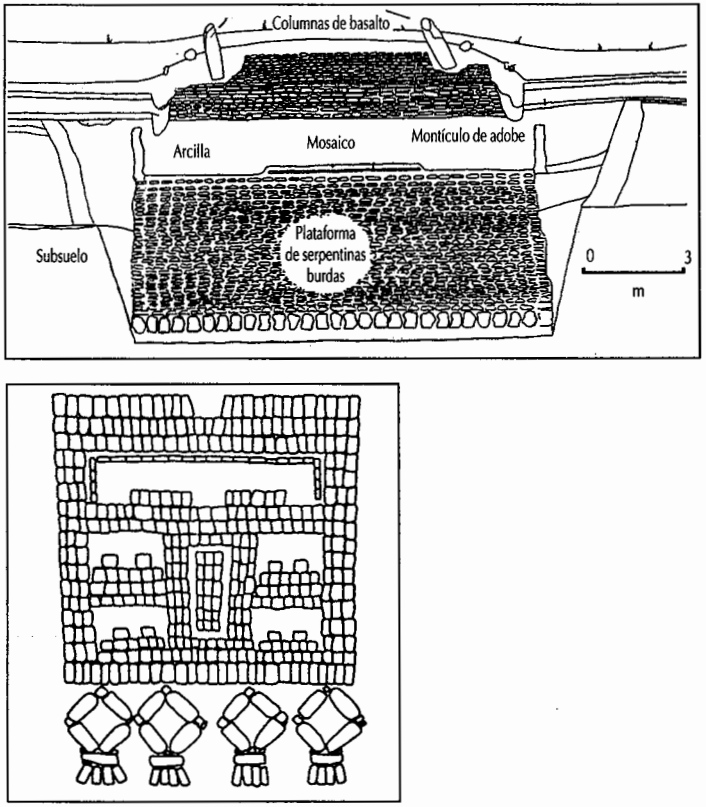


Figura 5. Ofrendas masivas de La Venta, Tabasco.
a) Perfil de una ofrenda masiva de La Venta (redibujado de Drucker *et al., Excavations...*).
b) Planta de mosaico de ofrenda masiva de La Venta (redibujada de Drucker *et al., Excavations...*).

asume que la traza arquitectónica corresponde al periodo comprendido entre el 600 y el 400 aC. Aún no se define si esta organización arquitectónica rigió su traza en siglos anteriores a los mencionados. El arreglo de los edificios de La Venta obedece a alineaciones en ejes norte-sur, formando espacios (¿plazas?) alargados entre cada alineación. En La Venta se han definido 10 complejos arquitectónicos: A, B, C, D, E, F, G, H, I y la Acrópolis Stirling. Se estima que la extensión máxima de esta antigua ciudad cubrió 200 ha; desgraciadamente poco más de la mitad de sus vestigios arquitectónicos han sido destruidos desde los años cincuenta.

El Complejo A es el grupo arquitectónico más pequeño de La Venta y es considerado el recinto ceremonial del sitio. Se distingue por la simetría bilateral de sus construcciones alrededor de dos patios, uno de ellos delimitado por una barda de columnas de basalto. En esta unidad arquitectónica se descubrieron más de 20 ofrendas pequeñas, las cuales tenían vasijas de cerámica, cuentas y figurillas de piedra, hachas votivas y otros objetos portátiles. Asimismo, en este conjunto arquitectónico se encontraron "ofrendas masivas". Se trata de construcciones subterráneas, de cerca de 8 m de profundidad y aproximadamente 20 m por lado, dentro de las cuales se depositaron bloques de serpentina formando un diseño abstracto –imaginativamente llamados "máscaras de jaguar".[70] Estos mosaicos fueron inmediatamente tapados con arenas de diferentes colores, sobre las cuales se construyó un montículo de adobe circundado por columnas de basalto (véase figura 5). Por otro lado, los "pavimentos" son también depósitos subterráneos a menor profundidad que los anteriores, donde también se dispusieron toneladas de bloques de serpentina en forma de pavimento, sin formar un diseño abstracto como los primeros.[71] La función y simbolismo de estas singulares construcciones es desconocida, pero se deduce que su importancia es ritual y que posiblemente están asociados a la Madre Tierra.[72]

Dentro de la estructura A2, se encontró una tumba. Ésta consistió de un recinto con paredes y techo formado por columnas de basalto. Dicho depósito funerario contenía restos óseos deteriorados e incompletos de dos individuos jóvenes sobre una capa de pigmento rojo. Asimismo, se encontraron otros depósitos menos elaborados clasificados también como "tumbas", sin restos óseos, pero que por la disposición de los materiales asociados se interpretaron de esta forma.

El Complejo C es el conjunto central y más sobresaliente en la zona arqueológica de La Venta. Éste consiste de una plataforma basal sobre la cual se levantó un edificio piramidal (C1) con una altura de 30 m; en su momento ésta fue una de las estructuras de mayor tamaño en Mesoamérica. Excavaciones recientes en su costado sur han dado como resultado el hallazgo de seis esculturas distribuidas en forma equidistante al pie del edificio, cuatro de las cuales son representaciones en bajo relieve de seres fantásticos, mientras que la quinta tiene una escena histórico-mitológica y la sexta es una estela lisa.

[70] Wedel, "Structural Investigations in 1943", p. 56; Drucker, Heizer y Squier, *Excavations at...*, p. 93.
[71] Drucker, Heizer y Squier, *Excavations at...*, p. 130.
[72] Marcus, "Zapotec Chiefdoms and the Nature of Formative Religions", p. 173.

Por otro lado, dichas investigaciones han proporcionado información sobre la técnica de construcción, la forma original y la antigüedad del edificio. Este basamento piramidal fue construido con tierra arcillo-arenosa apisonada y sumamente compactada. En intervalos irregulares se clavaron lajas de piedra caliza, las cuales sobresalen mínimamente en la superficie del edificio; servían como contrafuertes internos para mantener en su lugar el talud de tierra apisonada. La forma del edificio aún no es del todo clara, pero se puede decir que en su costado sur existía una rampa o escalinata central. La planta del edificio es irregular y se logra apreciar esquinas remetidas. Una sección quemada de la superficie de la última fase de ocupación brindó la fecha de *ca.* 400 aC.[73] Este conjunto de información concuerda más con la propuesta de Graham y Johnson,[74] quienes sostienen que el edificio C-1 de La Venta tiene una forma más compleja que la de una efigie de volcán, hipótesis propuesta por Robert Heizer.[75]

Los Complejos B, D, G y H consisten en las alineaciones de edificios mencionadas en la primera parte de esta sección. Una de estas alineaciones, la cual va desde D7 hacia el norte, parece haber tenido una extensión de poco más de 1,000 m.[76] La función de estas estructuras no se ha definido, pero por su tamaño y extensión puede suponerse que formaban parte del complejo cívico-administrativo de la antigua ciudad. Dentro de esta misma categoría de edificios se encuentra la Acrópolis Stirling. Esta estructura es la plataforma más grande de esta urbe, con 324 m de frente. Encima de ella se construyó una serie de pequeños edificios y se han encontrado los remanentes de sistemas de distribución de agua, construidos con piedras labradas en forma de "U" y unidas con chapopote.

Entre los hallazgos importantes de las recientes investigaciones en La Venta se encuentra una zona con estructuras domésticas. Ésta se localiza al norte del Complejo A, en el llamado Complejo E; posiblemente se extendió hacia el Complejo I.

Existen diversas definiciones de lo que puede considerarse una ciudad prehispánica. En su extenso estudio de ciudades precolombinas, Hardoy[77] propone 10 criterios de definición, todos los cuales se cumplen en el asentamiento prehispánico de La Venta. Asimismo, es interesante la observación de

[73] González Lauck, "Acerca de pirámides de tierra y seres sobrenaturales: observaciones preliminares en torno al edificio C-1, La Venta, Tabasco".
[74] Graham y Johnson, "The Great Mound of La Venta".
[75] Heizer, "New Observations on La Venta".
[76] González Lauck, *The 1984...*, p. 174.
[77] Hardoy, *Pre-Columbian Cities,* pp. xxi-xxii.

Proskouriakoff:[78] Teotihuacan "conserva un vestigio de las plazas alargadas tempranas en las hileras de templos de baja altura y plazuelas interrumpidos por las grandes pirámides". Este patrón es mucho más claro ahora con el más reciente mapa de La Venta; y parece ser un posible antecedente de la traza arquitectónica y urbanismo de Teotihuacan.

Patrón de asentamiento

El estudio del patrón de asentamiento correspondiente al siglo xv aC en la Costa del Golfo, presenta el mismo problema que el estudio de su arquitectura. Muchos de los asentamientos de este periodo están cubiertos por ocupaciones posteriores, que sólo se pueden investigar sistemáticamente a través de excavaciones extensivas. Sin embargo, el problema fundamental es el hecho de que pocos proyectos incorporan el estudio de patrón de asentamiento a sus objetivos. Los proyectos en curso están corrigiendo este vacío de información y se espera que otros, en el futuro, hagan lo mismo.

Un primer intento de estudio a nivel regional en la región olmeca fue el realizado por Stirling en 1943, con el propósito de determinar la frontera oriental de la civilización olmeca. Stirling sólo reporta el sitio de San Miguel, al sureste de La Venta, como de filiación olmeca, mientras que sus excavaciones en un conchero cerca de Paraíso, Tabasco, ilustran material posiblemente correspondiente a la cultura olmeca.[79]

Drucker y Contreras, diez años después, realizan otro reconocimiento regional como continuación del trabajo de Stirling. Recorren principalmente el territorio entre los ríos Grijalva y Coatzacoalcos. En este trayecto se detectan 80 sitios; sin embargo no se publica su localización exacta ni su cronología. En cuanto al posible patrón de asentamiento olmeca, señalan que éste usualmente consiste de sitios con montículos, algunos con y otros sin complejos arquitectónicos planificados; existen a la vez muchas localidades sin montículos. En una primera interpretación, los investigadores sugieren que "...los olmecas deberían haber tenido un sistema ceremonial extremadamente complicado, con jerarquías de centros ceremoniales, ¿sirviendo? y apoyándose en comunidades subsidiarias".[80]

Sin embargo, cinco años después, al analizar los materiales de superficie recolectados durante el recorrido de 1953, se retractan al afirmar que muchos

[78] Proskouriakoff, "Early Architecture and Sculpture in Mesoamerica", p. 142.
[79] Stirling, *An Archaeological Reconnaissance in Southeastern Mexico*.
[80] Drucker y Contreras, "Site Patterns in the Eastern Part of Olmec Territory", p. 395.

de los sitios localizados no son contemporáneos a la ocupación de La Venta o Tres Zapotes Medio, ni al periodo pre-La Venta, sino más tardíos.[81] Squier[82] presenta la ubicación de los sitios visitados por Drucker y Contreras.

En 1968, Sisson realiza un trabajo intensivo en la parte noroccidental de La Chontalpa, área vecina a la de La Venta. Enfoca su estudio principalmente hacia asentamientos correspondientes al primer milenio y medio antes de Cristo. En esta área ubicó más de 120 sitios, asociados usualmente con cauces de ríos, los cuales en su mayoría eran agrupamientos de estructuras domésticas.[83] Para su fase Puente (900-500 aC) se encuentran grupos planificados de edificios de mayor tamaño.

En recientes trabajos alrededor de Cerro de las Mesas, Stark señala que para el Preclásico son distinguibles pequeños agrupamientos de vestigios, probablemente aldeas.[84] Como parte del Proyecto Arqueológico La Venta se llevaron a cabo investigaciones en las zonas aledañas al sitio donde se ubicó una veintena de asentamientos contemporáneos con la ocupación de La Venta. Estos asentamientos se pueden dividir en dos grupos: aquéllos sin estructuras, pero con ocupación doméstica, y aquellos que tienen además un pequeño montículo central.[85] Al igual que en la zona que Sisson estudió, la gran mayoría de estos sitios están asociados a cauces antiguos y actuales de ríos y arroyos que circundan la zona.

Utilizando la extremadamente limitada y precaria información que existe sobre sitios olmecas y su distribución espacial en la Costa del Golfo, se han aplicado distintos modelos para elucubrar sobre la organización político-social de los olmecas, proponer cifras de población, estimaciones del territorio controlado por cada sitio principal, jerarquías entre sitios y temas por el estilo.[86] Hasta que exista un mayor control de la información que se maneja y exista más evidencia arqueológica, este tipo de trabajos quedan meramente a nivel especulativo.

Agricultura y subsistencia

Una de las falacias que limitó por décadas el estudio de civilizaciones en tierras bajas tropicales, como la olmeca y la maya, fue la creencia de que el trópico

[81] Drucker, Heizer y Squier, *Excavations at...*, p. 300.
[82] Squier, *A Reappraisal of Olmec Chronology.*
[83] Sisson, *Survey and Excavations...*
[84] Stark, *Settlement Archaeology...*, p. 57.
[85] Rust y Sharer, "Olmec Settlement Data from La Venta, Tabasco, Mexico".
[86] Earle, "A Nearest-Neighbor Analysis of Two Formative Settlement Systems"; Gómez Rueda, *Las Limas, Veracruz...*; "Territorios y asentamientos en la región olmeca, hacia un modelo de distribución de población".

húmedo –su supuesta homogeneidad y el uso exclusivo de la agricultura de quema y roza como método agrícola– limitaba el desenvolvimiento de los diversos grupos culturales que lo habitaban.[87] En el caso de los olmecas, se infería que sólo alcanzaron la categoría de cacicazgo en el tradicional esquema de evolución social puesto que se suponía que únicamente utilizaban el sistema quema y roza.[88] Esta situación ha cambiado; ahora se reconoce la existencia de ciudades, grandes centros de población, y diversos métodos de agricultura y subsistencia para los mayas y otros grupos. En el caso de los olmecas de la Costa del Golfo, estamos atrasados en este campo de investigación, pero se espera que con mayores investigaciones se corrija esta situación.

La Venta está ubicada en un promontorio de unos 20 m sobre el nivel de las tierras bajas inundables que la circundan. Estas tierras bajas están conformadas por una compleja y dinámica red fluvio-lagunar que incluye ríos, arroyos, lagunas costeras, pantanos, manglares y lagunas de agua dulce.[89] Hasta hace poco, éste se consideraba como un medio ambiente "inhóspito", pero en realidad consiste de ricos y variados ecosistemas que en gran medida fueron aprovechados por los antiguos habitantes del área.[90]

San Andrés, uno de los asentamientos ubicado al borde del cauce antiguo del río Palma, en los alrededores de La Venta, fue objeto de excavación y proporcionó una interesante secuencia de cambios ambientales. Estas investigaciones, combinando los vestigios biológicos y culturales, muestran la presencia de maíz (*Zea* sp.) alrededor de 2250-1750 aC, asociado a la presencia del hombre detectada a través de una cerámica burda y huesos de pescado. Más tarde, se encuentran las semillas carbonizadas de maíz y plantas leguminosas asociadas a almejas de agua dulce y diversas especies de peces de río y estero. Entre 1760 y 1390 aC, esta zona parece azolvarse, hasta que entre 1500 y 1400 aC se aprecia de nuevo la presencia de granos de maíz acompañados por un incremento de artefactos. En esta época se desechan en los basureros de unidades domésticas huesos de venado, perro y cocodrilo. Rust[91] sugiere que la población dependía de la combinación de recursos locales acuáticos y el uso de plantas domesticadas. Estas investigaciones aún no han sido publicadas en detalle.

[87] Meggers, "Environmental Limitations on the Growth of Culture".
[88] Sanders y Price, *Mesoamerica...*, p. 127.
[89] Jiménez Salas, "Geomorfología...".
[90] González y Jiménez, "Un acercamiento al medio ambiente del área de La Venta, Tabasco y el uso de sus recursos por la población durante el auge olmeca".
[91] Rust, "Evidence of Maize Use at Early and Middle Preclassic La Venta Olmec Sites", p. 6.

Durante las excavaciones del Proyecto Río Chiquito no se recuperaron evidencias de los cultivos antiguos en San Lorenzo. Por la presencia de manos y metates se infiere que procesaban maíz, y se sugiere que los tecomates probablemente fueron utilizados para cocinar tamales. Por la presencia de pequeños pedazos amorfos de obsidiana se cree que también procesaban tubérculos.[92] En cuanto a la explotación de recursos acuáticos se identificaron restos de robalo, tarpón, mojarra, bagre y una gran variedad de tortugas. El perro doméstico fue una de las fuentes principales de proteína, mientras que en menos cantidad se encontraron restos de conejo, pecarí, venado cola blanca, mapache, tuza y diversos patos.[93]

La Venta y San Lorenzo están ubicados en ambientes similares, y seguramente las investigaciones en curso brindarán resultados comparables. No se tiene información sobre los modos de subsistencia y agricultura de otros sitios olmecas de la Costa del Golfo. Ya que las condiciones ambientales son diferentes en Tres Zapotes, Laguna de los Cerros y Cerro de las Mesas, sería una gran contribución el entender la forma en que se sostuvieron sus poblaciones.

Religión

El problema principal en el estudio de las religiones de los diferentes grupos culturales que habitaron Mesoamérica antes de la llegada del hombre europeo, es que la mayor parte de nuestra información está basada en las crónicas de los frailes e historiadores de los siglos XVI y XVII. Ellos, aunque bien documentados sobre sus respectivas religiones, poco conocían de religiones no cristianas y, por lo tanto, interpretaban lo esotérico con base en su limitada perspectiva. Aunado a esto, persistía la convicción de que las imágenes indígenas eran obra del diablo o, en el mejor de los casos, reflejo de sus religiones politeístas.

Lo que principalmente se aborda cuando se habla de religión olmeca es la interpretación de algunos símbolos o imágenes en el arte olmeca que supuestamente son representaciones de dioses y probables antecedentes de los dioses de culturas posteriores. Saville[94] propone que las figuras de las hachas votivas que él estudió representan a un dios jaguar olmeca y sugiere que fue el antecedente de Tezcatlipoca. Después, Covarrubias[95] presenta un

[92] Coe y Diehl, *In the Land...*, II, p. 144.
[93] Wing y Coe, "Faunal Remains from San Lorenzo", pp. 375-386.
[94] Saville, "Votive Axes from Ancient Mexico...".
[95] Covarrubias, "El arte «olmeca»...".

diagrama donde pretende explicar la derivación del Dios de la Lluvia de culturas posteriores (genéricamente conocido como Tláloc) de imágenes representadas en el arte olmeca. A su vez, Coe[96] sugiere que las figuras incisas en la escultura de Las Limas eran los prototipos de dioses del Posclásico como el Dios del Fuego, Xipe Tótec y el Dios de la Muerte. Posteriormente, Joralemon[97] elabora una lista de dioses olmecas que van del I al X. Todas estas teorías tienen como común denominador, la suposición de que las creencias de los pobladores del México antiguo fueron similares a través de por lo menos 3000 años de historia. Como se mencionó anteriormente, hay que reconocer que símbolos que persisten en el tiempo no siempre guardan el mismo significado, al igual que cosas con el mismo significado son representadas de muy diferente forma con el paso del tiempo.[98]

Afortunadamente, existen otros puntos de vista que rompen con el esquema tradicional y proponen nuevas formas de acercamiento al problema de la religión olmeca. Pohorilenko[99] propone que las representaciones olmecas, las cuales son identificadas como "dioses" o "deidades" por otros investigadores, son en realidad un sistema estructurado de comunicación visual. Los variados elementos que conforman las imágenes podían ser "leídas" y entendidas por las personas que tenían que ver con ellas. Asimismo, propone que los símbolos o atributos que forman parte de las imágenes del arte olmeca posiblemente estaban asociados con una fuerza natural y sus correspondientes mitos. Pohorilenko además señala que el atributo o los atributos de los "dioses" olmecas que Joralemon propone, son, en la mayoría de los casos, compartidos entre todos ellos, lo cual causa gran confusión en tratar de distinguir los supuestos "dioses" olmecas.

Por otro lado, Proskouriakoff[100] coincide en cierta forma con lo anterior al sugerir que la representación de figuras zoomorfas compuestas y caras grotescas del arte olmeca y maya, pueden ser interpretadas como una composición de símbolos. En el caso de las figuras incisas en la escultura de Las Limas, sugiere que están relacionadas a cuatro tribus. Asimismo, menciona que posiblemente las hendiduras en forma de V que se aprecian en ciertas figuras olmecas, puede ser una metáfora visual indicando una "rama" de un tronco familiar.

Estudios hechos en otras partes de Mesoamérica, sobre las religiones/ideologías contemporáneas a la civilización olmeca, pueden brindarnos acer-

[96] Coe, *America's First Civilization*.
[97] Joralemon, *A Study of Olmec Iconography*; "The Olmec Dragon, A Study of Pre-Columbian Iconography"
[98] Panofsky, *Studies in Iconology; Meaning in the Visual Arts*.
[99] Pohorilenko, "On the Question of Olmec Deities".
[100] Proskouriakoff, "Olmec Gods and Maya God-Glyphs".

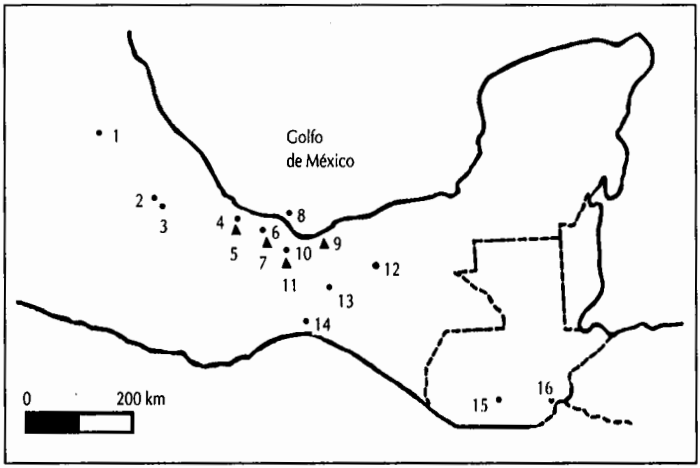


Figura 6. Ubicación de posibles yacimientos de diversos materiales utilizados por los olmecas (basado en Williams y Heizer, "Sources..."; Cobean *et al.*, "High-precision...").

1. Sierra de Pachuca
2. Guadalupe Victoria
3. Pico de Orizaba
4. Cerro El Vigía
5. Tres Zapotes
6. Cerro Cintépec
7. Laguna de los Cerros
8. Isleta Punta Roca Partida
9. La Venta
10. Chinameca
11. San Lorenzo
12. Volcán Chichonal
13. Sierra de Huimanguillo
14. Nistepec
15. El Chayal
16. Ixtepeque

camientos hacia la religión olmeca. Partiendo del entendido de que desde el siglo xv aC hasta la Conquista, la religión zapoteca fue animista (veneraban a los espíritus de los muertos, especialmente los de linaje noble) y no tenían un grupo de deidades o dioses jerarquizados, Marcus[101] sugiere que las culturas precolombinas de Mesoamérica posiblemente tenían un sistema de creencias común. Éstas incluyen la creencia de un mundo dividido en cuatro espacios, cada uno asociado a un color y con otros atributos; un grupo de términos basados en el camino este-oeste del Sol; el concepto de "fuerza vital"; una serie de fuerzas sobrenaturales que animaban el universo; un mundo donde el hombre es sólo una de muchas criaturas animadas, igual o inferior a ellas, y el concepto de la vida después de la muerte de tal forma que los ancestros podían participar en los asuntos de las personas vivas.

En un análisis detallado de los materiales encontrados en San José Mogote, Oaxaca, correspondientes a la fase San José (1150-850 aC), Marcus propone que símbolos identificados en algunos círculos olmequistas como

[101] Marcus, "Zapotec Chiefdoms and the Nature of Formative Religions".

"fuego-serpiente" y "monstruo-jaguar", son representaciones de rayos y tierra respectivamente. Sugiere que estas dos entidades sobrenaturales estaban, asimismo, asociadas a dos distintos y amplios linajes de los antiguos habitantes de San José Mogote.

Abastecimiento de materiales pétreos

Uno de los temas de investigación sobre los olmecas de la Costa del Golfo es el origen de los materiales para sus obras escultóricas y la manera en que los transportaban a su lugar de exhibición (véase figura 6). El caso de La Venta es particularmente interesante, ya que no existen yacimientos de piedra a 60 km a la redonda y hay algunas esculturas que llegan a pesar hasta 36 toneladas, como el Altar 1.

Al parecer, cada sitio explotaba diferentes yacimientos de piedra. El material de las esculturas de Tres Zapotes (la mayoría tardías en términos estilísticos) procede del Cerro El Vigía, en la zona de las montañas de Los Tuxtlas. Tres Zapotes en sí está ubicada en las faldas occidentales de dicho cerro. En este cerro se encuentran basaltos de olivino,[102] columnas de basalto[103] y posibles talleres de escultura.[104]

En el costado sur de Los Tuxtlas, se encuentra el Cerro Cintépec donde se localizan basaltos porfíricos. De allí procede la gran mayoría del material utilizado para las esculturas de San Lorenzo.[105] En San Lorenzo se utilizó también bentonita, tal vez de origen local. Cyphers Gillén ha encontrado recientemente que los pisos de las unidades habitacionales en San Lorenzo estaban compuestos de bentonita.[106]

Sobre el origen del material pétreo de las esculturas de Laguna de los Cerros sólo se sabe que son de basalto o andesita.[107] No se conocen estudios petrográficos de las mismas que podrían proporcionar una idea de su procedencia. Las esculturas de Cerros de las Mesas son de andesita y aunque no se ha encontrado su procedencia exacta, se supone que son de los alrededores del sitio.[108]

[102] Williams y Heizer, "Sources of Rock Used in Olmec Monuments", p. 4.
[103] Jiménez Salas y Sánchez, comunicación personal, 1991.
[104] Jiménez Salas y Sánchez, comunicación personal, 1991.
[105] Williams y Heizer, "Sources of..."; Fernández y Coe, "Petrographic Analysis of Rock Samples from San Lorenzo".
[106] Comunicación personal, 1992.
[107] Medellín Zenil, "Monolitos inéditos olmecas"; *Monolitos olmecas y otros en el Museo de la Universidad Veracruzana*.
[108] Williams y Heizer, "Sources of Rock...", p. 10.

Las esculturas de La Venta fueron elaboradas con materiales de gran diversidad. Los escultores y arquitectos de La Venta utilizaron piedras de origen volcánico procedentes del Cerro Cintépec, columnas de basalto procedentes posiblemente de una isleta cerca de Punta Roca Partida, Veracruz, y andesita de la zona del volcán Chichonal, Chiapas.[109] Piedras metamórficas, como esquitos, gneiss, serpentina y "jadeíta", proceden de la Sierra Madre Sur, a unos 100 km en línea recta de La Venta.[110] Las lajas de piedra caliza utilizadas como recubrimiento arquitectónico en algunos edificios, provienen de Chinameca, Veracruz, mientras que los bloques de arenisca utilizados en ciertas esculturas eran extraídas posiblemente de la sierra de Huimanguillo, a 95 km al sur de La Venta.

Aún no se sabe con exactitud el procedimiento que se utilizaba para extraer la piedra y su forma de traslado a los diversos sitios donde eran talladas. Es de suponerse que la piedra se extraía, y se labraba una preforma en el mismo lugar. En Llano del Jícaro, Veracruz, donde se han localizado afloramientos de basalto, se encuentra, por ejemplo, un altar olmeca en proceso de talla. Esto parece indicar que, una vez obtenida la preforma de la escultura, ésta se transportaba a su lugar definitivo donde se le daba su acabado final. Aunque se han reportado en La Venta y en San Lorenzo fragmentos de piedra –astillas del proceso de talla– aún no se han encontrado áreas que se puedan considerar propiamente como talleres escultóricos.

En San Lorenzo y en La Venta se han hallado discos de ilmenita, magnetita y hematita, que se han encontrado usualmente formando parte de ofrendas; se cree que pudieron haber sido utilizados como pectorales. La procedencia de estos materiales parece ser diversa: Williams y Heizer[111] sugieren que provienen del Cerro Pietro en Niltépec en la parte sur del Istmo de Tehuantepec, mientras que Curtis[112] sugiere que probablemente se hicieron de cantos rodados encontrados cerca de La Venta, pero procedentes de la región metamórfica al sur del sitio; es decir de las tierras altas de Oaxaca y la Costa del Pacífico. Pires-Ferreira[113] encontró 54 localidades de donde posiblemente podría haberse extraído este material en el Valle de Oaxaca, el Istmo de Tehuantepec, los Altos de Chiapas y Morelos. En San José Mogote, Oaxaca, se encontraron posibles talleres con desecho de talla donde proba-

[109] Williams y Heizer, "Sources of Rock...", p. 10.
[110] Curtis, "The Petrology of Artifacts and Architectural Stone at La Venta", p. 284; Williams y Heizer, "Sources of Rock...", p. 12.
[111] Williams y Heizer, "Sources of Rock...", p. 12.
[112] Curtis, "The Petrology...", p. 287.
[113] Pires-Ferreira, *Formative Mesoamerican Exchange Networks with Special References to the Valley of Oaxaca.*

blemente se elaboraron estos pectorales. Estos talleres formaban parte de unidades habitacionales fechadas hacia el 1150-850 aC.[114]

La obsidiana y el pedernal fueron otros materiales ampliamente utilizados por los olmecas para sus instrumentos de trabajo y, en algunos casos, objetos ceremoniales. Ninguno de estos materiales se encuentran dentro de la región olmeca de la Costa del Golfo; tuvieron que ser extraídos de lugares más distantes. La procedencia exacta del pedernal no es clara, ya que sólo se dice que provienen de la Sierra Madre del Sur. En un reciente artículo sintético, Robert Cobean *et al.*[115] afirman, con base en análisis de elementos traza, que en los sitios olmecas de la Costa del Golfo se ha encontrado obsidiana procedente del Pico de Orizaba y Altotonga, Veracruz; Guadalupe Victoria y Zaragoza en Puebla, y la Sierra de Pachuca, Hidalgo, al igual que de El Chayal e Ixtepeque en Guatemala. En no todos estos yacimientos se han localizado minas del siglo xv aC, como es el caso de Guadalupe Victoria, Puebla.[116]

Tampoco se han encontrado talleres para la elaboración de instrumentos líticos en los sitios olmecas de la Costa del Golfo. En un análisis preliminar de una pequeña muestra de lítica de La Venta, se llega a la conclusión de que la obsidiana debería haber llegado en forma bruta al sitio, donde se elaboraban los diferentes instrumentos, ya que se encuentran desechos de todo el proceso de manufactura de los diferentes instrumentos. Asimismo, se han encontrado pocos y diminutos núcleos agotados, lo que implica una utilización al máximo de esta materia prima importada.[117]

Clark,[118] al igual que Jackson y Love,[119] coinciden en que la introducción de navajas prismáticas de obsidiana en el primer milenio antes de nuestra era (en el Preclásico medio) refleja la introducción de un sistema de intercambio a nivel regional y una sociedad con mayor grado de diferenciación social. Al mismo tiempo, la aparición de navajas prismáticas en la Costa del Pacífico coincide con el establecimiento de centros regionales.

Lo olmeca más allá de la Costa del Golfo

Al principio de este trabajo se menciona la extensión de lo olmeca desde el centro de México hasta el norte de Costa Rica. Su presencia se distingue prin-

[114] Flannery, "The Olmec and the Valley of Oaxaca, A Model for Inter-Regional Interaction in Formative Times", p. 85.
[115] Cobean *et al.*, "Obsidian Trade...".
[116] Pastrana, "Datos sobre la distribución de obsidiana en el área olmeca".
[117] Rojas Chávez, "Análisis preliminar de la industria de la lítica tallada en La Venta, Tabasco".
[118] Clark, "Politics, Prismatic Blades, and Mesoamerican Civilization".
[119] Jackson y Love, "Blade Running, Middle Preclassic Obsidian Exchange and the Introduction of Prismatic Blades at La Blanca, Guatemala".

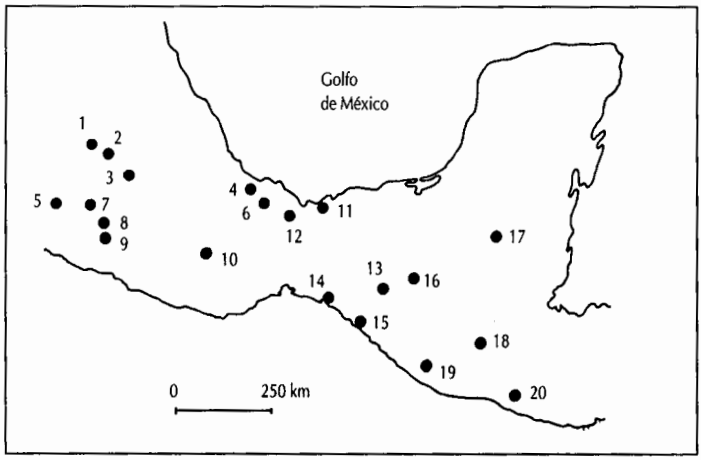


Figura 7. Algunos sitios con influencia olmeca (basado en Bernal, *El mundo...*; Martínez Donjuán, "El sitio..."; Paradis, "Revisión...").

1. Tlatilco
2. Tlapacoya
3. Chalcatzingo
4. Tres Zapotes
5. San Miguel Amuco
6. Laguna de los Cerros
7. Teopantecuanitlán
8. Oxtotitlán
9. Juxtlahuaca
10. San José Mogote
11. La Venta
12. San Lorenzo
13. Padre Piedra
14. Tzutzuculi
15. Pijijiapan
16. Xoc
17. Uaxactún
18. Kaminaljuyu
19. Abaj Takalik
20. Chalchuapa

cipalmente a través de escultura de estilo olmeca o artefactos portátiles: figurillas esculpidas de piedra verde o de cerámica y motivos "olmecas" en vasijas de cerámica. Las explicaciones sobre este fenómeno son igual de variadas que el número de investigadores que escriben sobre el tema.

Es importante señalar que existe una vertiente entre los arqueólogos que cuestiona la denominación "olmeca" para ciertos motivos que aparecen en la cerámica fuera de la Costa del Golfo y de algunos tipos de figurillas; prefieren utilizar un término neutral como Complejo X para referirse a ellos.[120] Esta idea se basa en que no se tiene hasta la fecha la seguridad de que lo que llamamos motivos "olmecas" realmente sean originarios de los olmecas de la Costa del Golfo[121] o siquiera si aparecen en la Costa del Golfo, como las famosas figurillas huecas *baby face* de Las Bocas, Puebla.

[120] Grove, "Olmec, what's in a name?", p. 10.
[121] Love, "La Blanca y el Preclásico medio en la Costa del Pacífico".

En términos generales, se han identificado dos momentos principales de la presencia olmeca fuera de la Costa del Golfo (véase figura 7). Uno de ellos, entre 1200 y 900 aC, se manifiesta en sitios como Tlatilco, en donde se ha encontrado cerámica "olmeca" en entierros. Sin embargo, éstos forman un pequeño porcentaje del menaje mortuorio de los entierros de Tlatilco.[122] Por otro lado, en su trabajo sobre la Cuenca de México, Niederberger[123] hace énfasis en que la presencia "olmeca" no tuvo un efecto "civilizador" como los proponentes de la idea de los olmecas como "cultura madre" quisieran suponer.

El segundo momento coincide con el auge de La Venta, y evidencia de ello se encuentra en sitios como Chalcatzingo, Morelos; Teopantecuanitlán, Guerrero; Xoc, Pijijiapan y Tzuzuculi, Chiapas, hasta Chalchuapa en El Salvador. En este periodo, la presencia olmeca coincide con el desarrollo de centros regionales planificados y arquitectura pública impresionante. Como bien lo señala Demarest,[124] esto no significa que la influencia irradia de la Costa del Golfo hacia otras regiones sino más bien fue un periodo de gran innovación cultural con múltiples orígenes, lo cual formó complejas interacciones o influencias mutuas.

Tradicionalmente se ha explicado la extensión de lo olmeca más allá de la Costa del Golfo como el producto de un imperio con sus implicaciones sobre el control territorial, político, militar, económico y religioso.[125] Sin embargo, recientes investigaciones en Chalcatzingo definen al sitio como una ciudad aliada a los olmecas de la Costa del Golfo, y que, por su situación geográfica, jugaba un papel estratégico en el movimiento de recursos del Altiplano hacia la Costa del Golfo.[126] Sitios como Chalchuapa en El Salvador han sido interpretados como puestos fronterizos enfocados posiblemente hacia actividades ceremoniales y comerciales, al igual que la fuente de las influencias "olmecas" hacia otros puntos de América Central.[127] Por otro lado, Paradis[128] interpreta lo olmeca de Guerrero como "el principio de una religión, una forma de pensar y de ver el mundo",[129] el cual tomó diversos tintes al combinarse con diferentes sociedades locales.

[122] Tolstoy, "Western Mesoamerica and the Olmec".
[123] Niederberger, *Paléopaysages et Archéologie pré-urbaine du Bassin de Mexico*.
[124] Demarest, "The Olmec and the rise of civilization in eastern Mesoamerica".
[125] Caso, "¿Existió un imperio olmeca?"; Heizer, "Agriculture and the Theocratic State in Lowland Southern Mexico".
[126] Grove, "Chalcatzingo and its Olmec Connection", p. 146.
[127] Sharer, "The Olmec and the Southeast Periphery of Mesoamerica".
[128] Paradis, "Revisión del fenómeno olmeca".
[129] Paradis, "Revisión del fenómeno olmeca", p. 38.

Resumen y conclusiones

En esta reseña se proporciona una idea general de la información que existe hasta al momento sobre los olmecas de la Costa del Golfo de México. No cubre todos los temas que pudieran ser tratados y sólo se habla de aquellos para los que tenemos una base de información adecuada. Es importante estar conscientes que nuestra información proviene casi exclusivamente de cuatro o cinco sitios que han sido mínimamente investigados. Por esta razón, nuestra visión de lo olmeca es evidentemente incompleta, pero a la vez esto mismo hace de la arqueología olmeca un campo de investigación con muchos retos y con un enorme potencial.

La sección sobre las investigaciones en la región olmeca de la Costa del Golfo es larga. Sin embargo, tiene el propósito de proporcionar al lector las fuentes primarias de información de las cuales pueden derivarse otras líneas de investigación. En el caso de La Venta, por ejemplo, fue Stirling[130] quien menciona la presencia de un cauce antiguo de río que corría al norte de La Venta, pero no fue hasta cuarenta años más tarde que se investigó más a fondo y nos presentó resultados que cambian nuestra concepción de la zona que circunda esta antigua ciudad olmeca. Otro ejemplo es el de la traza arquitectónica de La Venta. Drucker[131] describe los vestigios arquitectónicos del sitio, pero el levantamiento topográfico no se realiza sino hasta treinta años más tarde, brindando resultados que cambiaron nuestra concepción de un centro ceremonial a una ciudad planificada.

En dos simposios llevados a cabo en la década de los ochenta sobre diversos aspectos de la civilización olmeca, los comentaristas resaltan el hecho de que estamos en un momento en el cual desechamos los puntos de vista tradicionales y reevaluamos –con una visión más madura– el conjunto. Este artículo no pretende imponer un solo punto de vista sino reunir opiniones adecuadamente fundamentadas. Sería muy fácil repetir lo que tradicionalmente se escribe sobre los olmecas, pero lo que se pretende aquí es brindar nuevas perspectivas sobre el tema e incitar al lector a profundizar éstas o buscar otras soluciones.

Las líneas de evidencia cubiertas en este artículo apuntan hacia considerar que la civilización olmeca fue una manifestación cultural compleja en el primer milenio y medio de nuestra era, aunque no la única. Sus esculturas, su arqui-

[130] Stirling, *Stone Monuments of Southern Mexico,* p. 50.
[131] Drucker, *La Venta, Tabasco...*, pp. 8-10.

tectura, su forma de subsistencia, los lugares distantes con que tuvieron alguna forma de contacto para abastecerse de materias primas indican que la civilización olmeca necesariamente tuvo que estar conformada por diferentes especialistas: agricultores, pescadores, cazadores, recolectores, alfareros, escultores, arquitectos, comerciantes, especialistas en la elaboración de instrumentos de piedra, en la elaboración de esculturas portátiles de piedra verde, al igual que aquellos que se encargaban del manejo de sus símbolos y rituales, los gobernantes, sin decir nada de quienes aportaban la mano de obra necesaria para los diversos trabajos, especialmente los de tamaño monumental.

Cómo estaba organizada esta sociedad es lo que no podemos, hasta el momento, dilucidar con seguridad. Propuestas hay muchas; sin embargo, lo importante es examinar, en primer lugar, las suposiciones ("hipótesis") en que se basan y, en segundo lugar, la fundamentación de las mismas. En esta reseña, se ha evitado a propósito encajonar a la civilización olmeca en los esquemas de organización social, política o económica de moda en la disciplina de la antropología, ya que en su gran mayoría contienen implícitamente connotaciones de la escuela evolucionista y, por otro lado, existe insuficiente evidencia arqueológica que apoye tales modelos.

Para los actuales y futuros investigadores de la civilización olmeca existe un sinnúmero de rompecabezas que se pueden empezar a resolver. Diehl[132] presenta un listado de casi veinte preguntas que se deben afrontar; cada olmequista podría elaborar una lista similar. Lo que hace falta, sin embargo, son más trabajos serios y sistemáticos en todas las facetas de esta sobresaliente expresión cultural.

[132] Diehl, "Olmec archaeology", What We Know and What We Wish We Knew".

Bibliografía

Barba Pingarrón, Luis A., "Trabajos de prospección realizados en el sitio arqueológico La Venta, Tabasco", en *Arqueología,* primera época, núm. 4, 1988, pp. 167-218.

Berger Rainer, John, A. Graham y Robert F. Heizer, "A Reconsideration of the Age of the La Venta Site", en *Contributions of the University of California Archaeological Research Facility,* núm. 3, Berkeley, Universidad de California, 1967, pp. 1-24.

Bernal, Ignacio, *El mundo olmeca,* México, Porrúa, 1968.

Beverido Pereau, Francisco, *San Lorenzo Tenochtitlan y la civilización olmeca,* tesis de maestría, Xalapa, Universidad Veracruzana, ms., 1970.

_____, *Bibliografía olmeca,* Xalapa, Universidad Veracruzana, 1986.

_____, "Breve historia de la arqueología olmeca", en *La Palabra y el Hombre,* núm. 64, 1987, pp. 161-194.

Beyer, Hermann, "Nota bibliográfica sobre «Tribes and Temples» de F. Blom y O. La Farge", en *El México Antiguo,* vol. 2, México, 1927, pp. 305-313.

Blom, Frans y Oliver La Farge, *Tribes and Temples, A Record of the Expedition to Middle America conducted by the Tulane University of Louisiana in 1925,* Nueva Orleans, Tulane University, 1926. Middle American Research Institute, Publication num. 1.

Boucher, Sylvianne, "Estudio preliminar de la cerámica de recolección de superficie en Las Limas, Veracruz", Archivo Técnico de la Dirección de Arqueología, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, ms., 1982.

Bove, Frederick J., "Laguna de los Cerros, An Olmec Central Place", en *Journal of Field Archaeology,* vol. 2, núm. 3, 1978.

Breiner, Sheldon y Michael D. Coe, "Magnetic Explorations of the Olmec Civilization", en *American Scientist,* vol. 60, núm. 5, 1972, pp. 566-575.

Brüggemann, Jürgen y Marvin Harris, "La aplicación del magnetómetro en trabajos arqueológicos en San Lorenzo Tenochtitlan, Veracruz", en *Boletín,* época III, núm. 39, 1970, pp. 26-29.

_____ y Marie Areti Hers, "Exploraciones arqueológicas en San Lorenzo Tenochtitlan, Veracruz", en *Boletín,* época III, núm. 39, 1970, pp. 18-23.

Caso, Alfonso, "Resumen de las discusiones sobre los olmecas históricos y sobre los informes lingüísticos", en *Mayas y olmecas,* México, Sociedad Mexicana de Antropología, Stylo, 1942, pp. 38-43.

_____, "Definición y extensión del complejo «Olmeca»", en *Mayas y olmecas,* México, Sociedad Mexicana de Antropología, Stylo, 1942, pp. 43-46.

_____, "¿Existió un imperio olmeca?", en *Memoria de El Colegio Nacional,* t. 5, núm. 3, México, El Colegio Nacional, 1965, pp. 1-52.

Chavero, Alfredo, *Historia antigua y de la conquista. México a través de los siglos,* vol. 1, México, Riva Palacio Editor, 1887.

CLARK, John E., "Politics, Prismatic Blades, and Mesoamerican Civilization", en J. Johnson y C. Morrow (eds.), *The Organization of Core Technology,* Boulder, Westview Press, 1987, pp. 259-284.

CLEWLOW, Carl W. *et al., Colossal Heads of the Olmec Culture,* Berkeley, University of California, 1967. Contributions of the University of California Archaeological Research Facility, núm. 4.

COBEAN, Robert *et al.,* "High-precision Trace-element Characterization of Mayor Mesoamerican Obsidian Sources and Further Analyses of Artifacts from San Lorenzo Tenochtitlan, Mexico", en *Latin American Antiquity,* vol. 2, núm. 1, 1991, pp. 69-91.

_____, "Obsidian Trade at San Lorenzo Tenochtítlan, Mexico", en *Science,* vol. 174, 1971, pp. 666-671.

COE, Michael D., "The Olmec Style and its Distribution", en R. Wauchope y G. Willey (eds.), *Handbook of Middle American Indians,* vol. 3, Austin, University of Texas Press, 1965, pp. 739-775.

_____, "Map of San Lorenzo, An Olmec Site in Veracruz, Mexico", en Department of Anthropology, New Haven, Yale University, 1967.

_____, "Solving a Monumental Mystery", en *Discovery,* vol. 3, núm. 1, 1967, pp. 21-26.

_____, *America's First Civilization,* Nueva York y Washington, American Heritage Co. y Smithsonian Library, 1968.

_____, "San Lorenzo and the Olmec Civilization", en E. Benson (ed.), *Dumbarton Oaks Conference on the Olmec,* Washington, Dumbarton Oaks Research Library and Collections, 1968, pp. 41-78.

_____, "The Archaeological Sequence at San Lorenzo Tenochtitlan, Veracruz, Mexico", en *Contributions of the University of California Archaeological Research Facility,* núm. 8, Berkeley, Universidad de California, 1970, pp. 21-34.

_____, "The Olmec Heartland, Evolution of Ideology", en R. Sharer y D. Grove (eds.), *Regional Perspectives on the Olmec,* Cambridge, Cambridge University Press, 1989, pp. 68-82.

_____ y Richard A. Diehl, *In the Land of the Olmec,* vol. I y II, Austin, University of Texas Press, 1980.

_____ y Richard A. Diehl, "Reply to Hammond's «Cultura Hermana», Reappraising the Olmec", en *The Review of Archaeology,* vol. 12, núm. 1, 1991, pp. 30-35.

COE, William y Robert Stuckenwrath, "A Review of La Venta, Tabasco and its Relevance to the Olmec Problem", en *The Kroeber Anthropological Society Papers,* núm. 31, Berkeley, University of California, 1964, pp. 1-43.

COVARRUBIAS, Miguel, "El arte «olmeca» o de La Venta", en *Cuadernos Americanos,* vol. XXVIII, núm. 4, 1946, pp. 153-179.

CURTIS, Garniss H., "The Petrology of Artifacts and Architectural Stone at La Venta", en P. Drucker, R. Heizer y R. Squier (eds.) *Excavations at La Venta, Tabasco, 1955,*

Appendix 4, Washington, Smithsonian Institution, 1959, pp. 284-289. Bureau of American Ethnology, Bulletin 170.

CYPHERS GUILLÉN, Ann, "Espacios domésticos olmecas en San Lorenzo Teñochtitlan, Veracruz", en *Boletín del Consejo de Arqueología,* (1989) 1990, pp. 54-56.

_____, "San Lorenzo Tenochtitlán", en J.A. Clark (coord.), *Los olmecas en Mesoamérica*, México, El equilibrista/Citibank, 1994, pp. 43-67.

_____, "Reconstructing Olmec Life at San Lorenzo", en E. Benson y B. de la Fuente (eds.), *The Art of Ancient Mexico*, Washington, D.C., National Gallery of Art, 1996, pp. 61-71.

_____ (coord.), *Población, subsistencia y medio ambiente en San Lázaro Tenochtitlán*, México, Instituto de investigaciones Antropológicas, UNAM, 1997.

_____, "La arquitectura olmeca en San Lorenzo Tenochtitlán", en A. Cyphers (coord.), *Población, subsistencia y medio ambiente en San Lorenzo Tenochtitlán*, México, Instituto de investigaciones Antropológicas, UNAM, 1997, pp. 91-117.

_____, "El contexto social de monumentos en San Lorenzo", en A. Cyphers (coord.), *Población subsistencia y medio ambiente en San Lorenzo Tenochtitlán*, México, Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM, 1997, pp. 163-194.

DE LA FUENTE, Beatriz, *Escultura monumental olmeca, Catálogo*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Estéticas, 1973. Cuadernos de Historia del Arte, núm. 1.

_____, *Los hombres de piedra. Escultura olmeca,* México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1977 (edición 1984).

_____, "Towards a Conception of Monumental Olmec Art", en E. Benson (ed.), *The Olmec & Their Neighbors,* Washington, D.C., Dumbarton Oaks Research Library and Collections, 1981.

DEMAREST, Arthur, "The Olmec and the Rise of Civilization in Eastern Mesoamerica", en R. Sharer y D. Grove (eds.), *Regional Perspectives on the Olmec,* Cambridge, Cambridge University Press, 1989, pp. 303-344.

DIEHL, Richard A., "Olmec architecture, a comparison of San Lorenzo and La Venta", en E. Benson (ed.), *The Olmec & Their Neighbors,* Washington, D.C., Dumbarton Oaks Research Library and Collections, 1981, pp. 69-81.

_____, "Olmec Archaeology, What We Know and What We Wish We Knew", en R. Sharer y D. Grove (eds.), *Regional Perspectives on the Olmec,* Cambridge, Cambridge University Press, 1989, pp. 17-32.

DRUCKER, Philip, *Ceramic Sequence at Tres Zapotes, Veracruz, Mexico,* Washington, D.C., Smithsonian Institution, 1943. Bureau of American Ethnology, Bulletin 140.

_____, *Ceramic Stratigraphy at Cerro de las Mesas, Veracruz, Mexico,* Washington, D.C., Smithsonian Institution, 1943. Bureau of American Ethnology, Bulletin 141.

_____, "Some Implications of the Ceramic Complex at La Venta", en *Smithsonian Miscellaneous Collections,* vol. 17, núm. 18, Washington, D.C., Smithsonian Institution, 1947.

_____, *La Venta, Tabasco, A Study of Olmec Ceramics and Art,* Washington, D.C., Smithsonian Institution, 1952. Bureau of American Ethnology, Bulletin 153.

_____, "Middle Tres Zapotes and the Preclassic Ceramic Sequence", en *American Antiquity,* vol. XVII, núm. 3, 1952, pp. 258-260.

_____ y Eduardo Contreras, "Site Patterns in the Eastern Part of Olmec Territory", en *Journal of the Washington Academy of Sciences,* vol. 43, núm. 12, 1953, pp. 389-396.

_____ y Robert F. Heizer, "A Study of the Milpa System of La Venta Island and its Archaeological Implications", en *Southwestern Journal of Anthropology,* vol. 16, Albuquerque, University of New Mexico, 1960, pp. 36-45.

_____, "Commentary on W.R. Coe and Robert Stuckenwrath's Review of «Excavations at La Venta, Tabasco, 1955»", en *Kroeber Anthropological Society Papers,* núm. 33, Berkeley, University of California, 1965, pp. 37-70.

_____, Robert F. Heizer y Robert J. Squier, *Excavations at La Venta, Tabasco,* Washington, D.C., Smithsonian Institution, (1955), 1959. Bureau of American Ethnology, Bulletin 170.

EARLE, Timothy K., "A Nearest-Neighbor Analysis of Two Formative Settlement Systems", en K. Flannery (ed.), *The Early Mesoamerican Village,* Nueva York, Academic Press, 1976, pp. 196-223.

FERNÁNDEZ, Louis y Michael D. Coe, "Petrographic Analysis of Rock Samples from San Lorenzo", en M. Coe y R. Diehl (eds.), *In the Land of the Olmec,* vol. 1, Appendix 2, Austin, University of Texas Press, 1980, pp. 397-404.

FLANNERY, Kent V., "The Olmec and the Valley of Oaxaca, A Model for Inter-Regional Interaction in Formative Times", en E. Benson (ed.), *Dumbarton Oaks Conference on the Olmec,* Washington, D.C., Dumbarton Oaks Research Library and Collections, 1968.

GALLEGOS GÓMORA, M. Judith, "Excavaciones en la Estructura D-7 en La Venta, Tabasco", en *Arqueología,* segunda época, núm. 3, 1990, pp. 17-24.

GÓMEZ RUEDA, Hernando, *Las Limas, Veracruz y otros asentamientos prehispánicos en la región olmeca,* tesis de licenciatura, México, Escuela Nacional de Antropología e Historia, ms., 1991.

_____, "Territorios y asentamientos en la región olmeca, hacia un modelo de distribución de población", en *Trace,* núm. 20, 1991, pp. 60-67.

GONZÁLEZ LAUCK, Rebecca B., Informe general. Proyecto Arqueológico La Venta, primera etapa, 1985, Archivo Técnico de la Dirección de Arqueología del Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, ms., 1987.

_____, "Proyecto Arqueológico La Venta", en *Arqueología,* primera época, núm. 4, 1988, pp. 121-165.

_____, "Recientes investigaciones en La Venta, Tabasco", en M. Carmona (coord.), *El Preclásico o Formativo. Avances y perspectivas,* México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1989, pp. 81-89.

_____, *The 1984 Archaeological Investigations at La Venta, Tabasco, Mexico*, tesis de doctorado, Berkeley, Universidad de California, ms., 1990.

_____, "Acerca de pirámides de tierra y seres sobrenaturales: observaciones preliminares en torno al edificio C-1, La Venta, Tabasco", en *Arqueología*, 2a. época, núm. 17, 1997, pp. 79-97.

_____ y Óscar H. Jiménez Salas, "Un acercamiento al medio ambiente del área de La Venta, Tabasco y el uso de sus recursos por la población durante el auge olmeca", ponencia presentada en la conferencia «Ancient Maya Agriculture and Biological Resource Management», Riverside, University of California, ms., 1992.

GRAHAM, John A., "Maya, Olmecs, and Izapans at Abaj Takalik", en *Actes du XLIIe Congrès International des Américanistes*, vol. VIII, París, 1976, pp. 179-188.

_____, "Abaj Takalik, The Olmec Style and its Antecedents in Pacific Guatemala", en J. Graham (ed.), *Ancient Mesoamerica*, Palo Alto, Peek Publications, 1981, pp. 163-176.

_____, "Antecedents of Olmec Sculpture at Abaj Takalik", en A. Cordy-Collins (ed.), *Pre-Columbian Art History*, Palo Alto, Peek Publications, 1982.

_____, "Olmec Diffusion, A Sculptural View from Pacific Guatemala", en R. Sharer y D. Grove (eds.), *Regional Perspectives on the Olmec*, Cambridge, Cambridge University Press, 1989, pp. 227-246.

_____, "Through the Looking Glass: A Rejoinder to Coe and Diehl's «Reply to Hammond»", en *The Review of Archaeology*, vol. 12, núm. 2, 1991, pp. 39-45.

_____ y Larry Benson, "Escultura olmeca y maya sobre canto en Abaj Takalik, su desarrollo e importancia", en *Arqueología*, segunda época, núm. 3, 1990, pp. 77-84.

_____ y Larry Benson, "Maya Civilization of Cycles 6 and 7, Classic Maya in the «Preclassic» Period", ponencia presentada en el simposio The "Classic" Maya in the "Preclassic" Period, Berkeley, University of California, 1990.

_____ y Lewis K. Napton, "The 1968 Investigations at La Venta", en *Contributions of the University of California Archaeological Research Facility*, núm. 5, Berkeley, University of California, 1968, pp. 127-203.

_____ y Mark Johnson, "The Great Mound of La Venta", en *Contributions of the University of California Archaeological Research Facility*, núm. 41, Berkeley, University of California, 1979, pp. 1-5.

GROVE, David C., "Olmec Monuments, Mutilation as a Clue to Meaning", en E. Benson (ed.), *The Olmec & Their Neighbors*, Washington, D.C., Dumbarton Oaks Research Library and Collections, 1981, pp. 49-68.

_____, "Olmec, What's in a Name?", en R. Sharer y D. Grove (eds.), *Regional Perspectives on the Olmec*, Cambridge, University of Cambridge Press, 1989, pp. 8-14.

_____, "Chalcatzingo and its Olmec Connection", en R. Sharer y D. Grove (eds.), *Regional Perspectives on the Olmec*, Cambridge, University of Cambridge Press, 1989, pp. 122-147.

GUTIÉRREZ SOLANA, Nelly y Daniel G. Schávelzon, *Corpus bibliográfico de la cultura olmeca,* México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1980.

HARDOY, Jorge E., *Pre-Columbian Cities,* Nueva York, Walker and Company, 1973.

HEIZER, Robert F., "Agriculture and the Theocratic State in Lowland Southern Mexico", en *American Antiquity,* vol. 26, núm. 2, 1960, pp. 215-222.

_____, "Some Interim Remarks on the Coe-Stuckenwrath Review", en *The Kroeber Anthropological Society Papers,* núm. 31, Berkeley, University of California, 1964, pp. 45-50.

_____, "New Observations on La Venta", en E. Benson (ed.), *Dumbarton Oaks Conference on the Olmec,* Washington, D.C., Dumbarton Oaks Research Library and Collections, 1968, pp. 9-27.

_____, "Commentary on, The Olmec Region-Oaxaca", en *Contributions of the University of California Archaeological Research Facility,* núm. 11, Berkeley, Universidad de California, 1971, pp. 51-69.

_____ y Philip Drucker, "The La Venta Fluted Pyramid", en *Antiquity,* vol. XLII, 1968, pp. 52-56.

_____ y Tillie Smith, "Olmec Sculpture and Stone Working, A Bibliography", en *Contributions of the University of California Archaeological Research Facility,* núm. 1, Berkeley, Universidad de California, 1965, pp. 71-87.

_____, Philip Drucker y John A. Graham, "Investigations at La Venta, 1967", en *Contributions of the University of California Archaeological Research Facility,* núm. 5, Berkeley, Universidad de California, 1968, pp. 1-33.

JACKSON, Thomas L. y Michael W. Love, "Blade Running, Middle Preclassic Obsidian Exchange and the Introduction of Prismatic Blades at La Blanca, Guatemala", en *Ancient Mesoamerica,* vol. 2, núm. 1, 1991, pp. 47-59.

JIMÉNEZ MORENO, Wigberto, "Relación entre los olmecas, toltecas y los mayas, según las tradiciones", en *Mayas y olmecas,* Sociedad Mexicana de Antropología, México, Stylo, 1942, pp. 19-23.

JIMÉNEZ SALAS, Óscar H., "Geomorfología de la región de La Venta, Tabasco: un sistema fluvio-lagunar-costero del Cuaternario", en *Arqueología,* segunda época, núm. 3, 1990, pp. 5-16.

JONES, Julie, *Bibliography of Olmec Sculpture,* Primitive Art Bibliographies, núm. 2, Nueva York, Museum of Primitive Art, 1963.

JORALEMON, P. David, *A Study of Olmec Iconography,* Washington, D.C., Dumbarton Oaks, 1971. Studies in Pre-Columbian Art and Archaeology, núm. 7.

_____, "The Olmec Dragon, A Study in Pre-Columbian Iconography", en H. Nicholson (ed.), *The Origins of Religious Art and Iconography in Preclassic Mesoamerica,* Los Angeles, University of California, 1976. Latin American Studies Series, núm. 31.

KUNZ, George F., *Gems and Precious Stones of North America,* Nueva York, The Scientific Publishing Co., 1890.

KUBLER, George, *The Art and Architecture of Ancient America,* Baltimore, Penguin Books, 1962.

LOVE, Michael W., "La Blanca y el Preclásico medio en la Costa del Pacífico", en *Arqueología,* segunda época, vol. 3, 1990, pp. 67-76.

LOWE, Gareth W., Thomas A. Lee y Eduardo Martínez, *Izapa, An Introduction to the Ruins and Monuments,* Brigham Young University Press, Provo, 1982. Papers of the New World Archaeological Foundation, núm. 31.

MARCUS, Joyce, "Zapotec Chiefdoms and the Nature of Formative Religions", en R. Sharer y D. Grove (eds.), *Regional Perspectives on the Olmec,* Cambridge, Cambridge University Press, 1989, pp. 148-197.

MARTÍNEZ DONJUÁN, Guadalupe, "El sitio olmeca de Teopantecuanitlan en Guerrero", en *Anales de Antropología,* vol. XXII, 1985, pp. 214-226.

MATOS MOCTEZUMA, Eduardo, "Una máscara olmeca en el Templo Mayor de Tenochtitlan", en *Anales de Antropología,* vol. XVI, 1979.

MEDELLÍN ZENIL, Alfonso, "Monolitos inéditos olmecas", en *La Palabra y el Hombre,* t. XVI, 1960, pp. 75-97.

_____, "La Escultura de Las Limas, Veracruz", en *Boletín,* núm. 11, 1965, pp. 8-10.

_____, *Monolitos olmecas y otros en el Museo de la Universidad Veracruzana,* México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1971.

MEGGERS Betty J., "Environmental Limitations on the Growth of Culture", en *American Anthropologist,* vol. 54, 1954, pp. 801-824.

MELGAR, José M., "Antigüedades mexicanas. Notable escultura antigua", en *Boletín,* época 2, vol. 1, 1869, pp. 292-297.

_____, "Estudio sobre la antigüedad y el origen de la cabeza colosal de tipo etiópico que existe en Hueyapan, del Cantón de los Tuxtlas", en *Boletín,* época 2, vol. III, 1871, pp. 104-109.

MILBRATH, Susan, *A Study of Olmec Sculptural Chronology,* Washington, D.C., Dumbarton Oaks, 1979. Studies in Pre-Columbian Art & Architecture, núm. 23.

MILLET, Luis, *Rescate arqueológico en la región de Tres Zapotes, Veracruz,* tesis de maestría, México, Escuela Nacional de Antropología e Historia, ms., 1979.

MORRISON, Frank, Carl W. Clewlow y Robert F. Heizer, "Magnetometer Survey of the La Venta Pyramid, 1969", en *Contributions of the University of California Archaeological Research Facility,* núm. 8, Berkeley, Universidad de California, 1970, pp. 1-20.

MYERS, Thomas P. (ed.), "Current Research, Gulf Coast Lowlands", en *American Antiquity,* vol. 45, núm. 3, 1980.

NIEDERBERGER BETTON, Christine, *Paléopaysages et Archéologie pré-urbaine du Bassin de Mexico,* Mexico, Centre d'Etudes Mexicaines et Centraméricanes, 1987.

NORMAN, V. Gareth, *Izapa Sculpture,* Part I, Provo, Bringham Young University, 1973. Papers of the New World Archaeological Foundation, núm. 30.

Ortiz Ceballos, Ponciano, *La cerámica de los Tuxtlas,* tesis de maestría, Xalapa, Facultad de Antropología, Universidad Veracruzana, 1975.

_____, "Las investigaciones arqueológicas en Veracruz", en *La Palabra y el Hombre,* núm. 67, 1987, pp. 57-95.

_____ y Ma. del Carmen Rodríguez, "Proyecto Manatí 1989", en *Arqueología,* segunda época, núm. 1, 1989, pp. 23-52.

_____ y Ma. del Carmen Rodríguez, "Los espacios sagrados olmecas: El Manatí, un caso especial", en J.A. Clark (coord.), *Los olmecas en Mesoamérica,* México, El Equilibrista/Citibank, 1994, pp. 69-91.

_____ y Paul Schmidt, "El Proyecto Manatí. Temporada 1988. Informe Preliminar", en *Arqueología,* primera época, núm. 3, 1988, pp. 141-154.

Ortiz Pérez, Mario Arturo y Ann Cyphers, "La geomorfología y las evidencias arqueológicas en la región de San Lorenzo Tenochtitlán, Veracruz", A. Cyphers (coord.), *Población, subsistencia y medio ambiente en San Lorenzo Tenochtitlán,* México, Instituto de Investigaciones Antropológicas, unam, 1997, pp. 31-53.

Panofsky, Erwin, *Studies in Iconology,* Icon Editions, Nueva York, Harper & Row Publishers, 1939 (edición de 1972).

_____, *Meaning in the Visual Arts,* Nueva York, Doubleday & Co., 1955.

Panofsky, Dora y Erwin Panofsky, *Pandora's Box. The Changing Aspects of a Mythical Symbol,* Princeton, Princeton University Press, 1956 (edición de 1991). Bollingen Series LII.

Paradis, Louise I., "Revisión del fenómeno olmeca", en *Arqueología,* segunda época, núm. 3, 1990, pp. 33-40.

Parsons, Lee A., *The Origins of Maya Art, Monumental Stone Sculpture of Kaminaljuyu, Guatemala and the Southern Pacific Coast,* Washington, D.C., Dumbarton Oaks, 1986. Studies in Pre-Columbian Art & Archaeology, núm. 28.

Pastrana Cruz, Alejandro, "Datos sobre la distribución de obsidiana en el área olmeca", en M. Carmona (coord.), *El Preclásico o Formativo, Avances y perspectivas,* México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, Museo Nacional de Antropología, 1989, pp. 143-154.

Piña Chan, Román, *Los olmecas antiguos,* Consejo Editorial del Gobierno del Estado de Tabasco, México, Editorial del Sureste, 1982.

_____, *The Olmec, Mother Culture of Mesoamerica,* Nueva York, Rizzoli International Publication, Inc., 1989.

_____ y Luis Covarrubias, *El pueblo del jaguar. Los olmecas arqueológicos,* México, Secretaría de Educación Pública, Consejo para la Planeación e Instalación del Museo Nacional de Antropología, 1964.

Pires-Ferreira, Jane W., *Formative Mesoamerican Exchange Networks with Special References to the Valley of Oaxaca,* Ann Arbor, University of Michigan, 1976. Memoirs of the Museum of Anthropology, núm. 7.

POHORILENKO, Anatole, "On the Question of Olmec Deities", en *Journal of New World Archaeology,* vol. 2, núm. 1, Los Angeles, University of California, Institute of Archaeology, 1977, pp. 1-16.

PORTER, James B., "Las cabezas colosales como altares reesculpidos, «mutilación», revolución y reesculpido", en *Arqueología,* segunda época, núm. 3, 1990, pp. 91-97.

PROSKOURIAKOFF, Tatiana, "Olmec and Maya Art, Problems of their Stylistic Relation", en E. Benson (ed.), *Dumbarton Oaks Conference on the Olmec,* Washington, D.C., Dumbarton Oaks Research Library and Collections, 1968, pp. 119-134.

_____, "Early Architecture and Sculpture in Mesoamerica", en *Contributions of the University of California Archaeological Research Facility* núm. 11, Berkeley, University of California, 1971, pp. 141-156.

_____, "Olmec Gods and Maya God-Glyphs", en *Human Mosaic,* vol. 12, Nueva Orleans, Tulane University, 1979, pp. 113-117.

RODRÍGUEZ, María del Carmen y Ponciano Ortiz Ceballos, "Olmec Ritual and Sacred Geography at Manatí", en B.L. Stark y P.J. Arnold (eds.), *Settlement Patterns in the Ancient Gulf Lowlands,* Tucson, The University of Arizona Press, pp. 68-95.

ROJAS CHÁVEZ, Juan Martín, "Análisis preliminar de la industria de la lítica tallada en La Venta, Tabasco", en *Arqueología,* segunda época, núm. 3, 1990, pp. 25-32.

RUST III, William F., "Evidence of Maize Use at Early and Middle Preclassic La Venta Olmec Sites", en ponencia presentada en la conferencia Corn and Culture in the Prehistoric New World, Minneapolis, University of Minnesota, ms., 1990.

_____ y Robert J. Sharer, "Olmec Settlement Data from La Venta, Tabasco, Mexico", en *Science,* vol. 242, 1988, pp. 102-104.

SANDERS, William T. y Barbara J. Price, *Mesoamerica. The Evolution of a Civilization,* Nueva York, Random House, 1968.

SAVILLE, Marshall H., "A Votive Axe of Jadeite from Mexico", en *Monumental Records,* vol. 1, Nueva York, 1900, pp. 138-140.

_____, "Votive Axes from Ancient Mexico, parts 1 and 2", en *Indian Notes,* vol. VI, pp. 335-342, Nueva York, Museum of the American Indians Heye Foundation, 1929, pp. 266-299.

SELER, Eduard, "Die Monumente von Huilocintla im Canton Tuxpan des Staates Veracruz", en *Compte rendu de la XV ème Session du Congrès International des Américanistes,* vol. 2, Quebec, 1906, pp. 381-387.

SELER-SACHS, Caecilia, "Altertumer des Kanton Tuxtla in Staate Veracruz", en *Festschrift Eduard Seler,* Stuttgart, Strecker und Schroeder, 1922, pp. 543-556.

SHARER, Robert J., "The Olmec and the South-east Periphery of Mesoamerica", en R. Sharer y D. Grove (eds.), *Regional Perspectives on the Olmec,* Cambridge University Press, 1989, pp. 247-271.

_____ y David C. Grove, *Regional Perspectives on the Olmec,* Cambridge, Cambridge University Press, 1989. School of American Research Advanced Seminar Series.

SISSON, Edward B., *Survey and Excavations in the Northwestern Chontalpa, Tabasco, Mexico*, tesis de doctorado, Cambridge, Harvard University, ms., 1976.

SQUIER, Robert J., *A Reappraisal of Olmec Chronology*, tesis de doctorado, Universidad de California, Berkeley, Ann Arbor, University Microfilms International, 1964.

SMITH, Virginia G., *Izapa Relief Carving, Form, Content, Rules for Design and Role in Mesoamerican Art History and Archaeology*, Washington, D.C., Dumbarton Oaks Research Library and Collections, 1984. Studies in Pre-Columbian Art & Archaeology, núm. 27.

STARK, Barbara L., *Settlement Archaeology of Cerro de las Mesas, Veracruz, Mexico*, Los Angeles, University of California, Institute of Archaeology, 1991. Monograph 34.

STIRLING, Matthew W., "Discovering the New World's Oldest Dated Work of Man", en *National Geographic Magazine*, vol. LXXVII, núm. 2, 1939, pp. 183-218.

_____, "An Initial Series from Tres Zapotes, Veracruz, Mexico", en *Contributed Technical Papers, Mexican Archaeology Series*, vol. 1, núm. 1, 1940.

_____, "Great Stone Faces of the Mexican Jungle", en *National Geographic Magazine*, vol. LXXVIII, núm. 3, 1940, pp. 309-334.

_____, "Expedition Unearths Buried Masterpieces of Carved Jade", en *National Geographic Magazine*, vol. LXXX, núm. 3, 1941, pp. 277-302.

_____, "Recientes hallazgos en La Venta", en *Olmecas y mayas*, México, Sociedad Mexicana de Antropología, Stylo, 1942, pp. 56-57.

_____, "La Venta's Green Stone Tigers", en *National Geographic Magazine*, vol. LXXXIV, núm. 3, 1943, pp. 321-332.

_____, *Stone Monuments of Southern Mexico*, Washington, D.C., Smithsonian Institution, 1943. Bureau of American Ethnology, Bulletin 138.

_____, "On the Trail of La Venta Man", en *National Geographic Magazine*, vol. XCI, núm. 2, 1947, pp. 137-172.

_____, *Stone Monuments of Río Chiquito, Veracruz, Mexico*, Washington, D.C., Smithsonian Institution, 1955. Bureau of American Ethnology, Bulletin 157, Anthropological Papers, núm. 43.

_____, *An Archaeological Reconnaissance in Southeastern Mexico*, Washington, D.C., Smithsonian Institution, 1957. Bureau of American Ethnology, Bulletin 164, Anthropological Papers, núm. 53.

_____, "Early History of the Olmec Problem", en E. Benson (ed.), *Dumbarton Oaks Conference on the Olmec*, Washington, D.C., Dumbarton Oaks Research Library and Collections, 1968, pp. 1-8.

_____, "Three Sandstone Monuments from La Venta Island", en *Contributions of the University of California Archaeological Research Facility*, núm. 5, Berkeley, 1968, pp. 35-39.

SYMONDS, Stacey y Roberto Lunagómez, "El sistema de asentamiento y el desarrollo de poblaciones en San Lorenzo Tenochtitlán", en A. Cyphers (coord.), *Población, subsis-*

tencia y medio ambiente en San Lorenzo Tenochtitlán, México, Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM, 1997, pp. 119-152.

THOMPSON, Eric, "Dating of Certain Inscriptions on Non-Maya Origin", en *Theoretical Approaches to Problems,* núm. 1, Washington, D.C., Carnegie Institute of Washington, 1941.

TOLSTOY, Paul, "Western Mesoamerica and the Olmec", en R. Sharer y D. Grove (eds.), *Regional Perspectives on the Olmec,* Cambridge, Cambridge University Press, 1989, pp. 275-302.

VAILLANT, George, "A Precolumbian Jade", en *Natural History,* vol. 32, Nueva York, American Museum of Natural History, 1932, pp. 512-520.

_____, Alfonso Caso y Wigberto Jiménez Moreno, "Conclusiones", en *Mayas y olmecas, México,* Sociedad Mexicana de Antropología, Stylo, 1942, pp. 75-82.

VALDÉS, Juan Antonio, "Los mascarones preclásicos de Uaxactún: el caso del Grupo H", en *Primer Simposio Mundial sobre Epigrafía Maya,* Guatemala, Asociación Tikal, 1987, pp. 161-181.

_____, "El Grupo H de Uaxactún, Evidencias de un centro de poder durante el Preclásico", en *II Coloquio Internacional de Mayistas, Memorias I,* México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1989, pp. 603-624.

WEDEL, Waldo R., "Structural Investigations in 1943", en *La Venta, Tabasco: A Study of Ceramics and Art,* Washington, D.C., Smithsonian Institution, 1952, pp. 34-80. Bureau of American Ethnology, Bulletin 153.

WEIANT, Clarence F., *An Introduction to the Ceramics of Tres Zapotes, Veracruz,* Washington, D.C., Smithsonian Institution, 1943. Bureau of American Ethnology, Bulletin 139.

WILLIAMS, Howel y Robert F. Heizer, "Sources of Rock Used in Olmec Monuments", en *Contributions of the University of California Archaeological Research Facility,* núm. 1, Berkeley, University of California, 1965, pp. 1-39.

WING, Elizabeth S. y Michael D. Coe, "Faunal Remains from San Lorenzo", en M. Coe y R. Diehl (eds.), *In the Land of the Olmec,* vol. 1, Austin, University of Texas Press, 1980, pp. 375-386.

WYSHAK, Lillian W., Rainer Berger, John Graham y Robert Heizer, "Possible Ball Court at La Venta, Mexico", en *Nature,* vol. 232, núm. 5313, 1971, pp. 650-651.

YADEUN, Juan, "Arqueología del tiempo y espacio de las notaciones de piedra", en L. Ochoa y T. Lee (eds.), *Antropología e historia de los mixe-zoques y mayas*, México, Universidad Nacional Autónoma de México y Brigham Young University, 1983, pp. 131-139.

_____ y Alejandro Pastrana, Proyecto Sociedades Olmecas, Reporte núm. 2. Archivo Técnico de la Dirección de Arqueología, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, ms., 1979.

_____ y Hernando Gómez Rueda, "Arqueología prehistórica", en *Boletín,* época III, núm. 25, 1970, pp. 3-9.

La zona oaxaqueña en el Preclásico

Walburga Wiesheu*

Introducción

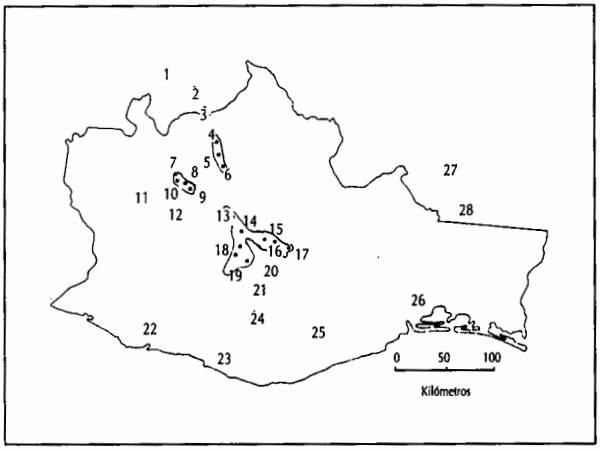
El Valle de Oaxaca queda ubicado en la parte central del actual estado de Oaxaca. Situado en las tierras altas del sur de México, se encuentra delimitado espacialmente por la Sierra Madre del Sur en el este y por el terreno montañoso de la Mixteca Alta en el lado norte. Posee un clima semiárido con una precipitación anual de unos 400 a 800 mm. Según Smith Jr.,[1] su vegetación original parece haber sido de bosque tropical perennifolio en el fondo del valle y de arbustos espinosos a su alrededor, así como de pinos y encinos en el somonte y en los cerros. Aparte de recursos acuáticos, contó con madera, arcillas para la producción cerámica, materiales diversos de construcción, cuarzo, pedernal, mica, ónix y minerales ferrosos como la magnetita y la ilmenita, mientras que productos como el algodón, la obsidiana, la concha, la turquesa y el jade tuvieron que ser importados.

El valle mismo (véanse figuras 1 y 2) se encuentra a una altitud media de 1,530 m. Abarca unos 700 km^2 de terreno relativamente plano y de gran potencial agrícola, conformado mayormente por los depósitos aluviales del río Atoyac y su tributario, el río Salado, cuyos patrones de drenaje forman un valle en forma de "Y". Los tres ramales mayores de dicha "Y" son los subvalles de Etla en el noroeste, de Tlacolula en el este y el Valle Grande o de Zaachila-Zimatlán en el sur. Entre estos subvalles, el primero y el segundo son considerados como los de mejor y menor potencial agrícola, respectivamente, tanto en términos de la cantidad de precipitación como de las posibilidades de irrigación, mientras que el ramal del sur presenta las mejores tierras de cultivo especialmente para una agricultura de temporal.[2]

*Arqueóloga, profesora de la Escuela Nacional de Antropología e Historia del INAH, México.

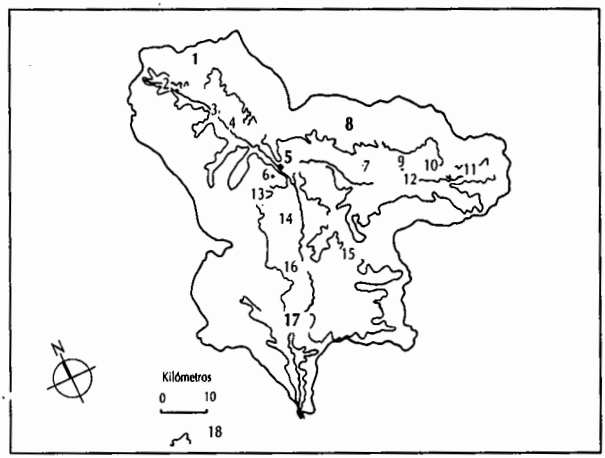
[1] Flannery y Marcus, *The Cloud People. Divergent Evolution of the Zapotec and Mixtec Civilizations.*

[2] Kirkby, citado en Sanders y Nichols, "Ecological Theory and Cultural Evolution in the Valley of Oaxaca".



1. Puebla
2. Cueva Coxcatlán
3. Cueva Purrón
4. Quiotepec
5. Cuicatlán
6. La Coyotera
7. Yuzanu
8. Yucuita
9. Nochixtlán
10. Yanhuitlán
11. Huamelulpan
12. Monte Negro
13. Etla
14. Monte Albán
15. Dainzu
16. Lambityeco
17. Mitla
18. Zaachila
19. Zimatlán
20. Tlacolula
21. Ocotlán
22. Tututepec
23. (Estudio costero de Brockington)
24. Miahuatlán
25. Ocelotepec
26. Laguna Zope
27. San Lorenzo
28. Veracruz

Figura 1. El estado de Oaxaca, con áreas recorridas intensivamente, algunas ciudades modernas y sitios arqueológicos importantes (basado en Flannery *et al.*, "The Preceramic...", p. 49).

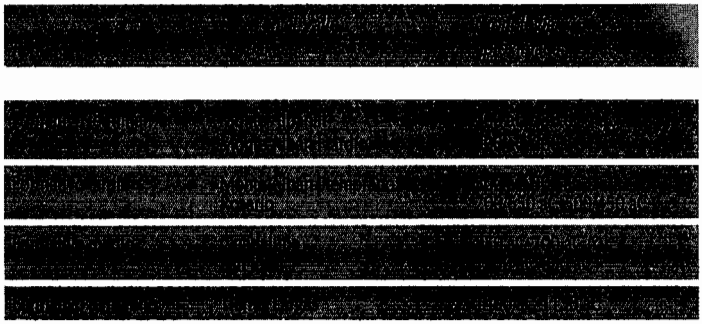


1. Ramal de Etla
2. Huitzo
3. Etla
4. S. J. Mogote
5. Oaxaca
6. Monte Albán
7. Dainzu
8. Ramal de Tlacolula
9. Lambityeco
10. Yagul
11. Mitla
12. Tlacolula
13. Cuilapan
14. Zaachila
15. Jalieza
16. Zimatlán
17. Ramal de Zaachila
18. Borde del fondo del valle

Figura 2. El Valle de Oaxaca con sus tres ramales y sitios arqueológicos principales (basado en Kirkby, reproducido en Sanders y Nichols, "Ecological Theory...", p. 36).

La cronología básica (véase cuadro 1) para la historia prehispánica del Valle de Oaxaca fue elaborada por Bernal, Acosta y Caso, utilizando para ello la estratigrafía de Monte Albán y estableciendo una secuencia de cinco periodos, los cuales abarcan aproximadamente desde 500 aC hasta la Conquista. Estos mismos autores hicieron estudios elementales sobre la arquitectura

Cuadro 1. Secuencia cronológica del Formativo en el Valle de Oaxaca



monumental, habitacional y funeraria, la escritura y el calendario, y en 1965 sintetizan la información arqueológica sobre Oaxaca en el volumen 3 del *Handbook of Middle American Indians*.

Sin embargo, en 1965 aún no se conocían los antecedentes del asentamiento urbano más temprano de Mesoamérica: Monte Albán. La secuencia básica manejada hasta entonces se iniciaba con el periodo de Monte Albán I, en el que se funda este centro, hecho que había dado lugar a planteamientos geológicos y de difusión cultural, en el sentido de que la ausencia de culturas tempranas o preclásicas en el Valle de Oaxaca era adjudicada a la existencia de un lago gigantesco que cubría dicho valle antes de Monte Albán I. Por el otro lado, los autores arriba mencionados suponían un origen olmeca de dicha cultura, basando tal interpretación en la presencia de un supuesto estilo olmeca, evidente para ellos especialmente en los llamados "danzantes" y planteando la existencia de una cultura específicamente zapoteca apenas para el periodo IIIA. Caso había planteado, incluso, que los pobladores originales del Valle de Oaxaca eran de origen olmeca y que la cultura de Monte Albán formaba parte de un supuesto "imperio olmeca".[3]

Sin embargo, Lorenzo[4] no encuentra evidencia geológica de la existencia de un lago en el Valle de Oaxaca. Por otro lado, en 1966 se inicia un proyecto multidisciplinario sobre la ecología humana de Oaxaca (*Oaxaca Human Ecology Project*) dirigido por Kent V. Flannery. Con base en los trabajos de este proyecto ha sido posible no solamente establecer la secuencia precerámica,

[3]Para una discusión de la hipótesis del imperio olmeca, véase por ejemplo Paddock, "Monte Albán, ¿Sede de imperio?".

[4]Citado en Flannery, Marcus y Kowalewski, "The Preceramic and Formative in the Valley of Oaxaca".

sino también remontar la presencia cerámica en el Valle de Oaxaca a 1400 aC. Como parte del mismo proyecto y bajo la dirección de Richard E. Blanton, se inició en 1971 el *Valley of Oaxaca Settlement Project*. Dicho proyecto tuvo como objetivo principal la investigación intensiva y sistemática del patrón de asentamiento regional en el Valle de Oaxaca, con un énfasis especial en los aspectos del desarrollo demográfico y de la organización administrativa regional, así como en el estudio de la relación entre la población y el potencial agrícola. A su vez, en este proyecto, la investigación de superficie, dentro de un marco regional, fue complementada con excavaciones selectivas, las cuales tuvieron como fin principal detectar patrones de desarrollo institucional.

Con base en estos trabajos contamos, por lo tanto, con información básica sobre la secuencia global de la evolución cultural prehispánica en el Valle de Oaxaca. Dicha secuencia resulta altamente relevante para el estudio de la evolución cultural general de la sociedad humana, ya que en ella se pueden rastrear algunos de los procesos cruciales que caracterizan a la misma. En este sentido, esta secuencia incluye, en primer lugar, el origen y el desarrollo de patrones de estratificación social de tipo cacicazgo[5] y, en segundo lugar, la gestación de una organización estatal prístina,[6] misma que a su vez se centró alrededor del primer asentamiento urbano de Mesoamérica.

Por otro lado, cabe señalar que se gestaron patrones iniciales de estratificación social también en otras partes del estado de Oaxaca, particularmente en el caso de la Mixteca Alta. Sin embargo, de acuerdo con la información arqueológica existente actualmente, los autores por lo general concluyen que, en la Mixteca, dicho proceso de gestación de diferencias sociales acusa un retraso de unos quinientos años con respecto al Valle de Oaxaca.[7] Además, a pesar de que se habla de la conformación de un patrón urbano en la fase Ramos (200 aC-300 dC), especialmente para el caso del asentamiento de Yucuita en el Valle de Nochixtlán, de acuerdo con la jerarquía de sitios y la complejidad arquitectónica, se trata posiblemente sólo de un asentamiento del tipo "centro

[5] Entendemos por una entidad de cacicazgo, una organización sociopolítica con rangos sociales diferenciales y una regulación central y jerárquica de sus asuntos públicos, pero donde una acción pública aún poco diferenciada en sus aspectos políticos y administrativos, está ampliamente sujeta a la acción religiosa, misma que integra varias comunidades dentro de un marco regional de coordinación (Wiesheu, *Cacicazgo y Estado arcaico: Evolución y distribución arqueológica de organizaciones políticas complejas*).

[6] Un tipo de estado primario o prístino es aquel que surge a partir de condiciones originales y sin intervención de otra entidad estatal. En este sentido, no solamente presenta elementos autóctonos de formación con variables causales propias, sino también características de organización originales que lo diferencian de las formaciones secundarias típicas de estados más avanzados.

[7] *Cfr.* Spores, *The Mixtecs in Ancient and Colonial Times*, Flannery y Marcus, *The Cloud...*

ceremonial", que de acuerdo con nuestros criterios es más característico de una organización de cacicazgo. A su vez, el desarrollo de cierto grado de complejidad en la sociedad mixteca del Formativo, más bien parece ser consecuencia de la expansión e intrusión del estado zapoteca de Monte Albán.

Por otra parte, la importancia que se había concedido al sitio de Monte Negro con respecto al surgimiento estatal en el Valle de Oaxaca, se ve ahora reducida a partir de la reinterpretación hecha por Flannery,[8] en el sentido de que dicho sitio parece haber funcionado meramente como puesto de avanzada en la expansión noroeste del estado zapoteco. Y por último, con respecto al área de la Costa de Oaxaca, se ha llegado a la conclusión de que en ésta nunca se produjo un desarrollo "clásico", presentándose una organización estatal apenas para el Posclásico tardío y ello como consecuencia de la conquista por parte del señorío de Tututepec.[9] De esta manera, en lo que al estado de Oaxaca se refiere, parece que es únicamente en el Valle de Oaxaca donde podemos observar un proceso autóctono de conformación de patrones de estratificación social.

Por consiguiente, y dada su importancia para el estudio de los patrones globales de la evolución cultural no solamente de Mesoamérica, nos limitaremos aquí a revisar exclusivamente la secuencia que se refiere al Valle de Oaxaca propiamente dicho, y específicamente al horizonte del Formativo, ya que es a lo largo de éste cuando se gestan los procesos mencionados de desarrollo de la diferenciación social y del origen del Estado. Reproduciremos entonces a continuación la información arqueológica que nosotros consideramos relevante para describir los procesos y los factores que llevaron al surgimiento de una sociedad cada vez más compleja en esta región, para lo cual recurriremos básicamente a los resultados generales del proyecto de Flannery y su equipo, tal como éstos se encuentran presentados principalmente en las publicaciones de Blanton *et al.*,[10] Blanton y Kowalewski,[11] Kowalewski *et al.*,[12] Flannery,[13] Flannery *et al.*,[14] y especialmente en la síntesis

[8] Flannery y Marcus, *The Cloud...*

[9] Brockington, "El Clásico en la Costa de Oaxaca".

[10] Blanton *et al.*, "Regional Evolution in the Valley of Oaxaca"; *Ancient Mesoamerica: A Comparison of Change in Three Regions; Monte Alban's Hinterland. Part 1: The Prehispanic Settlement Patterns of the Central and Southern Parts of the Valley of Oaxaca, Mexico.*

[11] Blanton y Kowalewski, "Monte Alban and After in the Valley of Oaxaca".

[12] Kowalewski *et al.*, "Tres mil años en el Valle de Oaxaca: un estudio regional de asentamientos prehispánicos".

[13] Flannery (ed.), *The Early Mesoamerican Village.*

[14] Flannery *et al.*, "The Preceramic...".

de los trabajos realizados por los diversos integrantes del equipo en Flannery y Marcus;[15] se citarán los autores individuales solamente en el caso de planteamientos particulares o de aquellos hechos por otros autores que no formaron parte del equipo.

Origen y desarrollo de patrones de estratificación social: Formativo temprano y medio

Fase Tierras Largas (1400-1150 aC)

Tierras Largas es la primera fase del Formativo temprano que cuenta con un complejo cerámico ampliamente distribuido en el valle y para la cual se tienen evidencias de asentamientos agrícolas permanentes; se detectaron por lo menos 17 de éstos en todo el valle. Sin embargo, todos ellos eran aldeas aún relativamente pequeñas, de menos de 3 ha y de tres a diez unidades habitacionales. La única excepción es el sitio de San José Mogote, ubicado en el Valle de Etla, el ramal más densamente poblado en esta fase y que jugaría un papel de vanguardia en el proceso de desarrollo incipiente de la estratificación social en el Valle de Oaxaca.

En esta fase se registra ya el surgimiento de cierta diferenciación regional en el patrón de asentamiento, a partir de un crecimiento diferencial de la comunidad de San José Mogote, la cual cubría un área de 7.8 ha y comprendía una población estimada en unas 147 personas.[16]

Sin embargo, aún no se presentan diferencias en las unidades habitacionales; éstas consistían por lo general de estructuras sencillas de bajareque y postes de madera de pino, así como pisos de tierra y revestimiento de arena. A su vez, estas unidades se encontraban asociadas a elementos como patios de entrada, pozos troncocónicos, hogares y basureros, así como áreas de actividad de tipo artesanal, y a veces a entierros. En estos últimos tampoco

[15] Flannery y Marcus, *The Cloud...*

[16] Los cálculos de población que realizaron los investigadores del proyecto del Valle de Oaxaca se basaron principalmente en las áreas de ocupación y las densidades relativas de la cerámica y de otros artefactos, usando los índices que empleó Sanders para la Cuenca de México. Además, en sitios con terrazas se tomó como base el tamaño y el número de casas por terraza. Quisiéramos aclarar que dadas las múltiples dificultades implícitas en el intento de lograr cálculos incluso aproximados con base en datos de superficie, no podemos considerar éstos como cifras absolutas sino más bien en tanto diferencias relativas entre los sitios de una región. Por otro lado, para asignar tales rangos relativos a los asentamientos dentro de la jerarquía regional, se combinó el factor del tamaño de la población con el del índice total de la arquitectura monumental. Cabe mencionar aquí también el problema de la correspondencia entre la jerarquía de sitios y los diferentes rangos en la jerarquía administrativa regional.

se muestran indicios de diferenciación social, tratándose de entierros sencillos sin ofrendas elaboradas.

A pesar de tal ausencia de diferencias en las unidades habitacionales, en los entierros y en general en los materiales asociados a ambos, ya para el principio de la fase, se presentan indicios de la realización de actividades públicas. Al respecto existe la evidencia para el sitio mismo de San José Mogote de un área abierta, separada de las áreas residenciales por medio de una línea doble de postes, que en algunos lugares fue reforzada por una hilera de lajas de piedra. Con base en una analogía etnográfica con grupos indígenas de Estados Unidos, los miembros del equipo de Flannery sugieren que esta área pudo haber funcionado como recinto para la ejecución de danzas rituales.

Esta área, empero, pronto se abandona, y alrededor de 1350 aC surge otro tipo de estructura pública: se inicia la construcción de un tipo de edificio de un cuarto con piso de estuco y un pequeño basamento piramidal. En su interior se encontraron restos de bancas. Una pequeña plataforma rectangular, adosada al muro sur pudo haber constituido un altar y su asociación con un pozo troncocónico en el que se almacenaba cal –usada según nuestros autores para fines rituales–, permite suponer una función ceremonial de dicho tipo de estructura, del cual se detectaron ocho ejemplos. Se cree, sin embargo, que sólo un edificio estuvo funcionando en un momento determinado, tratándose por lo tanto de reconstrucciones periódicas del mismo tipo de estructura ceremonial.

De acuerdo con la información arqueológica existente para la fase Tierras Largas, Flannery y sus asociados plantean que en ésta presenciamos el surgimiento inicial de una sociedad de rango. Sin embargo, creemos que la ausencia de disposiciones diferenciales en las viviendas y en los entierros, así como la existencia de una jerarquía de asentamientos de sólo dos niveles, apuntan más bien hacia la existencia de una sociedad aún igualitaria, posiblemente de tipo tribal.[17]

[17] Cabe aclarar aquí que la categoría de sociedad de rango, definida por Fried en términos de estratificación social, no coincide necesariamente con la de una sociedad de cacicazgo de Service, definida de acuerdo con criterios políticos; una sociedad de rango puede anteceder evolutivamente a una sociedad de cacicazgo. Por otro lado, consideramos como indicadores arqueológicos de una entidad de cacicazgo la presencia de estructuras y recintos públicos, la existencia de disposiciones diferenciales en las viviendas y en los entierros, así como una jerarquía regional de tres niveles en el patrón de asentamiento, donde dos niveles con estructuras públicas representan los rangos administrativos de una organización de cacicazgo. Véase al respecto Wiesheu: *Cacicazgo y estado arcaico*..., cap. VI.

Fase San José (1150-850 aC)

En esta fase persiste la tendencia iniciada en la fase anterior en el sentido de la gestación de patrones de diferenciación regional centrados alrededor del sitio de San José Mogote en el Valle de Etla. Ahí se observa no solamente el nivel más alto de crecimiento demográfico sino en general de desarrollo cultural.

Así, mientras que la mayoría de los sitios de los demás ramales del Valle de Oaxaca no crece ni en número ni en tamaño (con áreas de 0.1 a 2.0 ha), en el Valle de Etla se detectaron para esta fase siete sitios nuevos, además del mayor crecimiento poblacional en el sitio mismo de San José Mogote; éste, alrededor de 900 aC, cuenta con una población de unas 700 personas, distribuidas en 80 a 120 unidades habitacionales en un área de 20 ha, o incluso de 70 ha si se consideran también las zonas más lejanas del centro y con indicios de una ocupación más dispersa.

A pesar de una diferenciación espacial interna aún muy reducida en este centro, se pudo delimitar un sector destinado a funciones públicas, mismo que cubre un área de 2 ha. Los edificios de un cuarto de la fase anterior todavía se siguen construyendo, pero en el límite oriental del asentamiento una colina ahora se transforma en una serie de terrazas escalonadas; la del lado este cuenta con dos escalones de piedra y está asociada con los primeros ejemplos de monumentos esculpidos en piedra (Monumentos 1 y 2), en los cuales se representan a un jaguar y un ave de rapiña, respectivamente (véase figura 3). Estas representaciones no parecen ser olmecas estilísticamente; regresaremos más adelante al problema de la influencia olmeca en el Valle de Oaxaca, misma que se registra con mayor intensidad precisamente en esta fase.

De este modo, mientras que los primeros edificios públicos en otros sitios del Valle de Oaxaca surgen apenas al final de la fase en cuestión, en el centro de San José Mogote, además de los edificios de un cuarto y de la colina modificada, se construyen estructuras con plataformas de adobe y piedra, como es la Estructura 8 que data de alrededor de 800 aC. De esta estructura sólo se conservaron restos de muros y unos postes, por lo que resulta difícil inferir el tipo de funciones asociadas a dicha estructura.

Aparte del mayor tamaño y de la mayor diferenciación funcional del centro de San José Mogote con respecto a los demás sitios del valle, dentro de éste a su vez se pueden detectar patrones de conformación de diferencias

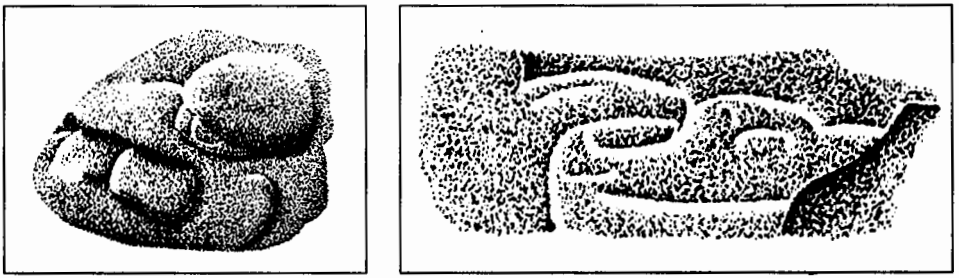


Figura 3. Monumentos de piedra del Formativo temprano de San José Mogote:
a) Monumento 1
b) Monumento 2
(basado en Flannery y Marcus, *The Cloud...*, p. 54).

sociales. Pero tales diferencias incipientes en las posiciones sociales se ubican más bien dentro de un *continuum* de rangos sociales, ya que para la fase de San José se presenta aún una gradación en el tipo y la calidad de las unidades habitacionales. Mientras que la mayoría de las casas era pequeña y de bajareque, algunas estructuras habitacionales eran más grandes y construidas sobre una plataforma de piedra y adobe.

Las casas de mayor tamaño estaban asociadas a materiales de origen alóctono. Al respecto se infiere que una vivienda asociada a espejos de magnetita y a más de 500 fragmentos de éste y de otros minerales ferrosos pertenecía a una familia especializada en la elaboración de este tipo de materia prima. Además, la presencia de una gran cantidad de productos alóctonos y el empleo de elementos constructivos y decorativos más elaborados permiten suponer que dicha familia poseía un acceso diferencial a recursos no sólo de tipo local, sino también de origen foráneo.

De la misma manera, los sepelios de esta fase muestran diferencias sociales relativas dentro de una gradación de entierros sencillos sin ofrendas, hasta inhumaciones más elaboradas con ofrendas de cerámica más fina y ornamentos de jade, concha y magnetita. Algunos entierros muestran indicios de deformación craneana de tipo tabular, considerada en periodos posteriores como señal de belleza y de alto estatus; sin embargo, aún no está claro por qué algunos individuos fueron enterrados cerca de las casas y otros en cementerios separados de las residencias, o por qué algunos individuos estaban acompañados por perros. Por otro lado, es común que los entierros masculinos estuviesen asociados a cerámica de diseños olmecas,

de lo que se infiere la existencia de diferentes grupos de descendencia de ancestros o deidades comunes, como la "serpiente de fuego" o el "jaguar licántropo".[18]

No obstante, la presencia de tales motivos estilísticos olmecoides no hace sugerir a nuestros autores que el desarrollo de la desigualdad social y el surgimiento de una organización jerárquica en la fase de San José sea consecuencia de los contactos entre Oaxaca y el área metropolitana olmeca en la Costa del Golfo. Para ellos la supuesta "influencia olmeca" se reduce a atributos cerámicos, tratándose más bien de un fenómeno pan-mesoamericano de una producción cerámica local, pero donde algunos objetos muestran una iconografía olmecoide. En este sentido se plantea que no se puede hablar de una migración olmeca al Valle de Oaxaca, ni de una invasión o conquista por parte de un imperio olmeca, ni de la presencia de "misioneros" olmecas.[19] Más específicamente, el modelo propuesto por Flannery[20] sugiere la existencia de una esfera pan-mesoamericana de interacción a través de un sistema de intercambio de objetos de lujo, los cuales funcionaban más bien como símbolos de estatus necesarios para hacer patentes diferencias de rango y que se encontraban inscritos dentro de patrones y conceptos religiosos compartidos a nivel interregional.

En este contexto, San José Mogote sirvió probablemente no sólo como centro de producción especializada para una serie de comunidades agrícolas pequeñas a nivel local, sino también como nodo de intercambio dentro de una esfera mesoamericana, produciendo especialmente objetos de materia prima local, tales como magnetita, ilmenita y hematita, a cambio de la introducción de elementos como concha, jade, espinas de pescado y obsidiana.[21]

Tal como también plantea Flannery,[22] es posible que la necesidad de tales símbolos de estatus, con base en productos alóctonos, haya sido impuesta por una sociedad más estratificada sobre una todavía menos diferenciada. En este sentido, una elite oaxaqueña aún menos jerarquizada quizás haya sido motivada a imitar no solamente tales símbolos, sino también la religión y

[18] *Cfr.* Pyne, "The Fire-Serpent and Were-Jaguar in Formative Oaxaca: A Contingency Table Analysis".

[19] Véase al respecto también Flannery, "The Olmec and the Valley of Oaxaca: A model for inter-regional interaction in Formative times"; Marcus, "The Iconography of Militarism at Monte Alban and Neighboring Sites in the Valley of Oaxaca"; Grove, "The Formative Period and the Evolution of Complex Culture".

[20] Flannery, "The Olmec and the Valley of Oaxaca...".

[21] Pires-Firreira, "Obsidian Exchange in Formative Mesoamerica"; "Shell and Iron-Ore Mirror Exchange in Formative Mesoamerica, with Comments on other Commodities"; Flannery y Marcus, *The Cloud..., passim.*

[22] Flannery, "The Olmec and the Valley of Oaxaca...".

otros patrones de comportamiento que caracterizaban al área metropolitana olmeca, lo que explicaría la difusión especialmente de un "estilo de arte olmeca", no solamente al Valle de Oaxaca, sino también a otras sociedades mesoamericanas a punto de diferenciarse socialmente. Por consiguiente, es posible que el proceso de diferenciación social patente en la fase San José y cuyos patrones en general permiten inferir la existencia de un primer tipo de organización sociopolítica compleja tipo cacicazgo, haya recibido cierto impulso externo al existir una sociedad olmeca más diferenciada y más avanzada culturalmente.

La necesidad de remarcar sus rangos diferenciales y el inicio de un sistema de intercambio basado en objetos de lujo, indujo a las culturas locales a acelerar la creación de un sistema sociocultural más complejo para satisfacer tales necesidades externas. La existencia de tal estímulo externo explicaría, a su vez, el hecho de que, en el caso del Valle de Oaxaca, no se hayan podido diferenciar claramente estructuras de templo, hasta la existencia de una organización estatal en Monte Albán II. Al contrario, para las fases formativas del desarrollo cultural oaxaqueño, los autores prefieren hablar de estructuras públicas de propósitos generalizados, lo que podría indicar la existencia de una organización de cacicazgo con características más seculares, como consecuencia quizás de una formación secundaria de este tipo de organización jerárquica, a partir del estímulo olmeca.[23] Aquí, más excavaciones selectivas, con una detección explícita de áreas de actividad, con el tiempo nos podrían permitir delimitar mejor el tipo de estructura pública presente a partir de sus funciones asociadas, y así caracterizar más adecuadamente los rasgos institucionales de la organización sociopolítica existente en esta fase, y en general en la secuencia del Formativo.

Fases Guadalupe y Rosario (850-700/650; 700/650-500/450 aC)

Durante estas fases del Formativo medio se establece claramente una jerarquía de asentamientos de tres niveles, dentro de la cual San José Mogote ocupa la categoría de centro de primer orden. Ejemplos de centros secunda-

[23] Basándonos en estudios etnográficos y de acuerdo con el tipo de personaje central en la cúspide de la sociedad, se puede distinguir un tipo de cacicazgo teocrático con un jefe sagrado que encabeza una institución de templo, de uno de tipo militarista donde existe cierta importancia de papeles más seculares, posiblemente como consecuencia de conflictos causados por presiones externas, pudiéndose tratar en estos casos de formaciones secundarias de este nivel de integración sociocultural. Véase al respecto Wiesheu, *Cacicazgo y Estado arcaico...*, pp. 69-76.

rios de un tamaño promedio de 3 ha serían Barrio del Rosario Huitzo y Santo Domingo Tomaltepec, los cuales presentan evidencia de arquitectura pública, pero con una variedad menor de la que existe en el centro primario. Los sitios de tercer orden están representados por Fábrica San José o Abasolo, los cuales poseen un tamaño de 1 a 2 ha, pero no ostentan arquitectura pública, tratándose de asentamientos de tipo aldeano que comprenden por lo general de 25 a 75 personas distribuidas en 5 a 15 unidades habitacionales.

Tendríamos, por lo tanto, una jerarquía regional de sitios, dentro de la cual dos niveles con arquitectura pública representan los niveles administrativos de una organización regional característica de una entidad de cacicazgo. Sin embargo, para esta fase existe el problema de evaluar y delimitar la influencia que ejerció el centro de Huitzo, ya que, de acuerdo con los análisis de diseños cerámicos, es posible que este sitio incluso haya constituido un centro autónomo y rival con respecto a San José Mogote.

Por lo mismo, es probable que la fase Guadalupe, definida con base en la distribución local de un material cerámico posiblemente originario de Huitzo, no sea representativa de todo el Valle de Oaxaca. Por otro lado, se infiere que aparte de San José Mogote y quizás Huitzo, para la fase Rosario se constituyeron tal vez varias entidades de cacicazgo en el Valle de Oaxaca, como queda indicado en las concentraciones de asentamientos, no sólo en el Valle de Etla, sino también en los de Zaachila-Zimatlán, y de Tlacolula.

A pesar de tal posible existencia de entidades rivales de cacicazgos en el Valle de Oaxaca, San José Mogote indudablemente siguió siendo la comunidad más grande del valle antes de la fundación de Monte Albán. Este centro cuenta para el Formativo medio con un área de 61.9 ha y una población de unas 1,000 personas, convirtiéndose en el centro rector de una entidad política autónoma para un total de unos 18 a 20 pueblos en el ramal noroeste del valle. Este ramal seguía siendo la parte más poblada de todo el Valle de Oaxaca.

Empero se estima que los niveles de población alcanzados en esta fase aún permanecen muy por debajo de la capacidad de sustento de la región, aunque cabe apuntar también que para el final del Formativo medio se cuenta con las primeras evidencias de la aplicación de métodos agrícolas intensivos. Además de la irrigación a mano, se han detectado pozos que se remontan incluso a 1000 aC, y para 600 aC se ha registrado un tipo de jarras usado posiblemente para el riego. Se han localizado además canales, como

aquel conjunto de canales del sistema de irrigación "fosilizado" de Hierve el Agua, que llevaba el agua desde unos manantiales a unas lomas terraceadas.[24]

En San José Mogote, el núcleo cívico se traslada ahora definitivamente a la cima de una colina natural que se eleva 15 m encima del resto del asentamiento. Ahí se erigen por lo menos dos edificios públicos de mampostería (Estructuras 19 y 19A), de los cuales el primero se encuentra asociado a un altar enorme y el segundo presenta una semejanza con el Edificio de los Danzantes de fecha posterior de Monte Albán. No solamente la arquitectura, sino también la cerámica, el arte y la escritura muestran antecedentes directos con Monte Albán I. De este modo, el muro exterior del conjunto 19-19A ostenta una serie de losas dispuestas verticalmente, incluyendo una piedra labrada (Monumento 3) que constituye el ejemplo más antiguo de lo que se conoce tradicionalmente como "danzante" y que se refiere a la representación de un individuo desnudo con los ojos cerrados, la boca semiabierta y una postura desgarbada.

Según la interpretación de Marcus,[25] se trata de la representación del cuerpo de un cautivo muerto o sacrificado, pudiendo ello indicar la existencia de actividades militares en el valle. Además, grabados en sus pies se encuentran dos glifos que significan "1 temblor", tratándose de la evidencia más temprana, dentro del contexto mesoamericano, del desarrollo de la escritura y de la existencia del calendario de 260 días (véase figura 4).

Aparte del desarrollo de varios rasgos que después caracterizarían a la civilización zapoteca en su conjunto, cabe señalar que la sociedad del Formativo medio experimenta una mayor diferenciación social. Al respecto, existe por ejemplo la evidencia de la Estructura 28 en el Montículo 1 de San José Mogote, misma que deja de funcionar como edificio público y se convierte en la fase Rosario en un conjunto residencial de familias de alto rango social.

De este tipo de conjuntos existen varios en el Formativo medio. Uno de ellos (Estructura 26) cuenta con el entierro de un individuo posiblemente sacrificado como ofrenda de construcción, y en el centro del patio de este conjunto se detectó una tumba de mampostería con una cámara principal, así como una antecámara, pudiendo ser considerada como una estructura funeraria antecesora de las tumbas de Monte Albán. Cabe mencionar que tales uni-

[24] Neely, "Organización hidráulica y sistemas de irrigación prehistóricos en el Valle de Oaxaca".
[25] Marcus, "La escritura zapoteca".

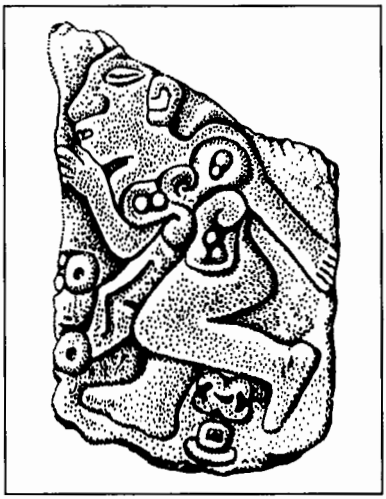


Figura 4. Monumento 3 de San José Mogote de la fase Rosario con la fecha de "1 Temblor" entre las piernas del personaje retratado (basado en Flannery *et al.*, "The Preceramic...", p. 81).

dades domésticas de personas de alto estatus se construyen ahora también en centros secundarios. No obstante, se trata por lo general de edificios más bien modestos, por lo cual se puede hablar todavía de diferencias meramente relativas con respecto a las demás viviendas en los asentamientos del Formativo medio.

Por otro lado, los objetos alóctonos asociados a tales posiciones sociales diferenciales o usados como parafernalia ritual, tales como jade, espinas de pescado, trompetas y tambores de concha o tortuga, están asociados en esta fase más bien a edificios públicos, además de que se registra una disminución considerable de la presencia de motivos olmecas. Al mismo tiempo, como consecuencia de la caída de los centros olmecas de la Costa del Golfo, se conforman nuevas redes de intercambio, las cuales presentan en esta fase una mayor variación en las fuentes de materias primas. Se plantea que en este periodo existió alguna instancia central que acumuló materias primas como la obsidiana, antes de distribuirlas a las unidades domésticas individuales.[26]

Sin embargo, no está claro si la posible existencia de una práctica redistributiva también existió a nivel de los recursos locales, aunque existen evi-

[26] Winter y Pires-Ferreira, "Distribution of Obsidian among Households in Two Oaxacan Villages".

dencias de cierto grado de especialización económica a nivel de la comunidad, como es el caso por ejemplo de la aldea de Fábrica San José, la cual probablemente se especializaba en la producción de sal. Aún se sabe poco, por lo tanto, del tipo de organización económica y de las instancias centrales que pudieron haber asumido las diversas tareas directivas de la sociedad ya bastante diversificada que existió durante el Formativo medio en el Valle de Oaxaca.

El surgimiento del Estado: Formativo tardío y terminal

Fases Monte Albán I temprano y Monte Albán I tardío (500-300 aC; 300-200 aC)

La fase Monte Albán I, en la que Bernal veía el auge del mundo olmeca en el Valle de Oaxaca,[27] se inicia con la fundación de Monte Albán en el centro de los tres subvalles y la probable fusión de las culturas locales en una nueva y más compleja entidad política común. De acuerdo con los trabajos del equipo de Flannery, tal fenómeno implicó una completa reorganización de la jerarquía regional de los asentamientos. Ocupando la categoría entre la nueva capital regional de Monte Albán y la de los pueblos, podemos observar el surgimiento de una serie de centros secundarios. Se puede hablar posiblemente de la conformación de tres niveles de asentamientos por encima del de las aldeas, lo que de acuerdo con nuestros criterios representaría la cristalización de una jerarquía regional típica de una organización estatal con sus tres niveles jerárquicos.

Tal desarrollo va acompañado de un rápido crecimiento de la población, el cual se registra con mayor intensidad precisamente en el Valle Central, donde a diferencia de un incremento poblacional de 0.1 a 0.4 por ciento en el Formativo temprano y medio, en el Formativo tardío se acusa un aumento de 0.5 a 1.4 por ciento. La tasa más alta se registra para el centro de Monte Albán mismo, donde la población crece en un 6 por ciento anual. Se inicia así simultáneamente un proceso de urbanización en Monte Albán que para el final de Monte Albán I temprano llega a tener una población de unas 5,000

[27] Bernal, "Archaeological Synthesis of Oaxaca"; "El Valle de Oaxaca hasta la caída de Monte Albán". Tal como ya se había mencionado arriba, la presencia olmeca fue inferida principalmente con base en las representaciones de los "danzantes".

personas (3600 a 7200, según los cálculos hechos por el equipo de Flannery); la población urbanizada representaría el 77 por ciento de la población total del valle.[28] Esta expansión demográfica implicó al mismo tiempo una mayor extensión en el área que comprende este centro, que llega a ocupar un área de 365 ha.

En cambio, los centros secundarios no participan de este proceso de urbanización. Estos centros se encuentran distribuidos en forma regular y fungieron posiblemente como los centros administrativos para los distritos o las provincias, aunque de acuerdo con la evidencia epigráfica e iconográfica, estos centros al principio de la fase aún eran relativamente autónomos. Poseen un tamaño de 10 a 13 ha y cuentan con una población de unos 200 habitantes. Ostentan arquitectura pública de menor variedad y dimensiones que el centro primario. A su vez, los centros terciarios presentan arquitectura pública de menor monumentalidad aún, mientras que los asentamientos del cuarto nivel son de reducido tamaño y escasa población, además de que no presentan ningún indicio de arquitectura pública.

En Monte Albán I tardío se experimenta una consolidación de la jerarquía regional y, en general, una ampliación de los patrones desarrollados en Monte Albán I temprano. Se sigue registrando un elevado aumento demográfico, el cual llega a acusar 3.46 por ciento en los valles central y sur. En éstos, el número de sitios aumenta de 103 a 307, mientras que la zona menos ocupada fue la de Zaachila. Los centros en general muestran una mayor nucleación, dándose ahora también una mayor interacción entre los centros mayores y, en general, una consolidación de la organización administrativa regional. En la capital de Monte Albán se produce una gran expansión de la comunidad y se genera una gran actividad constructiva. Se ocupa el cerro llamado El Gallo y este centro alcanza una población de unas 16,000 personas (cálculo: 10,200-20,400). Además, se habla de la existencia de tres barrios separados por áreas públicas y que para Blanton representan los tres subvalles que antes de la fundación de este centro, en una zona neutral, albergaban entidades políticas autónomas. Cabe agregar también que a pesar de su localización poco favorable para actividades económicas, y en especial de tipo agrícola, se han detectado en el somonte bajo Monte Albán restos de un sistema de irrigación.[29]

[28] Usando un criterio diferente, Bernal veía el inicio de la urbanización en Monte Albán en la traza incipiente de la Gran Plaza: Bernal, "El Valle de Oaxaca...".

[29] O'Brien *et al.*, "Functional Analysis of Water Control Features at Monte Alban, Oaxaca, Mexico".

Desgraciadamente es poco conocida la arquitectura pública de Monte Albán I, debido principalmente a la gran cantidad de arquitectura monumental de las épocas posteriores, por lo que muchas veces resulta difícil asignar una función, así como una fase concreta a las construcciones. Los edificios detectados en las exploraciones de Alfonso Caso, y que probablemente se remontan a Monte Albán I, son los siguientes (véase figura 5):

1. El "Patio al sur del Montículo A" que se detectó debajo de la esquina sureste de la Plataforma Norte, pudiendo representar los antecedentes de dicha plataforma, que posteriormente soportaría una estructura palaciega.
2. El "Edificio de los Danzantes" que consta de una plataforma piramidal, y en su lado exterior ostenta las 300 lápidas conocidas como "danzantes"; éstas originalmente parecen haber formado parte de una gran galería en el lado este del Edificio L, habiendo formado hileras alternantes de representaciones verticales y horizontales[30] (véase figura 6).
3. Una estructura con un muro en talud, de piedras y con restos de columnas, que se encuentra debajo del Sistema IV en el interior del Montículo K.
4. El relleno inferior del Montículo 4.
5. Restos de un edificio debajo del Juego de Pelota 2.
6. Un muro posiblemente de carácter defensivo en las laderas más suaves de los lados norte, noroeste y oeste de Monte Albán, de 3 km de largo.

Por otro lado cabe agregar que, aunque la información arqueológica disponible para Monte Albán I no permite inferir la existencia de una estructura palaciega diferenciada de otros tipos de estructuras públicas (y que para nosotros constituye un importante marcador para el surgimiento de una organización estatal),[31] de la misma fase datan las primeras tumbas construidas de piedra, como son las Tumbas 43, 111, 33, 54, etcétera, las cuales imitan edificios palaciegos, tratándose quizás de las primeras tumbas reales.

[30] Estas representaciones, que durante casi un siglo eran objeto de las interpretaciones más diversas ("danzantes", "nadadores", "sacerdotes en éxtasis", "individuos con anomalías médicas"), han sido identificadas por Bernal más bien como cautivos que quizás representan los jefes vencidos de otros pueblos, Bernal, "El Valle de Oaxaca...". La misma interpretación sostiene Marcus, "The iconography of militarism..."; "La escritura zapoteca".

[31] Indicadores de la existencia de una organización estatal de tipo arcaico o primario serían los palacios, las tumbas reales y las residencias de la élite, y a nivel del asentamiento, una conformación urbana con cierta diferenciación espacial, así como una agrupación de la población en barrios distintivos; a su vez, a nivel regional clasificaríamos a una entidad como estatal cuando presenta una jerarquía de sitios con tres categorías encima del nivel de la aldea y donde estas tres categorías tienen indicios de arquitectura pública. Para más detalles con respecto a la distinción arqueológica entre una sociedad de cacicazgo y una entidad política organizada a nivel estatal, véase Wiesheu, *Cacicazgo y Estado arcaico...*, cap. VI.

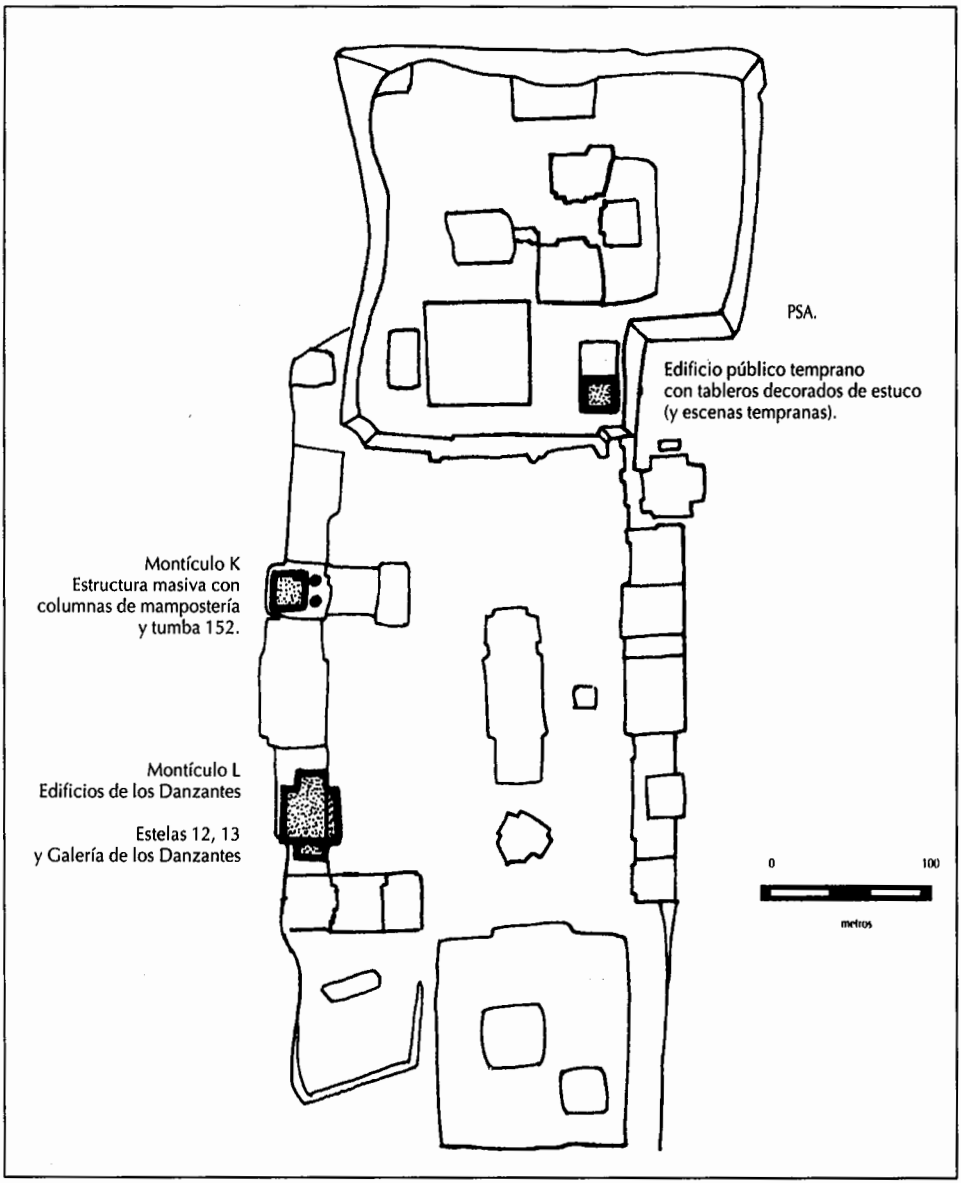


Figura 5. Los edificios públicos más tempranos de Monte Albán, sobrepuestos al plano posterior de la Gran Plaza de Monte Albán (basado en Flannery y Marcus, *The Cloud...*, p. 88).

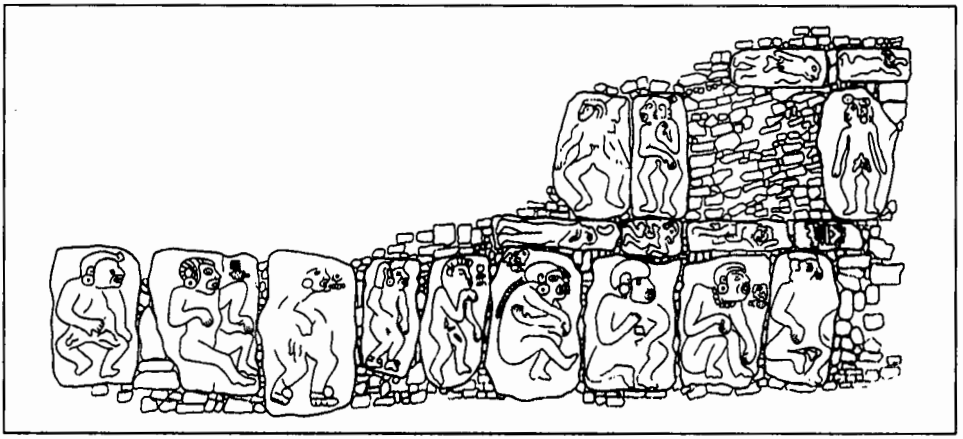


Figura 6. Restos de la primera etapa de construcción del Edificio L de Monte Albán, mostrando la disposición original de los llamados "danzantes" (basado en Flannery y Marcus, *The Cloud...*, p. 90).

A pesar que, de acuerdo con la información arqueológica existente, no se puede afirmar claramente si para este periodo ya podemos hablar de una organización estatal, se puede suponer que –a partir de la fundación del centro de Monte Albán y la reorganización de la jerarquía regional de los asentamientos que posiblemente alcanzó una complejidad mayor de la que existe en una organización de cacicazgo– el Estado se gestó en el Valle de Oaxaca probablemente en este periodo de 300 años que abarca las fases Monte Albán I temprano y tardío.

Fase Monte Albán II (200 aC-250 dC)

Esta fase constituye una amplia continuación de la fase anterior, pero fue diferenciada con base en ciertas innovaciones que, de acuerdo con planteamientos anteriores sostenidos por autores como Bernal, son introducidas por gente nueva, posiblemente perteneciente a una elite que llegó en esta fase al valle.[32]

De acuerdo con los trabajos más recientes del equipo de Flannery, para esta fase tenemos no solamente estructuras públicas diferenciadas en sus fun-

[32] Bernal, "Archaeological Synthesis of Oaxaca"; "El Valle de Oaxaca..."

ciones, sino también una clara jerarquía en el patrón de asentamiento de cuatro niveles, dentro de los cuales, tres presentan arquitectura pública. Al respecto, mientras que en los centros terciarios del tipo de las villas, como Fábrica San José o Santo Domingo Tomaltepec, se evidencian estructuras públicas dedicadas a funciones religiosas y localizadas por lo general en la cima de los cerros, en los centros secundarios, además de los templos, también se presentan juegos de pelota y estructuras de palacio.

Tal es el caso, por ejemplo, de San José Mogote, que constituye un centro administrativo con una extensión de más de 70 ha y con una plaza principal de 300 m por 500 m, misma que imita a la de mayores dimensiones que se encuentra en la capital de Monte Albán. En general, estos centros administrativos locales parecen ostentar en Monte Albán II una mayor autonomía en el desempeño de sus funciones administrativas, ocupando rangos perfectamente establecidos dentro de la jerarquía regional.

Dentro de esta organización administrativa regional, la ciudad-capital de Monte Albán se diferencia de las demás categorías de asentamientos por su mayor tamaño y contenido, así como la monumentalidad de su arquitectura pública. A pesar de una cierta disminución de la población en el valle y un número menor de sitios que, sin embargo, son más grandes y más nucleados, para esta fase, Monte Albán cuenta con una población mayor de los 14,000 individuos. Su tamaño sobrepasa un km^2 ya al principio de la fase, y el sitio presenta una nucleación marcada.

Las funciones públicas que ejerce este centro con respecto a su población y a la de todo el estado se concentran en los edificios que se ubican en la plaza principal, la cual en Monte Albán II es trazada en su totalidad y pavimentada. Datan de esta fase los primeros niveles de construcción de las Estructuras G, H e I, cuyos basamentos soportan templos, presentando el Edificio H un adoratorio en su frente, cerca del cual se encontró un túnel que pasa por debajo de la plaza.

Otra estructura de templo, claramente diferenciable de los edificios públicos de un carácter generalizado de las fases anteriores, se ubica en el Montículo X, un templo zapoteco característico con su planta estereotipada de dos cuartos. La existencia de tales estructuras de templo hace sugerir a Flannery *et al.*, la constitución de una institución religiosa separada y de un culto oficial encargado de legitimar el aparato estatal. La hipótesis de tal conformación de una religión estatal parece reforzarse ante el hecho de la ausencia, en esta fase, de figurillas en las unidades habitacionales.

Por otro lado, el Edificio J –que posiblemente funcionaba como observatorio– presenta una planta en forma de flecha y en su fachada ostenta más de 40 lápidas con inscripciones, interpretadas por Caso y Marcus[33] como registros de lugares conquistados incluso fuera del valle. Uno de estos lugares identificados en estas "losas de conquista", a través de una comparación de glifos de lugares que aparecen en el *Códice Mendoza,* se refiere a Cuicatlán, cuya conquista por parte de Monte Albán parece estar confirmada por la evidencia arqueológica.[34] De allí que se llega a plantear la existencia de un imperio zapoteco.[35] Sin embargo, está por determinarse aún tal eventual rasgo expansivo del estado zapoteco, así como sus implicaciones y alcances locales.

Por otra parte, dentro de la Plataforma Norte de Monte Albán se detectaron varias plataformas superpuestas que datan de esta fase. Según Flannery y su equipo,[36] un "palacio verdadero", en el sentido de que no sólo constituye la residencia del gobernante, sino también la sede del gobierno central, está claramente presente en Monte Albán II o incluso tan temprano como 200 a 100 aC. Tal estructura quedaría ubicada precisamente en la Plataforma Norte, misma que contiene además un patio hundido y una sala cuyo techo era soportado por pilastras y columnas masivas, al igual que el palacio de menores dimensiones que se encuentra en el centro secundario de San José Mogote (Estructura 17) o los palacios posteriores de Mitla. Se han identificado además palacios menores o residencias de la elite gubernamental y religiosa que también hacen su aparición con el surgimiento de una organización estatal. Construidas con piedra y mampostería, tales residencias de la elite presentan, en el caso de Monte Albán, varios cuartos alrededor de un patio, esquinas en forma de L y bancas para dormir en su interior. De este tipo de residencias se localizaron en Monte Albán un total de 57, a diferencia de 2,899 casas "no elaboradas".

Se presenta, por lo tanto, una clara diferenciación entre las unidades habitacionales de la elite y las de la población común, pudiéndose inferir la existencia de estratos sociales claramente diferenciados, e incluso cabe plantear la posibilidad de una agrupación de la población zapoteca en clases sociales distintivas.

A su vez, el tamaño y la nucleación de Monte Albán, así como la heterogeneidad de su población, permiten plantear la existencia de una conforma-

[33] Marcus, "The Iconography of Militarism...".
[34] Spencer, *The Cuicatlan Cañada and Monte Alban: A study of primary state formation.*
[35] Blanton *et al., Ancient Mesoamerica: A comparison of change in three regions.*
[36] Flannery y Marcus, *The Cloud...*

ción urbana para este centro, dentro del cual además se presenta una agrupación de los habitantes en 14 barrios residenciales distintivos, cada uno con un área pequeña para edificios públicos. Todo ello, en conjunto, da cuenta de la gran diferenciación funcional interna que encontramos en la estructura urbana de una sociedad estatal.

Sin embargo, fuera de la existencia de una especialización religiosa y política, para el centro de Monte Albán existe poca evidencia de una producción artesanal especializada, misma que parece haberse localizado más bien en los centros locales, por lo que probablemente no existió una regulación central de las actividades económicas. Ello, de acuerdo con Blanton *et al.*,[37] se debe al factor de la ubicación desfavorable de Monte Albán encima de un cerro (véase figura 7). Dado que además no se han podido detectar claramente estructuras que podrían haber albergado un mercado, se plantea que Monte Albán más bien parece haber funcionado como un centro de toma de decisiones. Ello, no solamente para los tres subvalles antes autónomos, sino quizás incluso para una región mucho más amplia, integrada por el estado zapoteco por medio de una política expansiva.

Discusión final

Con respecto a la secuencia formativa de desarrollo sociocultural en el Valle de Oaxaca, se nos presenta en general una dinámica mediante la cual un crecimiento global de la población, una diferenciación regional cada vez más acusada de las comunidades de acuerdo con su tamaño y sus funciones, así como una creciente diversificación en la arquitectura pública monumental, originan un proceso de estratificación social. Éste, en primera instancia, da lugar a la formación de un primer tipo de organización sociopolítica compleja, constituida por una entidad de cacicazgo y, en segundo lugar, desemboca en la gestación de una organización estatal de tipo primario. Ahora bien, cabe preguntarse cuáles fueron los mecanismos que desencadenaron estos procesos de formación de una sociedad cada vez más jerarquizada.

Al respecto, si bien con base en la información arqueológica disponible se encuentra desacreditada la hipótesis de la existencia de un imperio olmeca o la presencia de una población original olmeca en el Valle de Oaxaca, sí cabe plantear la posibilidad de que un primer impulso hacia la gestión de una sociedad con rangos diferenciados haya procedido de una sociedad

[37] Blanton *et al.*, *Ancient Mesoamerica*...

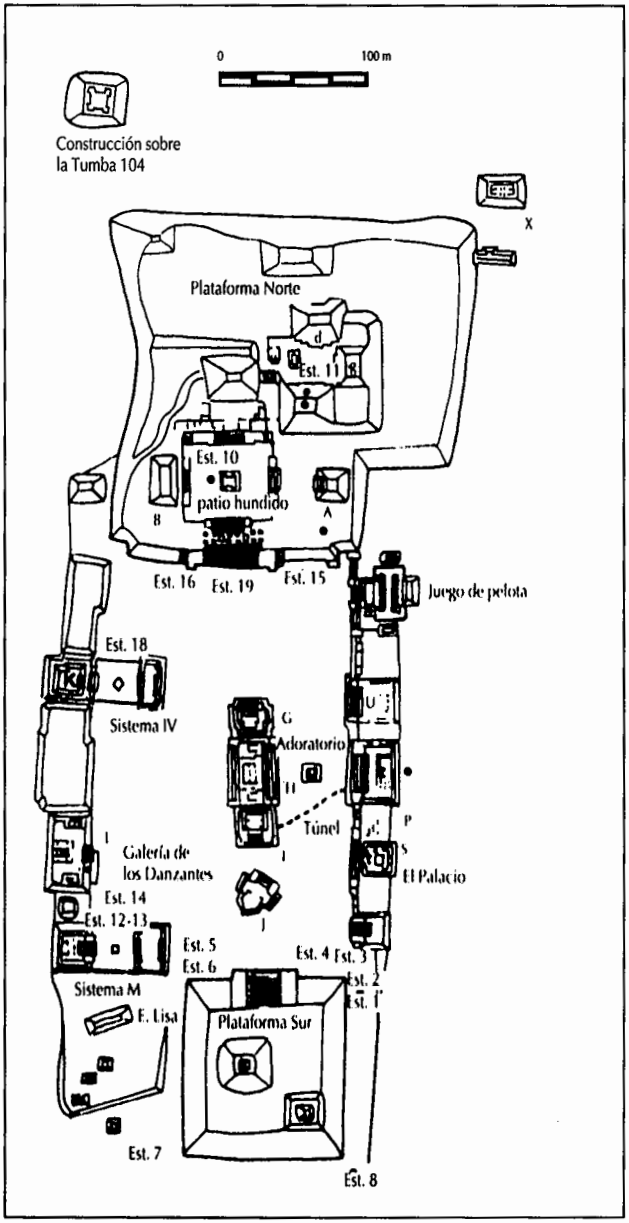


Figura 7. Configuración posterior de la Gran Plaza de Monte Albán (basado en Flannery y Marcus, *The Cloud...*, p. 103).

olmeca ya estratificada, misma que a partir de la necesidad de remarcar sus diferencias sociales con símbolos de estatus y parafernalia ritual, haya creado un sistema de intercambio a larga distancia basado en bienes de lujo, implicando la conformación de sectores con acceso diferencial a recursos especialmente de tipo alóctono en otras partes de Mesoamérica.

Surge así San José Mogote, que pudo haber funcionado como centro de producción especializada y de redistribución no sólo a nivel local, sino también a nivel de un sistema pan-mesoamericano de interacción económica. Tal impulso externo explicaría en parte los rasgos quizás secundarios de sus instituciones rectoras que parecen haber desempeñado funciones de tipo general, y no tanto de índole religiosa, como sería el caso en un cacicazgo de tipo teocrático y de formación primaria.

Por otra parte, aunque según los estudios hechos por Kirkby,[38] la distribución de la población en el Valle de Oaxaca no coincide con la que se esperaría de acuerdo con la distribución del potencial agrícola, para aquellos autores que ponen énfasis en el factor agrícola como otra variable que –aparte del intercambio– podría dar cuenta de la conformación de patrones de estratificacion social, el desarrollo precoz que se dio en este sentido en el Valle de Etla se debe a la existencia de tierras agrícolas de poco riesgo, particularmente aptas para una sociedad en proceso de colonización y expansión agrícolas.[39]

Dentro del marco de la ecología cultural y a diferencia de los integrantes del equipo de Flannery, estos últimos autores plantean incluso que la importancia del factor agrícola se encuentra presente en toda la secuencia prehispánica de la evolución cultural del Valle de Oaxaca. En este sentido, mientras que, con base en los cálculos de la capacidad de sustento de la población de Kirkby, los primeros plantean que la presión sobre los recursos agrícolas nunca constituyó una variable significativa a lo largo de esta secuencia, Sanders y Nichols critican las premisas consideradas en dichas estimaciones y efectúan un nuevo cálculo, usando un factor diferente de uso de la tierra y de rendimientos esperados, pero del cual resultan niveles aún más bajos de presión sobre la tierra.

Por otra parte, ellos creen que las cifras de población dadas por Flannery y su equipo son demasiado bajas y que, al igual que en el caso de la Cuenca de México, habría que aplicar un factor de corrección del 20 por ciento a los cálculos máximos de población o mínimamente considerar estos límites supe-

[38] Citado en Sanders y Nichols, "Ecological Theory and...".
[39] Sanders y Nichols, "Ecological Theory and...".

riores, además de que siempre cabría la posibilidad de que a nivel de los trabajos de superficie, muchos sitios no sean detectados, lo que se confirma ante la evidencia del hallazgo reciente de nuevos sitios del Formativo en el Valle de Oaxaca.

De estos nuevos cálculos resulta para Sanders y Nichols que los niveles demográficos desde Tierras Largas hasta Rosario se encontraban notablemente debajo de la capacidad de sustento, pero que ésta subió a 30 por ciento en Monte Albán I temprano, a 90 por ciento en Monte Albán I tardío e incluso a 130 por ciento en Monte Albán II. Puesto que para Sanders y Nichols no es necesario llegar al 100 por ciento de la capacidad de carga para que se generen procesos significativos en términos de la estratificación social, ellos plantean que durante toda la secuencia existió una presión suficiente para crear competencia sobre la tierra y los recursos acuáticos, y para producir de esta manera una estratificación basada en un acceso diferencial sobre los recursos.

A su vez, la existencia de tal presión implica para Sanders y Nichols que en varias ocasiones a través de la secuencia, se haya tenido que recurrir a métodos agrícolas más intensivos, hipótesis que ellos apoyan en la evidencia que existe con respecto a las prácticas de irrigación. Plantean así que el inicio del riego tuvo un impacto causal no sólo para el surgimiento de San José Mogote, al asumir los jefes locales el control sobre la distribución del agua y los trabajos de mantenimiento de las obras hidráulicas, sino también que la expansión de las mismas tuvo relevancia en la posterior gestación de un aparato estatal.

En cambio, los integrantes del equipo de Flannery argumentan que estos sistemas de irrigación son demasiado pequeños, poseen una distribución demasiado limitada y su tecnología es demasiado sencilla como para requerir de un control centralizado. Kowalewski[40] agrega que puesto que el inicio de tales prácticas sencillas de irrigación antecede en mucho a la formación del estado en Monte Albán, estos dos procesos no están relacionados causalmente. Para Blanton,[41] cabe la posiblidad de que el aparato estatal pudiese haber ejercido cierto papel en la resolución de disputas sobre la distribución del agua y en el incremento de la productividad local.

Sin embargo, este último autor[42] afirma más bien que la localización de los sitios en general, y en especial la ubicación única de Monte Albán como capi-

[40] Kowalewski, "Population-Resource Balances in Period I of Oaxaca, Mexico".
[41] Blanton, "El florecimiento del Clásico en el Valle de Oaxaca".
[42] Blanton, "The Origins of Monte Alban".

tal del estado del mismo nombre, habla fuertemente en contra no solamente de la importancia del factor agrícola en su desarrollo, sino también de un control de actividades económicas por parte del aparato estatal. En este sentido, la falta de correlación entre la distribución de los recursos agrícolas y la población, la ausencia de presión sobre la población, el reducido impacto causal del factor hidráulico, así como la localización única de Monte Albán, lejos de tierra agrícola de primera calidad y en conjunto con la evidencia con respecto a la poca importancia económica de este centro, indican para él que el origen de Monte Albán y de su aparato estatal es consecuencia de una confederación entre entidades políticas antes autónomas para neutralizar conflictos entre sí. El surgimiento de Monte Albán en un lugar neutral y defensible responde entonces más bien a factores políticos y militares.

De acuerdo con esta interpretación, Monte Albán funcionaba entonces predominantemente como centro de toma de decisiones para una entidad política más grande y, a diferencia de San José Mogote, no como un importante centro económico. Sin embargo, con respecto a este carácter supuestamente político de Monte Albán, el equipo de la Cuenca de México –con Sanders como su principal exponente– de nuevo tiene objeciones, aduciendo que en un radio de unos 10 km alrededor de Monte Albán existe tierra agrícola de primera calidad, además de que un porcentaje de 15 por ciento de especialistas artesanales puede ser una subestimación ante las dificultades de detectar arqueológicamente actividades de producción especializada.

Para Sanders tal porcentaje no forzosamente resulta ser bajo para el contexto de una economía urbana neolítica, cabiendo la posibilidad de que Monte Albán sí pudo haber funcionado como centro económico e incluso como centro de un sistema de mercado. No sabemos prácticamente nada, sin embargo, sobre la organización de la producción y la dinámica de la circulación tanto a nivel interno como externo, así como tampoco sobre una eventual existencia o no de un control estatal sobre estas esferas.

Resta apuntar que, ante el discutido impacto causal de las variables mencionadas hasta ahora, la secuencia que se nos presenta aquí acusa un considerable crecimiento demográfico en términos absolutos, especialmente para Monte Albán I, la fase crucial para el surgimiento del Estado en el Valle de Oaxaca. En este sentido, hay que tomar en cuenta que de 500 a 300 aC, la población se duplica cada 50 años, lo que representa un incremento poco común para el contexto de una sociedad preindustrial.

Aunque para Flannery y su equipo esta variable, al igual que las demás, no siempre resulta ser la causa sino más bien el efecto de otros cambios, cabe apuntar que el hecho de tal crecimiento demográfico, aunado a la evidencia de conflicto a partir de la fase Rosario y especialmente para Monte Albán I, podría apoyar la hipótesis de Carneiro.[43] Aunque la distribución de la población en general no concuerda con la de los recursos, el Valle de Oaxaca presenta una concentración de tierra agrícola circunscrita por factores medioambientales.

Para la secuencia de Oaxaca podría entonces ser relevante la hipótesis de Carneiro de la circunscripción ambiental y del factor de la guerra. A diferencia de él plantearemos que en vez de la presencia de una presión demográfica, cabe hablar aquí más bien de aumento demográfico en términos absolutos, mismo que para nosotros no siempre lleva al conflicto, sino sencillamente (aunque sí bajo las condiciones de circunscripción apuntadas por Carneiro) a una mayor complejidad y por lo tanto a la conformación de nuevos niveles de integración sociocultural en general. Pero hay que resaltar aquí también que en el estado actual de nuestros conocimientos sobre el Valle de Oaxaca aún no se puede percibir claramente la secuencia causal de los posibles factores implicados en su desarrollo cultural, razón por la cual Flannery y sus asociados han rechazado las teorías monocausales y han preferido una explicación en términos de una causación múltiple y recíproca dentro de un contexto sistémico. Esperemos, no obstante, que a la larga nos sea posible delimitar más adecuadamente los mecanismos que llevaron al desarrollo de organizaciones sociopolíticas complejas en el Valle de Oaxaca.

Bibliografía

ACOSTA, Jorge, "Preclassic and Classic Architecture of Oaxaca", en *Handbook of Middle American Indians. Archaeology of Southern Mesoamerica. Part Two,* Austin, University of Texas Press, 1965, pp. 814-836.

BERNAL, Ignacio, "Archaeological Synthesis of Oaxaca", en *Handbook of Middle American Indians. Archaeology of Southern Mesoamerica. Part Two,* Austin, University of Texas Press, 1965, pp. 788-831.

_____, "El Valle de Oaxaca hasta la caída de Monte Albán", en *Historia de México,* México, Salvat, 1974, pp. 71-134.

[43] Carneiro, "A Theory of the Origin of State".

BLANTON, Richard E., "The Origins of Monte Alban", en C.E. Cleland (ed.), *Cultural Change and Continuity: Essays in honor of James Bennett Griffin,* Nueva York, Academic Press, 1976, pp. 223-232.

_____, *Monte Alban: Settlement Patterns at the Ancient Zapotec Capital,* Nueva York, Academic Press, 1978.

_____, "El florecimiento del Clásico en el Valle de Oaxaca", en J.B. Mountjoy (ed.), *El auge y la caída del Clásico en el México central,* México, UNAM, pp. 209-223.

_____ y Stephen A. Kowalewski, "Monte Alban and After in the Valley of Oaxaca", en V.R. Bricker y J.A. Sabloff (eds.), *Supplement to the Handbook of Middle American Indians,* vol. I, Austin, University of Texas Press, 1981, pp. 94-116.

_____, Stephen A. Kowalewski, Gary Feinman, Jill Appel y Eva Fisch, "Regional Evolution in the Valley of Oaxaca", en *Journal of Field Archaeology,* núm. 6, 1979, pp. 369-390.

_____, *Ancient Mesoamerica: A Comparison of Change in Three Regions,* Nueva York, Cambridge University Press, 1981.

_____, *Monte Alban's Hinterland. Part 1: The Prehispanic Settlement Patterns of the Central and Southern Parts of the Valley of Oaxaca, Mexico,* Ann Arbor, University of Michigan, Museum of Anthropology, 1982. Memoirs núm. 15.

BROCKINGTON, Donald, "El Clásico en la Costa de Oaxaca", en J.B. Mountjoy (ed.), *El auge y la caída del Clásico en el México central,* México, UNAM, 1987, pp. 225-235.

CARNEIRO, Robert L., "A Theory of the Origin of State", en *Science,* núm. 169, 1970, pp. 733-738.

CHARLTON, Thomas H., "Urban Growth and Cultural Evolution from a Oaxacan Perspective", en *Reviews in Anthropology,* núm. 11, 1970, pp. 197-207.

FLANNERY, Kent V., "The Olmec and the Valley of Oaxaca: A Model for Inter-regional Interaction in Formative Times", en E. Benson (ed.), *Dumbarton Oaks Conference on the Olmecs,* Washington, Trustees for Harvard University, 1968, pp. 79-110.

_____ (ed.), *The Early Mesoamerican Village,* Nueva York, Academic Press, 1976.

_____ y Joyce Marcus, "Evolution of the Public Building in Formative Oaxaca", en C.E. Cleland (ed.), *Cultural Change and Continuity: Essays in Honor of J.B. Griffin,* Nueva York, Academic Press, 1976, pp. 205-221.

_____ y Joyce Marcus, *The Cloud People. Divergent Evolution of the Zapotec and Mixtec Civilizations,* Nueva York, Academic Press, 1983.

_____, A.V.T. Kirkby, M.J. Kirkby y A.W. William, "Farming Systems and Political Growth in Ancient Oaxaca", en *Science,* vol. 158, núm. 3800, 1967, pp. 445-453.

_____, Joyce Marcus y Stephen A. Kowalewski, "The Preceramic and Formative in the Valley of Oaxaca", en V.R. Bricker y J.A. Sabloff (eds.), *Supplement to the Handbook of Middle American Indians,* vol. I, Austin, University of Texas Press, 1981, pp. 48-92.

FRIED, Morton H., *The Evolution of Political Society. An Essay in Political Anthropology,* Nueva York, Random House, 1967.

GROVE, David C., "The Formative Period and the Evolution of Complex Culture", en V.R. Bricker y J.A. Sabloff (eds.), *Supplement to the Handbook of Middle American Indians,* vol. I, Austin, University of Texas Press, pp. 373-391.

KOWALEWSKI, Stephen A., "Population-Resource Balances in Period I of Oaxaca, Mexico", en *American Antiquity,* vol. 45, 1980, pp. 151-165.

_____ y Laura Finsten, "The Economic System of Ancient Oaxaca: A Regional Perspective", en *Current Anthropology,* vol. 24, 1983, pp. 413-414.

_____, Gary Feinman, Laura Finstein y Richard E. Blanton, "Tres mil años en el Valle de Oaxaca: un estudio regional de asentamientos prehispánicos", en *Anales de Antropología,* vol. XX, t. I, 1983, pp. 27-74.

MARCUS, Joyce, "The Iconography of Militarism at Monte Alban and Neighboring Sites in the Valley of Oaxaca", en H.B. Nicholson (ed.), *The Origins of Religious Art and Iconography in Preclassic Mesoamerica,* Los Angeles, UCLA, Latin American Center, 1976, pp. 123-139.

_____, "La escritura zapoteca", en J. Marcus y E. Seler, *Los orígenes de la escritura mesoamericana,* México, Ediciones Pirata, núm. 94, 1986, pp. 17-31.

_____, *Debating Oaxaca Archaeology,* Ann Arbor, University of Michigan, 1990.

NEELY, James A., "Organización hidráulica y sistemas de irrigación prehistóricos en el Valle de Oaxaca", en *Boletín,* vol. 27, México, INAH, 1967, pp. 15-17.

O'BRIEN, Michael J. *et al.,* "Functional Analysis of Water Control Features at Monte Alban, Oaxaca, Mexico", en *World Archaeology,* vol. II, núm. 3, 1980, pp. 342-355.

PADDOCK, John, "Monte Albán: ¿Sede de imperio?", en *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos,* vol. XX, 1966, pp. 117-146.

PIRES-FERREIRA, Jane W., "Obsidian Exchange in Formative Mesoamerica", en K.V. Flannery (ed.), *The Early Mesoamerican Village,* Nueva York, Academic Press, 1976, pp. 292-306.

_____, "Shell and Iron-Ore Mirror Exchange in Formative Mesoamerica, with Comments on other Commodities", en K.V. Flannery (ed.), *The Early Mesoamerican Village,* Nueva York, Academic Press, 1976, pp. 311-328.

PYNE, Nanette M., "The Fire-Serpent and Were-Jaguar in Formative Oaxaca: A Contingency Table Analysis", en K.V. Flannery (ed.), *The Early Mesoamerican Village,* Nueva York, Academic Press, 1976, pp. 272-282.

SANDERS, William T. y Deborah L. Nichols, "Ecological Theory and Cultural Evolution in the Valley of Oaxaca", en *Current Anthropology,* vol. 29, núm. 1, 1988, pp. 33-80.

_____ y Robert S. Santley, "A Mesoamerican Capital", en *Science,* vol. 202, núm. 4365, 1978, pp. 303-304.

SANTLEY, Robert S., "Disembedded Capitals Reconsidered", en *American Antiquity,* vol. 45, 1980, pp. 132-145.

_____ y Phillip J. Arnold III, "Obscured by the Clouds", en *Journal of Anthropological Research,* vol. 40, núm. 1, 1984, pp. 211-230.

SERVICE, Elman R., *Primitive Social Organization: An Evolutionary Perspective,* Nueva York, Random House, 1972.

_____, *Origins of State and Civilization. The Process of Cultural Evolution,* Nueva York, N.W. Norton and Co., 1975.

SPENCER, Charles S., *The Cuicatlan Cañada and Monte Alban: A Study of Primary State Formation,* Nueva York, Academic Press, 1982.

SPORES, Ronald, *The Mixtecs in Ancient and Colonial Times,* Norman, University of Oklahoma Press, 1984.

WIESHEU, Walburga, *Cacicazgo y Estado arcaico: Evolución y distinción arqueológica de organizaciones sociopolíticas complejas*, México, INAH 1996. Colección Científica.

WINTER, Marcus C. y Jane W. Pires-Ferreira, "Distribution of Obsidian among Households in Two Oaxacan Villages", en K.V. Flannery (ed.), *The Early Mesoamerican Village,* Nueva York, Academic Press, 1976, pp. 306-311.

La zona maya en el Preclásico[1]

John E. Clark*
Richard D. Hansen**
Tomás Pérez Suárez***

Introducción

En términos simplemente de números y longevidad, los mayas fueron el pueblo más exitoso que habitó en Mesoamérica. Los datos lingüísticos históricos indican que en el sur de Mesoamérica se hablaba maya desde hace por lo menos 3500-4000 años (*c.* 2000-1500 aC), y que lo hablan hasta la fecha entre tres y cinco millones de habitantes en las regiones tradicionales cuya lengua madre es el maya.[2] Para la época de la conquista española, los territorios mayas cubrían más o menos la mitad de Mesoamérica, desde la franja oriental del Istmo de Tehuantepec hasta la parte occidental de Honduras y el oeste de El Salvador. Para entonces, el maya se había diversificado en 31 idiomas y dialectos (véanse figuras 1 y 2).

En la imaginación popular, el término "maya" evoca imágenes de las selvas tropicales de las tierras bajas de México y Guatemala. Ciertamente es casi irresistible el encanto de los resplandecientes templos de piedra cuyas cresterías asoman entre la bóveda de la selva, de las tumbas reales aderezadas con tesoros de jade o de los textos jeroglíficos delicadamente tallados en piedra con imágenes de reyes, reinas y cautivos. Retratada en la prensa popular

*Arqueólogo, investigador del Departamento de Antropología de la Universidad Brigham Young, Provo.
**Arqueólogo, investigador asociado del Instituto de Geofísica y Física Planetaria de la Universidad de California, Los Angeles.
***Arqueólogo, investigador del Centro de Estudios Mayas del Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM, México.

[1]Apreciamos enormemente los comentarios a borradores anteriores de este trabajo por parte de David T. Cheetham, Ray T. Matheny y Gareth W. Lowe. Sus sustanciales observaciones han moderado algunas de nuestras especulaciones más erráticas. En especial, agradecemos a David Cheetham su ayuda verificando información sobre la ocupación en los sitios y dibujando los mapas y la tabla cronológica. [Nota de los coordinadores: Este capítulo fue traducido por Juan Tovar.]

[2]Kaufman, *Idiomas de Mesoamérica*.

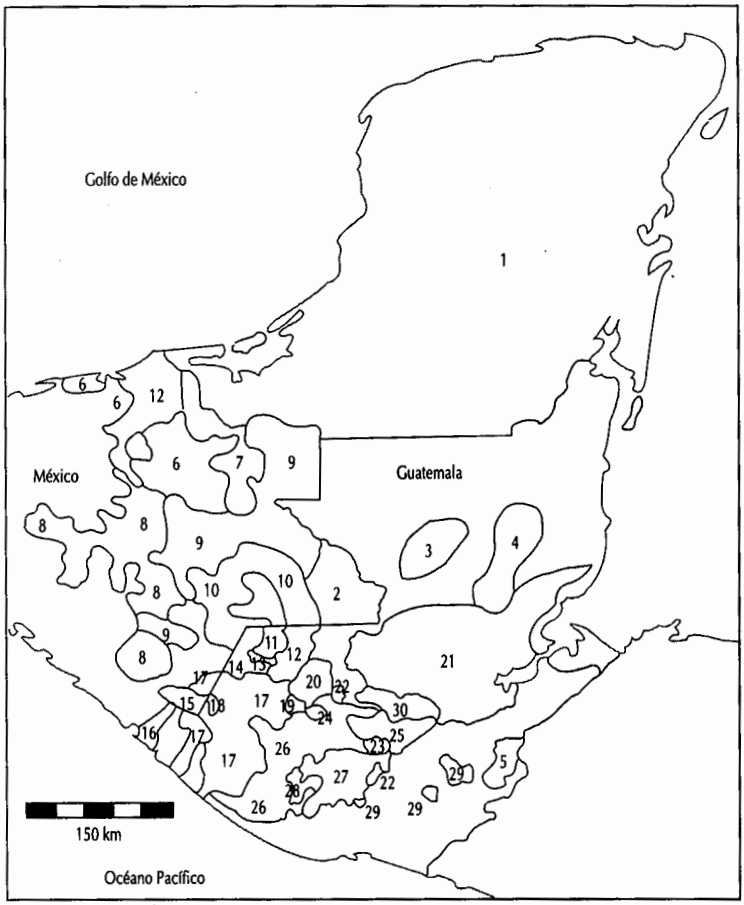


Figura 1. Distribución moderna de las lenguas mayas.
Redibujado de England y Elliot, *Lecturas...*, p. XIX.

como la cultura más compleja de Mesoamérica, a los mayas se les atribuye el mérito de la invención de un calendario y un sistema de escritura precisos, una escultura espléndida, una impresionante arquitectura en piedra y una variedad de arte portátil de calidad excepcional, que va desde los detallados jarrones policromos y mosaicos de jade, hasta las exquisitas imágenes de dioses talladas en excéntricos de pedernal. Para la mayoría de los eruditos, la civilización maya clásica de las tierras bajas fue la esencia de las civilizaciones mesoamericanas y, por lo general, se le relaciona con las cuestiones sobre los

Figura 2. Árbol lingüístico del maya común y sus derivados. Tomado de Houston *et al*., "The Language...".

orígenes de los mayas. Este enfoque resulta irónico puesto que hoy en día la mayoría de las personas que hablan maya viven fuera de las tierras bajas donde los desarrollos del Clásico son más pronunciados, y éste fue el caso también en la época de la conquista española (véase figura 1).

Aún no se puede narrar la historia completa de los orígenes de los mayas, puesto que no se sabe lo suficiente sobre los pueblos más antiguos que habitaron cada uno de los territorios mayas. Por el momento, sólo podemos acercarnos a una explicación de los orígenes de la civilización maya esbozando los contornos generales de la historia maya más antigua, según lo que se sabe en la actualidad. Nuestro propósito en este ensayo es doble. Primero consideramos los datos de la prehistoria maya antigua y argumentamos el nacimiento de un sistema estatal en la región central del Petén hacia el 300 aC. Posteriormente discutimos los posibles factores que llevaron a la formación de un estado, según sugieren estos datos. Sin embargo, antes de hacerlo, aclararemos las preguntas que guiaron nuestra investigación y las suposiciones que nos guiaron.

La cuestión de la génesis

En este ensayo estamos interesados en la génesis de la civilización maya. ¿Dónde, cuándo y cómo se desarrolló? Para nosotros, "génesis" implica conocer los orígenes y los procesos evolutivos e implica investigar a las sociedades mayas más tempranas y su desarrollo histórico. "Civilización" es un término ambiguo que puede significar "cultura", "sociedad estatal" o "sociedad estratificada"; aquí nos referimos a un sistema de estratificación social con las prácticas político-económicas y la tradición artística que la acompañan. ¿Cuándo y dónde detectamos las primeras señales claras de estratificación social y el estado entre los mayas? Aquí argumentamos que éstas se hicieron evidentes por primera vez en la cuenca de El Mirador en la región central de Petén, Guatemala.

"Maya" es el término más problemático en nuestro tema. Si se considera la existencia de 31 lenguas mayas, por lo menos en el momento de la Conquista (divididas en muchos más grupos étnicos), hay al menos otras tantas historias de génesis por narrarse. El punto aquí es que "maya" no denota una entidad homogénea y unitaria, sino una pluralidad de pueblos pertenecientes a una macro-familia lingüística. Los especialistas hacen una distinción arqueológica y etnográfica entre los grupos mayas de las regiones montañosas y de

las tierras bajas, pero cada división de esta dicotomía vertical también representa una pluralidad de pueblos y prácticas. La mayor parte de la divergencia en el lenguaje maya ocurrió después del Clásico; sin embargo, aun si limitamos nuestra atención a las épocas pre-"clásicas", encontramos que había diferencias importantes de lenguaje entre las personas que hablaban maya. Desde luego que si retrocedemos lo suficiente, eventualmente llegaremos a una época en la que se cree que todos los mayas hablaban la misma forma de proto-maya o "maya común", como lo denotan los lingüistas (véase figura 2). Los lingüistas históricos estiman que este periodo de habla común data de hace unos 3500-4000 años.[3] Sabemos que en esta época (*c.* 2000 aC) había pueblos establecidos en las regiones montañosas y en las tierras bajas; pero sus estilos de vida y cultura material eran tan simples que identificarlos como mayas resulta más una cuestión de fe que de inferencia científica. Para tratar cualquier génesis maya, debemos delimitar, en tiempo y espacio, al grupo maya en cuestión.

¿Cuándo vivieron los mayas?

El esquema cronológico general que se aplica a toda Mesoamérica se tomó prestado de las cronologías académicas del mundo mediterráneo y se aplicó a las primeras interpretaciones de la civilización maya. El "Clásico" (*c.* 250-900 dC) se refiere a la época que se cree representó la mayor población en las tierras bajas mayas, con el florecimiento cultural y artístico correspondiente (siguiendo la lógica de la designación del periodo "Clásico" griego). Las demás épocas se refieren a este supuesto pináculo de la cultura maya. Así, la época anterior se considera el "pre-Clásico" (en lo sucesivo, "Preclásico"), y la época posterior el "post-Clásico". El Clásico se designa técnicamente como la época en que se edificaron los monumentos de piedra con textos calendáricos en el sistema maya de Cuenta Larga. Los monumentos fechados más antiguos de los mayas de las tierras bajas datan de cerca del 250 dC, y los más recientes, fechados en Cuenta Larga, fueron edificados cerca del 900 dC. No hay duda alguna de que los pueblos de las tierras bajas del Clásico hablaban maya porque dejaron numerosas evidencias de su lenguaje y su identidad étnica en textos escritos, tallados en piedra, hueso y madera o pintados en vasijas de cerámica.

[3] Kaufman, *Idiomas de Mesoamérica*.

El Preclásico, como se definió originalmente, representa los desarrollos iniciales que fueron ascendiendo hasta llegar al clímax del "Clásico". Por definición, esta época es anterior a la popularidad de los monumentos de piedra con textos escritos. En consecuencia, carecemos de un testimonio escrito directo del idioma de estos pueblos preclásicos. En términos prácticos esto significa que mientras más distantes en el tiempo se encuentren los vestigios arqueológicos del Clásico maya, más difícil será atribuirlos a los pueblos mayas. Pero al considerar el estilo de su arte y arquitectura, estamos seguros de que los orígenes de la cultura maya pueden seguirse hasta cerca del 1000 aC, tanto en la región montañosa de Guatemala como en las tierras bajas de Guatemala y Belize.[4] La evidencia de épocas anteriores sigue siendo obscura.[5] Los periodos y fases de interés en este trabajo se muestran en la figura 3.

¿Dónde vivieron los mayas?

Por medio de antiguos documentos y descripciones de viajeros sabemos qué territorios estaban habitados por personas que hablaban maya al momento de la conquista española, y también sabemos en dónde viven hoy. ¿Pero siempre han ocupado esos territorios? Las historias nativas de los pueblos indígenas de Mesoamérica sugieren importantes desplazamientos de los pueblos en el pasado precolombino, como también lo sugiere la distribución moderna de los grupos étnicos y los aislamientos lingüísticos, como el de los huastecos que hablan maya al norte de Veracruz. En el pasado, los territorios de estados e imperios se modificaban de acuerdo con la fortuna política de sus gobernantes. En términos realistas, esto significa que no podemos estar seguros de la extensión territorial precisa de los grupos étnicos en un momento determinado; aunque esto se aplica más bien a los límites de los territorios que a su

[4] Para un buen resumen véase Andrews, "Early Ceramic History of the Lowland Maya".

[5] Hemos argumentado que los pueblos que utilizaban cerámica habitaron Belize alrededor del 900-1000 aC. Las primeras evidencias de lo anterior se encuentran en el sitio de Cahal Pech. Al hacer esta afirmación rechazamos forzosamente varias afirmaciones debatibles en lo que se refiere a la antigüedad de las aldeas mayas. Norman Hammond ha discutido que el complejo y aldea de Swasey, en Cuello, Belize, fue la primera en las tierras bajas mayas. En cierto momento, consideró que esta ocupación databa de alrededor del 2500 aC, y muchas de las fuentes secundarias referentes a los mayas suelen citar esta información. Sin embargo, recientemente Hammond ha reconsiderado los problemas de sus fechas de radiocarbono y secuencias cerámicas, y ha ajustado las fechas. Actualmente afirma que la fase Swasey data de alrededor del 1200 aC (Andrews y Hammond, "Redefinition of the Swasey Phase at Cuello, Belize"; Hammond, *Cuello: An Early Maya Community in Belize*). Ésta es una revisión sana, pero aún no puede respaldarse esa fecha tan antigua para esta ocupación. En el sitio de Cahal Pech, los restos de Swasey cubren materiales de la fase Cunil, que data de alrededor del 950 aC. Esto concuerda bien con la revisión que hace Andrews ("Early Ceramic History...", p. 6, n5) del sitio de Swasey, situándolo del 800 al 500 aC. Es importante señalar, sin embargo, que Swasey es más antiguo que los primeros materiales de cerámica en la Cuenca de El Mirador.

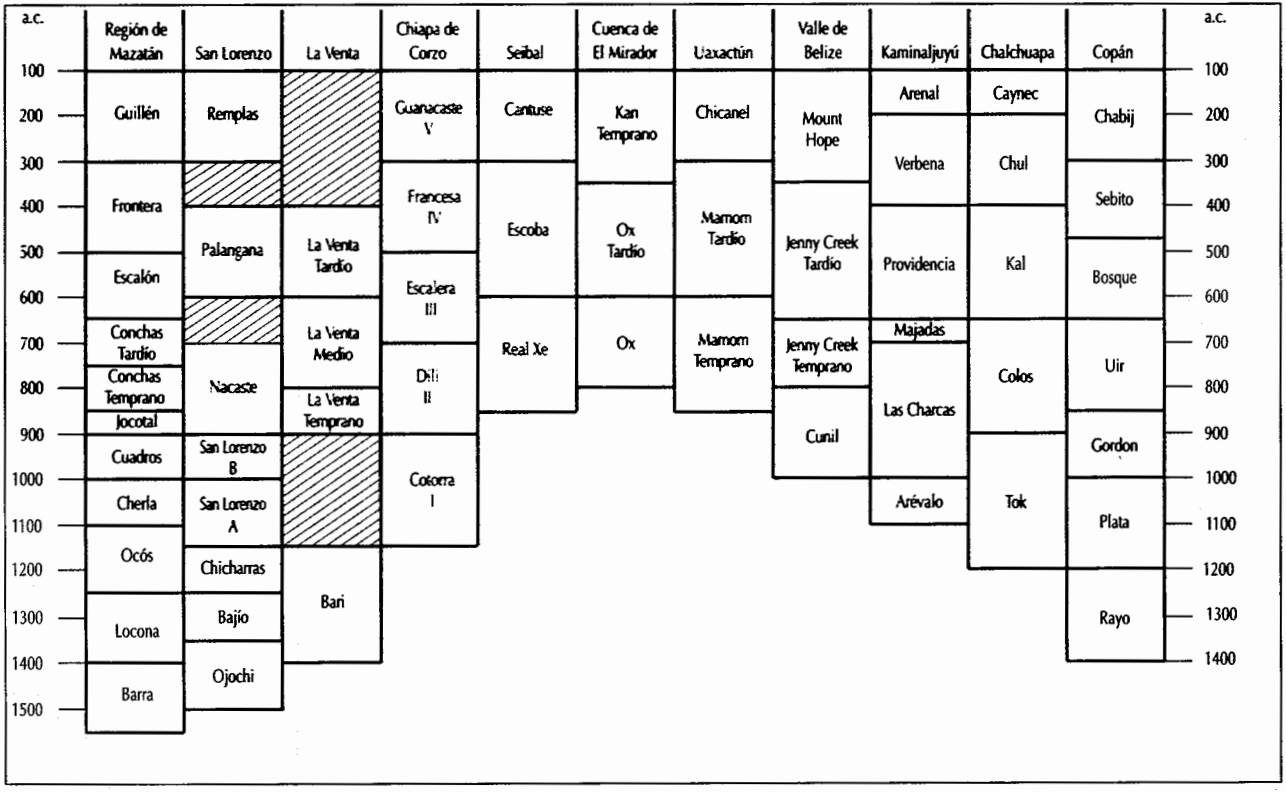


Figura 3. Cronología preclásica para Mesoamérica oriental. Basado en Hatch. *Kaminaljuyú*..., p. 8, fig. 5; Blake *et al.*, "Radiocarbon..."; Bryant y Clark, *Ceramic*...; Lowe, "The Heartland...", e información de RAINPEG (nota 5). Información sobre Copán cortesía de René Viel.

parte central. Como resulta obvio en la figura 1, los mayas ocuparon históricamente un territorio amplio. Su territorio creció y se contrajo en las fronteras este y oeste con el paso del tiempo, pero no hay ninguna evidencia convincente de que el área central haya estado ocupada por pueblos que no fueran mayas. Las tierras bajas mayas, por ejemplo, probablemente han estado pobladas por pueblos de habla maya desde hace 4000 años. Aún está por verse si algún otro pueblo se asentó en esta región.[6]

En contraste, la ocupación maya en Chiapas, la frontera occidental de los mayas, cambió a través del tiempo conforme los pueblos mayas de las tierras bajas se expandieron hacia el oeste. Durante gran parte de su historia antigua, Chiapas estuvo ocupada probablemente por pueblos que hablaban mixe-zoque o zoque (véase más adelante). Vale la pena señalar que, durante este antiguo periodo, algunas regiones de Mesoamérica permanecieron deshabitadas o con escasa población. Al momento de la conquista española, la frontera entre los hablantes de maya y los de zoque cruzaba por el centro de Chiapas (véase figura 1). Esta línea de demarcación se estableció apenas alrededor del 200 aC cuando los mayas de las tierras bajas se asentaron en la

[6]En la nota anterior señalamos que no existe evidencia cerámica firme en las tierras bajas mayas anterior al 950 aC. ¿De qué manera, podemos argumentar la presencia de pueblos que hablaban maya antes de esta fecha? Se conoce una ocupación del Arcaico tardío en el sitio de Colhá, Belize, a través del estudio que llevan a cabo Thomas R. Hester, Harry J. Shafer y sus colegas. Uno de sus alumnos, Harry Iceland (*The Preceramic Origins of the Maya...*) ha reconstruido algunas de las tecnologías líticas antiguas asociadas con este sitio, donde se producían instrumentos de piedra. La técnica para hacer hachas unifaciales con mango durante el Arcaico tardío es única, y un claro antecedente de las técnicas empleadas después, en el Preclásico medio. En pocas palabras, existe una clara continuidad en algunas técnicas un tanto inusitadas de producción de instrumentos de piedra en la misma área, de Belize. La primera atribución que podemos hacer de dichas técnicas a un pueblo real, es a los mayas. No existe ninguna razón para creer que los pueblos más antiguos no eran parte del mismo grupo. La información proporcionada por los lingüistas históricos nos sugiere que la divergencia del maya común debe haber comenzado hace aproximadamente 4,000 años, por lo que parece razonable que los pueblos que hablaban maya estuvieran presentes en Belize en épocas precerámicas.

La mejor evidencia que existe del asentamiento en las tierras bajas mayas data aproximadamente del 800 aC, y consiste en fragmentos de vasijas de cerámica. La cerámica más antigua que se conoce de las aldeas del límite occidental de las tierras bajas, de los sitios de Seibal y Altar de Sacrificios, es de un estilo más cercano a los artículos de cerámica utilizados por los grupos que hablaban mixe-zoque y que habitaron la región central de Chiapas más al occidente, de manera que es probable que los pueblos mixe-zoques de esta región se hayan asentado en el límite occidental del norte de Petén (Andrews, "Early Ceramic History..."). Ésta es una hipótesis razonable, pero no hemos tenido la oportunidad de evaluarla personalmente y de manera independiente, mediante el examen de todas las colecciones de cerámica antigua involucradas. Mientras tanto, aceptamos la evaluación que hace Andrews de esta cuestión. Si él está en lo correcto, entonces la historia antigua de la cerámica de las tierras bajas implica múltiples fuentes para las primeras aldeas, con la llegada de agricultores sedentarios del oeste (Chiapas), del este (Belize) y quizá del sur (región montañosa de Guatemala). Una de las implicaciones de esta historia de ocupación es un proceso social complicado en siglos posteriores, debido a que no todos los pueblos habrían hablado maya originalmente o el mismo dialecto maya. Hablar lenguas múltiples era, muy probablemente, algo común. Sea cual fuere el caso, la información conocida sobre la cerámica para periodos posteriores en estos mismos sitios, indica una convergencia de estilos, o un proceso de homogeneización en la cultura material que sugiere que todos estos aldeanos antiguos se convirtieron en parte de la misma cultura maya central, sin importar qué raíces tuvieran.

región montañosa de Chiapas, escasamente poblada, e incorporaron a los zoques de la región superior de los tributarios del valle del río Grijalva.[7] Como discutimos más adelante, creemos que este fenómeno específico fue parte de las políticas expansionistas de uno de los principales (y quizás el primero) estados mayas, centrado en El Mirador, Guatemala.

¿Qué es lo maya?

Las porciones centrales del territorio maya parecen haber estado ocupadas siempre por pueblos de habla maya. En la parte central de las tierras bajas, se puede rastrear a los mayas hasta cerca del 1000 aC. ¿Pero cómo sabemos que estos primeros aldeanos sedentarios de los territorios mayas tradicionales fueron en efecto mayas? Aquí dependemos de la historia y la evidencia de prácticas culturales. Tanto en la región montañosa como en las tierras bajas, los especialistas han demostrado una continuidad histórica en las prácticas culturales y estilos artísticos del Clásico desde un milenio atrás.[8] El arte y la arquitectura más antiguos en estas áreas parecen ser prototipos de las formas mayas posteriores, y haber evolucionado en éstas. Así, los especialistas asignan la misma autoría étnica a los prototipos y a las formas evolucionadas.

Las conexiones demostrables entre los mayas del Preclásico y el Clásico han borrado la mayoría de las distinciones originales que se utilizaron para establecer un marco cronológico. Tradicionalmente, el Clásico maya se ha considerado el de mayores logros en casi todos los frentes culturales, incluyendo la arquitectura, la escultura, el arte lapidario y la política. Sin embargo, la investigación de los mayas del Preclásico ha demostrado de manera convincente que muchos logros importantes datan de mucho antes. Estos incluyen grandes ciudades, importantes plataformas y pirámides, construcción monumental en tierra, y un complejo arte escultórico y arquitectónico que datan aproximadamente del 300 aC y quizá de antes.[9] Creemos que los mayas de este periodo ya estaban organizados en una sociedad estatal.[10] Nuestro propósito aquí es describir brevemente los desarrollos que llevaron a su surgimiento y sus posibles consecuencias.

[7] Véase Bryant y Clark, "Los primeros mayas precolombinos de la cuenca superior del río Grijalva"; Lowe, "The Mixe-Zoque as Competing Neighbors of the Early Lowland Maya".

[8] Andrews y Hammond, "Redefinition of the Swasey Phase...".

[9] Cheetham, *Interregional Interaction*...; "A Termini Group..."; Hansen, *Excavations on Structure 34 and the Tigre Area*...; *Excavations in the Tigre Complex*...; Matheny, "Investigations at El Mirador..."; "Early States in the Maya Lowlands..."; Sharer, "The Preclassic Origin of Lowland Maya States"; *Daily Life in Maya Civilization*

[10] Hansen, *Excavations on Structure 34*...; *Excavations in the Tigre Complex*...; *The Archaeology of Ideology*...; Matheny, "Investigations at El Mirador..."; "Early States...".

De entrada, es útil reconocer las irregularidades de los datos disponibles. Hay mucho que aún se desconoce. En consecuencia, cualquier relato de los orígenes de los mayas deberá ser, en diversos grados, especulativo. Este ejercicio es un intento preliminar de mancomunar nuestros conocimientos y los datos de las tierras bajas mayas y áreas adyacentes, con la esperanza de que al incrementar los datos podamos percibir la historia maya antigua con mayor claridad. Sin embargo, aún después de reunir estos recursos, siguen siendo posibles muchas explicaciones alternativas. A diferencia de lo que opina Hansen, los olmecas antiguos son para Clark y Pérez clave en la explicación de los orígenes de la civilización maya. En la parte final de este ensayo discutiremos algunas de nuestras diferencias.

¿Qué es génesis?

Existen muchas narraciones de la génesis maya. Algunas han sido conservadas entre los pueblos mayas vivos, pero la mayoría son descripciones confeccionadas por los arqueólogos para explicar el registro arqueológico.[11] Por razones obvias, las similitudes entre estos dos tipos de narrativa rara vez se hacen explícitas. Por ejemplo, la narración del *Popol Vuh*, el libro sagrado de los mayas quichés de la región montañosa de Guatemala, es obviamente mítica; pero las interpretaciones igualmente míticas de los arqueólogos de campo se expresan en lenguaje científico y "objetivo". En todo momento estamos limitados por los artefactos disponibles, por las deducciones de lo que dichos artefactos posiblemente representen y signifiquen, y los procesos sociales evolutivos que puedan indicar. Estas historias cambian conforme se tiene acceso a una evidencia mayor y mejor.

La narración más antigua que tenemos de una génesis maya proviene del sitio maya Clásico de Palenque, Chiapas, y fue registrada en el siglo VII de nuestra era. Al igual que su padre Pakal el Grande, Kan Balam II, penúltimo rey de Palenque, hizo que la genealogía de su poder regio se tallara en monumentos que rastreaban su linaje real hasta las deidades originales masculina y femenina, en el amanecer de esta creación. Se dice que el primer rey mortal de esta lista de reyes, Kix Chan, ascendió al trono el 28 de marzo de 967 aC a la edad de 26 años.[12] Esta fecha corresponde de manera notable con los inicios de las comunidades agricultoras mayas en las tierras bajas y el sur-

[11] Véase Adams, *The Origin of Maya Civilization*.
[12] Schele y Freidel, *A Forest of Kings*..., p. 219.

gimiento de la monarquía divina entre los olmecas, de quienes los mayas heredaron esta institución.[13] ¿La inscripción de Palenque es simplemente un mito o es historia legendaria? ¿Qué nos puede decir el registro arqueológico sobre el desarrollo de la monarquía entre los mayas? Esta fecha sobre el rey más antiguo resulta especialmente notable debido a que Palenque tenía una ocupación mínima o nula en el periodo Preclásico.[14]

En la siguiente discusión exploraremos estos temas y otros relacionados. Nuestra narración está organizada en orden cronológico, empezando con el Preclásico temprano hasta el establecimiento de las comunidades principales en la cuenca de El Mirador, en el Petén, al norte de Guatemala, en el periodo que va aproximadamente del 850 al 300 aC. Sólo presentamos un breve bosquejo de los desarrollos generales, como lo ilustran ciertos rasgos particulares de los sitios involucrados, y en las secciones finales describimos la cuenca de El Mirador con mayor detalle.

El amanecer de Mesoamérica (2000-1000 aC)

Aunque todavía se conoce de manera muy deficiente, se puede argumentar que el segundo milenio aC fue el más trascendental de la prehistoria mesoamericana. Este periodo de mil años presenció desarrollos revolucionarios en la tecnología, las prácticas de subsistencia, la economía, la organización social y política, y los ritos y creencias religiosas. Al principio del milenio, la parte central de América se hallaba escasamente poblada por pequeños grupos seminómadas de cazadores, pescadores y horticultores; para el final, la civilización agraria había florecido completamente entre los olmecas de las tierras bajas de la costa del Golfo. Aunque aún están por definirse los detalles de estos desarrollos dinámicos, parece ser que los mayas de las tierras bajas tuvieron poco que ver. Dicho con más cautela, actualmente no existe ninguna evidencia que indique que los mayas participaran de modo significativo en estos primeros desarrollos de la civilización mesoamericana.[15]

La figura 4 muestra la distribución de los sitios aldeanos hacia el 1400 aC.[16] Es notoria la ausencia de cualquier tipo de asentamiento maya en las tierras bajas; los asentamientos conocidos prácticamente rodeaban la región que

[13] Clark y Blake, "The Problematic Evolution of Maya Lords".
[14] Rands, "The Rise of Classic Maya Civilization in the Northwestern Zone...".
[15] Véase Adams y Culbert, "The Origins of Civilization in the Maya Lowlands"; Willey, "The Rise of Maya Civilization: A Summary View".
[16] Todas las fechas se dan en años de radiocarbono.

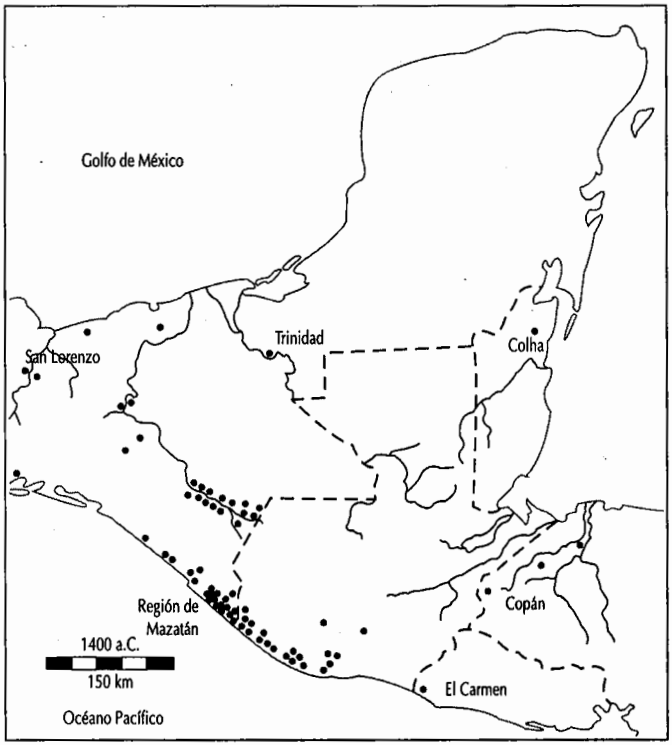


Figura 4. Distribución de aldeas en la proto-Mesoamérica oriental alrededor del 1400 aC.

eventualmente llegó a ser el hogar primario de los mayas de las tierras bajas. Sin embargo, dada la evidencia de polen, parece que ciertos sectores de las tierras bajas eran visitados o estaban ocupados, por lo menos desde el 2200 aC, por horticultores semisedentarios que talaron y quemaron secciones del bosque para plantar maíz.[17] Pero aún no se han encontrado restos claros de artefactos pertenecientes a este periodo.

Las mejores evidencias de los antiguos desarrollos durante este periodo provienen de la región de la costa del Pacífico de Chiapas. Para el 2000 aC, la región estaba ocupada por cazadores-pescadores-recolectores seminómadas. Durante parte del año cosechaban pescado y mejillón –y quizás camarón– de

[17] Brenner, Leyden y Binford, "Recent Sedimentary Histories..."; Deevey *et al.*, "Mayan Urbanism..."; Pohl *et al.*, "Early Agriculture in the Maya Lowlands".

las lagunas estuarias. El resto del año cazaban y cultivaban tierra adentro.[18] Para el final del Arcaico tardío, los concheros del estero se utilizaban exclusivamente durante la temporada de lluvias; antes se les visitaba todo el año.[19]

Para el periodo que comienza alrededor del 1600 aC, encontramos evidencias de la adopción de la tecnología cerámica y un cambio del seminomadismo a la residencia permanente en grandes aldeas. La primera cerámica consistía en formas elaboradas (véase figura 5) que pudieron ser utilizadas en rituales públicos en los que se bebía chocolate o cerveza de maíz. En esta época, también son notorias las desigualdades en cuanto al tamaño y la elaboración de las residencias y en el consumo de bienes importados, como la obsidiana y el jade.[20] En el sitio llamado Paso de la Amada, en la costa chiapaneca, se descubrió una cancha grande para el juego de pelota que también data de este periodo.[21]

De especial importancia resultan las evidencias de un cambio significativo en la organización social y política a lo largo de la costa del Pacífico. Suponemos que al principio del milenio, los pequeños grupos móviles de cazadores y pescadores estaban organizados de manera igualitaria, y las responsabilidades de liderazgo del grupo se rotaban entre aquellos individuos con mayor habilidad y experiencia. Sin embargo, para el 1400 aC, vemos en Chiapas evidencias del surgimiento de la desigualdad hereditaria.[22] En ese entonces la gente vivía junta, en aldeas más grandes, permanentes y gobernadas por caciques hereditarios. Vale la pena subrayar que la sociedad aldeana y la tecnología cerámica se propagaron ampliamente en las tierras bajas de Mesoamérica más o menos en el mismo periodo;[23] parte de esta propagación e interacción estrecha entre vecinos hubiera involucrado el conocimiento de la jerarquización social y la distinción hereditaria de rango.

Los desarrollos más espectaculares del segundo milenio aC ocurrieron en las tierras bajas de la costa del Golfo, en lo que hoy en día son Tabasco y Veracruz, con el surgimiento de la civilización olmeca. La comprensión de los desarrollos antiguos de esta región es aún deficiente, pero para el 1400 aC existían pequeñas comunidades aldeanas en esta región, con arte cerámico,

[18] Voorhies, "The Transformation from Foraging to Farming..."; Voorhies *et al.*, "Ancient Shrimp Fishery".
[19] Kennett y Voorhies, "Oxygen Isotopic Analysis...".
[20] Clark y Blake, "The Power of Prestige...".
[21] Hill *et al.*, "Mesoamerica's Earliest Ballcourt".
[22] Clark, *The Development of Early Formative Rank Societies...*
[23] Clark y Gosser, "Reinventing Mesoamerica's First Pottery".

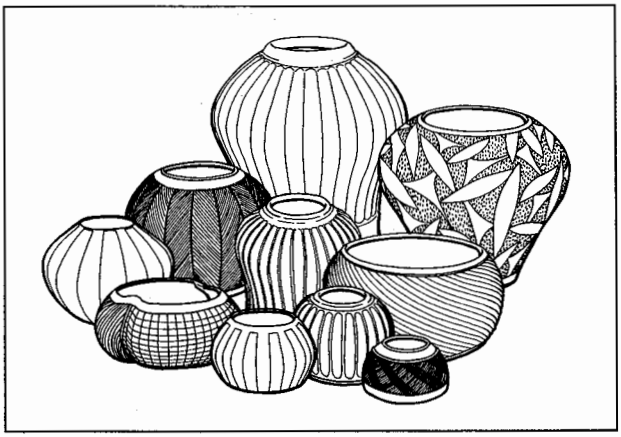


Figura 5. Ilustración reconstructiva de la antigua alfarería de la fase Barra de la costa del Pacífico de Chiapas.

juego de pelota y rituales complejos.[24] Estas sociedades antiguas tenían lazos muy cercanos con los pueblos de la costa del Pacífico de Chiapas.[25] Sospechamos, por lo tanto, que también las sociedades antiguas de la costa del Golfo pudieran haber estado basadas en un sistema hereditario de distinciones de rango durante esta época.

Aun no se han podido determinar plenamente los procesos involucrados en el surgimiento de la civilización olmeca,[26] pero resultan periféricos a nuestra historia sobre la génesis maya. Es suficiente señalar que para el 1100-1000 aC, San Lorenzo era una comunidad bulliciosa que probablemente servía como centro de intercambio comercial y de culto. Al ser la primera ciudad verdadera de Mesoamérica, su prosperidad hubiera resultado evidente hasta para un visitante fortuito del 1000 aC. La ciudad cubría cerca de 7 km^2 y estaba ornada con elaboradas construcciones de tierra, residencias para la elite, y asombrosas esculturas monumentales de reyes guerreros y dioses.[27]

Los olmecas de San Lorenzo estaban visiblemente más adelantados que cualquiera de sus vecinos. Inventaron un sistema político y elevaron el ejercicio del poder a nuevas culturas. Ahora, las poblaciones de miles vivían orga-

[24] Ortiz y Rodríguez, "Los espacios sagrados olmecas...".
[25] Clark, "The Arts of Government in Early Mesoamerica".
[26] Véase González Lauck, en este mismo volumen.
[27] Cyphers, "Reconstructing Olmec Life at San Lorenzo".

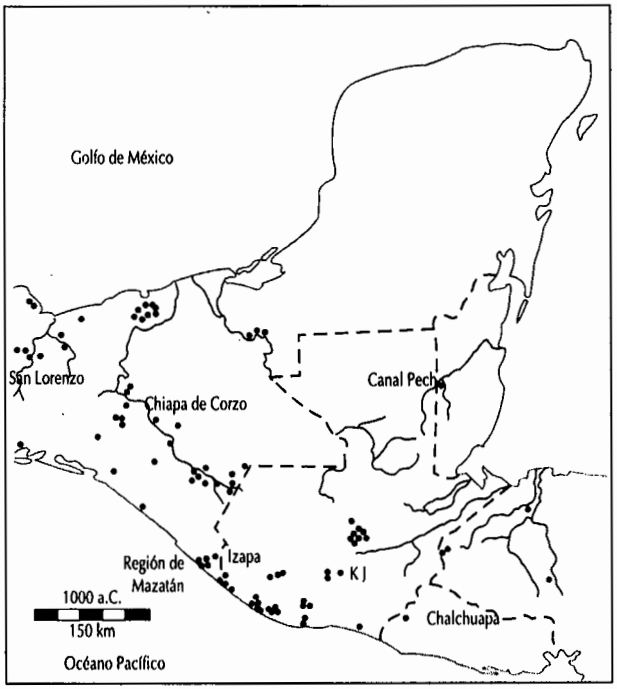


Figura 6. Distribución de localidades en Mesoamérica oriental alrededor del 1000 aC.

nizadas de acuerdo con los principios de estratificación social y eran gobernadas por reyes y otros funcionarios nobles. Los olmecas también formalizaron gran parte del panteón de dioses mesoamericanos y los protocolos de gobierno real, incluyendo el atuendo y la parafernalia reales.[28]

Como sucede con la mayoría de las innovaciones importantes, los adelantos de los olmecas en tecnología, organización social, gobierno, rituales políticos y cosmología pronto fueron conocidos por sus vecinos. La influencia olmeca se extendió rápidamente a través de la proto-Mesoamérica al final del segundo milenio aC y en el milenio siguiente, como resulta obvio por la amplia distribución de cerámica, figurillas y motivos olmecas.[29] La figura 6 muestra sitios del periodo temprano de los olmecas. De especial importancia sigue siendo la continua ausencia de aldeas permanentes conocidas en la

[28] Véase Clark, "The Arts of Government...".
[29] Clark, "The Arts of Government...".

región central de las tierras bajas mayas. Los asentamientos conocidos permanecen en las mismas áreas que antes (compárense las figuras 4 y 6).[30]

Se cree que tanto los olmecas antiguos como sus predecesores de la región de la costa del Pacífico hablaban lenguas que antecedieron al mixe y al zoque. Si tomamos la ubicación de los sitios de estas culturas antiguas como indicador de la distribución de la población durante esa época (véanse figuras 4 y 6), obtendremos un primer esquema lingüístico que aparece en la figura 7. Para el 1400 aC, pequeños grupos de mayas habitaban Belize y regiones adyacentes,[31] pero al parecer aún no habían adoptado la tecnología cerámica ni la vida sedentaria aldeana. Sólo se ha descubierto una aldea de este periodo, Cahal Pech, Belize, en toda la región de las tierras bajas mayas, y data de la parte final de este periodo (*c.* 950 aC).[32] Sin embargo, las cosas cambiarían drásticamente en los siglos siguientes.

Diáspora, asentamiento y unificación (1000-600 aC)

El siglo IX aC fue uno de los periodos más agitados de la prehistoria mesoamericana. Siguiendo muy de cerca el desarrollo de la elevada cultura de los olmecas de San Lorenzo, vino el derrumbe de los sistemas económico y político de este importante centro, el cual se abandonó en ruinas alrededor del 900 aC.[33] La caída de esta poderosa ciudad dejó un vacío de poder en Mesoamérica, que permitió a muchos grupos menores competir por el dominio regio-

[30] Algunos de los asentamientos mostrados en la figura 6 están dentro de lo que se considera el área maya. El caso más notable es Copán, cuyas primeras ocupaciones datan del 1400 aC, aproximadamente. Para algunos especialistas, la información temprana sobre Copán indica una profunda historia para los mayas. Sin embargo, uno debe tener cuidado de evitar las suposiciones viciosas en lo que se refiere a la identidad étnica de los pueblos antiguos. Basados en las colecciones cerámicas y en las similitudes interregionales, la época temprana de Copán no parece ser, decididamente, maya. El complejo más temprano de cerámica en ese lugar –el complejo Rayo– (Viel, *Evolución de la cerámica de Copán, Honduras*) tiene similitudes cercanas con la alfarería contemporánea de la fase Locona del Soconusco (Clark, observación personal, 1997). De manera similar, el complejo Gordon se asemeja mucho al estilo olmeca temprano. En pocas palabras, los complejos más tempranos en Copán parecen más mixe-zoques que mayas. Del hecho que esta región se haya vuelto maya con transcurso del tiempo, no existe la menor duda. Pero si su historia temprana era en realidad mixe-zoque, de la presencia maya posterior surge entonces una pregunta histórica que necesita ser respondida. ¿De qué manera pasó la región a estar bajo control maya? ¿Y cuándo? Para propósitos de la discusión actual, el punto fundamental es que la ocupación temprana en Copán, así como en las tierras altas de Guatemala, no contradice nuestra tesis de los principios de la civilización de las tierras bajas mayas provenientes de la región de Belize. Véase Andrews ("Early Ceramic History...") para los argumentos sobre la cerámica.

[31] Iceland, *The Preceramic Origins of the Maya*...

[32] Awe, *Dawn in the Land Betwen the Rivers*...; Awe *et al.*, "Early Middle Formative Occupation..."; Cheetham, *Interregional Interaction*...; "A Termini Group...".

[33] Coe y Diehl, *In the Land of the Olmec*...

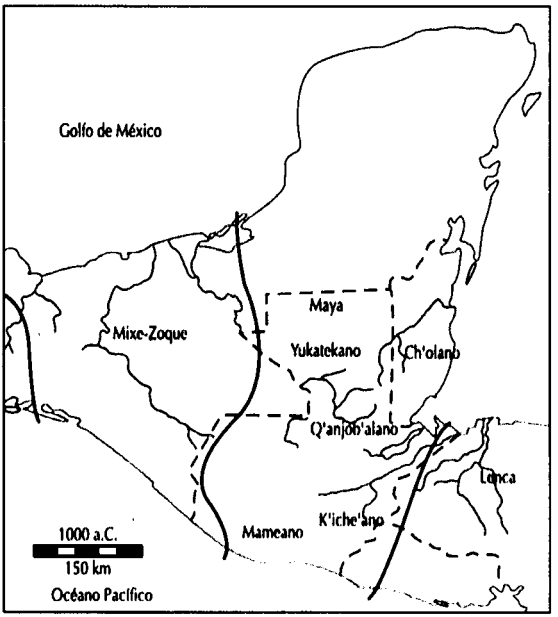


Figura 7. Distribución hipotética de los grupos de lenguas antiguas alrededor del 1000 aC.

nal. También en este siglo encontramos la primera evidencia de asentamientos permanentes y sociedad de rangos en las tierras bajas mayas (véase figura 8).[34]

Es importante destacar la situación general en Mesoamérica hacia el 900-800 aC, para apreciar los acontecimientos específicos que ocurrieron en sus diversas regiones. La entidad política más impresionante que se conocía hasta entonces se había derrumbado, y su sistema de gobierno real había sido decapitado, dejando así el campo libre a antiguos subalternos para buscar un gobierno real en sus propias regiones pequeñas. Las concepciones olmecas del poder, la riqueza, la sociedad, el gobierno, los dioses y el cosmos se conocían extensamente y se adoptaban localmente (es posible que muchos olmecas que habían ocupado las tierras bajas de la costa del Golfo abandonaran esta región para asentarse en otro lugar, aunque por el momento no hay ninguna evidencia concreta de esto). La arqueología del oriente mesoameri-

[34] Cheetham, *Interregional Interaction*...

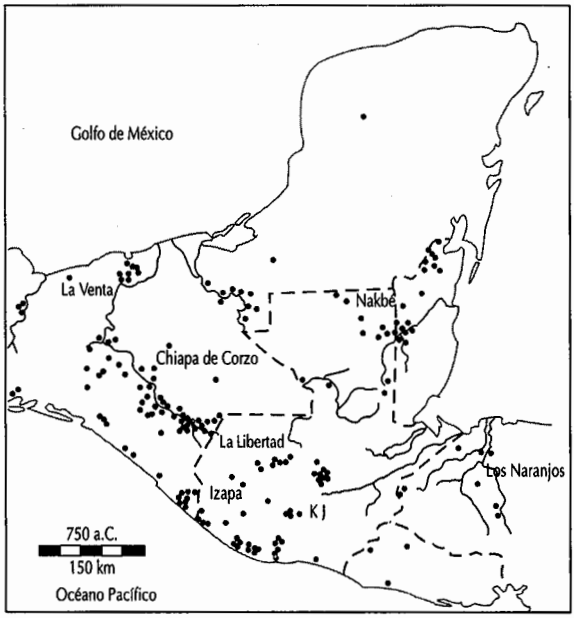


Figura 8. Distribución de sitios en Mesoamérica oriental alrededor del 750 aC.

cano indica un movimiento significativo de pueblos tras el derrumbe de San Lorenzo. Se conocen asentamientos permanentes que datan del 900-800 aC en las regiones montañosas de Guatemala y el centro del Petén. Sin embargo, es importante señalar que ninguno de ellos parece haber sido fundado por olmecas desposeídos. Las comunidades parecen haber sido establecidas por pueblos mayas, probablemente los mismos pueblos que anteriormente habían utilizado estas regiones como territorios de caza.

La propagación de un modo de vida sedentario en la región central del Petén es bastante manifiesta en el patrón arqueológico de los asentamientos antiguos, durante lo que se conoce como el horizonte "pre-Mamom" (véase figura 8). Se han encontrado rastros de aldeas y cerámica antiguas en los sitios de Seibal,[35] Altar de Sacrificios,[36] Tikal,[37] Nakbé,[38] El Mirador,[39] Uaxac-

[35] Sabloff, *Excavations at Seibal*...; Smith, "Major Architecture and Caches"; Willey, "Type Descriptions...".
[36] Adams, *The Ceramics of Altar de Sacrificios*; Willey, "The Rise of Clasic Maya Civilization...".
[37] Culbert, "Early Maya Development at Tikal, Guatemala".
[38] Forsyth, "The Ceramic Sequence at Nakbé, Guatemala"; Hansen, "An Early Maya Text...".
[39] Forsyth, *The Ceramics of El Mirador*...; Hansen y Forsyth, "Late Preclassic Development of Unslipped Pottery..."; Matheny, "Investigations at El Mirador..."; "Early States in the Maya Lowlands...".

tún,[40] Río Azul,[41] Lagos Yaxhá-Sacnab,[42] Cuello,[43] Colhá,[44] Barton Ramie,[45] Nohmul[46] y Cahal Pech.[47] El panorama limitado que nos ofrecen estos datos es de asentamientos permanentes de agricultores sedentarios mayas provenientes de Belize, en las tierras bajas de Chiapas, cerca del 800-750 aC.[48] Esto habría implicado un proceso dual de desplazamientos de algunos agricultores sedentarios, así como la incorporación de grupos más movibles que quizás ya habitaran en el Petén. Como señalamos, es probable que los mayas de Belize ya tuvieran rangos sociales en esta época.[49] A lo largo de los dos siglos siguientes se adoptaron ampliamente los mismos estilos de artefactos y prácticas culturales entre estos primeros agricultores sedentarios, y su consolidación bajo un sistema uniforme de producción cerámica, intercambio a larga distancia (obsidiana, concha y jade), estilos arquitectónicos y técnicas de construcción. Los pueblos en la región de Belize parecen haber iniciado este proceso un poco antes. Al parecer, el Petén central se encontraba ampliamente habitado por la gente de Belize, como una extensión lógica del sistema del río Belize hacia los lagos y bajos del interior. Concordamos en que estos primeros mayas probablemente hablaban lenguas cholanas.[50]

[40] Ricketson, "Part II: The Artifacts".

[41] Valdez, "Religion and Iconography of the Preclassic Maya at Rio Azul...".

[42] Rice, "Ceramic and Non-ceramic Artifacts of Lake Yaxha-Sacnab...".

[43] Andrews y Hammond, "Redefinition of the Swasey Phase at Cuello, Belize"; Hammond, *Cuello: An Early Maya Community in Belize*; Kosakowsky, *Prehistoric Pottery at Cuello, Belize*; Pring, *Illustrations for Preclassic Ceramic Complexes...*

[44] Adams y Valdez, "The Ceramics of Colhá..."; Valdez, "The Ceramics of Colhá...".

[45] Sharer, "The Jenney Creek Ceramic Complex at Barton Ramie"; Willey *et al.*, *Prehistoric Maya Settlements in the Belize Valley*.

[46] Hammond, *Nohmul: A Prehistoric Maya Community in Belize...*

[47] Ball, *Cahal Pech...*; Cheetham y Awe, "The Early Formative Cunil Ceramic Complex...".

[48] Andrews, "Early Ceramic History of the Lowland Maya".

[49] Cheetham, *Interregional Interaction...*

[50] El argumento acerca de la identidad *cholana* o del periodo temprano de los mayas en Belize es algo complicado, y requiere la aceptación de muchas propuestas que no podemos detallar aquí. Aceptamos la propuesta de que los hablantes de maya estuvieron presentes en el área de Belize en épocas precerámicas (véase nota 6), y que las prácticas culturales de la cerámica y la vida en aldeas se extendió de allí al Petén central. También creemos que algunos de los pueblos de Belize también emigraron tierra adentro hacia la Cuenca de El Mirador. Las tradiciones de la cerámica en las tierras bajas centrales mayas parecen haberse desarrollado a partir de las de Belize; como resultado, le concedemos a esta área el privilegio de ser el probable cimiento del principal grupo étnico de las tierras bajas mayas. Inferimos su identidad al observar épocas posteriores. Nuestra otra suposición principal es que el maya clásico hablaba y escribía en cholti, como argumentan Houston, Robertson y Stuart (véase también Macleod y Reents-Budet, "The Art of Calligraphy..."; "The Language of Classic Maya Inscriptions"). Como se discute aquí, creemos en el surgimiento de un estado chicanel en la cuenca de El Mirador para el 300 aC, y que posteriormente, la civilización maya clásica se basó en este sistema antiguo. La evidencia de préstamos tempranos de palabras del maya a otros dialectos del maya sugiere que la lengua donante fue el cholti (véase Justeson *et al.*, *The Foreign Impact on Lowland Mayan Language and Script*). Tenemos la sospecha de que muchos de estos préstamos sucedieron como parte de los procesos sociales y políticos que se dieron con la extensión inicial del estado (o estados) chicanel durante el Preclásico tardío. En pocas pala

Antes del periodo pre-Mamom, el Petén y la península de Yucatán eran territorios escasamente poblados –o así suponemos– por cazadores, forrajeros y horticultores móviles. Estos pueblos probablemente hubieran estado conscientes de los desarrollos en las regiones adyacentes (es decir, el uso de cerámica, el asentamiento en aldeas permanentes y el cultivo intensivo de maíz, mandioca, calabaza, camote, etcétera). La aparente resistencia de los mayas antiguos para adoptar estas prácticas debería verse con tolerancia: como una decisión consciente de su parte, más que como consecuencia de su ignorancia. Si esto es cierto, ¿por qué cambiaron sus prácticas algunos grupos mayas al principio del Preclásico medio? Parte de la explicación puede ser el ambiente de apertura social y política que siguió a la caída de San Lorenzo. Otro factor importante puede haber sido el mejoramiento de las circunstancias ecológicas y posibilidades viables de una agricultura de maíz basada en el temporal. Para el 900 aC, los cambios genéticos del maíz dieron por resultado mazorcas más grandes y con una resistencia mayor, al grado que el maíz se volvió una cosecha viable en climas más secos que dependían exclusivamente de las lluvias.[51] El maíz se convirtió en el cultivo preferido durante el periodo Preclásico medio y quizás se le haya promovido activamente como producto alimenticio, como parte del culto al gobernante.[52] Resulta importante que el simbolismo del maíz se hizo popular en Mesoamérica en esta época.[53]

La distribución general de sitios, centros y bienes de comercio en el Preclásico medio sugiere una política comercial y una economía política más abiertas. La Venta[54] era el centro dominante de una extensa red de centros. Es significativo que las principales capitales regionales del interior de Chiapas adoptaran la misma distribución de sitio de La Venta.[55] Los artículos de jade se volvieron mercancías particularmente valoradas en esta época.

El conjunto de esculturas conmemorativas de piedra del centro olmeca de La Venta sugiere que la población local estaba organizada como un reino dirigido por reyes divinos. A diferencia de los gobernantes olmecas más

---

bras, suponemos por tanto que las sociedades de la cuenca de El Mirador eran descendientes directas de los primeros pueblos en utilizar la cerámica en Belize, y que la primera sociedad estatal en la cuenca de El Mirador fue choltí; por ende, nuestra asignación de los primeros mayas en Belize a este grupo lingüístico. Posteriormente, este grupo incorporó otros grupos de diferentes antecedentes lingüísticos o culturales (véase nota 6).

[51] *Cf.* Kirkby, *The Use of Land and Water Resources*...; Nichols, "Land Use in Prehispanic Oaxaca".

[52] Véase Taube, "The Olmec Maize God...".

[53] Pérez, "Los olmecas y los dioses del maíz en Mesoamérica".

[54] Véase González Lauck, en este mismo volumen.

[55] Clark *et al.*, "The Zoque Identity of the La Venta Olmecs".

Figura 9. Monumento 77 de La Venta, Tabasco, ilustrando a un rey divino olmeca con el atuendo de un dios del maíz.

antiguos de San Lorenzo que se hacían retratar como guerreros o jugadores de pelota, los reyes de La Venta se disfrazaban como deidades del maíz (véase figura 9) y se representaban a sí mismos como intermediarios de los dioses.[56] Esta práctica también fue seguida por los gobernantes de reinos adyacentes. Como representantes de las deidades distantes, los reyes eran responsables de la lluvia, la fertilidad y la abundancia agrícola en general. La práctica del reinado divino llegaría a las tierras bajas mayas varios siglos después. Los mejores datos disponibles actualmente indican que es probable que el reinado surgiera por primera vez en la cuenca de El Mirador, en la región del Petén guatemalteco.

[56]Clark, "The Arts of Government..."; Reilly, *Visions of Another World...*

El predominio de los señores mayas (600-300 aC)

En los tres siglos siguientes al establecimiento de las complejas sociedades cacicales en las tierras bajas mayas (*c.* 600 aC) ocurrieron profundos cambios a todo lo largo de la porción oriental de Mesoamérica. La mayoría de las versiones coinciden en afirmar que la cultura olmeca se derrumbó, y su típico estilo artístico fue reemplazado por los estilos narrativos de Izapa y maya. El poderoso centro olmeca de La Venta fue abandonado aproximadamente en el 400 aC, y para el 200 aC ocurrían en Tres Zapotes muy pocas cosas de trascendencia que pudieran ser consideradas como olmecas por la mayoría de los estudiosos.[57] Otros centros importantes del Preclásico medio en Chiapas también fueron abandonados para el 300 aC (véase más adelante). En contraste, la civilización en las tierras bajas mayas florecía plenamente. La relación entre la desaparición de las ciudades-estado olmecas y el surgimiento del (los) estado(s) mayas aún no se ha determinado, pero parece ser significativa y compleja.

Durante la segunda mitad del periodo Preclásico medio (600-300 aC), las comunidades de las tierras bajas mayas se habían integrado en una extensa red de cacicazgos de diversa complejidad (quizás incluyendo estados incipientes), que se extendían por gran parte de Mesoamérica oriental. La Venta ya había pasado su momento de mayor esplendor (*c.* 800-600 aC), aunque seguía siendo una de las principales capitales. El trueque a larga distancia de obsidiana, jade y conchas marinas también estaba en su mayor apogeo. La distribución de los principales centros, y su organización interna y arquitectura dan la impresión de una era de prosperidad y de creciente interacción socioeconómica. Cada una de las comunidades principales construía grandes plataformas de templos y pirámides de tierra o piedra, plazas planificadas y residencias de elite. La joyería de jade se encuentra comúnmente en las tumbas de la elite de este periodo, y los símbolos olmeca en hachas, cetros y máscaras de jade parecen haber sido especialmente importantes en ciertas áreas. Cada asentamiento principal era el centro de un sinnúmero de comunidades menores, que eran satélites dependientes del centro regional y de los gobernantes que vivían allí. Algunas de las capitales más espectaculares, como La Venta, siguieron exhibiendo monumentos de piedra en forma de lajas de piedra

[57] Pool, "From Olmec to Epi-Olmec at Tres Zapotes".

(estelas) talladas con escenas narrativas. La defensa parece haber sido de poca importancia al elegir la ubicación de las capitales, lo cual sugiere una consecuente despreocupación por la guerra y por los ataques de agresores de comunidades vecinas. La mayoría de los centros estaban situados en lugares abiertos que hubieran sido en extremo difíciles de defender adecuadamente.

Sin embargo, para el final del Preclásico medio (*c.* 350 aC), muchos de los centros regionales en Chiapas sufrieron una transformación. En especial, los principales proyectos de construcción parecen haberse frenado considerablemente en Chiapa de Corzo; La Libertad, sitio ubicado en la cabecera del valle del Río Grijalva, fue abandonado. En la parte central de Chiapas, otros centros cacicales distribuidos a lo largo del río Grijalva fueron abandonados aproximadamente entre el 400 y el 300 aC. Poco después se fundaron sitios pequeños (*c.* 200-100 aC) en emplazamientos diferentes y más fáciles de defender. Como se discute a continuación, es posible que los grupos mayas que se extendían hacia Chiapas, provenientes de las tierras bajas mayas, hayan causado el derrumbe de las capitales zoques a lo largo del río Grijalva.[58]

Aproximadamente para el 200 aC, los grupos mayas habían colonizado las regiones montañosas escasamente pobladas de Chiapas,[59] y habían reemplazado o incorporado a muchos de los pueblos zoques de la parte superior del valle del Río Grijalva.[60] Aunada a la información del norte del Petén sobre el crecimiento de grandes ciudades en la cuenca de El Mirador, interpretamos la intrusión maya en Chiapas como evidencia de un sistema de estado expansionista en las tierras bajas mayas para el 300 aC. La intrusión maya puede haber seguido a una conquista o simplemente a una amenaza de conquista. Como se muestra en la figura 10, la parte central del área maya estaba densamente poblada en esta época. Los análisis estilísticos de la cerámica, la arquitectura pública y los bienes de intercambio sugieren una uniformidad sorprendente en artefactos y prácticas culturales que nosotros atribuimos a una comunidad de lenguaje y prácticas culturales afines.[61] De ser así, éste era un enorme sistema con tendencias expansionistas, lo cual sugeriría una organización estatal. En la siguiente discusión consideramos la génesis y forma de operación de este antiguo sistema.

[58] Véase Bryant y Clark, "Los primeros mayas precolombinos...".
[59] Bryant, *Excavations at House 1, Yerba Buena...*
[60] Lowe, "The Mixe-Zoque as Competing Neighbors of the Early Lowand Maya".
[61] Ball, "The Rise of the Northern Maya Chiefdoms".

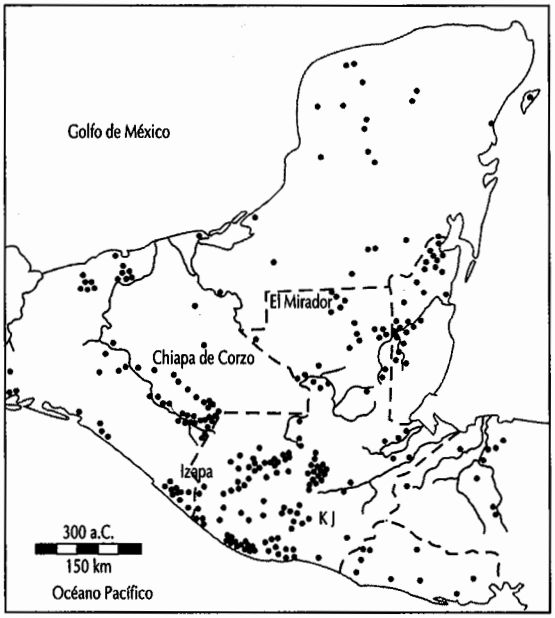


Figura 10. Distribución de sitios en Mesoamérica oriental alrededor del 300 aC.

La formación de la civilización maya

Una de las principales hipótesis de nuestro ensayo es que un importante estado o civilización maya surgió en la cuenca de El Mirador en el Petén, al norte de Guatemala, cerca del 300 aC.[62] Tal afirmación presenta una serie de problemas. En primer lugar, tenemos la cuestión, siempre problemática, de la identificación correcta: ¿Cuál es la evidencia material de que el sistema político de El Mirador fuera en efecto estatal? Si los pueblos de la cuenca de El Mirador desarrollaron una sociedad estatal, ¿cómo y por qué sucedió?[63] Empezando con un repaso de la situación del medio ambiente local, revisaremos la se-

[62] Véase Hansen, *Excavations on Structure 34...*; *Excavations in the Tigre Complex...*; "The Maya Rediscovered....". *The Archaeology of Ideology...*; "Proyecto regional de investigaciones arqueológicas..."; "Investigaciones arqueológicas...."; "Continuity and Disjunction..."; Matheny, "Investigations at El Mirador..."; Sharer, "The Preclassic Origin of Lowland Maya States".

[63] Las investigaciones de Richard D. Hansen se han enfocado en preguntas relacionadas con la evolución temprana del estado maya antiguo, y conservan este énfasis. ¿Por qué y cómo se desarrolló en el lugar y en el momento en que lo hizo? Su proyecto permanente es el Proyecto Regional de Investigaciones Arqueológicas en el Norte del Petén, Guatemala (PRIANPEG).

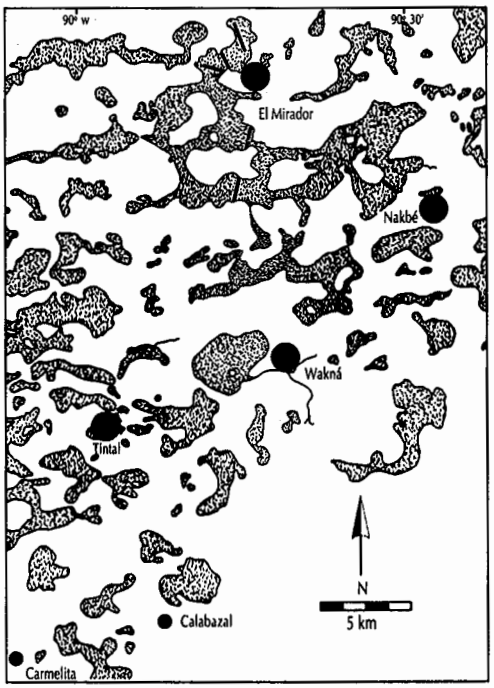


Figura 11. Mapa detallado de sitios en la cuenca de El Mirador, mostrando las ubicaciones de los bajos (áreas punteadas), sacbés (líneas negras gruesas) y sitios principales del Preclásico.

cuencia de desarrollos significativos en la cuenca durante el periodo del 850 al 200 aC y los de las regiones aledañas que interactuaron con el sistema político de El Mirador. Después, resumiremos las evidencias actuales y los argumentos para proponer que El Mirador era la capital de un estado. En la sección final exploramos varias explicaciones posibles del desarrollo del estado maya.

La situación ambiental

Como se muestra en las figuras 10 y 11, la cuenca de El Mirador goza de una ubicación céntrica en la región del Petén y, en general, en la parte oriental de Mesoamérica. Al norte yace la seca península de Yucatán, donde es notable la ausencia de arroyos o lagos en la superficie. Al sur se encuentra la región boscosa de las montañas del norte de Guatemala; al este (con Belize)

y al oeste (con Chiapas) también colinda con regiones montañosas con abundante agua en la superficie.

La cuenca de El Mirador se define geográficamente como una hondonada poco profunda, en el extremo nor-central del Petén, que drena hacia el noroeste como parte del sistema del río Candelaria. El área está rodeada por escarpadas formaciones de piedra caliza al este, sur y oeste, formando así un escabroso triángulo aproximadamente de 1000 km^2 (véase figura 11). La mayor parte del área contenida en este triángulo (*c.* 70 por ciento) está cubierta por bajos o pantanos de temporada, lo cual deja relativamente poco terreno elevado, en comparación con las extensas tierras bajas. Estos pantanos de temporada debieron haber sido especialmente atractivos para los primeros pueblos que se asentaron en la región, debido a la gran variedad de recursos animales y vegetales de estos hábitats pantanosos y a la mayor disponibilidad de agua en la superficie durante casi todo el año, en un medio ambiente por demás seco. La región era y es geográfica, geológica y botánicamente distinta a otras áreas del Petén.[64]

Una breve historia de los desarrollos en la cuenca de El Mirador (850-200 aC)

Los paralelos entre las más antiguas vasijas de cerámica y figurillas de barro de Nakbé y aquéllas de las regiones vecinas y sub-regiones de las tierras bajas mayas, indican que los primeros agricultores sedentarios que utilizaban cerámica colonizaron la cuenca de El Mirador aproximadamente en el 850-800 aC, probablemente provenientes de Belize. Esta fecha está respaldada por una larga serie de fechamientos radiocarbónicos de contextos culturales estratificados en Nakbé.[65] La secuencia cronológica local se presenta en la figura 3; aquí sólo nos conciernen los periodos Preclásico medio y tardío, designados como las fases Ox temprano (1000-800 aC), Ox medio (800-500 aC), Ox tardío (500-350 aC) y Kan (350 aC a 150 dC). La mayor parte de la evidencia de ocupación antigua en la cuenca de El Mirador proviene de excavaciones extensivas en el sitio de El Mirador dirigidas por Bruce Dahlin y Ray T. Matheny, y las subsecuentes excavaciones en El Mirador y su sitio hermano, Nakbé, por Richard D. Hansen y sus compañeros en el proyecto PRIANPEG.

[64] Hansen, "Investigaciones arqueológicas en el norte del Petén..."; Jacob, "Evidencias para cambio ambiental...".

[65] Véase el apéndice al final del capítulo.

Existen otros fragmentos de evidencia corroborativa provenientes de las excavaciones y observación del botín de saqueadores de los sitios de Tintal y Wakná (véase figura 11 para la ubicación de los sitios). Aunque todas estas comunidades fueron contemporáneas, la mejor evidencia para el periodo Preclásico medio proviene de las excavaciones en Nakbé, y los mejores datos para los desarrollos del Preclásico tardío provienen de El Mirador.

Las evidencias sobre las cuales basamos nuestra reconstrucción de la secuencia de acontecimientos provienen de las excavaciones extensivas y exploraciones de los principales edificios, calzadas, plazas, viviendas y estercoleros asociados, y constan de artefactos domésticos y alóctonos, así como de detalles arquitectónicos. Los datos disponibles actualmente permiten determinar cambios secuenciales en los programas arquitectónicos, materiales de construcción, técnicas constructivas, escala y extensión de las obras públicas, contenido del intercambio a larga distancia, y relaciones económicas y políticas. Aquí revisamos brevemente parte de esta evidencia y su posible significado para entender el desarrollo de la civilización maya en las tierras bajas.

La ocupación más antigua en Nakbé puede datar del 850 aC, pero con mayor certeza del 800 aC, y es evidente sobre todo en los desechos domésticos recuperados. Los fragmentos cerámicos de vasijas antiguas son escasos, pero indican el uso de tazones opacos monocromos rojos o negros, tecomates (ocasionalmente sin franja decorativa, pero por lo regular con el borde pintado en rojo opaco), tazones con el borde ligeramente evertido decorado con motivos de "línea doble trozada" y cántaros de barro. También se han recuperado figurillas humanas de barro cocido. Los vestigios de las casas antiguas incluyen rastros de pisos de tierra apisonada con agujeros para postes tallados en el lecho de roca, lo cual ndica muros perecederos y techos de paja. Otras viviendas eran construcciones de armazón de juncos y argamasa (muros de barro aplicado sobre una celosía de postes delgados). Las paredes verticales bajas de piedra (de entre tres y cuatro hiladas), construidas con piedras delgadas y rectangulares, fueron una innovación ligeramente posterior. La evidencia limitada en Nakbé indica un pequeño caserío o aldea de agricultores. Estos antiguos aldeanos hicieron y utilizaron el rango estándar de alfarería doméstica elaborada con destreza, y también parecen haber empleado pequeñas figurillas de terracota (incluyendo desnudos masculinos y femeninos) en rituales domésticos, práctica que compartían con sus vecinos.

Para el 700-600 aC, la comunidad de Nakbé había crecido hasta convertirse en una gran aldea o centro de por lo menos 50 hectáreas. La arquitec-

tura doméstica básica consistía en paredes verticales de piedra, todavía construidas con piedras de forma tosca, aunque ahora con un recubrimiento delgado de cal. La evidencia más antigua de la construcción de plataformas (con "contrafuertes" salientes) y plazas también data de esta época. Se han encontrado depósitos llenos de desechos asociados con los numerosos edificios, los cuales permitieron a Hansen y sus compañeros situar estas antiguas construcciones en la fase Ox medio (que equivale a Mamom temprano; véase figura 3). Este periodo es notable por la amplia variedad de decoraciones de superficie en las vasijas cerámicas. También aparecen figurillas, tanto sólidas como huecas, en los depósitos de la fase Ox medio. El contexto y patrón de fractura de una amplia variedad de figurillas antropomorfas sugieren que se les daba un uso ritual. También aparecieron figurillas zoomorfas, sobre todo aves, además de silbatos y ocarinas en forma de ave, y creaturas mixtas.

Queda claro que una jerarquía social y económica se desarrolló de manera relativamente rápida durante la fase Ox medio (800-600 aC). Parte de este desarrollo es evidente en la distribución de mercancías alóctonas importadas, la variación en el tamaño de las residencias y su elaboración relativa, y la primera aparición de símbolos que más tarde llegarían a representar autoridad política y religiosa en la sociedad maya.[66] Para entonces, también el intercambio comercial a larga distancia estaba bien afianzado e incluía una variedad de bienes duraderos tales como la obsidiana, la hematita y las conchas marinas –y probablemente una variedad mayor de bienes perecederos, si bien aún no corroborados, como textiles, chocolate, hule, sal y especias.

Para el 500 aC, Nakbé se había convertido en una impresionante capital (véase figura 12) que rivalizaba con los centros más grandes de las tierras bajas de la costa del Golfo, el interior de Chiapas y la planicie de la costa del Pacífico en Chiapas y Guatemala. Para esta época se construían pirámides recubiertas de piedra, templos, calzadas elevadas, plazas públicas, edificios públicos y residencias para la elite dispuestas de manera planificada. Bloques de piedra caliza cuidadosamente tallados se utilizaban para cubrir los edificios importantes; eran recubiertos con estuco y pintados de rojo para darles un espectacular acabado liso. Las técnicas de construcción típicas de los mayas, como el moldeado de guarniciones, ya se utilizaban en el 400 aC. Nakbé sería un centro impresionante en cualquier época. El hecho de que haya sido construido en el Preclásico medio lo hace aún más significativo. Muchas de las técnicas de albañilería pueden haber sido innovaciones locales; la mayo-

[66] Hansen, "Las dinámicas culturales y ambientales de los orígenes mayas".

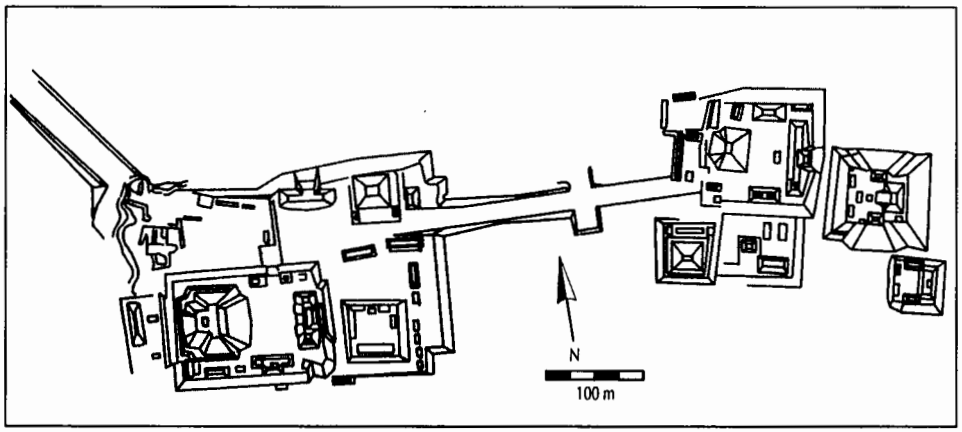


Figura 12. Plano de Nakbé que muestra los edificios del Preclásico medio y tardío.

ría de los vecinos de El Mirador seguían construyendo plataformas y plazas de tierra en esta época (*cf.* La Venta, Chiapa de Corzo y Kaminaljuyú).

Nakbé no fue el único centro en la cuenca de El Mirador durante el Preclásico medio. Algunas áreas de El Mirador datan de este periodo, y es probable que Tintal, Wakná y otros centros fueran ya comunidades florecientes en aquella época. Algunas comunidades en la cuenca de El Mirador se conectaban con El Mirador mediante calzadas elevadas. Algunas de estas calzadas ya estaban construidas para el 400 aC; su presencia indica una antigua red de interacción y la integración regional de por lo menos cuatro capitales. La evidencia actual sugiere que Nakbé fue el primero de estos centros que se ocupó en proyectos de obras públicas a gran escala y construcción de pirámides. Pero ésta puede ser una impresión errónea debida a la exploración insuficiente de los otros centros. Las estructuras colosales de El Mirador, por ejemplo, bien podrían cubrir estructuras más antiguas del mismo tamaño de las que fueron descubiertas en Nakbé. También se sabe de construcciones-arquitectura de gran tamaño del Preclásico medio en Tikal, Uaxactún, Río Azul y Yaxuná, sitios ubicados fuera de la cuenca de El Mirador.

Es importante reiterar que para el periodo Preclásico medio tardío, muchas de las convenciones arquitectónicas mayas clásicas ya eran del conocimiento general en los principales centros de la cuenca de El Mirador.[67] Los espacios

[67] Hansen, *Excavations in the Tigre Complex...*; *The Archaeology of Ideology...*; "Continuity and Disjunction...".

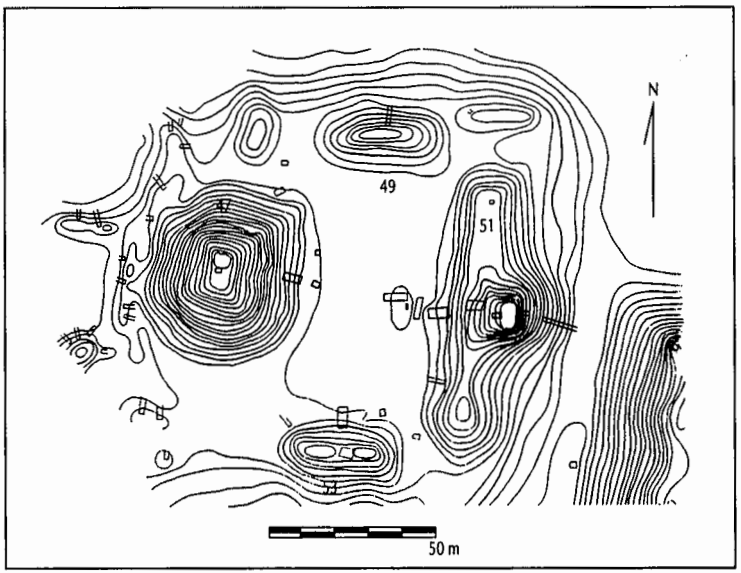


Figura 13. Mapa del grupo "E" de Nakbé, Grupo Este.

públicos se planificaban, y se construyó el patrón de arquitectura ritual más antiguo: el antiguo "Grupo E" del Grupo Este en Nakbé. Estos enormes conjuntos planificados constan de una plataforma alargada que corre de norte a sur cubriendo todo el lado este de una pequeña plaza, y una gran estructura dominante (a menudo con cuatro escaleras) del lado oeste de la plaza (véase figura 13). Los conjuntos del Grupo E del Preclásico medio se presentan en las tierras bajas mayas en Tikal, Uaxactún, Nakbé y posiblemente Wakná. La disposición del Grupo E se deriva claramente del conjunto mucho más antiguo que se aprecia en La Venta, Chiapa de Corzo y otros centros en Chiapas.[68] En el Nakbé del Preclásico medio, la arquitectura formalizada, la disposición

[68] Clark *et al.*, "The Zoque Identity...". Los "Grupos E" recibieron ese nombre debido a la disposición relativa de montículos observada por primera vez en el Grupo E de Uaxactún. Creemos que esta disposición espacial se derivó de La Venta. Chiapa de Corzo, así como la mayoría de los grandes centros de Chiapas del Preclásico medio, siguió el patrón de La Venta. Como se observa de manera evidente en la figura 17, la zona más sureña de Chiapa de Corzo es lo que se llamaría una disposición de 'Grupo E'. Aquí, el punto importante es que la disposición de un montículo largo y de una pirámide es apenas una pequeña fracción de un complejo mayor de montículos distribuidos a lo largo del eje longitudinal del sitio. Los Grupos E mayas copiaron sólo una porción de esta distribución más alargada. El significado de que los mayas hayan tomado prestada esta idea de montículos dispuestos a lo largo de un eje no es claro ahora pero, al menos, debemos reconocer que los ejemplos más tempranos de la arquitectura formal ritual en las tierras bajas mayas deben su inspiración a la disposición más temprana y compleja de estructuras encontradas entre sus vecinos occidentales.

planificada de los edificios, la estandarización de técnicas de albañilería (tanto para cortar los bloques de piedra como para preparar y aplicar el estuco), y la enorme escala de actividades de construcción son un claro testimonio de una economía pública dirigida, por lo menos, a nivel de un cacicazgo complejo. En este sentido, Nakbé y sus contemporáneos en la cuenca de El Mirador se encontraban en un grado de complejidad comparable al de la mayoría de sus vecinos en las regiones contiguas. Sin embargo, en un sentido importante, la intensa inversión de trabajo en las gruesas fachadas de piedra y estructuras rellenas de grava en Nakbé, representó una diferencia significativa con respecto a prácticas mesoamericanas más antiguas.

De especial interés resulta la primera aparición de los altares de piedra y las estelas, que son lajas talladas con retratos de hombres prestigiados que lucen una vestimenta especial. Los primeros monumentos en Nakbé provenientes de contextos fechados con certeza, consisten en grandes altares erigidos con lajas, colocados en los ejes centrales de importantes estructuras colosales. A menudo, estos monumentos también presentaban curiosas tallas en los bordes. Las primeras estelas en Nakbé, Tintal y Pedernal eran lajas colosales que llegaban a pesar hasta 8 toneladas; por lo menos una de éstas (Estela 1 de Tintal) fue transportada desde un lugar situado a 110 km de distancia.[69] La edificación de monumentos tallados de gran tamaño igualaba las prácticas de La Venta y algunos otros centros poderosos. Al igual que las costumbres olmecas contemporáneas (y mayas posteriores), los individuos representados en las estelas de Nakbé y Tintal aparecen con atuendos reales o divinos. Los dos individuos retratados a cada lado de la Estela 1 de Nakbé (véase figura 14), por ejemplo, pudieron haber representado a los heroicos gemelos míticos (Hunahpú y Xbalanqué) descritos en el *Popol Vuh* y retratados frecuentemente durante el Clásico en vasijas policromas mayas.

A diferencia de los desarrollos en la esfera pública, las actividades domésticas parecen haber permanecido bastante iguales, utilizando tipos similares de vasijas de cerámica, figurillas, instrumentos de piedra e implementos agrícolas. La amplia distribución de los mismos estilos básicos de alfarería, a todo lo largo de las tierras bajas mayas, indica que para entonces había una red mucho mayor de comunidades conectadas de manera estrecha. Esta zona de prácticas domésticas compartidas habría de volverse aún más extensa en el Preclásico

[69] Hansen, "Ideología y arquitectura...".

Figura 14. Estela 1 de Nakbé. Muestra a dos individuos que quizás representan a los héroes gemelos.

tardío, mismo que fue testigo de la impresionante construcción y expansión de El Mirador y los centros asociados, en su ascenso hacia la preeminencia en las tierras bajas mayas.

Durante el periodo Preclásico tardío (*c.* 300 aC-150 dC), la cerámica en la cuenca de El Mirador (y en realidad en la mayoría de las tierras bajas mayas) se volvió aún más uniforme, siendo los tipos más frecuentes los rojos monocromos pulidos.[70] La elaboración y uso de figurillas también terminó o disminuyó drásticamente en toda esta área. La cuenca de El Mirador se volvió una región de construcciones arquitectónicas colosales sin precedentes, con los edificios de piedra más grandes jamás erigidos en el área maya. Por ejemplo, la pirámide Danta se construyó sobre dos plataformas sobrepuestas; su

[70] Ball, "The Rise of the Northern Maya Chiefdoms".

cima se hallaba a unos 70 m sobre "la base de la primera plataforma".[71] Todo indica que el grado de centralización política en la cuenca de El Mirador estaba en su clímax, con obras públicas cuyo tamaño y escala jamás serían igualados. También en esta época apareció por primera vez la forma arquitectónica *trina* (véase figura 15). A ambos lados de las escaleras en las fachadas de las pirámides, se construyó arte arquitectónico de gran escala, con imágenes de máscaras de deidades de varios metros de alto (véase figura 16). Tanto la forma trina como las grandes fachadas se desarrollaron y diseminaron a lo largo de una extensa área, como resulta evidente por su aparición en otros centros de las tierras bajas durante el Preclásico tardío. Estas innovadoras formas arquitectónicas son claves valiosas del importante papel que jugaban los conceptos religiosos en el impulso de los programas constructivos. En este sentido, la formalización de las creencias religiosas por parte de las elites locales pudo haber sido uno de los catalizadores primarios en la formación de una sociedad estatal en las tierras bajas.[72] La desaparición de las figurillas de barro probablemente deba verse como algo relacionado con este fenómeno.

Aproximadamente en el 300 aC, el despliegue del trabajo comunal llegó a su máxima extensión. En los edificios públicos normales, por ejemplo, los grandes bloques de piedra caliza (90 x 45 x 45 cm) se colocaban con un lado corto hacia el exterior y el eje largo empotrado en la grava de la construcción. Este uso extravagante de los bloques de piedra duplicaba, por lo menos, el número de piedras talladas requeridas para cubrir cada edificio, y era un "consumo muy conspicuo" de las superficies recubiertas de piedra.[73] Los recursos necesarios para financiar y controlar la labor de extracción acabado y transporte de estas piedras, y para construir las fachadas de los edificios, requería una capacidad política y económica extraordinaria.

La producción especializada de estuco fue otra innovación de este periodo y se convirtió en el principal medio para el arte monumental. Los pisos de estuco se hicieron más gruesos en esta época (con un espesor hasta de 12 cm) que durante cualquier otro periodo, lo cual requería de mayores esfuerzos de movilización de recursos para procurar la madera necesaria para quemar la piedra caliza a fin de obtener la cal. Como en el caso de los bloques de piedra, la producción de cal parece haber sido deliberadamente costosa y derro-

[71] Matheny, "Early States in the Maya Lowlands...", p. 20.
[72] Hansen, *Excavations in the Tigre Complex...*; The Archaeology of Ideology...
[73] Hansen *et al.*, "Incipient Maya Lime Technology...".

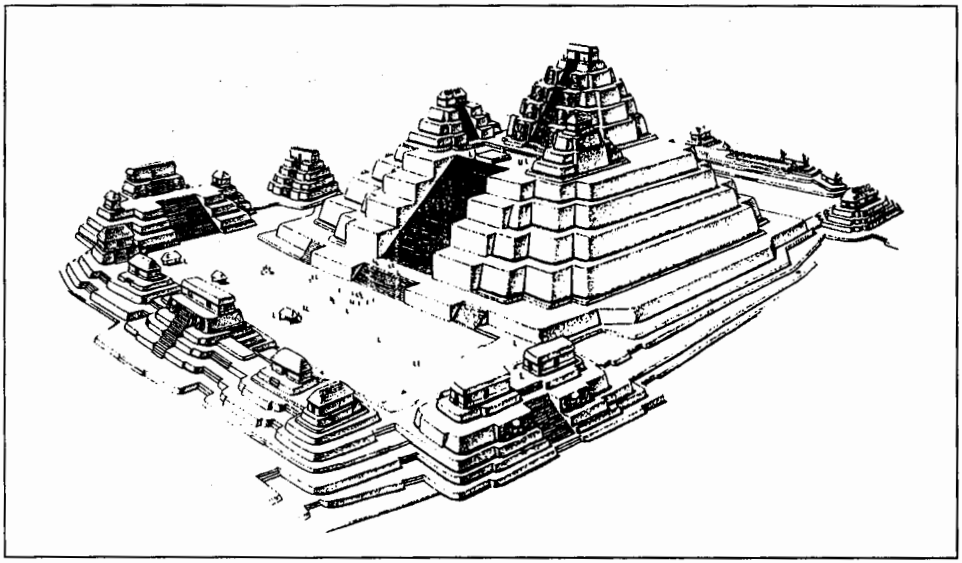


Figura 15. Reconstrucción de un templo trino, conocido como "El Tigre", El Mirador.

chadora de recursos; el estuco que se obtenía era empleado en forma casi caprichosa –o por lo menos ostentosa–; sin embargo, visto de otra manera, todas estas actividades contribuyeron al esplendor comunal de los edificios construidos en estas ciudades mayas de las tierras bajas.

Mientras que el tamaño y complejidad de la arquitectura pública se incrementaban en la cuenca de El Mirador, el tamaño de los monumentos de piedra se redujo considerablemente. Quizá las fachadas colosales de estuco que adornaban los principales templos piramidales fueron parcialmente responsables de la disminución del énfasis e importancia de las estelas. Sin embargo, una innovación importante surgió entonces: la escritura en columnas aisladas de algunos de estos monumentos del Preclásico tardío.[74] La mayor parte de los textos fueron borrados más adelante, al parecer deliberadamente. Aún no se cuenta con ningún texto extenso ni el desciframiento correspondiente.[75]

Otro desarrollo significativo en las obras públicas durante esta época fue la intensificación de la actividad agrícola. En Nakbé, se transportó lodo de pantano a terrazas muy elaboradas en terrenos más altos, formando así una

[74] Hansen, "An Early Maya Text...".
[75] *Cfr.* Sharer y Sedat, *Archaeological Investigations in The Northern Maya Highlands...*

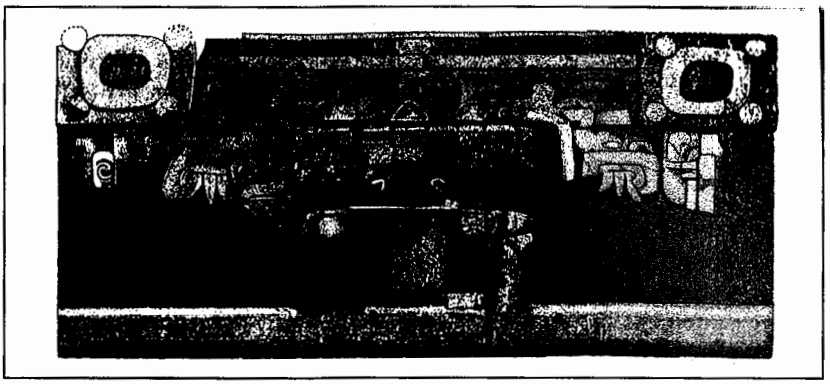


Figura 16. Máscara grande de estuco, Estructura 1, Nakbé.

especie de campos elevados. Cabe suponer que estas parcelas agrícolas eran parte de un intento por producir más alimento para las grandes poblaciones que ya entonces ocupaban la cuenca. Resulta de interés que en esta época se practicaran técnicas agrícolas intensivas en sitios vecinos de Belize.[76]

Aunque la evidencia del esplendor de El Mirador es ubicua en los edificios públicos, no se han encontrado fácilmente datos paralelos en las tumbas individuales. Se han hallado tumbas del Preclásico tardío en las tierras bajas, pero la única que se conoce actualmente en la cuenca de El Mirador es la de Wakná (véase figura 11). Los 10.4 kg de joyería de jade (cuentas, pendientes, etcétera) que, según se reporta, fueron robados de esta tumba antigua, sugieren que el individuo enterrado era un rey prestigiado.[77] Las vasijas de cerámica desechadas por los saqueadores de la tumba indican que data de aproximadamente el 50 aC. Anticipamos que con el tiempo serán exhumadas tumbas similares en otros sitios de la cuenca.

Los vecinos de El Mirador

Antes de examinar los detalles para argumentar la existencia de un estado maya antiguo, será útil documentar los desarrollos similares de las capitales rivales más cercanas a El Mirador al oeste y al sur. De los datos de su importante interacción con sus rivales de mayor tamaño, proviene una evidencia

[76] Véase un resumen en Hammond, "Preclassic Maya Civilization".
[77] Hansen, *The Archaeology of Ideology*...

decisiva para inferir la existencia de un estado en El Mirador. Aquí consideramos brevemente los acontecimientos de La Venta, Chiapa de Corzo y La Libertad a lo largo del límite occidental de la zona maya; del territorio del sur consideramos la región de Verapaz y la región montañosa de Guatemala, sobre todo Kaminaljuyú.

La frontera occidental. Rebecca González Lauck resume en este mismo volumen la breve historia de La Venta. Las investigaciones recientes en este sitio siguen indicando que fue abandonado aproximadamente en el 400 aC. Los datos sugieren que gran parte de su extensa actividad ceremonial ocurrió en una fase antigua de su historia, aproximadamente en el 850-600 aC, y que posteriormente hubo una menor actividad constructiva. Las espectaculares tumbas de columnas de basalto y los sarcófagos de piedra que se conocen en el Grupo A, al norte de la pirámide principal, datan del último periodo de ocupación.[78] Nos parece notable que el gran centro de La Libertad[79] también fuera abandonado aproximadamente en la misma época que La Venta. Éstos eran los centros no mayas más cercanos al territorio maya; probablemente ambos fueron capitales zoques.[80] La Libertad estaba ubicado en la cabecera del valle del Río Grijalva. Vale la pena mencionar que este amplio valle no se desocupó por completo cuando fue abandonada La Libertad; la mayoría de los viejos sitios fueron desocupados, pero se establecieron nuevos en otros lugares. Después del abandono o caída de La Libertad, el extremo oriental de la región fue poblado por comunidades mucho más pequeñas, por lo general situadas en lugares fáciles de defender y construidas en un estilo maya. El pequeño sitio de El Cerrito tipifica el nuevo patrón.[81] En vez de situarse en las márgenes de un río importante (el viejo patrón del Preclásico medio), El Cerrito estaba ubicado en lo alto, en un pequeño espolón al pie de los cerros. La colina tenía extensas terrazas, una innovación en esa época, y contaba con una pequeña pirámide construida con relleno de grava de caliza y recubierta con bloques también de caliza.

Estos dramáticos cambios en la construcción de plataformas seguían las normas mayas. La transformación en la cerámica es especialmente notable. Toda la alfarería de lujo encontrada en El Cerrito es definitivamente de estilo maya, pero las ánforas de almacenamiento y los incensarios (o braseros) siguen el viejo estilo zoque encontrado en La Libertad. Los entierros recuperados en

[78] Drucker *et al.*, *Excavations at La Venta, Tabasco, 1955.*
[79] Clark, *The Lithic Artifacts of La Libertad...*
[80] Véase Clark *et al.*, "The Zoque Identity...".
[81] Bryant y Clark, "Los primeros mayas precolombinos...".

El Cerrito muestran individuos con la típica deformación craneal maya, otro rasgo novedoso en esta región. Todos estos cambios indican la importante presencia de pueblos de las tierras bajas mayas en la parte superior del valle del Río Grijalva para el 200 aC.[82] Es importante señalar que las evidencias indican una fusión de las poblaciones zoque y maya, o de la adopción masiva de las normas mayas por parte de los zoques. En todos los indicadores externos los habitantes señalaban su identidad maya, pero muchos mantenían rastros de su identidad zoque en la alfarería simple que utilizaban en la privacía de sus hogares. Posteriormente, en estos mismos sitios, todos los artefactos indican una identidad maya, incluyendo la alfarería utilitaria. Creemos que esto indica una intrusión significativa de los pueblos de tierras bajas mayas en el valle del Río Grijalva, y la incorporación y asimilación cultural de algunos de los habitantes zoques a las comunidades mayas recién fundadas. Para aquel entonces, también la meseta adyacente de Comitán y la región montañosa de San Cristóbal estaban ocupadas por mayas.[83] Antes de la colonización maya, habían sido territorios escasamente poblados. Gran parte de la población zoque local pudo haberse quedado en el lugar y asimilado la cultura maya.

La capital zoque de Chiapa de Corzo estaba situada en el punto medio de la ruta de comunicación e intercambio que conectaba La Venta y La Libertad. Chiapa de Corzo estaba un poco mejor protegido por barreras naturales que La Venta y La Libertad, y tuvo un destino distinto. Aproximadamente en el 300 aC (la fase Chiapa V o Guanacaste), Chiapa de Corzo sufrió una transformación significativa. La actividad constructiva se frenó considerablemente, y los habitantes zoques locales adoptaron la alfarería maya, principalmente para uso de la elite.[84] Como en el sitio de El Cerrito, es evidente que hubo una continuidad en la población local, puesto que los enseres utilitarios siguieron siendo zoques. Por ejemplo, en los entierros comunes en esta época se utilizaba solamente alfarería zoque como ofrenda mortuoria;[85] pero los nobles enterrados en el recién construido Montículo 1 fueron acompañados con elaborada alfarería maya, probablemente importada.[86] Sin embargo, las ollas mayas

[82] Bryant y Clark, "Los primeros mayas precolombinos...".
[83] Álvarez, "La arqueología de los valles de Las Margaritas..."; Bryant, *Excavations at House 1, Yerba Buena...*
[84] Lowe, "The Mixe-Zoque as Competing Neighbors of the Early Lowland Maya", p. 230; "Presencia maya en la cerámica del Preclásico tardío en Chiapa de Corzo".
[85] Lowe, "The Mixe-Zoque...", p. 230; "Presencia maya...", p. 329.
[86] Lowe, "Presencia maya...", p. 324.

eran sólo parte de las ollas y ofrendas extranjeras en estas tumbas; otras importaciones venían de Oaxaca, la costa del Golfo y El Salvador. Los acontecimientos históricos decisivos del periodo Protoclásico son un tanto ambiguos. Al final del Preclásico tardío, el uso de la alfarería maya de elite había terminado, y los habitantes de Chiapa de Corzo volvieron a las normas zoques;[87] sin embargo, siguieron resaltando la arquitectura tipo maya que habían adoptado hacia el 150 aC.

En el periodo Protoclásico (50 aC-150 dC), Chiapa de Corzo experimentó una especie de renacimiento cuando las viejas plataformas de barro y de adobe fueron recubiertas con bloques cortados de piedra caliza y elucidos de estuco,[88] técnicas arquitectónicas complejas, probablemente provenientes de las tierras bajas mayas (véase figura 17).[89] En esta época se construyó un nuevo palacio (Montículo 5) en la parte sur de Chiapa de Corzo para acompañar el templo "trino" empezado anteriormente en el Montículo 1; ambos estuvieron claramente inspirados en prototipos mayas. Esta influencia maya fue más bien breve y terminó cerca del 100 dC. Es significativo que el palacio del Montículo 5 haya sido arrasado más o menos en esta época.[90]

La breve historia de Chiapa de Corzo nos lleva un poco más allá de la estricta cronología del Preclásico, que es nuestro principal interés; pero esta trayectoria histórica más larga indica claramente que los pueblos de Chiapa de Corzo adoptaron algunos elementos de la identidad y de la cultura de la elite maya durante los periodos Preclásico y Protoclásico. Creemos que es signifi-

[87] Lowe, "The Mixe-Zoque...", p. 230; "Presencia maya...", p. 329.

[88] Lowe, "Brief Archaeological History of the Southwest Quadrant".

[89] La interpretación de la influencia maya en Chiapa de Corzo depende de la secuencia precisa de acontecimientos en diversos sitios y es, por tanto, conjetural. Gareth W. Lowe (comunicación personal, 1998) está en desacuerdo con las interpretaciones de Clark sobre las evidencias. Por el contrario, Lowe discute que nunca hubo pueblos o gobernantes mayas en Chiapa de Corzo. En cambio, este centro regional siguió siendo zoque a lo largo de los periodos Preclásico y Clásico temprano. Quizá fue así. Lo que es claro en ambas interpretaciones es que la presencia más fuerte de artefactos mayas en Chiapa de Corzo (y en la región inmediata río arriba correspondieron al periodo del apogeo de El Mirador. Es más, éste también fue un momento de prosperidad aparente para Chiapa de Corzo (y Kaminaljuyú), con una gran variedad de bienes importados de distintas regiones.

[90] Lowe, "Brief Archaeological History..."; *Mound 5*... El incendio del palacio denominado Montículo 5 de Chiapa de Corzo resulta de interés. Hemos sugerido que puede representar un cambio en el poder: una expulsión de los gobernantes vinculados fuertemente con las elites regidoras en El Mirador, y quizá en otros centros mayas, así como su sustitución por descendientes de las dinastías zoques más antiguas. Es claro que ésta es una hipótesis especulativa. Gareth W. Lowe (comunicación personal, 1998) interpreta el acontecimiento del incendio del palacio como una circunstancia estrictamente local: un ritual de renovación en la construcción. Los cientos de cazuelas abandonadas en el piso del palacio fueron colocadas cuidadosamente; el palacio se quemó hasta el piso. Otro palacio de mayor tamaño fue construido en el mismo lugar. Es importante enfatizar que no existe otra evidencia semejante de ceremonias de renovación en las construcciones de Chiapa de Corzo. Por esto aún vemos el acontecimiento y el momento en el que sucedió como un hecho de singular importancia en la historia de las posibles relaciones maya-zoques.

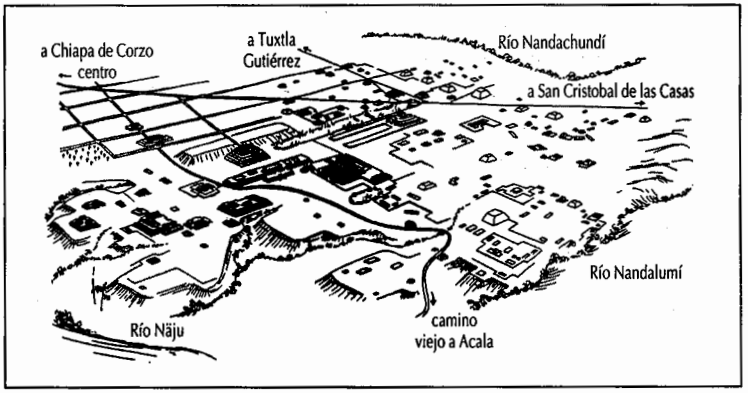


Figura 17. Vista de Chiapa de Corzo en su punto más elevado.

cativo que este episodio de identidad maya llegara a un final repentino más o menos en la misma época del derrumbe del sistema político de El Mirador en la región central del Petén. Como se puede apreciar a grandes rasgos, de tres regiones de su frontera occidental, la entidad política maya durante el periodo Preclásico tardío tenía una influencia de largo alcance. Centros grandes como La Venta y La Libertad fueron abandonados; otros centros, más pequeños y fáciles de defender, se establecieron nuevamente en las fortalezas tradicionales zoques, y otros centros como Chiapa de Corzo emularon algunas prácticas mayas y tuvieron su periodo de máximo intercambio a larga distancia con las tierras bajas mayas. El impacto de los mayas de tierras bajas sobre su frontera sur es menos claro.

La frontera meridional. Los cambios de largo alcance en los conjuntos cerámicos que se observan en la frontera occidental de las tierras bajas mayas, no son evidentes en los sitios mayas de la región montañosa, ubicados al sur de la cuenca de El Mirador. En Kaminaljuyú, localizado en lo que hoy es la ciudad de Guatemala, hay evidencia clara de una interacción significativa con las tierras bajas; toda la obsidiana que se importaba a las tierras bajas provenía claramente de la región montañosa de Guatemala. De hecho, el intercambio de obsidiana pudo haber sido controlado por las elites de Kaminaljuyú. La historia antigua de Kaminaljuyú es paralela a la de los principales centros zoques de Chiapas y Tabasco. Sin embargo, hay claras muestras de diferencias importantes entre los centros; creemos que el Valle de Guatemala y la región montañosa adyacente ya estaban ocupados para esta época por grupos mayas de las tierras altas.

La primera evidencia clara de aldeas pequeñas en la región montañosa data aproximadamente del 1000 aC. Entre el 800 y el 700 aC había una aldea importante en Kaminaljuyú. Entonces se construyeron pequeñas plataformas de barro y se llevaron a cabo actividades de planeación, despeje y nivelación de plazas.[91] Los primeros entierros de elite en montículos datan aproximadamente del 650 aC.[92] Al igual que las capitales regionales de Chiapas, Kaminaljuyú experimentó un florecimiento durante el final del Preclásico medio. Se construyeron grandes montículos de barro en terraplén en torno a plazas formalizadas. Especialmente dignas de mencionarse son las obras del enorme canal Miraflores para propósitos agrícolas;[93] el inicio de un gran montículo efigie –en forma de serpiente– de varios kilómetros de longitud;[94] los inicios de la escultura en piedra, y la presencia de entierros de elite con joyería de jade, ollas y víctimas de sacrificio. Una mujer sacrificada fue enterrada con una ofrenda mortuoria que constaba de 33 cráneos humanos, 14 ollas, un silbato y algunas figurillas.[95] Aproximadamente en el 300-200 aC se construyó un canal mayor (San Jorge), en tanto que el canal Miraflores fue rellenado. El montículo efigie "La Culebra", también se siguió construyendo. Aunque en Kaminaljuyú no hay en apariencia cambios claros respecto al uso de artefactos locales como en Chiapa de Corzo, sí hay cierta evidencia de disturbios sociales hacia el 200 aC. El complejo de pirámides de Mongay fue quemado en esta época, y en la subsiguiente expansión de la construcción que cubrió las evidencias del incendio se incorporaron víctimas de sacrificio.[96] Es posible que algunos de los elegantes monumentos de piedra tallada, tales como tronos y estelas, también hayan sido desfigurados o destruidos en esta época.[97] No hay suficientes evidencias para proponer generalizaciones amplias, pero sí parece que pudo haber entonces una guerra entre gobiernos. En la época subsiguiente a esta fase vemos en el sitio una reducida actividad constructiva. De especial interés resulta el hecho de que las tumbas más esplendorosas del Preclásico, que incluían ofrendas de cientos de ollas entre otras cosas,

[91] Escobedo *et al.*, "Nuevas investigaciones en Kaminaljuyú..."; Román, "Hallazgo Preclásico medio en Kaminaljuyú".

[92] López, "Un ensayo sobre patrones de enterramiento..."; Velásquez, "Replanteamiento de la Fase Majada...".

[93] Barrientos, "Evolución tecnológica y sistema de canales hidráulicos..."; Valdez y Hatch, "Evidencias de poder y control social en Kaminaljuyú...".

[94] Navarrete y Luján, *El Gran Montículo de la Culebra...*; Ortega *et al.*, "El Montículo la Culebra...".

[95] López, "Un ensayo sobre patrones de enterramiento..."; Velásquez, "Un entierro dedicatorio...".

[96] Ohi *et al.*, "Los resultados de las investigaciones arqueológicas en Kaminaljuyú".

[97] Kaplan, "El Trono Incienso...".

daten de este periodo[98] y sigan el patrón de Chiapa de Corzo. Vale la pena notar que de este mismo periodo data la tumba saqueada de Wakná.

Hay menos datos disponibles de Alta y Baja Verapaz, pero por el trabajo de Robert Sharer y David Sedat sabemos que alrededor del 1100 aC había pequeñas poblaciones aldeanas en la región.[99] Las plataformas de barro aparecen por primera vez hacia el 700 aC, y fueron construidas en el mismo estilo y de la misma manera que las que se han descubierto en Kaminaljuyú. Del sitio de Los Mangales se conoce un entierro de elite del Preclásico medio; este individuo fue enterrado con ofrendas de jade, conchas, vasijas de cerámica y 12 víctimas de sacrificio que fueron parcialmente desmembradas para la ceremonia.[100] Paralelamente a la historia de Kaminaljuyú, hay evidencias de monumentos desfigurados y destruidos, quizás de cerca del 300-200 aC. La actividad constructiva también se frenó considerablemente en esta época, y los principales sitios fueron abandonados por completo hacia el 200 dC. Hatch y otros han argumentado que en esta misma época, la población de Kaminaljuyú fue reemplazada por pueblos provenientes de la parte occidental de la región montañosa de Guatemala.[101]

La información disponible acerca de los límites occidental y meridional de las tierras bajas mayas indica que la primera expansión de las poblaciones mayas de las tierras bajas fue hacia el oeste, a los territorios que hoy abarcan Chiapas y Tabasco, más que hacia el sur.[102] También hay evidencias de una expansión hacia el norte, hacia Yucatán.[103] Las regiones ubicadas en Belize, al este de la cuenca de El Mirador, forman parte de las tierras bajas mayas centrales y del fenómeno que describimos aquí para la cuenca de El Mirador. Dados los cambios evidentes en la demografía y las filiaciones culturales hacia el 400-300 aC, debemos considerar seriamente la posibilidad de que el abandono de La Libertad y La Venta, así como el cambio en la filiación étnica y cultural de otros centros, fueran un resultado directo de la expansión maya. Por el momento no podemos saber si esta expansión implicó guerra o conquista, o procesos más benignos. Sin embargo, resulta interesante observar que en todas las regiones periféricas que discutimos existen claras evidencias de sacrificios humanos como un componente ritual de los entierros de elite

[98] Véase Shook y Kidder, *Mound E-III-3, Kaminaljuyú, Guatemala.*
[99] Sharer y Sedat, *Archaeological Investigations in the Northern Maya Highlands...*
[100] Sharer y Sedat, *Archaeological Investigations in the Northern Maya Highlands...*, p. 147.
[101] Hatch, *Kaminaljuyú/San Jorge...*
[102] Rands, "The Rise of Classic Maya Civilization..."; Sisson, "Settlement Patterns and Land Use..."; *Survey and Excavation in the Northwestern Chontalpa...*; Vargas, "Síntesis de la historia prehispánica...".
[103] Ball, "The Rise of the Northern Maya Chiefdoms".

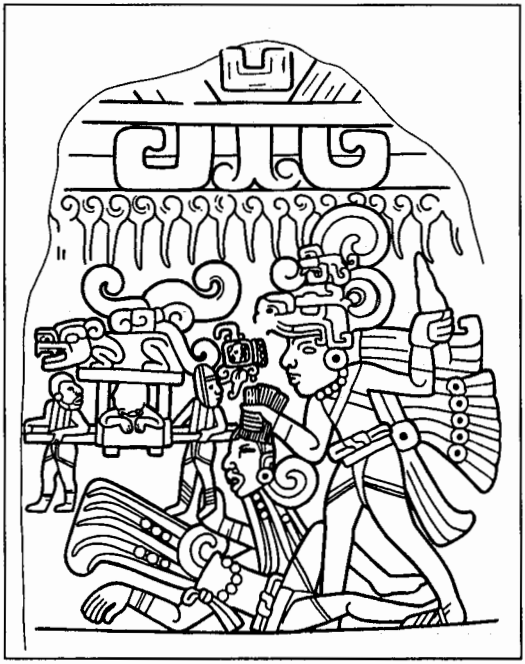


Figura 18. Estela 21, Izapa, mostrando una escena del sacrificio frente a un rey.

y consagración de las construcciones. Datan de esta época las representaciones artísticas de sacrificios humanos frente a reyes y de despliegues de prisioneros (véase figura 18). Se conocen sepulturas del Preclásico medio con entierros de varios sacrificados en Los Mangales, Alta Verapaz;[104] en Kaminaljuyú[105] y San Andrés Semetabaj en la región montañosa de Guatemala;[106] en La Libertad y Chiapa de Corzo (véase figura 19) en las márgenes del río Grijalva,[107] y probablemente también se presentaran en La Venta. Generalmente, estas víctimas sacrificadas se han interpretado como servidores reales, pero también pueden haber sido prisioneros de guerra. En Chiapa de Corzo, donde tenemos evidencias de continuidad en la comunidad local, los sacrificios acompañan los entierros justo antes del periodo de influencia maya; las tumbas de la elite durante este periodo (fases Chiapa V y VI) carecen de acom-

[104] Sharer y Sedat, *Archaeological Investigations...*, p. 147.
[105] López, "Un ensayo sobre patrones de enterramiento..."; Velásquez, "Un entierro dedicatorio...".
[106] Shook *et al.*, *Ruins of Semetabaj. Department of Solola, Guatemala.*
[107] Clark *et al.*, "The Zoque Identity...".

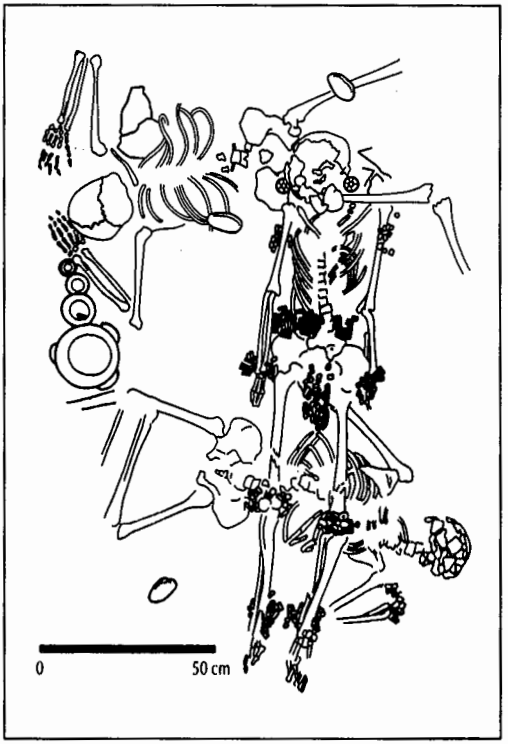


Figura 19. Sepultura 6, Montículo 17, Chiapa de Corzo, mostrando víctimas de sacrificio.

pañantes sacrificados. Si tomamos la presencia de sacrificados en los entierros de elite como posibles evidencias de guerras y prisioneros de guerra, resulta interesante que aparezcan inmediatamente antes de la ola maya que entró en esta área central de Chiapas. En pocas palabras, no podemos descartar la guerra como uno de los principales procesos en la expansión de los pueblos o cultura mayas de las tierras bajas y, en consecuencia, del ascenso de la misma civilización maya. La destrucción de monumentos antiguos, evidente en la región de Verapaz, Kaminaljuyú y la cuenca de El Mirador, también puede estar relacionada con una guerra entre gobiernos. El episodio de la quema de templos y el sacrificio humano múltiple descrito para Cuello, Belize, al final del Preclásico medio,[108] podrían deberse al mismo fenómeno.

[108] Hammond, "Preclassic Maya Civilization".

En resumen, ambos extremos del periodo Protoclásico parecen marcar episodios especialmente críticos en la periferia sur como sucedió en el occidente. La quema de edificios y la destrucción de monumentos en Kaminaljuyú hacia el 200 aC pueden verse como evidencias de guerra. Sin embargo, en la periferia sur no hay indicios de cambios drásticos en los inventarios cerámicos, ni en las prácticas culturales que se observan en los sitios chiapanecos. Los reemplazamientos masivos de las poblaciones y prácticas culturales, o de aculturación, no formaron parte del proceso. Bien podría ser que los intentos por conquistar estos lugares no tuvieran éxito o que los conflictos fueran internos más que externos. También es posible que sí haya habido una conquista externa, pero que las cuestiones de integración entre los grupos mayas de las tierras bajas con los de tierras altas hayan tenido diferencias importantes con respecto a los de su integración con los grupos zoques de Chiapas.

La época del 100 al 200 dC también es de grandes transformaciones puesto que representa la desaparición del sistema político de El Mirador y cambios profundos en todas las capitales regionales conectadas con este sistema. Un palacio de Chiapa de Corzo fue quemado y destruido intencionalmente, y sus habitantes dejaron de imitar los estilos mayas. Los pueblos de Kaminaljuyú también fueron sustituidos por otros pueblos de la región montañosa. Aún no se han definido las posibles conexiones causales entre todas estas regiones y capitales. Sin embargo, los cambios simultáneos señalan la probabilidad de que todas estas regiones y capitales se hayan unido de manera cercana durante el periodo Preclásico –quizás en la época del surgimiento del sistema político de El Mirador y de la extensión de su influencia–. Como se discute a continuación, creemos que las evidencias disponibles demuestran que este sistema político era de tipo estatal.

Un argumento a favor del estado maya

La identificación del sistema político de El Mirador como un estado y una civilización implica un enjambre de temas complejos relacionados con las categorías antropológicas, las evidencias arqueológicas y las inferencias científicas. ¿Qué es un estado? ¿Qué cuenta como evidencia? Y ¿qué inferencias pueden hacerse verosímilmente a partir de las evidencias? Éstas son cuestiones filosóficas que conciernen a la comprensión de los orígenes de la civilización maya. Aceptamos las definiciones normales de estado como una sociedad estratificada, organizada políticamente y centralizada, una entidad jerárquica que

toma decisiones y cuenta con poderes para el ejercicio legítimo de la fuerza. Los estados pueden reprimir, mientras que los sistemas políticos pre-estatales no pueden hacerlo. También seguimos las convenciones arqueológicas normales de evidencia e inferencia. La evidencia de un estado antiguo en El Mirador sigue siendo un tanto obscura; pero la explicación de un estado nos parece más verosímil que la alternativa obvia (es decir, que fuera un cacicazgo complejo más que un estado).

La principal razón por la cual la identificación de un estado en El Mirador sigue siendo obscura es la dificultad de recuperar evidencias claras del uso de la fuerza represiva y del control territorial. Como se mencionó anteriormente, podemos argumentar débilmente la posibilidad de la existencia de guerra basándonos en evidencias circunstanciales. Casi todas las demás manifestaciones esperadas de una sociedad estatal se encuentran en El Mirador, de manera discutible. La escala colosal de los edificios sagrados y la disposición planificada de los espacios, son evidencias de la planificación y de la toma centralizada de decisiones. El costo del trabajo invertido en obras públicas (como quiera que se mida) demuestra aún más el impresionante poder ejercido por la elite gobernante de El Mirador al compensar, motivar u obligar a los trabajadores a hacer tales obras.[109] Para el 200 aC, El Mirador era el principal centro de la cuenca. Calakmul, Nakbé, Tintal y Wakná eran centros secundarios que seguían el patrón de esta capital central. A su vez, los centros más pequeños, las aldeas y los caseríos dependían de dichos centros secundarios. Esta jerarquía de asentamientos en cuatro niveles se manifiesta en los diferentes tamaños de los sitios, su ubicación relativa, el sistema de calzadas elevadas que los conectaba, y la presencia y magnitud de la disposición planificada de los edificios públicos, los monumentos de piedra tallada (estelas y altares) y las inmensas fachadas de estuco de los templos. Estos datos indican la presencia de una jerarquía administrativa de múltiples niveles. Al parecer, los gobernantes y quienes tomaban las decisiones finales residían en El Mirador.

Los programas arquitectónicos estandarizados de la cuenca de El Mirador, y la idea y simbolismo de las máscaras de dioses en las fachadas de los templos, también fueron incorporados por comunidades fuera de la cuenca, como Uaxactún, Tikal, Calakmul, Lamanai, Río Azul y Cerros. Si alguno de éstos fue un centro secundario de El Mirador, el sistema entero hubiera constituido un sistema político con una extensión de miles de kilómetros cuadrados. Como

[109] Matheny, "Investigations at El Mirador...", p. 351; "Early States..."; pp. 26-27.

mencionamos, los pueblos de la mayor parte de las tierras bajas centrales compartían durante el Preclásico tardío un inventario común de artefactos domésticos, y los estilos de alfarería eran notablemente similares de un extremo al otro de la península de Yucatán. Una explicación de este patrón pan-regional es que El Mirador era un gran estado con influencia de largo alcance. Otra posible explicación es que El Mirador y otras ciudades de la cuenca constituían un estado clave en la esfera de interacción de las tierras bajas. Visto de esta manera, las comunidades vecinas de las tierras bajas hubieran seguido el patrón de El Mirador, pero sin estar subordinadas a sus gobernantes. Resulta claro que debemos aguardar a que se recuperen más evidencias, antes de poder resolver estas cuestiones. Sospechamos, sin embargo, que el dominio político o hegemonía directa de El Mirador se extendía más allá de su cuenca; por esta razón creemos que El Mirador era la capital de un estado antiguo.

Es justo que aclaremos otras alternativas. Los datos de la intrusión de los mayas de las tierras bajas en Chiapas hacia el 200 aC pueden interpretarse de varias maneras. Aunque creemos que la evidencia indica la expansión territorial hacia Chiapas por parte de los pueblos mayas de la región central del Petén, ésta es una de varias explicaciones verosímiles. La primera posibilidad es que las comunidades de Chiapas hayan sido conquistadas, colonizadas y reorganizadas por mayas de las tierras bajas dirigidos por sus gobernantes en El Mirador. Una segunda posibilidad es que los mayas de las tierras bajas de áreas adyacentes a Chiapas se hayan visto desplazados hacia el oeste por pueblos afiliados al sistema político de El Mirador que se asentaron en sus dominios, causando así un efecto clásico de dominó en el movimiento sincronizado de las poblaciones. En la tercera posibilidad, los pueblos mayas provenientes de las regiones adyacentes de las tierras bajas pudieron haber colonizado una región vacía, recién desocupada por sus habitantes anteriores por motivos ajenos a la política de los mayas de las tierras bajas. Dada la continuidad en los implementos domésticos locales, esta posibilidad es menos creíble. Algunos de los habitantes zoques originales obviamente siguieron viviendo en la región. Una cuarta posibilidad implica la emulación de los mayas de las tierras bajas por parte de las elites locales, pero este planteamiento no explica la caída de La Libertad.

La evidencia directa de estratificación social en la cuenca de El Mirador aún no es convincente. La tumba saqueada del Preclásico tardío de Wakná indica diferencias de clase en la cuenca, en la parte final del Preclásico; pero

hasta el momento no se ha descubierto ninguna otra tumba en los demás sitios antiguos del lugar. Se han encontrado evidencias de deformación craneal e incrustaciones dentales de jade que datan del Preclásico medio (Ox medio), pero éstas aún no se han recuperado en ningún entierro completo. De igual manera, los monumentos de piedra tallada de Nakbé, Tintal y El Mirador no ofrecen ninguna evidencia clara de estratificación social, y su ubicación cronológica antigua es controvertida. En contraste con monumentos mayas posteriores, los monumentos antiguos de la cuenca de El Mirador pueden representar a gobernantes históricos, protagonistas mitológicos o ser glorificaciones propagandísticas del gobierno (véase figura 14). Sin embargo, la evidencia de estructuras domésticas y posibles palacios en Nakbé, Wakná y El Mirador indican diferencias en las inversiones de la arquitectura residencial. Estamos seguros de que las investigaciones futuras revelarán entierros de individuos de elite que demostrarán diferencias cualitativas en el consumo relativo de artículos suntuarios. Con respecto a la dificultad que plantea esta escasez de datos, es interesante recordar que también faltan evidencias claras con relación a entierros de gobernantes en el antiguo San Lorenzo[110] y posteriormente en Teotihuacan[111] (probablemente por distintas razones en cada caso), así que la ausencia actual de evidencias funerarias no debe desviar nuestra evaluación sobre el poder de la elite y la formación de un estado en la cuenca de El Mirador.

En resumen, en El Mirador hay evidencias suficientes de la presencia anterior de una toma de decisiones centralizada y jerárquica, del despliegue de millones de días-hombre de trabajo invertidos en la construcción de obras públicas, del control de los rituales públicos y de los símbolos relacionados con los dioses, y del acceso a enormes reservas de alimento. También reconocemos la posibilidad de formaciones estatales simultáneas en las tierras bajas mayas del Preclásico tardío tales como Edzná.[112] La información disponible actualmente indica que muchas innovaciones arquitectónicas claves, como las pirámides de piedra y las máscaras de estuco, se desarrollaron por primera vez en la cuenca de El Mirador –o por lo menos allí llegaron a ser prominentes por primera vez–. La propagación subsecuente de estas innovaciones indica que la elite de la cuenca de El Mirador fue uno de los agentes culturales más importantes en las tierras bajas mayas en el Preclásico tardío, e incluso

[110] Clark, "The Arts of Government in Early Mesoamerica".
[111] Cowgill, "State and Society at Teotihuacan, México".
[112] *Cf.* Matheny, "Early States in the Maya Lowland...".

es posible que hayan dominado otras regiones. Finalmente, los datos de la frontera oeste (Chiapas y Tabasco) indican una expansión territorial de uno o más de los sistemas políticos mayas del Preclásico tardío. Para nosotros, una explicación verosímil de la evidencia es que El Mirador era la capital de un estado primigenio. El desarrollo y la distribución de las comunidades del Preclásico en la cuenca de El Mirador sugieren varias posibilidades para el desarrollo de la civilización maya que exploraremos en la siguiente sección.

El camino real a la civilización

Para lo que resta de este ensayo damos por hecho haber argumentado suficientemente la existencia de un estado maya antiguo, de modo que la discusión de las posibles razones de su desarrollo tenga algún mérito. De acuerdo con compromisos de carácter teórico que no podemos discutir en este espacio, evitamos las explicaciones deterministas de la evolución social. Dudamos que lleguen a darse las *condiciones suficientes* (de manera singular o en cualquier combinación) para la evolución de sociedades simples a sociedades de estado. La evolución social *no tiene que ocurrir*, aun bajo las condiciones más favorables. En cuanto al "por qué" de la evolución de las sociedades estatales, creemos que el proceso general requiere de condiciones facilitadoras (*condiciones necesarias pero insuficientes*; es decir, condiciones que *permiten* pero que no pueden *forzar* que algo ocurra), aunadas a las situaciones históricas particulares en las que interviene gente real que toma decisiones reales que tienen un impacto en el desarrollo de sus hogares y comunidades. Los factores macroestructurales (la ecología local, la tecnología anterior, las circunstancias históricas precedentes, etcétera) son necesarios, al igual que los microfactores de los actores individuales que, por razones personales, toman decisiones de consecuencia. De ser cierto, el desarrollo de las sociedades estatales, en todo el mundo, ha dependido parcial y significativamente de circunstancias "históricas" únicas, que incluso pueden incluir el "azar", y no eran inevitables.

En términos de nuestro interés particular, en el estado de El Mirador, no podemos esperar reconstituir todas las contingencias históricas significativas ni determinar todos los participantes (actores sociales) cruciales que tomaron parte. Sin embargo, sostenemos que muchos de estos factores son detectables arqueológicamente; para su determinación se requiere un astuto diseño de investigación, métodos de campo rigurosos y análisis comprehensivos.

Podemos iniciar la discusión de algunas de las *condiciones necesarias pero insuficientes* que pudieron haber entrado en juego. Los factores clave incluyeron:

1. Las circunstancias ecológicas locales y regionales;
2. la demografía regional e interregional (tanto los aspectos de escala como los organizativos);
3. la interacción intrarregional e interregional (ya fuera cooperativa o competitiva) entre los gobernantes de cacicazgos complejos;
4. los caciques y reyes carismáticos y sus seguidores leales y desleales;
5. la memoria social de las sociedades civilizadas más antiguas, y
6. el compromiso con conceptos fundamentales religiosos y cosmológicos (que por lo general se denominan ambiguamente "ideología" en la mayor parte de las explicaciones).

Es importante recalcar que la mayoría de estas condiciones siguen siendo necesarias incluso en circunstancias que impliquen la "difusión", donde las sociedades que no son estatales entran en contacto directo y significativo con algún estado preexistente, como fue el caso de San Lorenzo y sus contemporáneos durante el periodo Preclásico temprano. Los beneficios completos del contacto sólo se realizan cuando las sociedades receptoras son capaces de asimilar lo que las sociedades donantes tienen que ofrecer. En la siguiente discusión comentamos estas condiciones generales en la medida en que se aplican al caso de El Mirador.

Interacción y la sociopsicología de la competencia

Desde nuestra perspectiva, el desarrollo del estado en la cuenca de El Mirador no era inevitable, así que tanto su gestación como el momento en que surgió deben ser explicados. Los desarrollos en El Mirador no eran primarios: El Mirador no evolucionó por sí mismo. La interacción en la región entre sistemas políticos similares (es decir, Nakbé, El Mirador, Wakná, Calakmul, Tintal, y quizás otros como Uaxactún durante el Preclásico medio) y entre sistemas políticos más distantes a escala interregional fue fundamental (las posibilidades incluyen La Venta en Tabasco; Komchén en Yucatán; El Mirador, San Isidro, Ocozocuautla, Chiapa de Corzo, San Mateo, Santa Cruz, Laguna Francesa, Santa Rosa, La Libertad e Izapa en Chiapas; La Blanca, Abaj Takalik, Kaminaljuyú y El Portón, en Guatemala; Chalchuapa en El Salvador; Copán y Los Naranjos en Honduras, y Cahal Pech, Actún Kan y Blackman Eddy en Belize).

Aunque no comprendemos plenamente la profunda psicología social de la cuestión, hay algo apremiante y casi universal en seguirle el paso a los vecinos y creer que uno tiene una calidad de vida y acceso a oportunidades comparables (o mejores) que los demás. Durante el Preclásico medio, los indicadores de la riqueza de una comunidad, personificados en el rey o cacique máximo, se veían en el tamaño, elegancia, disposición y cantidad de edificios públicos; lo elaborado de la residencia del rey; la magnitud de su entorno doméstico; la producción y la cantidad de reservas almacenadas de alimento (por ejemplo, graneros), y la riqueza personal del rey medida en bienes importados, tales como joyería de concha y jade, vestimenta, tocados y parafernalia ritual. El rango social elevado también se vería acrecentado por el control de la fuerza de trabajo para los proyectos de construcción. Una razón fundamental para la extracción periódica de tributo en bienes o servicios del rey hacia sus súbditos reales pudo haber sido la necesidad percibida de mejorar continuamente la imagen de la comunidad, o su nivel social, en comparación con los logros anunciados de sus vecinos. En este sentido, la cercanía de varios cacicazgos grandes en la cuenca de El Mirador fue poco común en Mesoamérica durante el Preclásico medio y pudo haber servido para acelerar el despliegue competitivo de excedentes sociales en rivalidades que se incrementaron hasta el surgimiento del estado de El Mirador.

Circunstancias ecológicas

La competencia social y la ostentación real no funcionan bien con el estómago vacío. Una condición fundamental para la evolución del estado fue, por tanto, la habilidad local de producir excedentes de alimentos. Este requerimiento introduce una contingencia histórica en el proceso evolutivo. Es sumamente improbable que los primeros colonizadores mayas se asentaran en la cuenca de El Mirador hacia el 850-800 aC con la expectativa futurista de desarrollar un sistema de estado medio milenio después. La región los atrajo por razones lógicas en términos de su tecnología agrícola simple (agua, tierras y recursos vegetales, animales favorables), sus prácticas culturales y el carácter distintivo de su comunidad, que probablemente para entonces ya estuviera basado en distinciones sociales hereditarias.[113] Pero la historia habría de demostrar que su elección fue afortunada, con consecuencias a largo plazo

[113] Cheetham, *Interregional Interaction...*

para el desarrollo social. Un factor especialmente crítico fue la adaptabilidad de la región para incrementar la producción de alimentos a través del mejoramiento de las técnicas, los cultivos o la organización productiva. En Nakbé esto implicó la construcción de terrazas utilizando lodo de pantano, incrementando así el número de hectáreas de tierra cultivable, al trasplantar tierra a un suelo por lo demás árido para imitar la productividad del pantano.[114] De no haber tenido la habilidad de acrecentar la producción excedente, las comunidades de la cuenca no hubieran sido capaces de patrocinar las actividades que dieron gloria a sus gobernantes, a sus ciudades y a sí mismos. Un factor crítico de la cuenca de El Mirador fue, entonces, la "plasticidad"[115] del medio ambiente y su respuesta a las manipulaciones técnicas diseñadas para incrementar la producción de alimentos.[116] Como señalamos, estos recursos permitieron la organización de la fuerza de trabajo y la construcción de estructuras públicas que se encuentran entre las más elegantes y colosales jamás construidas en las tierras bajas mayas e, inclusive, en Mesoamérica.

Demografía y liderazgo carismático

Otro factor crítico fue la demografía: tanto el número de individuos como su organización en entidades mayores (es decir, linajes, clanes, comunidades y grandes aldeas). Una condición clave que facilitó la evolución del estado de El Mirador fue que la región permitiera que varios centros grandes se desarrollaran dentro de un área reducida. Nakbé, El Mirador, Tintal y Wakná parecen haberse desarrollado simultáneamente y haber constituido una cerrada red de interacción y, posiblemente en las etapas más antiguas, de competencia. Los deseos comunitarios de ser preeminentes entre estos centros promovieron una producción anual de excedentes aún mayor, así como grandes inversiones en arquitectura pública y proyectos relacionados. Muchos centros lejanos, fuera de la cuenca, experimentaron cambios similares; sus despliegues competitivos habrían proporcionado otros "modelos" sociales ante los cuales los pueblos de la cuenca pudieron medir, y quizás midieron, su valía y prestigio relativos. Sin embargo, en cierto momento, un líder de El Mirador fue capaz de convencer a los habitantes de los otros centros de la cuenca de brindarle su lealtad, quizás a través de alianzas matrimoniales o debido a la

[114] Martínez *et al.*, "Cultivos intensivos...".
[115] Véase Price, "Shifts in Production and Organization...".
[116] Martínez *et al.*, "Cultivos intensivos...".

muerte de sus propios caciques/reyes, o disputas sobre la sucesión en sus sistemas políticos.

Las posturas imperialistas en la cuenca también pudieron haber aumentado debido a la creciente demanda de mano de obra, materiales para la construcción y comida para poder costear los despliegues sociales inflacionarios. La elite gobernante de El Mirador pudo haber promovido una *pax miradoriana* y ofrecer protección contra los ataques (incluyendo los propios) a cambio de servicio leal para aquéllos dispuestos a convertirse en nuevos súbditos. Actualmente no existen evidencias indiscutibles de estos ataques, pero es evidente que no dejan muchos rastros arqueológicos claros, aun en las mejores condiciones de preservación. En todo caso, el resultado final fue que todos los sistemas políticos de cacicazgo de la cuenca fueron absorbidos por un súper sistema político único; en aquella época, los despliegues competitivos entre centros iguales disminuyeron notablemente o cesaron, y los subsiguientes despliegues sociales se volcaron hacia afuera para compararse con las capitales en regiones distantes. El Mirador, Nakbé, Tintal y otros eran ahora parte de un sistema mayor y unificado que podía competir con los de La Venta, Chiapa de Corzo y Kaminaljuyú.

Un factor importante en este esquema habría sido la habilidad de los reyes o altos caciques de El Mirador para retener una población de servidores y reclutar nuevos súbditos entre sus rivales. La región montañosa que rodea la cuenca de El Mirador habría resultado bastante menos atractiva para los agricultores que las tierras alrededor de los bajos. En consecuencia, los costos sociales y económicos de trasladarse a otro sistema político fuera de la cuenca eran probablemente superiores de lo que hubieran sido en regiones aledañas con ambientes más abiertos. Por lo tanto, en cierto sentido, la ecología de la cuenca pudo haberse prestado a una especie de circunscripción ambiental.[117] Con relación al modelo de Carneiro, sin embargo, dudamos que el estado de El Mirador haya surgido como consecuencia de la presión de la población o de una necesidad administrativa de enfrentar problemas de sobrepoblación.[118] Aún se está evaluando la densidad de los asentamientos de los sitios mayores del Preclásico en la cuenca, pero hasta ahora parece que las extensas áreas de la región montañosa podrían haber dado cabida a más asentamientos preclásicos. Es más, una de las metas políticas de la elite

[117] *Cfr.* Carneiro, "A Theory for the Origin of the State".

[118] Hansen, *Excavations on Structure 34...*; *The Archaeology of Ideology...*; "Proyecto Regional..."; "Investigaciones arqueológicas en el norte del Petén...".

de la cuenca de El Mirador pudo haber sido atraer a la región tantos obreros como fuera posible. La avidez de mano de obra y los beneficios materiales resultantes pudieron haber sido un factor clave en el surgimiento de El Mirador. Pero esta útil táctica social pudo haber sido la causante de su propio derrumbe al provocar un desequilibrio artificial en los recursos de la población, el cual trajo como consecuencia la sobreexplotación de los recursos críticos, el deterioro en las condiciones ambientales, una espiral ascendente en la pobreza que no correspondía a las expectativas rituales y, finalmente, el colapso del estado de El Mirador tras un breve periodo de esplendor. Sin embargo, la desaparición del estado en El Mirador, y cómo fue reemplazado por Tikal, es una historia diferente que será mejor dejar para otra ocasión.

Conceptos cosmológicos y la observación del fiel

Hasta ahora hemos considerado los factores materiales, demográficos y sociopolíticos como condiciones que posiblemente fueran relevantes para el surgimiento de una sociedad estatal en la cuenca de El Mirador. Creemos que ciertos factores menos tangibles relacionados con el conocimiento social también fueron condiciones necesarias, pero insuficientes, para el surgimiento del estado de El Mirador. Estos incluían las creencias fundamentales que normalmente son definidas como "ideología" y un conocimiento social generalizado de ciudades y civilizaciones pasadas.

En El Mirador, la unión entre lo material y lo espiritual era tan flagrante como sus edificios sagrados, los cuales constituían la principal conexión entre ambos aspectos. Ya se ha descrito la evidencia del cambio radical en la habilidad arquitectónica, artística y económica en Nakbé y El Mirador.[119] Los cambios en la magnitud de las construcciones ocurrieron en la primera parte del Preclásico tardío. Las manifestaciones de grandes volúmenes de materiales de construcción, la "repentina" aparición del patrón arquitectónico trino y los innovadores retratos de deidades en las fachadas de los edificios indican que las creencias religiosas fueron un estímulo importante en los procesos de formación de estos estados antiguos,[120] sobre todo cuando la complejidad puede haber sido el resultado de una organización teocrática. Nunca antes se había visto en Mesoamérica una ciudad ni un escenario de tal grandeza. La

[119] Hansen, *Excavations in the Tigre Complex...*; *The Archaeology of Ideology...*
[120] Hansen, *Excavations in the Tigre Complex...*; *The Archaeology of Ideology...*

fama de sus santos y reyes habría atraído a curiosos y mendicantes de las regiones vecinas. Los ritos que se llevaban a cabo probablemente implicaban procesiones, quizás por las calzadas elevadas que conectaban a los centros, y el orgulloso ascenso a los templos sobre plataformas piramidales, donde los participantes del rito caminaban entre imágenes de los dioses mismos, según eran retratados en las fachadas de los templos.

Si las prácticas rituales posteriores de los mayas del Clásico empezaron en el Preclásico medio o tardío, se puede sugerir verosímilmente que estos rituales habrían incluido la intercesión del rey ante los dioses en nombre de "su pueblo". Los pueblos súbditos bien pudieron haber creído que su subsistencia diaria dependía de los ritos de estado que sólo podían ser oficiados por nobles o sacerdotes. El control de los ritos y de las interpretaciones públicas de los eventos que se alegaba derivaban de ellos, constituía una base sólida para la gobernabilidad local, y también puede haberse transformado en beneficios materiales.[121] Parte de este cambio de énfasis de los ritos domésticos a los públicos controlados por elites, fue la desaparición de las figurillas de barro modeladas a mano. Es concebible que los nuevos líderes hayan desalentado el uso de estos objetos tradicionales, quizás en sus esfuerzos por controlar el ciclo ritual.

Nuestra sencilla aserción es que los ritos eran importantes, significativos, creíbles, emotivos y motivantes. Los ritos representaban los eventos cosmológicos básicos y, al hacerlo, reforzaban la creencia en un modelo del cosmos particular de El Mirador. Es razonable suponer que todos los involucrados (participantes y espectadores) compartían una creencia en la eficacia de sus acciones rituales y peticiones, y en las verdades fundamentales allí contenidas (es decir, no es forzoso que haya habido una falsa conciencia ni un engaño a los plebeyos). Esta fuerte creencia, revigorizada periódicamente por medio de la participación pasiva o activa en los ritos públicos, motivaba a los súbditos del rey a actuar con base en su compromiso fundamental con prácticas ontológicas. Por ejemplo, uno de los mensajes más claros de los ritos de estado era que el cosmos estaba poblado por diversos tipos de seres: dioses, ancestros deificados, mortales (los reyes y los sacerdotes) que podían comunicarse con los seres sobrenaturales, e individuos comunes y corrientes que habían cosechado bendiciones espirituales y materiales mediante la interce-

[121] Cheetham, "A Termini Group...".

sión benévola de sus reyes ante los dioses. Como beneficiarios de los ritos de la realeza y del sacerdocio, los plebeyos tenían la obligación moral de aportar la comida y el trabajo requeridos por su soberano. Mientras los ritos para la preservación de la vida pudieran interpretarse como eficaces, y mientras los bienes y servicios exigidos por los funcionarios de los ritos no se volvieran onerosos, los plebeyos seguían cumpliendo con las peticiones reales. El peligro inherente en este sistema, sin embargo, era que las actividades y acciones del rey y los sacerdotes podían llegar a causar una crisis de fe; minar las creencias y compromisos emocionales de las masas, y hacer que todo el sistema se derrumbara como una casa de barajas (es decir, si no se obtenían los resultados prometidos en los ritos públicos). Esta posibilidad se vería acrecentada si el sistema jerárquico de gobierno y estratificación social que constituía el estado de El Mirador hubiera sido incapaz de eliminar el sistema de poder anterior, basado en el parentesco.[122]

Poder y fuerza espiritual y física

Hasta este punto, el lector cuidadoso podría acusarnos –y con razón– de una evidente contradicción en la descripción anterior. Hemos argumentado que los estados son entidades cuya estructura les permite el uso de la fuerza, aun en contra de sus propios súbditos. También hemos argumentado que probablemente El Mirador haya sido un estado antiguo. Por otro lado, hemos recalcado la suntuosidad, la ceremonia, el rito y las creencias, y la fuerza moral de acatar los deseos de una elite que tenía acceso exclusivo a los dioses. ¿Dónde encaja la fuerza?

En la discusión anterior hemos mencionado por lo menos dos formas: ataques y conquistas. Desde luego que no existen actualmente evidencias definitivas de ninguna de estas actividades en el Preclásico. Pero si la expansión maya hacia Chiapas y Tabasco hubiera sido mediante una conquista, debemos imaginar una entidad capaz de reclutar un ejército y equiparlo. Es probable que el rey haya tenido sus propios guardaespaldas y ejércitos reales que pudieran actuar como fuerza policial dentro de la cuenca de El Mirador. En pocas palabras, imaginamos incentivos y prerrogativas por parte del estado. Los ciudadanos tenían la opción de obedecer voluntariamente a través de sus

[122] David Cheetham, comunicación personal, 1998.

creencias, pero las sanciones de fuerza siempre eran una opción para obtener obediencia de aquellos que no creían o eran insolentes en materia política.

En este sentido, vale la pena señalar que el poder sobrenatural tiene por lo menos dos aspectos. La habilidad de bendecir es *ipso facto* la habilidad de maldecir con ese mismo poder personal. Los sentimientos de asombro que la gente tenía ante el poderío real, hubieran estado coloreados por un respeto autoprotector, e incluso miedo, del lado oscuro de la fuerza real. La combinación de asombro y temor al poder sobrenatural y una evaluación pragmática de las capacidades policiales por medio de guardaespaldas, soldados y matones, hubieran sido una combinación muy convincente para asegurar la obediencia a los mandatos reales.

El funcionamiento pacífico del sistema político dependía del compromiso emocional hacia conceptos fundamentales, como la distinción de clases, los papeles sociales y las responsabilidades sociales de cada categoría de personas. Esto habría sido bien conocido por todos y asumido comúnmente en una interacción normal. Cualquier cosa que los gobernantes y sus funcionarios pudieran hacer para reforzar tales creencias serviría para mantener el *statu quo*. De la misma manera, aquellas acciones que trajeran como resultado la pérdida de la fe básica y el compromiso, trabajarían en su contra. Para la cuenca de El Mirador, la necesidad de cimentar las creencias básicas y obtener fuertes vínculos emocionales, justificaba el gasto glorioso de mano de obra y el uso conspicuo de materiales nativos en la arquitectura y los ritos públicos.[123] En este sentido, el estado de El Mirador seguía el antiguo patrón olmeca observado por primera vez en San Lorenzo y posteriormente en La Venta. Los reyes eran esenciales en el sistema de gobierno olmeca;[124] sospechamos que también eran fundamentales para el estado de El Mirador. Las similitudes entre los sistemas olmeca tardío y maya antiguo en cuanto a construcciones (pirámides, plazas, canchas para el juego de pelota y fachadas con divinidades en los templos), el uso de grandes artefactos (monumentos de piedra, altares, estandartes y tronos), el atuendo real (capas largas, pieles de jaguar, tocados de plumas, bragueros, sandalias, collares y pendientes de jade) y el desempeño ritual (sacrificio, sangrado y procesiones) sugieren una conexión histórica directa entre ambos sistemas. Cuando menos, debemos explicar la transmisión de ciertos tipos de conocimiento especializado a través del tiempo y el espacio de los olmecas a los mayas.

[123] Hansen *et al.*, "Incipient Maya Lime Technology...".
[124] Clark, "The Arts of Government..."; Cyphers, "Reconstructing Olmec Life at San Lorenzo".

El conocimiento de la historia

La proposición que queremos establecer sobre el conocimiento tradicional y la memoria histórica de civilizaciones o instituciones anteriores es un tanto técnica, pero importante. Una distinción clásica en la antropología política se hace entre los desarrollos de estados primarios y secundarios.[125] Los estados primarios son los primeros que se desarrollan en una región, como el estado de San Lorenzo que mencionamos anteriormente. En contraste, los estados secundarios se desarrollan a partir de sociedades que no son estatales, pero que entran en contacto con un estado preexistente. En este caso, los pueblos de la sociedad que no es estatal pueden enterarse de la forma en que opera una sociedad estatal e incluso pueden llegar a experimentarla en carne propia. Pero en los desarrollos primarios, tal conocimiento es una imposibilidad teórica ya que, por definición, nunca entran en contacto con un sistema más complejo ni llegan a saber de su existencia. Sólo unos cuantos estados en la historia del mundo pueden considerarse primarios: casi toda la evolución de estados ha sido secundaria.

El caso de El Mirador nos presenta una variante interesante en cuanto a esta distinción. Los mayas de la cuenca de El Mirador probablemente tuvieron algún contacto con el estado de La Venta aproximadamente entre el 700 y el 400 aC. No se conoce ningún estado que existiera en Mesoamérica en la época en que surgió el estado de El Mirador. ¿Reinventaron los gobernantes de El Mirador el estado en Mesoamérica? ¡Claro que no! Se preservó una memoria histórica del modo de gobierno olmeca, y de sus instituciones y ritos correspondientes; esta memoria social ofreció un modelo cognoscitivo claro de cómo debía organizarse y gobernarse un reino. Tal conocimiento hubiera sido un recurso vital para aquellos individuos selectos (por ejemplo caciques y reyes) que tuvieran la oportunidad de instituir tal sistema.

Consideramos que el estado de El Mirador es un ejemplo de un desarrollo secundario, aunque actualmente no se puede demostrar que el contacto con otro estado haya sido frecuente o significativo; no obstante, dadas las similitudes en los símbolos de poder que se observan en los sitios de La Venta y la cuenca de El Mirador, el contacto histórico probablemente sería tanto lo uno como lo otro. Sin embargo, el mecanismo empleado para transmitir la memoria social aún se desconoce. En una discusión anterior sugerimos una posible

[125] Fried, *The Evolution of Political Society*.

diáspora, aproximadamente en el 900 aC, después del derrumbe de San Lorenzo, la cual pudo haber tenido un profundo efecto tanto en las subsecuentes poblaciones olmecas como en las sociedades de la cuenca de El Mirador. Se puede argumentar, y se ha sugerido un caso más sólido para una diáspora desde La Venta después de su colapso.[126] La ocupación olmeca de la cuenca de la parte media del Usumacinta parece remontarse al periodo Preclásico medio tardío. Muchos de estos pueblos pueden haber tenido contacto con las comunidades mayas de las tierras bajas con las que colindaban o, inclusive, haber inmigrado a estas comunidades cercanas para así diseminar los conceptos básicos del gobierno real. Quizás algunos hayan llevado consigo reliquias sagradas, así como el conocimiento detallado de ritos antiguos. Y otros individuos de sangre real pudieron haber tratado de infiltrar la jerarquía gobernante y congraciarse con sus líderes, nuevamente, de acuerdo con el antiguo modelo olmeca de alianzas reales (véase figura 20). Dos puntos importantes sobre todas estas posibilidades de contacto histórico son que *a)* serían esencialmente invisibles en términos arqueológicos porque *b)* sólo habrían participado pequeños grupos de refugiados olmecas deseosos de integrarse en los sistemas políticos mayas.

Con estas especulaciones no pretendemos atribuir milagrosamente la civilización maya a los olmecas. Las relaciones entre olmecas y mayas siguen siendo extremadamente problemáticas. Clark y Pérez creen que esta conexión histórica es innegable, pero aún falta por determinar exactamente cuál era la naturaleza de esta conexión y cuáles fueron los efectos específicos que tuvo entre los mayas. En contraste, Hansen considera que esta conexión fue más distante y tenue. Él atribuye más independencia e innovación local a los desarrollos en la cuenca de El Mirador. Es importante señalar, sin embargo, que estas diferencias de opinión estriban en el énfasis relativo de los contactos e interacciones históricas. Todos estamos de acuerdo que para el 450 aC, el sistema de El Mirador se encontraba por lo menos a la par de las sociedades vecinas más complejas, y su misma prosperidad hubiera resultado atractiva a personas de las regiones vecinas al atraer mano de obra y recursos materiales. Asegurar la lealtad de inmigrantes o comerciantes inteligentes habría sido un importante golpe competitivo en las rivalidades sociales entre sistemas políticos, ya que algunos recién llegados habrían sido una fuente importante de conocimientos antiguos y, en su momento, actuales, que resultaran de

[126] Véase Ochoa, "Los olmecas y el Valle del Usumacinta"; "Hachas olmecas..."; "El medio Usumacinta...".

Figura 20. Ilustración del Monumento 1 de Pijijiapan, Chiapas, en un estilo olmeca medio que muestra una reunión de hombres y mujeres de la elite. Este monumento es evidencia posible de una unión matrimonial entre olmecas de la región del Golfo y pueblos de la costa de Chiapas.

utilidad a la nobleza pujante de la sociedad maya. Sin embargo, para esta fecha, cualquier aportación olmeca (ya fuera de refugiados o clientes) habría servido solamente para auxiliar e instigar un proceso evolutivo que ya estaba en marcha y no habría sido la causa del surgimiento de un estado en El Mirador. No obstante, algunos olmecas especialistas en ritos pudieron ser los responsables de la forma y organización final de algunas representaciones reales, de ritos y de ciertos principios básicos de gobierno. Por ejemplo, la Estela 1 de Nakbé tiene una representación sobrenatural estilo olmeca en el tocado de uno de los protagonistas (véase figura 14). ¿Es posible que un artesano olmeca haya ayudado a concebir y tallar este monumento?

Observaciones finales

Como sucede con la mayoría de los ejercicios, nuestros intentos por definir los orígenes de la civilización maya se han visto limitados debido a la falta de datos y a la ambigüedad inherente en la noción misma de la génesis. En

la imaginación popular, y en la mayor parte del trabajo académico, el origen de los mayas es sinónimo del origen de la civilización maya misma. Como hemos tratado de demostrar en este trabajo, no es así. La civilización maya surgió después de que la cultura, las prácticas, el lenguaje y la etnicidad mayas habían existido por lo menos durante un milenio. Separar la génesis de los mayas *como pueblo* de la génesis de los mayas *como civilización* es crucial para poder comprenderlos a ambos. Aquí nos hemos ocupado de la génesis de la civilización, con lo cual nos referimos a un nivel específico de desarrollo social y político que generalmente se asocia con el estado.

Muchos mitos relatan la génesis del pueblo maya y su civilización como un acto divino de creación doble por parte de dioses benévolos. En contraste, aquí consideramos que ambos desarrollos fueron creados por el hombre y que no fue sino hasta después cuando fueron atribuidos a la intervención divina. Creemos que la civilización, como un conjunto de normas y prácticas culturales, surgió en Mesoamérica de manera independiente en una sola ocasión, y que en lo posterior fue transmitida a otras culturas que la fueron modificando. En términos específicos, la civilización parece haber evolucionado y haberse desarrollado entre los antiguos olmecas de la región de la costa del Golfo, hacia el 1200 aC –a través de un proceso que aún falta definir–, y posteriormente se extendió hacia otras áreas de Mesoamérica, incluyendo las tierras bajas mayas. De ser cierto, la cuestión de los orígenes de la civilización maya es necesariamente de carácter histórico, e implica saber cómo fueron transmitidas las prácticas culturales de la civilización de San Lorenzo a otras sociedades como La Venta, Chiapa de Corzo, Kaminaljuyú y El Mirador. En este trabajo nos hemos ocupado de la historia como una secuencia de acontecimientos que ocurren en el tiempo y el espacio, así como un proceso sociopolítico básico para la transmisión y modificación de las normas y prácticas culturales de una sociedad a otra. Hemos especulado en torno a algunos de los procesos históricos, pero los datos disponibles de la Mesoamérica antigua son aún demasiado escasos para sustentar la mayoría de los argumentos sobre procesos específicos.

Casi todas las ideas anteriores sobre el desarrollo de un estado son sumamente especulativas, pero la consideración de los orígenes y la génesis viene con una licencia para plantear novedosas posibilidades que han de ser evaluadas en investigaciones futuras. El posible impacto, directo o indirecto, de los olmecas, de sus ideas o de la transmisión de conocimientos de instituciones olmecas a los mayas, habría dependido de la naturaleza de las relaciones, si es

que las hubo, entre las ciudades de la cuenca de El Mirador y La Venta, y sus sistemas políticos hermanos. Debemos detenernos a considerar que ciertos sistemas políticos que llevaban mucho tiempo establecidos en la frontera creciente del territorio maya de las tierras bajas, empezaron a derrumbarse aproximadamente en el 400-300 aC, la misma época en que el sistema político de El Mirador intentaba alcanzar el apogeo. ¿Fueron los centros de El Mirador causantes del derrumbe del estado de La Venta y otros cacicazgos principales establecidos en las márgenes del río Grijalva en la parte central de Chiapas? La cronología de los acontecimientos, según se sabe actualmente, sugiere que esta posibilidad debe considerarse con seriedad. ¿Hubo algún contacto directo o conquista? Tal interacción habría constituido una dinámica social distinta por completo del caso mencionado anteriormente de refugiados y comerciantes. Si en efecto se hubiera dado un contacto directo, la elite de la cuenca de El Mirador habría contado con numerosas oportunidades de rescatar especialistas en ritos y artesanos olmecas (quizás de manera análoga a la incorporación de los "toltecas" en la Cuenca de México durante el Posclásico). Muchas similitudes notables en la forma, el contenido y la estructura de las iconografías maya y olmeca, pueden verse como resultado de la aculturación y el sincretismo. También debe considerarse la posibilidad de una conquista directa de La Venta por otro sistema político maya diferente de El Mirador.

Los datos que existen actualmente indican que los mayas adoptaron muchas prácticas mesoamericanas después de los olmecas. La civilización olmeca ya estaba en su apogeo cuando los primeros aldeanos sedentarios se asentaron en la región montañosa de Guatemala y Belize. El asentamiento inicial de la parte central del Petén, sin embargo, se corresponde con la caída del Estado de San Lorenzo y el surgimiento del estado de La Venta. Las complejas sociedades de cacicazgo en las regiones adyacentes (Chiapas y la región montañosa de Guatemala) pueden haber ejercido una influencia fundamental sobre los primeros desarrollos mayas. Sin embargo, aproximadamente en el 600-500 aC, los grandes centros de la cuenca de El Mirador estaban al mismo nivel que las sociedades vecinas más complejas de Chiapas o de la región montañosa de Guatemala. El paso final hacia la constitución de un estado, ocurrió en los dos siglos siguientes, cuando El Mirador absorbió e incorporó a sus antiguos rivales de la cuenca de El Mirador, y después se extendió hacia afuera. Hemos especulado que esta expansión externa pudo haberse iniciado anteriormente (para el 400 aC), y pudo haber sido un factor que con-

tribuyera, o incluso un factor determinante, al colapso del sistema político olmeca de La Venta.

En esta narración hemos tomado los datos más recientes del oriente de Mesoamérica y hemos intentado construir una historia coherente de los orígenes de la civilización maya de las tierras bajas. Volvemos a subrayar que la mayor parte de esta historia sigue siendo una especulación, y como coautores no estamos de acuerdo en todos los puntos. El primer autor se responsabiliza de esta versión, pero todos hemos cooperado para cerciorarnos de que la presentación de los datos para cada región y período sea lo más exacta posible.

Nuestros esfuerzos en este ensayo demuestran, esperamos, la necesidad de una historia construida cuidadosamente para cada sitio y región, y la necesidad absoluta de alinear estas historias individuales en una perspectiva global y unificada. La mayor parte de nuestro esfuerzo en este trabajo ha sido lograr una visión global mediante la coordinación de varias historias regionales. Llegar a un acuerdo cronológico también ha sido el área donde hemos tenido, y tenemos, nuestros mayores y más serios desacuerdos. Es evidente que si fallamos en nuestra construcción de la secuencia de acontecimientos, será errónea cualquier inferencia que hagamos del proceso histórico. Los ejemplos más claros de este problema son las diversas visiones de la conexión entre los olmecas y los mayas. Algunos especialistas sostienen que las fechas más antiguas de la civilización olmeca carecen de respaldo,[127] y que los acontecimientos importantes en las zonas olmeca y maya son contemporáneos, lo cual nos conduce lógicamente a la visión de un proceso mutuo de simbiosis en la formación de la civilización mesoamericana.[128]

A pesar de estas críticas, los datos muestran claramente que la civilización olmeca se desarrolló siglos antes que la maya, y que la civilización maya era, en gran medida, una modificación de prácticas culturales más antiguas conocidas entre los olmecas. Las conexiones históricas son patentes en las múltiples similitudes entre las costumbres, las prácticas y el arte de los olmecas y de los mayas.

Aún hay mucho por hacer para descubrir la verdadera historia de la génesis maya. Esperamos que nuestros esfuerzos iniciales en este trabajo surgieran varias rutas para esfuerzos futuros, así como aspectos en que hay que tener

[127] Graham, "Olmec Diffusion..."; Hammond, "Cultura hermana...".
[128] Véase Demarest, "The Olmec and the Rise of Civilization in Eastern Mesoamerica".

precaución. En primer lugar, los orígenes de un *pueblo* como un grupo que habla el mismo idioma, una sociedad o una etnia, deben distinguirse de los orígenes de su *vida civilizada*. Ningún grupo mesoamericano empezó siendo una civilización. En consecuencia, la aparición de la sociedad civilizada en Mesoamérica exige una explicación para cada región donde se manifestó. En segundo lugar, es urgente que se obtengan más y mejores datos sobre los periodos antiguos de la prehistoria mesoamericana; éstos deben alinearse debidamente para determinar sus causas y efectos en el contexto histórico. Gran parte de la investigación en Mesoamérica debe seguirse dedicando al establecimiento de cronologías más precisas. La historia, sin una cronología adecuada y racional, es impensable. En tercer lugar, debemos distinguir entre la historia como secuencia y los acontecimientos como un proceso cultural básico.

Los datos disponibles actualmente sugieren que la raíz de todas las civilizaciones mesoamericanas se encuentra en los antiguos desarrollos olmecas en la costa del Golfo. Desafortunadamente, éstos se comprenden de manera deficiente. La vida civilizada olmeca se convirtió en un legado para todos los pueblos mesoamericanos que los siguieron en el tiempo. En el caso de los mayas, la genealogía precisa de su civilización parece haberse transmitido de San Lorenzo a La Venta, después a El Mirador, y finalmente a Tikal *et alia*. Para comprender las aportaciones de los mayas a la civilización mesoamericana, es necesario adoptar una perspectiva pan-regional, histórica e interactiva. El proceso de desarrollo debe verse desde una vasta perspectiva histórica, cubriendo una región amplia y también dar especial importancia a la evidencia de comunicación e interacción entre los grupos.

Este último requisito amerita un breve comentario para finalizar. El demostrar que múltiples sociedades hayan participado en el proceso evolutivo no significa que todas hayan desempeñado un papel semejante. Queda claro que ya había pueblos mayas en la región que habría de convertirse en Mesoamérica antes del advenimiento de la civilización hacia el 1200 aC. Pero tenemos pocas evidencias de que los mayas antiguos estaban conscientes de los acontecimientos que ocurrían en tierra olmeca –y ciertamente no existe ninguna evidencia que señale que los mayas desempeñaron un papel importante en el surgimiento inicial de la civilización–. En contraste, los mayas de las tierras bajas sí parecen haber sido importantes en la interacción interregional durante el Preclásico medio, hacia el 600-350 aC. Y para el inicio del Preclásico tardío, los mayas de las tierras bajas de la cuenca de El Mirador parecen haber sido actores fundamentales.

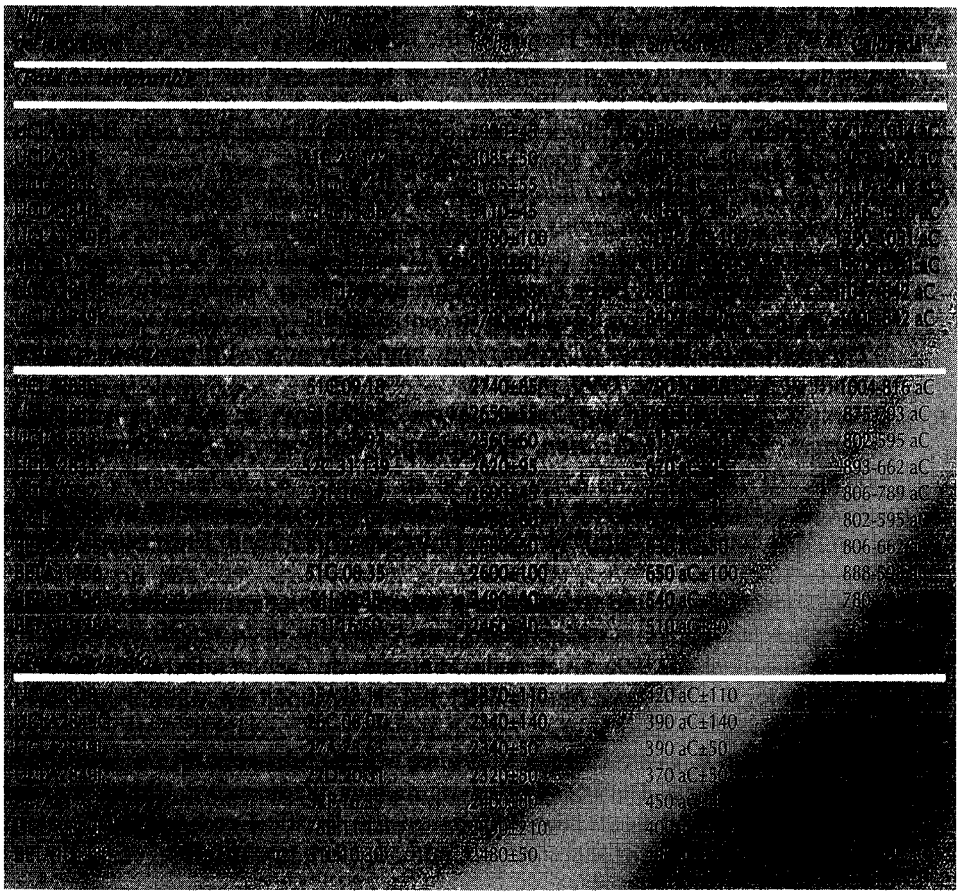
En este trabajo hemos argumentado que el intercambio a larga distancia, y quizás los ataques y la guerra, hayan sido parte de los procesos críticos que culminaron con el surgimiento del estado de El Mirador hacia el 300 aC. Sin embargo, para poder demostrarlo, hacen falta muchos más datos. Al mismo tiempo, es interesante observar que el estado de El Mirador se derrumbó y fue sucedido por Tikal y muchas otras ciudades-estado del Clásico temprano. En las tierras bajas mayas existen claros rastros de fortificaciones de esta época, lo cual sugiere que las guerras y los ataques pueden, en efecto, haber sido una parte fundamental del proceso social. En tal caso, es muy posible que los mismos procesos que llevaron al surgimiento del estado de El Mirador para el 300 aC hayan llevado a su destrucción siglos después. Pero esa es otra historia. Según los tres criterios expuestos en este trabajo, la sucesión de ciudades-estado mayas durante el Clásico sólo podrá entenderse si se toman en cuenta los desarrollos anteriores en El Mirador y las regiones aledañas. El relato de dicha sucesión deberá prestar atención a la historia, los desarrollos pan-regionales y la interacción social.

Apéndice

A continuación aparecen las fechas de radiocarbono para las tres fases más antiguas de Nakbé. La mayor parte de nuestros desacuerdos como autores se refieren a las fechas de diversas fases. Las fechas enlistadas abajo para la fase Ox temprana son uno de estos casos, ya que, con excepción de las dos últimas, las demás son, claramente, demasiado antiguas. Sin embargo, las otras fechas son bastante consistentes; las fechas más antiguas pueden ser el resultado del uso de madera vieja durante el principio de la ocupación en Nakbé. En la figura 3 hemos enlistado la fase Ox temprana con una duración del 1000 al 800 aC. Esto concuerda con las fechas de radiocarbono que se dan abajo. La cerámica de la fase Ox temprana, sin embargo, parece haberse iniciado alrededor del 800 aC. En la actualidad, la cuestión está pendiente y será resuelta cuando se obtengan más fechas de sitios en la cuenca de El Mirador y de áreas circundantes. Clark se siente más cómodo con la idea de que Ox temprano comience en el 800 aC, mientras que Hansen piensa que se inició mucho antes. En el texto, hemos llegado a un acuerdo, hablando de una ocupación Ox temprana en Nakbé para el 850 aC. En nuestras consideraciones sobre los acontecimientos relacionados con esto en Mesoamérica, sin embargo, hemos dependido más de las similitudes en colecciones de cerámica que de las fechas

reales de radiocarbono que pueden resultar, notoriamente, engañosas. Basándonos en información sobre la cerámica, es claro que las aldeas tempranas en Belize precedieron a aquellas de la cuenca de El Mirador. Los índices cronológicos para algunos de estos sitios más antiguos, no obstante, son ligeramente posteriores con respecto a los presentados a continuación para Nakbé, de allí la controversia. Las fechas para las fases media y tardía de Ox parecen aceptables. Dada la ocupación temprana limitada en Nakbé, uno debiera sospechar que apenas precedió a la fase media de Ox, en vez de prolongarse durante un largo periodo.

Apéndice



Bibliografía

ADAMS, Richard E.W., *The Ceramics of Altar de Sacrificios*, Cambridge, Harvard University, 1971. Papers of the Peabody Museum vol. 63, núm. 1.

———, (ed.), *The Origins of Maya Civilization*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1977.

——— y T. Patrick Culbert, "The Origins of Civilization in the Maya Lowlands", en R.E.W. Adams (ed.), *The Origins of Maya Civilization*, Albuquerque, University of New Mexico, pp. 3-24.

——— y Fred Valdez, Jr., "The Ceramics of Colhá, Belize: Report on the First Season, 1979", en *Cerámica de Cultura Maya*, núm. 10, 1979, pp. 72-80.

ÁLVAREZ, Carlos, "La arqueología de los valles de Las Margaritas, Chiapas: una visión preliminar", en *Memorias del Primer Coloquio Internacional de Mayistas*, México, UNAM, 1987, pp. 59-97.

ANDREWS, E.W., V, "Early Ceramic History of the Lowland Maya", en F.S. Clancy y P.D. Harrison (eds.), *Vision and Revision in Maya Studies*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1990, pp. 1-19.

——— y Norman Hammond, "Redefinition of the Swasey Phase at Cuello, Belize", en *American Antiquity*, vol. 55, 1990, pp. 570-584.

AWE, Jaime J., *Dawn in the Land Between the Rivers: Formative Occupation at Cahal Pech, Belize, and its Implications for Preclassic Development in the Maya Lowlands*, tesis doctoral inédita, Londres, University of London, Institute of Archaeology, 1992.

———, M.D. Campbell, C. Bill y David T. Cheetham, "Early Middle Formative Occupation in the Central Maya Lowlands: Recent Evidence from Cahal Pech, Belize", en *Papers from the Institute of Archaeology*, núm. 1, Londres, University of London, Institute of Archaeology, 1990, pp. 1-16.

BALL, Joseph W., "The Rise of the Northern Maya Chiefdoms", en R.E.W. Adams (ed.), *The Origins of Maya Civilization*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1977, pp. 101-132.

———, *Cahal Pech, the Ancient Maya and Modern Belize: The Story of an Archaeological Park*, San Diego, San Diego State University, 1993. Ninth University Research Lecture.

BARRIENTOS, Tomás, "Evolución tecnológica y sistema de canales hidráulicos en Kaminaljuyú y sus implicaciones sociopolíticas", en *X Simposio de Investigaciones Arqueológicas en Guatemala*, 1996, Guatemala, Ministerio de Cultura y Deportes, Instituto de Antropología e Historia, Museo Nacional de Arqueología y Etnología, 1997, pp. 61-69.

BLAKE, Michael, John E. Clark, Barbara Voorhies, George Michaels, Michael W. Lowe, Mary E. Pye, Arthur A. Demarest y Barbara Arroyo, "Radiocarbon Chronology for the Late Archaic and Formative Periods on the Pacific Coast of Southeastern Mesoamerica", en *Ancient Mesoamerica*, núm. 6, 1995, pp. 161-183.

BRENNER, Mark, Barbara Leyden y Michael W. Binford, "Recent Sedimentary Histories of Shallow Lakes in the Guatemalan Savanna", en *Journal of Paleolimnology,* núm. 4, 1990, pp. 239-252.

BRYANT, Douglas D., *Excavations at House 1, Yerba Buena, Chiapas, Central Highlands, Mexico*, Provo, New World Archaeological Foundation, 1988. Papers, núm. 54.

BRYANT, Douglas D. y John E. Clark, "Los primeros mayas precolombinos de la cuenca superior del Río Grijalva", en L. Ochoa y T. A. Lee, Jr. (eds.), *Homenaje a Frans Blom: Antropología e Historia de los Mixe-Zoques y Mayas,* México, Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Estudios Mayas, 1983, pp. 223-239.

———, *Ceramic Volume*, inédito, s/f.

CARNEIRO, Robert L., "A Theory of the Origin of the State", en *Science*, núm. 169, 1970, pp. 733-738.

CHEETHAM, David, "A Termini Group «Minor Center» and the Socio-political Evolution of Cahal Pech, Belize", en J.F. Garber y J.J. Awe (eds.), *New Perspectives in the Belize Valley*, Los Angeles, UCLA, s/f.

———, *Interregional Interaction, Symbolic Exchange, and the Emergence of Socio-political Inequality in the Maya Lowlands*, tesis de maestría inédita, Vancouver, The University of British Columbia, Department of Anthropology and Sociology, 1998.

——— y Jaime J. Awe, "The Early Formative Cunil Ceramic Complex at Cahal Pech, Belize", ponencia presentada en el 61th Annual Meeting of the Society for American Archaeology, Nuevo Orleáns, 1996.

CLARK, John E., *The Lithic Artifacts of La Libertad, Chiapas, Mexico*, Provo, New World Archaeological Foundation, 1988. Papers, núm. 52.

———, *The Development of Early Formative Rank Societies in the Soconusco, Chiapas, Mexico*, tesis doctoral inédita, Ann Arbor, University of Michigan, Department of Anthropology, 1994.

———, "The Arts of Government in Early Mesoamerica", en *Annual Review of Anthropology,* núm. 26, 1997, pp. 211-234.

——— y Michael Blake, "Origen de la civilización en Mesoamérica: los olmecas y mokaya del Soconusco de Chiapas, México", en M. Carmona Macías (ed.), *Preclásico o Formativo: Avances y Perspectivas,* México, Museo Nacional de Antropología, 1989, pp. 385-405.

——— y Michael Blake, "The Power of Prestige: Competitive Generosity and the Emergence of Rank Society in Lowland Mesoamerica", en E.M. Brumfiel y J.W. Fox (eds.), *Factional Competition and Political Development in the New World*, Cambridge, Cambridge University Press, 1994, pp. 17-30.

——— y Michael Blake, "The Problematic Evolution of Maya Lords", ponencia presentada en el 63th Annual Meeting of the Society for American Archaeology, Seattle, 1998.

——— y Dennis Gosser, "Reinventing Mesoamerica's First Pottery", en W.K. Barnett y J.W. Hoopes (eds.), *The Emergence of Pottery,* Washington, D.C., Smithsonian Press, 1995, pp. 209-221.

———, Gareth W. Lowe y Thomas A. Lee, Jr., "The Zoque Identity of the La Venta Olmecs", manuscrito inédito, s/f.

COE, Michael D. y Richard A. Diehl, *In the Land of the Olmec: The Archaeology of San Lorenzo Tenochtitlan*, Austin, University of Texas Press, 1980.

COWGILL, George L., "State and Society at Teotihuacan, Mexico", en *Annual Review of Anthropology*, núm. 26, 1997, pp. 129-161.

CULBERT, T. Patrick, "Early Maya Development at Tikal, Guatemala", en R.E.W. Adams (ed.), *The Origins of Maya Civilization*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1977, pp. 27-43.

CYPHERS, Ann, "Reconstructing Olmec Life at San Lorenzo", en E.P. Benson y B. de la Fuente (eds.), *Olmec Art of Ancient México*, Washington, D.C., National Gallery of Art, 1996, pp. 60-71.

DEEVEY, E.S., Don S. Rice, Prudence M. Rice, H.H. Vaughan, Mark Brenner y M.S. Flannery, "Mayan Urbanism: Impact on a Tropical Karst Environment", en *Science*, núm. 206, 1979, pp. 298-306.

DEMAREST, Arthur A., "The Olmec and the Rise of Civilization in Eastern Mesoamerica", en R.J. Sharer y D.C. Grove (eds.), *Regional Perspectives on the Olmec*, Cambridge, Cambridge University Press, 1989, pp. 303-344.

DRUCKER, Philip, Robert F. Heizer y Robert Squier, *Excavations at La Venta, Tabasco, 1955*, Washington, D.C., Bureau of American Ethnology, 1959. Bulletin, núm. 170.

ENGLAND, Nora C. y Stephen R. Elliott, *Lecturas sobre la Lingüística Maya*, South Woodstock, Centro de Investigaciones de Mesoamérica (CIRMA), 1990. Plumstock Mesoamerican Studies.

ESCOBEDO, Héctor L., Mónica Urquizu y Jeanette Castellanos, "Nuevas investigaciones en Kaminaljuyú: Excavaciones en los montículos A-V-II, A-VI-I y sus alrededores", en *IX Simposio de Investigaciones Arqueológicas en Guatemala, 1995*, Guatemala, Ministerio de Cultura y Deportes, Instituto de Antropología e Historia, Museo Nacional de Arqueología y Etnología, 1996, pp. 419-437.

FORSYTH, Donald W., *The Ceramics of El Mirador, Petén, Guatemala*, Provo, New World Archaeological Foundation, 1989. Papers of the New World Archaeological Foundation núm. 63.

———, "The Ceramic Sequence at Nakbe, Guatemala", en *Ancient Mesoamerica*, núm. 4, 1993, pp. 31-54.

FRIED, Morton, *The Evolution of Political Society*, Nueva York, Random House, 1967.

GRAHAM, John, "Olmec Diffusion: A Sculptural View from Pacific Guatemala", en R.J. Sharer y D.C. Grove (eds.), *Regional Perspectives on the Olmec*, Cambridge, Cambridge University Press, 1989, pp. 227-246.

HAMMOND, Norman, *Nohmul: A Prehistoric Maya Community in Belize. Excavations 1973-1983*, Oxford, British Archaeological Reports, 1985. BAR International Series, núm. 250.

———, "Cultura hermana: Reappraising the Olmec", en *Quarterly Review of Archaeology,* núm. 9, 1988, pp. 1-4.

———, *Cuello: An Early Maya Community in Belize*, Cambridge, Cambridge University Press, 1991.

———, "Preclassic Maya Civilization", en E.C. Danien y R.J. Sharer (eds.), *New Theories on the Ancient Maya*, Philadelphia, University of Pennsylvania, The University Museum, 1992, pp. 137-144.

HANSEN, Richard D., *Excavations on Structure 34 and the Tigre Area, El Mirador, Peten, Guatemala: A New Look at the Preclassic Lowland Maya*, tesis de maestría inédita, Provo, Brigham Young University, 1984.

———, *Excavations in the Tigre Complex, El Mirador, Petén, Guatemala,* Provo, New World Archaeological Foundation, 1990. Papers, núm. 62.

———, "An Early Maya Text from El Mirador, Guatemala", en *Research Reports on Ancient Maya Writing,* núm. 37, Washington, D.C., Center for Maya Research, 1991, pp. 19-32.

———, "The Maya Rediscovered: The Road to Nakbé", en *Natural History,* mayo de 1991, pp. 8-14.

———, "Resultados preliminares de las investigaciones arqueológicas en el sitio Nakbé, Petén, Guatemala", en *II Simposio de Investigaciones Arqueológicas en Guatemala, 1995,* Guatemala, Ministerio de Cultura y Deportes, Instituto de Antropología e Historia, Museo Nacional de Arqueología y Etnología, 1991, pp. 160-174.

———, *The Archaeology of Ideology: A Study of Maya Preclassic Architectural Sculpture at Nakbé, Peten, Guatemala*, tesis doctoral inédita, Los Angeles, University of California, Department of Anthropology, 1992.

———, "Proyecto regional de investigaciones arqueológicas del norte de Petén, Guatemala: Temporada 1990", en *IV Simposio de Arqueología Guatemalteca,* Guatemala, Ministerio de Cultura y Deportes, Museo Nacional de Arqueología y Etnología, 1992, pp. 1-36.

———, "Investigaciones arqueológicas en el norte del Petén, Guatemala: Una mirada diacrónica de los orígenes mayas", en W.J. Folan (ed.), *Campeche Maya Colonial,* Campeche, Universidad Autónoma del Sureste, 1994, pp. 14-54.

———, "Las dinámicas culturales y ambientales de los orígenes mayas: estudios recientes del sitio arqueológico Nakbé", en *VIII Simposio Arqueológico de Guatemala,* Guatemala, Ministerio de Cultura y Deportes, Museo Nacional de Arqueología y Etnología, 1994, pp. 369-387.

———, "Ideología y arquitectura: poder y dinámicas culturales de los mayas preclásicos de las tierras bajas", ponencia presentada en la Segunda Mesa Redonda de Palenque, Palenque, 1997.

———, "Continuity and Disjunction: The Preclassic Antecedents of Classic Architecture", en S. Houston (ed.), *Function and Meaning in Classic Maya Architecture,* Washington, D.C., Dumbarton Oaks, 1998, pp. 49-122.

——— y Donald W. Forsyth, "Late Preclassic Development of Unslipped Pottery in the Maya Lowlands: The Evidence from El Mirador", en P.M. Rice y R.J. Sharer (eds.), *Maya Ceramics: Papers of the 1985 Maya Ceramic Conference,* Oxford, British Archaeological Reports, 1987, pp. 439-468. BAR International Series, núm. 345 ii.

———, Eric F. Hansen y Carlos Rodríguez-Navarro, "Incipient Maya Lime Technology: Characterization and Chronological Variations in Preclassic Plaster, Stucco, and Mortar at Nakbé, Guatemala", en P.B. Vandiver, J.R. Druzki, J.F. Merkel, y J. Stewart (eds.), *Material Issues in Art and Archaeology V,* Pittsburgh, Materials Research Society, 1997, pp. 207-216. Materials Research Society, vol. 462.

HATCH, Marion Popenoe, *Kaminalyujú/San Jorge: Evidencia arqueológica de la actividad económica en el Valle de Guatemala, 300 aC a 300 dC,* Guatemala, Universidad del Valle de Guatemala, 1997.

HILL, Warren, Michael Blake y John E. Clark, "Mesoamerica's Earliest Ballcourt", en *Nature,* 1998.

HOUSTON, Stephen, John Robertson y David Stuart, "The Language of Classic Maya Inscriptions", manuscrito para *Latin American Antiquity,* s/f.

ICELAND, Harry B., *The Preceramic Origins of the Maya: The Results of the Colha Preceramic Project in Northern Belize,* tesis doctoral inédita, Austin, University of Texas, Department of Anthropology, 1997.

JACOB, John, "Evidencias para cambio ambiental en Nakbé, Guatemala", en *VII Simposio Arqueológico de Guatemala,* Guatemala, Ministerio de Cultura y Deportes, Museo Nacional de Arqueología y Etnología, 1994, pp. 275-280.

JUSTESON, John S., William M. Norman, Lyle Campbell y Terrence Kaufman, *The Foreign Impact on Lowland Mayan Language and Script,* Nueva Orleans, Tulane University, Middle American Research Institute, 1985. Publication, núm. 53.

KAPLAN, Jonathan, "El Trono Incienso y otros tronos de Kaminaljuyú, Guatemala", en *VIII Simposio de Investigaciones Arqueológicas en Guatemala,* Guatemala, Ministerio de Cultura y Deportes, Museo Nacional de Arqueología y Etnología, 1995, pp. 401-423.

KAUFMAN, Terrence, *Idiomas de Mesoamérica,* Guatemala, Editorial José de Pineda Ibarra y Ministerio de Educación, 1974.

KENNETT, Douglas J. y Barbara Voorhies, "Oxygen Isotopic Analysis of Archaeological Shells to Detect Seasonal Use of Wetlands on the Southern Pacific Coast of Mexico", en *Journal of Archaeological Science,* núm. 23, 1996, pp. 689-704.

KIRKBY, Anne V.T., *The Use of Land and Water Resources in the Past and Present Valley of Oaxaca, Mexico,* Ann Arbor, University of Michigan, Museum of Anthropology, 1973. Memoirs, núm. 5.

KOSAKOWSKY, Laura J., *Prehistoric Pottery at Cuello, Belize,* Tucson, University of Arizona Press, 1987. Anthropological Papers núm. 47.

LÓPEZ, Roberto, "Un ensayo sobre patrones de enterramiento y evidencias de sacrificio humano en Kaminaljuyú, Guatemala, en *VI Simposio de Investigaciones Arqueológi-*

cas en Guatemala, Guatemala, Ministerio de Cultura y Deportes, Museo Nacional de Arqueología y Etnología, 1993, pp. 391-399.

LOWE, Gareth W., "Brief Archaeological History of the Southwest Quadrant", en G.W. Lowe y P. Agrinier (eds.), *Mound 1, Chiapa de Corzo, Chiapas, Mexico*, Provo, New World Archaeological Foundation, 1960, pp. 7-12. Papers, núm. 8.

———, *Mound 5 and Minor Excavations, Chiapa de Corzo, Chiapas, Mexico*, Provo, New World Archaeological Foundation, 1960, pp. 7-12. Papers, núm. 12.

———, "The Mixe-Zoque as Competing Neighbors of the Early Lowland Maya", en R.E.W. Adams (ed.), *The Origins of Maya Civilization*, Albuquerque, University of New Mexico, 1977, pp. 197-248.

———, "The Heartland Olmec: Evolution of Material Culture", en R.J. Sharer y D.C. Grove (eds.), *Regional Perspectives on the Olmec*, Cambridge, Cambridge University Press, 1989, pp. 33-67.

———, "Presencia maya en la cerámica del Preclásico tardío en Chiapa de Corzo", en *Memorias del Segundo Congreso Internacional de Mayistas*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1995, pp. 321-341.

MACLEOD, Barbara y Dorie Reents-Budet, "The Art of Calligraphy: Image and Meaning", en Dorie Reents-Budet (ed.), *Painting the Maya Universe: Royal Ceramics of the Classic Period,* Duke University Press, 1994, pp. 106-163.

MARTÍNEZ, Gustavo, Richard D. Hansen y Wayne K. Howell, "Cultivos intensivos: sistemas agrícolas de Nakbé", en *X Simposio de Investigaciones Arqueológicas en Guatemala,* Guatemala, Ministerio de Cultura y Deportes, Museo Nacional de Arqueología y Etnología, 1996.

MATHENY, Ray T., "Investigations at El Mirador, Petén, Guatemala", *en National Geographic Research,* núm. 2, 1986, pp. 332-353.

———, "Early States in the Maya Lowlands during the Late Preclassic Period: Edzná and El Mirador", en E.P. Benson (ed.), *City States of the Maya: Art and Architecture*, Denver, Rocky Mountain Institute for Pre-Columbian Studies, 1986, pp. 1-44.

NAVARRETE, Carlos y Luis Luján, *El Gran Montículo de La Culebra en el Valle de Guatemala*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Antropológicas y Academia de Geografía e Historia, de Guatemala, 1986.

NICHOLS, Linda M., "Land Use in Prehispanic Oaxaca", en S.A. Kowalewski, G.M. Feinman, L. Finsten, R.E. Blanton y L.M. Nichols (eds.), *Monte Alban's Hinterland, Part II: Prehispanic Settlement Patterns in Tlacolula, Etla, and Ocotlan, The Valley of Oaxaca, Mexico*, vol. 1, Ann Arbor, University of Michigan, Museum of Anthropology, 1989, pp. 449-506. Memoirs, núm. 23.

OCHOA, Lorenzo, "Los olmecas y el Valle del Usumacinta", en *Anales de Antropología,* vol. 14, 1977, pp. 75-90.

———, "Hachas olmecas y otras piezas arqueológicas del Medio Usumacinta", en *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos,* núm. 28, 1982, pp. 109-122.

———, "El Medio Usumacinta: Un eslabón en los antecedentes olmecas de los mayas", en L. Ochoa y T. Lee (eds.), *Antropología e historia de los mixe-zoques y mayas. Homenaje a Frans Blom*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Estudios Mayas, 1983, pp. 147-174.

OHI, Kuniaki, Nobuyuk Ito, Shione Shibata y Hiroshi Minami, "Los resultados de las investigaciones arqueológicas en Kaminaljuyú", en *X Ximposio de Investigaciones Arqueológicas en Guatemala,* Guatemala, Ministerio de Cultura y Deportes, Museo Nacional de Arqueología y Etnología, 1997, pp. 93-100.

ORTEGA, Edgar René, José Suasnávar Bolaños, Juan Luis Velásquez y Julio A. Roldán, "El Montículo la Culebra, Kaminaljuyú. Proyectos de Rescate Arqueológico", en *IX Simposio de Investigaciones Arqueológicas en Guatemala,* Guatemala, Ministerio de Cultura y Deportes, Museo Nacional de Arqueología y Etnología, 1996, pp. 461-476.

ORTIZ, Ponciano y Carmen Rodríguez, "Los espacios sagrados olmecas: El Manatí, un caso especial", en J.E. Clark (ed.), *Los olmecas en Mesoamérica*, México, El Equilibrista, 1994, pp. 68-91.

PÉREZ, Tomás, "Los olmecas y los dioses del maíz en Mesoamérica", en X. Noguez y A. López Austin (eds.), *De hombres y dioses*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 1997, pp. 19-58.

POHL, Mary, Kevin O. Pope, John G. Jones, John S. Jacob, Dolores Piperno, Susan D. de France, David L. Lentz, John A. Gifford, Marie E. Danforth y J. Kathryn Josserand, "Early Agriculture in the Maya Lowlands", en *Latin American Antiquity,* vol. 7, 1996, pp. 355-372.

POOL, Christopher A., "From Olmec to Epi-Olmec at Tres Zapotes", en J.E. Clark y M.E. Pye (eds.), *Olmec*, Washington, D.C., National Gallery of Art, 1999.

PRICE, Barbara, "Shifts in Production and Organization: A Cluster-Interaction Model", en *Current Anthropology,* vol. 18, 1977, pp. 209-233.

PRING, Duncan C., *Illustrations for Preclassic Ceramic Complexes in Northern Belize*, Cambridge, Cambridge University, Centre of Latin American Studies, 1976.

RANDS, Robert L., "The Rise of Classic Maya Civilization in the Northwestern Zone: Isolation and Integration", en R.E.W. Adams (ed.), *The Origins of Maya Civilization*, Albuquerque, University of New Mexico, pp. 159-180.

REILLY, Kent F., III, *Visions of Another World; Art, Shamanism, and Political Power in Middle Formative Mesoamerica*, tesis doctoral inédita, Austin, University of Texas, Department of Art History, 1994.

RICE, Prudence, "Ceramic and Non-Ceramic Artifacts of Lake Yaxha-Sacnab, El Peten, Guatemala. Part I: The Ceramics, Section A: Introduction and the Middle Preclassic Ceramics of Yaxha-Sacnab", en *Cerámica de Cultura Maya,* vol. 10, 1979, pp. 1-36.

RICKETSON, E.B., "Part II. The Artifacts", en *Uaxactun Guatemala Group E, 1926-1931*, Washington, D.C., Carnegie Institution of Washington, 1937, pp. 183-292. Publication, núm. 477.

ROBERTSTON, John S., *The History of Tense/ Aspect/ Mood/ Voice in the Mayan Verbal Complex*, Austin, University of Texas Press, 1992.

ROMÁN, Otto R., "Hallazgo Preclásico medio en Kaminaljuyú", en *III Simposio de Investigaciones Arqueológicas en Guatemala*, Guatemala, Ministerio de Cultura y Deportes, Museo Nacional de Arqueología y Etnología, 1993, pp. 209-218.

SABLOFF, Jeremy A., *Excavations at Seibal, Department of Peten, Guatemala: Ceramics*, Cambridge, Harvard University, 1975. Memoirs of the Peabody Museum of Archaeology and Ethnology, núm. 13.

SCHELE, Linda y David Freidel, *A Forest of Kings: The Untold Story of the Ancient Maya*, Nueva York, William Morrow and Company, 1990.

SHARER, Robert J., "The Jenney Creek Ceramic Complex at Barton Ramie", en J.A. Gifford (ed.), *Prehistoric Pottery Analysis and the Ceramics of Barton Ramie in the Belize Valley*, Cambridge, Harvard University, Peabody Museum of Archaeology and Ethnology, 1976, pp. 61-63. Memoirs, núm. 18.

———, "The Preclassic Origin of Lowland Maya States", en E.C. Danien y R.J. Sharer (eds.), *New Theories on the Ancient Maya*, Philadelphia, University of Pennsylvania, The University Museum, 1992, pp. 131-136.

———, *Daily Life in Maya Civilization*, Westport, Greenwood Press, 1996.

——— y David W. Sedat, *Archaeological Investigations in the Northern Maya Highlands, Guatemala. Interaction and the Development of Maya Civilization*, Philadelphia, University of Pennsylvania, The University Museum, 1987. University Museum Monograph núm. 59.

SHOOK, Edwin, Marion P. Hatch y Jaime K. Donaldson, *Ruins of Semetabaj, Department of Solola, Guatemala*, Archaeological Research Facility, 1979, pp. 7-142. Contributions, núm. 41.

——— y A.V. Kidder, *Mound E-III-3, Kaminaljuyú, Guatemala*, Washington, D.C., Carnegie Institution of Washington, 1952, pp. 33-127. Contributions to American Anthropology and History, vol. 596, núm. 11.

SISSON, Edward B., "Settlement Patterns and Land Use in the Northwestern Chontalpa, Tabasco, Mexico. A Progress Report", en *Cerámica de Cultura Maya*, núm. 6, 1970, pp. 41-54.

———, *Survey and Excavation in the Northwestern Chontalpa, Tabasco, Mexico*, tesis doctoral inédita, Cambridge, Harvard University, Department of Anthropology, 1976.

SMITH, A. Ledyard, "Major Architecture and Caches", en *Excavations at Seibal, Department of Peten, Guatemala*, Cambridge, Harvard University, 1982. Memoirs of the Peabody Museum of Archaeology and Ethnology, vol. 15, núm. 1.

TAUBE, Karl, "The Olmec Maize God: The Face of Corn in Formative Mesoamerica", en *RES: Anthropology and Aesthetics*, núms. 29-30, 1996, pp. 39-82.

VALDÉS, Juan Antonio y Marion Popenoe de Hatch, "Evidencias de poder y control social en Kaminaljuyú: Proyecto Arqueológico Miraflores II", en *IX Simposio de*

Investigaciones Arqueológicas en Guatemala, 1995, Guatemala, Ministerio de Cultura y Deportes, Museo Nacional de Arqueología y Etnología, 1996, pp. 377-396.

VALDEZ, Fred, *The Prehistoric Ceramics of Colha, Northern Belize*, tesis doctoral inédita, Cambridge, Harvard University, Department of Anthropology, 1987.

———, "The Ceramics of Colha, Belize", en *Cerámica de Cultura Maya,* núm. 15, 1988, pp. 41-50.

———, "Religion and Iconography of the Preclassic Maya at Rio Azul, Peten, Guatemala", en C. Varela, J.L. Bonor y Y. Fernández (eds.), *Religión y sociedad en el área maya*, Madrid, Sociedad Española de Estudios Mayas, 1995, pp. 211-218.

VARGAS PACHECO, Ernesto, "Síntesis de la historia prehispánica de los mayas chontales de Tabasco-Campeche", en *América Indígena,* núms. 1-2, 1994, pp. 15-61.

VELÁSQUEZ, Juan Luis, "Replantamiento de la Fase Majada: Un componente Preclásico medio tardío", en *II Simposio de Investigaciones Arqueológicas en Guatemala,* Guatemala, Ministerio de Cultura y Deportes, Museo Nacional de Arqueología y Etnología, 1991, pp. 72-80.

———, "Un entierro dedicatorio a finales del Preclásico medio en Kaminaljuyú, Guatemala", en *III Simposio de Investigaciones Arqueológicas en Guatemala, 1988,* Guatemala, Ministerio de Cultura y Deportes, Museo Nacional de Arqueología y Etnología, 1993, pp. 199-208.

VIEL, René, *Evolución de la cerámica de Copán, Honduras*, Tegucigalpa, Instituto Hondureño de Antropología e Historia, 1993.

VOORHIES, Barbara, "The Transformation from Foraging to Farming in Lowland Mesoamerica", en S.L. Fedick (ed.), *The Managed Mosaic: Ancient Maya Agriculture and Resource*, 1996, pp. 17-29.

———, George H. Michaels y George M. Riser, "Ancient Shrimp Fishery", en *National Geographic Research and Exploration,* núm. 7, 1991, pp. 20-35.

WILLEY, Gordon R., "Type Descriptions of the Ceramics of the Real Xe Complex, Seibal, Peten, Guatemala", en W.R. Bullard, Jr. (ed.), *Monographs and Papers in Maya Archaeology*, Cambridge, Harvard University, 1970, pp. 313-355. Peabody Museum of Archaeology and Ethnology Papers, núm. 64.

———, "The Rise of Classic Maya Civilization: A Pasión Valley Perspective", en R.E.W. Adams (ed.), *The Origins of Maya Civilization*, Albuquerque, University of New Mexico, pp. 133-157.

———, "The Rise of Maya Civilization: A Summary View", en R.E.W. Adams (ed.), *The Origins of Maya Civilization*, Albuquerque, University of New Mexico, pp. 383-423.

———, William R. Bullard, Jr., John B. Glass y James C. Gifford, *Prehistoric Maya Settlements in the Belize Valley*, Cambridge, Harvard University, 1965. Papers of the Peabody Museum of Archaeology and Ethnography, vol. 54.

La zona del Altiplano central en el Preclásico[1]

David C. Grove*

Introducción

El Preclásico en Mesoamérica comienza en el registro arqueológico con la primera aparición de la cerámica. En el Altiplano central, las piezas de cerámica más antiguas conocidas hasta la fecha datan de *c.* 1400 aC,[2] cuando la zona central estaba habitada por pueblos que vivían en pequeños asentamientos y practicaban la agricultura básica de maíz. Sin embargo, para el final del Preclásico, 1500 años después, habían tenido lugar espectaculares transformaciones sociales, y las sociedades del Altiplano habían evolucionado hasta adquirir un nivel de complejidad estatal (véase figura 1). La evolución cultural ocurrida en el Altiplano durante el Preclásico resulta entonces de importancia puesto que sentó las bases para el desarrollo de las grandes civilizaciones urbanas de los periodos Clásico y Posclásico.

Los fértiles valles fluviales de Morelos, Puebla, Tlaxcala y Guerrero (véase figura 2), con su clima templado y subtropical, brindaban las condiciones ideales a los agricultores del Preclásico. Éste también fue el caso en la Cuenca de México, a pesar de su clima más frío y altitud de 2200 m que representaban un riesgo mayor para los primeros agricultores (riesgo compensado tal vez por los ricos recursos que ofrecía el lago que dominaba la Cuenca).

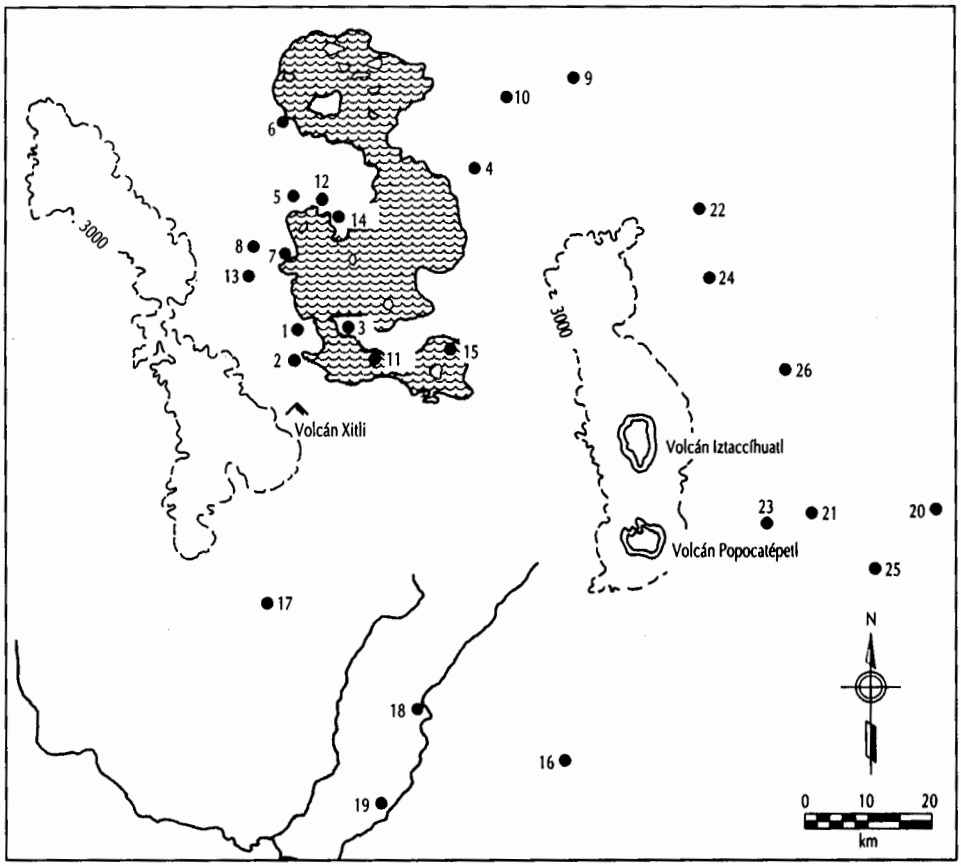
El Altiplano también se caracteriza por su gran diversidad ecológica y complejidad geológica, mismas que produjeron una abundante y variada serie de recursos naturales y materiales[3] que fueron explotados por los

*Arqueólogo, profesor del Departamento de Arqueología de la Universidad Estatal de Illinois, Urbana-Champaign.

[1] Traducción de Juan Tovar.

[2] Niederberger, *Zohapilco, cinco milenios de ocupación humana en un sitio lacustre de la Cuenca de México*, pp. 273-275; *Paléopaysages et Archéologie Pre-Urbaine du Bassin de Mexico*, pp. 273-275, 661-662.

[3] Véase Sanders, Parsons y Santley, *The Basin of Mexico: Ecological Processes in the Evolution of a Civilization*, mapas 23 y 24; Sarmiento, "La creación de los primeros centro de poder", pp. 346-347 (en este mismo volumen).



Cuenca de México
1. Copilco
2. Cuicuilco
3. Culhuacán
4. Cuanalan
5. El Arbolillo
6. Loma Torremote
7. San Juanico
8. San Miguel Amantla
9. Otumba
10. Teotihuacan
11. Terremote-Tlaltenco
12. Ticomán
13. Tlatilco
14. Zacatenco
15. Zohapilco/Tlapacoya

Morelos
16. Chalcatzingo
17. Gualupita
18. Olintepec
19. San Pablo

Puebla-Tlaxcala
20. Amalucan
21. Cholula
22. Gualupita las Dalias
23. Tetimpa
24. Tlalancaleca
25. Totimehuacan
26. Xochitécatl

Figura 1. Mapa de los sitios preclásicos del Altiplano central.

aldeanos del Preclásico en beneficio propio. La desigual distribución de estos recursos significó que en un mismo valle algunas aldeas individuales tuvieran acceso a recursos y mercancías muy distintos a los de sus vecinos. Esta desigualdad llevó a la especialización artesanal por aldeas y, sin duda, fue responsable del desarrollo de redes de intercambio locales y regionales que hicieron circular las mercancías entre las aldeas. Por ejemplo, las aldeas preclásicas establecidas a orillas del lago, tales como Zohapilco-Tlapacoya, Terremote-Tlaltenco y Santa Catarina, llevaban a cabo actividades como la pesca, la caza de aves acuáticas y la producción de canastos y petates elaborados con carrizo del lago.[4] En contraste, las aldeas ubicadas tierra adentro, cerca de yacimientos de rocas ígneas, produjeron manos y metates, mientras que las aldeas orientales del Valle de Teotihuacan pudieron haber aportado la obsidiana procedente del yacimiento cercano a Otumba que encontramos en los sitios del Preclásico a lo largo del Altiplano.

El principal enfoque geográfico de este capítulo será la Cuenca de México y el actual estado de Morelos (véase figura 2). Estas regiones han recibido mayor atención arqueológica que otras del Altiplano central y, por lo tanto, presentan un mejor panorama de la sociedad del Preclásico y su modo de vida. Al final de cada sección aparecen breves comentarios acerca de Puebla, Tlaxcala, Guerrero y el Valle de Teotihuacan.

Los primeros descubrimientos: identificando el Preclásico

A principios del siglo XX, el periodo Preclásico era desconocido y la mayoría de la cerámica y figurillas prehispánicas encontradas en el Altiplano central se clasificaban en dos categorías culturales principales: la Azteca y la Teotihuacana (o Tolteca-Teotihuacana). Frans Boas, director de la Escuela Internacional de Arqueología y Etnología en México, recolectó materiales superficiales de los sitios de Culhuacán, El Arbolillo, San Juanico, San Miguel Amantla, Ticomán y Zacatenco, y encontró piezas de cerámica que no correspondían a ninguna de esas categorías. Boas llamó a estos objetos "Tipo de los Cerros", "por haber sido encontrados también en los declives inferiores de varias eminencias naturales del Valle de México".[5] Boas y el antropólogo

[4] Serra Puche, *Los recursos lacustres de la Cuenca de México durante el Formativo*.
[5] Gamio, "Arqueología de Azcapotzalco, D.F., México".

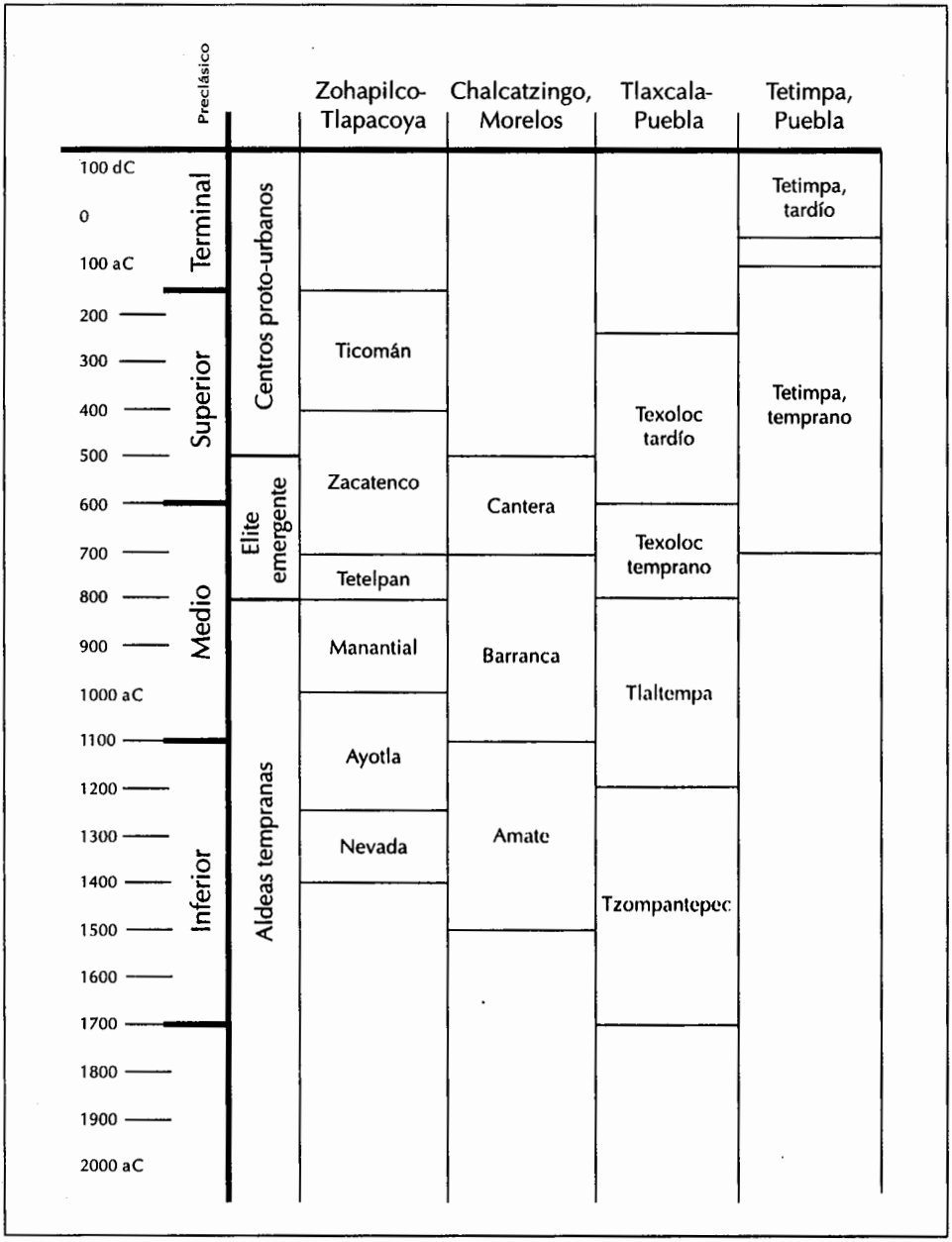


Figura 2. Cuadro cronológico del Altiplano central durante el Preclásico.

Manuel Gamio vieron la necesidad de hacer una investigación arqueológica para obtener una cronología más detallada para la Cuenca de México. En 1910, Gamio llevó a cabo excavaciones en San Miguel Amantla, Municipio de Azcapotzalco, y recuperó cerámica "Tipo de los Cerros" en los niveles estratigráficos más profundos, debajo del "Tipo de Teotihuacan", demostrando así que el primero era anterior al segundo y que era por lo tanto la alfarería más antigua conocida en el Altiplano hasta entonces.[6]

En el año 1917 el término arcaico fue adoptado para designar el periodo pre-teotihuacano, cuando Spinden propuso la existencia de un "Horizonte Arcaico" en México y Centroamérica e incluyó el "Tipo de los Cerros" dentro de ese horizonte.[7] La antigüedad del "Tipo de los Cerros" fue demostrada ese mismo año cuando Gamio excavó cuatro túneles bajo la lava en la cantera de Copilco y en el Pedregal de San Ángel, descubriendo entierros, alineamientos de piedras y cerámica. Identificó esos restos como pertenecientes a la Cultura arcaica sub-pedregalense.[8] Gamio también contribuyó al conocimiento de lo arcaico con su análisis de la cerámica reunida anteriormente por Boas.[9]

En 1923-1924, Byron Cummings llevó a cabo excavaciones en Cuicuilco y en el Pedregal.[10] En 1924, A.L. Kroeber realizó exploraciones adicionales en Copilco. Kroeber analizó la cerámica de su investigación junto con la cerámica arcaica de Boas y Gamio, y así desarrolló la primera secuencia de cerámicas y sitios para el periodo Arcaico: "Arcaico 1: San Ángel (Copilco); Arcaico II: Zacatenco y El Arbolillo; Arcaico III: Ticomán y posiblemente Cuicuilco, y Arcaico IV: interior de la Pirámide del Sol, Teotihuacan".[11]

Las excavaciones llevadas a cabo por George Vaillant en Zacatenco en 1928, Ticomán en 1929, El Arbolillo en 1930 y Gualupita, Morelos en 1932, hicieron aportaciones al conocimiento de lo Arcaico y ayudaron a refinar la tipología y la secuencia cerámicas.[12] La tipología de las figurillas creada por Vaillant para esos sitios se sigue utilizando hasta la fecha con muy pocas modi-

[6] Gamio, "Arqueología de Azcapotzalco...". Véase también Castillo Mangas *et al.*, "Una aldea del Formativo en San Miguel Amantla, Azcapotzalco, D.F.".

[7] Spinden, *Ancient Civilizations of Mexico and Central America*, pp. 42-64.

[8] Gamio, "Las excavaciones del Pedregal de San Ángel y la cultura arcaica del valle de México".

[9] Gamio, *Álbum de colecciones arqueológicas selecionadas y arregladas por Frans Boas: Texto.*

[10] Cummings, "Cuicuilco y las culturas arcaicas en México".

[11] Kroeber, "Archaic Culture Horizons in the Valley of Mexico".

[12] Vaillant, *Excavations at El Arbolillo; Excavations at Zacatenco; Excavations at Ticoman;* Vaillant y Vaillant, *Excavations at Gualupita.*

ficaciones.[13] Vaillant no empleó el término arcaico en sus publicaciones, sino que clasificó sus artefactos en periodos Zacatenco temprano y medio, Zacatenco tardío-Ticomán temprano, Ticomán medio y tardío.[14] No obstante, el término arcaico siguió siendo utilizado hasta *c.* 1950 cuando fue sustituido por dos sinónimos: Formativo y Preclásico.[15] Aunque actualmente se siguen utilizando ambos términos,[16] Preclásico es el más común.

El sistema de clasificación más utilizado hoy en día subdivide al Preclásico en cuatro periodos: inferior (o temprano), 1700-1100 aC; medio, 1100-600 aC; superior (o tardío), 600-150 aC, y terminal, 150 aC-100 dC.[17] Sin embargo, estos periodos son divisiones artificiales y, si bien pueden ser útiles a nivel general, se basan en cambios de la cerámica que no siempre reflejan con precisión los desarrollos más importantes que tuvieron lugar en la evolución de las pequeñas aldeas a centros proto-urbanos durante el Preclásico. En este capítulo he subdividido los desarrollos del Preclásico en el Altiplano en tres etapas: Pueblos agricultores tempranos (1500-800 aC), Elite naciente (800-500 aC) y Centros proto-urbanos (500 aC-100 dC) (véase figura 1).[18]

Los pueblos agricultores tempranos y su creciente complejidad (Preclásico inferior y Preclásico medio temprano; 1500-800 aC)

Cuenca de México

Las excavaciones en Zohapilco-Tlapacoya, un sitio en la antigua margen del lago de Chalco, dieron como resultado el registro estratigráfico más completo de la Cuenca de México. Allí se han definido seis etapas preclásicas: Nevada (1400-

[13] El sistema Hay-Vaillant en Vaillant, *Excavations at Zacatenco*, pp. 98-141; Reyna Robles, *Las figurillas preclásicas*.

[14] Vaillant, *Excavations at Ticoman*, p. 269; Vaillant y Vaillant, *Excavations at Gualupita*, p. 9.

[15] Por ejemplo, para "Arcaico" véase Covarrubias, "Tlatilco, Archaic Mexican Art and Culture"; para "Formativo" véase Armillas, "Tecnología, formaciones socio-económicas y religión en Mesoamérica"; para "Preclásico" véase Covarrubias, "Tlatilco, el arte y la cultura Preclásica del Valle de México" y Piña Chan, *Las culturas preclásicas de la Cuenca de México*.

[16] Por ejemplo, Carmona Macías (coord.), *El Preclásico o Formativo: avances y perspectivas*. Un tercer sistema de "horizontes" y "periodos intermedios" es utilizado por algunos arqueólogos, incluyendo a Sanders, Parsons y Santley, *The Basin of Mexico...*, pp. 91-181.

[17] Según Piña Chan, *Tlatilco...*, cuadro 9. Sin embargo, no todos los arqueólogos están de acuerdo con las fechas de estos periodos. Además, muchos arqueólogos norteamericanos dividen el Formativo en tres subperiodos: Temprano (2000-900 aC), Medio (900-500 aC) y Tardío (500 aC-100 dC).

[18] Véanse también las divisiones de Niederberger, *Paléopaysages...*, pp. 653-723; Piña Chan, "Un modelo de evolución social y cultural de México precolombino", p. 51.

1250 aC), Ayotla (1200-1000 aC), Manantial (1000-800 aG), Tetelpan (800-700 aC), Zacatenco (700-400 aC) y Ticomán (400-150 aC).[19]

La evidencia arqueológica más antigua que se tiene de la utilización de cerámica en la Cuenca de México proviene de la fase Nevada del sitio. Esta cerámica está compuesta por simples tazones, ollas y tecomates de barro color bayo, adornados con una franja roja o con sencillos diseños del mismo color.[20] La forma del tecomate es común en las áreas de tierras bajas del sur de Mesoamérica durante ese mismo periodo; los tecomates en Zohapilco-Tlapacoya están decorados con una banda de pintura roja alrededor del borde, trazo que también es común más al sur. La amplia distribución de ciertos estilos de cerámica entre las sociedades cultivadoras tempranas de Mesoamérica, como el tecomate de borde rojo, constituyen la evidencia arqueológica más antigua de la difusión de ideas, creencias y preferencias estilísticas por encima de límites regionales, étnicos y lingüísticos. Tal difusión probablemente fuera indirecta a través de las redes de intercambio regional e interregional; quizás jamás involucró mecanismos directos tales como el comercio a larga distancia, característico de sociedades posteriores de los periodos Clásico y Posclásico.

Para el 1200 aC, el Altiplano central registró un aumento demográfico y un creciente número de pequeñas aldeas se extendieron a lo largo del territorio. Al paso del tiempo, algunas aldeas crecieron y se volvieron más importantes que otras. Estas sociedades tempranas vivían de una economía de cultivo basada en el maíz que dependía primordialmente de la lluvia y la humedad natural para la producción de sus cultivos. La caza, la pesca y la recolección de plantas silvestres complementaban su dieta.

La aldea temprana mejor conocida es Tlatilco, sitio localizado en la ladera oeste de la Cuenca de México. Por ello en este capítulo Tlatilco servirá de modelo básico para tratar el tema de las sociedades agrícolas tempranas. Actualmente, el sitio de Tlatilco está cubierto por las fábricas, los edificios de oficinas y las casas de Naucalpan, Estado de México. Hace cincuenta años, el sitio consistía en una serie de campos abiertos para la agricultura y fábricas de ladrillo. Allí, los trabajadores cavaban para obtener el barro necesario en la fabricación del ladrillo, y con frecuencia encontraban entierros humanos asociados con una rica variedad de tazones de cerámica, botellas exóticas y figurillas. A

[19] Niederberger, *Zohapilco...*, pp. 256-257; *Paléopaysages...*, pp. 273-275 y 661-662; Gámez Eternod, "Crecimiento del sitio de Tlapacoya, Estado de México, durante el Horizonte Formativo".

[20] Niederberger, *Zohapilco...*, pp. 256-257; *Paléopaysages...*, pp. 273-275, 661-662.

menudo, los trabajadores vendían estos artefactos a coleccionistas interesados que visitaban la ladrillera.

Entre estos coleccionistas se encontraba el pintor Miguel Covarrubias, quien reconoció la importancia y antigüedad de los descubrimientos de Tlatilco y ayudó a iniciar las primeras excavaciones oficiales en el lugar.[21] Éstas se llevaron a cabo en 1942 (Temporada I) y en 1947-1950 (Temporada II). Estos primeros esfuerzos de investigación se concentraron principalmente en los numerosos entierros del lugar; en cambio se prestó poca atención a la estratigrafía y otros rasgos. Sin embargo, la investigación de la Temporada III (1950), dirigida por Román Piña Chan, y el trabajo de la Temporada IV (1962-1969), dirigi-do por Arturo Romano, identificaron pisos de casas, desperdicios domésticos y fosos tronco-cónicos, lo cual indica que los entierros se habían realizado dentro de una aldea.[22]

La mayoría de los casi 500 entierros excavados en Tlatilco contenían vasijas de cerámica, incluyendo los tipos negro pulido, blanco firme, rojo sobre café (con formas exóticas como el "asa de estribo") y algunos ejemplos de la llamada "cerámica olmeca". Las figurillas más comunes encontradas con los entierros fueron las de los tipos D y K.[23] Esta cerámica y las figurillas indican que la mayoría de los entierros de Tlatilco pertenecen a las fases Ayotla (1250-1000 aC) y Manantial (1000-800 aC), aunque también fue encontrado material de las fases Tetelpan (800-700 aC) y Zacatenco (700-400 aC).[24] Desafortunadamente, existen muy pocas fechas de radiocarbono para el lugar.[25]

Los habitantes de Tlatilco se asentaron tierra adentro, en un área entre el río Totolica y el río Hondo. Sus casas fueron construidas con un armazón de bajareque, y algunas, quizás la del jefe de la aldea u otro miembro de alto rango de la sociedad, pudieron haber sido construidas sobre plataformas de barro. Adyacentes a las casas individuales, había profundos pozos tronco-cónicos que fueron utilizados para almacenamiento y, posteriormente, como depósitos de basura. La pedacería de vasijas y otros tipos de desechos superficiales de Tlatilco cubren una zona de aproximadamente 50 hectáreas; pero una

[21] Covarrubias: "Tlatilco, Archaic..."; "Tlatilco, el arte...".

[22] Valiosas discusiones sobre Tlatilco y sobre las cuatro temporadas de campo en este sitio se encuentran en García Moll *et al.*, *Catálogo de entierros de San Luis Tlatilco, México: Temporada IV*, pp. 7-25; Ochoa, *Secuencia cronológica de Tlatilco, Estado de México, Temporada IV*, pp. 1-26.

[23] Ochoa, *Secuencia cronológica de Tlatilco...*, pp. 148-153.

[24] Véase, por ejemplo, Tolstoy, "Coapexco and Tlatilco: Sites with Olmec Materials in the Basin of Mexico", pp. 102-109; Niederberger, *Paléopaysages...*, pp. 273-294; Ochoa, *Secuencia cronológica de Tlatilco...*, pp. 153-163.

[25] Ochoa, *Secuencia cronológica de Tlatilco...*, p. 154; Niederberger, *Paléopaysages...*, figura 180.

aldea de ese tamaño hubiera sido un asentamiento demasiado grande para el periodo Preclásico temprano. Debe considerarse la posibilidad de que en el área que actualmente conocemos como Tlatilco hayan existido dos o tres aldeas separadas.

Algunos aspectos de la vida cotidiana y de las ceremonias rituales pueden reconstruirse parcialmente a partir de los cientos de magníficas figurillas modeladas a mano, sólidas o huecas, que han sido recuperadas de los entierros y desechos en Tlatilco. Éstas representan principalmente figuras femeninas, y aparecen con mayor frecuencia en los entierros de mujeres. En las figuras se muestra muy poca ropa, por lo general solamente una falda sencilla.[26] Las figurillas femeninas también presentan una notable variedad de peinados y cubiertas para la cabeza, algunos de los cuales sugieren que las mujeres quizás trenzaran su cabello con tiras de tela pintadas, práctica que se lleva a cabo hoy en día en varias aldeas mayas de Chiapas y Guatemala.

Los rastros de pigmento encontrados en varias figurillas de Tlatilco sugieren que la gente pudo haberse pintado el cuerpo con diseños de colores rojo o amarillo ocre, y que algunos de estos diseños pudieron haberse aplicado utilizando los sellos de cerámica, cilíndricos y planos, que se encuentran a menudo en los depósitos arqueológicos. Algunas figurillas también presentan a individuos que llevan pequeñas máscaras; de hecho se han desenterrado algunas máscaras de cerámica en los entierros y en los depósitos de desechos en Tlatilco. También se han encontrado sonajas de barro, pequeñas ocarinas y silbatos en forma de pájaros y animales. Todos estos objetos nos informan que la vida en Tlatilco y en otras aldeas tempranas incluía una rica variedad de actividades rituales y ceremoniales.

A pesar de que las casas –y la evidencia que pueden aportar sobre el modo de vida– hayan sido destruidas por las fábricas de ladrillo o hayan pasado inadvertidas durante la búsqueda de entierros, se puede aprender mucho acerca de la sociedad y sus creencias mediante las ofrendas funerarias. Estudios recientes de los entierros de Tlatilco muestran que los entierros se encuentran en grupos claramente definidos, lo cual sugiere que los entierros pudieran haberse hecho bajo los pisos de las casas, práctica muy común entre los pueblos del Preclásico.[27] Otro estudio también sugiere que la sociedad de Tlatilco puede haber estado dividida en dos mitades endógamas; aunque

[26] García Moll *et al.*, *Catálogo de entierros de San Luis Tlatilco...*, pp. 171-260.

[27] Serra Puche, "Unidades habitacionales del Formativo en la Cuenca de México", p. 168; Tolstoy, "Coapexco and Tlatilco...", p. 102, figura 6.7.; García Moll *et al.*, *Catálogo de entierros de San Luis Tlatilco...*, p. 7.

ciertos individuos pudieran haber tenido un rango social superior al de otros miembros de su mitad, existía una cierta continuidad más que una marcada diferencia de clase. Los individuos de mayor rango social parecen haber sido enterrados en sepulturas más profundas; colocados de espaldas y en posición extendida; haber recibido trece o más objetos, incluyendo pequeños espejos de mineral de hierro pulido.[28] Al parecer estos espejos eran adquiridos mediante el comercio con las regiones del sur,[29] y por lo regular se llevaban como pectorales. En general, el patrón y el nivel de organización social en Tlatilco parecen haber sido muy similares al de las sociedades tempranas en otros lugares de Mesoamérica.

Morelos

Las mejores condiciones para la agricultura temprana del Altiplano central no se dieron en la Cuenca de México, sino en los cálidos valles fluviales de Puebla, Morelos y Guerrero. La vida en aldeas mantenidas por la agricultura posiblemente iniciara allí antes que en la región más elevada y fría de la Cuenca de México.

La mayoría de las aldeas tempranas (pre-800 aC) en Morelos se ubicaron a lo largo de los húmedos valles fluviales en la parte central y occidental del estado. Allí, los asentamientos se situaban con frecuencia en terrazas bajas a las orillas de los ríos, sobre extensiones de tierra fluvial de tamaño suficiente para el cultivo. Dado que este tipo de lugar es también la ubicación preferida de las aldeas hoy en día, muchos sitios tempranos se encuentran bajo aldeas modernas, lo cual dificulta su investigación. Por lo tanto se han excavado pocos sitios tempranos; aquellos donde se ha realizado y publicado una investigación, aportan datos principalmente sobre las prácticas funerarias.[30]

Por lo tanto, esta situación es paralela a lo que se sabe sobre Tlatilco; de hecho, los objetos de cerámica destinados a los entierros encontrados en Morelos son virtualmente idénticos a aquéllos de Tlatilco, incluyendo la cerámica rojo sobre café en varias formas exóticas: botellas con asa de estribo y figurillas de los tipos D y K. El gran parecido entre la cerámica de Tlatilco y la de las

[28] Tolstoy, "Coapexco and Tlatilco...", pp. 109-119.

[29] Véase Pires-Ferreira, *Formative Mesoamerican Exchange Networks with Special Reference to the Valley of Oaxaca*, pp. 37-65; "Shell and Iron Ore Exchange in Formative Mesoamerica".

[30] Grove, *San Pablo, Nexpa, and the Early Formative Archaeology of Morelos*; "The San Pablo Pantheon Mound: a Middle Preclassic Site in Morelos, Mexico"; Piña Chan, "Excavaciones arqueológicas en el estado de Morelos"; Vaillant y Vaillant, *Excavations at Gualupita*.

aldeas tempranas en Morelos nos permite definir un área en el Altiplano que se distingue por lo que podría llamarse la "cultura de Tlatilco".[31] Las fuertes similitudes también nos informan que la Cuenca de México y la región de Morelos estuvieron de alguna manera integradas socialmente en esta época.

Aunque Tlatilco es la aldea más famosa de este periodo temprano, los sitios de la cultura de Tlatilco son mucho más numerosos en Morelos que en la Cuenca de México. Por lo tanto, mientras la expansión urbana de la Ciudad de México ha dificultado que los arqueólogos localicen e investiguen los sitios de la cultura de Tlatilco en la Cuenca de México, tal investigación aún es posible en Morelos. En Morelos, una jerarquía tripartita de asentamientos primarios se observa en cada valle: una aldea grande (villa), varias aldeas más pequeñas y numerosos caseríos. Dicha distribución sugiere que a lo largo de cada gran valle fluvial hubo una o dos pequeñas jefaturas concentradas en las aldeas de mayor tamaño, los "centros" o cabeceras para actividades de intercambio y redistribución. Por ejemplo, en el valle del río Cuautla, en el norte de Morelos, la aldea principal puede haber estado ubicada en Olintepec, mientras que a lo largo del mismo río, en el sur de Morelos, la aldea principal estaba en San Pablo. En el valle de Amatzinac, al este de Morelos, sólo había una cabecera, el sitio de Chalcatzingo.

La antigua aldea de Chalcatzingo estaba situada en la base de los cerros Delgado y Chalcatzingo, dos impresionantes picos de piedra que sobresalen del terreno plano del Valle de Amatzinac. Aunque Chalcatzingo es famoso por sus monumentos de piedra estilo olmeca, que datan de c. 700 aC, las excavaciones han revelado tres importantes fases de ocupación Preclásica: Amate (1500-1100 aC), Barranca (1100-700 aC) y Cantera (700-500 aC), junto con ocupaciones menores del Preclásico tardío y del Clásico.[32] La fase Amate de Chalcatzingo está representada por una aldea de la "cultura de Tlatilco" que había sido construida en las pendientes naturales de las laderas, en la base de los cerros. Para el 1000 aC Chalcatzingo era ya una importante cabecera que poseía una característica excepcional: la arquitectura pública, un gran montículo-plataforma de tierra de 15 m de largo por 2 m de alto. Este montículo temprano fue descubierto en las excavaciones que se realizaron hacia

[31] Grove, *San Pablo, Nexpa...*, p. 3.

[32] Información de primera mano sobre las excavaciones en Chalcatzingo puede consultarse en Piña Chan, *Chalcatzingo, Morelos*; Grove, *Ancient Chalcatzingo*. Resúmenes de las investigaciones se encuentran en Grove, *Chalcatzingo: Excavations on the Olmec Frontier*; Cyphers, *Chalcatzingo, Morelos: Estudio de cerámica y sociedad*. Este último trabajo también describe la cerámica temprana, pp. 22-26, 153-156.

el interior de la plataforma masiva de la fase Cantera y representa la primera etapa en la construcción de ese gran montículo.[33] En el sitio se investigan actualmente otros ejemplos de arquitectura de montículos de la fase Amate. La arquitectura pública en forma de montículos es rara en Morelos y en la Cuenca de México antes del 400 aC.

Puebla-Tlaxcala

El conocimiento sobre los periodos Preclásico temprano y medio en la región de Puebla-Tlaxcala se deriva principalmente de extensos reconocimientos de superficie; por lo tanto, es difícil hacer una comparación directa con los sitios excavados en la Cuenca de México y Morelos. Sin embargo, los datos de la región de Puebla-Tlaxcala son importantes puesto que ofrecen parte de la mejor documentación del Altiplano central sobre el crecimiento regional y la evolución desde aldeas hasta ciudades proto-urbanas durante el Preclásico.[34]

El Preclásico inferior se caracteriza por la "cultura Tzompantepec" (1700-1200 aC), compuesta por pequeñas aldeas agrícolas que utilizaban cerámica monocroma sencilla, y no presentan ninguna evidencia de diferenciación social. Las técnicas agrícolas incluían la construcción de terrazas, tal vez para retener el agua de lluvia y controlar la erosión.

La complejidad creció en la fase subsecuente, la "cultura Tlatempa" (1200-800 aC), con asentamientos mayores, un aumento en la construcción de terrazas y la utilización de canales y diques para controlar el agua de lluvia. Entre el 900-800 aC, existe evidencia de asentamientos del tamaño de un pueblo con arquitectura pública (cívico-religiosa) construida alrededor de plazas.[35]

La creciente complejidad y una elite naciente (Preclásico medio; 800-500 aC)

Durante el periodo de 800-400 aC, el continuo crecimiento de la población trajo como resultado la fundación de más aldeas, de aldeas más grandes y demás cabeceras.[36] Con esta mayor población también se incrementó la elite.

[33] Prindiville y Grove, "The Settlement and Its Architecture", pp. 63-64, figura 6.2.

[34] García Cook, "The Historical Importance of Tlaxcala in the Cultural Development of the Central Highlands"; García Cook y Merino Carreón, "El Formativo en la región Tlaxcala-Puebla".

[35] García Cook y Merino Carreón, "El Formativo...", pp. 164-173.

[36] Sanders *et al.*, *The Basin of Mexico...*, pp. 96-97; Serra Puche, "El Sur de la Cuenca de México durante el Formativo", p. 280.

Esto puede verse en el registro arqueológico por el notable aumento en el uso de cuentas, pendientes, orejeras y otros objetos "exóticos" de piedra verde (jadeíta) con los cuales la elite hacia ostentación y comunicaba visualmente su posición dentro de la sociedad. Los mayores yacimientos geológicos de jadeíta se encuentran principalmente en Guerrero y en el Valle del Motagua en Guatemala. Podemos suponer que en Mesoamérica la materia prima y objetos terminados de piedra verde se obtenían mediante redes de intercambio interregional, y que los jefes locales de cada región controlaban el acceso a estos materiales y objetos exóticos, que distribuían como regalos a otros jefes para mantener alianzas.

Dos de los sitios más conocidos de este periodo en la Cuenca de México son El Arbolillo y Zacatenco, ambos excavados en los años treinta por George Vaillant.[37] La arquitectura pública de montículos seguía siendo rara en el Altiplano central, pero aparece en diversos sitios, incluyendo Teopantecuanitlán, Guerrero; Chalcatzingo, Morelos; Xochitécatl, Tlaxcala y, tal vez, en Cuicuilco, en la Cuenca de México. Chalcatzingo y Teopantecuanitlán son importantes, además, por tratarse de los únicos centros con arte monumental en piedra. Puesto que Chalcatzingo es el sitio de este periodo sobre el que más se ha publicado, actualmente es el que ofrece más datos sobre el modo de vida aldeano y es al que prestaremos mayor atención.

Chalcatzingo, Morelos

Al principio de la fase Barranca (1100-700 aC) en Chalcatzingo, las laderas fueron remodeladas en una serie de terrazas bajas y anchas, y durante las fases Barranca y Cantera (700-500 aC) el asentamiento creció y se extendió a lo largo de estas terrazas (véase figura 3). La aldea seguía dominada por el montículo plataforma que se había agrandado varias veces; para la fase Cantera medía 70 m de largo y más de 7 m de altura. Es el montículo más grande que se conoce en el Altiplano para este periodo. Al sur del montículo-plataforma, cerca de la base del cerro Chalcatzingo, había una unidad residencial de elite, aparentemente la casa del linaje de jefes. Abajo, al norte del montículo-plataforma, se encuentran varias plataformas con fachada de piedra además de un gran patio hundido. Un gran altar (trono) estilo olmeca se encuentra dentro del patio (véase figura 4). Todas estas construcciones datan de la fase Cantera.[38]

[37] Vaillant, *Excavations at Zacatenco*; *Excavations at El Arbolillo*. Véase Sánchez Vázquez *et al.*, "Consideraciones generales del Preclásico medio en Zacatenco, D.F.".

[38] Véase Prindiville y Grove, "The Settlement..."; Fash, "The Altar and Associated Features"; Grove, *Chalcatzingo...*, pp. 49-68, 109-122.

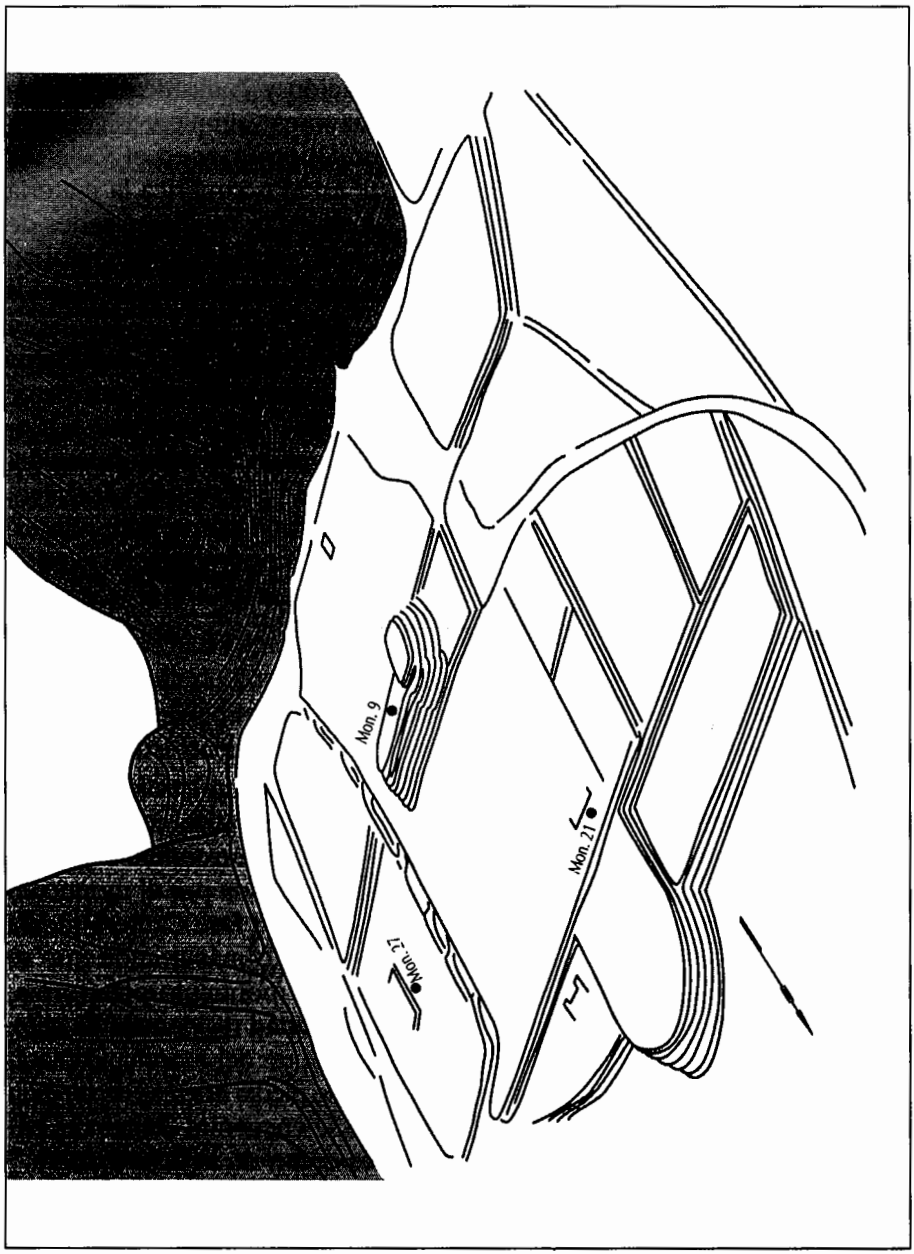


Figura 3. Perspectiva de Chalcatzingo y sus terrazas.

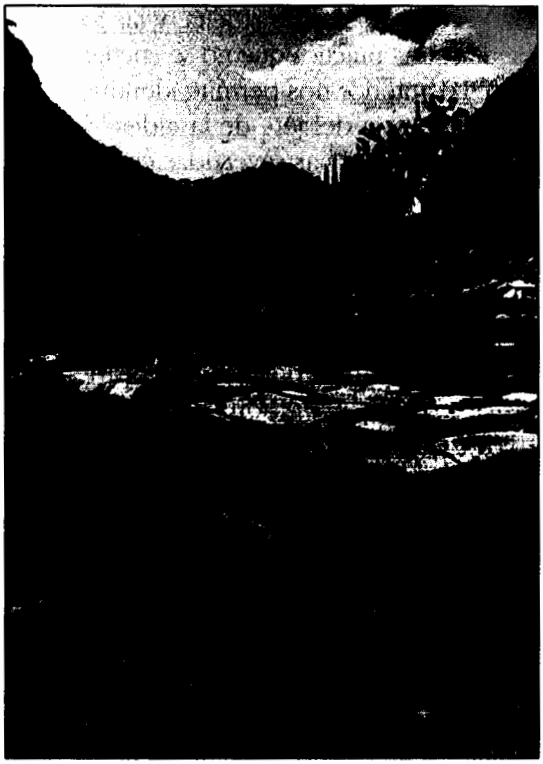


Figura 4. Altar de estilo olmeca (Monumento 22).

Chalcatzingo era una aldea dispersa. Cada casa estaba situada en una amplia terraza en la ladera; podemos suponer que los residentes sembraban maíz, frijol y calabaza en las parcelas que rodeaban a sus casas. Las casas se construían utilizando dos materiales diferentes para las paredes exteriores: las paredes posterior y laterales estaban hechas con adobes o ladrillos de tepetate, mientras que la pared frontal se hacía con un armazón de bajareque. Éstas eran casas grandes, con áreas interiores de alrededor de 60 m² en promedio. Los techos probablemente eran de paja.

Los aldeanos eran enterrados comúnmente bajo el piso de sus casas. Muy pocos entierros subterráneos de la sección norte del sitio presentaron objetos de jadeíta, lo cual indica que esta área estaba habitada principalmente por aldeanos no pertenecientes a la elite. En contraste, muchos de los entierros bajo el suelo de la unidad residencial al pie del cerro Chalcatzingo estaban aso-

ciados con objetos de jadeíta, y las fosas de los entierros estaban forradas con piedras, una práctica que no se encuentra en los entierros de las demás casas del sitio. Lo anterior nos permite identificar esta casa en particular como la probable residencia del jefe de la aldea.[39] Signos de elite tales como la joyería de jadeíta y las tumbas revestidas con piedra aparecen no sólo en Chalcatzingo, sino también en sitios como El Arbolillo en la Cuenca de México,[40] y Zinacatepec, Puebla.[41]

La cerámica de las fases Barranca y Cantera en Chalcatzingo es similar a la de la Cuenca de México en esa misma época: cerámica blanca con decoración de doble línea y figurillas del tipo C.[42] La cocina en las casas se hacía en braseros de cerámica con soportes trípodes en el borde superior para sostener las ollas sobre el carbón (véase figura 5). La dieta básica consistía en maíz, frijol y calabaza; a veces se complementaba con carne de perro domesticado y de venado salvaje, conejo, aves e iguanas. La tortilla, una de las principales innovaciones en la preparación de alimentos, puede haber aparecido en el Altiplano en esta época, ya que los comales y la cal, dos artículos necesarios para su preparación, se encuentran en el registro arqueológico de Chalcatzingo.[43]

Las figurillas de barro que representan humanos y animales siguieron desempeñando un papel importante en las actividades rituales de la aldea. En Chalcatzingo, las figuras antropomorfas aparecen en el contexto del núcleo familiar, y rara vez se encuentran en los entierros. Una gran cantidad de las figurillas de Chalcatzingo representan mujeres, a menudo en diversas etapas del embarazo.[44] Mientras que la mayoría de las figurillas de este periodo son "genéricas" (sin atributos individuales) en sus rasgos faciales y corporales, un tipo de figurilla en Chalcatzingo, el C-8 en el sistema de clasificación de Vaillant, muestra cualidades de "retrato". Lo anterior indica que estas figurillas pueden haber representado a individuos específicos.[45] Las figurillas C-8 son

[39] Merry de Morales, "Chalcatzingo Burials as Indicators of Social Ranking"; "Appendix C. The Chalcatzingo Burials"; Grove y Gillespie, "Archaeological Indicators of Formative Period Elite, A Perspective from Central Mexico".

[40] Vaillant, *Excavations at El Arbolillo*.

[41] Merlo Juárez, "Un enterramiento olmeca en Zinacantepec, Puebla".

[42] Cyphers, *Chalcatzingo...*

[43] Posibles fragmentos de comales están ilustrados en Cyphers, *Chalcatzingo...*, figura A.4. Un depósito de cal del Preclásico medio es reportado en Grove y Cyphers, "The Excavations", pp. 50-51.

[44] Cyphers, "Cultos y cuentos: Reflexiones en cuento a las figurillas preclásicas de Chalcatzingo"; "Figuras femeninas del Preclásico en Chalcatzingo".

[45] Grove y Gillespie, "Chalcatzingo's Portrait Figurines and the Cult of the Ruler".

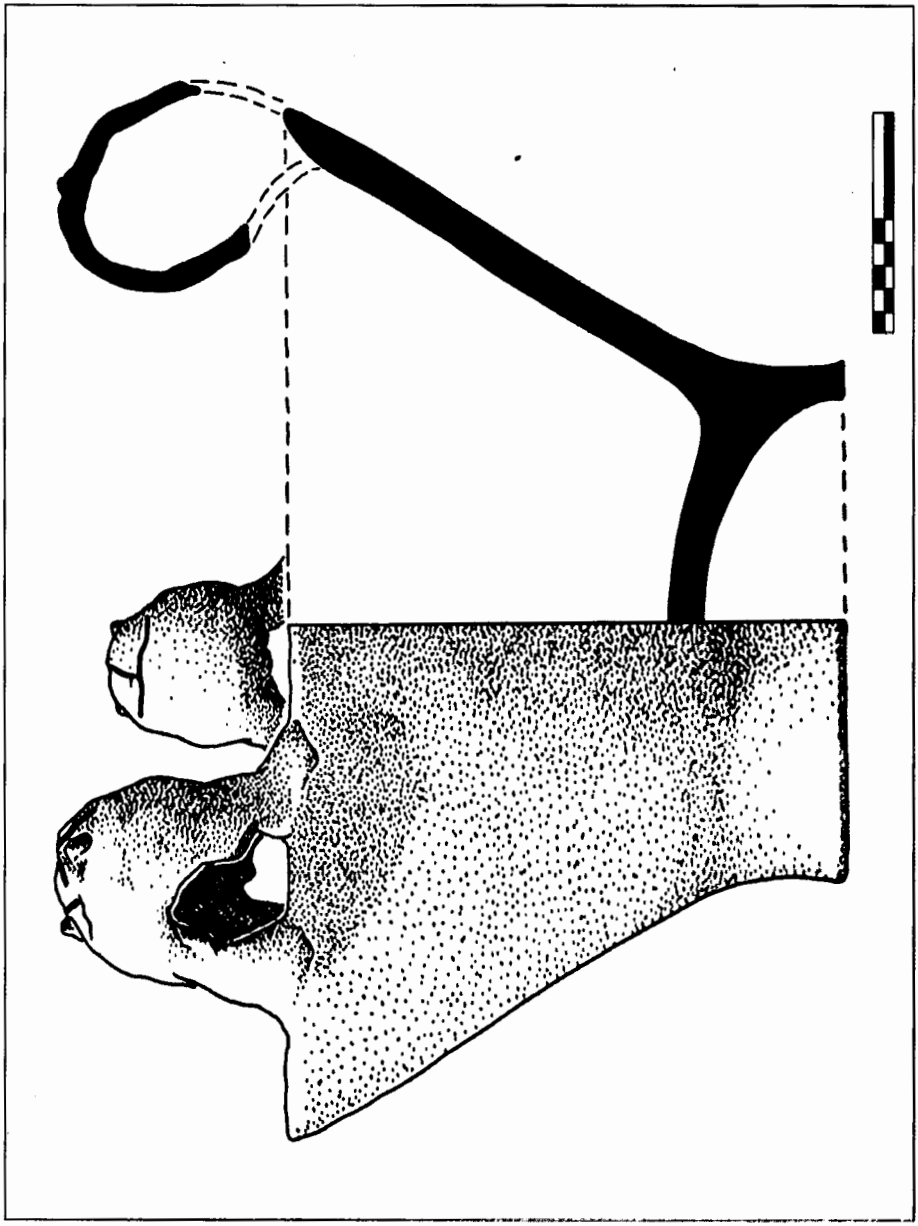


Figura 5. Arafre, fase Cantera, Chalcatzingo.

el tipo más común en Chalcatzingo, pero aparecen sólo en pequeños porcentajes en otros sitios de la Cuenca de México y de Morelos.[46]

Muchas de las figurillas zoomorfas encontradas en Chalcatzingo eran silbatos huecos u ocarinas de dos tonos. Estos instrumentos musicales probablemente eran utilizados en los ritos y danzas de la aldea y del entorno familiar. Las formas caninas (¿perros?) y de patos predominan, aunque hay una amplia variedad de animales representados, incluyendo guajolotes, tortugas, venados, pecaríes, ardillas, tlacuaches y monos. Claro está que los monos no son nativos del Altiplano central.

Los famosos bajorrelieves tallados en las rocas de Chalcatzingo datan de la fase Cantera.[47] Dos temas distintos son evidentes en este arte monumental.[48] Por un lado, tallas de importancia mítico-religiosa aparecen en el Cerro Chalcatzingo, al extremo sur del sitio. Un ejemplo es "El Rey" (Monumento 1; figura 6), un gran bajorrelieve que representa a un personaje sentado dentro de un nicho en forma de *U* recostada. El nicho simboliza la cueva de una montaña, sobre la cual aparecen nubes con gotas de lluvia que caen. Las gotas de lluvia también adornan el tocado y el vestido del rey. La asociación simbólica entre las cuevas y la lluvia es bastante antigua en Mesoamérica, hecho que constatamos en esta escena. Otras tallas mítico-religiosas encontradas en el cerro describen escenas de jaguares sobrenaturales que dominan a seres humanos. En contraste, en el lado norte del sitio aparecen estatuas de piedra y estelas con talla en bajorrelieve que representan a personajes específicos (probablemente los líderes del sitio) (véase figura 7). También en el norte se encuentra el patio hundido y el trono-altar. Todos estos monumentos del norte están relacionados con la autoridad. Dividiendo al sector norte del sur, se encuentra el gran montículo plataforma de Chalcatzingo.

Guerrero

El periodo Preclásico en Guerrero es poco conocido. En Chilpancingo se han encontrado tumbas que datan del 1000-700 aC,[49] y en Oxtotitlán, Juxtlahuaca, Cacahuaziqui y Texayac aparecen pinturas rupestres que probablemente

[46] Vaillant, *Excavations at Zacatenco*, p. 112; Reyna Robles, *Las figurillas preclásicas*, p. 369.

[47] Grove y Angulo, "A Catalog and Description of Chalcatzingo's Monuments"; Grove, *Ancient Chalcatzingo*..., p. 426; Grove, *Chalcatzingo. Excavations*..., pp. 46-47.

[48] Grove, *Excavations*..., pp. 49-68, 109-122.

[49] Martínez Donjuán, "Una tumba troncocónica en Guerrero: nuevo hallazgo en Chilpancingo"; Reyna Robles y Martínez Donjuán, "Hallazgos funerarios de la época olmeca en Chilpancingo".

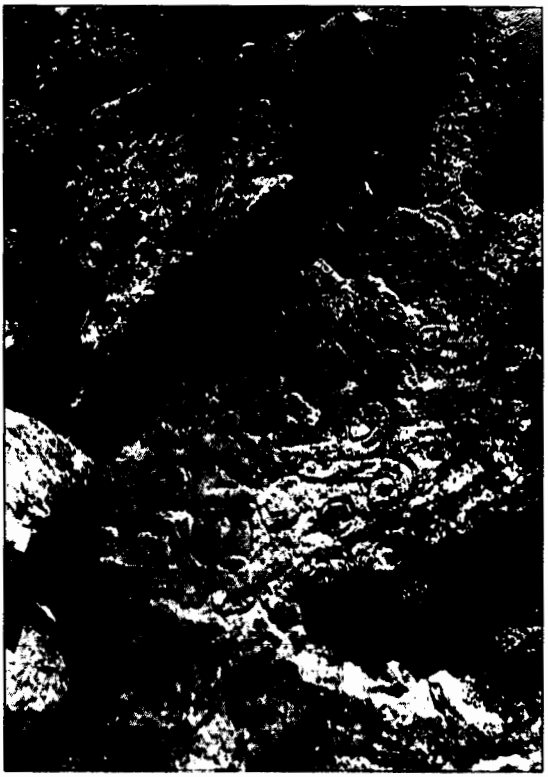


Figura 6. Monumento 1, fase Cantera, Chalcatzingo.

datan de alrededor del 800 500 aC.[50] Sin embargo, el centro Preclásico más importante en Guerrero es Teopantecuanitlán, localizado cerca de la confluencia de los ríos Amacuzac y Mezcala. Teopantecuanitlán era una importante cabecera quizás desde el 1400 600 aC. La arquitectura tardía del sitio se caracteriza por montículos con fachada de piedra, un gran patio hundido y un impresionante sistema de drenaje recubierto de piedra. Decorando las paredes del gran patio hay cuatro grandes rostros sobrenaturales monolíticos estilo olmeca tallados en bajorrelieve en bloques de piedra.[51]

[50] Grove, *Los murales de la Cueva de Oxtotitlán, Acatlán, Guerrero*, Martínez Donjuán, "Los olmecas en el estado de Guerrero"; Villela, "Nuevo testimonio rupestre olmeca en el oriente de Guerrero".

[51] Martínez Donjuán, "Teopantecuanitlán, Guerrero: un sitio olmeca"; "El sitio olmeca de Teopantecuanitlan en Guerrero"; "Teopantecuanitlán", "Los olmecas".

Teopantecuanitlán y Chalcatzingo son los únicos centros de la parte central de México en *c.* 700 aC que poseen arquitectura de montículos, patios hundidos y arte monumental en bajorrelieve. Teopantecuanitlán y Chalcatzingo también comparten ciertas técnicas características de construcción en piedra. Tales similitudes sugieren que existieron importantes relaciones sociales entre estos dos centros. El Monumento 21 de Chalcatzingo es una estela tallada con la imagen de una mujer (véase figura 7); ciertos símbolos de la estela aparecen sólo en Teopantecuanitlán y Chalcatzingo. Es posible que la relación Teopantecuanitlán-Chalcatzingo se afianzara mediante una alianza por matrimonio, conmemorada en dicho monumento de Chalcatzingo.[52]

La presencia de monumentos estilo olmeca en Chalcatzingo y Teopantecuanitlán indica que en ese periodo ambos centros tuvieron importantes relaciones con uno o más centros olmecas en la costa del Golfo. La naturaleza de estas relaciones no es clara, pero puede haberse dado por la demanda de los centros olmecas del Golfo de materiales exóticos (por ejemplo, jadeíta, serpentina) disponibles en el Altiplano central y Guerrero. Los centros olmecas del Golfo pueden haber formado alianzas con Chalcatzingo y Teopantecuanitlán para asegurarse el procuramiento de estos materiales, pero los olmecas no tenían ningún control sobre los centros del Altiplano central. La independencia de Chalcatzingo y Teopantecuanitlán se refleja en sus monumentos que, a pesar de ser similares a los monumentos olmecas, exhiben diferencias significativas e incorporan símbolos locales.

Puebla-Tlaxcala

En Tlaxcala y Puebla, la "cultura Texoloc" (fase Temprana, 800-600 aC) vio un incremento tanto en la población como en el tamaño del sitio; los reconocimientos de superficie en el lugar han registrado varios pueblos grandes que representan centros "cívico-religiosos" planificados.[53] Estos centros están entre los más antiguos que se conocen en el Altiplano central, y representan desarrollos precoces, independientes de cualquier influencia olmeca. Uno de estos centros planificados es Xochitécatl, donde las excavaciones han demostrado que las etapas iniciales de construcción de varios de los principales edificios del sitio Preclásico tardío y Clásico, datan del Preclásico medio.[54]

[52] Angulo, "The Chalcatzingo Reliefs: An Iconographic Analysis", pp. 150-151; Cyphers, "The Possible Role of a Woman in Formative Exchange"; Grove, "Chalcatzingo and its Olmec Connection", pp. 142-147.
[53] García Cook y Merino Carreón, "El Formativo...", pp. 173-180.
[54] Serra Puche y Beutelspacher, *Xochitécatl.*

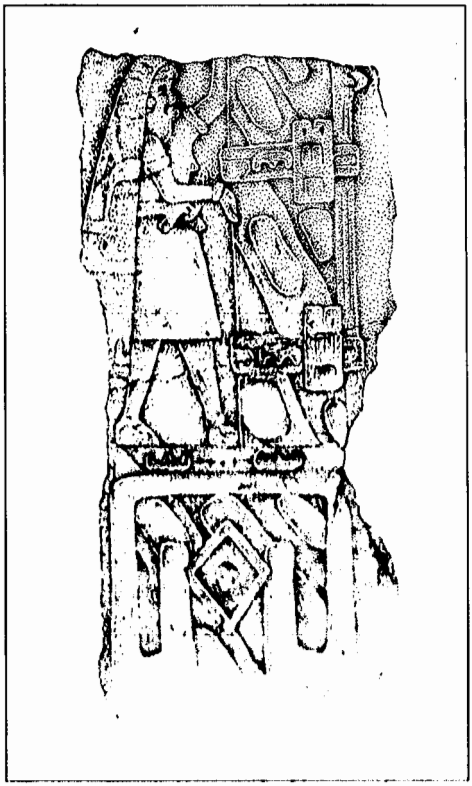


Figura 7. Monumento 21, Chalcatzingo (mujer)

El surgimiento de los centros proto-urbanos (Preclásico tardío y terminal; 500 aC-100 dC)

Un importante realineamiento en la ubicación de los asentamientos tuvo lugar en el Altiplano a partir de aproximadamente el 500 aC. Chalcatzingo y muchas otras aldeas del Preclásico medio fueron abandonadas; surgieron centros mayores y más nucleados; la arquitectura de montículos (incluyendo pirámides) proliferó; en algunas áreas las unidades habitacionales crecieron de tamaño, y se desarrollaron nuevos tipos de figurillas y de recipientes cerámicos.[55] Estas transformaciones marcan la transición al periodo Preclásico tardío, y dan el fundamento final de desarrollo para Teotihuacan y las gran-

[55]Serra Puche, "El sur...", pp. 280-281. Para la cerámica, véase por ejemplo Vaillant, *Excavations at Ticoman*; Müller, *La cerámica de Cuicuilco B. Un rescate arqueológico*.

des civilizaciones del periodo Clásico en el Altiplano central. Los desarrollos en la región de Puebla-Tlaxcala, la Cuenca de México y el Valle de Teotihuacan son de especial importancia.

Sitios principales

Los centros "cívico-religiosos" planificados, con arquitectura de pirámides, son particularmente abundantes en la región de Puebla-Tlaxcala a partir del periodo *Texoloc tardío* (600-350 aC), e incluyen los importantes sitios de Xochitécatl, Totimehuacan, Gualupita las Dalias (con 15 estructuras piramidales) y Tlalancaleca.[56] Estelas talladas en piedra con imágenes de Tláloc están presentes en varios sitios, y descomunales pilas monolíticas aparecen en Xochitécatl, Totimehuacan y Tlalancaleca. En Amalucan han sido encontradas evidencias de sistemas de canales de riego.[57] La arquitectura de talud-tablero y varios otros rasgos "diagnósticos" de Teotihuacan, aparecen en el área de Puebla-Tlaxcala varios siglos antes que en dicha metrópolis.[58]

En la Cuenca de México, Cuicuilco, centro del Preclásico tardío, es considerado uno de los primeros centros principales en el Altiplano.[59] Cuicuilco estaba situado en la mayor extensión de tierra óptima para el cultivo al sur de la Cuenca de México; allí existen evidencias arqueológicas de canales de riego correspondientes al Preclásico tardío.[60] Desafortunadamente, los arqueólogos pueden aprender muy poco acerca de Cuicuilco y de su transición a la urbanización, dado que el sitio se encuentra cubierto por pedregal, una gruesa capa de lava originada por las erupciones del volcán Xitli en la cercana sierra del Ajusco. Sin embargo, la lava que enterró a Cuicuilco no pudo esconder completamente su construcción arquitectónica más famosa: una pirámide circular revestida de piedra de 27 m de altura y 80 m de diámetro. Además, en 1968 se despejó un área grande del pedregal para la construcción de la Villa Olímpica, y se descubrieron varias pirámides rectangulares de grandes dimensiones del Preclásico tardío.[61]

[56] García Cook, "The Historical...", pp. 248-255; García Cook y Merino Carrión, "El Formativo...", pp. 173-180; Serra Puche y Beutelspacher, *Xochitécatl*; Spranz, *Die Pyramiden von Totimehuacan, Puebla (Mexiko)*.

[57] Fowler, *Un sistema preclásico de distribución de agua en la zona arqueológica de Amalucan, Puebla*.

[58] García Cook, "The Historical...", pp. 248-255.

[59] Müller, *La cerámica...*; Sanders *et al.*, *The Basin of Mexico...*, pp. 99-106; Schávelzon, *La Pirámide de Cuicuilco. Album fotográfico, 1922-1980*, pp. 31-32.

[60] Palerm, "Sistemas de regadío prehispánico en Teotihuacan y en el Pedregal de San Ángel", pp. 102-103.

[61] Müller, *La cerámica...*; Schávelzon, *La Pirámide...*, pp. 23-26; Rodríguez Sánchez, "Cuicuilco -C-, Aportes sobre aspectos urbano-arquitectónicos en el Formativo de la Cuenca de México". Un buen resumen de la historia de las excavaciones en Cuicuilco también ha sido publicado por Navarrete, "Cuicuilco y la arqueología del Pedregal".

Para el 200 aC, Cuicuilco era uno de los mayores asentamientos en el Altiplano central. Se estima que durante su apogeo, Cuicuilco cubría aproximadamente 400 ha y tenía una población de 20,000 habitantes.[62] Sin embargo, alrededor del 100 aC, un torrente de lava proveniente del volcán Xitli enterró porciones de Cuicuilco, devastando la tierra de cultivo y alterando drásticamente la vida cotidiana. Cuicuilco no murió inmediatamente, sino que sobrevivió en menor escala hasta *c.* 400 dC, cuando otro torrente de lava proveniente de la sierra del Ajusco la enterró por completo.[63]

Es importante reconocer que para el 200 aC, un gran asentamiento que cubría alrededor de 6 km² y tenía una población e importancia regional tal vez iguales a las de Cuicuilco: se desarrollaba en el Valle de Teotihuacan.[64] A lo largo de los siguientes siglos, este asentamiento creció y se convirtió en la gran ciudad del periodo Clásico que fue Teotihuacan, un centro densamente urbanizado cuyos habitantes se dedicaban a una variedad de oficios artesanales especializados, y vivían principalmente en conjuntos departamentales multifamiliares.[65] ¿Qué antecedentes del Preclásico tardío existen para tales actividades y unidades habitacionales?

Unidades habitacionales

Aunque actualmente los centros como Cuicuilco, Xochitécatl y Tlalancaleca no ofrecen información sobre las unidades habitacionales y actividades artesanales del Preclásico tardío, las investigaciones en varios sitios más pequeños han aportado algunos datos interesantes. Las excavaciones en Cuanalan, sitio ubicado en el suroeste del Valle de Teotihuacan, han descubierto una secuencia de unidades habitacionales que los análisis de radiocarbono fechan en el periodo del 300-90 aC. Éstas eran casas individuales, con áreas de piso de entre 18-28 m² y paredes de bajareque. Restos de plantas indican que la dieta de los habitantes de Cuanalan incluía maíz, frijol, "tomate de bolsa", tunas y tejocotes, y que hubo una diversificación en la variedad del maíz a través del tiempo. Los restos animales incluyen venado cola blanca, perro, conejo, liebre y bagre.[66]

[62] Sanders *et al.*, *The Basin of Mexico*..., pp. 99-106; Schávelzon, *La Pirámide*..., p. 25.

[63] Córdova, Martín del Pozzo y López Camacho, "Paleolandforms and Volcanic Impact on the Environment of Prehistoric Cuicuilco, Southern Mexico City".

[64] Fase Patlachique, Millon, *Urbanization at Teotihuacan, Mexico*, p. 51; Sanders *et al.*, *The Basin of Mexico*..., pp. 101-102.

[65] Por ejemplo, Millon, *Urbanization at Teotihuacan*..., pp. 40-59; Manzanilla, "Corporate Groups and Domestic Activities at Teotihuacan".

[66] Manzanilla, "El sitio de Cuanalan en el marco de las comunidades pre-urbanas del Valle de Teotihuacan"; Sanders *et al.*, *The Basin of Mexico*..., p. 329, figura 8.19 y 8.20.

Un contraste interesante con las casas individuales de Cuanalan se puede ver en Loma Torremote, sitio localizado al norte de la Cuenca de México, donde las unidades habitacionales están concentradas en conjuntos. Cada unidad está compuesta por una residencia de bajareque, un patio con evidencias de áreas de actividad y pozos tronco-cónicos, así como una pequeña hortaliza, todo rodeado por un muro de adobe.[67] Las unidades individuales cubren un área de 300-600 m^2, y algunas presentan especialización artesanal. Las unidades están agrupadas en conjuntos más grandes, de tres a seis unidades habitacionales adyacentes con muros en común, sugiriendo una organización social basada en el linaje.[68] Estos conjuntos pueden reflejar un desarrollo antecedente a los complejos departamentales de Teotihuacan.

Uno de los más recientes e importantes descubrimientos de unidades habitacionales es el sitio de Tetimpa, ubicado en la falda noreste del volcán Popocatépetl, cerca de Cholula. Este sitio es significativo porque se encuentra sepultado bajo varias capas de ceniza volcánica emitida por erupciones del volcán. Tetimpa muestra dos periodos de ocupación preclásica: la fase Tetimpa temprano (700-200 aC) y la fase Tetimpa tardío (50 aC-50 dC). El asentamiento Tetimpa tardío fue destruido por la ceniza de una erupción del Popocatépetl, y hoy en día queda sorprendentemente conservado bajo la ceniza. Las unidades habitacionales de Tetimpa tardío siguen un patrón estandarizado de construcción: dos o tres plataformas construidas alrededor de un patio central. Una unidad de un sólo cuarto de bajareque fue construida sobre cada plataforma, y éstas, por su parte, cuentan con talud-tablero. En el centro de cada patio predomina un pequeño altar, el más elaborado de los cuales consiste en una efigie de volcán con chimenea y un rostro humano tallado en piedra. En medio de los complejos habitacionales aparecen campos surcados para la agricultura y estructuras de almacenamiento tipo *cuexcomate* que fueron construidas al lado de algunas casas.[69] El sitio de Tetimpa todavía está siendo investigado, y deberá aportar excelente información sobre la vida social, económica y religiosa de una aldea del Preclásico terminal.

[67] Reyna Robles, "Desarrollo y evolución de la «unidad habitacional» en una aldea preclásica del Altiplano central: Loma Torremote como un ejemplo"; Sanders *et al.*, *The Basin of Mexico*..., pp. 321-328.

[68] Sanders *et al.*, *The Basin of Mexico*..., pp. 321-328.

[69] Plunket y Uruñuela, "Preclassic Household Patterns Preserved Under Volcanic Ash at Tetimpa, Puebla, Mexico".

Conclusiones

El cambio de aldeas simples a ciudades proto-urbanas se llevó a cabo lentamente, abarcando un periodo de 1,500 años. Buena parte de esta transformación se vio estimulada por una población creciente; el incremento en la explotación de recursos e intercambio regional, y el mejoramiento en las técnicas agrícolas. El Preclásico temprano fue un periodo principalmente de pequeñas aldeas agricultoras con muy poca complejidad tecnológica y social. Para el Preclásico medio, las poblaciones se fueron extendiendo; una elite fue surgiendo en la jerarquía social, y los centros "cívico-religiosos" planificados, con plataformas públicas y pirámides, comenzaron a aparecer. Con el Preclásico tardío la arquitectura de pirámides y plataformas se generalizó en los centros, y algunos de éstos alcanzaron dimensiones proto-urbanas, mantenidos tal vez, en algunas áreas, por técnicas agrícolas intensivas. Estos desarrollos no son únicos en el Altiplano central, sino que ocurrían en toda Mesoamérica, aunque sus manifestaciones particulares en cada área son diferentes. Representan el umbral de las civilizaciones del periodo Clásico en Mesoamérica.

Bibliografía

Angulo, Jorge, "The Chalcatzingo Reliefs: An Iconographic Analysis", en D.C. Grove (ed.), *Ancient Chalcatzingo*, Austin, University of Texas Press, 1987, pp. 132-158.

Armillas, Pedro, "Tecnología, formaciones socio-económicas y religión en Mesoamérica", en J. Monjarás-Ruiz, R. Brambila y E. Pérez-Rocha (coords.), *Mesoamérica y el centro de México*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1985, pp. 25-40. Colección Biblioteca del INAH.

Carmona Macías, Martha (coord.), *El Preclásico o Formativo: avances y perspectivas*, México, Museo Nacional de Antropología, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1989.

Castillo Mangas, María Teresa, Luis Córdoba Barradas y Raúl García Chávez, "Una aldea del Formativo en San Miguel Amantla, Azcapotzalco, D.F.", en M.T. Castillo Mangas (coord.), *A propósito del Formativo*, México, Subdirección de Salvamento Arqueológico, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1993, pp. 59-71.

Córdova, Carlos, Ana Lillian Martín del Pozzo y Javier López Camacho, "Paleolandforms and Volcanic Impact on the Environment of Prehistoric Cuicuilco, Southern Mexico City", en *Journal of Archaeological Science*, vol. 21, 1994, pp. 585-596.

Covarrubias, Miguel, "Tlatilco, Archaic Mexican Art and Culture", en *Dyn*, vol. 4-5, 1943, pp. 40-46.

COVARRUBIAS, Miguel, "Tlatilco, el arte y la cultura Preclásica del Valle de México", en *Cuadernos Americanos*, vol. 3, 1950, pp.149-162.

CUMMINGS, Byron, "Cuicuilco y las cultural arcaicas en México", en D. Schávelzon (ed.), *La Pirámide de Cuicuilco, Album fotográfico, 1922-1980*, México, Fondo de Cultura Económica, 1983, Apéndice 1, pp. 93-110.

CYPHERS, Ann, "The Possible Role of a Woman in Formative Exchange", en K.G. Hirth (ed.), *Trade and Exchange in Early Mesoamerica*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1984, pp. 115-123.

———, "Cultos y cuentos: Reflexiones en cuento a las figurillas preclásicas de Chalcatzingo", en M. Carmona Macías (coord.), *El Preclásico o Formativo: avances y perspectivas*, México, Museo Nacional de Antropología, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1989, pp. 207-222.

———, "Figuras femeninas del Preclásico en Chalcatzingo", en *Arqueología*, segunda época, núm. 3, 1990, pp. 41-48.

———, *Chalcatzingo, Morelos: estudio de cerámica y sociedad*, México, Instituto de Investigaciones Antropológicas, Universidad Nacional Autónoma de México, 1992.

FASH, William L., Jr., "The Altar and Associated Features", en D. Grove (ed.), *Ancient Chalcatzingo*, Austin, University of Texas Press, 1987, pp. 82-94.

FOWLER, Melvin L., *Un sistema preclásico de distribución de agua en la zona arqueológica de Amalucan, Puebla*, Puebla, Instituto Poblano de Antropología e Historia, 1968. Publicación 2.

GÁMEZ ETERNOD, Lorena, "Crecimiento del sitio de Tlapacoya, Estado de México, durante el Horizonte Formativo", en M.T. Castillo Mangas (coord.), *A propósito del Formativo*, México, Subdirección de Salvamento Arqueológico, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1993, pp. 11-32.

GAMIO, Manuel, "Arqueología de Azcapotzalco, D.F., México", en *Proceedings of the XVIII International Congress of Americanists*, Londres, 1912, pp. 180-187.

———, "Las excavaciones del Pedregal de San Ángel y la cultura arcaica del valle de México", en *American Anthropologist*, vol. 22, 1920, pp. 127-143.

———, *Álbum de colecciones arqueológicas seleccionadas y arregladas por Franz Boas, Texto*, México, Publicaciones de la Escuela Internacional de Arqueología y Etnología Americanas, Imprenta del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía, 1921.

———, "Arqueología de Azcapotzalco, D.F., México", en *Manuel Gamio: Arqueología e Indigenismo*, México, Secretaría de Educación Pública, 1972, pp. 54-69. SepSetentas núm. 24.

———, "Las excavaciones del Pedregal de San Ángel y la cultura arcaica del valle de México", en *Manuel Gamio: Arqueología e Indigenismo*, Secretaría de Educación Pública, 1972, pp. 70-89. SepSetentas núm. 24.

———, *Álbum de colecciones arqueológicas seleccionadas y arregladas por Frans Boas, Texto*, Publicaciones de la Escuela Internacional de Arqueología y Etnología Americanas, 1921-1922. Publicado en facsímil, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1990.

García Cook, Angel, "The Historical Importance of Tlaxcala in the Cultural Development of the Central Highlands", en J.A. Sabloff (ed.), *Supplement to the Handbook of Middle American Indians*, vol. 1, Austin, University of Texas Press, 1981, pp. 244-276.

——— y Leonor Merino Carrión, "El Formativo en la región Tlaxcala-Puebla", en M. Carmona Macías (coord.), *El Preclásico o Formativo: avances y perspectivas*, México, Museo Nacional de Antropología, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1989, pp. 161-187.

García Moll, Roberto, Daniel Juárez Cossio, Carmen Pijoan Aguade, María Elena Salas Cuesta y Marcela Salas Cuesta, *Catálogo de entierros de San Luis Tlatilco, México: Temporada IV*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1991. Serie Antropología Física-Arqueología.

Grove, David C., *Los murales de la Cueva de Oxtotitlán, Acatlán, Guerrero*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1970. Serie Investigaciones núm. 23.

———, "The San Pablo Pantheon Mound: a Middle Preclassic Site in Morelos, Mexico", en *American Antiquity*, vol. 35, núm. 1, 1970, pp. 62-73.

———, *San Pablo, Nexpa, and the Early Formative Archaeology of Morelos*. Nashville, Vanderbilt University, 1974. Publications in Anthropology 12.

———, *Chalcatzingo. Excavations on the Olmec Frontier*, Londres, Thames and Hudson, 1984. New Aspects of Antiquity.

——— (ed.), *Ancient Chalcatzingo*, Austin, University of Texas Press, 1987.

———, "Chalcatzingo and its Olmec Connection", en R. Sharer y D. Grove (eds.), *Regional Perspectives on the Olmec*, Cambridge, Cambridge University Press, 1989, pp. 122-147. School of American Research Advanced Seminar Series.

——— y Jorge Angulo V., "A Catalog and Description of Chalcatzingo's Monuments", en D. Grove (ed.), *Ancient Chalcatzingo*, Austin, University of Texas Press, 1987, pp. 114-131.

——— y Ann Cyphers Guillén, "The Excavations", en D. Grove (ed.), *Ancient Chalcatzingo*, Austin, University of Texas Press, 1987, pp. 21-55.

——— y Susan D. Gillespie, "Chalcatzingo's Portrait Figurines and the Cult of the Ruler", en *Archaeology*, vol. 37, núm. 4, 1984, pp. 27-33.

——— y Susan D. Gillespie, "Archaeological Indicators of Formative Period Elite: A Perspective from Central Mexico", en A. Chase y D. Chase (eds.), *Mesoamerican Elites: An Archaeological Assessment*, Norman, University of Oklahoma Press, 1992, pp. 191-205.

Kroeber, A.L., "Archaic Culture Horizons in the Valley of Mexico", en *University of California Publications in American Archaeology and Ethnology*, vol. 17, 1925, pp. 373-408.

Lorenzo, José Luis, *Tlatilco, los artefactos*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1965. Serie Investigaciones 7.

MANZANILLA, Linda, "El sitio de Cuanalan en el marco de las comunidades pre-urbanas del Valle de Teotihuacan", en J. Monjarás-Ruiz, R. Brambila y E. Pérez-Rocha (coords.), *Mesoamérica y el centro de México*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1985, pp. 133-178. Colección Biblioteca del INAH.

————, "Corporate Groups and Domestic Activities at Teotihuacan", en *Latin American Antiquity,* núm. 7, 1996, pp. 228-246.

MARTÍNEZ DONJUÁN, Guadalupe, "Teopantecuanitlán, Guerrero: un sitio olmeca", en *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos,* vol. 28, 1982, pp. 128-133.

MARTÍNEZ DONJUÁN, Guadalupe, "El sitio olmeca de Teopantecuanitlán en Guerrero", en *Anales de Antropología*, vol. 22, 1985, pp. 215-226.

————, "Teopantecuanitlán", en *Primer Coloquio de Arqueología y Etnohistoria del estado de Guerrero,* Mexico, Instituto Nacional de Antropología e Historia y Gobierno del Estado de Guerrero, 1986, pp. 55-80.

————, "Una tumba troncocónica en Guerrero: nuevo hallazgo en Chilpancingo", en *Arqueología,* segunda época, vol. 4, 1990, pp. 59-66.

————, "Los olmecas en el estado de Guerrero", en J. Clark (coord.), *Los olmecas en Mesoamérica*, México, Citibank, 1994, pp. 143-163.

————, "Teopantecuanitlán", en *Arqueología Mexicana*, vol. 2, núm. 12, 1995, pp. 58-62.

MERLO JUÁREZ, Eduardo, "Un enterramiento olmeca en Zinacantepec, Puebla", manuscrito, Centro Regional Puebla, s/f.

MERRY DE MORALES, Marcia, "Chalcatzingo Burials as Indicators of Social Ranking", en D. Grove (ed.), *Ancient Chalcatzingo*, Austin, University of Texas Press, 1987, pp. 95-113.

————, "Appendix C, The Chalcatzingo Burials", en D. Grove (ed.), *Ancient Chalcatzingo*, Austin, University of Texas Press, 1987, pp. 343-367.

MILLON, René, *Urbanization at Teotihuacan, Mexico, vol. 1, parte 1: The Teotihuacan Map*, Austin, University of Texas Press, 1973.

MÚLLER, Florencia, *La cerámica de Cuicuilco B. Un rescate arqueológico*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1990. Colección Científica 186.

NAVARRETE, Carlos, "Cuicuilco y la arqueología del Pedregal", en *Arqueología,* segunda época, vol. 5, 1989, pp. 69-83.

NIEDERBERGER, Christine B., *Zohapilco, cinco milenios de ocupación humana en un sitio lacustre de la Cuenca de México*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1976. Colección Científica 30.

————, *Paléopaysages et Archéologie Pre-Urbaine du Bassin de Mexico*, México, Centre d'Études Mexicaines et Centraméricaines, 1987. Colléction Études Mésoaméricaines 11.

OCHOA, Patricia, *Secuencia cronológica de Tlatilco, Estado de México. Temporada IV*, Toluca, Biblioteca Enciclopédica del Estado de México, 1982.

PALERM, Ángel, "Sistemas de regadío prehispánico en Teotihuacan y en el Pedregal de San Ángel", en A. Palerm y E. Wolf (eds.), *Agricultura y civilización en Mesoaméri-*

ca, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1972, pp. 95-108. SepSetentas 32.

PIÑA CHAN, Román, *Chalcatzingo, Morelos*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1955. Informes 4.

———, *Las culturas preclásicas de la Cuenca de México*, México, Fondo de Cultura Económica, 1955.

———, "Excavaciones arqueológicas en el estado de Morelos", en *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, vol. 14. 1956-57, pp. 121-124.

———, *Tlatilco*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1958. Serie Investigaciones 1.

———, *Tlatilco* (segunda parte), México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1958. Serie Investigaciones 2.

———, "Un modelo de evolución social y cultural de México precolombino", en J. Monjarás-Ruiz, R. Brambila y E. Pérez-Rocha (coords.), *Mesoamérica y el centro de México*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1985, pp. 41-80. Colección Biblioteca del INAH.

PIRES-FERREIRA, Jane W., *Formative Mesoamerican Exchange Networks with Special Reference to the Valley of Oaxaca*, Ann Arbor, University of Michigan, 1975. Memoirs of the Museum of Anthropology, núm. 7.

———, "Shell and Iron Ore Exchange in Formative Mesoamerica", en *The Early Mesoamerican Village*, K.V. Flannery (ed.), Nueva York, Academic Press, 1976, pp. 311-328.

PLUNKET, Patricia y Gabriela Uruñuela, "Preclassic Household Patterns Preserved Under Volcanic Ash at Tetimpa, Puebla, Mexico", en *Latin American Antiquity*, vol. 9, núm. 4, 1998, pp. 287-309.

PRINDIVILLE, Mary y David C. Grove, "The Settlement and Its Architecture", en D. Grove (ed.), *Ancient Chalcatzingo*, Austin, University of Texas Press, 1987, pp. 63-81.

REYNA ROBLES, Rosa María, *Las figurillas preclásicas*, tesis profesional, México, Escuela Nacional de Antropología e Historia, 1971.

———, "Desarrollo y evolución de la «unidad habitacional» en una aldea preclásica del Altiplano central: Loma Torremote como un ejemplo", en *Los procesos de cambio*, t. I, México, Sociedad Mexicana de Antropología, pp. 377-383.

——— y Guadalupe Martínez Donjuán, "Hallazgos funerarios de la época olmeca en Chilpancingo, Guerrero", en *Arqueología*, segunda época, vol. 1, 1989, pp. 13-22.

RODRÍGUEZ SÁNCHEZ, Ernesto, "Cuicuilco «C»: Aportes sobre aspectos urbano-arquitectónicos en el Formativo de la Cuenca de México", en M.T. Castillo Mangas (ed.), *A propósito del Formativo*, México, Subdirección de Salvamento Arqueológico, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1993, pp. 45-58.

SÁNCHEZ VÁZQUEZ, María de Jesús, Román Aurelio Chávez Torres, Francisco Javier Ortuño Cos y Eneida Baños Ramos, "Consideraciones generales del Preclásico medio en Zacatenco, D.F.", en M.T. Castillo Mangas (coord.), *A propósito del Formativo*, Méxi-

co, Subdirección de Salvamento Arqueológico, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1993, pp. 73-83.

SANDERS, WILLIAM T., Jeffrey R. Parsons y Robert S. Santley, *The Basin of Mexico: Ecological Processes in the Evolution of a Civilization*, Nueva York, Academic Press, 1979.

SCHÁVELZON, Daniel, *La Pirámide de Cuicuilco. Álbum fotográfico, 1922-1980*, México, Fondo de Cultura Económica, 1983.

SERRA PUCHE, Mari Carmen, "Unidades habitacionales del Formativo en la Cuenca de México", en L. Manzanilla (ed.), *Unidades habitacionales mesoamericanas y sus áreas de actividad*, México, Instituto de Investigaciones Antropológicas, Universidad Nacional Autónoma de México, 1986, pp. 161-192. Serie Antropológica 76.

———, *Los recursos lacustres de la Cuenca de México durante el Formativo*, México, Instituto de Investigaciones Antropológicas, Universidad Nacional Autónoma de México, 1988. Colección Posgrado 3.

———, "El Sur de la Cuenca de México durante el Formativo", en M. Carmona Macías (ed.), *El Preclásico o Formativo: avances y perspectivas*, México, Museo Nacional de Antropología, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1989, pp. 279-286.

——— y Ludwig Beutelspacher, *Xochitécatl*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1994.

SPINDEN, Herbert J., *Ancient Civilizations of Mexico and Central America*, American Museum of Natural History, 1917. Handbook Series núm. 3.

SPRANZ, Bodo, *Die Pyramiden von Totimehuacan, Puebla (Mexiko)*, Weisbaden, 1970.

TOLSTOY, Paul, "Coapexco and Tlatilco: Sites with Olmec Materials in the Basin of Mexico", en R. Sharer y D. Grove (eds.), *Regional Perspectives on the Olmec*, Cambridge, Cambridge University Press, 1989, pp. 85-121. School of American Research, Advanced Seminar Series.

VAILLANT, George C., *Excavations at Zacatenco*, Nueva York, American Museum of Natural History, 1930. Anthropological Papers of the American Museum of Natural History, vol. 32, núm. 1.

———, *Excavations at Ticoman*, Nueva York, American Museum of Natural History, 1931. Anthropological Papers of the American Museum of Natural History, vol. 32, núm. 2.

———, *Excavations at El Arbolillo*, Nueva York, American Museum of Natural History, 1935. Anthropological Papers of the American Museum of Natural History, vol. 35, núm. 2.

——— y Suzannah B. Vaillant, *Excavations at Gualupita*, Nueva York, American Museum of Natural History, 1934. Anthropological Papers of the American Museum of Natural History, vol. 35, núm. 1.

VILLELA F., Samuel L., "Nuevo testimonio rupestre olmeca en el oriente de Guerrero", en *Arqueología*, segunda época, vol. 2, 1990, pp. 37-49.

Autores que colaboraron en este volumen

Rocío Arrellín: arqueóloga, becaria del posgrado en Antropología de la UNAM, México.

Beatriz Braniff Cornejo: arqueóloga, coordinadora general del Centro de Estudios Antropológicos del Occidente del INAH-Universidad de Colima, Colima.

John E. Clark: arqueólogo, investigador del Departamento de Antropología de la Universidad Brigham Young, Provo.

Johanna Faulhaber: antropóloga física, investigadora del Instituto de Investigaciones Antropológicas de la UNAM, México.

Rebecca B. González Lauck: arqueóloga, investigadora del Centro INAH-Tabasco, Villahermosa.

David C. Grove: arqueólogo, profesor del Departamento de Antropología de la Universidad Estatal de Illinois, Urbana-Champaign.

Richard D. Hansen: investigador asociado del Instituto de Geofísica y Física Planetaria de la Universidad de California, Los Ángeles.

Leonardo López Luján: arqueólogo, investigador del Museo del Templo Mayor del INAH, México.

Linda Manzanilla: arqueóloga, directora del Instituto de Investigaciones Antropológicas de la UNAM, México.

Leonardo Manrique: lingüista, investigador de la Dirección de Lingüística del INAH, México.

Eduardo Matos Moctezuma: arqueólogo, director del Museo del Templo Mayor del INAH, México.

Emily McClung de Tapia: arqueóloga, investigadora del Instituto de Investigaciones Antropológicas de la UNAM, México.

Lorena Mirambell: arqueóloga, investigadora de la Dirección de Investigación y Conservación del Patrimonio Arqueológico del INAH, México.

JESÚS NÁREZ: arqueólogo que en vida fue investigador del INAH.
TOMÁS PÉREZ SUÁREZ: arqueólogo, investigador del Centro de Estudios Mayas del Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM, México.
GRISELDA SARMIENTO: arqueóloga, profesora del Instituto Escuela, México.
RAÚL VALADEZ: biólogo, secretario técnico del Instituto de Investigaciones Antropológicas de la UNAM, México.
ERNESTO VARGAS PACHECO: arqueólogo, investigador del Instituto de Investigaciones Antropológicas de la UNAM, México.
WALBURGA WIESHEU: arqueóloga, profesora de la Escuela Nacional de Antropología e Historia del INAH, México.
JUDITH ZURITA: arqueóloga, técnico académico del Instituto de Investigaciones Antropológicas de la UNAM, México.

Índice general del volumen I

Presentación a la primera edición
María Teresa Franco y González Salas

Prefacio a la segunda edición
Linda Manzanilla y Leonardo López Luján

Introducción
Leonardo López Luján y Linda Manzanilla

Mesoamérica, Oasisamérica y Aridamérica

Antropología biológica de las sociedades prehispánicas
Johanna Faulhaber

Introducción 23
El hombre precolombino 24
El hombre de las culturas precerámicas 25
Las culturas mesoamericanas 29
El horizonte Preclásico (1200 aC-200 dC) 30
El horizonte Clásico (200 dC-600/800 dC 31
El horizonte Posclásico (800-1519 dC) 34
Consideraciones morfológicas generales 37
Algunos aspectos demográficos 38

Patología 41
Intervenciones culturales que se aprecian en los restos óseos 42
La trepanación prehispánica 42
Deformación cefálica intencional 45
Mutilación dentaria 46
Bibliografía 48

Lingüística histórica

Leonardo Manrique Castañeda

Introducción 53
Historia de las lenguas e historia social 54
Las bases de la lingüística comparativa e histórica 58
La cuestión del tiempo 60
El aporte de los lingüistas 61
Los orígenes y la prehistoria 62
Protomesoamérica 64
Las lenguas durante el Preclásico mesoamericano 67
El Clásico y sus lenguas 72
El Epiclásico, tránsito del Clásico al Posclásico 77
El periodo Posclásico o Histórico 78
Epílogo y conclusiones 82
Apéndice 83
Bibliografía 91

Mesoamérica

Eduardo Matos Moctezuma

Introducción 95
Antecedentes 97
Surgimiento de la categoría Mesoamérica 99
Tiempo, espacio y cultura en Mesoamérica 107
Bibliografía 118

Aridamérica y Oasisamérica

Jesús Nárez

Aridamérica 121
Manifestaciones culturales de Aridamérica 122
Características fisiográficas de Aridamérica 123
Periodos tempranos en la historia de Aridamérica 126
Cultura material en Aridamérica 128
Época del contacto en Aridamérica 136

Oasisamérica 138
Anasazi 139
Hohokam 142
Mogollón 146
Casas Grandes 148

Bibliografía 156

La frontera septentrional de Mesoamérica

Beatriz Braniff Cornejo

Introducción 159
Mesoamérica Septentrional y el Occidente de México 163
Mesoamérica y sus relaciones con el norte 167
Interrelaciones hacia el noroeste 169
Interrelaciones hacia el noreste 178
Relaciones entre Mesoamérica y los recolectores-cazadores del norcentro del país 180

Conclusiones 184
Epílogo 184
Bibliografía 184

La frontera meridional de Mesoamérica

Ernesto Vargas Pacheco

Introducción 191
Planteamiento general del tema 192
Antecedentes de la investigación 194
Los primeros viajeros (1850-1925) 195
Los primeros arqueólogos (1920-1960) 196
El periodo de los modelos descriptivos diacrónicos (1960-1975) 196
Hacia un modelo explicativo diacrónico (1975 a la fecha) 197

Regionalización, periodificación y cronología 198
Zona de tradición mesoamericana 203
Periodo I 203
Periodo II 208
Periodo III 208
Periodo IV (900/1000-1300 dC) 209
Periodo V (1200-1525 dC) 212

Zona de tradición sudamericana 213
Conclusión 215
Bibliografía 217

De las primeras sociedades al Preclásico

Los primeros pobladores del actual territorio mexicano

Lorena Mirambell Silva

Introducción 223
El poblamiento americano 225
Actividades de subsistencia 230
Aspectos culturales 233
Los primeros hombres en territorio mexicano 234
Conclusiones 251
Bibliografía 253

Las primeras sociedades sedentarias

Emily McClung de Tapia y Judith Zurita Noguera

Introducción ... 255
Principales teorías sobre el origen de la agricultura ... 257
Cambios en los patrones prehistóricos de asentamiento en Mesoamérica ... 265
Tipos de sitios ... 269
Evidencias botánicas ... 272
- Maíz (*Zea mays*) L. ... 276
- Frijol (*Phaseolus* spp.) ... 279
- Calabaza (*Cucurbita* spp.) ... 280
- Chile (*Capsicum* spp.) ... 282
- Aguacate (*Persea americana*) ... 282
- Otros cultivos prehispánicos ... 283

La cerámica ... 285
Conclusiones ... 287
Bibliografía ... 289

La domesticación de animales

Raúl Valadez Azúa y Rocío Arrellín Rosas

Introducción ... 297
Estudios precedentes ... 298
Criterios para definir la presencia de un animal doméstico en contexto arqueológico ... 303
Fuentes históricas del siglo XVI ... 305
Factores humanos que impulsaron la domesticación animal en el México prehispánico ... 306
La domesticación en el ámbito cultural del México antiguo ... 310
- El guajolote (*Meleagris gallopavo*) ... 312
- La guacamaya roja (*Ara macao*) ... 318
- Pericos (*Amazona albifrons, Amazona xantocephala* y *Aratinga canicularis*) ... 321

Passeriformes (*Cotinga amabilis, Agelaius phoeniceus, Carduelis psaltria, Passerina ciris, Toxostoma curvirostre, Mimus polyglotoos, Melospiza melodia* y *Carpodacus mexicanus*) 324
Abejas (*Melipoma domestica, M. beckeii, M. fulvipes* y *Trigona sp.*) 326
El perro (*Canis familiaris*) 328

Conclusiones 329
Bibliografía 332

La creación de los primeros centros de poder

Griselda Sarmiento

Introducción 335
Autores, lugares y épocas 337
Sociedades cacicales o tribales jerárquicas 340
Base económica 340
Organización social 342
Intercambio y contacto externo 344
La jerarquía social 345

Cuenca de México: centros de poder en el extremo sur del Altiplano Central 346
Localización geográfica y ecológica 347
Trabajos arqueológicos en la Cuenca de México 349
Cronología y periodificación 351
Desarrollo de las sociedades del Formativo 352

Bibliografía 360

La zona del Golfo en el Preclásico: la etapa olmeca

Rebecca B. González Lauck

Introducción 363
Geografía y medio ambiente 364
Historia de las investigaciones arqueológicas 366
Cronología 370

Arte olmeca ... 373
Arquitectura olmeca ... 377
Patrón de asentamiento ... 383
Agricultura y subsistencia ... 384
Religión ... 386
Abastecimiento de materiales pétreos ... 389
Lo olmeca más allá de la Costa del Golfo ... 391
Resumen y conclusiones ... 394
Bibliografía ... 396

La zona oaxaqueña en el Preclásico

Walburga Wiesheu

Introducción ... 407
Origen y desarrollo de patrones de estratificación social:
Formativo temprano y medio ... 412
Fase Tierras Largas (1400-1150 aC) ... 412
Fase San José (1150-850 aC) ... 414
Fases Guadalupe y Rosario (850-700/650; 700/650-500/450 aC) ... 417

El surgimiento del Estado: Formativo tardío y terminal ... 421
Fases Monte Albán I temprano y Monte Albán I tardío
(500-300 aC; 300-200 aC) ... 421
Fase Monte Albán II (200 aC-250 dC) ... 425

Discusión final ... 428
Bibliografía ... 433

La zona maya en el Preclásico

John E. Clark, Richard D. Hansen y Tomás Pérez Suárez

Introducción ... 437
La cuestión de la génesis ... 440
¿Cuándo vivieron los mayas? ... 441
¿Dónde vivieron los mayas? ... 442

¿Qué es lo maya? 445
¿Qué es génesis? 446

El amanecer de Mesoamérica (2000-1000 aC) 447
Diáspora, asentamiento y unificación (1000-600 aC) 452
El predominio de los señores mayas (600-300 aC) 458
La formación de la civilización maya 460
La situación ambiental 461
Una breve historia de los desarrollos en la cuenca de El Mirador (850-200 aC) 462
Los vecinos de El Mirador 471
Un argumento a favor del estado maya 480

El camino real a la civilización 484
Interacción y la sociopsicología de la competencia 485
Circunstancias ecológicas 486
Demografía y liderazgo carismático 487
Conceptos cosmológicos y la observación del fiel 489
Poder y fuerza espiritual y física 491
El conocimiento de la historia 493

Observaciones finales 495
Apéndice 500
Bibliografía 502

La zona del Altiplano central en el Preclásico

David C. Grove

Introducción 511
Los primeros descubrimientos: identificando el Preclásico 513
Los pueblos agricultores tempranos y su creciente complejidad
(Preclásico inferior y Preclásico medio temprano; 1500-800 aC) 516
Cuenca de México 516
Morelos 520
Puebla-Tlaxcala 522

La creciente complejidad y una elite naciente
(Preclásico medio; 800-500 aC) 522
Chalcatzingo, Morelos 523
Guerrero 528
Puebla-Tlaxcala 530

El surgimiento de los centros proto-urbanos (Preclásico tardío
y terminal; 500 aC-100 dC) 531
Sitios principales 532
Unidades habitacionales 533

Conclusiones 535
Bibliografía 535
Autores que colaboraron en este volumen 541